

La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR (ISDC 9,3), REBID, CIRC, Sherpa/Romeo, GoogleScholar Metric, Dialnet, Sistema de Evaluación de revistas del CONICET (Grupo A), Fuente Academia Plus de la ESCBO y Emerging Sources Citation Index Web of Science Thomson Reuters.

© Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España), 2018.

EDITA.

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM (Teruel, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254-6111

<http://ruhmes>

<https://www.facebook.com/ruhmes>

E-mail: secretaria@ruhmes

DISEÑO DE LA PORTADA.

[Solucionesdocumentais-FLeira](#)

IMAGEN DE PORTADA.

Retrato de Fernando VII de Argentina. Biblioteca Nacional de Argentina.

MAQUETACIÓN.

[Solucionesdocumentais-FLeira](#)

La Revista Universitaria de Historia Militar es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de Historia Militar.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 7, número 15, año 2018

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de la Guerra-RUHM

Equipo editorial

Directores / Editors

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat de Girona, España.

Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Francisco J. Leira Castiñeira, Histagra-Universidade de Santiago de Compostela, España

Consejo de Redacción / Editorial board

Daniel Aquillue Domínguez, Universidad de Zaragoza, España.

Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.

Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España

Assumpta Castillo Cañiz, Università di Padova, Italia.

Bárbara Caletti Garciadiego, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.

Javier Lion Bustillo, Universidad Autónoma de Madrid, España.

Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina

Antonio José Rodríguez Hernández, UNED, España.

Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Stephanie Wright, University of Sheffield, Inglaterra.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, University of Melbourne, Australia.

Isaias Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.

Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.

Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.

Manuel Chust Calero, Universitat Jaume I de Castelló, España.

Joanna Bourke, Birbeck College, University of London, Inglaterra.

Antonio Espino López, Universidad de Zaragoza, España.

Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.

César Fórnis, Universidad de Sevilla, España

David García Hernán, Universidad Carlos III de Madrid, España.

Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España

Karem Hagemann, University of Carolina, España.

John Horne, CWS, Trinity College of Dublin, Irlanda.

Carlos Heredia Chimeno, Kyoto Prefectural University, Japón

Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.

John Horne, Center War Studies, Trinity College Dublin, Irlanda.

Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.

José Luis Ledesma, Universidad Complutense de Madrid, España.

Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.

Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.

Sönke Neitzel, Universität Potsdam, Alemania.

Xosé Manoel Núñez, Universidade de Santiago de Compostela, España.

Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.

Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

María del Carmen Saavedra Vázquez, Universidad de Santiago de Compostela, España.

Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.

Germán Soprano, CONICET-Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

Klaus Schmider, Royal Military Academy Sandhurst, Reino Unido.

Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Jordi Vidal, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Benjamin Ziemann, University of Sheffield, Inglaterra.



Desde su nacimiento en 2012, la **Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM)** surgió bajo la firme convicción de que era necesario propiciar una renovación de la historia militar que se venía desarrollando en el ámbito hispanohablante. Precisamente, el objetivo era buscar nuevas preguntas capaces de conducirnos a otras visiones, interpretaciones y debates para la comprensión y estudio de fenómenos capitales como el orden público, la violencia, las fuerzas de seguridad estatales, las instituciones militares o paramilitares y, por supuesto, la guerra. Así pues, el deseo de este proyecto no era otro que hacer de la historia militar y los estudios de la guerra un paradigma y un objeto de estudios valiosos e interesantes para el conjunto de la comunidad historiográfica. Sin embargo, siempre hemos creído que la materialización de este objetivo pasaba necesariamente por la apertura del proyecto a todas las épocas, desde la Antigüedad al presente. Este era el único modo de forzarnos a romper con la compartimentación y la hiperespecialización, tan características de la historiografía actual como inevitables: fomentar el diálogo entre colegas de todos los ámbitos para dar con una visión mucho más amplia de los casos de estudio y problemáticas abordadas por cada historiador e historiadora. El objetivo último una comprensión mucho más rica y compleja del pasado.

Asimismo, este proyecto nació con la clara voluntad de erigirse en una plataforma de referencia preocupada por promover y favorecer los estudios sobre los fenómenos bélicos, entendiendo éstos desde una perspectiva amplia, tanto a nivel cronológico como temático, y abarcando aspectos que van desde lo político, lo económico o lo social, a lo cultural, lo memorístico, lo tecnológico o lo científico. Así pues, en último término pretendemos introducir y promover en la historiografía hispanohablante las nuevas tendencias desarrolladas en el ámbito internacional en relación con la historia militar, así como servir de puente entre las más diversas experiencias investigadoras a ambos lados del Atlántico. Partiendo de estas consideraciones entendemos que el futuro de la historia militar pasa por cuestiones tan variadas e interrelacionadas entre sí como introducir la variable social; entender la guerra como el marco propiciatorio de proyectos políticos revolucionarios o, cuanto menos, transformaciones radicales; trabajar sobre los conceptos, aplicando de forma crítica ideas procedentes de otras disciplinas al estudio de lo bélico; analizar la experiencia de guerra como vía para situar al individuo en el marco de los conflictos, con sus miedos y sus motivaciones, pero también para dar con lo bélico en toda su riqueza y complejidad; abordar cuestiones relacionadas con la historia ambiental, situando como centro del análisis las transformaciones del paisaje a causa de la guerra, pero también las consecuencias mentales, económicas y sociales que se derivarían de todo ello; entender lo bélico y la violencia que genera dentro de unas cronologías porosas, mostrando preocupación por los periodos de posguerra; abordar la violencia como una dimensión inherente a la guerra en todos sus escenarios y que, además, acaba desbordando su marco consuetudinario; romper con la idea del civil como sujeto pasivo, recuperando su papel como agente activo y con capacidad de manobra; seguir los cambios en las percepciones a través de la historia de los conceptos, todo ello para ver la

evolución en el modo de entender el orden público, la violencia, el servicio de armas o la guerra; dar relieve y visibilidad a la siempre crucial perspectiva de género, sea porque la autora es una historiadora o porque los sujetos objeto de estudio son mujeres, pero también el modo en que la guerra ha contribuido a la construcción y destrucción de modelos hegemónicos de masculinidad y feminidad; no olvidar las perspectivas propias de los estudios poscoloniales; y, finalmente, tener en cuenta la variable cultural, tan vital y necesaria en el contexto de los conflictos armados. Así pues, estamos abiertos a la recepción de artículos, reseñas y propuestas para la coordinación de dossiers que atiendan a una o varias de estas variables desde perspectivas novedosas. Todo esto, que en principio puede sonar a lugar común o a mera retórica, es un firme anhelo en nuestro caso y, por ello, también queremos que sea una realidad. Con esta ilusión trabajamos día a día.

En este sentido, tenemos el orgullo de decir que **RUHM** es la primera revista académica especializada exclusivamente en historia militar y estudios de la guerra, además de la primera en dicho ámbito que somete sus artículos a un estricto proceso de evaluación por doble ciego, previa revisión y valoración exhaustiva por parte del equipo editorial. El cuidado que ponemos en nuestro trabajo ha sido condición *sine qua non* para que la **RUHM** se encuentre reconocida por cada vez más índices de impacto, tanto a nivel nacional como internacional. Así pues, nuestra primera meta es que la **RUHM** se mantenga como un referente nacional e internacional en el campo de la historia militar y los estudios de la guerra, al tiempo que se erige como una plataforma capaz de dinamizar debates y promover visiones críticas de lo militar y de la guerra. Creemos que esta es una parte fundamental de nuestra tarea, más aún en un país donde el patrimonio bélico-militar es tan rico y donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia o las instituciones castrenses no han gozado del reconocimiento académico e universitario que tiene en los países de nuestro entorno.

Así pues, dentro del constante -si bien no siempre claro y fluido- diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que la **RUHM** puede y debe convertirse en un puente que una y aúne el interés público que suscita a nivel social todo lo relacionado con la historia de la guerra. De este modo, el carácter gratuito y abierto de la publicación es la mejor muestra de nuestro compromiso ciudadano y de nuestro deseo por hacer partícipe a la sociedad de los últimos avances en materia investigadora desarrollados en un ámbito académico y universitario. Por eso mismo, en 2017 decidimos constituirnos como asociación bajo la marca **Centro de Estudios de la Guerra**, con la vista puesta en potenciar el proyecto, promover nuevas iniciativas paralelas a la **RUHM** y, muy importante, abrirnos a la sociedad. En este sentido, ponemos nuestros humildes recursos y conocimientos a disposición tanto de entidades públicas y privadas como de asociaciones y particulares, ya sea para la dinamización y organización de actividades, la realización y coordinación de exposiciones, la impartición de charlas, conferencias y coloquios o la participación en debates relacionados con el mundo militar y la guerra.

Félix Gil Feito, Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Francisco J. Leira Castiñeira, 2018.

Sumario

Dossier

La Resatauración como fenómeno extra-europeo, 1824-1826.

Coord. Daniel Gutiérrez Ardila y Juan Luis Ossa Santacruz

_Toc533767116

Presentación: La Restauración como fenómeno extra-europeo, 1814-1826 Daniel Gutiérrez Ardila y Juan Luis Ossa Santa Cruz.....	10
La experiencia de la Restauración a través del lente ultramarino: estudio comparado de la supervivencia política en los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada (1810-1820) Daniel Gutiérrez Ardila y Matthijs Lok.....	16
¿«Indios seducidos»? Participación político-militar de los mapuche durante la Restauración de Fernando VIII. Chile , 1814-1825 Joanna Crow y Juan Luis Ossa Santa Cruz.....	39
La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815 Gabriel Di Meglio y Alejandro Ravinovich.....	59
La tentativa de restauración monárquica en una provincia neogranadina: Tunja 1816-1819 Isidro Vanegas.....	79
La Restauración en la Nueva España: Guerra, cambios de régimen y militarización entre 1814 y 1820 Rodrigo Moreno Gutiérrez.....	101

Estudios

Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III Augusto Gayubas.....	127
La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, s. XIX: una panorámica histórica e historiográfica Rafael Fernández-Sirvent.....	150
Representación de la lucha en el aire: los pilotos de la República en la guerra civil española José Galán Ortega.....	170
The Spanish Civil War through Italian military censorship Nicolò Da Lio.....	191

Traducción

- "Generosas amazonas acudieron a la brecha": mujeres sitiadas, agencia y sujeción durante las Guerras de Religión en Francia
Brian Sandberg..... 213

Ensayo bibliográfico

- Problemas de conciencia. La neutralidad sueca en la Segunda Guerra Mundial a través de la historiografía y la literatura
Miguel Cabo247

Reseñas

- Takashi MINAMIKAWA (ed.): *Decline and Decline-Narratives in the Greek and Roman World*, Kyoto, Kyoto University, 2017, 129 pp., ISBN: 978-4-9901929-3-8.
Carlos Heredia Chimeno261
- Nicholas MORTON: *The Teutonic Knights in the Holy Land, 1190-1291*, Woodbridge, Boydell, 2017, 242 pp., ISBN: 9781783271818
Daniel González Palma264
- Tonio ANDRADE: *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, Princeton, Princeton University Press, 2016, 432 pp., ISBN: 978-0-691-17814-1.
José Francisco Vera Pizaña267
- Antonio ESPINO LÓPEZ: *La Cerdaña en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*, Lleida, Editorial Milenio, 2017, 399 pp., ISBN: 9788497437806
Miguel J. Deyá Bauzá.....272
- Renaud MORIEUX: *The Channel: England, France and the Construction of a Maritime Border in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, 402 pp., ISBN: 978-1-108-44184-1.
Aitor Díaz Paredes.....276
- Antonio PEIRÓ ARROYO: *El golpe de Estado del general Palafox*, Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 2017, 248 pp. ISBN: 978-84-16935-86-4
Hervé Siou279

Nicasio LANDA: <i>Muertos y heridos y otros textos</i> , selección y estudio introductorio de Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga, Pamplona, Pamiela, 2016, 334pp., ISBN: 978-84-7681-936-4.	
Josep Escrig Rosa.....	283
Jaroslav SUCHOPLES y Stephanie JAMES (eds.): <i>Re-visiting World War I. interpretations and Perspectives of the Great Conflict</i> , Frankfurt am Main, Peter Lang GmbH, Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2016, 544 pp., ISBN: 9783631674550286	
Alejandro Andreassi Cieri.....	286
Adriana CASES SOLA: <i>El género de la violencia. Mujeres y violencias en España (1923-1936)</i> , Málaga, UMA Editorial, 2016, 305 pp., ISBN: 978849747	
Victor José Ortega Muñoz.....	293
Jelena BATINIĆ: <i>Women and Yugoslav Partisans. A History of World War II Resistance</i> , Cambridge, Cambridge University Press, 2015, 287 pp., ISBN: 9781107091078	
Mariona Rovira Masplà.....	297
Valerie DEACON: <i>The Extreme Right in the French Resistance. Members of the Cagoule and Corvignolles in the Second World War</i> , Baton Rouge, Louisiana State University Press, 240 pp., ISBN: 9780807163627	
Joan Pubill Brugués.....	302
Joan Antón MELLÓN (ed.): <i>Islamismo yihadista. Radicalización y contraradicalización</i> , Madrid, Tirant Lo Blanch, 2015, 263 pp., ISBN: 9788490860588.	
Alfredo Crespo Alcázar	305

Dossier

La Restauración como fenómeno extra-europeo, 1814-1826

Coord.:

Daniel Gutiérrez Ardila

Universidad Externado, Colombia

Juan Luis Ossa Santacruz

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

Presentación: La Restauración como fenómeno extra-europeo, 1814-1826

Daniel Gutiérrez Ardila
Universidad Externado de Colombia
danielgutierrezardila@gmail.com

Juan Luis Ossa Santa Cruz
Universidad Adolfo Ibáñez
juan.ossa@uai.cl

Nuestro propósito con este dossier es considerar las Restauraciones como un fenómeno que no concierne solamente las cortes de París, Madrid o Nápoles, sino también el continente americano en su conjunto. Las historiografías chilena, colombiana y venezolana, por ejemplo, se han referido a aquella coyuntura con el nombre poco propicio de “Reconquista”, que es en sí mismo una reivindicación de los patriotas de entonces y que asocia la consolidación transitoria de la autoridad fernandina con los hechos de armas de los conquistadores en el siglo XVI o con las crueldades del duque de Alba en los Países Bajos. Las razones de semejante tergiversación son evidentes: al identificar la causa realista con episodios históricos que gozaban de pésima reputación entre los ilustrados de ambos mundos, los líderes independentistas buscaron suscitar tanto una descalificación automática de aquélla como una justificación no menos rápida de la transformación política provocada por la revolución autonomista de 1810. Ello explica que en los países citados la bibliografía sobre el tema continúe siendo escasa y que adolezca, salvo excepciones honrosas, de un *parti pris* evidente. Creemos que el hecho de considerar bajo una óptica más sosegada y múltiple estas restauraciones contribuirá no sólo a comprenderlas mejor, sino también a arrojar abundante luz sobre la consolidación definitiva del proyecto republicano en la América Meridional.

Así mismo, tenemos la certeza, y tal es el segundo propósito de este dossier, de que la comparación de las diferentes experiencias permite descubrir aspectos del período de las Restauraciones desconocidos incluso para las historiografías más robustas. La suma de las diferentes experiencias históricas que busca abarcar este dossier compone un espectro amplio, que amalgama el retorno de dos reyes a sus tronos respectivos (Países Bajos, España), y las distintas repercusiones de las Restauraciones en Chile, el Nuevo Reino, México y el Río de la Plata.

¿De qué magnitud fue la violencia política de las Restauraciones? ¿Hasta qué punto la corrupción o las parentelas amortiguaron la vindicta real? ¿Fueron integrados en los nuevos gobiernos y en las administraciones locales algunos de los líderes revolucionarios? ¿El rigor o la lenidad adoptadas contribuyen a explicar el triunfo o el fracaso del proyecto restaurador? ¿Qué mecanismos se emplearon por parte de las autoridades restauradoras para legitimar los proyectos contrarrevolucionarios? ¿Qué papel jugaron la prensa y otros escritos en la circulación de noticias tanto en Europa como en Hispanoamérica durante el período?

do inmediatamente anterior a la caída de Napoleón y 1819, último año en que España intentó llevar adelante una “reconquista” total del territorio americano? ¿Hay evidencia que permita confirmar la circulación y la adaptación de instituciones contrarrevolucionarias entre las diferentes monarquías? ¿Puede hablarse de ciertas continuidades entre el proyecto político de las Cortes de Cádiz y el regreso de Fernando VII al trono español? ¿Qué efectos ideológicos tuvo el uso del concepto “Restauración” en Europa e Hispanoamérica? ¿Cuál fue la participación de los sectores populares durante las restauraciones americanas? Tales son algunas de las cuestiones abordadas en los textos.

La mejor manera de explicar la naturaleza y el sentido de este dossier es resaltando su naturaleza paradójica. Y ello en al menos dos sentidos. Porque se opone a la noción común que ve en las Restauraciones monárquicas un fenómeno exclusivamente europeo, y porque la naturaleza contra-intuitiva que entraña a primera vista nuestra propuesta de examinar su vertiente americana termina siendo, una vez considerada atentamente, ajustada a la realidad. Esta empresa colectiva tiene pues como objetivo desafiar un lugar común para enriquecer el entendimiento de un proceso histórico.¹ O, más bien, de dos, puesto que en América el estudio de la Restauración es inseparable del interés por las independencias. Se trata, nuevamente, de una paradoja, ya que la especificidad del período, tal y como se manifestó entre Nueva España y el Río de la Plata, es el de la generalización intempestiva del sistema republicano. ¿Qué queremos decir? Que si bien la salida de Fernando VII de su lujosa reclusión en el castillo de Valençay y su retorno absolutista al trono español² tuvieron enormes implicaciones en los territorios indianos, ellas no solo deben comprenderse como una reimplantación de la autoridad monárquica, sino también como un molde heterodoxo donde se fraguaron en definitiva los Estados hispanoamericanos independientes.

A pesar de no ser exhaustivo (no hay, por ejemplo, ningún artículo en particular sobre las experiencias de la Banda Oriental, el Perú, Guatemala o Quito), este dossier propone una tipología tripartita del orden post-napoleónico en la América Meridional. El caso novohispano, analizado por Rodrigo Moreno, ilustra la Restauración en tierra realista, es decir, las transformaciones que el retorno del rey suscitó en territorios que, si bien eran controlados previamente por los monarquistas, no por ello dejaron de experimentar el trastorno de una interinidad institucional surgida años atrás al calor de la vacancia regia, la guerra peninsular, la revolución liberal gaditana y la lucha contra la insurgencia. Allí, una constitución imperial aplicada selectivamente fue sucedida por un absolutismo también selectivo. El segundo tipo de Restauración americana es el que tuvo lugar en tierras de “Reconquista”. Como se ha dicho, el término, empleado desde el siglo XIX por la historiografía colombiana, venezolana y chilena, describe, desde el punto de vista patriota, una experiencia breve de pacificación realista entre dos ciclos revolucionarios. En este dossier, el caso es desarrollado por tres artículos que exploran algunas de las vicisitudes vividas durante el período por el

¹ “Paradoxe”, en Henri MORNIER: *Dictionnaire de poétique et de rhétorique*, París, PUF, 1961, pp. 295-296.

² Emilio LA PARRA: *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Madrid, Tusquets, 2018, 179-276.

sur de Chile (Jo Crow-Juan Luis Ossa) y por la Nueva Granada (Daniel Gutiérrez-Matthijs Lok e Isidro Vanegas). El tercer y último tipo es el descrito por el artículo de Gabriel Di Meglio y Alejandro Rabinovich, quienes demuestran cómo, aun en zonas donde la revolución persistió sin serios desafíos, como en el Río de la Plata, la Restauración fue un fantasma que amedrentó y modificó las certezas de los líderes de la transformación política y, en ese sentido, actuó como una potente matriz de cambios institucionales e ideológicos. Lo dicho por ambos historiadores es también cierto si se analiza la fortísima impronta que tuvieron el contexto europeo y sus consecuencias americanas en la consolidación de las repúblicas surgidas en el continente a partir de 1817: así se entiende en buena medida en Chile, como en Colombia, Perú o México, la constitución de Ejecutivos fuertes (encabezados, respectivamente por O'Higgins, Bolívar o Iturbide), la orientación respetuosa de la diplomacia revolucionaria con respecto al orden creado por el Congreso de Viena, o el reformismo moderado en ámbitos como el fiscal, el religioso y el social.³

Este dossier muestra que la tipología esbozada puede aplicarse con provecho a áreas más pequeñas que tuvieron experiencias particulares con respecto a la tendencia seguida por la mayoría de las provincias de su entorno. En el Nuevo Reino, el Istmo de Panamá y las provincias de Cuenca y Guayaquil se mantuvieron al margen del contagio revolucionario, mientras que Quito, Ibarra, Pasto o Santa Marta eran espacios realistas al producirse la Restauración, por lo que su caso se asemeja más al de Perú o Nueva España que al de Santa Fe, Cartagena o Antioquia. Algo semejante puede decirse del territorio mexicano. Como muestra Rodrigo Moreno, las experiencias de Oaxaca, donde hubo un dominio prolongado de la insurgencia, propiciaron una Restauración más clásica (según el modelo europeo o chileno-venezolano-neogranadino). Por ello cabe hablar, para el caso novohispano, de una Restauración de doble faz, esto es, con respecto a Cádiz y a la insurgencia. En Chile, la Restauración fue menos duradera en el Valle Central, aunque se extendió en el sur del país hasta bien entrada la década de 1820, dada la resistencia de las comunidades mapuche de integrarse al proyecto republicano surgido luego de la declaración de independencia de 1818.

El estudio de la Restauración en Hispanoamérica, supone, en suma, una atenta consideración de sus avances y declinaciones. Sin embargo, conviene tener en cuenta igualmente los denominadores comunes, ya se considere el fenómeno, según el caso, 1) como un paso de la monarquía liberal a la absolutista; 2) como una etapa intermedia entre una serie de cambios abruptos y sucesivos de régimen (revolucionario-contrarrevolucionario-revolucionario); 3) como una mutación pronunciada e inducida del republicanismo; o 4) como una estación modulada de la dependencia.

Dichas cuatro opciones permiten hacerse una idea, en primer lugar, del abandono de un espíritu reformista y de un optimismo que fueron criticados como incautos en lo sucesivo y como responsables del desplome de los regímenes revolucionarios tanto en las áreas de "Reconquista" como en el mundo del liberalismo gaditano. En segundo lugar, de la imposi-

³ Sin lugar a dudas, cabría considerar un cuarto tipo de Restauración americana, no analizado en este dossier: el que vivieron Cuba y Puerto Rico, territorios insulares que conocieron la modificación institucional propia del paso del liberalismo gaditano al absolutismo fernandino, en lugar de adoptar la vía republicana, y que transitaron a continuación por el Trienio Liberal para convertirse finalmente en colonias españolas.

bilidad de regresar al pasado (para retomar el título de un libro importante sobre el tema⁴), esto es, de alojar la experiencia previa en un paréntesis hermético o en un compartimento impermeable. Tanto en las zonas de realismo más pujante, como en las del autonomismo o el independentismo, las innovaciones institucionales, culturales y políticas eran insoslayables y resultaba vano imaginar que pudieran extinguirse por decreto o Real Orden. La multiplicación de las imprentas y los periódicos constituye un caso paradigmático, pero no lo son menos las transformaciones jurisdiccionales (erección de cabildos, parroquias, juzgados de diversa jerarquía), fiscales, comerciales (¿cómo poner punto final al régimen de gran libertad incubado por la crisis de la monarquía?) o sociales (piénsese en la esclavitud, cuya crisis resultó irrefrenable en Hispanoamérica, si bien se reforzó en las Antillas como consecuencia también de la amenaza revolucionaria, es decir, de su confrontación exitosa). En tercer lugar, de la militarización creciente de la sociedad: la Restauración radicalizó la revolución tanto como el realismo y, en consecuencia, acrecentó también el enfrentamiento bélico.

La triple paradoja del conservatismo revolucionario, el absolutismo transigente y la pacificación militarizada que caracteriza a la Restauración en Hispanoamérica es una muestra de lo fructífera que resulta la incorporación de esta perspectiva en el estudio de las independencias. Des-europeizar el fenómeno (perdónesenos el neologismo) es interesante, no solo por cuestiones de periodización, sino también porque entraña un cambio en el panorama de investigación. Lo que se embutía normalmente en un cajón de sastre como “contrarrevolucionario”, o sea, en virtud de una función meramente antagónica, halla coherencia, sin sacrificar su diversidad intrínseca, dentro de un proceso histórico desencadenado por el fin del imperio napoleónico y el retorno de las casas dinásticas a los tronos europeos. Que en dicho panorama tenga natural cabida Hispanoamérica (así como África y Asia, pero ese es otro asunto) no debe sorprender a nadie, por cuanto ella hacía parte de una corona imperial. La cronología de la era revolucionaria en el continente sufre un positivo reacomodamiento de la mano de la Restauración, puesto que esta emerge como un clivaje esencial, del mismo modo que aguas arriba 1808 y, aguas abajo, 1830. Con modulaciones y particularidades esta periodización tripartita es válida para todos los territorios comprendidos entre Texas y la Patagonia. La invasión napoleónica en la Península generó por doquier mutaciones que es inútil encarecer. Lo mismo puede decirse del regreso de Fernando VII al trono o de los últimos años de su reinado, que supusieron la desaparición de la amenaza encarnada por la Santa Alianza en los países independientes y de la liberalización de la monarquía donde ella subsistía (con la excepción, claro está, de las Antillas, donde, como muestra el citado libro de Fradera, terminó por imponerse un contrastante régimen autoritario).

Como decíamos, la adopción de la Restauración como perspectiva induce a considerar problemas que la historiografía ha descuidado tradicionalmente. Nos referimos en particular a las experiencias de supervivencia, en detrimento de las privilegiadas líneas del heroísmo y de la coherencia ideológica o de las trayectorias lineales. La reinstauración de la autoridad real tuvo un componente militar muy fuerte (como se ha indicado), pero también

⁴ Francis DÉMIER: *La France de la Restauration (1814-1830). L'impossible retour du passé*, París, Gallimard, 2012.

se logró mediante frecuentes indultos y políticas de olvido persistentes. Precisamente, el estudio de tales prácticas solo es posible por fuera del esquema “libertador”, que tiñe siempre con colores oscuros y uniformes las acciones de los agentes fernandinos en el continente. Las purificaciones y los multiformes perdones reales permitieron la reincorporación de miles de vasallos descarriados a los regímenes restaurados de los virreinos y las capitanías generales, lo que no impediría posteriormente a la mayoría de ellos transitar con éxito y flamante atuendo patriótico hacia las repúblicas triunfantes. Los veletas, considerados por fuera del escarnio y las rechiflas, se convierten así en personajes centrales del período, y sus vivencias, en un contexto ineludible para comprender la institucionalidad temprana de los nuevos Estados. Se trata de un rasgo sobre el que es preciso insistir: mientras que en Europa el veletismo es un fenómeno propio de las monarquías restauradas, en América lo es, principalmente, del republicanismo triunfante. Resurge, entonces, una vez más, la paradoja ya indicada de un mundo americano que, contrario a lo que indican apariencias engañosas, es solidario de una dinámica que escapa a las fronteras europeas. En síntesis, la oposición binaria revolución/contrarrevolución se convierte en Hispanoamérica, de la mano de la Restauración, en un tránsito matizado, de acuerdo con el cual las experiencias sucesivas y los diferentes gobiernos van modificando, en un sentido y otro, las concepciones políticas.

Ahora bien, así como hemos puesto de presente las ventajas que la perspectiva de la Restauración ofrece al considerar la época independentista, nos parece clave resaltar que el estudio de la vertiente americana del fenómeno provee elementos muy interesantes para una redefinición de este en términos generales. Piénsese, para comenzar, en la cronología. El punto de partida será, como en Europa y por razones evidentes, 1814, pero fechar la conclusión del período en 1830 es a la vez acertado e insuficiente. Acertado, porque, como afirmábamos más arriba, los últimos años del reinado de Fernando VII y el fin de la amenaza que representaba la Santa Alianza para las nuevas repúblicas produjeron un cambio decisivo de contexto. Insuficiente, porque la Restauración propiamente dicha en sus diversas modalidades americanas tuvo una duración por cierto variable, pero característicamente limitada (excepción hecha, claro está, de Cuba y Puerto Rico). En el Nuevo Reino de Granada el virreinato se desplomó en el segundo semestre de 1819 tras la batalla de Boyacá, y aunque la autoridad realista persistió en algunas provincias por un tiempo más, el resurgimiento del régimen liberal en la Península y los avances militares o políticos de la república, clausuraron la experiencia en todas partes con una diferencia de meses. Cabe decir algo similar con respecto a Venezuela, donde el derrumbe del gobierno realista se dio ya en el contexto liberal del Trienio. De modo semejante, en 1821 la asunción de José de San Martín como protector del Perú y la creación del Imperio Mexicano pusieron punto final a la experiencia de la Restauración fernandina en aquellos países, por lo que también allí fue significativamente más breve que en Europa. Sin embargo, como prueba el caso chileno, donde la Restauración duró, con altos y bajos, hasta mediados de los años veinte, en el continente es preciso distinguir dos cronologías complementarias, una acotada (la de la experiencia concreta de las consecuencias de la Restauración española), y una amplia, porque el ambiente político siguió condicionando con fuerza un mundo devenido republicano.

Pero, precisamente, conviene insistir en que las Restauraciones americanas tuvieron como desenlace, no la instauración de regímenes monárquicos constitucionales (como suce-

dió en Europa), sino el triunfo “extemporáneo” de la revolución. Más aun: una parte considerable del período se caracteriza en el Nuevo Mundo por la cohabitación de la república con el sistema internacional y algunas de las premisas políticas fundamentales del orden post-napoleónico. Se cierra así el círculo que nos propusimos trazar al inicio de estas páginas. La maniobra paradójica que planteábamos de examinar el período de las Restauraciones desde este lado del mundo indica que el componente esencial de tal coyuntura histórica no es el restablecimiento de los tronos europeos, ni mucho menos un móvil reaccionario (idea desvirtuada hace mucho tiempo por la historiografía), sino la búsqueda de una difícil síntesis de lo antiguo y lo moderno, el orden y la libertad, la revolución y la reacción. ¿No es apenas normal considerar que las independencias americanas son una contribución esencial a tal empresa?

La publicación de este número especial en la *Revista Universitaria de Historia Militar* es la culminación de un largo proceso que comenzó en 2014. Entonces, y gracias a una beca del Leverhulme Trust, pudimos reunirnos en la Universidad Nacional de Colombia (sedes de Bogotá y Medellín) para discutir en sendos coloquios algunas de las ideas que aquí se desarrollan. Sea esta entonces la ocasión de agradecer a Natalia Sobrevilla, Marcela Echeverri, Francisco Ortega, Marixa Lasso, José Antonio Amaya, Juan David Montoya, Yobenj Chingana y Lorna Dillon por su inestimable ayuda en la realización de tales eventos. Así mismo queremos agradecer a Jo Crow, Gabriel Di Meglio, Matthijs Lok, Alejandro Rabinovich e Isidro Vanegas por su compromiso con este dossier. Mención aparte merece Rodrigo Moreno, que se sumó a nuestro cometido tras una invitación tardía y que, con una dedicación que nos honra, escribió un capítulo sin el cual nuestro dossier hubiera quedado cojo. Finalmente, queremos agradecer a los diversos evaluadores, cuyos comentarios nos han permitido afinar el producto final, y al equipo editorial de RUHM, en especial a David Alegre Lorenz por su acompañamiento permanente, sus lecturas, sus propuestas y su entusiasmo.

La experiencia de la Restauración a través del lente ultramarino: estudio comparado de la supervivencia política en los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada (1810-1820)

The Experience of Restoration from a transatlantic Perspective: a comparative Study of Political Survival in the United Kingdom of the Netherlands and in the New Kingdom of Granada (1810-1820)

Daniel Gutiérrez Ardila
Universidad Externado de Colombia
danielgutierrezardila@gmail.com

Matthijs Lok
Universiteit van Amsterdam
M.M.Lok@uva.nl

Resumen: En el presente artículo dos historiadores confrontan los resultados de sus respectivas investigaciones para demostrar la conveniencia de integrar la perspectiva colonial en la era de las Restauraciones. Para lograrlo adoptan un enfoque comparativo inédito que confronta la experiencia vivida durante el período por una corona europea con las vicisitudes que conoció en los mismos años un reino hispanoamericano. El texto se concentra también en el análisis de las estrategias adoptadas por los líderes revolucionarios de los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada con el fin de preservar sus vidas y su influencia tras el retorno de Guillermo I y Fernando VII, respectivamente. La idea es analizar en paralelo las diversas declinaciones de las “políticas de olvido” y preguntarse si la capacidad o la incapacidad de integrar súbditos remisos influyentes condicionó el éxito o el fracaso de las monarquías restauradas. Como se verá, a diferencia de las Restauraciones europeas, las hispanoamericanas tuvieron una duración muy limitada y contrariamente a aquellas (que tendieron por lo general a preservar las más importantes transformaciones institucionales que la revolución y los regímenes napoleónicos trajeron consigo), se propusieron aniquilar el legado de los gobiernos insurgentes. Así mismo, mientras en Europa las Restauraciones promovieron la integración de los hombres nuevos surgidos del torbellino político con las élites de Antiguo Régimen, en los territorios ultramarinos españoles la consigna fue purgar las oficinas de todos los comprometidos con la rebelión. Para comprender estas diferencias tanto de duración como de orientación el artículo insiste en la importancia de considerar en los análisis las experiencias revolucionarias previas: donde el proceso de transformaciones políticas tuvo

una mayor duración y más tiempo para arraigarse, la Restauración fue moderada y buscó asimilar el legado revolucionario. Por el contrario, en el caso hispanoamericano (y ciertamente también en el español), un período de mudanzas políticas de corta duración (por muy trascendentales que ellas fueran) desencadenó Restauraciones no contemporizadoras y violentas.

Palabras clave: Restauración, Revolución, Países Bajos, Nuevo Reino de Granada, supervivencia política.

Abstract: In the present article, two historians compare the results of their respective researches to demonstrate the convenience of integrating the colonial perspective to the study of the early nineteenth century Restoration era. In order to do so, they adopt an unprecedented comparative approach which confronts the experiences lived during that period by an European kingdom with the difficulties that a Spanish American kingdom faced in the same period. The text also focuses on the strategies adopted by revolutionary leaders in the Netherlands and the New Kingdom of Granada in order to preserve their lives and influence after the return, respectively, of William I and Ferdinand VII. The central idea is to comprehensibly analyse the “politics of forgetting” and question whether the restored monarchies’ capability of integrating influential, reluctant subjects determined their subsequent failure or success. As it shall be shown, unlike in Europe, Spanish American Restorations were of very limited duration and, as opposed to the former -which usually tended to maintain the most relevant institutional transformations derived from the revolution and the Napoleonic regimes-, intended to erase the legacy of the insurgent governments. In addition, whereas European Restorations promoted the integration of the new society that emerged from the political clash with the Ancient Regime’s elite, in the Spanish overseas territories the aim was to purge offices of all those who were previously committed to the rebellion. In order to understand these differences regarding both duration and social orientation, the present article underlines the importance of considering previous revolutionary experiences where the political transformation process had more time to take roots and Restoration was moderated and willing to assimilate the revolutionary legacy. On the other side of the spectrum, in the Spanish American case -and also in Spain-, a period of swift political changes, independently of their transcendence, triggered intransigent and violent Restorations.

Keywords: Restoration, Revolution, Netherlands, New Kingdom of Granada, political survival.

Para citar este artículo: Daniel GUTIÉRREZ y Matthijs LOK: “La experiencia de la Restauración a través del lente ultramarino: estudio comparado de la supervivencia política en los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada (1810-1829)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 16-39.

Recibido: 16/11/2017

Aprobado: 20/03/2018

La experiencia de la Restauración a través del lente ultramarino: estudio comparado de la supervivencia política en los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada (1810-1820)

Daniel Gutiérrez Ardila
Universidad Externado de Colombia
danielgutierrezardila@gmail.com

Matthijs Lok
Universiteit van Amsterdam
M.M.Lok@uva.nl

Introducción: una comparación transatlántica

En la última década la investigación histórica sobre las revoluciones ha tomado un giro global, especialmente en lo que concierne a los turbulentos acontecimientos de las postrimerías del siglo XVIII.¹ Sin embargo, esta tendencia apenas se ha interesado por las dimensiones no menos planetarias de la Contrarrevolución y las nociones a ella afines de «Reacción» y «Restauración».² Hasta el presente la «Restauración», entendida como período y como fenómeno históricos, continúa siendo objeto de investigaciones emprendidas desde el enfoque nacional, muy a pesar de dos intentos recientes de explorarla desde una perspectiva a la vez europea y comparada.³ No obstante, el estudio de la Restauración postnapoleónica como acontecimiento global es aún una rareza.⁴ Incluso el examen del fenómeno desde una escala

¹ David ARMITAGE y Sanjay SUBRAHMANYAM (eds.): *The Age of Revolution in a Global Context, ca. 1760-1840*, Basingstoke, Palgrave, 2010.

² «Aún no disponemos de una síntesis que muestre al tardío siglo XVIII como la era de la contrarrevolución antidemocrática», David ARMITAGE: «Foreword», en Robert PALMER, *The Age of the Democratic Revolution. A Political History of Europe and America 1760-1800*, Princeton, Princeton University Press, 2014, p. XX. Sobre la historia conceptual de la palabra «Restauración», Panagiotis KONDYLIS: «Reaction, Restoration», en Otto BRUNNER, Werner CONZE y Reinhart KOSELLECK (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1984, vol. 5, pp. 179-190.

³ Jean-Claude CARON y Jean-Philippe LUIS (eds.): *Rien appris, rien oublié? Les Restaurations dans l'Europe postnapoléonienne (1814-1830)*, Rennes, PUR, 2015; Michael BROERS y Ambrogio CAIANI (eds.): *The Price of Peace. Modernising the Ancien Régime? Europe 1815-1848*, Londres, I.B. Tauris publishers, en prensa.

⁴ Ver, por ejemplo, los ensayos emprendidos para comprender las repercusiones del Congreso de Viena en un amplio espectro geográfico: Brian E. VICK: *The Congress of Vienna. Power and Politics after Napoleon*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014, capítulo 5 'Europe in the Wider World', pp. 193-232.

imperial aparece como una tarea pendiente. En efecto, suelen estudiarse de manera diversa las consecuencias de las Restauraciones en Europa y los sucesos experimentados durante el mismo período por las colonias ultramarinas. El caso español es paradigmático en ese sentido, pues mientras los investigadores analizan con respecto a la Península las políticas de Fernando VII durante sus dos reinados absolutistas (1814-1820 y 1823-1833),⁵ al abordar la historia americana se centran en el estudio de las vicisitudes de las revoluciones independentistas, en las políticas fallidas de la metrópoli para recuperar su imperio⁶ o en el estudio de «Reconquistas».⁷ En lo que respecta a la Restauración holandesa, aunque se han hecho esfuerzos recientemente para integrar en la narrativa general a las Indias Occidentales y Orientales, la historia de aquella dominación colonial tras el desplome del poder napoleónico sigue escribiéndose sin tener en cuenta los debates de la Restauración en los Países Bajos y sin detenerse en otras experiencias coloniales y viceversa.⁸ En abierta contraposición a estos hábitos historiográficos, el propósito del presente artículo es comparar un reino restaurado europeo con otro americano desde un punto de vista específico: el problema de la continuidad administrativa con posterioridad a experiencias revolucionarias y abruptos cambios de régimen.

La cuestión de la continuidad política y administrativa en la era de las revoluciones fue abordada en 2005 en lo relativo al caso francés por Pierre Serna en un libro que rastrea el surgimiento del término «veleta» (*girouette*) para referirse a personajes caracterizados por su inconstancia política. Si bien el autor abarca en su investigación el período comprendido entre las guerras de religión del siglo XVI y la década revolucionaria,⁹ el momento clave de las veletas francesas en términos semánticos fue, no obstante, el bienio 1814-1815, correspondiente al establecimiento del régimen de la Restauración. Las revoluciones políticas fueron entonces tan rápidas que la gaceta oficial del Estado fue incapaz de seguir el ritmo.¹⁰ En aquellos años

⁵ Josep FONTANA: *De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*, Barcelona, Crítica, 2006; Jean-Philippe LUIS: *L'Utopie réactionnaire. Épuration et modernisation de l'État dans l'Espagne de la fin de l'ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002.

⁶ Juan FRIEDE: *La otra verdad. La independencia americana vista por los españoles*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979, 3ª ed. revisada; Timothy E. ANNA: *España y la Independencia de América*, México, FCE, 1986; Michael P. COSTELOE: *Response to Revolution. Imperial Spain and the Spanish American Revolutions, 1810-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Rebecca EARLE: *España y la independencia de Colombia, 1810-1825*, Bogotá, Universidad de los Andes-Banco de la República, 2014.

⁷ Miguel LUIS y Gregorio Víctor AMUNÁTEGUI: *La reconquista española. Apuntes para la historia de Chile, 1814-1817*, Santiago, Imprenta Chilena, 1851; Diego BARROS ARANA: *Historia Jeneral de Chile*, Santiago, Rafael Jover Editor, 1889, t. X; Oswaldo DÍAZ DÍAZ: *La reconquista española*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1964, 2 vol.; Cristián GUERRERO LIRA: *La contrarrevolución de la independencia en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002.

⁸ Alicia SCHRIKKER: "Restoration in Java, 1815-1830. A review", *BMGN Low Countries Historical Review* 130:4 (2015), pp. 132-144. También Leonard BLUSSÉ: "Willem I en de schepping van de koloniale staat" y Gert OOSTINDIE: "De koning en de Caraïben", en Ido DE HAAN, Paul DEN HOED y Henk te VELDE (eds.), *Een nieuwe staat. Het begin van het koninkrijk der Nederlanden*, Amsterdam, Bert Bakker, 2013.

⁹ Pierre SERNA: *La République des Girouettes. 1789-1815 et au-delà. Une anomalie politique: la France de l'extrême centre*, Seyssel, Champ Vallon, 2005.

¹⁰ En los archivos franceses pueden hallarse papeles oficiales con símbolos imperiales impresos que fueron tachados con tinta y nuevamente esbozados durante los Cien Días. Archives Nationales de France, Secrétairerie d'Etat (Restauration), nr. AF V.

irrumpió un vocabulario que permitía burlarse y criticar a las élites políticas y administrativas que, a falta de escrúpulos e ideales, se mantenía en el poder a toda costa. Un buen ejemplo de lo dicho son los *Dictionnaires des Girouettes*, que narraban en un lenguaje pretendidamente neutro todas las posiciones y juramentos de lealtad previos de los oficinistas y de los miembros de la élite social y política. En el mismo momento surgió un contradiscurso que defendía a las veletas, alegando que siempre habían servido los intereses de su patria y promovido la estabilidad a pesar de las turbulencias. Tras la preeminencia del personaje de la veleta, Serna percibe una puja por un «centro radical» en un contexto político polarizado, así como la consolidación de una burocracia moderna, leal a un Estado abstracto más que a una dinastía o un líder en particular.

En este artículo nos proponemos explorar hasta qué punto el tópico del «sobreviviente político y administrativo», analizado por Serna para el caso francés, puede ser utilizado para estudiar dos Restauraciones distintas, experimentadas por dos reinos pertenecientes a dos continentes lejanos (desde el punto de vista geográfico), que compartían, empero, una situación periférica en términos imperiales en la década de 1810: los Países Bajos y el Nuevo Reino de Granada. Obviamente, una comparación histórica de territorios situados a tan larga distancia no puede consistir únicamente en una confrontación estructurada en torno a la semejanza.¹¹ Pero, si bien en muchos sentidos la situación del Nuevo Reino y los Países Bajos era diferente, ambas comunidades políticas experimentaron transiciones a las que los contemporáneos e historiadores se referirán luego como «Restauraciones». Además, en una y otra los sobrevivientes políticos jugaron un papel importante en la construcción de los nuevos Estados.

Como se explicará más adelante, el Reino Unido de los Países Bajos, originado tras el colapso del Imperio Napoleónico en los departamentos holandeses, no fue una verdadera «Restauración». Durante el antiguo régimen los Países Bajos no componían una monarquía, sino una república federal, aunque en la práctica la posición del estatúder [*stadhouder*], ocupada por la casa Orange, presentaba a finales del siglo XVIII elementos monárquicos.¹² Entre tanto, el Nuevo Reino experimentó una Restauración en toda regla durante cuatro años. La experiencia de este virreinato se asemeja así a la de Chile, que vivió una situación comparable entre 1814 y 1817,¹³ y ambas se diferencian de la del Río de la Plata (donde la revolución prosiguió sin mayores perturbaciones a lo largo del período) y de las de Nueva España y Perú (que no conocieron regímenes revolucionarios duraderos). El retorno de Fernando VII al trono español en 1814

¹¹ Sobre las comparaciones históricas Marc BLOCH: “Pour une histoire comparée des sociétés européennes” (1928), *Mélanges historiques*, Paris, vol. 1 (1963), pp. 16-40; Chris LORENZ: “Comparative Historiography: Problems and Perspectives”, *History and Theory*, 38:1 (1999), pp. 25-39; Jürgen KOCKA: “Comparative History: methodology and ethos”, *East Central Europe*, 36:1 (2009), pp. 12-19; Patricia CLAVIN: “Time, Manner, Place: Writing Modern European History in Global, Transnational and International contexts”, *European History quarterly*, 40:4 (2010), pp. 624-640.

¹² A.J.C.M. GABRIËLS: *De heren als dienaren en de dienaar als heer. Het stadhouderlijk stelsel in de tweede helft van de achttiende eeuw*, Leiden, 1990.

¹³ Esta cronología es válida para el Valle Central, no así para el sur del país, donde el régimen restaurado sobrevivió hasta 1826.

permitió el envío de una poderosa expedición militar a Suramérica, que tras tocar las costas de Venezuela y desembarazar a aquella Capitanía general –donde la revolución había sido aniquilada por segunda vez por un arrollador movimiento popular en 1814– de los soldados y oficiales realistas más díscolos, pasó a Santa Marta, sitió exitosamente a Cartagena y aplastó los gobiernos revolucionarios que durante seis años habían surgido y prosperado en el Nuevo Reino. A partir de entonces la autoridad del monarca fue restablecida y las innovaciones revolucionarias borradas de manera casi sistemática hasta que en agosto de 1819 una expedición «libertadora» puso punto final al gobierno fernandino y dio origen a una nueva y extensa república llamada Colombia, que cohesionó los territorios del virreinato neogranadino y los de la Capitanía general de Venezuela.

Una comparación entre la República de Colombia y el Reino Unido de los Países Bajos en la década de 1820 ha sido ya elaborada parcialmente por el historiador holandés Sytze van der Veen a partir de antiguas investigaciones de historiadores suramericanos. Ambos Estados eran construcciones recientes, forjadas por dos fuertes líderes (Simón Bolívar y Guillermo I) con amplias ambiciones geopolíticas que finalmente se desmoronaron en 1830. Van der Veen ha señalado la importancia de la República de Colombia en los proyectos de desarrollo económico y comercial del rey Guillermo I, en particular con miras a fomentar la isla de Curazao como un gran almacén de reexportación de mercaderías. En muchos sentidos, los Países Bajos estuvieron en la vanguardia del reconocimiento de Colombia, a pesar de las reservas de las grandes potencias europeas.¹⁴ Como se ha indicado, Van Veen se enfocó sobre todo en el decenio 1820, mientras que nuestro interés en estas páginas se concentra en la década inmediatamente anterior desde la perspectiva del problema de la continuidad administrativa y política en tiempos de revolución y cambio de régimen.

Dos reinos, dos revoluciones, dos Restauraciones

a) *La construcción del Reino Unido de los Países Bajos (1810-1813-1815-1820)*

El 30 de noviembre de 1813, Willem Frederik (1772-1843), primogénito de Guillermo V, último estatúder de la casa Orange, desembarcó en la playa de Scheveningen, (cercana a la tradicional residencia de la familia en La Haya) hasta donde lo había conducido el buque británico *The Warrior*.¹⁵ Para Frederik Willem se trataba de un momento de singular importancia, que

¹⁴ Sytze VAN DER VEEN: *Groot-Nederland & Groot-Colombia, 1815-1830. De Droom van Willem I*, Hilversum, Verloren, 2015. El libro, basado en fuentes originales, está dirigido a un público amplio y no busca interactuar con literatura académica internacional, especialmente en lo relativo a la América española. Sin embargo, este original trabajo propone un examen novedoso sobre la relativamente poco conocida Restauración holandesa. Sobre la pugna diplomática por el reconocimiento de Colombia, Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: *El Reconocimiento de Colombia: diplomacia y propaganda en la coyuntura de la Restauración (1819-1831)*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2012.

¹⁵ Jeroen KOCH: *Koning Willem I, 1772-1843*, Amsterdam, Boom, 2013 [traducción inminente en lengua inglesa].

marcaba el fin de 19 años de exilio. Ya que tras una ausencia tan dilatada su patria se había convertido en algo extraño para él, le resultaba difícil imaginar cuál sería la reacción de la población ante su presencia. Luego de una recepción vacilante, Willem Frederik fue vitoreado por la multitud en La Haya. Su regreso al poder fue confirmado el 2 de diciembre, cuando tuvo lugar una recepción positiva en Ámsterdam, la vieja metrópolis comercial de los Países Bajos. En las cartas que escribió a su hermana, Willem Frederik refirió su sorpresa ante la calurosa acogida del pueblo holandés, al que había dejado atrás en circunstancias desfavorables casi dos décadas antes.¹⁶ Durante su ausencia, él y su familia habían recorrido Europa como exiliados vagabundos, viviendo como terratenientes menores en un territorio correspondiente a la actual Polonia, y desde la primavera de 1813 en Gran Bretaña, cuando se acrecentaron las perspectivas de un retorno a los Países Bajos con el apoyo de dicha corte.

El príncipe Willem Frederik, que frisaba los cuarenta años al momento de desembarcar en Scheveningen, había abandonado los Países Bajos el 18 de enero de 1795, cuando los ejércitos revolucionarios franceses cruzaron los ríos congelados que tradicionalmente servían de defensa a la vieja república. Las tropas invasoras contaron entonces con la cooperación de holandeses como Herman Daendels, que habían jugado un papel activo en la fallida revolución patriota de 1785-1787 y ahora simpatizaban con los ideales de los republicanos franceses. La incursión extranjera puso fin a los más de doscientos años de existencia de la vieja república holandesa, cuyos orígenes databan de la inesperada revuelta contra el monarca español Felipe II, a finales del siglo XVI. Aun cuando dicha rebelión había sido emprendida en nombre de la libertad (y de la religión protestante), para los revolucionarios de 1795 la vieja constitución era anticuada y aristocrática. En enero de 1798 fue proclamada una constitución unitaria, luego de un golpe de Estado que clausuró los intensos debates que opusieron durante dos años a Unitarios y Federalistas. El régimen radical instalado a partir de aquellas fechas («el terror holandés») fue derrocado en el mes de junio con ayuda del embajador francés, ya que el Directorio parisino no tenía interés en la existencia de una república radical cerca de sus fronteras.¹⁷

La llegada de Napoleón al poder en 1799 tuvo un efecto doble en los Países Bajos.¹⁸ En primer lugar, significó una disminución de los derechos políticos y el reemplazo del sistema democrático por una forma de gobierno más autoritaria, que contó por lo general con el consentimiento de los antiguos revolucionarios bátavos, desilusionados con los ideales democráticos de la revolución. En segundo término, la independencia nacional fue progresivamente erosionada

¹⁶ Ibidem, pp. 228-237.

¹⁷ Acerca de la República Bátava Frans GRIJZENHOUT, Wieger VELEMA y Niek VAN SAS (eds.): *Het Bataafse experiment. politiek en cultuur rond 1800*, Nijmegen, Vantilt, 2013; Joris ODDENS: *Pioniers in Schaduwbeeld. Het eerste parlement van Nederland, 1796-1798*, Nijmegen, Vantilt, 2012. Un libro más antiguo es el de Simon SCHAMA: *Patriots and Liberators. Revolution in the Netherlands, 1780-1813*, Londres, Collins, 1977.

¹⁸ Martijn VAN DER BURG y Matthijs LOK: "Los Países Bajos bajo el dominio napoleónico: ¿nuevo régimen o restablecimiento del viejo orden?", en Michael BROERS, Agustín GUIMERA y Peter HICKS (dir.), *El imperio napoleónico y la nueva cultura política europea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. 131-146.

a medida que Napoleón acrecentó su influencia sobre los Países Bajos a través de la creación de una sucesión de regímenes. En 1801 la República Bátava fue reemplazada por una organización más federal (*Gemenebest*), lo que constituía una restauración parcial, pues los viejos regentes republicanos fueron llamados de nuevo a ocupar los principales empleos. Insatisfecho con este diseño, Napoleón implementó en 1805 un sistema presidencial con Rutger Jan Schimmelpennick como *raadpensionaris* (un nuevo cargo que recibió un viejo nombre republicano). Un año después el país se convirtió en una monarquía con Luis Napoleón como primer rey holandés (1806-1810), lo que hacía parte de la estrategia napoleónica de poner a los miembros de su familia al frente de los tronos europeos. La idea de Napoleón era que su hermano se condujera como un prefecto y facilitara la extracción de recursos y soldados para sus ejércitos imperiales. No obstante, y contra todo pronóstico, Luis contrarió estos proyectos, resolvió comportarse con una dignidad compatible con su rango y en los numerosos conflictos que lo opusieron a su hermano tomó por lo general el partido de sus súbditos.¹⁹

La falta de cooperación de Luis colmó la paciencia de Napoleón que, convencido de que era posible extraer mayores recursos de un país que consideraba aún como muy rico, optó por «adoptar» los Países Bajos. En 1810 los departamentos holandeses se convirtieron así en parte integral del Imperio francés y, en tal medida, fueron gobernados directamente desde París. Aunque la fase de la anexión ha sido denostada por la historiografía nacional holandesa como un «período negro» o una cautividad babilónica, entre 1810 y 1813 el sistema administrativo y judicial fue modernizado. Reformas que no habían sido implementadas durante la década revolucionaria pudieron llevarse a feliz término como resultado de la estructura autoritaria del Imperio napoleónico. Por ejemplo, vio la luz un sistema legal y de justicia uniforme. Muchos de los antiguos revolucionarios bátavos, así como numerosos viejos orangistas, participaron en la administración napoleónica de los departamentos holandeses, de modo que sería inapropiado describir aquellos años solo en términos de «ocupación extranjera». ²⁰ Sin embargo, cuando el imperio, acosado por los ejércitos aliados a partir de 1812, se hizo cada vez más opresivo, perdió muchos de sus apoyos entre las élites holandesas. Los franceses fueron comparados en canciones y folletos con los soldados españoles del siglo XVI y Napoleón fue representado como un nuevo Felipe II. Los holandeses alegaban haber sido tratados tanto por unos como por otros como indígenas y súbditos coloniales más que como europeos.²¹

El Bloqueo continental, concebido como una manera de ahogar el comercio británico, fue especialmente impopular, pues tuvo efectos devastadores en la economía holandesa y empobreció a buena parte de la población. Ante el peso cada vez más oneroso del régimen napoleónico, los holandeses rescataron el casi olvidado mito de los Orange como una alternativa. Con todo, solo la derrota de los ejércitos napoleónicos a manos de la coalición aliada en la batalla de Leipzig (16-18 de octubre de 1813) suscitó el colapso de la autoridad napoleónica en los Países

¹⁹ *Ibidem*, pp. 133-139.

²⁰ *Ibidem*, pp. 139-141.

²¹ Matthijs LOK: "A much superior situation: The ambivalent memory of the Dutch Revolt and the construction of the Dutch Restoration regime", en Michael BROERS y Ambrogio CAIANI: *op. cit.*

Bajos en el mes de noviembre del año citado. Aun así, nadie sabía entonces qué clase de régimen sería instalado tras el colapso del imperio. Diferentes opciones fueron entonces mencionadas: los antiguos patriotas soñaban con la reedificación de la república revolucionaria báltava de 1795, pero, al mismo tiempo, temían una reacción represiva como la de la primera Restauración de 1787, cuando fuerzas prusianas ahogaron en sangre la Revolución patriota (1785-1787). Muchos asumían que si el príncipe de Orange regresaba se convertiría en estatúder como Guillermo VI, de acuerdo con la vieja tradición republicana prerrevolucionaria. Unos cuantos holandeses deseaban el establecimiento de un monarca de la casa Orange que gobernara un reino «unido» de los Países Bajos del sur y del norte. Incluso Luis Napoleón, el efímero rey holandés (1806-1810), propuso sus servicios a la nación nuevamente independiente, pero su oferta fue declinada por el gobierno provisional de manera amistosa pero firme.²² Finalmente, el 17 de noviembre de 1813 el antiguo regente Gijsbert Karel van Hogendorp (1762-1834) instaló por iniciativa propia un gobierno provisional en nombre del príncipe de Orange, lo que permitió el desembarco de este en Scheveningen dos semanas más tarde.²³

Como la mayor parte de los regímenes de la Restauración europea, el Reino Unido de los Países Bajos establecido entre 1814 y 1815 fue una creación legitimada por precedentes históricos inventados. Van Hogendorp, líder del gobierno provisional, había proclamado en 1813 el «retorno de los viejos tiempos». Muchas instituciones del Estado restaurado fueron bautizados con nombres prerrevolucionarios, como el de los Estados Generales (*Staten-Generaal*), que se dio a la asamblea nacional, o como el de Consejo de Estado (*Raad van State*), que se impuso a la principal corporación consultiva del rey. No obstante, debido a que los Países Bajos no habían sido una monarquía hasta el reinado de Luis Napoleón, Willem se denominó a sí mismo como *Willem I* (en adelante Guillermo I) para marcar una ruptura con el antiguo régimen. Así, el nuevo poder ejecutivo monárquico fue concebido como un remedio susceptible de paliar la debilidad que se achacaba a la vieja república.

Puesto que las grandes potencias necesitaban una barrera poderosa contra Francia, los antiguos Países Bajos austríacos ubicados al sur fueron agregados a los del norte para formar un nuevo Estado unitario bajo la autoridad del rey Guillermo. Los Países Bajos habían sido divididos desde la revuelta del siglo XVI, y la frontera establecida entre unos y otros fue trazada de acuerdo con el resultado de la contienda y la afiliación política de los territorios que se rebelaron o permanecieron leales a España. Guillermo I defendió la existencia de este nuevo reino unido como un intento por reconstruir el Estado unitario que existió en tiempos de Carlos V (1500-1558), e incluso esperó por un momento la incorporación de Renania a su reino. Sin embargo, la nueva amalgama nacional no fue muy popular entre los cinco millones de súbditos: dos millones de norteños y tres de sureños. Los unos eran preponderantemente protestantes y desconfiaban de la nueva mayoría de católicos en el reino, a quienes despreciaban por conside-

²² Matthijs LOK: “‘Un simulacre de roi’: Les représentations néerlandaises du roi Louis sous la Restauration,” en Annie JOURDAN (ed.), *Louis Bonaparte: Roi de Hollande (1806–1810)*, París, Nouveau Monde éditions, 2010, pp. 199–212.

²³ Ido DE HAAN, Paul DEN HOED y Henk te VELDE (eds.): op. cit.

rarse con orgullo herederos de una mayor tradición de gobierno independiente (republicano). Por su parte, muchos de los sureños hablaban francés y se sentían más inclinados hacia Francia, a la que habían pertenecido por más tiempo que los norteños. Asimismo, se sentían disgustados con el nuevo rey protestante y con su ruda lengua holandesa. No obstante, Guillermo esperaba seducir a sus escépticos súbditos a través de la apertura de caminos, una administración eficaz y la construcción de una identidad cultural común para todos los Países Bajos.²⁴

Los años comprendidos entre 1818 y 1820 marcaron un punto de no retorno en la Restauración holandesa. Hasta 1818 Guillermo I fue visto por la opinión pública europea como un monarca liberal que respetaba el derecho a la libre expresión y que había defendido a los revolucionarios exiliados en los Países Bajos luego de los Cien Días. A partir de entonces, el reinado de Guillermo se hizo cada vez más autoritario, hollando la Constitución de 1815 bajo el supuesto de que como monarca estaba por encima de ella. Si bien el reino gozó de prosperidad y estabilidad durante la década siguiente, al acercarse esta a su fin las derivas del régimen suscitaron descontento creciente tanto en el sur como en el norte. En la revolución de 1830 el Reino Unido se disolvió, dando como resultado el surgimiento de Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos (del norte) como Estados-nación independientes.

b) Origen y colapso de las Provincias Unidas de Nueva Granada

Para 1808, cuando la invasión napoleónica de la Península Ibérica desencadenó una crisis monárquica sin precedentes en España, el Nuevo Reino de Granada era un virreinato muy extenso, en cuyo territorio, comprendido entre la América portuguesa y la Capitanía General de Guatemala, y entre la Capitanía General de Venezuela y el virreinato del Perú, vivían dos millones de habitantes, la mayoría de los cuales era eminentemente mestiza.²⁵

Al conocerse las abdicaciones de Fernando VII y Carlos IV en Bayona los neogranadinos optaron, como en el resto del imperio, por desconocer la legitimidad de la nueva dinastía y acataron como soberano interino a la Junta de Sevilla en 1808 y a la Junta Central, al año siguiente.²⁶ Con las noticias de la disolución de esta última ante la toma de Sevilla por los ejércitos imperiales y de la consecuente erección de un Consejo de Regencia en Cádiz, comenzó la revolución en el Nuevo Reino. El gobernador de la provincia de Cartagena y el corregidor del Socorro fueron depuestos, y en su lugar se crearon gobiernos colegiados que implicaban una ruptura mayor con el orden vigente. El 20 de julio de 1810 la capital del Reino creó su propia junta y cinco días después depuso al virrey, pero ello no bastó para mantener su supremacía: por lo general las capitales de provincia desconocieron al nuevo gobierno y crearon juntas propias, que

²⁴ Remieg AERTS y Gita DENECKERE (eds.): *Het (on)Verenigd Koninkrijk, 1815-1830-2015. Een Politiek experiment in de Lage Landen*, Rekkem, Ons Erfeel, 2015.

²⁵ José Manuel RESTREPO: *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, Besanzón, 1858, t. 1, p. 579.

²⁶ José María QUEIPO DEL LLANO, Conde de Toreno: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Pamplona, Urgoiti, 2008.

andando el tiempo lograron sofocar secesiones locales y se transformaron en Estados soberanos. Estos promulgaron a menudo constituciones y conformaron poderes ejecutivos, legislativos y judiciales particulares, lo que no les impidió emprender la búsqueda de un nuevo pacto de unión: así lo exigían imperativos diplomáticos, comerciales, fiscales y defensivos, así como la necesidad de armonizar las reformas en temas tan sensibles como la esclavitud. El 27 de noviembre de 1811 se firmó en Santa Fe un *Acta de Federación* que, al ser ratificada poco a poco por diferentes Estados del Reino (con la notable excepción de la capital, transformada entre tanto en el Estado de Cundinamarca), dio origen a las Provincias Unidas de Nueva Granada. Una rudimentaria autoridad general se instaló solemnemente en octubre del año siguiente y a finales de 1814 las tropas de la confederación incorporaron por la fuerza a Cundinamarca a la Unión. Para entonces, Fernando VII había abandonado su reclusión en Valençay y, habiéndose restituido al trono, abolido la Constitución, invalidado lo actuado durante su larga ausencia y comenzado la persecución de los más conspicuos liberales. Para combatir las disidencias americanas, el monarca se decidió por el envío de una expedición militar de diez mil hombres confiada a Pablo Morillo, que había conseguido un ascenso fulgurante durante la guerra contra los ejércitos napoleónicos. La expedición zarpó de Cádiz en febrero de 1815 y, tras recalar en Venezuela en abril, pacificar la isla Margarita y purgar las díscolas tropas realistas que habían aplastado allí el proyecto republicano, se dirigió al Nuevo Reino. Luego de un largo y costoso sitio a Cartagena, cinco columnas progresaron desde el norte, el sur y el oriente logrando aniquilar la revolución en el Reino en julio de 1816.²⁷

A diferencia de los Países Bajos, donde, como se ha visto, el rey Guillermo I logró implementar una política basada en el olvido de lo pasado, el respeto por el legado administrativo de la revolución y el imperio, y el reciclaje de las élites comprometidas con los regímenes anteriores, en el Nuevo Reino las propias autoridades fernandinas se enfrentaron desde el comienzo en torno al sentido que debía cobrar la pacificación. Por una parte, el Capitán General Francisco de Montalvo (ascendido al rango de virrey el 28 de abril de 1816) y algunos gobernadores (como Vicente Sánchez de Lima en Antioquia o José Solís en Popayán), así como la Audiencia de Santa Fe, abogaban por una limitación del prurito punitivo, por la expedición de indultos amplios, por el pronto retorno a la justicia ordinaria y por una militarización controlada del país.

²⁷ José Manuel RESTREPO: op. cit., t. 1, pp. 348-417; José Manuel GROOT: *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, escrita sobre documentos auténticos*, Bogotá, Imprenta i Esterotipia de Medardo Rivas, 1869, t. II, pp. 405-428; Antonio RODRÍGUEZ VILLA: *El teniente general Don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta (1778-1837)*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1910; Stephen K. STOAN: *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820*, Columbus, Ohio State University Press, 1974; Oswaldo DÍAZ DÍAZ: op. cit., pp. 43-91; Gonzalo QUINTERO SARAVIA: *Pablo Morillo, General de dos mundos*, Bogotá, Planeta, 2005; Justo CUÑO: *El retorno del Rey: El restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821)*, Castellón, Universitat Jaume I, 2008; Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: *Un Nuevo Reino: geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808-1816)*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2010; Isidro VANEGAS: *La revolución neogranadina*, Bogotá, Ediciones Plural, 2013; Clément THIBAUD: *Libérer le Nouveau Monde. La fondation des premières républiques hispaniques. Colombie et Venezuela (1780-1820)*, Bécherel, Les Perséides, 2017.

Morillo y sus agentes inmediatos, en tanto, optaron por recurrir frecuentemente a los cadalsos, las confiscaciones de bienes y los juicios de «purificación», a través de los cuales se examinaba la conducta de revolucionarios de segundo nivel, que eran por lo general multados o condenados a servir como soldados en las tropas realistas. Igualmente, Morillo y sus principales colaboradores veían como una necesidad vital para la supervivencia del régimen restaurado la prolongación indefinida del gobierno militar y de los Consejos de Guerra (donde se juzgaba de manera expedita a los revolucionarios), así como de un reclutamiento permanente destinado no solo a reemplazar las bajas del llamado Ejército Pacificador, sino también a fortalecer el aparato represivo.

En los Países Bajos existió entonces una política consecuente y acatada, mientras que en el Nuevo Reino primó el desacuerdo entre los jefes realistas acerca de las herramientas necesarias para apuntalar el régimen restaurado. Este rasgo fundamental del período en el territorio neogranadino fue descrito por vez primera en un libro pionero por Juan Friede, quien llamó la atención sobre su importancia para comprender el desenlace de la contienda, esto es, el triunfo definitivo de la revolución.²⁸

Además de la pugna entre una política de la clemencia y otra del rigor, la Restauración en el Nuevo Reino se caracterizó por un amplio recurso a la violencia, lo que constituye la segunda diferencia fundamental con respecto al mismo período en los Países Bajos. Si bien no hay cifras concluyentes al respecto, el número de los hombres y mujeres ajusticiados en patíbulos oscila entre 125 (estimación del historiador José Manuel Restrepo) y 200 (cálculo de la *Gazeta de la ciudad de Bogotá* en su número 58), lo que hace muy probablemente de ella la más violenta de las Restauraciones. De acuerdo con impresos oficiales que mandó elaborar el propio Morillo, durante el segundo semestre de 1816 fueron ajusticiados 102 revolucionarios en el Nuevo Reino.²⁹ Generalmente, estos perecían fusilados, y no era raro que se colgaran sus cuerpos exánimes de horcas para escarmiento de los vecinos, o que se desmembraran para exhibir brazos y cabezas durante meses en escarpas y jaulas de hierro ubicadas en lugares concurridos.

Y si a los cabecillas de la revolución se les fusiló, se les decomisaron sus bienes o se les reclutó como soldados, los pueblos en su conjunto fueron castigados de diversas formas. Por una parte, se les condenó a nutrir con contingentes numerosos la apertura de caminos decretada previamente por los jefes del Ejército Pacificador. Como se trataba de un reino escasamente poblado y muy montañoso, aquellas obras significaron la muerte de cientos de peones, el empobrecimiento de innumerables familias y la decadencia de la agricultura y el comercio. Por otra, las mujeres y los artesanos fueron confinados en diferentes villas y ciudades en «maestranzas» donde se les obligaba a servir de balde en la confección de uniformes, frazadas y monturas. Finalmente, muchas poblaciones fueron compelidas a proveer de raciones a los diversos cuerpos militares y a destinar decenas de hombres jóvenes como arrieros o soldados. Si en Francia la Restauración equivalió a una amplia desmilitarización de la sociedad (tanto por el descrédito de

²⁸ Juan FRIEDE: op. cit.

²⁹ Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Quijano 253, pza. 21.

la institución como por la nutrida desmovilización),³⁰ en el Nuevo Reino ella implicó un aumento sin precedentes del estamento militar (en el caso del Reino Unido de los Países Bajos el ejército fue también importante durante la Restauración, pues se esperaba que contribuyera a evitar una nueva revolución en Francia. Por la misma razón se construyeron numerosas fortificaciones en la frontera que separaba a ambas monarquías).

Tantos excesos explican que la propaganda patriota asimilara a los oficiales del Ejército Pacificador a nuevos conquistadores y que se comparara a Morillo con el Duque de Alba. El tópico se hizo moneda corriente en 1818 en el *Correo del Orinoco*, periódico que publicaba el gobierno revolucionario de Venezuela en la ciudad de Angostura, y adquirió estatuto de verdad con el triunfo revolucionario de Boyacá (7 de agosto de 1819), que marcó el fin del régimen restaurado en el territorio neogranadino, y con la publicación, en 1827, de la primera edición de la *Historia de la Revolución*, de José Manuel Restrepo. Desde entonces el período de la Restauración se ha estudiado como una «Reconquista» (aunque muy ocasionalmente) según el método histórico. Dicho de otro modo, la versión confeccionada por los independentistas ha sido tan poderosa que ha resistido con éxito hasta nuestros días toda confrontación, obligando a los investigadores a repetir una liturgia martiroológica que conmemora el derramamiento de la sangre patriota.³¹

Es por ello que resulta imprescindible enmarcar los sucesos neogranadinos del período dentro del marco general de las Restauraciones. Del mismo modo, es imperativo mapear con precisión los excesos de la pacificación fernandina en el Nuevo Reino. En efecto, si bien el abundante recurso a la violencia fue entonces un hecho inobjetable, no lo es menos que ella no se ejerció de manera uniforme en el territorio virreinal. Las provincias más damnificadas fueron las gobernadas por oficiales del Ejército Pacificador, esto es, tanto Popayán como las situadas al oriente del río Magdalena (sobre las que recaía la onerosa tarea de financiar a las tropas realistas que combatían en Venezuela). En marcado contraste, las gobernaciones sometidas a la autoridad del virrey Montalvo (Antioquia, Santa Marta, Riohacha, Chocó y Cartagena tras la salida de Morillo), las provincias de la presidencia de Quito (que se mantuvieron fieles a la monarquía o fueron pacificadas por Toribio Montes antes del retorno de Fernando VII al trono) y las del Istmo de Panamá no padecieron en absoluto o sintieron de manera muy temperada las exacciones de los pacificadores.³²

La tercera diferencia mayúscula entre la Restauración en los Países Bajos y la neogranadina tiene que ver con la posición adoptada por unas y otras autoridades con respecto al legado revolucionario. En el Nuevo Reino se acató la retórica fernandina de borrar «de en medio del tiempo» las innovaciones del período, y se insistió en la necesidad de poner las cosas en el estado

³⁰ Raoul GIRARDET: *La société militaire dans la France Contemporaine, 1815-1939*, París, Plon, 1953, pp. 7-24.

³¹ Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: *La Restauración en la Nueva Granada*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2016.

³² *Ibidem*.

que tenían en 1808. Así, por ejemplo, en caso de reclamos se ordenó convalidar las transacciones notariales y las sentencias de los tribunales expedidas durante el sexenio revolucionario,

porque habiendo emanado de autoridad no legítima solo el silencio y el consentimiento de las partes prestados en libertad, que es la que ahora se logra, pueden hacerlas valederas. Y si en las revisiones se reconocen injustos o arbitrarios los reclamos, sus autores deberán entonces resarcir a los litigantes las costas y perjuicios que se causen.³³

No obstante, la disposición fernandina de retornar a los tiempos prerrevolucionarios no fue fácil de aplicar, como queda de manifiesto en tres ejemplos precisos. En cuanto a la división jurisdiccional, los revolucionarios aprovecharon la relajación de los vínculos con la metrópoli para crear parroquias, conceder títulos de villa y ciudad, crear juzgados (alcaldías pedáneas, jueces pobladores...), etcétera. El caso de la provincia de Antioquia demuestra que, si bien los agentes del rey se apresuraron a demoler todas estas novedades, poco tiempo después fue clara para ellos la conveniencia de su parcial restablecimiento. En consecuencia, luego de una solicitud razonada de los vecinos afectados con las supresiones, el gobernador optó en ocasiones por dar nueva vida, en nombre del rey, a las creaciones jurisdiccionales de los revolucionarios.³⁴

El segundo ejemplo que hace patente la imposibilidad de un regreso puro y simple a 1808 es el relativo a la esclavitud. Los revolucionarios de Antioquia expidieron una ley de libertad de vientres en 1814 que, entre otras cosas, preveía la obligación de todo testador de manumitir uno de cada diez negros, en caso de tener herederos forzosos, o de liberar en su defecto la cuarta parte de ellos. Con el triunfo del Ejército Pacificador algunos años se apresuraron a reclamar la propiedad de sus antiguos esclavos, apegándose a la divisa real de retorno a los tiempos prerrevolucionarios. Sin embargo, y conscientes sin duda de la necesidad de preservar entre los numerosos siervos de la provincia el ascendiente del rey, los jueces negaron reiterativamente aquellas pretensiones, afirmando que la disposición de la ley de 1814 en lo tocante a las manumisiones póstumas debía reputarse «por voluntad del testador», del mismo modo que las reducciones de los niños nacidos hasta el tiempo de su muerte.³⁵

El tercer ejemplo tiene que ver con la transformación de la naturaleza del tiempo histórico. A pesar del triunfo del Ejército Pacificador, la revolución había suscitado una aguda conciencia de la excepcionalidad de los tiempos y suscitado una historicidad marcada por la densidad y la aceleración de la cadencia. Se trataba de una historia vivida, de un asunto generacional, que

³³ Vista fiscal del Dr. Tomás Tenorio, Archivo Histórico de Antioquia, t. 847, f. 345. En cuanto a las revalidaciones de escrituras, AHA, t. 864, ff. 71-72.

³⁴ Sobre la revalidación del juez poblador de Titiribí, AHA, t. 841, doc. 13336; en cuanto a la resurrección de las parroquias de La Ceja y Belén, AHA, t. 848, ff. 90-92 y t. 863, ff. 197-198, y AHA, t. 42, doc. 1369 y t. 851, doc. 13411.

³⁵ Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: "La politique abolitionniste dans l'Etat d'Antioquia, Colombie (1812-1816)", *Le mouvement social*, 252 (2015), pp. 55-70.

no dejó de tener importantes consecuencias en la percepción del mundo político: en primer lugar, al resaltar la centralidad del accionar humano, concedió un lugar eminente a la opinión pública; en segundo término, al obligar a los realistas a embarcarse en una empresa sistemática de réplica, agudizó la inestabilidad semántica. Ante el inexorable cambio en las coordenadas de enunciación, los publicistas monárquicos emplearon una retórica polémica fraguada para contrarrestar la argumentación de los revolucionarios y ventilaron en el espacio público las determinaciones oficiales. Así, la fidelidad y la obediencia cambiaron de naturaleza, haciéndose activas y suponiendo el despliegue de una capacidad política cuyas consecuencias el régimen no estaba dispuesto a reconocer.³⁶

A diferencia de la Restauración en los Países Bajos, la del Nuevo Reino se caracterizó, pues, por una pugna entre dos concepciones diversas de pacificación, por un frecuente recurso a la violencia y por un esfuerzo decidido (aunque quimérico) por borrar el legado revolucionario. A estos tres rasgos cabe agregar otros dos: la limitada duración del experimento restaurador y la corrupción. En cuanto a lo primero, basta con recordar que desde que comenzaron a sentirse en el antiguo virreinato las consecuencias del retorno de Fernando VII al trono español hasta el triunfo revolucionario de Boyacá en agosto 1819, transcurrieron apenas cinco años. Dicho de otro modo, la Restauración en el Nuevo Reino se caracterizó por su extrema brevedad: tres veces menos que en Francia o los Países Bajos del sur. El hecho se explica sin duda por la impopularidad de un régimen extorsivo y represivo, que demostró ser incapaz de reconciliar a una sociedad dividida por la fractura revolucionaria. La corrupción de los agentes de Fernando VII jugó un papel de primer orden en tal contexto, pues los vasallos neogranadinos, ante la imposibilidad de hallar amparo en los tribunales, recurrieron masivamente a los sobornos para salvarse a sí mismos o a sus parientes inmediatos, o para evitar exacciones lesivas a sus intereses. El espectáculo de unos oficiales del rey enriquecidos impunemente por un abuso cotidiano de su posición y en medio de un reino empobrecido por una pacificación agobiante malquistó definitivamente a los neogranadinos con su rey.

Dos Reinos de veletas

a) *Los Países Bajos*

Guillermo I concibió su nuevo reino, por una parte, como un nuevo comienzo, y por otra, como un regreso hacia un pasado nacional inventado, el de la revuelta holandesa y el de los Países Bajos borgoñones habsbúrgicos del siglo XVI. El colapso del Imperio napoleónico y el establecimiento de un régimen restaurado fue descrito por la opinión pública como una «liberación nacional»: Napoleón fue representado como un tirano extranjero y cruel; como un ogro,

³⁶ Alexander CHAPARRO: *Las armas y las letras. La reinención de la legitimidad del orden monárquico en la Tierra Firme durante el momento absolutista, 1814-1819*, Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2017.

responsable de la muerte de muchos jóvenes holandeses; como el opresor de las libertades; y como el responsable del colapso económico del país. Un fuerte contraste se estableció a partir de 1813 entre el gobierno patriótico y amigo de las libertades del «padre» Guillermo y la sangrienta opresión del corso y sus malvados colaboradores franceses, equivalentes decimonónicos de los españoles del siglo XVI (de manera muy interesante, el levantamiento peninsular contra Napoleón fue visto en el mismo momento por la folletería holandesa como el modelo de la lucha de los Países Bajos por la libertad).

La representación del gobierno napoleónico como una administración extranjera era, no obstante, una grosera exageración. Como se ha visto, los holandeses habían servido como administradores entre 1810 y 1813 en todos los niveles del gobierno imperial, desde la más pequeña alcaldía (*mairie*) hasta las prefecturas departamentales, e incluso, en el caso, por ejemplo, de Rutger-Jan Schimmelpenninck, en el Consejo de Estado Imperial. Muchos oficinistas holandeses de alto nivel como Cornelis Felix van Maanen, Jean Henri Appelius y Jan Hendrik Mollerus obtuvieron importantes empleos en tiempos de Guillermo I. Un examen de la importante corporación del Consejo de Estado de la Restauración permite concluir que las dos terceras partes de los miembros de la institución en el periodo 1814-1830 habían servido a Luis Napoleón entre 1806 y 1810, y que solo un tercio de ellos tenían en su haber experiencia administrativa bajo la república de antiguo régimen. Al examinar el caso de los ministros surge un patrón similar. Seis de los nombrados por Guillermo habían obtenido idéntica responsabilidad en tiempos de Luis Napoleón. 18 de los 39 ministros del período del Reino Unido de los Países Bajos habían obtenido empleos en los años 1810-1813. En la práctica hubo, pues, una amplia continuidad en términos de personal entre la «ocupación extranjera» de 1810-1813 y la llamada Restauración monárquica de Guillermo I.³⁷

Un buen ejemplo de la veleta política holandesa es Cornelis Felix van Maanen (1769-1846), un *hominus novus* de la revolución. Su familia, de raigambre patriótica, se había opuesto a la familia Orange y había sufrido persecuciones durante la primera Restauración (1787-1795), cuando las fuerzas prusianas restablecieron el orden en beneficio del estatúder. La Revolución de 1795 catapultó al abogado a altas posiciones políticas, y lo llevó a asumir, entre otras funciones, la persecución de opositores. Desilusionado con los ideales revolucionarios, se convenció de que el gobierno autoritario de Napoleón era la mejor manera de cumplir su sueño: el establecimiento de un sistema legal uniforme para la totalidad de los Países Bajos en reemplazo del particularista que caracterizaba al de antiguo régimen. Van Maanen se desempeñó como ministro de justicia en tiempos de Napoleón y como presidente de la Corte Imperial en La Haya durante la anexión.

El colapso del régimen napoleónico en los departamentos holandeses en noviembre de 1813 debió de ser una catástrofe para un hombre de leyes como Van Maanen. En un principio temió que el vacío de poder desatara un saqueo general y un quebrantamiento del orden. Des-

³⁷ Matthijs LOK: *Windvanden. Napoleontische bestuurders in de Nederlandse en Franse Restauratie, 1813-1820*, Amsterdam, Bert Bakker, 2009.

aprobó las acciones del gobierno provisional como «salvajes y extrañas» y, a pesar de la disolución de la administración napoleónica, continuó enviando informes al ministro parisino, hasta que vio aparecer frente a las ventanas de su oficina en La Haya a los cosacos del zar. Los temores de Van Maanen de perder su empleo, o peor aun, de ser perseguido por traición, como él mismo había acosado a orangistas en tiempos de la revolución báltica, resultaron infundados. Poco después del retorno del príncipe de Orange fue designado como miembro del comité constitucional y retomó sus funciones. Van Maanen se convertiría con el tiempo en el mayor pilar administrativo del «Sistema Guillermo I», y serviría como ministro de justicia hasta 1842. Van Maanen fue también el encargado de supervisar la «justicia transicional» del nuevo régimen: como puede imaginarse, no hubo ninguna purga sistemática, el orden judicial fue mantenido en lo esencial y una amnistía general fue proclamada para los condenados por delitos políticos cometidos en tiempos de los precedentes gobiernos revolucionario y napoleónico (muchos de los cuales habían sido perseguidos por el mismo Van Maanen).

La falta de entusiasmo de Van Maanen ante el colapso del orden napoleónico no fue excepcional. La mayoría de los miembros de la élite holandesa no apoyaron las pretensiones de la casa Orange en noviembre de 1813, optando por permanecer neutrales. Evidentemente, cuando el príncipe se arraigó en el poder, estos sobrevivientes políticos alegaron retrospectivamente haber sido desde siempre firmes sostenes de la casa Orange. En sus memorias, muchos de los oficinistas napoleónicos restaron adrede importancia al papel que jugaron durante la anexión o afirmaron haber tenido por norte la defensa de los intereses de los holandeses y el propósito constante de evitar la adopción de medidas más lesivas. El inesperado regreso de Napoleón durante los Cien Días ofreció a estas veletas la posibilidad de demostrar que eran buenos patriotas y que habían dejado de ser leales al Emperador.³⁸

Es muy llamativo lo poco que se discutió acerca del pasado revolucionario y napoleónico en la opinión pública holandesa de la Restauración. Una implícita «cultura del silencio» parece haber existido después de 1813.³⁹ Una de las razones que explican este rasgo fue la solicitud de la coalición aliada, y más que nada de Inglaterra, de que no hubiera purgas susceptibles de poner en peligro la estabilidad de los Países Bajos. Asimismo, si el nuevo rey se desinteresó por el pasado inmediato fue en buena medida porque él mismo había jurado obediencia y servido a Napoleón cuando actuó durante su exilio como cabeza del pequeño principado alemán de Fulda entre 1802 y 1806. Algunos folletos críticos vieron la luz, por lo general de manera anónima, en contra de las «veletas» holandesas, «camaleones» y «judas» que habían colaborado con el «asesino» régimen napoleónico, a pesar de lo cual continuaban ejerciendo los mejores empleos. Sin embargo, estos panfletos tuvieron una recepción negativa: las críticas que contenían eran

³⁸ Con todo, una pequeña minoría de antiguos revolucionarios y de oficinistas napoleónicos no tomó parte en el nuevo orden orangista por razones ideológicas. El caso más conocido es el del experto en finanzas Alexander Gogel. Jan POSTMA: *Alexander Gogel (1765-1821). Grondlegger van de Nederlandse staat*, Hilversum, Verloren, 2017.

³⁹ Matthijs LOK: "Un oubli total du passé? The Political and Social Construction of Silence in Restoration Europe (1813-1820)", *History and Memory* 26:2 (2014), pp. 40-75.

vistas como una amenaza a la frágil y reciente unidad nacional, base de la recuperación de los Países Bajos.

Los empleados napoleónicos trajeron consigo una nueva mentalidad que era al mismo tiempo ilustrada y autoritaria. Administradores como Van Maanen creían que la población saldría beneficiada con un sistema legal homogéneo, racional y nacional que no había existido antes de la revolución. Otro ejemplo de esta nueva élite de administradores tecnócratas es Cornelis Kraaijenhoff (1758-1840). Ingeniero hidráulico, su accionar se desarrolló en el espacio mixto de la técnica, el gobierno y el ejército. Encargado de trabajos hidráulicos por la República bátona, mano derecha del general revolucionario Daendels y ministro de la Guerra en tiempos de Luis Napoleón, fue responsable durante la anexión de implementar un sistema uniforme de pesos y medidas. Bajo el reinado de Guillermo I, Kraaijenhoff se encargó de proyectos ingenieriles de gran escala como las fortificaciones del sur, que debían proteger al nuevo reino de eventuales agresiones francesas.⁴⁰

La Restauración holandesa fue, pues, en buena medida obra de las veletas, es decir, de los antiguos empleados del régimen napoleónico. Aunque el período 1795-1815 en la historia holandesa es caracterizado por una sucesión de regímenes políticos diversos, hay también una historia de continuidad en cuanto al personal y las instituciones que los historiadores suelen pasar por alto. Los sobrevivientes políticos fueron capaces de construir una nueva administración central, hasta cierto punto independiente del monarca, que aún caracteriza al Estado holandés. Al mismo tiempo, las veletas napoleónicas veían con malos ojos los procedimientos parlamentarios y la libertad de prensa, prefiriendo un gobierno enérgico. En tal medida fueron un factor de ineludible importancia en la revuelta desencadenada por el giro autoritario del reinado de Guillermo I y en la posterior disolución del Reino Unido de los Países Bajos.

b) El Nuevo Reino

A diferencia de los Países Bajos, donde existió una política coherente de silencio y olvido de lo pasado, así como una asimilación programática de las élites revolucionarias e imperiales, en el Nuevo Reino la supervivencia política de los comprometidos con las mudanzas del sexenio precedente tuvo siempre un carácter contingente. En términos generales puede decirse que las vías que permitieron a los revolucionarios neogranadinos preservar su existencia fueron 1) ciertos parentescos o padrinzgos de personas influyentes, 2) el dinero, 3) el exilio, 4) la internación en parajes lejanos, y 5) la incorporación en las guerrillas insurgentes de los Llanos del Casanare y el Apure.

El tráfico de influencias fue una poderosa herramienta de supervivencia en el contexto violento de la Restauración neogranadina. El payanés Manuel de Pombo y Ante, doctor en ambos derechos y superintendente de la Casa de Moneda de Santa Fe en 1810, escapó a la muerte a que lo destinaban sus compromisos revolucionarios por su matrimonio con Beatriz

⁴⁰ Wilfred UITTERHOEVE: *Cornelis Kraaijenhoff 1758-1840. Een loopbaan onder vijf regeervormen*, Nijmegen, Vantilt, 2009.

O'Donnell, hermana del conde de La Bisbal y de otros tres generales peninsulares. Algo semejante ocurrió con el presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada José Fernández Madrid, o con el abogado Ignacio de Herrera, cuya tía había casado con un hermano del general Manuel Cajigal, que intervino en su favor ante el mismísimo Morillo.⁴¹ Las vicisitudes de Marcelo Tenorio son también bastante dicientes. A pesar de haber ocupado durante la revolución en la provincia de Mariquita «varios destinos y comisiones importantes», entre ellos algunos que lo pusieron «en el número de los más altamente comprometidos» (como la vocalía que desempeñó en el Tribunal de Vigilancia en 1815), sus relaciones de amistad y de familia «con algunas personas influyentes en[tre] los jefes expedicionarios», tanto en su país natal como en la capital del virreinato, le permitieron continuar su vida sin sobresaltos. Habiendo pasado a Santa Fe, el mismísimo Morillo lo recomendó al presidente y al fiscal del tribunal militar encargado de juzgarlo, lo que le permitió ser absuelto y retornar indemne a su hogar.⁴²

El dinero fue la llave más empleada a lo largo y ancho del Reino para abrir las puertas de la indulgencia. Sirvió para evitar conscripciones, secuestros y confiscaciones, para destruir papeles comprometedores existentes en los archivos, comprar testigos y jueces en los lances de purificación, para obtener pasaportes con miras a una expatriación, conseguir la aplicación de un indulto, evitar contribuciones forzosas, escapar al pago de raciones, etcétera.

La provincia de Antioquia eludió a lo largo del período los cadalsos, los presidios y las conscripciones, consiguiendo además un indulto particular del virrey Montalvo que tuvo como consecuencia la fácil «purificación» de todos los revolucionarios. Sin ninguna duda, el oro abundante de sus minas permitió a las élites locales comprar la indulgencia de las autoridades fernandinas. No obstante, el comandante de las tropas del Ejército Pacificador Francisco de Warleta, que se condujo allí tan sobriamente, dejó luego terribles recuerdos en la provincia de Popayán por su crueldad. Siendo ambas provincias mineras, no puede reputarse entonces el oro como una explicación suficiente cuando de experiencias colectivas se trata. Otros factores deben tenerse en cuenta a la hora de proponer una explicación sobre la excepcionalmente apacible Restauración antioqueña: la benéfica influencia del virrey Montalvo, contrariada eficazmente en Popayán por los militares; la presencia de un gobernador clemente (Vicente Sánchez de Lima), que se negó a acatar los dictámenes de Morillo; y un frente común defensivo integrado por los miembros de las élites locales, que no existía en la provincia del sur, fuertemente desgarrada, como estuvo durante el sexenio revolucionario, entre la opción realista y la revolucionaria.

El exilio fue también un expediente muy común para escapar a la furia punitiva de los restauradores. El destino preferido de los revolucionarios en apuros fue Jamaica, isla que desde antes de 1810 era frecuentada por numerosos comerciantes neogranadinos y que en los años siguientes se convirtió, además, en refugio de realistas. Como entonces, los hombres que allí se

⁴¹ Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: *La Restauración en la Nueva Granada...*, pp. 156-157.

⁴² Marcelo TENORIO: "Confesión de un viejo faccioso arrepentido sin embargo de no tener remordimientos", publicada por primera vez por Eduardo Posada en el *Boletín de Historia y Antigüedades* Nos. 41-43 (1906-1907). Reeditado por Humberto Barrera en la Editorial de la Universidad de Antioquia en 2016. Ver, en esta última versión, pp. 38-40.

instalaron a partir de 1816 buscaban permanecer cerca del Reino en espera de una ocasión propicia para regresar a sus hogares. La existencia previa de relaciones de negocios y los precedentes viajes a la isla, ya personales, ya de amigos o parientes, facilitaban la expatriación. Haití fue otro destino del exilio neogranadino, aunque mucho menos popular. El perfil de quienes se dirigieron allí era también diferente: por lo general se trataba de individuos contrarios a toda transacción con las autoridades fernandinas, que buscaban un asilo en una república reciente de la que esperaban auxilios para proseguir la lucha independentista.

Muchos hombres comprometidos con la revolución optaron por huir también, pero, en lugar de dirigirse a países extranjeros, decidieron sepultarse en zonas apartadas de sus lugares de origen o en bosques espesos. Allí esperaron la proclamación del indulto general expedido por Fernando VII a comienzos de 1817, y publicado en Santa Fe a comienzos del mes de julio. Algunos persistieron en aquel confinamiento aun hasta después de la batalla de Boyacá, cuando se incorporaron en las guerrillas o en los ejércitos patriotas.

Una minoría se negó a contemporizar con los restauradores desde el primer momento, y cuando la disolución del gobierno republicano fue inminente, salió con dirección a los Llanos del Casanare. Allí, soldados y oficiales, así como algunos empleados civiles, procuraron mantener viva la autoridad de las Provincias Unidas hasta que, resultando ello imposible ante los embates del Ejército Pacificador, pasaron al Apure y se asociaron con los insurgentes venezolanos. Andando el tiempo se pusieron bajo la protección del gobierno republicano fundado por estos en Angostura, enviaron diputados al congreso constituyente instalado en aquella ciudad y participaron activamente en la campaña «libertadora» que dio lugar a la batalla de Boyacá.⁴³

Si el tráfico de influencias, el dinero, el exilio, el confinamiento en parajes distantes y la incorporación en las guerrillas de los Llanos fueron las sendas que recorrieron los revolucionarios neogranadinos para sobrevivir a la pacificación fernandina, ¿quiere esto decir que no hubo veletas en el Nuevo Reino? Afirmar tal cosa sería equivocado. En primer lugar, porque el antiguo virreinato tenía un déficit tal de letrados y de trabajadores calificados, que cualquier intento por asegurar su funcionamiento durante la Restauración exigía echar mano de sujetos con la experiencia y los conocimientos precisos. En las minutas de los trabajos del tribunal de purificación de Santa Fe se nota cómo los artesanos especializados que trabajaban en la Casa de Moneda no solo escaparon al castigo, sino que preservaron sus empleos.⁴⁴ En segundo lugar, el territorio neogranadino fue un reino de veletas, porque, como se ha afirmado más arriba, existieron en dicho territorio dos políticas enfrentadas de pacificación. Aquella que defendía el virrey Montalvo creía en las virtudes de la clemencia, consideraba en extremo difícil (si no imposible) la tarea de juzgar a los comprometidos con la revolución y no tuvo problema con el reciclaje de oficinistas en todos los niveles. En tercer lugar, las veletas neogranadinas fueron producto inevitable de la revolución: como muchos de los hombres comprometidos con las mudanzas oculta-

⁴³ Clément THIBAUD: *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta-IFEA, 2003, pp. 261-409.

⁴⁴ Guillermo HERNÁNDEZ DE ALBA: *Recuerdos de la reconquista: el consejo de purificación*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1935.

ron a realistas en peligro, depusieron en su favor ante los tribunales y destruyeron documentos que podían incriminarlos; asimismo, una vez restaurado el gobierno fernandino, los beneficiarios de tantos favores tendieron a pagarlos de igual modo. En virtud de estas deudas de gratitud, mucho patriota convencido terminó posando impunemente como realista inveterado. Por último, tras la experiencia amarga de la pacificación, sus cadalsos, purificaciones, secuestros, destierros, o en el mejor de los casos la zozobra general que suscitó, muchos revaluaron negativamente el proceso revolucionario, llegando a imaginar lo que les quedaba de vida como súbditos de Fernando VII y a arrepentirse sinceramente de sus actuaciones. Un caso significativo a este respecto lo constituye José Antonio Malo, quien, siendo conducido por la vía de Barinas rumbo a Puerto Cabello, donde debía purgar una pena de seis años de presidio por sus compromisos con el régimen independentista, fue liberado por una partida rebelde, «mas a pesar de las seducciones y promesas de aquellos, no solo no las admitió, sino que fugándose de ellos se pasó a las tropas del rey, dando noticias que sirvieron felizmente para las operaciones de Vuestra Excelencia y posteriormente estuvo contrayendo méritos en las guerrillas, batiéndose con los insurgentes por el término de un año».⁴⁵

El triunfo de la república y del proyecto independentista a partir de agosto de 1819 generó una nueva oleada de apostasías y palinodias. El gobierno de la recién instaurada República de Colombia aprendió la lección más punzante de la fallida Restauración e implementó amplios indultos y una política de olvido eficaz. Como la incorporación de antiguos patriotas al régimen fernandino había sido moneda corriente, los periódicos no cesaron durante una década de enrostrar a las veletas neogranadinas sus cambiantes compromisos políticos y su persistencia en las oficinas. Ello fue sobre todo cierto en el primer semestre de 1823, cuando impactantes conmociones realistas en Maracaibo, Pasto y Santa Marta encendieron temporalmente las alarmas de los patriotas y plantearon la posibilidad de purgas más o menos severas del cuerpo político. En el periódico que redactó entonces para reanimar el republicanismó popular, Francisco de Paula Santander no sólo empleó el término “veleta” («El egoísta, el veleta, el enemigo... afuera, que Colombia no los necesita: menos bulto y más claridad, menos zozobra y una ración más, esto es lo que queremos»), sino que publicó, además, un artículo en el que un maromero famoso daba instrucciones detalladas a sus deudos y amigos sobre cómo «caer parado en las revoluciones»: a más de anteojos de previsión o larga vista, recomendaba el experimentado equilibrista un palo de balanza que tuviera como piedras en los extremos al miedo y a la adulación, así como unas chinelas con el mote «para todo» bordado en letras de oro, una cota de malla para resguardarse de todo peligro llamada «egoísmo» y un «gorro muy galán con plumas del color que convenga que se denominará interés».⁴⁶ No obstante, un indicio indudable del éxito de la concordia colombiana al fin y al cabo es el hecho de que tres de los seis primeros presidentes de la Nueva Granada fueran, en algún momento, antiguos abanderados del rey: Pedro

⁴⁵ Eguía a Sámano (Madrid, 7 de agosto de 1818), Archivo General de la Nación, Sección Archivo Anexo, Fondo Guerra y Marina, t. 160, f. 290.

⁴⁶ “Mi texto” y “Arte de caer parado en las revoluciones”, *El Patriota* No. 1 y 33 (26 de enero y 22 de junio de 1823).

Alcántara Herrán (1841-1845), Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) y José María Obando (1853-1854).

Conclusiones

¿Qué se diría de una historia natural de los mamíferos que ignorara la existencia de los cetáceos o los monotremas? Sin verse viciada en sus planteamientos esenciales, la definición de aquella clase de vertebrados perdería buena parte de su riqueza y dejaría de librar claves decisivas del proceso evolutivo. Algo semejante sucede con el período de las Restauraciones, cuya morfología se ha precisado atendiendo tan solo a sus variantes europeas, cuando se trató de un fenómeno global con manifestaciones imprescindibles en Hispanoamérica, África (piénsese, por ejemplo, en el Senegal, que regresó a manos francesas después de varios años de administración inglesa) y Asia (puesto que las posesiones insulares holandesas retornaron también a su regazo metropolitano habitual).

La confrontación entre las Restauraciones europeas y las americanas resulta intelectualmente muy provechosa. Como se ha visto, estas fueron mucho más cortas (tres años en el caso de Chile, cuatro en el del Nuevo Reino) y tuvieron una orientación política muy distinta, pues sus objetivos primordiales fueron regresar el reloj a 1808 y purgar las oficinas y tribunales de todos los revolucionarios. Ambas tareas eran, por supuesto, quijotescas, lo que explica la fallida pacificación de aquellas sociedades y el triunfo definitivo de la independencia y del régimen republicano.

Además de la duración y la orientación política, un tercer aspecto que devela la comparación entre la Restauración de un reino europeo y otro americano es el relativo al papel jugado por las potencias. En el caso de los Países Bajos, la implementación de un régimen estable y territorialmente vigoroso, capaz de desempeñar una función estratégica de contención en el concierto europeo y en el mantenimiento de la balanza del equilibrio, explica tanto la idea de un Reino Unido como (parcialmente al menos) la moderación de Guillermo I con respecto al legado revolucionario e imperial. En el caso hispanoamericano, en tanto, las potencias europeas censuraron el programa de Fernando VII, pero evitaron intervenir activamente, lo que autorizó la implementación de una Restauración desacomplejada.

En cuarto lugar, la comparación aquí esbozada demuestra que la relación entre la revolución y la Restauración en cada caso es capital. Allí donde el proceso de transformaciones políticas tuvo una mayor duración y más tiempo para arraigarse, la Restauración fue moderada en un primer momento y buscó asimilar el legado revolucionario. Por el contrario, en el caso hispanoamericano (y ciertamente también en el español), un período de mudanzas políticas de corta duración (por muy trascendentales que ellas fueran) desencadenó Restauraciones no contemporizadoras y violentas.

Finalmente, el tipo de Restauración parece estrechamente ligado al desenlace histórico de la coyuntura. En Hispanoamérica la experiencia de la pacificación fallida condujo a la indepen-

dencia y al régimen republicano, mientras que en Europa la síntesis (aun cuando imperfecta y transitoria) entre el pasado inmemorial y el pasado revolucionario permitió la creación de monarquías temperadas, algunas de las cuales existen todavía.

¿«Indios seducidos»? Participación político-militar de los mapuche durante la Restauración de Fernando VII. Chile, 1814-1825

“Seduced indians”? Political and military participations of mapuche during the Restoration of Fernando VII, Chile, 1814-1825

Joanna Crow

School of Modern Languages, Universidad de Bristol
jo.crow@bristol.ac.uk

Juan Luis Ossa Santa Cruz

Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Adolfo Ibáñez
juan.ossa@uai.cl

Resumen: Este artículo analiza la participación político-militar de los mapuche durante la Restauración de Fernando VII, centrándose principalmente en los años 1814-1825. El trabajo se inserta dentro de una discusión más amplia sobre las causas y consecuencias de la restauración monárquica en Chile, enfocándose en la intervención de las distintas parcialidades mapuche al sur del río Biobío. La hipótesis central es que las alianzas cambiantes contraídas por los mapuche explican la inusual duración de la guerra en Chile —y, por tanto, de la Restauración fernandina— si se compara con otras zonas de Sudamérica, donde las contiendas con los realistas se saldaron a fines de la década de 1810. Las fuentes muestran que durante la llamada “Guerra a Muerte” la región de la Araucanía experimentó un complejo proceso de negociación entre los principales caciques mapuche y los oficiales regulares. Siguiendo los últimos aportes historiográficos sobre este tema, el artículo concluye que en dichas negociaciones las comunidades mapuche actuaron portando una sofisticada agencia política, y no como actores supuestamente “manipulados” por las autoridades realistas y/o revolucionarias. El artículo se divide en cuatro secciones. En primer lugar, se hace un recuento del período 1793-1810 con el fin de indicar el estado de las relaciones establecidas entre la corona y las comunidades mapuche en vísperas de la revolución. Luego, se aborda la participación indígena en la guerra que azotó al Valle Central en el contexto más amplio de la Restauración fernandina. La tercera sección estudia los mecanismos de negociación entablados entre los mapuche y los realistas, así como entre los mapuche y los revolucionarios, en los años 1817-1823. Fue durante la “Guerra a Muerte” que se hicieron más evidentes las divisiones entre las comunidades indígenas, apoyando algunas a los revolu-

cionarios y otras a los realistas, aunque también en algunos casos, y según se iba desarrollando el conflicto, a ambos ejércitos al mismo tiempo o sucesivamente a uno y otro. Esta flexibilidad se aprecia claramente en el epílogo de este artículo, donde se analiza la documentación sobre el Parlamento de Tapihue (1825), mediante el cual el gobierno de Ramón Freire concluyó la guerra al sur del Biobío. El Tratado entrega una visión clara de los principales problemas asociados a la organización de la República de Chile, así como de la posición cambiante y pragmática de los mapuche ante la nueva realidad política.

Palabras clave: Restauración, Fernando VII, mapuche, río Biobío, Araucanía.

Abstract: This article analyses the military and political participation of the Mapuche people during the early years of Ferdinand VII's second reign, mainly between 1814-1825. It is part of a larger scholarly discussion about the causes and consequences of the Restoration of the monarchy in Chile, focusing on the interventions of various Mapuche territorial units at the south of the Biobío River. The central hypothesis presented here is that the Mapuche strategy of shifting alliances explains the relatively long duration of the war in Chile -and, therefore, of the Restoration- when compared with other areas of South America where disputes with the royalists were largely settled by the end of the 1810s. The sources indicate that during the so-called "War to the Death", Araucanía underwent a complex process of negotiation between the main Mapuche caciques and regular military officers. In accord with the latest historiographical contributions to this debate, this paper concludes that Mapuche leaders participated actively and strategically in the negotiations. In other words: they had a sophisticated political agency and were not simply conditioned by royalist and/or revolutionary authorities. This article is divided into four sections. The first section focuses on the 1793-1810 period and outlines the state of the relations between Mapuche communities and Spanish colonial authorities in the build-up to the first proclamation of independence. The second section tackles the Mapuche participation in the war that ravaged the Central Valley within the broader context of Ferdinand VII's restoration. The following section discusses the negotiation mechanisms both between Mapuche leaders and royalist and between Mapuche leaders and revolutionary factions during 1817-1823. It was during the "War to the Death" that the internal divisions within Mapuche society became exposed, with some leaders and their communities supporting the royalists and others the revolutionaries; supporting, in some cases, both sides at the same time or shifting their allegiances from one side to another as the conflict played out. Then, the epilogue provides further evidence of this flexibility as it analyses the Treaty of Tapihue of 1825 which, under the government of Ramón Freire, brought the guerrilla war in southern Chile to an end. This treaty, signed at Tapihue, offers us a clear insight into the problems derived from the early organisation of the independent Chilean Republic, as well as the fluctuating, pragmatic ways in which the Mapuche people dealt with the new political reality.

Keywords: Restoration, Ferdinand VII, Mapuche, Biobío River, Araucanía.

Para citar este artículo: Joanna CROW y Juan Luis OSSA CRUZ: “¿«Indios seducidos» Participación político-militar de los durante la Restauración de Fernando VII. Chile, 1814-1825”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 35-78.

Recibido: 26/12/2017

Aprobado: 16/05/2018

¿«Indios seducidos»? Participación político-militar de los mapuche durante la Restauración de Fernando VII. Chile, 1814-1825*

Joanna Crow

School of Modern Languages, Universidad de Bristol

jo.crow@bristol.ac.uk

Juan Luis Ossa Santa Cruz

Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Adolfo Ibáñez

juan.ossa@uai.cl

El objetivo de este artículo es estudiar la participación de los mapuche al sur del río Biobío en la guerra de independencia chilena, específicamente durante el período 1814-1825. Dichos años coinciden con el período de las Restauraciones, que comenzó tras la caída de Napoleón y que reconfiguró el panorama político a ambos lados del Atlántico. La hipótesis central propone que las alianzas cambiantes contraídas por los mapuche permiten explicar la inusual duración de la guerra en Chile –y, por tanto, de la Restauración fernandina– si se compara con otras zonas de Sudamérica, donde las contiendas con los realistas se saldaron a fines de la década de 1810. Aun cuando nuestras fuentes provienen en su mayoría del lado revolucionario, ellas muestran que la participación de los Butalmapu –como se conocía a las parcialidades o unidades territoriales mapuche²– fue el resultado de un complejo proceso de negociación entre los principales caciques de la región y los oficiales realistas y patriotas. Además, comprueban que el rol político-militar de los mapuche puede y debe ser entendido en una perspectiva comparativa y de largo alcance.

Historiográficamente, el artículo se sustenta en las principales contribuciones sobre los procesos de descolonización de los últimos veinte años. Por de pronto, seguimos la línea de investigación propuesta, entre otros, por Cecilia Méndez, Marcela Echeverri y Gabriel Di Meglio cuando sostienen que la participación de los sectores populares –esclavos, indígenas, inquilinos, tanto en el mundo urbano como rural– no puede explicarse por la «ingenuidad» que habría caracterizado a sus actores (un argumento muy presente en la historiografía decimonónica), como tampoco en la supuesta «manipulación» a la que habrían sido sometidos por los realistas (o fidelistas).³ Por el contrario, las fuentes demuestran que la negociación política –lo que Eche-

*Los autores agradecen la ayuda de Francisca Leiva y Patricio Espinosa en la recopilación del material de archivo que sustenta este trabajo.

² José MILLALÉN PAILLAL: “La sociedad mapuche prehispánica”, en Pablo MARIMAN, Sergio CANIUQUEO, Jose MILLALÉN, y Rodrigo LEIVA (eds.), ...*Escucha, winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y epílogo sobre el futuro*, Santiago, LOM Ediciones, 2006, pp. 40-42.

³ Cecilia MÉNDEZ: *La república plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2014; Marcela ECHEVERRI: *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution: Reform, Revolution, and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*, Nueva York, Cambridge

verrí denomina «una estrategia práctica de conciencia política»⁴— jugó un papel clave en las decisiones de los indígenas y que, en consecuencia, tanto los realistas como los revolucionarios consideraron a los mapuche como una contraparte con la cual era imprescindible entablar vasos comunicantes.

En la producción académica sobre este tema sobresalen dos tipos de análisis. Por una parte, tenemos los *estudios fronterizos* surgidos durante la década de 1980. Esta “escuela”, liderada por Sergio Villalobos, entiende la frontera entre el territorio mapuche y el reino de Chile como un espacio fundamental de interacción e intercambio, y no sólo de conflicto, violencia y dominación/imposición colonial.⁵ Por otro lado, se encuentran los trabajos sobre la época colonial y la independencia producidos desde la década de 1990 por un número creciente de historiadores mapuche, entre quienes destacan Jimena Pichinao Huenchuleo, Carlos Contreras Paimenal y Pablo Mariman, a los que se suman las investigaciones recientes de Gertrudis Payas, José Manuel Zavala Cepeda, Pilar Herr y Joanna Crow.⁶ Mariman ha subrayado una limitación importante en los estudios fronterizos: según él, dichos trabajos continúan presentando a los mapuche como «objetos de las políticas que hacen los hispano-criollos o la República chilena» y no como una sociedad política en sí misma.

Este artículo hace suya la idea de Mariman según la cual las comunidades mapuche deben ser estudiadas como actores colectivos con agencia política, un argumento complementado aquí con diversas fuentes primarias sobre las relaciones entre los bandos en disputa. La mayoría de estas fuentes no nos permite acceder a las voces mapuche de forma directa durante el período

University Press, 2016; Gabriel DI MEGLIO: *¡Viva el bajo pueblo!: La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo (1810-1829)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006. En cuanto a la historiografía decimonónica, véase Benjamín VICUÑA MACKENNA: *La Guerra a Muerte*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972 [1868]; Diego BARROS ARANA: *Historia General de Chile*, tomo XI, Santiago, Editorial Universitaria y DIBAM, 2003 [1891], capítulos 3 y 5. La «manipulación» a la que supuestamente fueron sometidas las clases populares se aprecia, por ejemplo, en Leonardo LEÓN: *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822*, Santiago, DIBAM, 2011.

⁴ Marcela ECHEVERRI: “Popular Royalists, Empire and Politics in Southwestern New Granada, 1809-1819”, *Hispanic American Historical Review*, 91:2 (2011), pp. 237-269, p. 243.

⁵ Sergio VILLALOBOS: *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la Guerra de Arauco*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1995; Jorge PINTO RORÍGUEZ, Holdensis CASANOVA, Sergio URIBE GUTIÉRREZ y Mauro MATTHEI: *Misiones en la Araucanía, 1600-1900*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1992.

⁶ Jimena PICHINAO: “Los parlamentos hispano-mapuche como escenario de negociación simbólico político durante la colonia”, en Héctor NAHUEPAN MORENO, Herson HUINCA PIUTRIN y Pablo MARIMAN (eds.), *Ta iñ fijke xipa rakizuameluwún. Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*, Temuco, Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012; Pablo MARIMAN: “Los mapuche ante la conquista militar chileno-argentino”, en Pablo MARIMAN, Sergio CANIUQUEO, José MILLALÉN, y Rodrigo LEIVA (eds.): op. cit., pp. 53-128; José Manuel ZAVALA CEPEDA, Tom DILLEHAY, Gertrudis PAYÁS PUIGARNAU y Fabien LE BONNIEC: “Los parlamentos hispano-mapuches como espacios del reconocimiento del otro enemigo”, *Traducción y representaciones del conflicto desde España y América*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2015, pp. 35-48; Pilar HERR: “The Nation According to Whom?: Mapuches and the Chilean State in the Early Nineteenth Century”, *Journal of Early American History*, 4 (2014), pp. 66-94; Joanna CROW: “Troubled Negotiations: The Mapuche and the Chilean State (1818-1830)”, *Bulletin of Latin American Research*, 36:3 (2017), pp. 285-298.

de la Restauración fernandina, ya que no fueron escritas o producidas por ellos. Con todo, sí nos ofrecen una mirada interesante sobre las acciones y actitudes de algunos de sus líderes, según las interpretaciones y narrativas de las fuerzas insurgentes y realistas. El artículo se divide en cuatro secciones. En primer lugar, se hace un recuento del período 1793-1810 con el fin de indicar el estado de las relaciones establecidas entre la corona y las comunidades mapuche en vísperas de la revolución. Luego, se aborda la participación indígena en la guerra que azotó al Valle Central en el contexto más amplio de la Restauración fernandina. La tercera sección estudia los mecanismos de negociación (como los obsequios, los parlamentos y los agasajos) entablados entre los mapuche y los realistas, así como entre los mapuche y los revolucionarios, en los años 1817-1823. Fue durante la denominada “Guerra a Muerte” que se hicieron más evidentes las divisiones entre las comunidades indígenas, apoyando algunas a los revolucionarios y otras a los realistas. También en algunos casos, y según se iba desarrollando el conflicto, un líder podía apoyar a ambos ejércitos al mismo tiempo o sucesivamente a uno y otro. Esta flexibilidad se aprecia claramente en el epílogo de este artículo, donde se analiza la documentación sobre el Parlamento de Tapihue (1825), mediante el cual el gobierno de Ramón Freire concluyó la guerra al sur del Biobío. El Tratado es muy rico conceptualmente y entrega una visión clara de los principales problemas asociados a la organización de la República de Chile, así como de la posición cambiante y pragmática de los mapuche ante la nueva realidad política.

El Pacto Político Colonial

Durante el período 1641-1803 se llevaron a cabo alrededor de 35 parlamentos entre los mapuche y las autoridades hispano-criollas.⁷ Según el antropólogo Rolf Foerster, los parlamentos –asambleas o conferencias hispano-mapuche que concluyeron en tratados– «pueden interpretarse como el corazón del pacto colonial», el cual era «el fruto del convencimiento del fracaso de la guerra (de más de 100 años)» y «de instituciones que lo promovieron», como, por ejemplo, «los caciques y los jesuitas».⁸ Foerster afirma «que este pacto tuvo una lectura quiásmica», ya que «la parte hispano-criolla lo promovía, pero simultáneamente lo desvalorizaba, lo consideraba un mal menor que debía con el tiempo ser superado. Lo miraban sobre todo las autoridades recién llegadas a Chile [...] como un hecho escandaloso, de cómo la Corona se humillaba frente a una nación de salvajes». En cuanto a los mapuche – y aquí Foerster cita a Leonardo León– «los caciques gobernadores enganchados con los parlamentos lo valorizaban, no así los ‘konas’». Es importante tomar en cuenta la doble lectura que hace Foerster, aunque parece claro que los parlamentos hispano-mapuche (en su contenido y su práctica) representaban –

⁷ Carlos CONTRERAS PAINEMAL: “Los Tratados celebrados por los mapuche con la Corona Española, la República de Chile y la República de Argentina”, Freie Universität Berlin, 2011 (disponible en www.archivochile.com).

⁸ Rolf FOERSTER: “Las relaciones chileno-mapuche a la luz del pacto político”, en Christian MARTÍNEZ NEIRA y Marco ESTRADA SAAVEDRA (eds.), *Las disputas por la etnicidad en América Latina: Movilizaciones indígenas en Chiapas y Araucanía*, Santiago, USACH/Catalonia, 2009.

como argumenta Pichinao— «situaciones concretas de mediación y negociación no sólo política, sino que también simbólico-cultural entre miembros de dos naciones». ⁹ Los tratados que resultaban de los parlamentos reconocían la autonomía territorial mapuche (con el río Biobío como el límite sur del Reino de Chile) y eximían a estos de la esclavitud, a cambio de que permitieran la internación de los misioneros católicos en su territorio.

El Parlamento de Negrete de 1793 fue una de las últimas reuniones formales entre las autoridades coloniales y los caciques mapuche. ¹⁰ Gracias a los esfuerzos de historiadores como José Manuel Zavala y Carlos Contreras Painemal, tenemos acceso a diversos documentos sobre las ceremonias y las discusiones que tuvieron lugar en aquella ocasión. ¹¹ También tenemos acceso a las cartas que intercambiaron las autoridades coloniales con anterioridad al Parlamento (entre sí y, algunas veces, con los caciques mapuche), las que abrevian cuatro principales motivos detrás de las relaciones establecidas entre los indígenas y los hispano-criollos: el comercio, la tradición ancestral, la propiedad y la educación.

Así, por ejemplo, una carta enviada el 13 de diciembre de 1791 por el gobernador Ambrosio O'Higgins a las autoridades peninsulares por vía de Judas Tadeo Reyes refiere a la posibilidad de «afiansar la libertad del nuevo camino entre Valdivia y Chiloé, el resguardo de la dilatada Costa desde aquel Archipiélago hasta Arauco, poceida por estos Infieles, y franca a los extrangeros Europeos que navegan por estos Mares, en consecuencia de la permisión del último tratado con Inglaterra». Los «Infieles» eran los mapuche, y al parecer a O'Higgins le preocupaba que estos comenzaran a negociar con Inglaterra. Aquí salta a la vista la importancia del comercio: las autoridades coloniales necesitaban (aunque algunos no quisieran) negociar políticamente con los caciques mapuche para obtener beneficios y asegurar la viabilidad de sus redes comerciales. Sin duda, estas redes también beneficiaban a los caciques—cada parte requería los bienes producidos por la contraparte—, y por eso el tratado concluido como consecuencia de las negociaciones de Negrete estipuló normas para regular el comercio.

En otra carta de Ambrosio O'Higgins al Gobernador Queleñancu y a «los demás Caciques de las Tierras de Boroa en Junta», apreciamos la importancia del linaje familiar y la tradición ancestral, especialmente en cuanto a las proclamaciones de lealtad. Aquella vez O'Higgins aseguró «con palabras, de cómo conservo a toda esa Tierra especial afecto, y amistad que tuve a Vuestros Padres, y antepasados ...». Y continuaba: «Vos debéis ser mi Amigo porque lo fueron buestros Padres». La amistad y lealtad eran una obligación impuesta, o por lo menos había un intento de imponer este vínculo en nombre de la costumbre histórica. Cuando los mapuche se auto-denominaban (si presumimos que autorizaron la letra del Tratado de Negrete) como

⁹ Jimena PICHNAO: op. cit., p. 27.

¹⁰ José Manuel ZAVALA CEPEDA (ed.): *Los parlamentos hispano-mapuches, 1593-1803: Textos fundamentales*, Temuco, Ediciones Universidad Católica de Temuco, 2015, pp. 375-395.

¹¹ En estas ceremonias y discusiones vemos la influencia de la cultura mapuche: el intercambio de comida, vino y regalos, la reciprocidad, la jerarquía de los caciques mapuche, y la manera de negociar (permitiendo la intervención de todos los participantes), entre otras cosas. Véase Jimena PICHNAO: op. cit., p. 32.

«súbditos» del rey, se nota otra vez la importancia de la continuidad y la herencia. Según el artículo decimosexto de aquel instrumento, todos los caciques presentes confesaron y reconocieron «por su REY y Señor natural al Poderoso, y Soberano Señor Don Carlos quatro, y por su subesor, el Solemnísimo Principe de Asturias Don Fernando devian prometer, y jurar, y mandava que prometiesen y jurasen serles en todo fieles, y obedientes Vasallos, y como tales Amigos de sus Amigos, y Enemigos de sus Enemigos . . .». No debe sorprender, en consecuencia, que al principio de las guerras de la independencia muchos caciques mapuche apoyaran a los realistas: habían prometido su lealtad tanto a Carlos IV como al futuro Fernando VII. Antes de lanzar los acostumbrados tiros de cañón, con los cuales concluyó el Parlamento, repitieron «todos en cada uno la voz Viva el Rey» y juraron «vasallage y fidelidad»: Carlos IV fue nombrado «el Potentísimo Rey de las Españas» y su inmediato sucesor el «Serenísimo Principe de Asturias».

Para los caciques principales, jurar fidelidad al rey, negociar con las autoridades coloniales y apoyar a los realistas durante los años 1810 y 1820 sirvió para proteger (o intentar proteger) sus tierras. En sus cartas a las autoridades justo antes de las guerras de la independencia vemos que la propiedad agraria era un tema central. Ese fue el caso de un cacique de San José de Mariquina (entonces en territorio español, no en territorio autónomo mapuche),¹² quien en 1806 escribió al Gobernador de Valdivia, Juan Clarke:

El Gilmen [otra palabra para cacique o líder] Chanquen de Quechupulli puesto a los pies de V.S. con toda humildad dice que en la Reducción de la Mariquina tiene un pedazo de tierras nombrado Yupelafquen el que en días pasados por comisión de V.S. las deslindo el Legua Don Bernardo Montesinos, y en el día intentan los Padres Misioneros quitarme parte de aquel terreno para unirlo al de la Misión: por lo que ocurro a la justificación de V.S para que determine lo que halle de justicia, y que los citados Padres no me ocasionen la incomodidad de estos viajes que me son tan costosos: por tanto a V.S. pido y suplico lo que sea de justicia.¹³

El hecho de que esta carta se encuentre en el Archivo Franciscano del Colegio de Chillán permite hacerse una idea de un último punto a propósito del pacto entre los mapuche y la corona española (renovado en los parlamentos): la educación y el colegio (dirigido y mantenido por los misioneros) como un lugar de encuentro —o, como dice Sol Serrano, «un centro de comunicación»— importantísimo entre los hispano-criollos y los mapuche.¹⁴ El artículo tercero del Tratado de Negrete señala cuán interesante resultaba «a toda la tierra, que los Hijos de los Gobernadores, Casiques, e Indios principales [se nota que se excluye a los konas] se educaran «Cristia-

¹² La Araucanía era territorio mapuche, pero al sur del Seno de Reloncaví era territorio colonizado por la corona española.

¹³ Reproducida en Jorge PAVEZ: *Cartas mapuche*, Santiago, Ocho Libros, 2008, p. 122.

¹⁴ Sol SERRANO: "De escuelas indígenas sin pueblos a pueblos sin escuelas indígenas: la educación en la Araucanía en el siglo XIX", *Historia*, 25 (1995-1996), pp. 423-474.

namente en el Seminario que su Magestad costea a sus expensas en la ciudad de Chillan...». Se refería al Colegio de Naturales allí inaugurado en 1700, bajo la dirección de los jesuitas, quienes lo regentaron hasta su expulsión, cuando fueron reemplazados por los franciscanos.¹⁵ Debido al apoyo brindado por éstos a los realistas, la institución fue clausurada por la Primera Junta de Gobierno en 1811. Paradójicamente en este mismo colegio se educaron tanto Bernardo O'Higgins, hijo del citado gobernador Ambrosio O'Higgins y futuro segundo Director Supremo de la República de Chile, como el cacique mapuche Venancio Coñuepán, quien, como veremos, apoyó decididamente a los revolucionarios (o patriotas) en el conflicto militar que se desató en la Araucanía a fines de la década de 1810.¹⁶ El vínculo entre ambos ayuda a explicar la famosa carta que Coñuepán envió a O'Higgins aproximadamente en 1823 y que culmina con las palabras «cuenta con tus araucanos». En esta promesa de fidelidad surge otra vez la importancia de la herencia y de la «línea sanguínea»: Coñuepán afirmó que su apoyo a Bernardo O'Higgins seguía los lazos de amistad que tenía con «su finado padre». Antes de que ello ocurriera, sin embargo, la sociedad chilena se vería inmersa en una sangrienta guerra civil que culminaría en la independencia de Chile.

La Restauración fernandina en Chile

La abdicación de Fernando VII y Carlos IV en 1808 y la consiguiente crisis de legitimidad que se expandió por todo Hispanoamérica provocaron cambios profundos en la toma de decisiones a ambos lados del Atlántico. En el caso de la Capitanía General o Reino de Chile, los grupos de poder urbanos instalaron en septiembre de 1810 una junta de gobierno en Santiago autónoma de las autoridades españolas, aunque todavía leal al rey. A partir de 1812, el enemigo político de los revolucionarios autonomistas fue encarnado por el virrey del Perú —quien se mantuvo distante de los proyectos juntistas—, y ya para fines de ese año parecía evidente que las diferencias en torno a la soberanía política habrían de definirse en el terreno militar. La batalla de Rancagua (1 y 2 de octubre de 1814) dio por vencedoras a las fuerzas del virrey peruano, abriendo las puertas a que la autoridad de Fernando VII, luego de que este recuperara su trono como consecuencia del tratado de Valençay, fuera restaurada. El ejército realista entró victorioso en Santiago pocos días después de la batalla, al tiempo que las fuerzas de Bernardo

¹⁵ Por decreto de 18 de octubre de 1786, una parte de este colegio llegó a ser un seminario de naturales, ya que los franciscanos querían formar sacerdotes indígenas. Véase *Historia de las Misiones del Colegio de Chillán*, Vol. I “Propagación del S. Evangelio entre los araucanos”, Barcelona, Editores Herederos de Juan Gili, 1908. Aquí salen algunos nombres de jóvenes mapuche que estudiaron para obtener el estado sacerdotal. Por ejemplo: D. Juan Bautista Anicoyan; D. Francisco Quiñelican; D. Pedro Pablo Leviman; D. Santiago Renquiante y; D. Martin Erice.

¹⁶ Según Pilar Herr, también se educó en este colegio el cacique Francisco Mariluán, quien apoyó a los realistas en los primeros años de la “Guerra a Muerte”, pero después cambió su lealtad política y firmó el Tratado de Tapihue en 1825. Véase “The Nation According to Whom?”

O'Higgins y José Miguel Carrera se refugiaron en Mendoza, al otro lado de la cordillera de los Andes y perteneciente a las Provincias Unidas del Río de la Plata.¹⁷

En los primeros años de la guerra civil revolucionaria (1813-1814) los mapuche no parecen haber tenido una participación protagónica en el conflicto. Puede decirse, en efecto, que su accionar en la Araucanía coincidió con el ascenso al poder del realista Francisco Marcó del Pont, para quien llevar a cabo negociaciones con las comunidades indígenas era tan importante como lo había sido durante el régimen colonial. El 22 de octubre de 1816, cuando arribaban los rumores de que José de San Martín se aprestaba a cruzar la cordillera desde Mendoza con su recientemente creado Ejército de los Andes, Marcó del Pont informó a los comandantes militares el plan de acción que debían seguir en caso de que el cacique Malalhue intentara convencer «a las demas Reducciones de Pehuenches y de los Butalmapus de la Concepcion» de atacar a los realistas. «Para eludir estos designios», decía Marcó del Pont, «es necesario redoblar nuestras inteligencias con los Indios, asegurando la adhesión de los de nuestra frontera». El encargado de poner en práctica esta política de negociación fue el franciscano Melchor Martínez, quien, además de apoyar históricamente a los realistas desde su posición de misionero en el Colegio de Chillán (mencionado en la primera sección), poseía «el amor de los Indios, noticias de la tierra, y prudencia para la mejor combinación de circunstancias».¹⁸

Un mes más tarde, el franciscano daba cuenta de un encuentro cerca del fuerte de San Carlos entre Rudecindo González y un «Indio» de la zona, quien había visto pasar cerca de su «toldo» a un grupo de treinta soldados provenientes de Mendoza bajo el mando del «salteador» José Miguel Neira. Este último era uno de los espías de San Martín en territorio chileno y tenía, junto con Manuel Rodríguez, la misión de destrabar los cruces cordilleranos previo al cruce del Ejército de los Andes.¹⁹ A partir del informe de Martínez es claro que los realistas estaban al tanto de la organización militar sanmartiniana y de las fechas en que se intentaría la reconquista de Chile. El cacique de la zona (cuyo nombre no aparece en el documento) señaló que «el exercito de aquella Ciudad [Mendoza] se hallaba acampado en un parage cercano á ella llamado las Cienegas, compuesto principalmente de negros [...]; asi mismo supieron que la expedición que debe venir a Chile, esta dispuesta para pasar la Cordillera por la Pasqua de Natividad, y que vendria al mando de don Bernardo Oiggins [sic]».²⁰

San Martín y O'Higgins cruzaron la cordillera entre fines de enero y principios de febrero de 1817, lo que les permitió tomar Santiago y sus alrededores después de la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817). Ahora bien, al igual como ocurriera después de la batalla de Ran-

¹⁷ Cristián GUERRERO LIRA: *La contrarrevolución de la Independencia en Chile*, Santiago, DIBAM, 2002.

¹⁸ Archivo Nacional de Chile, Fondo Ministerio del Interior (en adelante MI), volumen 26, ff. 269v-270. Marcó del Pont a los comandantes militares y subdelegados de San Fernando, Curicó y Talca. Santiago, 22 de octubre de 1816. Sobre el fidelismo de Martínez, véase Jaime VALENZUELA: "Los franciscanos de Chillán y la independencia: avatares de una comunidad monarquista", *Historia*, 38:1 (2005).

¹⁹ Véase Juan LUIS OSSA: "The Army of the Andes: Chilean and rioplatense politics in an age of military organisation, 1814-1817", *Journal of Latin American Studies*, 46:1 (2014), pp. 43-49.

²⁰ Archivo Nacional de Chile, fondo Ministerio de Guerra (en adelante MG), volumen 13, ff. 4-5. Informe de Melchor Martínez. Curicó, 19 de noviembre de 1816.

cagua, la guerra continuó su curso en el sur y, de hecho, todavía cabía la posibilidad de que Fernando VII y sus autoridades virreinales peruanas se afanzaran en territorios alejados, como Valdivia o Chiloé. Fue así como durante la “Guerra a Muerte” (1817-1823) el conflicto armado se zanjó con un tipo de fuerza hasta entonces desconocido, y en el que los indígenas tuvieron una activa participación.

Uno de los aspectos más sobresalientes de los años 1817-1819 (sin duda, los más violentos de la revolución) fue la presencia de espías y montoneras en la Araucanía.²¹ En agosto de 1817, el recientemente elegido Director Supremo, Bernardo O’Higgins, resumió a San Martín la situación en la zona y la estrategia adoptada por los realistas:

la suma escasas de víveres que sufre el enemigo, la posibilidad de adquirirlos desembarcando en los puertos desamparados de la costa, y sobre todo la favorable disposición que encuentran entre la mayor parte de los moradores de estos pueblos le han sugerido el plan de introducir pequeñas partidas de tropa, que acaudillados por osados bandidos del país, intentan la campaña bajo el sistema de los montoneros.²²

Unos meses más tarde, el oficial revolucionario Luis de la Cruz confirmaba que el enemigo tenía sus tropas «diseminadas», hostilizando «á los inermes pasajeros y á manera de ladrones que solo cuidan del pillage».²³ Entre aquellos “bandidos” y “ladrones” se encontraban muchos mapuche. En septiembre de 1817 encontramos una carta de Francisco Javier Molinas en la que se refería a la intervención de los indígenas como defensores de los realistas. «Todos los indios se han alzado», decía un angustiado Molinas al Ministro de la Guerra del gobierno revolucionario. De acuerdo a su análisis, los mapuche le hacían «la guerra por todas partes»; se necesitaban, en consecuencia, refuerzos que le permitieran «pasar a Tobul y pegarles un buen chicotazo [...] de donde me surtiría de haciendas y caballos». Las balas eran percibidas como las únicas a las que se sometían los mapuche de la zona: «ya he hecho cuanto he podido a buenas a fin de convidarlos con la paz y no he conseguido más sino que diariamente me estén hostilizando».²⁴ Esta situación era también moneda corriente en Los Ángeles, cerca de Concepción. El 16 de octubre de 1817, el comandante de aquella plaza, Pedro Andrés del Alcázar, comentaba que «ya cuatro días que me tienen sitiado los indios con muchos españoles fusileros y cada día me atacan más fuerte la mantención y [las] municiones se acaban».²⁵ Tres días después, Manuel

²¹ José BENGOLA: *Historia del pueblo mapuche. Siglos XIX y XX*, Santiago, LOM Ediciones, 2000, p. 146.

²² MG, vol. 28, f. 162. O’Higgins al General en Jefe de los Ejércitos de Los Andes y Chile. Concepción, 9 de agosto de 1817.

²³ MG, vol. vol. 34, f. 226. De la Cruz a O’Higgins. Santiago, 16 de diciembre de 1817.

²⁴ MG, volumen 49, f. 95. Molinas a O’Higgins. Plaza de Arauco, 3 de septiembre de 1817.

²⁵ MG, volumen 39, sin foja exacta. Alcázar a remitente desconocido. Los Ángeles, 16 de octubre de 1817.

Riquelme escribía a O'Higgins que algunos «españoles revoltosos» habían convencido a «dos infieles» de sumarse a su causa, atacando las plazas de Tucapel, Angol y Purén.²⁶

Este tipo de incursiones continuó su curso durante todo 1818, dando como vencedor en general a los realistas. En 1819, sin embargo, el resultado de la guerra comenzó a cambiar paulatinamente. A principios de ese año, el intendente de Concepción, Ramón Freire, escribía que la Plaza de Los Ángeles estaba sitiada por más de cinco mil hombres –muchos de los cuales eran indígenas comandados por el realista Vicente Benavides–, pero agregaba que los Pehuenches no habían querido «tomar parte en esta irrupción», e incluso habían dado «aviso [a los revolucionarios] de los depravados designios de los demas».²⁷ Esto coincide con otras fuentes, las cuales comprueban que la estrategia militar de Freire –basada en ataques espontáneos y de tipo irregular– estaba cumpliendo su objetivo. «El enemigo no tiene en Curalí mas Indios que los de la Reduccion de esta Plaza [de Santa Juana]», señalaba Freire el 28 de abril, y «la mayor parte de la milicia se le ha dispersado y aunque hace esfuerzos por reunirlos no puede conseguirlos».²⁸ A partir de ese momento, las fuerzas de Benavides comenzaron un lento proceso de descomposición, permitiendo que Freire alcanzara un resonado triunfo en Curalí, después de cuyo enfrentamiento un número considerable de enemigos quedó oculto en «los Bosques resueltos á abandonar [a] un caudillo [Benavides] imprudente y temerario». Según Freire, ello se debía a que los mapuche del «interior de los Butalmapus» no habían querido «moverse, á pesar de las repetidas instancias y ruegos de Benavides que contaba tanto ascendiente sobre ellos y la mucha aversión á su persona y Exto Real».²⁹

Benavides, es cierto, se mantuvo activo en la región hasta su derrota, en octubre de 1821.³⁰ Incluso más: el virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, se comunicó con él el 3 de mayo de 1820 para agradecerle «las penalidades de todos los emigrados que se han acogido a la protección de las armas», así como «el laudable entusiasmo con que perseveran en nuestro auxilio esos fieles naturales».³¹ No obstante, a pesar de la ayuda brindada por Pezuela y de algunas escaramuzas favorables a los realistas, durante 1820 y 1821 los revolucionarios no sólo lograron victorias importantes al sur del Biobío, sino también consiguieron el apoyo de muchos mapuche que, hasta entonces, se habían mantenido ajenos al conflicto o defendido al rey. ¿Cómo explicar esta transformación en el apoyo de las comunidades mapuche? Ciertamente, no se puede explicar sólo por los resultados adversos de los realistas en el campo de batalla. ¿Qué rol jugó la política en este proceso?

²⁶ MG, volumen 39, sin foja exacta. Riquelme a O'Higgins. Los Ángeles, 19 de octubre de 1817.

²⁷ Archivo Nacional de Chile, fondo Intendencia de Concepción (en adelante IC), vol 6, ff. 9-10. Freire a O'Higgins Concepción, 2 de marzo de 1819.

²⁸ IC, vol 6, ff. 20-20v. Freire al Ministro de Estado y su Despacho de la Guerra. Plaza de Santa Juana, 28 de abril de 1819.

²⁹ IC, vol 6, ff. 20-20v. Freire al Ministro de Estado y su Despacho de la Guerra. Cuartel General de Curalí, 2 de mayo de 1819, ff. 21-22v.

³⁰ José BENGOLA: op. cit., p. 146.

³¹ MG, vol. 52, sin foja exacta. Pezuela a Benavides. Lima, 3 de mayo de 1820.

Política y negociación al sur del Biobío, 1817-1823

Una explicación rápida de por qué los caciques mapuche fueron cambiando sus alianzas —pasando de apoyar en general a los realistas a engrosar los ejércitos revolucionarios— enfatizaría la mayor capacidad militar de Freire y las dificultades enfrentadas por Benavides para mantener a raya a sus subordinados, en especial en un contexto de creciente animadversión hacia el gobierno español. En parte, dicha explicación es correcta: mal que bien, Freire logró sobreponerse militarmente a los realistas y el rey ya no contaba con el grado de legitimidad que había ostentado hasta, al menos, 1815. Pero ambas cuestiones no son suficientes para comprender la agencia política de los mapuche durante los años de la (larga) Restauración monárquica en Chile. Esta sección se propone dar cuenta de esos otros aspectos.

Como hemos visto, los mapuche no actuaron en bloque durante estos años. Los motivos detrás de la militancia de los indígenas en uno u otro sentido podían variar de comunidad en comunidad y de individuo en individuo, una ambivalencia ideológica que, en todo caso, no hay que buscarla en la supuesta «ingenuidad» de los mapuche, como sostuvieron historiadores decimonónicos como Benjamín Vicuña Mackenna o Diego Barros Arana, para quienes los indígenas vivían en una inherente indolencia que les impedía alcanzar la «civilización».³² Tampoco hay que buscarla en los estudios de corte marxista que han analizado recientemente la participación del «bajo pueblo», argumentando que dichos sectores fueron «manipulados» por los grupos de poder con el fin de convertirlos en carne de cañón.³³ Proponemos, por el contrario, que los mapuche fueron cambiando sus alianzas y estrategias militares luego de un sofisticado proceso de negociación en el que realistas y revolucionarios buscaron convencer («seducir», como se decía en la época) a los indígenas de la viabilidad de sus respectivos proyectos políticos.

En general (aunque no siempre ni en todos los casos), los Angolinos y Costinos defendieron los colores del rey, mientras que los Pehuenches y Llanistas (o Arribanos) los de la revolución.³⁴ Parafraseando a Cecilia Méndez cuando analiza el caso de los indígenas realistas de Huanta (Perú), es muy probable que los mapuche que apoyaron la Restauración fernandina no invocaran tanto a la monarquía como «sistema político», cuanto a la figura del rey como «un símbolo de prestigio y fuente de legitimidad» (algo no muy distinto, de hecho, de lo que

³² Esta visión está muy presente en Benjamín VICUÑA MACKENNA: op. cit.

³³ Leonardo LEÓN: op. cit.

³⁴ Benjamín VICUÑA MACKENNA: op. cit., p. 124. Por supuesto, no *todas* las comunidades específicas se comportaron de la misma forma. Pilar Herr, por ejemplo, nos dice que “algunos grupos mapuche, como los Trapatrapa Pehuenches y los Abajinos se aliaron con el Estado [revolucionario] y aceptaron las políticas estatales que incluían luchar contra los oficiales españoles, soldados, bandidos y otros grupos mapuche que se resistían a los esfuerzos de expansión territorial del [nuevo] gobierno chileno. Los Pehuenches de Chillán siguieron su propia agenda y lucharon contra el Estado [revolucionario] con el fin de mantener el control del lucrativo comercio de ganado y otros bienes que el Estado [revolucionario] deseaba para sí. [...] Otro subgrupo mapuche, los Arribanos, originalmente se aliaron con los Pehuenches de Chillán en su resistencia al Estado [revolucionario], pero cambiaron de lado cuando el Estado [revolucionario] les ofreció un acuerdo que no pudieron rechazar”. Pilar HERR: op. cit., p. 70.

habían hecho durante el Parlamento de Negrete).³⁵ Por supuesto, eso no resta mérito ni importancia al hecho de que muchos mapuche se mostraron favorables a mantener el *status quo*. A lo largo de 1817 los Angolinos se mantuvieron, como decía O'Higgins en una carta a San Martín, en un «estado de insurrección», cuestión al parecer nada extraña, pues «frecuentemente han cometido en otros tiempos estos excesos». ³⁶ El 15 de septiembre, en tanto, Gaspar Ruiz hablaba del «levantamiento escandaloso de los angolinos»,³⁷ una información corroborada por Andrés de Alcázar el 1 de octubre de 1817, cuando señalaba que cerca de Nacimiento había «un campo de 300 indios de Angol que los pérfidos españoles han vuelto a reunir». ³⁸ Los Costinos, por su parte, actuaban de una forma similar. Ya fuera apresando espías revolucionarios o desobedeciendo las «proclamas e indultos» publicados por el oficial Francisco Javier de Molinas en la Plaza de Arauco, «los indios del otro lado de Tobul del partido del cacique Lencuñia» miraban con total desconfianza la autoridad que representaba el gobierno revolucionario. «Los indios costinos», agregaba Molinas, «me tienen quemada la paciencia»; cualquier estrategia de persuasión que pudiera acercarlos a la paz era infructuosa, pues «son muy perversos, picaros, e insolentados». ³⁹

La mayoría de los Pehuenches y Llanistas fue más proclive a apoyar a los revolucionarios. De los segundos se sabe más, ya que, como se ha señalado, uno de sus líderes era el antiguo amigo de O'Higgins, Venancio Coñuepán.⁴⁰ En cuanto a los Pehuenches, hay evidencia suficiente sobre su compromiso político en aquellos años. Por ejemplo, en septiembre de 1817 Alcázar informaba a O'Higgins que «nuestro amigo Pehuenche Antinao [...] ha tenido sus conferencias en mi presencia; y ha quedado acordado de aguardar la contestación de los diez mensajeros que mandó a los angolinos para que se aquietasen». ⁴¹ En otra carta de noviembre de ese año el oficial Pedro Ramón de Arriagada reportaba que Colimán jamás permitiría «el fuego que quieren encender los malos españoles que se hallan entre ellos». En dicha oportunidad Colimán incluso ofreció a Arriagada traerle «los caciques Pehuenches de Loleo y Loncomay, Millalemu y Huaguin para lo cual me ha pedido 16 días de plazo». ⁴² Dos años después, la actitud de los Pehuenches no había variado: «hoi han llegado los Peguenches rompiendo la Cordillera», decía Alcázar a Freire el 2 de noviembre de 1819, «i han salido con mucho trabajo por Antuco ocho mensajes, á el principal es Cheuquellanca hijo del Cacique Coronel Calbuqueo mandan muchos abrasos, i que todos los Casiques peguenches [...] ya estan seducidos a nuestra amis-

³⁵ Cecilia MÉNDEZ: op. cit., p. 71.

³⁶ MG, vol. 28, ff. 171-172. O'Higgins a San Martín. Concepción, 31 de agosto de 1817.

³⁷ MG, vol. 49, f. 30. Ruiz a O'Higgins. Los Ángeles, 15 de septiembre de 1817.

³⁸ MG, vol. 49, f. 124. Alcázar a O'Higgins. Nacimiento, 1 de octubre de 1817.

³⁹ MG, vol. 49, f. 87. Molinas a O'Higgins. Plaza de Arauco, 13 de agosto de 1817.

⁴⁰ Mariano José CAMPOS MENCHACA S.J.: *Nahuelbuta*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972, p. 160.

⁴¹ MG, vol. 49, f. 104. Alcázar a O'Higgins. Plaza de Arauco, 13 de agosto de 1817. Nacimiento, 9 de septiembre de 1817.

⁴² MG, vol. 49, f. 173. Arriagada a O'Higgins. San Carlos, 5 de noviembre de 1817.

tad».⁴³ En palabras del propio Freire, la amistad con los Pehuenches facilitaría prontamente el «comercio mutuo» y los «tratados pacíficos con ellos».⁴⁴

Llegamos aquí a un punto clave de nuestra argumentación: el uso de las palabras «seducidos» y «tratados pacíficos» da cuenta de que, más allá de la guerra, la negociación política estuvo muy presente durante estos años. Entre los mapuche —angolinos, costinos, llanistas y pehuenches— existían algunas diferencias, muchas de las cuales respondían a que los intereses y objetivos de sus comunidades cambiaban dependiendo del grado de compromiso que tuvieran con la revolución o con la Restauración fernandina. Con todo, su accionar era ciertamente político (en el sentido de que actuaban a partir de la realidad concreta y con el horizonte puesto en el futuro), y no cabe duda que sus lealtades estaban construidas a partir de necesidades prácticas y materiales de encontrar una salida a una guerra que no beneficiaba a ninguno de los bandos en disputa. Así, el hecho de que hayan existido diferencias entre los mapuche demuestra que la política no era exclusividad de españoles y criollos.

La forma más eficaz de hacer política era simple pero efectiva: revolucionarios y realistas solían acercarse a los mapuche mediante la entrega de regalos y bienes de consumo, los cuales generaban vasos comunicantes entre los líderes indígenas y la oficialidad regular. O'Higgins estaba al tanto de que los realistas «seducían» a los indígenas con «mensajes, regalos y promesas»,⁴⁵ e hizo lo propio cuando comprendió que la guerra se extendería más de lo presupuestado. El 9 de septiembre de 1817 Alcázar insistía que los «españoles de la mala semilla» estaban «seduciendo» a las localidades, prometiéndoles que no serían «damnificados en sus personas y haciendas» en el caso de que se unieran a la Restauración.⁴⁶

Entre los regalos y «agasajos» más comunes se cuentan pañuelos de color, sombreros, espuelas, frenos para caballos, chaquiras y chupas.⁴⁷ Otro bien muypreciado por los mapuche, según las autoridades chilenas, era el vino. «En tres dias que ha estado en esta la indiada con sus respectivos Caciquez», escribía Gaspar Ruiz a Freire el 4 de enero de 1820, «se han consumido ochenta i siete arrobas de vino».⁴⁸ Como dijera Alcázar en una frase decidora: «si es necesario la paz con estos indios es necesario que el Estado gaste»,⁴⁹ una opinión que era compartida en la otra vereda. En efecto, Pezuela premió con regalos a los indígenas que habían apoyado a Benavides durante la Guerra a Muerte. En mayo de 1820, el virrey no sólo envió armas, municiones y dinero al sur de Chile. También reunió «algunos artículos que pueden servir para agasajar a esos naturales fuera de las medallas que le remito a V. con sus respectivos diplomas en blanco, para que las aplique a las personas que juzgue más merecedoras de esta distinción». De acuerdo

⁴³ IC, vol. 19, ff. 1v-2. Alcázar a Freire. Los Ángeles, 2 de noviembre de 1819.

⁴⁴ IC, vol. 6, f. 91. Freire a O'Higgins. Concepción, 3 de abril de 1820.

⁴⁵ MG, vol. 28, f. 162. O'Higgins a San Martín. Concepción, 9 de Agosto de 1817

⁴⁶ MG, vol. 49, f. 103. Alcázar a O'Higgins. Nacimiento, 9 de septiembre de 1817.

⁴⁷ Véase, por ejemplo, IC, vol. 49, f. 7v. Alcázar a Freire. Los Ángeles, 13 de noviembre de 1819. También puede encontrarse una tabla detallada de los regalos aportados por los revolucionarios en IC, vol. 54, f. 37. Concepción, 28 de febrero de 1823.

⁴⁸ IC, vol. 49, ff. 58-58v. Ruiz a Freire. Los Ángeles, 4 de enero de 1820.

⁴⁹ IC, vol. 49, f. 7v. Alcázar a Freire. Los Ángeles, 13 de noviembre de 1819.

con Pezuela, los «agraciados» que componían «esa fidelísima división» debían ser premiados por el mismísimo rey: «en primera oportunidad», decía, «instruiré al soberano a la constancia con que se sobrellevaron los mayores trabajos en obsequio de su real servicio, para que se digne remunerarlos con la largueza propia de su magnánimo y paternal corazón».⁵⁰

Este tipo de vinculación basado en el intercambio material está en sintonía con el otro tipo de interacción política que se aprecia durante estos años: los parlamentos y tratados. La próxima sección estudia en detalle el vocabulario empleado en el Tratado de Tapihue en el momento en que la Restauración fernandina había perdido casi toda su relevancia, por lo que aquí nos detendremos en algunos ejemplos previos. La situación de los Angolinos y Costinos arroja luces al respecto: si bien muchos de ellos fueron perseguidos por las armas, algunos de sus líderes entraron en conversaciones con los revolucionarios a partir de una fecha tan temprana como 1817.

El 13 de agosto Alcázar habló de firmar «tratados de paz con los Costinos».⁵¹ O'Higgins hizo lo propio en referencia a los Angolinos el 8 de septiembre.⁵² Dichos acercamientos solían ser facilitados por caciques aliados. En un documento fechado el 18 de junio de 1819 aparece una lista de «das cabezas que están dando pasos y conquistando las reducciones para asentar la tierra». Por cabezas se referían a caciques como Juan Colipí (Angol), Juan Willanamun (Temulemu), Manipil (Huecheregua), Paillamán (Lumaco) y Wilguiñin (Colico). Todos ellos trabajaban «a fin de la paz y siguen las reducciones que ya dan su palabra para una paz general».⁵³ El 30 de ese mes, en tanto, Freire hacía gala de «la buena disposicion de varios Caciques de Indios para hacer la paz y continuar en nuestra amistad y comercio», agregando que debían prepararse «das cosas necesarias para agasajar a los Indios en el Parlamento general que debe celebrarse la primavera».⁵⁴ No es claro que aquel parlamento se efectuara, pero al menos en septiembre de 1819 Freire estaba en condiciones de informar al Director Supremo el «feliz resultado de las negociaciones de amistad con los Indios del Butalmapu de Angob».⁵⁵

Lo mismo ocurrió a partir de enero de 1822 con los indígenas liderados por el cacique Arribano Francisco Mariluán, uno de los más enconados enemigos de los revolucionarios durante los primeros años de la Guerra a Muerte.⁵⁶ En un interesante documento escrito por Freire se aprecia de qué manera los mapuche podían cambiar de bando a partir de una coyuntura en particular; en este caso, a raíz de la derrota del cacique Curiqueo, aliado de Mariluán e igualmente realista, a manos de Manuel Bulnes. Desde entonces, Mariluán comenzó un lento proceso de reconciliación con Bulnes (a quien, incluso, le entregó «una de sus mugeres que le andaba trayendo prisionera»), y no por nada fue Mariluán quien firmó un tratado de paz con el gobier-

⁵⁰ MG, vol. 52, sin foja exacta. Pezuela a Benavides. Lima, 3 de mayo de 1820.

⁵¹ MG, vol. 49, f. 86. Alcázar a O'Higgins. Nacimiento, 13 de agosto de 1817.

⁵² MG, vol. 28, f. 175-175v. O'Higgins a San Martín. Concepción, 8 de septiembre de 1817.

⁵³ MG, vol. 49, f. 219. Los Ángeles, 18 de junio de 1819.

⁵⁴ IC, vol. 6, f. 34. Freire a O'Higgins. Concepción, 30 de junio de 1819.

⁵⁵ IC, vol. 6, f. 51. Freire a O'Higgins. Concepción, 8 de septiembre de 1819.

⁵⁶ Sobre Mariluán puede verse Rodrigo ARAYA: "Mariluán, el lonko olvidado de la Guerra a Muerte", *Cyber Humanitatis*, 27 (2003), consultado por última vez el 27 de noviembre de 2017.

no chileno en Tapihue en 1825.⁵⁷ Un año después sucedió algo similar con los Costinos. Aun cuando José Ríos confesó la existencia de «españoles díscolos que trabajan incesantemente para conservar la desunión», se mostró confiado en que una futura reunión en la Plaza de Yumbel entre los revolucionarios y los «caciques de la costa» consolidaría «la paz y amistad» en la región. Todavía quedaban algunos remanentes rebeldes que acompañaban a la «horda de facinerosos» del «pérfido Pincheira».⁵⁸ Sin embargo, el fin de la guerra con la mayor parte de las comunidades indígenas parecía o se percibía como una realidad.

El gobierno de Ramón Freire, quien a principios de 1823 encabezó un movimiento militar para derrocar a Bernardo O'Higgins (acusado por las elites de Concepción de no haber dedicado suficientes recursos para concluir la guerra de guerrillas al sur del Biobío),⁵⁹ comenzó poco a poco a consolidar un proyecto político basado en el sistema republicano. Los ejércitos regulares del rey prácticamente habían desaparecido de la Araucanía, quedando sólo la isla de Chiloé como un baluarte realista. La conclusión de la guerra había sido vital la ayuda de los mapuche, la mayoría de los cuales ahora abrazaba, en palabras de Ramón Picarte, la «Causa de América».⁶⁰ La pregunta era de qué manera esos mismos indígenas entrarían –o no– en la gran empresa republicana decimonónica. ¿Estarían dispuestos los mapuche a ser parte consustancial del nuevo Estado en construcción?

Epílogo: ¿el Tratado de Tapihue como imagen federalista de la ciudadanía chilena?

El Parlamento de Tapihue llegó a concretarse en el famoso Tratado del mismo nombre, el 7 de enero de 1825. Incluyó 33 artículos o puntos acordados, y fue publicado poco después en Santiago por una de las imprentas gubernamentales para, de esa forma, hacerlo «oficial».⁶¹ Lo firmaron el cacique Francisco Mariluán, como «Gobernador de 14 reducciones mapuche», y Pedro Barnechea, como «Coronel graduado de los ejércitos de la República, Comandante de la alta frontera, y Delegado de la Ciudad de Los Angeles», debidamente «autorizado por el señor

⁵⁷ IC, vol. 6, ff. 164-165. Freire al Ministro de Estado en el Departamento de Hacienda. Concepción, 17 de enero de 1822.

⁵⁸ IC, vol. 127, sin foja exacta. José Ríos al Ministro de Estado del Departamento de la Guerra. Concepción, 4 de diciembre de 1823. Sobre los hermanos Pincheira, véase Ana María CONTADOR: *Los Pincheira. Un caso de bandidaje social. Chile, 1817-1832*. Santiago, Bravo y Allende Editores, 1998.

⁵⁹ Juan Luis OSSA: *Armies, politics and revolution. Chile, 1808-1826*. Liverpool, Liverpool University Press, capítulo 6.

⁶⁰ IC, vol. 32, f. 56. Ramón Picarte a Juan de Dios Rivera. Valdivia, 31 de diciembre de 1824.

⁶¹ El título entero fue «Tratados celebrados y firmados entre el Coronel graduado de los ejércitos de la República Comandante de alta frontera, y Delegado de la Ciudad de Los Angeles Pedro Barnechea, autorizado por el señor Brigadier de los ejércitos de Chile Gobernador Intendente de la Provincia de Concepción para tratar con los naturales de ultra Biobío y don Francisco Mariluán, Gobernador de 14 Reducciones». Se guarda un ejemplar en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile. Para los detalles de la publicación, véase Eduardo Téllez, Osvaldo Silva, Alain Carrier y Valeska Rojas, «El Tratado de Tapihue entre ciertos linajes mapuches y el Gobierno de Chile (1825)», *Cuadernos de Historia* 25 (2011), pp. 169-190.

Brigadier de los ejércitos de Chile, [y] Gobernador Intendente de la Provincia de Concepción». ⁶² Ramón Freire debió haber asistido pero, según Vicuña Mackenna, la situación todavía incierta en Chiloé se lo impidió. ⁶³

El compromiso principal que hizo Mariluán en nombre de sus «poder-dantes» (los caciques de las 14 reducciones) fue «unirse en opinión y derechos a la gran familia chilena» (Artículo 1º del tratado) después de «catorce años de guerra consecutiva». Igual que todos los habitantes del territorio entre «el despoblado de Atacama» y «los últimos límites de la provincia de Chiloé» (Artículo 2º), los mapuche serían «tratados como a ciudadanos chilenos» (Artículo 3º). ¿Qué significaba la ciudadanía chilena en esta época? ¿Qué significaba ser parte de la gran familia chilena?

Primero, es importante subrayar la conexión directa entre la ciudadanía chilena y la acción militar. Vemos una celebración del militarismo o de la virtud militar (de los ciudadanos leales). Ambos contratantes –el representante del Estado chileno y la persona que le autoriza a hablar en nombre de éste eran oficiales militares, y Mariluán asumió un título militar en el contexto de estas negociaciones– se pusieron de acuerdo para luchar juntos contra «los enemigos de nuestro país» (Artículo 1º). En particular, Mariluán prometió estar pronto «con todas sus fuerzas para unirse a las del Estado si fuese necesario marchar contra los rebeldes de Pincheira, y sus aliados de ultra Cordillera» (Artículo 24) y facilitar «algunos víveres» a las tropas del Gobierno si este «tuviese a bien mandar[las] para guarnecer la plaza de Valdivia» (Artículo 26). El Tratado de Tapihue fue, entonces, fundamentalmente un acuerdo militar entre autoridades militares. Esto coincide, hasta cierto punto, con lo que vemos en las Constituciones de 1818 y 1822, así como en un documento con el título de *Constitución Político Militar* de 1824. En las tres se nota no sólo la aceptación, sino la valoración por parte de las clases dirigentes de la intervención militar en el mundo político. ⁶⁴ Las dos Constituciones incluyeron un artículo señalando que cada chileno debía ser «un buen soldado» ⁶⁵ y, tanto en Chile como en otros países hispanoamericanos, la mayoría de las celebraciones cívicas de esta época se vinculaba con triunfos militares. Bajo el gobierno de Bernardo O’Higgins, por ejemplo, se celebraban el 12 de febrero (batalla de Chacabuco) y el 5 de abril (batalla de Maipú).

Retomando las actitudes hacia los mapuche, si hubo algo que merecía el respeto –por parte de las clases dirigentes, tanto republicanas como coloniales anteriormente– fue su capacidad y poder militar. De esa manera, el Tratado de Tapihue los incorporó al imaginario nacional como «aliados hermanos» del Estado chileno, dispuestos a combatir a los enemigos comunes (en el quinto artículo, Mariluán, como «diputado de los naturales», «promete toda su fuerza para repeler a los enemigos del Estado y del orden, cuando el Supremo Gobierno necesite valerse de ella»). La narrativa poética e histórica comenzada por el soldado español Alonso de Ercilla

⁶² El brigadier se llamaba Julián Grandón. Su nombre no fue incluido en las líneas que abren el Tratado, pero lo vemos al final del documento, después de “a ruego de” y junto con Mariluán y Barnechea.

⁶³ Benjamín VICUÑA MACKENNA: op. cit., p. 512.

⁶⁴ Véase Juan Luis OSSA: *Armies, Politics and Revolution...* pp. 138, 140 y 207.

⁶⁵ Se pueden leer las Constituciones de 1818 y 1822 en <http://www.leychile.cl>.

en su texto épico *La Araucana* en el siglo XVI seguía vigente en la primera mitad del XIX, como quedó de manifiesto en el Tratado de Tapihue y en el himno nacional de Chile (escrito por Eusebio Lillo en 1847): «Con su sangre el altivo araucano/Nos legó por herencia el valor».

Otro componente o concepto del tratado que tiene relevancia para nuestros propósitos es el de «unión». Es una de las palabras más frecuentes del documento —aparece ocho veces— y el último artículo (33) finaliza «con el grito general de VIVA LA UNION», en mayúsculas en el original. Lo que queremos destacar aquí es que existían diversas formas de *unirse* a la gran familia chilena. Se podría, por un lado, entender el proceso de acuerdo a (y entonces como aceptación de) una agenda centralista. Según el artículo quinto, Mariluán y sus «poderdantes» se transformaron en «sujetos a las mismas obligaciones de los chilenos y a las leyes que dicte el Soberano Congreso Constituyente», y el artículo 13^o asumió que el gobierno va a «nombrar y rentar un comisario», quien (según el 16^o) «tendrá obligación precisa a recorrer cada dos meses los cuatro Bultramapus con el fin de llevar adelante las ideas liberales de paz y unión, dando cuenta al Gobierno cada trimestre de lo que ocurra». Sin duda, el gobierno reclamaba más autoridad y control en el territorio mapuche al sur del Río Biobío, y afirmó (en el artículo 21^o) que iba a reedificar las fortificaciones en Los Ángeles, Nacimiento, San Carlos y Santa Bárbara.

Pero el documento y el proceso que éste promovió puede leerse de manera contraria, es decir, de acuerdo a una agenda federalista. Como dice Tariq Modood en otro contexto (el Reino Unido en el siglo XXI), la ciudadanía no es una identidad única o uniforme que está completamente aparte o que trasciende otras identidades importantes para los ciudadanos.⁶⁶ Las identidades de grupo siguen vigentes y cada grupo tiene derecho a ser parte de la totalidad cívica, a hablar por sí mismo a la totalidad y en defensa de su visión. En el Tratado de Tapihue las colectividades aparecen tan importantes, incluso más importantes, que los individuos (como Mariluán y Barnechea). Las palabras más frecuentes son «Gobierno» (20 veces), «Estado» (9 veces), y «Caciques» (9 veces), y, aunque estos estaban «sujetos a las mismas obligaciones de los chilenos» (artículo 5^o), no eran chilenos. Mariluán juró ciertamente «unión y hermandad perpetua», pero lo hizo «bajo una ceremonia religiosa según sus ritos y costumbres» (artículo 4^o); en otras palabras, promoviendo una identidad colectiva distinta. Además, se reconoció el territorio al sur del Biobío como «dos terrenos de su dominio» (del dominio de los caciques mapuche, artículo 18^o), debiendo ser «el chileno» que pasara «a robar a la tierra [...] castigado por el Cacique bajo cuyo poder cayere» (artículo 19^o). Aquí, entonces, se define la frontera y el sentido de la autonomía. Como dice Mariman, este Tratado representa la posibilidad de construir —con el Estado de Chile— una confederación de naciones (en vez de una nación unitaria).⁶⁷ A los oficiales de Concepción, quienes firmaron directa o indirectamente el documento, no les angustiaba coexistir con una nación mapuche, y se movían — en las palabras de Eduardo Tellez y otros — “con

⁶⁶ Tariq MODOOD: *Still not easy being British*, Stoke on Trent, Trentham Books, 2010, p. 62.

⁶⁷ Pablo MARIMAN, “La República y los mapuche: 1819-1928”, en Hector NAHUELPAÑ et. al. (eds.), *Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*, Temuco, Ediciones Comunidad de Historia Mapuche, 2012, pp. 65-88 y 67.

flexibilidad y pragmatismo”; venían actuando así “desde Curalava” (una victoria importante de los mapuche en 1598).⁶⁸

Los caciques mapuche también se movían con flexibilidad y pragmatismo, pues en este momento sus intereses principales continuaban siendo similares a los que defendieron durante la época colonial y la Restauración: la propiedad, el comercio, la educación, y la tradición ancestral. Como se aprecia en el Tratado y en sus cartas a las autoridades,⁶⁹ tenían una viva preocupación por sus tierras, ya fuera porque pudieran perderlas o por la necesidad de garantizar el control sobre ellas. Por su parte, el Tratado de Tapihue de 1825, como ya lo había hecho el Tratado de Negrete en 1793, enfatizó la importancia del comercio, y la necesidad de tener reglas para asegurar su continuidad. Y como ya lo había hecho la familia de Venancio Coñuepán, Mariluán buscó educación para sus hijos. La diferencia es que su hijo Fermín se educó en el Liceo de Chile en Santiago, no en un colegio dirigido por misioneros, como lo era el Colegio de Chillán. Según el Tratado, el «Gobierno Supremo» prometía admitir «a todos los individuos que de esta nueva hermandad quieren libremente salir a instruirse en las escuelas públicas del Estado» (artículo 6º). Finalmente, vemos que los lazos y vínculos de familia continuaban siendo fundamentales: cuando Coñuepán se proclamó servidor de Bernardo O’Higgins lo hizo conmemorando a Ambrosio O’Higgins. No por nada el Tratado de Tapihue usó el lenguaje de «hermandad» y «aliados hermanos» y, reiterando la importancia de la tradición histórica y reconociendo los deseos de Mariluán, afirmó que la obligación del Estado era «mantener siempre [...] los agasajos de costumbre» (artículo 28).

De esa forma, se reconstruyó una red de parentesco; ya no con la corona española (y sus representantes), sino con la República de Chile (y sus delegados). Pero la red era precaria: sabemos que el Tratado de Tapihue no puso fin al conflicto entre los mapuche y el nuevo gobierno de Chile.⁷⁰ De hecho, podría concluirse que la alianza histórica entre los mapuche y la corona española (confirmada en Negrete y en los primeros años de la Restauración fernandina) descansaba en pilares más sólidos que con el nuevo gobierno republicano, estando basados de manera más efectiva y consistente en el comercio, las tradiciones familiares, la propiedad y la educación.

⁶⁸ Eduardo TELLEZ LUGARO, Osvaldo SILVA GALDAMES y Mabel CANTAURIAS PALACIOS, “El parlamento y el tratado de Yumbel”, *Cuadernos de Historia* 41 (2014).

⁶⁹ Sobre varias cartas de los 1820 (reproducidas por Pavez) véase Joanna CROW: op. cit.

⁷⁰ *Ibidem*.

La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815

The Shadow of Restoration. Military Threats and Political Turns during the Revolution in Río de la Plata, 1814-1815

Gabriel Di Meglio

CONICET/Universidad de Buenos Aires/ Universidad Nacional de San Martín, Argentina

gabrieldimeglio@gmail.com

Alejandro M. Rabinovich

CONICET/Universidad Nacional de La Pampa, Argentina

alejandrorationovich@gmail.com

Resumen: De todos los grandes centros revolucionarios de Hispanoamérica, el Río de la Plata tuvo la particularidad de ser el único en no haber vuelto a caer nunca en manos fidelistas. Esta excepcionalidad hizo que la historiografía local prestase poca atención a las consecuencias, sin embargo muy importantes, que tuvo la restauración monárquica triunfante en todas partes a partir de 1814. Comenzando por un análisis de las corrientes contrarrevolucionarias presentes en la región desde el inicio de la crisis, y de su supuesta debilidad, este trabajo evalúa el peso que allí tuvieron tanto las distintas amenazas de expedición militar como el adverso contexto internacional en lo relativo al giro conservador, y en buena medida monárquico, con el que se comprometieron los principales líderes políticos al comenzar el segundo quinquenio de guerra. A continuación se presta particular atención a la coyuntura rioplatense de 1814-1815, marcada por la amenaza finalmente frustrada de la Expedición de Morillo, para reinterpretar las posiciones de los distintos actores políticos frente a la amenaza externa y mostrar que, si bien los revolucionarios se consideraban con fuerzas sobradas para hacer frente a la misma, temían profundamente que una de las facciones revolucionarias terminara por plegarse al Rey. En este sentido, la inminente expedición peninsular fue presentada como una oportunidad para superar la división entre los dos liderazgos revolucionarios vigentes: el del Directorio, con base en Buenos Aires, y el de José Artigas, con base en la Banda Oriental. Demostraremos, sin embargo, que al conocerse el verdadero destino de Morillo la discordia renació y que la invasión portuguesa de la Banda Oriental, con anuencia porteña, fue una suerte de variante local de las Res-

tauraciones. Basado fundamentalmente en correspondencia diplomática de los agentes porteños, orientales, portugueses y españoles, el trabajo articula los aportes de la nueva historia política y de la historia social de la guerra.

Palabras clave: revolución, restauración monárquica, guerra, diplomacia, Río de la Plata

Abstract: Of all the major revolutionary strongholds in Spanish America, Rio de la Plata was curiously the only one to never fall back into royalist hands. This *rioplatense* exceptionality resulted in local historiography paying little attention to the, however, highly transcendental consequences of victorious monarchical restoration from 1814 onward. Starting with an analysis of the counterrevolutionary trends present in the Río de la Plata region since the outbreak of the revolution and their alleged weaknesses, this paper evaluates how the threat of military expeditions and the adverse international context conditioned the conservative –and to a great extent, monarchical- turn of the main local political leaders at the beginning of the second half of the revolutionary decade. This article pays particular attention to the 1814-1815 period in Río de la Plata -a political moment haunted by the ultimately averted threat of General Morillos’s Expedition- in order to reinterpret the positions of a number of political actors facing an imminent invasion, and demonstrate that, even though revolutionaries were confident in their military strength, they greatly feared the possibility of one of the revolutionary factions realigning with the King. In this sense, the revolutionary parties presented the peninsular expedition as an opportunity to overcome the division between two concurrent leaderships: that of the Buenos Aires-based Directory and that of the Banda Oriental led by José Artigas. We shall demonstrate, however, how Morillo’s detour to Venezuela reignited tensions among revolutionaries, and how the Portuguese invasion of the Banda Oriental, with Buenos Aires’ consent, could in fact be interpreted as a local variation of the monarchical Restoration. Based on diplomatic correspondence between Porteños, Orientales, Portuguese and Spanish agents, this paper combines thus the contributions of the new political history with those of the social history of war.

Keywords: revolution, monarchical restoration, war, diplomacy, Río de la Plata.

Para citar este artículo: Gabriel DI MEGLIO y Alejandro M. RABINOVICH: “La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 14 (2018), pp. 59-75.

Recibido: 04/01/2018

Aprobado: 03/09/2018

La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815

Gabriel Di Meglio

CONICET/Universidad de Buenos Aires/Universidad Nacional de San Martín, Argentina

gabrieldimeglio@gmail.com

Alejandro M. Rabinovich

CONICET/Universidad Nacional de La Pampa, Argentina

alejandrorabinovich@gmail.com

Introducción

Una de las características distintivas del proceso revolucionario iniciado en el Río de la Plata en 1810 fue que, a diferencia de lo ocurrido en otros espacios insurgentes, no se experimentó allí una restauración a mediados de la década. La posibilidad de un triunfo contrarrevolucionario a nivel local se extinguió definitivamente en 1814, por lo que sus posibilidades de victoria dependieron únicamente de una intervención externa, proveniente del Virreinato del Perú o de España. Sin embargo, a partir de ese mismo año los revolucionarios rioplatenses se dividieron en dos bloques rivales que empezaron a librar un conflicto encarnizado entre sí.

En este contexto, a mediados de 1814, arribó a Buenos Aires la noticia de que un ejército poderoso proveniente de la Península se dirigía hacia las costas rioplatenses. Se trataba de la expedición confiada a Pablo Morillo, que finalmente se encaminaría a Venezuela y Nueva Granada. Pero hasta que se supo su verdadero objetivo, la Restauración se convirtió en una posibilidad concreta para los revolucionarios. Las páginas que siguen se ocupan de esa coyuntura en la que, ante la amenaza de invasión, los revolucionarios iniciaron un complejo juego diplomático tanto entre sus diferentes facciones como con los agentes de Fernando VII y de Portugal. De acuerdo a la consigna del dossier del que participa este artículo, buscamos reinscribir al caso rioplatense dentro de la dinámica general planteada por las restauraciones en Europa y América, complejizando la pretendida “excepcionalidad” planteada por la historiografía tradicional.

Con este objetivo, y pensando sobre todo en los lectores poco familiarizados con el caso rioplatense, comenzaremos con un breve repaso de los intentos contrarrevolucionarios ocurridos en la región hasta el retorno de Fernando al trono, planteando como una de las claves de su debilidad la ausencia de un fidelismo popular. Luego, estudiaremos la situación militar planteada por la amenaza de invasión externa y la manera en que fue utilizada por los revolucionarios como una oportunidad para buscar una salida a su división facciosa. Por último, veremos cómo estas negociaciones fracasaron al conocerse el verdadero destino de la expedición de Mori-

llo, lo que dio pie a que se exacerbara el conflicto interno y a que Buenos Aires aceptara una invasión portuguesa que jugaría, localmente y respecto del artiguismo, un papel muy similar al de la restauración monárquica en el resto de Hispanoamérica.

La derrota de la contrarrevolución

El 25 de mayo de 1810, las noticias de la caída de la Península en manos francesas llevaron a un grupo de revolucionarios rioplatenses a hacerse del poder y formar una junta en Buenos Aires. El nuevo gobierno expulsó a todos los funcionarios coloniales (los “mandones”) y proclamó que su objetivo era «emancipar a las colonias de la tiranía de la madre patria y preservarlas como un grande y floreciente Estado para el representante legítimo de la monarquía española».¹ Es decir, la Junta dejaba de obedecer a cualquier autoridad metropolitana para conducirse autónomamente hasta que Fernando VII recuperara su trono —si es que alguna vez lo hacía—, para luego mantener ese autogobierno bajo la órbita del soberano. Aun cuando dentro de la Junta había miembros, liderados por el secretario Mariano Moreno, que proponían encaminarse hacia la independencia absoluta respecto de España y de su Rey, tal sector era minoritario.²

Los revolucionarios pretendían que el resto del Virreinato del Río de la Plata se plegara a la decisión de su capital y que cada provincia enviase diputados para integrar la Junta.³ Al recibir las nuevas, buena parte de las ciudades virreinales aceptó lo ocurrido en Buenos Aires. Sin embargo, en Montevideo, Asunción del Paraguay, Córdoba y el Alto Perú fueron los contrarrevolucionarios los que se impusieron, declarándose leales al Consejo de Regencia peninsular. Junto con las convicciones fidelistas y las rivalidades locales, una causa fundamental entre los refractarios al cambio fue el descontento que arrastraban desde antes con respecto a Buenos Aires. Pero las posiciones no fueron unánimes en cada lugar: así como en la capital los revolucionarios habían tenido que imponerse sobre los partidarios del *statu quo*, también hubo quienes quisieron sumarse a la revolución en las ciudades fidelistas. En Montevideo, por ejemplo, un cabildo abierto estuvo cerca de sumarse a la iniciativa porteña el 31 de mayo de 1810, pero la tentativa fue neutralizada, en particular, por la presencia de los oficiales de la escuadra española. El Alto Perú (la audiencia de Charcas), por su parte, incómodo con su incorporación al virreinato rioplatense en 1776, se encontraba agitado por la represión a las juntas locales forma-

¹ La cita es del agente Matías Irigoyen, enviado por la Junta a Londres; en Noemí GOLDMAN: “Buenos Aires, 1810: la ‘revolución’, el dilema de la legitimidad y de las representaciones de la soberanía del pueblo”, *Historia y política*, 24 (2010)

² Sobre la diferencia entre “autonomía” e “independencia”, véanse José M. PORTILLO VALDÉS: *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006; Jaime E. RODRÍGUEZ: *La independencia de la América española*, México, FCE, 2010.

³ Marcela TERNAVASIO: *Gobernar la Revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

das en 1809.⁴ En Córdoba, en tanto, la resistencia a la Junta porteña fue promovida por Santiago de Liniers, ex virrey y héroe de la reconquista de Buenos Aires en 1806.⁵

La doble invasión británica de 1806 y 1807 había brindado a la capital virreinal un elemento que habría de volverse una ventaja al producirse la revolución: el ingreso masivo de la población masculina a unidades de milicias voluntarias. Esa nueva fuerza jugó un papel decisivo para asegurar el triunfo de los revolucionarios el 25 de mayo de 1810 y para garantizar la adhesión a la Junta en las provincias.⁶ Una primera expedición porteña desbarató la resistencia cordobesa y fusiló a todos sus líderes antes de continuar hacia el norte, incorporando hombres en las distintas provincias y ocupando, a fines de 1810, el Alto Perú.

La Junta tuvo menos suerte con las otras ciudades contrarrevolucionarias. Una expedición más modesta, enviada contra Asunción, fue vencida por los paraguayos en marzo de 1811. De todos modos, un par de meses más tarde Asunción creó también un gobierno autónomo, que siguió sin reconocer a Buenos Aires pero abandonó la fidelidad a España. Así, solo Montevideo seguía en pie como centro contrarrevolucionario en el Río de la Plata. En febrero de 1811 hubo un levantamiento rural a lo largo de la Banda Oriental, que se pronunció a favor de la Junta de Buenos Aires y venció a las tropas montevidéanas. Los revolucionarios orientales y algunas tropas porteñas sitiaron Montevideo, que resistió gracias a sus murallas y a una escuadra que bombardeó la capital revolucionaria.

En medio del conflicto, João VI anunció que intervendría en la Banda Oriental—región que durante el siglo XVIII había sido disputada entre portugueses y españoles— a favor de los intereses de su cuñado Fernando VII. Ante el avance del enemigo tradicional, montevidéanos y porteños pactaron un armisticio que dejaba la Banda Oriental en manos de los primeros. Los portugueses aceptaron retirarse a regañadientes, por presión de los británicos, que no querían grietas en la coalición antinapoleónica. Por su parte, los revolucionarios orientales, cuyo líder era José Artigas, no participaron en las negociaciones y se opusieron al acuerdo, que los entregaba a sus enemigos. Como consecuencia, abandonaron en masa la Banda Oriental hacia Entre Ríos, cruzando el río Uruguay.⁷

Ahora bien, a diferencia del Alto Perú, en donde los fidelistas se harían fuertes tras derrotar a los revolucionarios a mediados de 1811,⁸ en el litoral rioplatense su predominio sería de

⁴ María Luisa SOUX: “Legalidad, legitimidad y lealtad: apuntes sobre la compleja posición política en Charcas (1808-1811)”, en Veronique HÉBRARD y Geneviève VERDO (coords.), *Las independencias hispanoamericanas: un objeto de historia*, Madrid, Casa Velázquez, 2013, pp. 101-116.

⁵ Sobre los posicionamientos de la élite cordobesa frente a los sucesos de mayo, ver Valentina AYROLO: “La ciudad cooptada. Refractarios revolucionarios en Córdoba del Tucumán (1810-1816)”, *Anuario IEHS*, 26 (2011), pp. 11-29.

⁶ Pilar GONZÁLEZ BERNALDO: “Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813”, en AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, pp. 27-51.

⁷ Tulio HALPERIN DONGHI: *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

⁸ Alejandro M. RABINOVICH: *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la revolución (1811)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2017.

corta duración. En Buenos Aires, un grupo de peninsulares organizó un levantamiento en junio de 1812 para hacerse del poder con apoyo montevideano, pero sus miembros fueron descubiertos y ejecutados en medio de una gran agitación de la población urbana.⁹ Mientras tanto, en la Banda Oriental, se iniciaba una ardua campaña en la que los esfuerzos combinados del ejército y la escuadra de Buenos Aires, al principio con el apoyo de los artiguistas, serían coronados en junio de 1814 con la caída y ocupación de Montevideo.¹⁰

¿A qué se debió este fracaso contrarrevolucionario en la región? Uno de los factores predominantes reside en la imposibilidad de movilizar a las clases populares rioplatenses a su favor. Hubo espacios hispanoamericanos en los que la causa del *statu quo* obtuvo apoyos populares mayoritarios para organizar la contrainsurgencia, como ocurrió en buena parte de Nueva España y del Perú, y otros en los que los realistas aprovecharon movilizaciones plebeyas contrarias a las elites blancas revolucionarias, que no tenían un carácter conservador, sino que implicaban reclamos sociales y raciales en nombre de la defensa del orden y del Rey. Fue lo que ocurrió con los esclavos de Barlovento y con los llaneros de Boves en Venezuela, o con los esclavos y los indígenas de Popayán, por señalar los casos más significativos.¹¹

En cambio, en el Río de la Plata las movilizaciones populares tuvieron lugar a favor del bando revolucionario, ya que muchos de los resentimientos sociales y raciales de la época fueron redirigidos con éxito hacia los enemigos de la revolución.¹² El objeto de odio popular fueron primero los “mandones” coloniales, luego los españoles *in toto* y, para 1814, la intransigencia de Fernando VII hizo que la causa revolucionaria empezase a volverse contra el Rey. La tríada identitaria colonial se rompió: nadie discutió la religión, pero la patria –ahora republicana, al menos de hecho– y el Rey pasaron a estar enfrentados. Desde entonces en el Río de la Plata ya no se pudo ser patriota y realista, sino que ambas identidades pasaron a estar enfrentadas.¹³

En la Banda Oriental, zona de fuertes conflictos por el uso de la tierra y los recursos en el período tardocolonial, la movilización de los “infelices” fue clave, planteó demandas radicales y propuso un marcado igualitarismo. Algo parecido ocurrió en Salta, donde desde 1814 los paisanos del Valle de Lerma politizaron tensiones previas en contra de los realistas y llevaron a que diversos reclamos sociales se incluyeran en la causa patriótica. Por su parte, varios pueblos gua-

⁹ Mariana A. PÉREZ: “Viva España y mueran los Patricios!. La conspiración de Álzaga de 1812”, en Mónica ALABART, María Alejandra FERNÁNDEZ y Mariana PÉREZ (eds.), *Buenos Aires, una sociedad que se transforma: entre la colonia y la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo, 2011.

¹⁰ Ana RIBEIRO: *Los muy fieles. Leales a la Corona en el proceso revolucionario rioplatense. Montevideo / Asunción. 1810-1820*, 2 tomos, Montevideo, Planeta, 2013.

¹¹ Clément THIBAUD: *República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta, 2003; Marcela ECHEVERRI: *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution: Reform, Revolution, and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*, Nueva York, Cambridge University Press, 2016.

¹² Mariana A. PÉREZ, “La construcción del enemigo: el antiespañolismo en la literatura revolucionaria porteña (1810-1820)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 10 (2010), pp. 37-55.

¹³ Gabriel DI MEGLIO: “Patria”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales 1770-1870 [Iberconceptos II]*, tomo 8 (*Patria*), Madrid, Universidad del País Vasco/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, pp. 37-50.

raníes, que habían sido misiones de la Compañía jesuítica en el norte de los ríos Uruguay y Paraná, intentaron reconstruir la vieja provincia pero sin los sacerdotes y sin el control de ninguna autoridad blanca. También en la ciudad de Buenos Aires la movilización plebeya a favor de la revolución fue muy extendida y se estableció una igualación simbólica entre quienes luchaban a favor de la causa.¹⁴

¿No hubo entonces fidelistas rioplatenses? Por supuesto que sí, pero por motivos tal vez coyunturales tuvieron escasa fortuna. Los de Buenos Aires emigraron a Montevideo a partir de 1810, o fueron desarticulados tras la fallida conspiración de 1812.¹⁵ Cuando el ejército peruano tuvo que abandonar Salta y Jujuy en 1813, muchos de los leales a la Corona se marcharon con sus oficiales. En Montevideo hubo expresiones de “realismo popular”, es decir, de movilización plebeya a favor de la causa realista, pero se cortó con la caída de la ciudad en 1814.¹⁶ En Córdoba no hubo más manifestaciones fidelistas tras la derrota sufrida en 1810, aunque varios revolucionarios siguieron observando a la provincia con recelo.¹⁷ No pocos suponían que –al igual que había ocurrido en Chile en 1814– una invasión realista podía eventualmente despertar sentimientos reaccionarios.

Esa posibilidad se volvió más cierta después del regreso de Fernando a España, en el marco de una coyuntura complicada para los insurgentes. Si bien la caída de Montevideo fue clave para dificultar una incursión realista, la victoria no implicó una disminución de los conflictos, que ahora se trasladaron al interior del campo revolucionario. Para 1814, la política centralista llevada adelante en las Provincias Unidas del Río de la Plata por los diferentes gobiernos con sede en Buenos Aires comenzaba a generar disconformidad. La oposición fue particularmente fuerte entre los territorios que dependían de la capital por ser parte de su intendencia: la Banda Oriental, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y Misiones. Entre mediados de 1814 y principios de 1815, estas provincias dejaron de obedecer a Buenos Aires y crearon un bloque revolucionario distinto, la Liga de los Pueblos Libres, que funcionó como una confederación cuyo refe-

¹⁴ Ana FREGA: *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007; Sara MATA: *Los gauchos de Güemes. Guerras de independencia y conflicto social*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008; Gustavo PAZ: “El orden es el desorden”. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821”, en Raúl FRADKIN y Jorge GELMAN (comps.), *Desafíos al orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario, Prohistoria, 2008, pp. 83-101; Raúl FRADKIN: “La revolución en los pueblos del litoral rioplatense”, *Estudios Ibero-Americanos*, 36:2 (2010), pp. 242-265; Guillermo WILDE: *Religión y poder en las misiones de guaraníes*, Buenos Aires, SB, 2009; Gabriel DI MEGLIO, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

¹⁵ Mariana A. PÉREZ: “Un grupo caído en desgracia. Los españoles europeos de Buenos Aires y la Revolución de Mayo”, *Entrepasados. Revista de Historia*, 35 (2009), pp. 109-127.

¹⁶ Pablo FERREIRA: “Los amotinados de la Matriz. Una aproximación al estudio del conflicto social y político en el ocaso del poder español en Montevideo”, *Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación 2011-2012. Docentes*, Montevideo, FHCE-Udelar, 2013, pp. 23-42.

¹⁷ Informe de Carlos de Alvear en Río de Janeiro, junio de 1815, citado en Raúl O. FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Susana BANDIERI (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2010, p. 210.

rente era José Artigas. Los intentos de Buenos Aires por regresarlas a la obediencia fracasaron, produciéndose una nueva guerra que se tornó particularmente violenta.

La separación en dos bloques opuestos, la caída de la economía por la guerra, la situación crítica de los otros focos insurgentes, la falta de apoyo de parte del Reino Unido y de los Estados Unidos, el sesgo conservador de las monarquías que vencieron a Bonaparte; todo llevó al gobierno revolucionario bonaerense a abrir conversaciones con el Rey restaurado, una vez que la ambigüedad previa era insostenible. En el mismo año de 1814 las autoridades de Buenos Aires enviaron diplomáticos a España para negociar, de máxima, «la independencia política de este Continente» y, de mínima, «la libertad civil de estas Provincias» (es decir, la autonomía dentro la monarquía española). Las instrucciones contemplaban como posible solución «la venida de un príncipe de la Casa Real de España que mande en soberano este Continente bajo las formas Constitucionales que establezcan las Provincias; o el vínculo y dependencia de ellas respecto a la Corona de España, quedando la administración de todos sus ramos en manos de los Americanos». En caso de que Fernando se negase a negociar, los diplomáticos estaban habilitados para buscar la protección de otra potencia europea.¹⁸

Efectivamente, el Rey no quería ninguna componenda. Su política hacia los americanos insurgentes era la opción militar. La amenaza se volvió certeza cuando llegaron al Río de la Plata las noticias de que una expedición se dirigía allí desde la Península. La derrota y la restauración aparecían ahora como una posibilidad real.

Bienvenidos: la expedición española y los actores locales

El desmoronamiento napoleónico liberó los recursos militares que España tenía abocados a la lucha contra los franceses. Al mismo tiempo, parte de la oficialidad que había llevado adelante la “guerra de independencia” peninsular, marcadamente liberal en sus opciones políticas, era ahora vista con desconfianza por la camarilla del monarca.¹⁹ La posibilidad de enviarlos a América al frente de los batallones ociosos significaba, pues, una manera de afrontar el desafío de las revoluciones hispanoamericanas, a la vez que se evitaba el peligro de una revolución peninsular.²⁰ La restauración fernandina cambió así el cariz de la guerra. Si hasta ese momento la confrontación entre revolucionarios y fidelistas había sido un asunto resuelto mayormente entre americanos adscriptos a uno u otro bando, a partir de 1815 la llegada de expediciones peninsulares transformaría la dinámica del enfrentamiento.

¹⁸ Carlos ESCUDÉ y Andrés CISNEROS: *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas*, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, tomo II, cap.5, 2000.

¹⁹ Juan MARCHENA: “¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la “reconquista” de América durante el primer absolutismo de Fernando VII. 1814-1820”, en Íd. y Manuel CHUST (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, Universidad Jaume I, 2008, pp. 1-64.

²⁰ Edmundo A. HEREDIA: *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica (1810-1818)*, Buenos Aires, Eudeba, 1974.

El envío a América de una expedición imponente (fuerte de 10.500 hombres de ejército y una flota naval completa), capaz de volcar el balance estratégico continental en favor de las fuerzas del Rey, se terminó de dictaminar en noviembre de 1814 tras largas deliberaciones. El destino preciso de dicha fuerza distaba, sin embargo, de generar consensos.²¹ ¿Convenía dirigir la fuerza a Costa Firme, donde se disponía de numerosos puertos seguros y de aliados locales importantes (los llaneros de Boves en Venezuela, los samarios y pastusos en territorio neogranadino), o bien era preferible atacar el molesto Río de la Plata, que servía de plataforma para que los revolucionarios inquietaran al virrey del Perú?²² La Corona se inclinaba por las ventajas de asegurar el estratégico Istmo de Panamá, mientras que la tropa (temerosa tanto de las epidemias como de la guerra a muerte que se realizaba en la costa caribe) y los comerciantes de Cádiz (encargados de financiar la expedición a través de la Comisión de Reemplazos) preferían claramente el destino rioplatense, que reabría para el comercio atlántico un punto de acceso fundamental.²³ Inclusive, para lograr que la expedición se dirigiese al Río de la Plata, algunos realistas que emigraron de Montevideo a Río de Janeiro fraguaron un “Plan de operaciones” que proponía una política de terror al estilo jacobino y se lo atribuyeron a los revolucionarios de Buenos Aires. Sin embargo, para cuando el documento apócrifo llegó a manos de Fernando VII la expedición ya había zarpado.²⁴

La decisión de dirigirla a Costa Firme se venía imponiendo por lo menos desde octubre de 1814, al conocerse la noticia de la caída de Montevideo en manos revolucionarias en junio, ya que sin el socorro de dicha plaza era peligroso aventurar un desembarco en la región. No obstante, hasta último momento la Corona dejó pensar a todas las partes involucradas que la fuerza se dirigiría al Río de la Plata, para no enemistarse con los comerciantes gaditanos. De ese modo, los propios participantes de la expedición no se enteraron del destino real de la misma sino hasta el 25 de febrero de 1815, cuando su comandante Pablo Morillo abrió en alta mar los sobres con sus instrucciones. Para el resto del mundo, el misterio duró un largo tiempo más, puesto que la *Gaceta de Madrid* no publicó la noticia del cambio de dirección sino el 23 de mayo. Los rumores de que la expedición no arribaría comenzaron a correr en el Río de la Plata a mediados de junio,²⁵ y fueron confirmados y publicados en Buenos Aires recién el 24 de septiembre de 1815.²⁶

²¹ Edmundo A. HEREDIA: “El destino de la expedición de Morillo”, *Anuario de Estudios Americanos de Sevilla*, 29 (1972), pp. 315-342.

²² Anthony MC FARLANE: *War and Independence in Spanish America*, New York, 2014, pp. 288-291.

²³ Michael COSTELOE: “Spain and the Spanish American Wars of Independence: The Comisión de Reemplazos, 1811–1820”, *Journal of Latin American Studies*, 13:2 (1981), pp. 223-237.

²⁴ El plan fue escrito por Felipe Contucci y Andrés Álvarez de Toledo, y fue presentado al rey en abril de 1815. Diego Javier BAUSO: *Un plagio bicentenario. El “Plan de operaciones” atribuido a Mariano Moreno. Mito y realidad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2015.

²⁵ El 28 de junio Artigas es informado de que la expedición no se dirigía al Río de la Plata sino a otro destino, que según los rumores erróneos sería Lima. Ver *Archivo Artigas* (en adelante, AA), vol.21, p. 36.

²⁶ “Bando del Director Interino del Estado, Buenos Aires, 24 de septiembre de 1815”, reproducido en Augusto E. MAILLÉ: *La Revolución de mayo a través de los impresos de la época*, Primera Serie, Tomo II 1812-1815, Buenos Aires, 1965, p. 553.

De manera que los revolucionarios rioplatenses, que esperaban desde mediados de 1814 que la expedición cayera sobre ellos, vivieron más de un año bajo la acechanza del ataque. Así, pese al cambio de dirección realizado a último momento, la expedición de Morillo tuvo efectos concretos sobre la política militar rioplatense. Un elemento de esta coyuntura crucial, que puede parecer sorprendente, es que los jefes revolucionarios no se mostraron particularmente preocupados por la posibilidad de ser derrotados en combate por la expedición. En efecto, a diferencia de los pronunciamientos públicos, en los que enfatizaban el peso de la amenaza, en su correspondencia privada los militares rioplatenses se mostraban confiados respecto a sus posibilidades de resistir con éxito al enemigo. Por ejemplo, el principal lugarteniente de Artigas, Fernando Otorgués, respondía en estos términos al enviado de Buenos Aires que le informó acerca de la próxima llegada de la expedición:

Nada me ha causado la noticia de la formidable expedición que usted me insinúa, por considerarme con fuerzas para atender a todos puntos, y aun de otra más que por otros lados se encaminase hacia nosotros, como también por ser declarada en nuestro favor la sabia Providencia.²⁷

Más allá de la confianza en la protección divina, ¿era razonable esperar que los 5.000 o 6.000 paisanos de a caballo de los que disponía Artigas, soberbiamente montados pero muy mal armados, fuesen suficientes para detener a los 10.500 soldados de línea de Morillo? La confianza de los jefes locales, que en un primer momento podría parecer absurda, se vuelve comprensible al hacer un breve repaso de la experiencia de guerra adquirida en los años precedentes por esos mismos jefes. Recordemos, para empezar, que invasiones como la de Morillo no eran inéditas en la zona. La fuerza británica que había atacado el Río de la Plata en 1807, similar en número a la expedición española, había sido derrotada en Buenos Aires por las milicias locales.²⁸

Por otra parte, desde 1811, los milicianos orientales, organizados en divisiones montadas como la de Otorgués, habían amasado una considerable práctica de combate frente a tropas de línea de Montevideo, Buenos Aires y Portugal, saliendo muchas veces airosos. En este punto, es notable el aprendizaje táctico que habían realizado los militares rioplatenses en tan corto espacio de tiempo, puesto que nadie parecía dudar respecto de cómo enfrentar la posible llegada de la expedición: mediante una guerra de recursos encarnizada que forzaría a los invasores a capitular. Un experimentado revolucionario porteño, que llegaría pronto a convertirse en Director Supremo, comentaba:

Todo anuncia como indudable la venida de la expedición Española; pero yo no me resuelvo a creerla, ni menos la temo en caso que sea efectiva. [...] Si Artigas nos

²⁷ “Fernando Otorgués a Nicolás Herrera, Campo volante de vanguardia en Castro, 11 de febrero 1815”, en AA, vol. 17, pp. 528-529.

²⁸ Carlos ROBERTS: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata, 1806-1807*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

*ayuda como no dudo, creo que él solo dará fin de los 10.000 gallegos, porque los matará de hambre.*²⁹

Esta forma de hacer la guerra, basada en la extensión del terreno escasamente poblado y en la dependencia del *stock* ganadero para alimentar a la tropa, era una táctica guerrillera que se alejaba de lo que mandaban los reglamentos europeos, aunque las guerras napoleónicas acababan de dar ciertos ejemplos de su potencialidad, en particular en Rusia y en la propia Península ibérica.³⁰ Uno de los comandantes revolucionarios la sintetizaba así:

La manera de hacer la guerra en estos campos no tiene conexión alguna con las reglas de la táctica militar. En un país desprovisto de todo, despoblada la campaña, sin agricultura, ni más vituallas que la carne, era segura una victoria en cortando al enemigo estos recursos: siempre vence el que está mejor montado.³¹

El gobierno de Buenos Aires había tomado debida nota de la advertencia, y para 1815 había incorporado plenamente la guerra de recursos como una alternativa adecuada para defender el territorio. Los jefes españoles con experiencia en la región también habían aprendido la lección respecto de las especificidades de la guerra rioplatense, como escribía el marino José María de Salazar:

Todo el triunfo sobre estas provincias aun en el caso de venir, como se piensa, una grande expedición, depende de ganar a Artigas y a su segundo Otorgués, o por lo menos a uno de ellos, [...] pues la plaza de Montevideo con la campaña es incontestable, y sin ella es necesario hacer grandísimos y continuos sacrificios para sostenerla, y estos hombres hacen una especie de guerra que acabarían con muchos miles, y no se les sujetaría.³²

La lectura militar era, pues, muy clara: independientemente de su destreza en combate y de la calidad de su armamento, 10.000 infantes recién desembarcados, sin monturas ni provisiones frescas, no representaban una amenaza seria para los revolucionarios, que se limitarían a hostigarlos hasta rendirlos por inanición.³³ La confianza en esta estrategia era tal que Artigas, al

²⁹ “Juan Martín de Pueyrredón a Vicente Dupuy, 9 de marzo de 1815”, en AA, vol. XX, p. 231.

³⁰ Raúl O. FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra...”, pp. 167-214.

³¹ “José Rondeau al Superior Gobierno, Cuartel del Cerrito, 28 de febrero de 1813”, en AA, vol. IX, p. 314.

³² “José María de Salazar a Luis María de Salazar, Río de Janeiro, 17 de febrero 1815”, en AA, vol. XVII, pp. 436-437.

³³ En rigor, la experiencia de Morillo en Costa Firme confirma parcialmente el desprecio de los revolucionarios. La expedición tuvo algunos éxitos iniciales resonantes, pero estaba compuesta por soldados forzados, muchos de los cuales desertaron masivamente a la primera oportunidad, además de ser víctimas de epidemias de todo tipo, por lo que tuvo que recurrir rápidamente al reclutamiento local. Marga-

menos en su correspondencia pública, rezaba por la feliz llegada de la expedición para tener la oportunidad de apoderarse de las invaluables armas de los invasores.³⁴

Este optimismo, sin embargo, tenía un límite. La amenaza de los batallones expedicionarios, inocua en soledad, podía volverse formidable si contaban con el apoyo local de una caballería bien adaptada al terreno. En ese caso todas las ventajas de la guerra de recursos se verían negadas y la superioridad de la infantería peninsular para una batalla campal en regla se volvería temible. ¿Quiénes podían proveer semejante caballería a los invasores? No había más que dos opciones: o los portugueses de Río Grande, que tenían un estilo militar similar al de los paisanos orientales;³⁵ o el propio Artigas, si traicionaba las banderas revolucionarias y volcaba sus divisiones en defensa del Rey. La primera opción quedó pronto descartada gracias a la oposición británica. La segunda, que es precisamente la que recomendaba el marino Salazar, representaba una perspectiva más inquietante para los revolucionarios y fue perseguida por las autoridades peninsulares.

Puede decirse que a fines de 1814 la suerte de la revolución rioplatense estuvo en buena medida en manos de José Artigas. Si el jefe oriental hubiera aceptado entonces los muy generosos avances por parte de los emisarios reales para que se pasara al bando realista, haciéndose acreedor a numerosos honores entre los cuales se encontraba el título de Brigadier de los ejércitos del Rey,³⁶ la combinación de sus fuerzas con la expedición de Morillo hubiera presentado a Buenos Aires un dilema de muy difícil solución.

Ciertamente, es difícil imaginar que los paisanos en armas, que habían mostrado un odio profundo a los europeos desde 1811, que habían proclamado abiertamente un sistema republicano en 1813 y que presionaban a su líder para que tomara medidas radicales como repartir la tierra, lo hubieran seguido sin conflictos a una reconciliación con el viejo *statu quo*.³⁷ De todos modos, en el contexto crítico de 1814, los agentes realistas se mostraban optimistas. Las negociaciones tuvieron lugar en Río de Janeiro, dirigidas por Otorgués en nombre de Artigas, a través de dos diputados (José Bonifacio Redruello y José María Caravaca) que entablaron tratativas tanto con los portugueses como con el agente de negocios de la Corona española, Andrés Villalba, y con la Infanta Carlota.³⁸ Estas negociaciones avanzaron de manera sorprendente en

ret L. WOODWARD: "The Spanish Army and the Loss of America, 1810-1824", *The Hispanic American Historical Review*, 48:4 (1968), pp. 586-607.

³⁴ "José Artigas al Cabildo de Montevideo, 9 de mayo de 1815", en AA, vol. XXI, p.15.

³⁵ Miquéias H. MUGGE: *Prontos a contribuir: guardas nacionais, hierarquias sociais e cidadania. Província do Rio Grande do Sul – século XIX*, São Leopoldo, Oikos, Unisinos, 2012.

³⁶ Este título fue efectivamente expedido el 30 de junio de 1815. En AA, vol. XVIII, p. 353.

³⁷ Véase Raúl O. FRADKIN: "La revolución en los pueblos del litoral rioplatense", cit., Ana FREGA: "Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista", *Andes. Antropología e Historia*, 13 (2002), pp. 75-112.

³⁸ Un análisis en profundidad en Marcela TERNAVASIO: "¿Un bienio crucial? Una mirada sobre la independencia en el corredor luso-hispano-criollo", en <http://www.anh.org.ar/noticia.php?id=203titulo:%20C2%BFUn-bienio-crucial?-Una-mirada-sobre-la-independencia-en-el-corredor-luso-hispano-criollo> (consultado por última vez el 30/04/2018)

términos que, de haberse hecho públicos, hubieran representado un escándalo mayúsculo en el bando revolucionario.

Las instrucciones de los emisarios de Buenos Aires a Europa, comentadas en el apartado previo, contemplaban la posibilidad de adoptar varias salidas monárquicas, pero en ningún caso se aventuraban tan lejos como lo hacía Otorgués, quien en las instrucciones a sus diputados manifestaba lealtad a Fernando VII, presentaba la Provincia Oriental como «parte de la Monarquía española» y afirmaba que los artiguistas habían apoyado a la flota realista en su lucha contra Buenos Aires.³⁹ En otras misivas, Otorgués ofrecía el apoyo de los orientales a la expedición peninsular y se felicitaba por su pronta llegada («la agradable noticia que la escuadra española ya está de este lado de la línea y que pronto la tendremos a la vista»). Esta negociación despertó, ya entre los contemporáneos involucrados, una enorme suspicacia. ¿Otorgués hablaba realmente en nombre del Jefe oriental, quien había demostrado y seguiría demostrando tanta intransigencia en la lucha por la independencia? ¿Sus ofrecimientos eran sinceros, o representaban sólo una treta para obtener información respecto del punto de desembarque de la expedición? Más importante aún: ¿podían realmente Artigas y Otorgués renunciar a la causa revolucionaria sin ser abandonados por sus bases? La cuestión queda relegada necesariamente al terreno de las especulaciones.⁴⁰

Resulta en cambio relevante, para entender mejor la posición de los actores frente a la restauración monárquica, analizar la manera en que las tratativas del artiguismo con la Corona se enlazaban con su disputa con el gobierno de Buenos Aires, en ese momento llamado “Directorio”. En efecto, tras la captura de Montevideo el ejército directorial se había lanzado a destruir a los artiguistas, derrotando a Otorgués en octubre de 1814. La negociación con españoles y portugueses se daba, entonces, en un momento desesperado para los orientales, ya que sus líderes afrontaban un muy probable fusilamiento en caso de caer en manos de las autoridades porteñas. ¿Qué pedía Otorgués al príncipe regente de Portugal a cambio de su hipotético retorno al redil realista? Armas, municiones y la posibilidad de refugiarse en territorio portugués en caso de volver a ser derrotado. Se intercambiaba así un apoyo eventual en el futuro, del que siempre podían desdecirse, a cambio de una ayuda esencial y urgente para sobrevivir al enemigo más inmediato.

De ese modo, el factor determinante en las negociaciones de los revolucionarios orientales con la Corona no lo constituía necesariamente la lealtad al monarca ni el miedo a sus expedi-

³⁹ “Instrucciones de Fernando Otorgués a Redruello y Caravaca, Casupá, 13 de septiembre de 1814”, en AA, vol. XVIII, p. 178.

⁴⁰ La posibilidad de que los orientales apoyaran un desembarco español mantendría incluso vigencia durante varios años más. En 1821, con la Banda Oriental ya firmemente en manos portuguesas, algunos españoles que residían en Río de Janeiro seguían insistiendo con enviar una expedición militar desde la Península (ahora en manos de los liberales), y negociaban otra vez con Otorgués y algunos artiguistas que estaban prisioneros en Brasil para montar una fuerza que pudiera ser la base local del ejército metropolitano cuando arribase al Río de la Plata. Ver Ana FREGA: “Alianzas y proyectos independentistas en los orígenes del ‘Estado Cisplatino’”, en Íd. (coord.), *Historia regional e independencia del Uruguay. Proceso histórico y revisión crítica de sus relatos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009, p. 24 y ss.

ciones, sino la feroz lucha desatada entre los dos bloques revolucionarios, que implicaba la búsqueda urgente de socorros y aliados, incluyendo al Rey. La prueba de esto la brinda el cambio de actitud de Otorgués tras la inesperada victoria de los artiguistas sobre las fuerzas del Directorio, en Guayabos, el 10 de enero de 1815. Este vuelco de la fortuna militar trastocaba por completo la situación estratégica y les abría las puertas de Montevideo. Por primera vez Artigas podría gobernar en toda su tierra.

En este nuevo contexto, Otorgués, a cargo del gobierno en Montevideo, mantuvo a sus negociadores en Río de Janeiro, prometiendo a Villalba y a Carlota que conservaba «su amor al soberano» y que apoyaría la expedición en contra de Buenos Aires. Sin embargo, su celada se volvía cada vez más evidente. Otorgués seguía pidiendo armas e información respecto de la llegada de Morillo, pero en Montevideo, en vez de ir preparando el terreno para un arreglo con el monarca, se iniciaba un decidido movimiento en pos de la independencia. No por nada Villalba hacía notar que, al entrar Otorgués a la ciudad, su bandera decía «morir por la independencia». ⁴¹ Otorgués se excusaba, diciendo que el pueblo oriental no estaba listo para aceptar la reconciliación con el Rey, y le prometía que en cuanto llegase la expedición él podría descubrir sus verdaderas intenciones y que correrían «en su auxilio todos los Orientales». ⁴² Finalmente, la contradicción entre las acciones de los artiguistas (evacuación de Montevideo, prisión e internamiento de los españoles europeos) y los dichos de Otorgués se volvió tan flagrante que hasta Redruello y Caravaca se dieron por engañados. Los diplomáticos españoles comprendían una amarga realidad: una vez que la amenaza porteña se había disuelto, el jefe oriental había perdido todo interés en avanzar la negociación con la Corona.

Peor aún, ahora que Artigas gobernaba la Banda Oriental, se abría la posibilidad de que éste entablase, desde una posición de fuerza, una alianza defensiva con Buenos Aires para enfrentar juntos a la expedición. En efecto, una vez descartada la posibilidad de derrotar militarmente a Artigas, el gobierno porteño aceptaba resignarse a establecer una alianza honrosa con él. Era una manera de detener a la expedición peninsular a la vez que se acababa la tremenda guerra civil que desangraba a ambas facciones revolucionarias.

De Morillo a Lecor: historia de una oportunidad desperdiciada

De manera que, de Guayabos en adelante, el efecto de la amenaza de Morillo sobre los revolucionarios cambió de polaridad y, en vez de fomentar la discordia y la posibilidad de traicionar la revolución, se transformó en la prenda de paz capaz de unir a las facciones. Como decía el Cabildo de Buenos Aires:

No hay remedio Ciudadanos: es preciso optar de dos cosas una, o reconciliarnos entre nosotros mismos, extirpando hasta el germen ponzoñoso de nuestras divisiones,

⁴¹ “Andrés Villalba al ministro Cevallos, 2 de abril de 1815”, en AA, vol.18, p. 288.

⁴² “Fernando Otorgués a Andrés Villalba”, Montevideo, 1 de marzo de 1815, en AA, vol.18, p. 282.

*o resolernos a ser bajo el mazo de la España unos anillos perdidos en la cadena social de las generaciones.*⁴³

Lo que planteaba el Cabildo era el viejo axioma según el cual una amenaza externa permite muchas veces consolidar un frente interno que no sería articulable de otro modo. Artigas estaba de acuerdo y afirmaba con claridad que la expedición de Morillo,

hasta nos es necesaria en unos momentos en que tratándose de cimentar con el mayor vigor el restablecimiento del espíritu público en la fraternidad en todos los pueblos, precisábamos de un objeto que con exclusión de todo otro reclamase los cuidados de todos.⁴⁴

Las negociaciones para una paz duradera entre orientales y directoriales, impensables unos meses antes, se empeñaron en efecto bajo buenos auspicios, con la certeza de que la expedición de Morillo se dirigía ya al Río de la Plata. En efecto, el 9 de febrero de 1815 el gobierno de Buenos Aires le confirmaba a su enviado, Nicolás Herrera, que según «un hijo de Buenos Aires» presente en Cádiz, la expedición había partido a principios de enero y que se dirigía hacia ellos.⁴⁵ Así se lo hacía saber Herrera a Otorgués para que se apuraran las negociaciones, «porque amigo los Godos ya están en el Charco, y si andamos con muchas tardanzas, tal vez cuando hagamos lo que debemos, como hombres, ya será tarde».⁴⁶

Sin embargo, los resquemores acumulados durante la reciente guerra y las desconfianzas mutuas entre los jefes artiguistas y los directoriales empantanaron las conversaciones durante varias semanas. El *impasse* se debía a la distinta vitalidad de ambos regímenes: mientras que en los primeros meses de 1815 la causa de Artigas no hacía sino expandirse -Santa Fe, y luego Córdoba, se incorporarían a la Liga de los Pueblos Libres-, el gobierno de Carlos Alvear entraba en una crisis terminal que culminaría en abril cuando su propio ejército, comandado por Ignacio Álvarez Thomas y enviado contra los santefesinos, se amotinó y forzó la renuncia del Director. Uno de los argumentos de los alzados residía en la necesidad de establecer la paz con los artiguistas para afrontar con éxito la amenaza peninsular. De modo que, al asumir Álvarez Thomas como nuevo Director Supremo interino, no sorprende que retomara con decisión las negociaciones de paz. Contando con un interlocutor en Buenos Aires al que veía como más confiable, Artigas dio pasos concretos en pos de la unión, como la convocatoria de representantes de los Pueblos Libres a un congreso con el fin de debatir las condiciones de un arreglo con el Directorio.

⁴³ «El Cabildo de Buenos Aires a los habitantes de la capital, 31 de enero de 1815», en Augusto MAILLÉ, op. cit., p. 379.

⁴⁴ «José Artigas al Cabildo de Montevideo, 9 de mayo de 1815», en AA, vol. 21, p. 15.

⁴⁵ «El Gobierno a Nicolás Herrera, Buenos Aires, 9 de febrero 1815, en AA, vol.17, p. 520.

⁴⁶ «Nicolás Herrera a Fernando Otorgués, Montevideo, 18 de febrero 1815, en AA, vol.17, p. 544.

Otro tanto sucedía en el resto de las provincias que no respondían a Artigas. Muchas de ellas venían indisponiéndose con el centralismo porteño y habían visto con buenos ojos la caída de Alvear, que debilitaba al Directorio y permitía buscar nuevas dosis de autonomía. En mayo de 1815 Salta nombró un gobernador sin consultar a Buenos Aires (que hasta entonces había designado a sus autoridades) y casi en simultáneo la provincia de La Rioja se declaró independiente tanto respecto de Córdoba –a cuya intendencia pertenecía– como de Buenos Aires. Para superar la crisis, porteños y provincianos acordaron convocar un congreso general en Tucumán. La amenaza de la expedición influyó en este nuevo intento de unión, al tiempo que moderó algunas de las tendencias autonómicas. La recién independizada La Rioja, por ejemplo, se declaró sin embargo sujeta «al Gobierno de la capital de Buenos Aires para todo lo relativo a la defensa del Estado».⁴⁷

El nuevo Director Álvarez Thomas no dejó pasar la oportunidad de utilizar la expedición de Morillo como excusa para exigir nuevos recursos y sacrificios a unos pueblos reacios a seguir colaborando con el esfuerzo de guerra. En términos catastrofistas anunciaba que España «envía a nuestras playas 10.000 asesinos, ocupados del proyecto de destruir en un solo día la obra de cinco años de trabajos.»⁴⁸ Dada la extrema urgencia, decretaba que de ahora en más «la indiferencia es un crimen», y que el Estado podría recurrir a todo tipo de medidas extraordinarias, incluyendo la militarización total de la población. Seguía una serie de decretos donde se efectivizaba lo anunciado: se habilitaban tres comisiones que podrían requisar los bienes que se considerasen necesarios para armar al ejército; se decretaba la incorporación de toda la población masculina y adulta a las milicias cívicas; se establecía una pesada cuota de reclutas de cada partido de la campaña para el ejército de línea.

Esta predisposición general al diálogo y la consecuente capacidad del Directorio para solicitar recursos extraordinarios, se extinguiría con la amenaza misma de la expedición española. Desde mediados de junio, cuando comenzó a darse por sentado que la misma había partido hacia otro destino, el afán negociador se fue extinguendo y la cuenta pendiente entre el Directorio y los Pueblos Libres regresó al primer plano. Concretamente, para sellar la alianza, los emisarios de Artigas exigían que Buenos Aires devolviese las armas que había extraído de Montevideo; en particular 3.000 fusiles, 12 piezas de campaña y 9 lanchas cañoneras. Esto implicaba dar a Artigas los medios de hacer una defensa en regla de su territorio, borrando en el acto la única superioridad militar a la que podía aspirar el Directorio.⁴⁹ ¿Buenos Aires iba a dar a los

⁴⁷ Geneviève VERDO: “En vísperas del congreso. La construcción de una identidad política en las Provincias Unidas del Río de la Plata en los años 1815 y 1816”, *Anuario del IEHS*, 21(2006). Valentina AYROLLO: “Resistencias al Orden. Las formas del poder local en épocas de transición. La Rioja, 1812-1816”, en Ana FREGA NOVALES et alii, *História, Regiões e Fronteiras*, Santa Maria, FACOS-UFSM, 2012, pp. 199-215. Armando BAZÁN: “La Rioja en la época de la Independencia”, *Trabajos y comunicaciones*, 15 (1966), UNLP, pp. 55-74.

⁴⁸ “Bando del Director Supremo Interino, Buenos Aires, 22 de mayo 1815”, en Augusto MAILLÉ: op. cit., p. 515.

⁴⁹ “Plan que presenta al Exmo. Gobierno de Buenos-Ayres la Diputación del Xefe de los Orientales para el restablecimiento de la concordia, Buenos Aires, 13 de julio de 1815”, en *Ibidem*, pp. 533-534.

artiguistas las armas con las cuales resistir a su autoridad? Álvarez Thomas, tras responsabilizar a Artigas por el fracaso de las negociaciones (y detener en un barco durante unos días a los enviados de los Pueblos Libres), le decía que si había abierto en mayo las tratativas era «con el objeto de que nos hallase unidos la Expedición que venía de la Península», puesto que «en tales circunstancias era un interés común el no hacernos la guerra». Ahora, en cambio, no había ningún incentivo para resolver las diferencias pacíficamente y todo quedaba relegado al futuro Congreso de Tucumán.⁵⁰ La oportunidad de lograr una salida negociada entre las facciones revolucionarias se había esfumado con la amenaza externa, y ahora todo volvía a su cauce anterior.

El ejército que se había levantado con tanto sacrificio para rechazar la expedición partió de Buenos Aires el 22 de julio, bajo el mando de Juan José Viamonte, no a luchar contra los peninsulares, que nunca llegaron, sino a imponer la supremacía del Directorio sobre Santa Fe. Ante la tenaz resistencia encontrada, Viamonte sugirió medidas drásticas para limpiar «la tierra de mala yerba»: arrasar Paraná y hacer la guerra «con más deseo que si la hiciera a los Peninsulares, porque en mi opinión éstos nos hacen el mal que no son capaces aquellos».⁵¹ Los Pueblos Libres se habían transformado en el principal y más inmediato rival de la capital.

La incursión de Viamonte en el Litoral terminaría como todas las que la sucedieron: con vergonzosos compromisos y una pronta retirada ante la tenacidad de las milicias santafecinas, entrerrianas y orientales. Ahora bien, dados los coqueteos de Córdoba con los Pueblos Libres, Buenos Aires corría realmente el riesgo de ser cortada del resto de las provincias y, frente a la imposibilidad de resolver la cuestión con sus propios medios militares, comenzó a ganar terreno una alternativa que implicaba, en buena medida, una claudicación tanto de su soberanía como de su compromiso revolucionario: la intervención portuguesa en la Banda Oriental.

Las negociaciones con la diplomacia de João VI estaban desde 1815 en manos de Manuel García, representante del Directorio en Río de Janeiro. Con su posición muy debilitada en Europa, el soberano lusitano buscaba consolidar sus dominios americanos cumpliendo el viejo anhelo de hacer del Río de la Plata su límite austral.⁵² García veía esos preparativos como una oportunidad, ya que consideraba «que la extinción del poder ominoso que se ha levantado en la Banda Oriental, es a todas luces no sólo provechosa, sino necesaria a la salvación del país». Buenos Aires no tenía «la fuerza necesaria para sofocar ese amenazante poder», por lo que hacía falta «la fuerza física y moral de un poder extraño para terminar esta lucha». Estas aperturas de García durante los primeros meses de 1816, buscando la alianza portuguesa contra Artigas, merecieron el visto bueno de Álvarez Thomas y de su sucesor González Balcarce.⁵³ Contando con esta anuencia los portugueses invadieron la Banda Oriental el 28 de agosto de 1816, con un

⁵⁰ “Álvarez Thomas a José Artigas”, Buenos Aires, 1 de agosto de 1815, en *Ibíd.*, pp. 534-535.

⁵¹ “Carta a Álvarez Thomas, 19 de marzo de 1816”, citada en Raúl FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra”, *op. cit.*, p. 182.

⁵² Véase João Paulo PIMENTA: *Estado y Nación hacia el final de los imperios ibéricos. Río de la Plata y Brasil, 1808-1828*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

⁵³ Citado en Vicente FIDEL LÓPEZ: *Historia de la República Argentina*, tomo III, pp. 350 y ss.

ejército de casi 12.000 hombres. La invasión, al mando de Carlos Federico Lecor, violaba los términos del armisticio de 1812 entre Portugal y el Río de la Plata y mancillaba suelo formalmente rioplatense.

Un mes antes de la invasión, las Provincias Unidas se habían declarado independientes de España y de toda dominación extranjera.⁵⁴ También habían superado provisoriamente las disputas entre federalismo y centralismo -que en los primeros meses de 1816 habían sido fuertes en algunas provincias, en particular Buenos Aires- a favor de este último. El porteño Juan Martín de Pueyrredón fue elegido nuevo director supremo por los diputados presentes en el Congreso, y Buenos Aires fue reafirmada como capital.⁵⁵ Para ganar la guerra contra los realistas, el Gobierno decidió apoyar con todos sus recursos el plan de José de San Martín de atacarlos en Chile, para luego ir de allí al Perú, corazón del poder del Rey en América del Sur. En ese contexto, las Provincias Unidas quedaban con pocas posibilidades de resistir un avance lusitano. El Congreso decidió entonces negociar con los portugueses y envió emisarios ante Lecor con instrucciones de aceptar su ocupación de la Banda Oriental, limitándose a señalar que «de ninguna manera podrá apoderarse del Entre Ríos por ser este territorio perteneciente a la provincia de Buenos Aires». Es más, lo que le proponían a Portugal era una alianza duradera, casando a una hija de Braganza con el rey Inca que se instalaría en el Río de la Plata. Se aceptaba incluso, si lo anterior era rechazado, «la coronación de un infante del Brasil en estas provincias, o la de cualquier otro infante extranjero, con tal que no sea de España».⁵⁶

En un principio, Pueyrredón consideró que tanto las posiciones de García como la propuesta de los enviados del Congreso eran muy extremas y detuvo la marcha de estos a la Banda Oriental. La invasión portuguesa, que se internaba ya imparable hacia Montevideo, ¿no constituía acaso una nueva oportunidad de ensayar el acercamiento con Artigas que se había malgastado con la expedición de Morillo? En efecto, Pueyrredón escribía a Barreiro, el reemplazante de Otorgués en Montevideo:

Los portugueses han pretextado para su invasión a la Banda Oriental, la independencia en que se constituyó esa provincia. De modo que, reconociendo al soberano Congreso y superior gobierno de las Provincias Unidas, aparecerá formando un cuerpo de Nación, cesará la causa de la guerra que se hace como a un poder aislado.⁵⁷

⁵⁴ Para un estado de la cuestión de los nuevos estudios sobre la independencia rioplatense, ver Gabriel ENTIN et al.: *Crear la independencia: Historia de un problema argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

⁵⁵ Sobre el movimiento federal en Buenos Aires en 1816 véase Fabián HERRERO: *Movimientos de Pueblo. La política en Buenos Aires luego de 1810*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2007. Sobre la elección de Pueyrredón puede consultarse Gabriel DI MEGLIO: *1816. La trama de la independencia*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

⁵⁶ "Actas secretas del Congreso de Tucumán", op. cit., pp. 17641-17645.

⁵⁷ "Juan Martín de Pueyrredón a Miguel Barreiro, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1816", en AA, vol. 32., p.34.

El 8 de diciembre de 1816 se firmó, efectivamente, un tratado entre el gobierno de Buenos Aires y dos enviados de Montevideo en el que se estipulaba la incorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas a cambio de un auxilio militar inmediato. Cuando Pueyrredón exigió a Artigas que jurase «obediencia y sumisión» a su Gobierno, en cambio, el jefe oriental repudió un tratado «humillante» que disolvía «de un golpe el estado oriental», y por lo tanto quedaba anulado, renovando su pedido de ayuda sin condiciones.⁵⁸

Artigas prefirió enfrentar solo a los portugueses antes que someterse a los porteños. El Directorio intentó usar la invasión para subordinar a su enemigo interno, pero luego aceptaría que los portugueses le sacaran a Artigas de encima a cambio de entregar la Banda Oriental. Buenos Aires no hizo entonces nada para frenar la ofensiva portuguesa y utilizó las fuerzas que le quedaban para obligar a las otras provincias artiguistas a obedecerla. El intento terminó, sin embargo, en un nuevo fracaso que desembocó en la caída simultánea de los dos bloques rivales: a principios de 1820 Artigas fue derrotado por última vez en la Banda Oriental a manos de los portugueses y debió marcharse al Paraguay, mientras que unos días más tarde las tropas de Santa Fe y Entre Ríos vencieron al Directorio y forzaron su disolución. La experiencia revolucionaria llegaba a su fin.

Conclusión

El fracaso de la contrarrevolución local, la decisión de enviar la expedición de Morillo a Venezuela, la imposibilidad de los emisarios reales de persuadir a uno de los bloques revolucionarios de retornar a la obediencia a Fernando VII; todo coadyuvó a impedir que la Restauración triunfara en el Río de la Plata del modo que lo hizo entre 1815 y 1816 en otros espacios insurgentes de América. La intransigencia monárquica empujó a los sectores políticos de las Provincias Unidas, incluso a los que seguían prefiriendo la autonomía a la ruptura, a declarar la independencia absoluta de una nueva nación.

Sin embargo, también en los territorios rioplatenses la Restauración tuvo efectos decisivos. El giro conservador en Europa, confirmado por el Congreso de Viena de 1815, y la experiencia de seis años de convulsiones políticas y de movilización social, llevaron al Congreso que declaró la independencia a proclamar que llegaba la hora de terminar con «el virus revolucionario». Para evitar caer en la «división y anarquía» sancionaron medidas draconianas para quienes desafiaron a la autoridad. Al mismo tiempo, sepultaron las convicciones republicanas de los años previos y dejaron abierta la posibilidad de que el nuevo Estado independiente se convirtiera en una monarquía. El nuevo espíritu de los dirigentes quedó plasmado en el título de un decreto del 1º de agosto de 1816: «Fin a la revolución, principio al orden».⁵⁹

⁵⁸ “Juan Martín de Pueyrredón a José Artigas, Buenos Aires, 12 de diciembre de 1816”, en AA, vol.32., p. 77.

⁵⁹ Todas las citas son del *Manifiesto del Congreso a los Pueblos*, Buenos Aires, Imprenta Gandarillas, 1816.

En un contexto signado –como en Chile o Nueva Granada– por una brutal lucha facciosa entre liderazgos revolucionarios rivales, la Restauración planteaba particulares desafíos pero también oportunidades. Los llamados a la reconciliación en pos de afrontar al enemigo común marcharon en paralelo con negociaciones encubiertas, sinceras o no, relativas a la posibilidad de alinearse con el Rey en desmedro de la facción revolucionaria enemiga. Si finalmente José Artigas se mantuvo fiel a la revolución, al tiempo que la expedición de Morillo se dirigía a otras latitudes, el Directorio aceptó ciertamente, primero por omisión y luego más activamente, la intervención portuguesa en contra de su rival.

Vemos así que la pretendida “excepcionalidad” rioplatense en un contexto global signado por las restauraciones fue apenas superficial. De hecho, en la Banda Oriental, la invasión portuguesa de 1816 tuvo el mismo efecto que la expedición de Morillo en el norte de Sudamérica. Aunque no devolvía la región a la órbita española, sí la colocaba otra vez dentro de un orden monárquico y frenaba el avance de las demandas sociales que los paisanos artiguistas impulsaron en los años previos. Una buena parte de la elite de Montevideo, inclusive, saludó con entusiasmo la entrada del ejército de Lecor a la ciudad en enero de 1817. Se trataba, pese a todo, de una victoria contrarrevolucionaria en el corazón del Río de la Plata.

La tentativa de restauración monárquica en una provincia neogranadina: Tunja 1816-1819

The attempt for monarchical restoration in a province of New Granada: Tunja 1816-1819

Isidro Vanegas

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia – Tunja

isidro.vanegas@uptc.edu.co

Resumen: Este artículo estudia el periodo post-revolucionario (1816-1819) en una de las provincias de la Nueva Granada: Tunja. Muestra, en primer lugar, las principales características del acontecimiento revolucionario en esta jurisdicción, trastorno que buscó ser borrado por la empresa pacificadora. En segundo lugar, expone la manera como gobernaron las autoridades realistas y las dificultades que enfrentaron para llevar la tranquilidad prometida a la sociedad de la provincia. Y en tercer lugar examina las formas de resistencia que se desarrollaron frente al proyecto restaurador. El artículo busca contribuir a llenar el vacío existente en el estudio de este periodo a nivel provincial. Así mismo busca comprender la manera como intentaron gobernar las autoridades realistas, las dificultades de diversa índole que se les presentaron y la manera como la Revolución Neogranadina había transformado la sociedad provincial y de qué modo este hecho le añadió obstáculos a la posibilidad de estabilización de aquella jurisdicción. En este mismo sentido el texto participa de la reflexión acerca de la manera más adecuada de designar este periodo que la historiografía patriótica logró muy rápidamente caracterizar exclusivamente por la violencia y las usurpaciones de las fuerzas enviadas por Fernando VII. Como lo han mostrado diversos autores, esta representación tiene limitaciones importantes en la medida que ignora las regiones poco castigadas y los responsables militares y civiles que actuaron con moderación, así como el importante apoyo social de que gozó el proyecto pacificador. La necesidad de incorporar estas precisiones al relato de esta etapa no impide seguir definiéndola como «Reconquista», en la medida que se trató de una empresa intrínsecamente conflictiva a la cual se habían estado oponiendo durante varios años un conjunto de sujetos que de manera legítima y materialmente eficaz había estado reclamándose como un conjunto político distinto a la monarquía española. En la elaboración del texto utilizo una considerable variedad de do-

cumentos (de archivos regionales, colombianos y españoles, prensa y compilaciones documentales) que permiten recoger la voz de una diversidad de actores de los acontecimientos.

Palabras clave: Nueva Granada, Reconquista, Restauración, Monarquía, Tunja

Abstract: This article studies the post-revolutionary period (1816-1819) in Tunja, one of New Granada's provinces. First of all, it shows the main features of the revolutionary event within this jurisdiction, a social disruption that the pacifying enterprise sought to erase. Secondly, the article analyzes how the royalist authorities governed and the difficulties that they struggled with in order to bring the promised calm to the province's society. And thirdly, it examines the practices of resistance, which were developed against the restoration project. The present article seeks to contribute to the filling of the existing vacuum in the study of this period at the provincial level. Besides, it aims to contribute to the understanding of how the royalist authorities tried to govern, the difficulties that emerged and how the Neo-Granadian Revolution had transformed provincial society and how this added further difficulties to the stabilization of the jurisdiction. In this sense, this paper takes part in the reflection about the most appropriate way to denominate this period, which patriotic historiography expeditiously managed to characterize exclusively by the violence and the usurpations of the forces sent by Ferdinand VII. As several authors have already shown, this representation has important limitations insofar as it ignores not-so-battered regions, the military and civil leaders who acted with moderation and the important social support behind the «pacifying project». The need to incorporate these elements into the narrative about this historical period is no obstacle to continue to define it as a «Reconquista». All the more so given that it was an intrinsically conflictive enterprise, which for many years was opposed by a set of opponents who had been claiming themselves in a legitimate and materially effective way as a political group outside the Spanish monarchy. In the elaboration of this text, I used a great variety of documents from regional archives, the press and documentary compilations in Colombia and Spain which incorporate the voices of the participants in these events.

Keywords: New Granada, Reconquista, Restoration, Monarchy, Tunja.

Para citar este artículo: Isidro VANEGAS: “La tentativa de restauración monárquica en una provincia neogranadina: Tunja 1816-1819”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 79-100.
--

Recibido: 05/02/2018

Aprobado: 09/09/2018

La tentativa de restauración monárquica en una provincia neogranadina: Tunja 1816-1819

Isidro Vanegas

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia – Tunja

isidro.vanegas@uptc.edu.co

Cuando se aproximan a la provincia de Tunja, a finales de marzo de 1816, los jefes militares de la reconquista reciben notas de algunos habitantes de la capital provincial y de otros lugares manifestándoles «do ansiosos que están porque adelanten las tropas del Rey para librarse de la tiranía de los insurgentes». Algo semejante escucharán los patriotas poco más de tres años después. En junio de 1819 los rebeldes implantados en los Llanos cuentan con que la población de las laderas cordilleranas que se arriman a la ciudad de Tunja los está esperando: «todos los pueblos claman por la libertad y desean con ansia la salida del ejército de Casanare», le indica Francisco de Paula Santander a Bolívar¹. Puesto que ambas percepciones en su momento tenían asidero, ¿qué hizo posible este giro en la actitud de las gentes de la provincia de Tunja? Este texto acude a tres perspectivas para tratar de comprender lo sucedido durante aquel intento de restauración monárquica.

Primeramente me ocupo de situar la experiencia revolucionaria precedente, sin la cual no puede ser entendida la Reconquista española. La Corona mediante sus comisionados militares a la Costa Firme deseaba borrar las novedades institucionales, intelectuales y sociales creadas en aquel periodo que consideraba infausto y anárquico. A priori el proyecto tenía buenas posibilidades de triunfar, pues a comienzos de 1816 parte de la población estaba exasperada por los sacudimientos y las exacciones de los republicanos, de ahí que muchos ansiaran el restablecimiento del viejo orden y se comprometieran de diversas formas con las nuevas autoridades. Incluso en los revolucionarios había cierto pesimismo respecto a la posibilidad de construir un orden distinto al monárquico. No obstante, la situación forjada por varios años de cambios abruptos iría a ser un factor determinante en las posibilidades de éxito del proyecto restaurador, más allá incluso de lo que pudieran pensar unos y otros actores de la disputa.

En segundo lugar examino las sinsalidas a que se vieron confrontadas en la provincia unas autoridades que se pretendían paternas y temperadas, a imagen del monarca que las enviaba y les procuraba su legitimidad. Las dificultades para obrar bajo tales principios no tu-

¹ Oficio de Pablo Morillo al secretario de guerra, Ocaña, marzo 30 de 1816, en Antonio RODRÍGUEZ VILLA (ed.): *El teniente general don Pablo Morillo*, t. 3, Madrid, Establecimiento tipográfico de Fortanet, 1908, p. 150; oficio de Francisco de Paula Santander a Bolívar, Tame, junio 1º de 1819, en Ernesto RESTREPO (dir.): *Archivo Santander*, t. 2, Bogotá, Águila Negra editorial, 1914, p. 149.

vieron que ver solamente con la mentalidad y las fatigas de los reconquistadores sino también con los recursos materiales de que pudieron disponer, todo lo cual condujo a que las huestes del monarca incumplieran la promesa de tranquilidad y de concordia con que habían arribado.

En tercer lugar analizo la “pacificación” a partir de las reacciones de la población, observando cómo en sus inicios encontró respaldo en un sector significativo de ella, pero cómo también la situación calamitosa producida por los castigos y contribuciones hizo que tanto los rebeldes de los Llanos como el pasado republicano fueran vistos con creciente indulgencia. Muestro de qué modo ciertos grupos de habitantes tomaron distancia, abierta o subrepticamente, respecto a las medidas y los cánones impuestos por los realistas, lo cual conlleva una mirada a las formas de pervivencia de la Revolución y a los modos de articulación de algunos descontentos con la resistencia militar organizada en los Llanos de Casanare.

Uno de los objetivos de este texto es examinar las posibilidades de triunfo de la Reconquista,² dados los presupuestos con que fue puesta en marcha y las expectativas y experiencias propias de los habitantes. El estudio de este periodo en la provincia de Tunja tiene interés en la medida que, siendo este el campo de los combates que en 1819 permitieron el triunfo patriota en Nueva Granada, nos aproximamos así a la iniciativa militar desplegada por los líderes rebeldes venezolanos y neogranadinos. Pero antes que los avatares militares me interesa la sociedad que se ilusionó con el retorno del orden monárquico abatido pero se desengañó hasta abrazar aquella república que tantas angustias le había prodigado.

He usado el término Reconquista para referirme a este periodo. Esta escogencia exige una precisión para la cual tomo como punto de referencia un texto de Daniel Gutiérrez en el cual propone abandonar aquella designación en favor del término “Restauración”.³ En orden a justificar su propuesta él observa que la designación de Reconquista dada al periodo post-revolucionario neogranadino tiene como fundamento una simplificación interesada por parte del relato patriótico el cual redujo los actores de los sucesos a unos sanguinarios “españoles” y unos ponderados y ultrajados patriotas. Apenas cesaban aquellos combates y ya quedaba establecida una generalización abusiva que hacía de las etapas y regiones más asoladas por la represión lealista, así como de las autoridades más inclementes del nuevo gobierno, una generalidad presuntamente comprensiva de aquel momento. En vista de las evidencias, llama a reconocer que tal interpretación dista mucho de ofrecer un cuadro verosímil de lo sucedido. A los ojos de Gutiérrez la denominación de Reconquista queda así invalidada y propone sustituirla por Restauración, que tendría la virtud de ser menos sesgada y de vincular los eventos de la

² Entre los libros consagrados al periodo, vale la pena destacar: Juan FRIEDE: *La otra verdad: la independencia de América vista por los españoles*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1972; Rebecca EARLE: *España y la independencia de Colombia, 1810-1825*, Bogotá, Universidad de los Andes / Banco de la República, 2014; Justo CUÑO: *El retorno del Rey: el restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821)*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2008; Daniel GUTIÉRREZ: *La Restauración en la Nueva Granada (1815-1819)*, Bogotá, Universidad Externado, 2016. A nivel regional el único texto es el de Nicolás GARCÍA SAMUDIO: *La reconquista de Boyacá en 1816*, Tunja, Imprenta del Departamento, 1916.

³ Daniel GUTIÉRREZ: *La Restauración en la Nueva Granada...*, pp. 37-68.

Nueva Granada al marco más amplio de los sucesos europeos derivados de la caída de Napoleón.

La validez de sus críticas, la riqueza de su información y la conveniencia del debate que propone no obstan para que el canje que propone resulte desventajoso. Poner el foco en Europa y en las restauraciones suscitadas por la derrota de Bonaparte para entender el momento posterior a la Revolución Neogranadina empobrece su comprensión antes que enriquecerla, y por añadidura sin abandonar el sesgo político, lo cual se le endilga a quienes usan el término Reconquista. Este término tiene todos los inconvenientes que le señala Daniel Gutiérrez, pues comporta la exageración patriótica de los desmanes realistas, pero privilegiar las restauraciones europeas y el concepto de Restauración es reñir con la lógica de los acontecimientos neogranadinos, y en gran medida americanos. Las restauraciones europeas —particularmente la española— ayudan a entender cuestiones como la arremetida fernandina en 1815, pero ¿cómo ignorar que por varios años los revolucionarios habían estado peleando en muchos terrenos justamente para cambiar la perspectiva de los acontecimientos: para hacer de América el centro de los acontecimientos americanos? Los hechos de los rebeldes fueron mucho más significativos que la voluntad de un monarca, por más poderoso que este hubiera sido, y en realidad no lo era tanto. Hay, pues, algo esencialmente pertinente en el enfoque sintetizado en la idea de Reconquista, y es que se trata de una mirada lanzada desde un conglomerado de sujetos que de manera legítima y materialmente eficaz había estado reclamándose como un conjunto político distinto a la monarquía española. En otras palabras, la pretensión restauradora no es lanzada sobre una sociedad sumisa al canon monárquico y a la autoridad de la Corona, sino que esta ambiciona la obediencia de un mundo cuyos grupos sociales más decisivos han dado pasos resueltos para convertirse en otra nación y para regirse por el canon democrático. La Restauración, por lo tanto, no fue desde el comienzo sino una *tentativa de restauración monárquica*. Ese carácter intrínsecamente conflictivo de aquella empresa, que tiene frente a sí no solo a los rebeldes neogranadinos y venezolanos sino a una sociedad trastornada por la experiencia revolucionaria, lo puede captar mejor el concepto de Reconquista. No descarto, sin embargo, que puedan existir términos más adecuados para designar ese momento y esa experiencia política de los neogranadinos.

La provincia y la Revolución

A comienzos del siglo XIX Tunja era una provincia más bien secundaria para la corona española en términos fiscales, a diferencia de Antioquia o Popayán, y además carecía de la relevancia militar y comercial de otras, como Cartagena. De hecho en 1795 había visto reducidos considerablemente su estatus y su territorio, parte del cual le había sido cedido al Socorro.⁴ Sin embargo, al momento de la Revolución seguía siendo la provincia con el mayor número de

⁴ Archivo General de la Nación —en adelante AGN—, Sección Colonia, Poblaciones de Boyacá, t. 1bis, ff. 512-519.

núcleos de población en la Nueva Granada, contando con 2 ciudades (Tunja y Muzo), 1 villa (Leiva) y 8 partidos (Sogamoso, Paipa, Chita, Turmequé, Gámeza, Sáchica, Tenza y Chivatá), que reunían 41 parroquias y 50 pueblos. En términos demográficos igualmente sobresalía en el conjunto neogranadino, pues las autoridades virreinales calcularon hacia 1779 en unas ciento cincuenta mil las personas de esta jurisdicción.⁵ No obstante, la capital provincial era pequeña, con sus cerca de cuatro mil habitantes.

La inmensa mayoría de la población provincial estaba consagrada a las labores agrícolas y al pastoreo, siendo exigua la actividad minera —explotación de sal en Chita, en el extremo norte, o de esmeraldas en Muzo, aunque no por eso la población allí dejaba de ser rural— y poco activo el comercio. Tampoco existía un número considerable de artesanos u otro tipo de trabajadores especializados, como lo muestran una serie de informes locales del año 1806.⁶ Los habitantes eran básicamente mestizos, pues desde mucho tiempo atrás la población indígena había menguado notablemente, mientras que los esclavos siempre habían sido poco significativos en términos numéricos.⁷ La estructura social de la provincia era, pues, bastante sencilla, con una mayoría de mestizos pobres ligados al mundo rural y pueblerino y una delgada capa de notables con acceso a la educación y a ciertas formas de reconocimiento social, aunque no muy gratificados con bienes de fortuna material, en comparación con otras provincias.

Esta, en rasgos muy toscos, es la provincia que entra en ebullición con los sacudimientos que son generales a la monarquía española a partir de 1808.

En el momento inicial de la Revolución sus habitantes manifestaron y celebraron su adhesión al rey y a la nación española como lo hicieron por doquier los demás súbditos peninsulares y americanos. Por tanto llevaron a cabo en la ciudad de Tunja los actos de jura y proclamación de Fernando 7^o, y los más acaudalados hicieron donativos para apoyar la resistencia a los franceses en la metrópoli.⁸ Esta actitud irá cambiando con el transcurso de los meses, de modo que a mediados de 1810 comienza a observarse cierta pugnacidad de los regidores del cabildo tunjano con el corregidor, a propósito del reconocimiento del Consejo de Regencia, lo cual muestra la conexión de aquellos notables con los novadores de Santafé en medio del clima de tensión y de dudas alimentado por la cuestión del poder monárquico y de la legitimidad de quienes pretendían en la península gobernar en su nombre.⁹ Dichas tensiones cristalizaron en la creación de una junta en la capital provincial a finales de julio de 1810 —otras dos poblaciones de esta jurisdicción también formaron gobiernos disidentes—, la cual encarceló al teniente de

⁵ AGN, Sección Colonia, Censos varios departamentos, t. 6, f. 261r.

⁶ Informes de los pueblos de la provincia de Tunja dirigidos a Vicente Talledo, comisionado del virrey, abril de 1806, en Archivo Regional de Boyacá —en adelante ARB—, Fondo Archivo Histórico de Tunja, t. 451, ff. 459-462; t. 452, ff. 46-47, 50-105, 124-142, 160-163, 393-394; t. 454, ff. 2-4; t. 455, ff. 81-82.

⁷ AGN, Sección Colonia, Censos varios departamentos, t. 6, f. 261r; Diana BONNETT: *Tierra y comunidad: un problema irresuelto*, Bogotá, ICANH, 2002, especialmente pp. 165-168.

⁸ Actas del cabildo de Tunja, en ARB, Fondo Cabildo, t. 44, ff. 54r-55r, 61r-79r.

⁹ Actas del Cabildo de Tunja, junio de 1810, en ARB, Fondo Cabildo, t. 44, ff. 162r-164v.

corregidor y se puso en contacto con las nuevas autoridades santafereñas a la espera de que fueran concertadas las condiciones para la reorganización política del Reino.¹⁰

A partir de este momento la provincia se verá inmersa en los sobresaltos revolucionarios. Estos se expresaron, por un lado, en los tortuosos procesos de desagregación y articulación provincial en los que diversas localidades se negaron a reconocer la capitalidad de Tunja, mientras desde la cuestionada capital se efectuaban angustiosos esfuerzos por impedir que la provincia se desvaneciera. Tal dinámica estuvo fuertemente vinculada a la recomposición del conjunto neogranadino en la que de igual modo la antigua capital virreinal pugnó por mantener un predominio que las demás provincias solo estuvieron dispuestas a reconocerle con muchas reticencias.¹¹ Pero las agitaciones revolucionarias también fueron consustanciales a los desafíos que le fueron planteados al régimen monárquico, de modo que nuevas ideas, expectativas, lenguajes e instituciones vinieron a aparecer como el canon que debía articular la vida social y el orden político. Una expresión importante de este nuevo horizonte de expectativas —impulsado por un segmento reducido de la población pero de efectos graves para la vida de todos— fue la promulgación, en diciembre de 1811, de la primera constitución nítidamente republicana en Nueva Granada, y una de las primeras de este carácter en el mundo hispanoamericano.¹² Los choques entre las provincias condujeron así mismo a hacer de Tunja el centro del antiguo virreinato entre los años 1812 y 1814, en la medida que la ciudad, y la villa de Leiva, albergaron el Congreso de las Provincias de la Nueva Granada, desde donde se realizó una intensa labor intelectual y se desarrolló la frágil aunque fecunda labor gubernativa de las autoridades federales.¹³ Con todo esto, en la provincia de Tunja la Revolución Neogranadina fue mucho más que escaramuzas militares o forcejeos entre pueblos y provincias. Entrañó importantes consecuencias que vale la pena conocer aunque sea sumariamente. En primer lugar, la Revolución significó una diversificación de los centros de actividad y de decisión provincial. Durante el periodo monárquico la ciudad de Tunja había sido, sin disputas, el eje de todos los ámbitos de la vida “regional” merced a que allí residían el corregidor y los funcionarios principales y a que su cabildo disponía de jurisdicción sobre las poblaciones, no solo en los asuntos judiciales y económicos sino también en lo relativo al nombramiento de las autoridades locales. Con la Revolución, al tiempo que en Santafé fue cuestionada la autoridad del virrey y que a su turno las provincias cuestionaron la primacía de la antigua capital neogranadina, así mismo diversos pueblos de la provincia se levantaron contra la preponderancia tunjana. Así, dos poblaciones de importancia mediana (Sogamoso y Soatá) erigieron juntas disidentes en reacción a la instaurada en Tunja a mediados de 1810, se declararon autónomas y trazaron un plan de alianzas con otras provin-

¹⁰ “Tunja Julio 31”, *El Argos Americano*, n° 1, septiembre 17 de 1810, Cartagena.

¹¹ Daniel GUTIÉRREZ: *Un nuevo reino. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada, 1808-1816*, Bogotá, Universidad Externado, 2010.

¹² *Constitución de la República de Tunja*, Santafé de Bogotá, Imprenta de D. Bruno Espinosa, 1811.

¹³ No se cuenta con un estudio de la labor gubernativa del Congreso de las Provincias Unidas. Sus trabajos pueden verse en la documentación recogida por José Manuel Restrepo, particularmente en el fondo 1 del archivo histórico que lleva su nombre.

cias. El desafío no se detuvo aquí sino que se amplió cuando en el curso de los dos siguientes años las principales localidades cambiaron su estatus y se incorporaron a otras provincias, decisión que desvaneció el poder de la capital y puso a la provincia al borde de su disolución.¹⁴ En adelante, la ciudad de Tunja ya no tendrá la indiscutible potestad de dictar por sí sola las normas a las demás poblaciones y grupos de influencia, ni podrá pretender la posesión de las riendas de los acontecimientos.

En segundo lugar, con la Revolución Neogranadina es que Tunja empieza a forjarse una existencia como provincia o conjunto particular en el marco neogranadino. Durante el periodo monárquico, al igual que las demás, la provincia había sido algo bastante informe, poco más que una designación administrativa a la que tal vez ni siquiera sus notables se sentían ligados por un sentimiento de pertenencia y que además nada distinguía respecto a las demás del Nuevo Reino. La rudeza que alcanzó la disputa con Cundinamarca por la desagregación de diversos pueblos, y a la inversa, el acercamiento a otras provincias como el Socorro o Casanare para obtener su alianza, pero así mismo la definición de unas normas constitucionales, la necesidad de obrar autónomamente en el Congreso de las Provincias Unidas, los ajetreos de la guerra y la construcción de la enemistad con la antigua metrópoli contribuyeron a que los tunjanos empezaran a dotarse de un cierto sentimiento común. Que empezaran a fabricar una idea compartida de sí mismos, nutrida de ciertos liderazgos y factores materiales y simbólicos que construyeron pequeñas diferencias respecto a otros conjuntos político-administrativos neogranadinos.¹⁵

Este impulso de un sentimiento provincial estuvo ligado también al fuerte incremento en la movilidad de las personas que tuvo lugar con la Revolución Neogranadina, en contraste con su escasa circulación durante los tiempos anteriores, hacia otras provincias, hacia el exterior y entre las localidades de la comarca. Por un lado, se produjo una importante movilización de militares, primero, de la provincia del Socorro, que acudieron a mediados de 1811 a sumarse a los preparativos de defensa ante Santafé, luego, a comienzos del año siguiente hicieron presencia los militares de Cundinamarca que invadieron el territorio tunjano, y más tarde arribaron los oficiales venezolanos encabezados por Simón Bolívar, convocados por el Congreso de las Provincias Unidas para someter a la antigua capital virreinal.¹⁶ Al mismo tiempo se produjo la

¹⁴ Jorge Tadeo LOZANO (comp.): *Documentos importantes sobre las negociaciones que tiene pendiente el Estado de Cundinamarca para que se divida el Reyno en departamentos*, Santafé de Bogotá, Imprenta Real de D. Bruno Espinosa de los Monteros, 1811; Antonio NARIÑO: *Documentos relativos al manifiesto del Presidente del Estado de Cundinamarca*, Santafé de Bogotá, Imprenta del Sol, 1812.

¹⁵ Entre otros documentos, véanse Armando MARTÍNEZ, Isidro VANEGAS y Daniel GUTIÉRREZ (comps.): *Joaquín Camacho: de lector ilustrado a publicista republicano (1807-1815)*, Bogotá, Universidad Externado, 2011; y los documentos relativos a la estancia de las tropas del Socorro en Tunja, noviembre de 1811, en AGN, SAA, Historia, t. 12, ff. 598-611.

¹⁶ Informe de los militares socorranos a su gobierno, Tunja, julio 19 de 1811, en AGN, SAA, Historia, t. 12, ff. 561-564; Miguel MONTALVO: "Extracto del diario remitido por D. Miguel Montalvo, de la ruta y progresos de nuestra tercera expedición al Norte, hasta su entrada a Tunja", *Gazeta Ministerial de Cundinamarca*, n° 60, julio 9 de 1812, Santafé de Bogotá; carta de Luis López Méndez a Andrés Bello, no-

conscripción y vinculación de hombres a las actividades militares a una escala inédita. Pero la movilidad de civiles, aunque mucho menor en cantidad fue igualmente importante, sobre todo en razón de las actividades del Congreso de las Provincias Unidas, que hizo pasar por la ciudad y los pueblos comarcanos no solo a los diputados y a los funcionarios sino también a muchos sujetos en busca de ocupación o de trámite para sus reclamos. Con esas gentes que transitaron las tierras provinciales circularon bienes, ideas, problemas, expectativas que en una u otra medida marcaron el espíritu de los tunjanos.

La Revolución, en cuarto lugar, acarreó una transformación significativa del notablato provincial. No en el sentido de que la antigua y minúscula “élite” tunjana, cuya fuente de influencia había sido el cabildo, hubiera sido desplazada, sino en razón de que los intervinientes en los asuntos públicos fueron en adelante muchos más, y sus rasgos menos homogéneos. Es instructivo al respecto que el Colegio Constituyente de 1811 hubiera contado con 87 diputados de la mayor parte de las localidades, incluso las más modestas, cuando el cabildo tunjano había sido hasta este momento asunto exclusivo de un puñado de personas, y de un número de familias aún menor.¹⁷ Muchos de estos sujetos que entraron a tomar parte en la vida pública no pertenecían al notablato, como sucedió particularmente con los curas, en su mayoría de mediana posición social y anteriormente confinados a asuntos estrictamente locales. De los eclesiásticos —unos 250 en total en la provincia, según los cálculos de 1779— una parte significativa jugó un rol importante en la Revolución como actores políticos, particularmente a favor de los cambios, aunque no pocos de ellos intervinieron en defensa del monarca.¹⁸

Estas transformaciones que acabo de indicar tuvieron su origen en el completo cambio que la Revolución Neogranadina operó en los fundamentos políticos al ser abandonado el canon monárquico, proceso que es preciso comprender a la escala de la monarquía española pero sobre todo de la Nueva Granada. También en esta provincia observamos una desvalorización de la numinosidad del antiguo poder, observable de modos muy diversos, como en la importancia concedida a la carta constitucional en tanto que fundamento del orden, en los atentados a la antigua jerarquía gubernativa e incluso a la figura regia, en el rechazo a permanecer en la corona española y la consecuente apuesta por la construcción nacional.¹⁹ Atisban así nuevos patrones del orden social, como el que es posible observar con el desvanecimiento del carácter natural de la desigualdad, fenómeno que puede verse en el auge de la designación de ciudadano que se

viembre 14 de 1814, en Miguel Luis AMUNÁTEGUI: *Vida de don Andrés Bello*, Santiago de Chile, impreso por Pedro G. Ramírez, 1882, p. 131.

¹⁷ *Constitución de la República de Tunja...*, pp. 57-60.

¹⁸ AGN, Sección Colonia, Censos varios departamentos, t. 6, f. 261r; Diego Antonio DE CAICEDO, José Pastor GAVILÁN y Manuel DE CHINCHILLA: “Estado actual de la Ciudad y Provincia de Tunja”, agosto 14 de 1816, Tunja, en AGN, SAA, Gobierno, t. 29, ff. 947-950.

¹⁹ No existe una sola investigación seria sobre el periodo revolucionario en esta provincia. Algunos documentos que permiten observar lo enunciado son: Proceso de Juan Nepomuceno Gómez y su mujer contra Joaquín Leal, en ARB, Fondo Archivo Histórico de Tunja, t. 474, ff. 108r, 113r; “Declaración de independencia de la provincia de Tunja”, 1813, en AGN, Archivo Academia Colombiana de Historia, Colección Camilo Torres, caja 2, carp. 5, ff. 19-22; documentos de uno de los acusados de atentar contra el retrato regio, 1817, en AGN, SAA, Justicia, t. 26, ff. 525-530.

da, particularmente desde 1812, como lo constatan diversos documentos y lo refiere, sin duda exagerando, un sujeto anónimo en 1815: «El que haya transitado por Casanare, Pamplona, Socorro, y Tunja habrá observado, que no hay un solo habitante de estas Provincias, por pobre y abatido que esté, que no dé este tratamiento notándose en su semblante la alegría y cierto orgullo agradable, cuando sus labios pronuncian la voz *Ciudadano*».²⁰

La sociedad provincial asistió, pues, a la aparición de la política, en el sentido de competencia permanente por la representación, la cual trajo consigo un largo listado de novedades que irían a alterar la vida de todos los miembros de la sociedad provincial. Aparecen nuevas instituciones jurídicas, formas enteramente inéditas de lucha por el poder, una diversidad de formas de participación al tiempo que por vez primera circula una profusa cantidad de papeles públicos y de prensa, y en la provincia se instala una imprenta. Con esto emerge la escena pública: hombres públicos, discusiones públicas, papeles públicos, enjuiciamiento abierto y constante a los gobernantes.

La ilusión y la promesa de la reconquista

La Revolución Neogranadina había ofrecido la inquietud, el cambio, el trastorno del viejo orden considerado aciago. Cumplió su promesa y de ahí que un publicista cartagenero aludiera en 1814 a «unas revoluciones tempestuosas, en que todos miden sus operaciones con la ansiedad».²¹ Por eso mismo, la reconquista prometió la antítesis: recuperar el antiguo orden, la tranquilidad, la seguridad de que todo, ideas, cosas, hombres, volverían al tranquilizador estado en el que cada uno conoce su lugar. Los reconquistadores, que entraron a la capital provincial en los primeros días de mayo de 1816, indicaron explícitamente que harían retornar la paz a estos países díscolos; que en nombre del rey español doblegarían a aquellos «hombres malos, e infames revoltosos» que en los seis años anteriores le habían arrebatado la tranquilidad a estos ingenuos súbditos. «Las tropas del Rey en todos los puntos y direcciones vienen a introducir la Paz en vuestro suelo», le anunció a los tunjanos un jefe militar.²² La empresa no era simplemente coercitiva, por lo que una de las primeras preocupaciones de las nuevas autoridades fue la reinstalación del monarca, símbolo y regla del orden social, para lo cual procedieron a indicarle al cabildo los términos en que debía ser jurado Fernando 7º, ceremonia que se realizó en la capital provincial y en la villa de Leiva el 30 de mayo, aunque también se llevaron a cabo actos similares en otras localidades.²³

Entre los tunjanos una parte debió recibir aquellas tropas con temor, tratándose de quienes se habían movilizado directamente a favor de la revolución o de sus allegados, aunque un número

²⁰ «Carta de un patriota residente en esta Ciudad al Editor», *El Republicano*, n° 31, diciembre 10 de 1815, Tunja.

²¹ «Prospecto», *Década Miscelánea de Cartagena*, n° 1, septiembre 29 de 1814.

²² «Habitantes de la Provincia de Tunja», Santafé de Bogotá, Imprenta de D. B. E. por Nicomedes Lora, 1816.

²³ Ulises ROJAS: «La Provincia de Tunja de 1816 a 1820», *Repertorio boyacense*, 6:56 (1920), pp. 423-424.

considerable de implicados se había retirado con los soldados patriotas a los Llanos. Una porción numéricamente mayor de pobladores debió sentir cuando menos alivio, pues ansiaban recuperar el sosiego y el orden, dado que la Revolución les había impuesto enormes sacrificios: requerimiento de bienes materiales, conscripción de multitud de hombres, ejercicio de formas inéditas de violencia, incertidumbre emocional. Esta actitud se había visto ya en la zona nororiental de la provincia, particularmente en los pueblos de Chita y el Cocuy, donde a fines de 1815, cuando llegaron las tropas del coronel Calzada, los habitantes les hicieron saber su descontento y cansancio con las novedades políticas, procediendo a jurarle obediencia al rey y a denunciar a los agentes de las autoridades rebeldes. «Los hombres se presentaban a porfía a echarse de nuevo las cadenas», contó con amargura un revolucionario.²⁴ En la misma zona, los propios indígenas de Boavita recordarán el rápido y amplio entusiasmo con que ayudaron a Morillo y sus soldados con víveres, caballos, dinero y trabajo personal.²⁵

Pero el apoyo inicial no fue solo de los indios. A pocos meses de que los realistas hubieran tomado el control de la provincia, el corregidor de Gámeza notificó que la población de su jurisdicción contribuía con buena voluntad a lo que les demandaban las autoridades. Tal era la actitud que correspondía, dijo, a la gratitud que sentían por la liberación «del peso insoportable de un Gobierno tirano, y opresor, respirando ya afortunadamente el aire de nuestra verdadera libertad, bajo la sombra, y protección de nuestro Gobierno legítimo dedicado a cumplir con las benéficas intenciones de nuestro Soberano».²⁶ Esas benéficas intenciones que el corregidor le reconocía al monarca se compaginaban perfectamente con el castigo de quienes, con su compromiso revolucionario, habían insultado aquel augusto poder. Se les aplicaron una diversidad de penas que dependieron de la gravedad de la transgresión, del estado del acusado, de la habilidad para defenderse, entre otros factores. Castigos pecuniarios, pérdida del empleo, destierro, enrolamiento en los ejércitos reales, encarcelamiento, ajusticiamiento.

Las autoridades realistas implementaron en primer lugar los castigos pecuniarios. Una modalidad consistió en embargar, luego de ser inventariados, los bienes de los sujetos que no habían logrado vindicar su lealismo, para lo cual fue creada muy rápidamente una Junta de Secuestros en Tunja, la cual envió comisionados a los diferentes partidos de la provincia. La consigna que se les dio fue la de adelantar la confiscación con la máxima severidad, para lo cual dieron una lista taxativa de objetos embargables que muestra aquella crudeza: «Ganado, Ovejas, Caballos, Mulas, Arroz, Garbanzos, Papas, Trigos, Harinas, Maíz, y demás Legumbres; Lienzos, Mantas, Frazadas, Bayetas, Piel de corderos, Gallinas, Pollos, y finalmente todo lo que se pueda cargar, excepto las fincas raíces, de las cuales darán igualmente una cuenta exacta de las que queden de su cargo».²⁷ Por otro lado, se recurrió a las multas, siendo así castigados en

²⁴ Sin título, *Gazeta de Santafé, Capital del Nuevo Reino de Granada*, n° 3, junio 27 de 1816, pp. 20-21.

²⁵ Representación de los indios de Boavita, febrero 13 de 1818, en AGN, Colonia, Tributos, t. 22, ff. 547-571.

²⁶ Oficio del corregidor de Gámeza, agosto 31 de 1816, en AGN, SAA, Historia, t. 21, f. 379r.

²⁷ Actas de la junta de secuestros, Tunja, mayo 21 de 1816, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 495, ff. 284-287.

los primeros meses de la Reconquista unos 68 sujetos, quienes se vieron precisados a entregar un total de 22.410 pesos.²⁸ Además de estos castigos pecuniarios diversos acusados fueron gravados también con el monto de las sanciones de que habían sido agentes cobradores durante la Revolución, según las solicitudes hechas en tal sentido por los agraviados con ellas.²⁹

También fue sancionado un número importante de sujetos con diversas penas de prisión o destierro, castigo este que se aplicó especialmente a los curas acusados de infidencia.³⁰ No obstante, fueron sobre todo los ajusticiamientos los que causaron sobresalto entre las gentes de la provincia. En los primeros meses del nuevo gobierno fueron sometidos al último suplicio cerca de 12 individuos originarios de la provincia, algunos de ellos connotados líderes de la Revolución y el gobierno, tratándose de una represión que con indulgencia podría ser calificada como selectiva.³¹ Con los meses y la persistencia de los desafíos a la autoridad, la punición se haría cada vez más cruda. Así, un segundo momento de represión sangrienta tuvo lugar a finales de 1817 cuando se buscó escarmentar en forma extensiva a la población de la zona suroccidental de la jurisdicción tunjana, en los límites con la provincia de Santafé, donde algunos insurgentes habían llevado a cabo acciones militares contra las tropas del rey. Allí estas fusilaron en el lapso de dos meses a unos 60 hombres y mujeres, casi todos humildes labriegos que de alguna manera habían apoyado o se habían vinculado a una fugaz rebelión armada dirigida por un par de hermanos originarios de la lejana región de Cúcuta.³² Al final del periodo, cuando los ejércitos patriotas arribaron al altiplano, la sangre de los rebeldes fue derramada simplemente para alentar a los soldados del rey, como lo reconoció el 10 de julio de 1819 su mismo comandante:

Se han hecho muchos prisioneros, y entre ellos varios oficiales que se han conocido por los despachos que traían del célebre Bolívar, pero todos fueron muertos en el momento en que llegaban a nuestras filas, sin que pudiera yo evitarlo. Es verdad que no me opuse y aun lo consentí, pues la clase de soldados que tenemos necesita ensangrentarlos [sic] para enardecerlos.³³

²⁸ Relación de las multas impuestas por los tribunales de purificación, provincia de Tunja, abril 30 de 1817, en AGN, SAA, Guerra y Marina, t. 150, ff. 159-162.

²⁹ Véase, por ejemplo, la autorización que en enero de 1817 recibe María Isabel Samaniego para embarcar los bienes de los “insurgentes” que le habían causado perjuicios (ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 495, f. 553r).

³⁰ Guillermo HERNÁNDEZ (comp.): “Documentos inéditos: sumarias de los procesos seguidos contra los clérigos patriotas (Archivo Nacional de Madrid, Consejos, Legajo 21364, Santafé, año 1817)”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 49:573-574 (1962), pp. 345-436.

³¹ Sobre estos fusilamientos, *Relación de los principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reyno de Granada, que después de formados sus procesos, y vistos detenidamente en el consejo de guerra permanente, han sufrido por sus delitos la pena capital en la forma que se expresa*, Santafé de Bogotá, Imprenta del Gobierno, 1816.

³² Oswaldo DÍAZ: *Los Almeida*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1962, especialmente pp. 291-294.

³³ Oficio del coronel Barreiro al virrey Sámano, Tópaga, en Alberto LEE (comp.): *Los ejércitos del rey 1818-1819*, t. 2, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1989, p. 261.

Incluso la primera ola de ejecuciones de los realistas resultaba inusual y desproporcionada en comparación con los seis años de la conmoción revolucionaria,³⁴ tiempo durante el cual en la provincia no hubo sino un puñado de víctimas fatales entre los lealistas o los acusados de serlo. Estos crímenes en su inmensa mayoría, además, habían sido ejecutados en noviembre de 1814 por las tropas venezolanas llamadas por el Congreso de las Provincias Unidas para someter a Cundinamarca. Esta modalidad de castigo y de concepción del antagonismo, por añadidura, no había encontrado casi defensores entre los neogranadinos, reacios a la crudeza de la guerra a muerte.³⁵ Es dable pensar, por lo tanto, que los habitantes de la provincia se conmocionaron con aquella brutalidad de las nuevas autoridades, aunque en su momento no pudieron repudiarla públicamente.

He indicado los castigos aplicados a quienes se sindicó de enemigos pero quizá fueron las contribuciones exigidas al conjunto de la población lo que más indispuso a esta con las autoridades. Para tener un conocimiento de ellas no hay un testimonio más autorizado que el del capitán y gobernador de la provincia, Lucas González, en el oficio que le escribió al virrey Sámano en enero de 1818. El documento, además, tiene la virtud de mostrar una cara distinta de un oficial que apenas conocemos como agente sanguinario de la pacificación. Muestra a un militar apegado a sus responsabilidades pero agobiado por los sufrimientos de los habitantes de la provincia de Tunja, sometidos a exigencias abrumadoras durante el transcurso del nuevo gobierno:

Cada día lamento más mi suerte al observar las infelicidades que rodean a los habitantes de esta Provincia y por instantes se aumenta mi cruel dolor que insensiblemente destruye mi existencia: son indudables en todo el Reino los grandes sufrimientos de estos vecinos que solo la conocida subordinación los obliga a un perpetuo silencio en el que se contemplan en el mayor desconsuelo, pues en mí no hallan una protección que mire por sus dilatados padecimientos.

En el mismo oficio indicó, además, que la provincia de Tunja, por su proximidad a los Llanos —donde se concentraban los rebeldes— y por ser un cruce de caminos entre la Nueva Granada y Venezuela, se vio obligada a asumir la satisfacción de las necesidades de unas tropas muy cuantiosas en comparación con sus pobres recursos. Dichas tropas, según González, en ciertos momentos llegaron a constar de unos cuatro mil hombres, además de sus caballerías, lo que hacía especialmente gravosa la situación de aquellos habitantes. De hecho, indicó consternado, los almacenes para el ejército que debieron formarse fueron abastecidos casi exclusiva-

³⁴ Daniel Gutiérrez ha subrayado, con razón, la parquedad de la violencia durante las primeras repúblicas y cómo esto contrastó fuertemente con la violencia del periodo de la Reconquista. Daniel GUTIÉRREZ: *La Restauración en la Nueva Granada...*, pp. 69-102.

³⁵ No se sabe muy bien el número de los ejecutados en noviembre de 1814: los textos aluden a 9, 8, 6 y 3 víctimas fatales. Una de estas versiones en "Cartas desde Jamaica de Don José González Llorente", *Boletín de Historia y Antigüedades*, 77:770 (1990), pp. 606-607. Sobre otra víctima, en Chita, véase acta del consejo de guerra, diciembre 27 de 1816, en AGN, SAA, Historia, t. 21, ff. 635-636.

mente por la población de la jurisdicción de Tunja, lo cual había significado que entre Chiquinquirá, Leiva y Tunja hubieran tenido que aportar hasta ese momento unas doscientas mil raciones. Esto sin contar las que se debieron cubrir para los constantes destacamentos que se dirigían a los Llanos, especialmente hacia Morcote y Paya. Más aún, se condolió de los 500 o 600 maleteros que se necesitaban para hacer cada uno de los envíos de víveres a Chita, Chire y Pore, tarea en la cual gastaban meses sin recibir remuneración alguna. De balde y durante más de un año el exgobernador Arce había exigido previamente a más de un centenar de personas servir como sastres y zapateros en una maestranza, a quienes apenas les había asegurado la subsistencia. En suma, y de acuerdo con González, los habitantes de la provincia se hallaban prácticamente en situación de mendicidad. De ahí su presentimiento, expresado sutilmente: la población había sido gravada de tal manera y empobrecida tan drásticamente que cuando las tropas del rey tuvieran que volcarse a combatir en los Llanos no podría esperarse de ella el apoyo que era imprescindible para triunfar.³⁶

Sobre el terreno, otro militar hizo la misma constatación del gobernador González en febrero de 1818: los pueblos «casi no aguantan a sostener la tropa» realista.³⁷ Y en octubre de este mismo año el coronel Barreiro reconoció que algunos alcaldes y comisionados «hostilizan demasiado a sus vecinos, apremiándolos para los pagos de los continuos repartos que sufren para la sostención [sic] de las Tropas».³⁸

Los militares, por supuesto, no fueron los únicos en percatarse del empobrecimiento de la población. Cuatro meses después de iniciado el gobierno de la pacificación en la provincia, algunas voces, al parecer aisladas, se refirieron al «estado miserable en que se van viendo los Pueblos».³⁹ Y en julio de 1817 el procurador del cabildo de Tunja advirtió tímidamente acerca de las desmedidas imposiciones: «los Pueblos de esta jurisdicción, están consternados y llenos de confusión, por las exacciones que han sufrido no solo para raciones, sino de otras cosas».⁴⁰ Los indios mismos, tan ponderados, y parte de ellos muy lealistas, hicieron saber que habían llegado al límite de sus posibilidades de contribuir. En marzo de 1817 los naturales de Gámeza le solicitaron al virrey, por intermedio del cura, que no les fuera cobrado el tributo del año anterior en razón de sus notorios aportes en bienes y trabajo personal a las tropas del rey, del cual eran, según expresaron, sumamente adictos. Idéntica solicitud y por los mismos motivos hicieron, un mes después, indios de Guachetá y Lenguazaque, y, un año más tarde los de Boavita.⁴¹ Las

³⁶ Oficio del gobernador de la provincia, Lucas González, al virrey Sámano, Sogamoso, enero 19 de 1818, en AGN, SAA, Guerra y Marina, t. 158, ff. 95-99.

³⁷ Oficio de Simón Muñoz a Sámano, Guateque, febrero 6 de 1818, en Real Academia de la Historia, Madrid —en adelante RAH—, sig. 9/7665, leg. 22, c), f. 687r.

³⁸ Oficio de Barreiro a Morillo, Tunja, octubre 21 de 1818, en RAH, sig. 9/7666, leg. 23, a), f. 90.

³⁹ Oficio del administrador de la renta de aguardiente, Tunja, septiembre 23 de 1816, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 496, f. 396.

⁴⁰ Oficio del procurador interino del cabildo de Tunja, julio 9 de 1818, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 500, f. 583rv.

⁴¹ Representación de los indios de Gámeza, marzo 18 de 1817, en AGN, Colonia, Caciques e indios, t. 32, f. 65rv; documentos de abril 30 de 1817, en AGN, Colonia, Caciques e indios, t. 32, ff. 68-69, representación de los indios de Boavita, febrero 13 de 1818, en AGN, Colonia, Tributos, t. 22, ff. 547-571.

autoridades realistas, con la amplitud y la dureza de las contribuciones que impuso a una población ya empobrecida por la Revolución terminaron castigando incluso a grupos de población que habían mostrado entusiasmo por la nueva situación.

Entre esas exacciones generalizadas, el reclutamiento intensivo no fue sino una de las formas de apropiación de las personas, los bienes y el trabajo. Gran parte de los varones fueron absorbidos indiscriminadamente por el ejército, como lo vemos en la notificación que le hace un comandante militar al cabildo de Tunja para que le encuentre reemplazo a un sujeto designado como alcalde partidario del pueblo de Upía, dado que es el «único Carpintero que hay en todo este territorio; y en las circunstancias presentes lo necesito, para la construcción de puentes, Balsas, y otros trabajos muy urgentes».⁴² Esta apropiación de las personas a gran escala tal vez pudo conducir a una penuria de hombres aptos para las labores gubernativas corrientes, como se entrevé en enero de 1817 cuando el cabildo de Tunja coloca de alcalde de la santa hermandad a un joven de apenas 16 años.⁴³ Y más importante aún, hizo escasear la mano de obra disponible para la agricultura, con el consecuente abandono de los campos y el encarecimiento de los víveres.

En este periodo, pues, toda la sociedad provincial fue obligada a ponerse al servicio de las tareas militares, de modo que la vida civil, ordinaria, se contrajo notablemente. Expresión de ello fue la transformación del gobierno civil de la provincia, que ahora no fue más que un apéndice del ejército, administrando las contribuciones destinadas a las tropas. Los gobernadores fueron fugaces y el cargo mismo se desvalorizó completamente, pues la provincia tuvo al menos 13 gobernadores en los 38 meses de la Reconquista, de modo que en promedio cada uno ejerció menos de tres meses.⁴⁴ Los gobernadores y los mandos militares permitieron que el cabildo continuara ejerciendo sus funciones habituales —judiciales, de policía, de regulación económica—, aun cuando en sus actuaciones se nota una cautela temerosa, inexistente en los años anteriores, encargándole, además, la molesta tarea de organizador —reticente muchas veces— del cobro de las continuas y exorbitantes contribuciones exigidas a la población. En este rol suplicó en diversas ocasiones para que fueran reducidas las cargas y trató de hacerles ver a los jefes militares la situación desesperada de los pobladores.⁴⁵

Inercias, apoyos y resistencias

Resulta difícil conocer la actitud de la población respecto al orden instaurado durante el intento de restauración monárquica puesto que las posibilidades de expresión libre se redujeron drásticamente en esos treinta y ocho meses. La provincia fue privada de imprenta y la palabra

⁴² Oficio de Ignacio Castillo, Upía, enero 1 de 1817, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 496, f. 545rv.

⁴³ Representación de María Ignacia Ortiz, enero 4 de 1817, en Actas del cabildo de Tunja, Biblioteca Luis Ángel Arango, MSS693 045, sin foliar.

⁴⁴ Ulises ROJAS: "La Provincia de Tunja de 1816 a 1820", pp. 434-435.

⁴⁵ ARB, Archivo Histórico de Tunja, tomos 497 a 504; Ulises ROJAS: "La Provincia de Tunja de 1816 a 1820", pp. 423-435.

pública impresa quedó restringida a las autoridades virreinales, deseosas de que la sociedad guardara un completo silencio en los asuntos públicos. La restricción de lo impreso estuvo acompañada de una supresión de los espacios públicos de discusión, y también fue notorio el empobrecimiento de los intercambios privados, cautelosos como debían estar todos de no pasar por desafectos. Según las autoridades, las intervenciones y querellas en la escena pública eran expresión de los pasados desvaríos revolucionarios, los cuales era preciso curar. Durante la Revolución, por contraste, en la provincia habían sido publicados dos periódicos, se habían impreso decenas de papeles públicos y había circulado un número aún mayor de todo tipo de impresos, tanto neogranadino como extranjero. En aquella escena pública tan dinámica respecto a los viejos tiempos, muchos sujetos habían podido dar expresión a sus sentimientos políticos pero también a sus asuntos personales.

Ya he indicado que la reconquista gozó de simpatías inicialmente, notorias en particular entre ciertos grupos de indígenas, pero vale la pena señalar que si por ahora no podemos trazar un mapa confiable de los alineamientos con uno y otro bando, es indudable que el nuevo poder siguió teniendo apoyos durante todo el periodo. Incluso a mediados de 1819 el jefe militar de la provincia encuentra muchos vecinos en la zona de operaciones cercana a Paipa, «que nos suministran toda clase de servicios, que abandonan sus casas y familias por huir de los rebeldes y que se unen conmigo y siguen la suerte de las tropas». ⁴⁶ Seguramente en otras áreas las autoridades gozaron de apoyos similares pero carecemos de documentos que permitan ver esa actitud en detalle. Poseemos más información de las formas que revistió el desafecto, y no debido a la selectividad documental de quienes terminaron venciendo sino a la acuciosidad de la justicia y de los militares realistas contra los agentes de la desobediencia.

Pudo haber una tenue forma de resistencia —quizá fue simple piedad— en la favorabilidad de diversos testimonios de los primeros meses de la Reconquista respecto a algunos sujetos comprometidos con la Revolución. Así, en diversos procesos parece como si el acusado lograra o tuviera la benevolencia de los testigos, o que estos no desearan ayudar a las autoridades a proponer los castigos tan severos que les veían usar contra antiguos amigos o funcionarios de la Revolución. Es el caso de quienes testifican sobre la actuación de Diego Gómez, de quien varios deponentes dijeron que «siempre fue del Partido del Rey y que nunca le gustaba la Independencia». Aunque no hubiera sido un adalid de la independencia, cuesta trabajo definir como un constante lealista a quien había encabezado la lista de firmantes del acta de creación de la Junta de la Provincia de Tunja en 1810, había sido diputado en la convención que redactó la Constitución provincial, había figurado en el Colegio Electoral y Representativo firmante de la independencia de la provincia, había ayudado en la administración del periódico del Congreso, había sido coronel de milicias en 1814 y comandante militar de un cantón. ⁴⁷ Al igual que en este caso, la madre de otro acusado, Mariano Díaz, que había sido uno de los más activos líderes

⁴⁶ Oficio del coronel Barreiro al virrey Sámano, Paipa, julio 19 de 1819, en Alberto LEE, (comp.): op. cit., t. 2, p. 322.

⁴⁷ Documentos sobre Diego Gómez, Tunja, agosto de 1816, en AGN, SAA, Historia, t. 21, ff. 596-607.

rebeldes en Sogamoso, reunió testimonios que aseguraron que su hijo no había contribuido en nada a las novedades revolucionarias.⁴⁸ También logró salir bien librado de las averiguaciones de las autoridades Francisco Lasprilla, que había sido muy activo políticamente en Sogamoso y quien desde el periodo juntista de 1810 había liderado las movilizaciones de esa población contra la capital provincial. Uno de los deponentes en la indagación dirá de Lasprilla que «siempre le ha oído opinar a favor del Rey» y que el sistema que siguió fue el de los realistas, lo cual no deja de ser una reconstrucción sorprendente de la actitud del acusado.⁴⁹

Aparte de esta lenidad, y aunque no parece haber sido algo común, en algunos pueblos hubo una especie de censura social contra los denunciantes de los revolucionarios, como lo vemos en julio de 1816 en el pueblo de Gámeza. Allí dos personas se quejaron de que el vecindario los culpaba de acusar al cura, al corregidor y a otro sujeto de “insurgentes”, motivo por el cual no solo tenían dificultades para recaudar la renta de aguardiente sino que a uno de ellos, una mujer, le habían hecho una asonada en la que le saquearon sus bienes.⁵⁰

Tratándose de formas de resistencia más directas encontramos que en diciembre de 1816 el cura de la localidad de Santa Rosa denuncia que por allí «el número de desertores, y prófugos Insurgentes, es considerable», lo cual sugiere que el desafío a las autoridades, al menos en esta zona y sin duda como algo desarticulado, se produjo rápidamente.⁵¹ Una resistencia, difusa igualmente, pero tal vez más amplia, pudo darse en rechazo a la dureza de las exacciones, actitud que se deja ver sobre todo en las zonas menos controladas o menos obedientes, donde alcaldes desprovistos de un acompañamiento coercitivo debían vérselas con poblaciones particularmente empobrecidas. A comienzos de 1817, por ejemplo, uno de los sujetos encargados de recoger en la parroquia de Pueblo Viejo las raciones ordenadas desde Tunja contó cómo a él, que acompañaba en dicha tarea al alcalde, algunos vecinos lo «trataron malísimamente, sin atender que era orden de Su Majestad».⁵² En casos de falta de obediencia como este es probable que estuviera involucrado el cura del lugar, pues, como lo lamentó el general Morillo en septiembre de 1817, las nuevas autoridades no habían anulado del todo la capacidad de seducción, de generación de inquietudes, que tenían los antiguos rebeldes, particularmente los curas, a quienes, dice, desafortunadamente se les permitió establecerse donde quisieron.⁵³

En cuanto a la resistencia abierta, los casos fueron haciéndose más sistemáticos, más amplios geográficamente y más ligados a las actividades de los patriotas de los Llanos, donde para mediados de 1817 los ejércitos del rey «casi diariamente se están batiendo con los rebel-

⁴⁸ Información acerca de Mariano Díaz, Sogamoso, agosto de 1816, en AGN, SAA, Historia, t. 21, ff. 371-376.

⁴⁹ Expediente contra Francisco Lasprilla, julio 6 de 1816, en AGN, Colonia, Virreyes, t. 10, ff. 440-443.

⁵⁰ Representación de dos vecinos de Gámeza, julio 22 de 1816, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 495, ff. 556-558.

⁵¹ Representación de Rafael Rodríguez de Lago, Santa Rosa, diciembre 24 de 1816, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 496, ff. 528, 531.

⁵² Representación de José Antonio Pérez, enero 1 de 1817, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 496, f. 545rv.

⁵³ Oficio de Pablo Morillo al ministro de la guerra, La Guaira, septiembre 13 de 1817, en Antonio RODRÍGUEZ VILLA (ed.): *op. cit.*, t. 3, pp. 444-445.

des», como lo indicó el general Morillo. Esto hizo que gran parte de los esfuerzos y preocupaciones de los militares enviados por la Corona a Nueva Granada se concentraran en la provincia de Tunja, que constituía el área primordial de acceso a aquella zona.⁵⁴

El primer caso conocido tuvo lugar a finales de 1817, cuando los hermanos Almeida, tras su fuga de una cárcel de Santafé, y por un breve tiempo, convirtieron una pequeña zona de las poblaciones limítrofes entre las provincias de Tunja y Santafé (Chocontá, Manta, Gachetá, Chipazaque, Tibirita, La Capilla, Machetá, Tenza) en su centro de actividades militares contra el ejército real. En la gestación de este levantamiento estuvieron comprometidos un par de sujetos de la provincia, uno de ellos un humilde soldado del pueblo de Turmequé, que intentó seducir a algunos soldados en Santafé, pero en las escaramuzas iría a involucrarse un número considerable de personas. La respuesta de las autoridades fue particularmente dura, haciendo varias decenas de muertos, lo cual tal vez alimentó la aversión de los pobladores de esa zona hacia los realistas.⁵⁵ Tras este se produjeron otros brotes subversivos, dispersos pero amenazantes. En julio de 1818 fueron denunciadas las actividades subversivas de algunos habitantes de la población de Guateque, las cuales incluían la realización de bailes.⁵⁶ En octubre de este mismo año fueron denunciados «algunos vecinos de la provincia y curas que tienen correspondencia con los enemigos» de los Llanos.⁵⁷ Y en este mismo mes se produjo un caso más significativo, puesto que una carta interceptada a los rebeldes mostraba que en la importante población de Sogamoso se tejía una red significativa de apoyo a las guerrillas del piedemonte.⁵⁸ Tres meses después fue aprehendido un cura insurgente en la zona que da a los Llanos, y también una treintena de hombres, parte de los cuales en distintas poblaciones de la provincia, como Pesca, Pueblo viejo, Miraflores, Ramiriquí, Garagoa, Sotaquirá, Turmequé y Tunja.⁵⁹ El involucramiento de la población con las fuerzas patriotas de los Llanos se había ido ampliando de manera inquietante. Esta confluencia entre la población y las fuerzas rebeldes no hizo más que reforzarse con la respuesta de las autoridades, que endurecieron su talante represivo y su distanciamiento con las gentes a medida que entre estas se ampliaban las expresiones de irrespeto y a medida que se confirmaba la inminencia de la ofensiva militar de los patriotas. De esta forma, en junio de 1819 el coronel Barreiro pintó una situación alarmante de orden público en la provincia, pues según él se había instalado una violencia difusa que destruía la tranquilidad. Según expresó, los agentes de esa violencia, «son auxiliados y encubiertos por los pueblos; estos no toman un interés en perseguirlos y muchos curas párrocos, que debían auxiliar a las tropas en la cimentación del sosiego en sus feligresías, son los primeros que contribuyen al desorden auxiliando descarada-

⁵⁴ Oficio de Morillo, noviembre 1 de 1817, en Antonio RODRÍGUEZ VILLA (ed.): *op. cit.*, t. 3, p. 451.

⁵⁵ Documentos relativos a las actividades subversivas de los Almeida, Santafé de Bogotá, agosto de 1817, en AGN, SAA, Historia, t. 22, ff. 479-660; Oswaldo DÍAZ: *op. cit.*

⁵⁶ Documentos relativos a movimientos subversivos en Guateque, Santafé, julio de 1818, en AGN, SAA, Historia, t. 24, ff. 90-93, 293, 309-310.

⁵⁷ Oficio del coronel Barreiro, Tunja, octubre 16 de 1818, en Alberto LEE (comp.): *op. cit.*, t. 1, pp. 69-70.

⁵⁸ Oficio del capitán de Cazadores, Manuel Melián, al gobernador de la provincia del Socorro, octubre 21 de 1818, en *Ibidem*, t. 1, pp. 81-82.

⁵⁹ Oficios del coronel Barreiro, Tunja, febrero 11 de 1819, en *Ibidem*, t. 1, pp. 241, 238-239.

mente a estos infames». En consecuencia, le propuso al virrey una serie de medidas para toda la Nueva Granada: trasladar algunos curas de conducta sospechosa; hacer que los gobernadores de las provincias cuidaran que la elección de alcaldes recayera en sujetos «adictos a la tranquilidad, empeñándolos y comprometiéndolos en la persecución de los malvados»; declarar «como traidor al rey a aquellos que abrigasen a los ladrones y desertores, o que, teniendo noticias de algunos de ellos, no diesen inmediatamente parte, cuyos delitos justificados debían ser juzgados en consejo de guerra ordinario». ⁶⁰ Este clima de ansiedad era también el resultado de que la ofensiva iniciada por los patriotas desde los Llanos resultaba por entonces conocida de manera generalizada, y su llegada esperada por muchos, como puede verse en las palabras de un sujeto que animado del licor dijo públicamente a mediados de junio en Chiquinquirá que en «quince, o veinte días estará aquí Bolívar con cuatrocientos hombres». ⁶¹

Aunque no eran movimientos coordinados desde el comando patriota del Casanare, los pequeños ataques, sabotajes y encubrimientos muestran que las autoridades instituidas habían ido perdiendo el control de la situación. A mediados de 1819 conservaban su preponderancia armada pero su autoridad en los pueblos de los márgenes provinciales era recusada por doquier. Además, el llamado de Barreiro a tomar medidas más drásticas contra los díscolos muestra que la estrategia de los fusilamientos y los apresamientos a gran escala puesta en práctica en algunos lugares no había dado los resultados apetecidos.

En el momento agónico de la Reconquista, cuando las tropas patriotas arriban al altiplano, el comandante militar de la provincia tratará de evaluar el alineamiento de los grupos sociales con los contendientes, al menos en estos momentos y en la zona por donde avanzan los rebeldes. Está seguro, por un lado, de que los curas en general han estado apoyando a los patriotas: la mayor parte, afirmó,

son sospechosos: unos por desear nuestro exterminio y el triunfo de los rebeldes y otros por ser verdaderos egoístas, que están al partido que más puede y por cuya razón huyen de cuanto les pueda comprometer, afectando todos con una hipocresía religiosa estar imbuidos en el culto de su ministerio y que desprecian las cosas mundanas [...] ni un solo cura de los pueblos ya ocupados o amenazados por los enemigos me ha comunicado la más pequeña noticia, no habiendo ni uno que no se haya quedado tranquilo en su pueblo obsequiando a los rebeldes.

También le adjudicó esta actitud a la mayor parte de los alcaldes. En cuanto a los vecinos, creía que sus simpatías estaban divididas pues muchos tenían una actitud similar a la de

⁶⁰ Oficio del coronel Barreiro al virrey Sámano, Tunja, junio 8 de 1819, en *Ibíd.*, t. 2, pp. 123-124. El nerviosismo de Barreiro es tal que al día siguiente vuelve a constatar cómo las autoridades locales carecen de entusiasmo para perseguir a los delincuentes (Oficio al virrey, Tunja, junio 9 de 1819, en Alberto LEE (comp.): *op. cit.*, t. 2, p. 127).

⁶¹ Documentos relativos a las indagaciones en contra de Miguel Cubides, Chiquinquirá, junio 13 de 1819, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 504, ff. 479-480.

los curas pero muchos otros ayudaban a los realistas y seguían la suerte de sus tropas. A los indígenas, en cambio, los colocó nítidamente de su lado.⁶² Estos apuntes, elaborados en medio de una gran tensión, seguramente revelan elementos de la situación. Muestran, entre otras cosas, cómo los realistas no perdieron enteramente el apoyo de la población ni siquiera en el momento de su enfrentamiento militar a gran escala con los patriotas, a mediados de 1819.

Evaluar en qué medida las sensibilidades que eventualmente habían adquirido las gentes de la provincia durante la Revolución Neogranadina pudieron incidir en la derrota del proyecto restaurador resulta problemático aunque es una cuestión decisiva. Como he indicado, es difícil aproximarse a los pensamientos y las actitudes espontáneas de las personas durante este periodo en razón de la drástica reducción de los mecanismos públicos y privados de expresión. Aún así, es posible captar la pervivencia de ciertos aprendizajes políticos del periodo revolucionario. Algo de eso asoma en el procedimiento de elección de los alcaldes de Chiquinquirá a finales de 1816, que parece algo distinto al que solía emplearse precedentemente. Parece como si algo de la experiencia eleccionaria de la Revolución se trasluciera en la manera de proceder de los chiquinquireños. En primer lugar, en una población como esa, dependiente del cabildo de Tunja, los alcaldes salientes enviaban una terna al dicho cabildo cabeza de la jurisdicción el cual hacía la escogencia y se la pasaba al corregidor para su confirmación; pero en la instancia inicial esa escogencia era una potestad de los alcaldes salientes y para nada se mezclaban los vecinos, como vino a suceder ahora. En donde sí había un proceso de elección era en los cabildos, pero allí la renovación se hacía por cooptación del cuerpo y no por elección: los postulados iban siendo presentados mediante el anuncio de sus nombres en voz alta, y no mediante el método de votos secretos y de jarra que pasaron a usar en Chiquinquirá. Además, eligieron a Miguel de Silva, que había estado preso bajo la acusación de haber tomado parte en actividades revolucionarias.⁶³ Más reveladoras, tal vez, de la impronta de la Revolución sobre la sensibilidad de los habitantes de la provincia son la fuerza y la amplitud con que retorna el lenguaje republicano, particularmente el trato de “ciudadano”, término inequívocamente igualitario y que había estado proscrito. Tan pronto triunfan en el altiplano los patriotas y sin que estos hubieran podido forjar cambios en este terreno, no es otro el lenguaje que sale a relucir por doquier. Lo usan quizá con más ardor algunas mujeres, en las cuales recayeron mayormente los esfuerzos por reparar el patrimonio y el buen nombre de sus familias. En Sogamoso, por ejemplo, la “ciudadana Juana Plaza” pide una mejor ubicación para su marido, que es militar, mientras que la “ciudadana” María Gracia Peña busca que su marido sea reconocido como buen patriota.⁶⁴

Si es difícil captar el conjunto de las pervivencias de la Revolución y su incidencia, es menos arduo aprehender el rol de la precariedad de la monarquía y de sus recursos en la derrota del

⁶² Oficios del coronel Barreiro al virrey Sámano, Tópaga y Paipa, julio 12 y 19 de 1819, en Alberto LEE (comp.): op. cit., t. 2, pp. 278, 262, 321-322.

⁶³ Acta de la reunión de autoridades y vecinos de Chiquinquirá, diciembre 24 de 1816, en ARB, Archivo Histórico de Tunja, t. 496, f. 536.

⁶⁴ Representación de Juana Plaza, agosto 27 de 1819, en AGN, SAA, Historia, t. 26, ff. 584-588; solicitud de María Gracia Peña, septiembre de 1819, en AGN, SAA, Historia, t. 26, f. 630r.

proyecto restaurador. Es bien sabida, por lo demás, la flaqueza presupuestal de la expedición comandada por Morillo. Esta se hizo más angustiosa a comienzos de 1819, como se subrayó el comandante de las tropas en la provincia, Barreiro, al virrey: los oficiales carecían «absolutamente de todo socorro» y a la tropa no se le había podido suministrar «ni un solo cuartillo». Las privaciones de los soldados eran tales que los jefes habían debido incluso contraer préstamos que les eran reclamados continuamente, pero ni aún eso bastaba, «pues los más se hallan muy mal vestidos». La situación se hacía más grave, añadía, porque «todas las tropas de la división que mantienen la tranquilidad del reino, son criollos» y «estos hombres no están en el servicio del rey por amor que tengan a su real persona, sino por el mejor trato que reciben; y con la confianza de que son bien recibidos entre los rebeldes, se unirán a ellos, tanto por experimentar otra suerte que les puede parecer mejor, cuanto por aproximarse a su país». ⁶⁵ Esa languidez de los recursos es fundamental, además, para comprender la escala de las exacciones a que fue sometida la población, y las consecuencias que eso tuvo.

La precariedad de los medios simbólicos desplegados por la monarquía no fue menos aguda ni decisiva. Las autoridades del periodo postrevolucionario utilizaron diversos medios para tratar de borrar la rebeldía del espíritu de la población provincial. Restituyeron los símbolos regios, difundieron los papeles del gobierno e hicieron que los pueblos se suscribieran obligatoriamente a la *Gazeta* realista, y, sobre todo, le encargaron a los curas la tarea de reacreditar el orden monárquico. ⁶⁶ Es difícil valorar la eficacia de esta política pero diversos elementos permiten ver que las autoridades no tuvieron mucho tiempo, ni recursos, ni interés en la faceta dúctil y discursiva de la regeneración que le habían prometido a los pueblos. La coerción, en todas sus formas, fue el mecanismo principal de la pacificación. No era eso lo que esperaban quienes habían aguardado los tranquilos tiempos de antaño.

Consideraciones finales

«¡Oh Pueblos de la Provincia de Tunja! Cuánto contribuyeron vuestros generosos esfuerzos para efectuar esta transformación, que ha dado la salud a la República», exclamó Francisco de Paula Santander. ⁶⁷ Pensaba sobre todo en los momentos finales de la marcha militar desde los Llanos pero se puede agregar que la contribución de esos pueblos fue crucial, no solo por las vidas, los esfuerzos y los recursos materiales que entregaron, sino también porque le confirmaron a las maltrechas huestes republicanas que habían tenido sentido las penalidades y que estaba sellada la enemistad esencial con los españoles y con el rey.

⁶⁵ Oficio del coronel Barreiro al virrey Sámano, Sogamoso, marzo 23 de 1819, en Alberto LEE (comp.): op. cit., t. 2, pp. 31-32.

⁶⁶ Sobre la suscripción a la *Gazeta*, véase la representación de los indios de Boavita, febrero 13 de 1818, en AGN, Colonia, Tributos, t. 22, f. 549rv.

⁶⁷ Francisco de Paula SANTANDER: *El General Simón Bolívar en la campaña de la Nueva Granada de 1819*, Bogotá, Imprenta del C. B. E. por el C. Nicomedes Lora, 1820, pp. 4-5.

El triunfo de los patriotas se debió en notable medida a sus aciertos militares, a su intrepidez y su organización. Pero hubiera sido imposible sin los desaciertos de los agentes del intento de restauración y las limitaciones presupuestales y mentales del monarca. En la provincia de Tunja fue particularmente visible cómo las fuerzas del rey no pudieron dejar de ser un gobierno de la excepcionalidad, cómo se limitaron a ser un ejército de ocupación. Terminaron por ello siendo vistos como aquello que buscaron negar: como reconquistadores. Es seguro que así lo vio desde el inicio el pequeño sector social comprometido intensamente con los cambios revolucionarios, y es plausible pensar que así terminó por verlo el grueso de la población sometida a la exacción sistemática y sin ninguna posibilidad de rechazar en el espacio público esa condición de vencidos. Así, como una reconquista, terminaron por verla tal vez incluso algunos jefes militares realistas, conscientes de la sinsalida en que estaban, al no poderle dar a los tunjanos un tratamiento que no fuera el de sujetos derrotados que debían aprovisionarlos.

Las limitaciones presupuestales de la Corona contribuyeron a hacer improbable el éxito de la reconquista en la medida que el sostenimiento de las tropas reales recayó en una población empobrecida que había esperado no este generalizado expolio sino el apacible gobierno de los tiempos viejos, en el que se pagaban tributos pero no se era empobrecido sistemáticamente. Junto a las novedades incoadas por la Revolución en el espíritu de las gentes, esta situación contribuyó a la profundización de la percepción de los españoles como enemigos y como una población que les era esencialmente ajena.

En fin, la Reconquista vindicó por antítesis a la república: desacreditó profundamente a la monarquía y al monarca, sobre todo entre el común de la población. Durante las primeras repúblicas ese descrédito había sido más bien intelectual y en buena medida restringido a los hombres más involucrados en política. Ahora el rey no podía ser asociado sino a sufrimientos generalizados que ayudarían a darle consistencia a un vínculo común de carácter inédito.

La Restauración en la Nueva España: Guerra, cambios de régimen y militarización entre 1814 y 1820

The Restoration in New Spain: War, Regime Changes and Militarization in New Spain, 1814-1820

Rodrigo Moreno Gutiérrez

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

rodrigo.moreno@unam.mx

Resumen: Este artículo aborda un conjunto de fenómenos históricos que tuvieron lugar en la Nueva España durante el periodo de la restauración absolutista. El texto busca recuperar la complejidad de la etapa que transcurrió entre la llegada de las noticias del restablecimiento de Fernando VII como monarca absoluto en 1814 y la nueva puesta en marcha del régimen constitucional en 1820. Entre otros objetivos, se propone analizar el impacto de la pretendida vuelta al antiguo régimen en términos de la estructura política y militar. Al efecto, primero se analizan las particularidades de la restauración novohispana y las vicisitudes del conflicto en esos años. De esta forma, el artículo recupera la decadencia y la fragmentación de la insurgencia a partir de la caída de su líder más visible, el cura José María Morelos, y problematiza las arbitrariedades y ambigüedades que trajo consigo la abolición del régimen constitucional y las implicaciones políticas, militares e incluso fiscales que ocasionó la Restauración absolutista emprendida por el virrey Félix María Calleja. En segunda instancia se examina el significativo caso oaxaqueño como uno de los pocos pero reveladores ejemplos novohispanos de genuina reconquista militar seguida de la problemática y relativa anulación de constitucionalismo gaditano, escenario que ofrece interesantes casos de “veletismo” político y manipulaciones tendientes a la segregación de grupos y comunidades enteras. Por último se revisan tres ámbitos emblemáticos del periodo en cuestión para evaluar las políticas de la guerra: la instrumentación de los indultos como uno de los fenómenos más representativos de la continuidad entre las gestiones de los virreyes Calleja y su sucesor Juan Ruiz de Apodaca; el militarismo de los gobiernos provinciales y de las estructuras de control territorial como consecuencias palpables de la prolongación del conflicto independentista; así como el crecimiento de las milicias de realistas, cuerpos en los se puede analizar con mayor claridad la creciente militarización de la sociedad novohispana.

Palabras clave: Independencia de México, restauración absolutista, militarización, Constitución de Cádiz, contrainsurgencia.

Abstract: This article deals with a set of historical phenomena located in New Spain during the period of the absolutist restoration. The text is aimed to expose the complexity of the events that occurred between the arrival of the news of the restoration of Ferdinand VII as an absolute monarch in 1814 and the new implementation of the constitutional regime in 1820. Among other objectives, the present study aims to analyze the impact of the return to the Ancien Régime envisioned by Ferdinand VII in terms of the political and military structure. To this end, we will first consider the particularities of the New Spain restoration and the vicissitudes of the conflict in those years. In this way, the article reviews the decline and fragmentation of the insurgency after the fall of its most visible leader, priest José María Morelos, and problematizes the arbitrariness and ambiguities caused by the abolition of the constitutional regime and the political, military and financial implications that produced the absolutist restoration ordered by the viceroy Felix Maria Calleja. In second instance, the significant Oaxacan case is examined as one of the few but significant examples of genuine military reconquest followed by the problematic and relative abolition of Cadiz constitutionalism, a scenario that offers interesting cases of political opportunism and manipulations tending aiming at the segregation of groups and entire communities. Finally, the present article examines three emblematic problems of the period in question, which are re-viewed to evaluate the policies of the war: the implementation of the pardons as one of the most representative phenomena of continuity between the viceroys Calleja and his successor Juan Ruiz de Apodaca; the militarism of provincial governments and territorial control structures as tangible consequences of the prolongation of the independence revolution and the growth of the “realistas” militias, the latter as a visible example of the increasing militarization of New Spain’s society.

Keywords: Independence of Mexico, absolutist restoration, militarization, Cadiz Constitution, counterinsurgency.

Para citar este artículo: Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ: “La restauración en la Nueva España: Guerra, cambios de régimen y militarización entre 1814 y 1820”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 100-125.

Recibido: 08/07/2018

Aprobado: 13/10/2018

La Restauración en la Nueva España: Guerra, cambios de régimen y militarización entre 1814 y 1820

Rodrigo Moreno Gutiérrez

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

rodrigo.moreno@unam.mx

En junio de 1820 los miembros del ayuntamiento propietario de la ciudad de México ofrecieron un elogioso balance de la gestión que desde 1816 había encabezado Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, como virrey de la Nueva España. El informe refería con entusiasmo que el gobierno de Apodaca había registrado en esos casi cuatro años 9.998 rebeldes muertos, más de 6.000 prisioneros y 35.000 indultados.¹ Las cifras, que coincidían en mucho con las que el propio virrey había remitido al gobierno metropolitano, proyectan la violencia y la crispación de unos años que la historiografía sobre el proceso independentista novohispano suele simplificar.

Asumido como un puente entre la insurgencia y la independencia, el periodo novohispano que corresponde al restablecimiento absolutista de Fernando VII se diluye del mismo modo que sus miles de muertos, prisioneros e indultados. Considerándola imprescindible para explicar no únicamente la llamada consumación de la independencia de México, sino también para entender la complejidad del proceso revolucionario en su conjunto, este artículo pretende visibilizar y restituir la capital importancia histórica de esa etapa que corre entre 1814 y 1820 a través del análisis de un conjunto de fenómenos políticos y militares que permitan medir el impacto de la Restauración en términos estructurales y en el contexto específico de la Nueva España en guerra. De esta manera, y en consonancia con las intenciones generales del dossier, las páginas siguientes recuperan el panorama novohispano de aquellos años atendiendo particularmente a la violencia política y militar contrarrevolucionaria, los mecanismos empleados y las políticas emprendidas para combatir y controlar a la insurgencia y, en esa medida, legitimar y consolidar el gobierno fidelista, el vínculo político con la metrópoli y la pertenencia a la monarquía española fernandina.

Con dicho propósito, en primera instancia parece necesario cuestionar la pertinencia del término Restauración para caracterizar, en sintonía con los tiempos metropolitanos, a la Nueva España de 1814 a 1820. El llamado parece oportuno toda vez que, en el contexto del restablecido absolutismo fernandista, la historiografía ha ubicado la conflictiva y paulatina recuperación del control español en amplias e importantes regiones sudamericanas que vieron caer sus res-

¹ Acta de la sesión del 19 de junio de 1820, México, en: Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF), *Ayuntamiento. Actas de Cabildo, Sesiones Ordinarias*, v. 139-A, f. 64v.

pectivos gobiernos patrióticos entre 1814 y 1816 para dar paso a etapas contrarrevolucionarias que, vigentes hasta los momentos de la fragua de los proyectos separatistas definitivos, han sido aludidas usualmente como reconquista o restauración. Casos emblemáticos como los de la Nueva Granada, Venezuela o Chile han permitido problematizar provechosamente las implicaciones de este periodo de reacomodo y radicalización.² En cambio, las peculiaridades de la revolución novohispana y los relatos que han pretendido dotarla de sentido parecen escapar a una categoría tan tajante.

Ello podría deberse por doble partida a la ausencia de prolongados y efectivos gobiernos independentistas (en contraste con las organizaciones patrióticas sudamericanas) y, en consecuencia, a la permanencia (a lo largo de la década revolucionaria) de las estructuras virreinales de poder y al mayoritario control territorial alcanzado durante todo el conflicto, particularmente materializado en el continuado dominio de la capital. No obstante, la coincidencia de dos fenómenos en el contexto novohispano de 1814-1815 permite trazar similitudes con los casos americanos más evidentes de restauración: por una parte la patente decadencia de la insurgencia políticamente organizada, expresada tanto en la contracción de su área de control cuanto en el fusilamiento de su líder más reconocido, el cura José María Morelos; y por otro lado la supresión en la Nueva España de las instituciones y los mecanismos emanados de la Constitución de Cádiz por disposición del rey Fernando VII, restablecido de manera absoluta en el trono de la monarquía española. Puesto en estos términos, en el caso novohispano bien podría hablarse incluso de una doble restauración: la del orden preconstitucional y la propiamente militar de la “reconquista” de espacios que habían caído bajo la dominación insurgente. Hablar de la Restauración (con mayúscula) podría resultar útil para subrayar, en el marco del proceso revolucionario independentista, la identificación de un periodo histórico concreto dotado de ciertas características que lo hacen diferenciable del resto y de las experiencias que este conllevó. Además el término no resulta anacrónico, pues la documentación oficial habló de la (feliz, gloriosa, deseada) restauración del rey, así como de la restauración de su dominio o de “reconquista” en términos militares. De igual modo, por cierto, se hablaría de la restauración constitucional en 1820, cuando Fernando VII fue obligado a jurar el código gaditano.

A pesar de la importancia de ese lustro para entender el desarrollo político, militar, económico, fiscal y social de la Nueva España revolucionada y postrera, contamos con muy pocos trabajos dedicados a la peculiar Restauración novohispana. Con muy diversas intenciones historiográficas, las obras aparecidas a lo largo del XIX mexicano dedicadas al proceso independentista no omitieron la etapa en cuestión, pero los relatos no fueron más allá de una secuencia más o menos fragmentada de enfrentamientos menores entre “realistas” e insurgentes.

² Daniel GUTIÉRREZ ARDILA: *La Restauración en la Nueva Granada (1815-1819)*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2019; Clément THIBAUD: *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, tr. Nicolás Suescún, Bogotá, Institut Français d'études andines, 2003, capítulo V; Juan Luis OSSA SANTA CRUZ, *Armies, Politics and Revolution. Chile, 1808-1826*, Liverpool, Liverpool University Press, 2014, pp. 50-81.

Debido a que estas obras —en muchos sentidos fundacionales— hablaron de “revolución”³ y se preocuparon preponderantemente de relatar *la* guerra de “liberación nacional”, lo ocurrido entre la muerte de Morelos y la consumación independentista no demandó mayores rememoraciones que aquellas relacionadas con los esfuerzos (militares) patrióticos.

Por fortuna, en años más recientes el periodo en cuestión ha sido revisitado. Me refiero concretamente al libro *El sexenio absolutista. Los últimos años insurgentes: Nueva España (1814-1820)* que coordinó José Antonio Serrano Ortega y en donde no solo se ofrece un balance de las escuetas aportaciones historiográficas previas, sino que deliberadamente se apuesta por valorar la trascendencia de la etapa en sí misma y en términos de sus circunstancias como determinantes de los fenómenos sociales, económicos y políticos del devenir decimonónico mexicano.⁴ Los capítulos del libro ahondan en diferentes aspectos de este “sexenio absolutista” novohispano, tales como el desgaste de la colaboración financiera y política de la jerarquía eclesiástica con el gobierno virreinal; el significativo debilitamiento del sistema inquisitorial; el fortalecimiento de la preeminencia regia frente a los ámbitos jurisdiccionales (gremios, señoríos), a la vez que la gradual disolución de la figura del monarca como juez supremo y como cohesionador del cuerpo de la monarquía; la autonomía de algunas corporaciones al socaire de la guerra e impulsada por regionalismos y descentralizaciones administrativas; y, en el ámbito de la insurgencia, la radicalización de sus posturas y el tipo de control perpetuado en algunas regiones.

Como salta a la vista las contribuciones son sustanciales y generosas. Heredero de la renovación historiográfica que ha analizado con profusión la cara política de las revoluciones independentistas y en particular todo lo relacionado con la Constitución de Cádiz, el libro asocia naturalmente la restauración absolutista novohispana al desmantelamiento del gaditanismo. Así queda puesto en evidencia un interesante contraste con los ejemplos sudamericanos de Reconquista, pues a diferencia de aquellos la restauración novohispana evoca la caída del régimen constitucional antes que la derrota de los gobiernos patrióticos.

Con todo, algunos fenómenos solo quedan tangencialmente referidos a lo largo de los estudios que integran *El sexenio absolutista*, como por ejemplo la instrumentación de la política de indultos; el acrecentamiento del poder de los militares como agentes de la restauración y como funcionarios confiables en una suerte de militarización de la estructura virreinal y, simultánea y hasta cierto punto paradójicamente, la descentralización militar en términos del control jurisdiccional de las provincias. Precisamente fenómenos de esta naturaleza son los que me interesa explorar en el presente estudio, de manera tal que se ponga de relieve la importancia del periodo en cuestión y el impacto de la restauración en la Nueva España en términos estructurales, trazando como ejes el arraigo de la cultura de guerra y el proceso de militarización en sus distintas acepciones, en completa concordancia con la historiografía que ha planteado la con-

³ El término “revolución” fue empleado con profusión durante el conflicto y en los primeros relatos historiográficos. Véase: Alfredo ÁVILA y Rodrigo MORENO: “El vértigo revolucionario. Nueva España, 1808-1821” en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, 5 (2008), pp. 99-125.

⁴ José Antonio SERRANO ORTEGA (coord.): *El Sexenio absolutista, los últimos años insurgentes: Nueva España (1814-1820)*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 2014.

veniencia de considerar a la novohispana como una cruenta guerra civil enmarcada en el proceso revolucionario hispánico de desintegración de la monarquía y surgimiento de los estados nacionales. Con estas miras, el artículo plantea en primera instancia una recuperación de las peculiaridades de la restauración en Nueva España y de las incidencias de la rebelión en este tiempo, para dar paso al análisis de las circunstancias e implicaciones de un caso concreto de “reconquista” (el oaxaqueño) y concluir, posteriormente, con la revisión de algunas políticas emprendidas en estos años, y en particular con el fenómeno de militarización como ámbitos particularmente reveladores de la complejidad de esta fase del proceso revolucionario.

Peculiaridades de la Restauración novohispana

A poco más de un año de haber asumido el gobierno de la Nueva España, el brigadier castellano Félix María Calleja hizo un balance de sus gestiones. En un gesto que ilustra la ambigüedad que caracterizó la puesta en marcha del sistema constitucional en Nueva España, Calleja, amparado en las atribuciones que “la nación” había puesto en sus manos, pero haciendo simultáneamente gala del anticonstitucional título de virrey, se dirigió a sus “ciudadanos” en junio de 1814. Desde su perspectiva, cuando tomó el gobierno, aquel levantamiento poco calculado de 1810 se había transformado en una rebelión frenética generalizada que obstruía la riqueza individual y aniquilaba la riqueza pública, multiplicando la insolvencia y diseminando la fuerza militar: «Apenas se podía contar con otra cosa que las capitales de las provincias, y aun una de ellas [Oaxaca], acaso la más pingüe, era ya absolutamente presa de los bandidos».⁵ En tal contexto habían comenzado a producirse las victorias sobre los rebeldes, así como la captura y ejecución de sus cabecillas y la implementación de estrategias militares exitosas para recuperar las poblaciones tomadas. El informe es sintomático en muchos sentidos. Con el orden constitucional vigente pero apenas referido como telón de fondo, Calleja exponía ahí los que para él eran los problemas más serios de la Nueva España, sin saber que un mes atrás Fernando VII ya había abolido en Valencia la Constitución Política de la Monarquía Española y con ella y tras ella todas sus instituciones. Pero el virrey (que, como se ha visto, nunca se resignó a abandonar tal dignidad) diseccionaba sus logros y sus metas en términos estrictamente militares y en función de los ritmos de la rebelión intestina. Ejecutados algunos de los principales líderes regionales y recuperadas zonas importantes, su gran obsesión tenía nombre propio: Morelos, «ese monstruo que pudo ahogarse en su nacimiento y que todos vimos nutrirse, crecer y engrosarse, apoderado de todo el país que corre desde Colima hasta Tehuantepec y desde Acapulco al Mexcala [*sic*]».

A pesar de un optimismo quizá forzado pero persuasivo, Calleja no podía ocultar la gravedad de la situación del reino. Sin escatimar encomios para los oficiales y tropa del ejército, así como para los cuerpos patrióticos, el virrey reconocía que la hacienda se encontraba exhausta y

⁵ [Manifiesto] “El virey de Nueva España don Félix María Calleja a sus habitantes”, México, 22 de junio de 1814, en Archivo General Militar de Madrid (AGMM), *Ultramar*, c. 5363, exp. 4, ff. 8-20.

describía en estado de “escasez absoluta” al gobierno. No obstante los esfuerzos realizados para recuperar comercio, cultivos y minas, anunciaba que tendría que seguir recurriendo a préstamos, contribuciones y arbitrios. En efecto, para 1814 la Nueva España sufría un acentuado decrecimiento productivo en los rubros más importantes, señaladamente agricultura y minería. Quizá sería exagerado hablar de parálisis económica, pero la fatal ecuación que toda guerra genera entre destrucción de unidades productivas y más manos sobre las armas y menos sobre los campos tenía en trance a las arcas virreinales que, naturalmente, demandaban con mayor presteza que nunca ingresos para satisfacer los crecientes gastos de guerra. Pero como bien se sabe, la pérdida de control en los caminos, la interrupción del tráfico comercial y la fragmentación de los mercados interiores redundaban en una menor producción, que se traducían necesariamente en una menor tributación.

Un buen indicio de los problemas monetarios de la Nueva España al mediar 1814 es la creciente acuñación de moneda de cobre,⁶ que en ese año sirvió incluso para pagar los sueldos y el *prest* de las fuerzas armadas generando gran descontento. También se instrumentó (en concordancia con la tendencia fiscal igualitarista y proporcional del liberalismo gaditano) la contribución directa sobre las utilidades, los sueldos y las rentas, pero con tan nefastos resultados que mejor se recurrió a elevar cuotas suplementarias en las alcabalas. Las presiones fiscales aumentaron cuando Calleja tuvo que exigir por mandato de las Cortes la recaudación de un gravamen del 10% sobre las fincas urbanas y sobre los conventos y, por otra parte, continuar solicitando robustísimos préstamos al consulado de comerciantes, cada vez más reacio a cooperar.⁷

Ese fue el escenario en que se recibió la noticia del decreto fernandino que obligaba a echar por la borda las obras de las Cortes gaditanas, «como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo». Aunque se recibieron noticias antes, el virrey anunció la execración real del liberalismo el 16 de agosto de 1814. Sin embargo, el decreto guardaba un margen de ambigüedad que provocó que el retorno al tiempo ido de 1808 fuera no solo relativo sino arbitrario, como relativa y arbitraria había sido la aplicación del código gaditano en la Nueva España. Incluso prevalecía la promesa de volver a convocar a Cortes y mantener, en esa medida, el sistema electoral o al menos su impulso. Lo cierto es que Calleja presionó para que las corporaciones reconocieran con celeridad y de manera pública y expedita a Fernando VII, libre no solo del cautiverio napoleónico, sino también de las ataduras constitucionales.

No contamos con registros de protestas por el fin del régimen constitucional, a excepción de aquellas que resonaron en los impresos insurgentes para deslegitimar los bandazos de las autoridades virreinales y, de paso, metropolitanas. Así, los más diestros propagandistas de la rebelión publicaron el inminente estallido de la guerra civil en España entre absolutistas y liberales y anunciaron los convenios entre Napoleón y Fernando VII para dejar en claro que el

⁶ José Enrique COVARRUBIAS: *La moneda de cobre en México, 1760-1842. Un problema administrativo*, México, UNAM - Instituto Mora, 2000, pp. 61-65.

⁷ Las medidas fiscales de este periodo son analizadas a detalle por Ernest SÁNCHEZ SANTIRÓ: *La imperiosa necesidad: crisis y colapso del Erario de Nueva España (1808-1821)*, México, Instituto Mora - El Colegio de Michoacán, 2016, pp. 297-311.

Borbón regresaba afrancesado. Para la insurgencia no había duda de que la única vía para evitar la opresión que las noticias europeas auguraban era la independencia absoluta. En contraste, las autoridades militares y eclesiásticas del reino se encargaron de difundir la efusividad de las celebraciones ocurridas a lo largo y a lo ancho de la Nueva España para festejar el retorno del rey. Desde entonces los papeles públicos y los partes militares dejaron de mentar la soberanía de la nación española y recuperaron la indiscutible soberanía del rey; los derechos dejaron de ser los de la nación y volvieron a la fuente de la incontrovertible voluntad del soberano.

No fue extraño aludir con felicidad a la nueva circunstancia del rey con los términos de “restauración” o “restitución”. Así como el ayuntamiento (todavía) constitucional de Iztacalco consignaba haber iluminado todo el pueblo, adornado todas las puertas y organizado una procesión con el busto del rey por la «restauración de nuestro católico monarca»;⁸ el obispo de Oaxaca Antonio Bergosa publicaba un larguísimo discurso en honor de la «restitución al trono de nuestro amado soberano»;⁹ y la villa de Aguayo mandaba publicar sus demostraciones de júbilo por la «restauración de Su Majestad al trono».¹⁰ Como estudia Melchor Campos para el caso yucateco, los ceremoniales de la restauración estaban cargados de una ritualidad tan fidelista como renovadora de los lazos que unían a los súbditos con el soberano. Al tiempo que se celebraban misas y procesiones, se destruían las lápidas constitucionales y circulaban folletos tan elogiosos con Fernando como denigratorios del código «infernal».¹¹ Las congratulatorias, las odas, los sermones circularon de manera mucho más estruendosa, homogénea y unívoca en sentido fidelista que aquellas expresiones que tímidamente afloraron en 1810 con posturas liberales. Ahora se exigía no solo la subordinación, sino también el sometimiento y la represión de aquellos que habían osado reducir la soberanía del rey cautivo. La libertad del rey era, en este sentido, la libertad del cuerpo político de la monarquía española (que no nación); la felicidad del rey, ya se sabía, era la felicidad de sus vasallos. Solo podían ser usurpadores aquellos «revolucionarios» que osaron alucinar y seducir incautos para establecer un «gobierno popular» infestado de «excesos democráticos».

Serrano Ortega explica con claridad las tensiones de la transición. Dado que el decreto de Valencia, a pesar de su aparente radicalismo absolutista, decía que debían conservarse en su estado las instituciones gaditanas en tanto no entorpecieran la administración del gobierno y de la justicia, Calleja pretendió controlar en la Nueva España los ritmos de la vuelta atrás.¹² Es por ello que, mientras para algunos actores políticos como los oidores de México, la orden valen-

⁸ “Oficio del ayuntamiento constitucional de Iztacalco”, en *Gaceta del Gobierno de México*, 5 de julio de 1814.

⁹ “Fiestas públicas por la restitución al trono de nuestro amado soberano el sr. D. Fernando 7º”, en *Suplemento a la Gaceta del Gobierno de México*, 1º de abril de 1815.

¹⁰ “Acta de la villa de Aguayo”, en *Gaceta del Gobierno de México*, 5 de diciembre de 1815.

¹¹ Melchor CAMPOS GARCÍA: “Del absolutismo regio a la monarquía constitucional. Destrucción ritual de soberanos y crisis del estoicismo político en Yucatán (1808-1820)”, en José Antonio SERRANO ORTEGA (coord.), op. cit., pp. 107-158.

¹² José Antonio SERRANO ORTEGA: “Las herencias ilustradas y gaditanas en tiempos del absolutismo. Nueva España (1814-1819)”, en Íd. (coord.), op. cit., pp. 198-200.

ciana era un retorno sin concesiones y daba pie a exigir la disolución de los ayuntamientos constitucionales porque, decían, usurpaban las funciones judiciales de las audiencias, Calleja en cambio permitió la permanencia de los municipios gaditanos, quizá para aminorar los ímpetus de los oidores. Así como en pos del bien común el virrey se había permitido suspender la libertad de imprenta durante el régimen constitucional, ahora pretendía reafirmar su preeminencia con el pretendido regreso al antiguo orden de cosas.

Pero una a una terminaron por desmantelarse casi todas las novedades institucionales del gaditanismo. Si tarde, torpe y parcialmente se habían instalado cuatro de las seis diputaciones provinciales previstas, todas dejaron de sesionar en 1814 por orden expresa. Algo semejante ocurrió con la libertad de imprenta (que, dicho sea de paso, ni siquiera se estaba observando), con los jefes políticos y, en noviembre, con los ayuntamientos constitucionales. A partir de ese momento debían restablecerse los ayuntamientos propietarios y las audiencias habrían de volver a conocer de las cuatro causas. Casos como los de San Luis Potosí, Zacatecas o Mérida muestran que dicho restablecimiento no fue inmediato, sino negociado y relativamente tardío, pero ocurrió.

También se restableció la Inquisición, abolida por las Cortes, que habían trasladado las labores del tribunal a manos episcopales; mas su funcionamiento habría de ser dificultoso durante el restablecimiento absolutista. Este hecho podría prevenir y disolver la creencia de que en el periodo que ahora nos compete todo ocurrió como Fernando quiso y como si en efecto se hubiera retomado el pulso de 1808. Sin recursos, sin personal y con su legitimidad erosionada y significativamente desprestigiada, el Santo Oficio fue entre 1815 y 1820 más bien pretencioso lustre político antes que efectividad judicial. Para Gabriel Torres Puga el tribunal se reconstituyó y fue actuante, pero el sistema inquisitorial —«esa red de obediencia y colaboración sin la cual el pequeño tribunal no podía tener la fuerza o efectividad de otras épocas»— nunca pudo volver a funcionar. Esos años rompieron la cooperación entre distintas instancias que, como las fuerzas armadas, no confiaron más en este tipo de judicialización eclesiástica para controlar a los pueblos. Otro tanto se podría decir de las autoridades civiles o políticas. Para Torres Puga la atrofia del sistema inquisitorial en este lustro tuvo que ver «con la dificultad de restaurar un principio de unidad y de autoridad en una sociedad y en una Iglesia que se habían dividido, simultáneamente, por una guerra y por una revolución constitucional».¹³ Hasta los jesuitas fueron restablecidos luego del decreto real del 29 de mayo de 1815, medida que fue ejecutada en Nueva España a lo largo de 1816 con la consecuente devolución de buena parte de sus bienes inmuebles.

El tributo, piedra de toque del antiguo régimen, enfrentó grandes escollos para ser restablecido, a pesar de las intenciones metropolitanas: los directos encargados de su recaudación (señaladamente los subdelegados pero también los intendentes) advirtieron al virrey los riesgos de reactivar su exacción en los pueblos de indios debido a que podría generar masivas adhesio-

¹³ Gabriel TORRES PUGA: "El último aliento de la inquisición de México (1815-1820)", en José Antonio SERRANO ORTEGA (coord.), op. cit., pp. 77-105, en particular 99-102.

nes a la insurgencia; no obstante y en consideración de las penurias fiscales, algunos se atrevieron a continuar el cobro de alcabalas a los indios. La gaditana contribución general se convirtió en la Nueva España, con el fernandismo restaurado, en “subvención temporal de guerra”, a la que luego vinieron a sumarse el cobro de pensión sobre los coches, el cobro de pensión por andar a caballo e incluso una malhadada lotería forzosa y otras alcabalas eventuales (o “de guerra”) que llegaron a superar el 12 y el 16 % en algunos casos.¹⁴

La peculiar restauración novohispana correspondió de muchos modos con la decadencia y fragmentación de la insurgencia, que parecería más atinado siempre referir en plural, habida cuenta de su diversidad, volatilidad y atomización.¹⁵ En todo caso, la tendencia políticamente más organizada de la rebelión dio vida a un texto constitucional exactamente cuando comenzaba a desmantelarse el orden gaditano en Nueva España. En efecto, el itinerante Congreso de Anáhuac o Mexicano promulgó en octubre de 1814 el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana (conocido más simplemente como Constitución de Apatzingán, por el lugar en el que se dio a conocer) que, tomando en cuenta la coyuntura, bien podría interpretarse no únicamente como el programa político más acabado de la insurgencia (decididamente independentista e implícitamente republicano), sino también como la respuesta radicalizada a la “ilegítima” vuelta de un Fernando VII supuestamente napoleónico, además de absolutista. No en vano Calleja ordenó que en todas las plazas de las capitales provinciales la Constitución insurgente se quemara públicamente por mano de verdugo.

Siempre perseguido, el Congreso disidente fue disuelto a finales de 1815 cuando se trasladaba desde la tierra caliente del sur hacia el rumbo de Puebla y Veracruz para buscar apoyos y salidas. En la misión de escoltarlo fue apresado Morelos, con la consiguiente degradación procesual que terminó en su fusilamiento. Antes, cuando la asamblea estaba por abandonar la provincia michoacana, instituyó una junta temporal (subalterna) a manera de “representación supletoria” de la soberanía nacional pretendidamente constituida. Para autores como Eugenio Mejía, la persistencia de la Junta Subalterna (que algunos tratan como varios organismos por los diversos nombres con los que ha sido conocida: Junta de Uruapan, Junta de Taretan, Junta de Jaujilla, Junta de Zárata) representa la continuidad institucional de la insurgencia organizada.¹⁶ La Junta Subalterna fue tan itinerante, frágil y cuestionada como el Congreso o incluso más. Ante la prisión de Morelos y la disolución del Congreso, la Junta pretendió mantener la unidad de la rebelión, pero la mayoría de los cabecillas actuó por cuenta propia, de manera tal que desde finales de 1815 su incidencia fue simbólica, marginal su reconocimiento e intermitente su funcionamiento, a grado tal que parece cuando menos problemático interpretarla como eje de los destinos insurgentes.

¹⁴ Ernest SÁNCHEZ SANTIRÓ: op. cit., pp. 302-328.

¹⁵ John TUTINO: “Soberanía quebrada, insurgencias populares y la independencia de México: la guerra de independencias, 1808-1821”, *Historia Mexicana* 233, LIX:1 (2009), pp. 11-76.

¹⁶ Eugenio MEJÍA ZAVALA: “La transición a un gobierno republicano. La Junta Subalterna de la insurgencia (1815-1820)”, en José Antonio SERRANO ORTEGA (coord.), op. cit., pp. 331-374.

No obstante, la rebelión o, mejor, las rebeliones continuaron asolando con diversas intensidades y consecuencias muchas regiones novohispanas. Con ánimos de sintetizar podría ubicarse persistente actividad bélica entre 1815 y 1819 en las siguientes áreas:¹⁷

- Veracruz: Boquilla de Piedras, Cuyuxquihui, Papantla, serranía de Perote, alrededores de Córdoba y camino de Veracruz a México.¹⁸
- Intendencia de México: partido de Temascaltepec y tierra caliente del sur.
- Michoacán: tierra caliente.
- Guadalajara: tierra caliente y (la isla de Mezcala capitula en 1816).
- Puebla: Llanos de Apan.
- Bajío.
- Provincias Internas: guerra contra apaches y comanches, comercio ilegal con angloamericanos e indios, persistencia de corsarios.

Este es el contexto en el que debe entenderse la incursión del navarro Xavier Mina en 1817, tan frecuentada por la historiografía nacionalista. Como se sabe, el joven pero experimentado combatiente había luchado en España, primero en contra de la invasión francesa (con su consecuente aprehensión) y luego contra el absolutismo fernandino, que lo condujo al exilio.¹⁹ Desde Londres organizó una expedición que tenía por objetivo la independencia de la Nueva España. Con serias dificultades y luego de significativas escalas en Estados Unidos y en Haití logró desembarcar en las costas del Nuevo Santander, en el septentrión novohispano, con cerca de 300 expedicionarios, en su mayoría extranjeros de muy diversos orígenes. El episodio es útil para observar el estado del reino, no solo desde el punto de vista de la dispersa insurgencia, sino también de la estructura defensiva que le hizo frente, pues revela tanto las labores de espionaje genuinamente internacional que efectuó la Corona cuanto las conflictivas relaciones del virrey con los comandantes generales y de estos entre sí. La descoordinación entre Joaquín de Arredondo como comandante general de las Provincias Internas de Oriente (y principal responsable militar en la zona del desembarco) y el virrey Juan Ruiz de Apodaca, que apenas un año atrás

¹⁷ Un mapa útil para ubicar de manera aproximada estas zonas es el correspondiente a la “resistencia insurgente en México, 1814-1821” en Reynaldo SORDO CEDEÑO et al.: *Atlas conmemorativo, 1810, 1910, 2010*, México, Senado de la República-Siglo XXI, 2010, p. 47.

¹⁸ Las interesantes vicisitudes de estos años en la provincia de Veracruz pueden revisarse en Johana von GRAFENSTEIN GAREIS: “Insurgencia y contrainsurgencia en el Golfo de México, 1812-1820”, en Virginia GUEDEA (coord.), *La independencia de México y el proceso autonomista novohispano, 1808-1824*, México, UNAM-Instituto Mora, 2001, pp. 185-227; Juan ORTIZ ESCAMILLA: *El teatro de la guerra. Veracruz 1750-1825*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2008, pp. 148-156; y Carmen SAUCEDO ZARCO: “La Convención de las Provincias Orientales. Un proyecto de gobierno insurgente”, en José Antonio SERRANO ORTEGA, op. cit., pp. 375-396.

¹⁹ La trayectoria de Mina y en particular el episodio novohispano son relatados en Manuel ORTUÑO MARTÍNEZ: *Vida de Mina: guerrillero, liberal, insurgente* (pról. Manuel Lucena Giraldo), Madrid, Trama, 2008 y Gustavo PÉREZ RODRÍGUEZ: *Xavier Mina, el insurgente español: guerrillero por la libertad de España y México*, México, UNAM, 2018.

había relevado a Calleja, llegó a rayar en la insubordinación.²⁰ La maquinaria no funcionó bien, o al menos no de manera centralizada. Advertido con suficiente anticipación de los proyectos de Mina, Apodaca se empeñó en movilizar recursos humanos y militares para impedir su arribo o, en el peor de los casos, derrotar la incursión. Pero ni los dineros ni los hombres llegaron al norte ni el responsable de esa región obedeció las indicaciones que el virrey enviaba desde México. La misma desatención que ocurría entre Apodaca y Arredondo se replicaba entre este y los comandantes y gobernadores de las provincias aledañas. Incomunicaciones, displicencia, malas decisiones estratégicas e ímpetus de los expedicionarios se conjugaron para permitir que Mina se adentrara en territorio novohispano, no sin algunos enfrentamientos menores de por medio. En dos meses (de abril a junio de 1817) la expedición se internó hasta el Bajío, en donde combatió durante tres meses en relativa coordinación con insurgentes de la zona hasta que finalmente y, ahora sí con movilizaciones considerables y concertadas de distintos cuerpos armados, fue derrotada y reprimida. Los sobrevivientes fueron apresados, expulsados o, como el propio Mina, fusilados.

Las comunicaciones de los comandantes generales y provinciales entre sí y con el virrey dejan ver las dificultades de coordinación militar y de abasto. Cada quien procuraba consolidar el control de su jurisdicción antes que socorrer a la colindante con hombres, dinero, armas, bestias o pertrechos. En el Bajío sí se notó una dinámica distinta, más operativa y sostenida por una estructura más densa y mejor cimentada de comandancias subordinadas y jerarquizadas, debido en buena medida a un mucho más alto índice de militarización, como se verá más adelante. Cuerpos regulares lograron combinarse con milicias provinciales apoyándose en una tupida red de realistas. Unidades que con frecuencia rebasaron los mil y hasta los dos mil efectivos estrecharon cercos a los fuertes insurgentes y recuperaron con relativa facilidad las plazas tomadas. La experiencia de 1810 había dejado enseñanzas en la región cuna de la insurrección. La presión a que estaba sometido el virrey debido al seguimiento que desde la metrópoli hacía Fernando VII del movimiento se volcó en la captura de Mina. Como recompensa, a Apodaca se le concedió el título de Conde del Venadito en memoria del lugar en el que Mina fue sorprendido y apresado. El acontecimiento fue difundido por el gobierno virreinal a toda la monarquía no únicamente como un magistral triunfo militar, sino como el golpe definitivo a la revolución de Nueva España. En los siguientes meses habrían de caer otras dos fortificaciones claves de esta insurgencia, pero como ya se vio esta no podía extinguirse por su naturaleza multifacética, escurridiza y radicalizada.

²⁰ Véanse los trabajos de Juan Ramón de ANDRÉS MARTÍN: *El imperio español contra Mina. La reacción realista española ante la presencia de Javier Mina en los Estados Unidos y las Provincias Internas de Oriente (1809-1817)*, Monterrey, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2008 y "Los realistas en el final de la expedición de Javier Mina en la Nueva España (1817-1820), *Aportes*, 79:XXVII (2/2012), pp. 31-50.

Un caso de reconquista: Oaxaca

Precisamente por las características señaladas, las insurgencias novohispanas no afianzaron de manera más o menos sostenida el control de amplios territorios o de ciudades importantes salvo en contadas excepciones. Si bien podrían estudiarse dinámicas de reconquista cuando el gobierno virreinal recuperó ciudades como Guanajuato, Valladolid o Guadalajara luego del fugaz paso de la rebelión de Hidalgo, el caso que ofrece más y mejores elementos para analizar el fenómeno de reconquista militar y recuperación del control político virreinal es el oaxaqueño debido, por una parte, a la relativa estabilidad que alcanzó ahí la insurgencia y, por otra, al momento de vigencia constitucional en que se reconquistó. En efecto, la mayor parte de la provincia sureña de Oaxaca fue ocupada y gobernada por los insurgentes de Morelos entre noviembre de 1812 y marzo de 1814, circunstancia que la convierte en un interesantísimo laboratorio para evaluar una restauración, digamos, dual. Según las autoridades que recuperaron la jurisdicción, los años de control insurgente generaron una severa crisis: disminuyó la producción de grana cochinilla (principal producto de la región que en 1813 había registrado la producción más baja desde 1758), añil, azúcar, trigo y algodón; se interrumpieron las comunicaciones; se frenó la inversión en la producción y el comercio; se aplicaron nuevas e ilegales cargas impositivas y proliferaron los saqueos urbanos, el pillaje rural y los hechos de armas. En suma: paralización productiva, ruptura comercial y contracción de la economía. Las pérdidas se calculaban en más de dos millones de pesos.

Pero, ¿de qué magnitud habían sido las transformaciones acarreadas por los insurgentes en esos 15 meses? En primer lugar conviene considerar que, mientras en la Nueva España fidelista se instalaba a tropezones el régimen constitucional gaditano, la ocupación insurgente de Oaxaca no contaba aún con un código que rigiera sus destinos, pues como ya vimos este no se promulgó hasta 1814. Con todo, Morelos dio ahí continuidad y (en algunos casos) profundidad a las políticas esgrimidas por el cura Miguel Hidalgo, primer caudillo de la insurgencia. Forzando la cooperación de las corporaciones más importantes de la capital provincial (Antequera o Oaxaca), Morelos abolió las castas y favoreció un régimen de relativa igualdad en el que las distinciones (no menores) se reducían al binomio de europeos y americanos y limitó cuanto pudo la presencia de los primeros en cualquier instancia de gobierno. En consecuencia (y como ya lo habían hecho el gobierno metropolitano e Hidalgo en 1810) suprimió el tributo, las pensiones y las contribuciones que consideraba excesivas u ominosas de cara a una igualdad fiscal. De igual modo, abolió la esclavitud y favoreció que los indios fuesen dueños de sus tierras y de sus rentas a través del reparto agrario.²¹

²¹ Para Margarita Menegus estas medidas sí repercutieron en las comunidades oaxaqueñas, o al menos así lo dejan ver algunos pleitos y testimonios de los subdelegados en los años posteriores que arguyeron las «tropolías y excesos» del rebelde Morelos «dando y quitando tierras a su antojo». Los supuestamente legítimos propietarios seguían exigiendo para 1817 la restitución de las tierras que, argumentaban, les habían sido despojadas por los indios amparados por los rebeldes. La política morelense habría incidido incluso en la propiedad de las tierras caciquiles, pues muchos principales acusaron durante la restau-

Durante la ocupación insurgente hubo distintos niveles de intervención tendientes a gestionar la cooperación de las corporaciones oaxaqueñas (cabildo civil y cabildo eclesiástico), pero cuando Morelos dejó la ciudad en manos de sus lugartenientes y otros criollos colaboracionistas la aparente fidelidad de la elite oaxaqueña al proyecto revolucionario se desvaneció. Comisionado por Calleja al afecto y procedente de Xalapa, Melchor Álvarez Thomas entró al frente de unos tres mil efectivos en la antigua Antequera el 29 de marzo de 1814, como parte de una estrategia militar más amplia para recuperar toda la provincia. Las otrora colaboradoras corporaciones oaxaqueñas no dudaron en describirle al comandante los meses anteriores como de terror. Con todo, Carlos Sánchez Silva califica como obsesiva la compulsión de Álvarez por nombrar directamente a los encargados de los diversos puestos civiles y militares, en su mayoría peninsulares.²² Así, reconfiguró el ayuntamiento, devolvió bienes expropiados por los insurgentes y decomisó armas, seguramente con violencia de por medio, aunque también emitió listas de indultados. La Restauración se materializó en la detección y sanción, de ser necesaria, de aquellos que habían colaborado con el gobierno insurgente. Funcionarios, burócratas (lo mismo civiles que eclesiásticos) y familias sospechosas (algunas muy notables) fueron examinados, en el mejor de los casos, o embargados, exiliados y ajusticiados, en el peor. El escenario se prestó a interesantes casos de “veletismo” o integración burocrática como el de José María Murguía y Galardi: electo en Oaxaca diputado al congreso insurgente en 1813 y participante en algunas de sus primeras sesiones, regresó a dicha ciudad en 1814, de suerte que cuando Álvarez se acercaba para ocuparla Murguía fungió como intermediario. Su colaboración con el gobierno americano fue juzgada en México, y una vez absuelto regresó a Antequera para integrarse como ministro de la real tesorería, cargo que ocupó entre 1814 y 1817. No sobra señalar que el mismo Murguía resultaría electo en Oaxaca a las Cortes de Madrid de 1820 cuando se restableció el sistema constitucional, participó en las sesiones legislativas de 1821 hasta que se consumó la independencia iturbidista y regresó para ser designado Intendente de Oaxaca.

Sánchez Silva no da mayores elementos, pero no duda en calificar como «reconquista sanguinaria» la emprendida por Álvarez. Esta recuperación del control territorial avanzó con tres estrategias paralelas a la propiamente militar que coordinó Calleja desde el centro con los jefes destinados al efecto: 1) reclutamiento en las comunidades y establecimiento de compañías patrióticas para su propio resguardo de manera tal que, en concordancia con el Plan Calleja (del cual hablaré más adelante), las unidades mayores y medianamente más profesionales pudieran

ración a los arrendatarios (o terrasgueros) de apropiarse las tierras. Menegus encuentra que en algunos casos el origen del problema era añejo, pero la revolución había actualizado disputas, rencores y lenguajes: Margarita MENEGUS BORNEMANN: “Los efectos de la insurgencia sobre la propiedad en la Mixteca”, en Carlos SÁNCHEZ SILVA (coord.), *La Guerra de Independencia en Oaxaca. Nuevas perspectivas*, Oaxaca, UABJO, 2011, pp. 125-136. Para las incidencias de la ocupación insurgente en la ciudad de Oaxaca véase Ana Carolina IBARRA: “Reconocer la soberanía de la nación americana, conservar la independencia de América y restablecer en el trono a Fernando VII: la ciudad de Oaxaca durante la ocupación insurgente (1812-1814)”, en Íd., *La independencia en el sur de México*, México, UNAM, 2004, pp. 233-269.

²² Carlos SÁNCHEZ SILVA: “Los cabildos civil y eclesiástico de la ciudad de Oaxaca ante la invasión insurgente, 1812-1814”, en Íd., op. cit., pp. 63-82.

destinarse a la persecución de los contingentes numerosos de rebeldes; 2) restructuración fiscal para el sostenimiento de todos estos cuerpos a partir del cobro de contribuciones extraordinarias y de impuestos forzosos y proporcionales a haciendas y propiedades mayores; y 3) ofrecimiento de indultos a los rebeldes (con la posibilidad en algunos casos de mantener las armas pero al servicio del rey). Las operaciones acarrearón desplazamientos forzosos no solo de individuos, sino de comunidades enteras que fueron tildadas de rebeldes. Embargos, requisas, prisiones fueron comunes y no terminaron en 1814, pues la presencia insurgente continuó, aunque dispersa.

Fue sumamente significativo que el restablecimiento del gobierno virreinal en Oaxaca coincidiera con la postrera vigencia del régimen constitucional. Cuando Álvarez entró en la ciudad (sin enfrentamiento de por medio, ya que los insurgentes la abandonaron antes) lo hizo con la Constitución bajo el brazo, y así, el 12 de abril de 1814, unos días después de haberse asentado, organizó la jura y celebración del código gaditano. De esta forma, cuando Álvarez ponía en marcha las primeras elecciones para el ayuntamiento constitucional de Oaxaca, Fernando VII en Valencia echaba por la borda este orden. La peculiar dualidad de la reconquista militar-constitucional provocó que, controladas las comunidades *manu militari* se procediera después a establecer el orden constitucional con los ceremoniales que este requería, señaladamente la jura del código. Probablemente sea este escenario el que invite a Silke Hensel a interpretar dichos ceremoniales como la materialización más patente del restablecimiento del antiguo orden (por sus características barrocas y tradicionales) antes que como la instalación de un nuevo sistema liberal.²³ En algunas zonas rurales oaxaqueñas de altísima densidad indígena, el establecimiento del orden constitucional fue también el restablecimiento de los conflictivos repartimientos de los subdelegados y en general del antiguo orden y sus jerarquías. En esos casos (y lo dice Hensel tanto para 1814 cuanto para 1820) la Constitución no necesariamente significó la incorporación de las mayorías a la toma de decisiones en su supuesta igualdad ciudadana, sino el «fortalecimiento del estrato local de la administración estatal», materializado en figuras concretas como los subdelegados o los párrocos. No obstante, el proceso en curso de circulación, asimilación y uso de conceptos como libertad, independencia y ciudadanía continuó erosionando el ejercicio tradicional (vertical, jerárquico) del poder y modificaron las relaciones al interior de las comunidades y de estas con respecto a otras (que se asumían superiores o inferiores en términos de las antiguas jerarquías territoriales).

En la capital oaxaqueña los resultados de la elección para el ayuntamiento constitucional arrojaron un cabildo casi mágicamente dividido por mitad entre criollos y europeos,²⁴ pero

²³ Silke HENSEL: "Cambio político y cultura constitucional en Oaxaca, 1814-1822", en Carlos SÁNCHEZ SILVA, op. cit., pp. 89.

²⁴ Todo indica que se habrían alcanzado acuerdos antes de la elección, como solía ocurrir en el pasado y como estaba estipulado en los estatutos de la ciudad de 1770 a pesar de que, aunque controlado por Álvarez, sí hubo un proceso electoral indirecto que principió en los distritos de la ciudad para elegir electores. Véase Silke HENSEL: *El desarrollo del federalismo en México. La elite política de Oaxaca entre ciudad, región y estado nacional, 1786-1835* (trad. Mario Brena Pineiro), Oaxaca, UABJO-El Colegio de Michoacán-El Colegio de San Luis, 2012, pp. 140-141.

con la importante novedad de que un indio y un mestizo habían alcanzado también su sitio en el concejo, cosa antes impensada y ahora muy probablemente debida a la movilización política de las masas urbanas. Resultaba fundamental mostrar unidad entre americanos y peninsulares al cobijo del gobierno restablecido y fidelista, más aún en una ciudad con evidente minoría de españoles europeos, que en realidad no habían sufrido mayores agresiones en el tiempo del dominio insurgente.

El contraste con el escenario rural oaxaqueño es interesante. En Villa Alta el subdelegado respectivo publicó la Constitución dos meses más tarde que en la ciudad de Oaxaca, o sea, en junio. Peter Guardino atribuye el retraso no únicamente a la distancia, sino también a la interpretación del subdelegado de que con el nuevo régimen disminuiría su poder. Si en la capital el comandante Álvarez se apresuró a renovar el ayuntamiento, bien pudo deberse a que el que se encontró a su ingreso fue el que cooperó (forzada o voluntariamente) con el gobierno insurgente. En cambio, el subdelegado no hizo ninguna modificación en los gobiernos comunitarios, pero sí se apresuró a cobrar la alcabala. De igual modo, negó la calidad de ciudadanos a algunos individuos o comunidades enteras pretextando su falta de educación, su «antiquísima» desidia y su proverbial abandono, argumentos (como se sabe) nada novedosos. Para el subdelegado los derechos no eran tal cosa, sino antes bien una graciosa concesión de la cual los indios debían hacerse merecedores.²⁵ La arbitrariedad quedó manifiesta en el restablecimiento del tributo (recordemos que las Cortes lo habían abolido) además del simultáneo mantenimiento del cobro de la alcabala a los pueblos de indios.²⁶

La notable semejanza en ambos casos (urbano y rural) es que quedaba en manos y a criterio del funcionario en cuestión la observancia y aplicación (completa o parcial, pronta o tardía) del orden constitucional. La débil o inexistente erección de ayuntamientos constitucionales en la provincia de Oaxaca en 1814 concuerda con los diagnósticos que poco a poco ha venido ofreciendo la historiografía especializada en cada uno de los casos regionales: durante el primer periodo de vigencia constitucional las nuevas instituciones no alcanzaron a surgir o lo hicieron deficiente y cansinamente (a diferencia de lo que ocurrió en 1820 con el restablecimiento del régimen gaditano).

Comandante general y subdelegado (este y todos los demás en Oaxaca y en el resto de la Nueva España) se vieron obligados muy pronto a desdecirse y a contraargumentar, en vista de las noticias y los reales decretos llegados desde la metrópoli liberada y de nuevo absolutista. También entonces en toda Oaxaca se echaba abajo la Constitución por democrática, por revolucionaria (en sentido negativo, por supuesto) y por francesa. Dios, y no el pueblo, era el origen

²⁵ Peter GUARDINO: *El tiempo de la Libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850* (trad. Centro de idiomas de la UABJO y Mario Brena P.), Oaxaca, Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa-El Colegio de Michoacán-El Colegio de San Luis Potosí-Congreso del estado de Oaxaca, 2009, pp. 203-254.

²⁶ Luis Alberto ARRIOJA DÍAZ VIRUELL: "La experiencia absolutista en una subdelegación novohispana. Villa Alta (Oaxaca)", en José Antonio SERRANO ORTEGA (coord.), op. cit., pp. 317.

de la soberanía y Fernando era rey por la gracia divina. Tras la reconquista, entonces *la otra restauración*.

De manera concomitante, así como se fue borrando el endeble orden constitucional en Oaxaca, también se fue controlando y arrinconando la amenaza insurgente. Durante los siguientes años el gobierno local se volvió acaso, paulatinamente, más vigilante. Las constantes amenazas (reales o supuestas) de conspiraciones insurgentes o la aparición cada vez más esporádica de pasquines subversivos activaron medios policiales y judiciales no del todo efectivos. En todo caso se fue asentando una cultura de guerra visible en el vocabulario político, en el sentido y la actuación de las autoridades y en el establecimiento y acrecentamiento de grupos armados de diversas clases y características. A lo largo de estos años las viejas rencillas raciales, comunitarias e identitarias solo se agravaron. El antigachupismo, por ejemplo, se continuó expresando mediante cualquier válvula de escape (motines aislados, pleitos de cantina, asaltos, elecciones corporativas tradicionales). A partir de 1814 fue común encontrar en pleitos de toda índole la vinculación a la insurgencia como acusación; incluso ladrones, homicidas y hasta infieles fueron denunciados como rebeldes sin que en realidad existieran nexos con el movimiento independentista. Al amparo de un régimen más militarizado y menos tolerante podría suponerse una mayor atención de las autoridades correspondientes a la aparición de estas etiquetas en cualquier proceso. El conflicto había generado una cultura política «más confrontacional».²⁷

Sobre las ambigüedades del restablecimiento (el segundo, el absolutista), Guardino previene sobre la necesidad de no caer en el error de suponer que todo fue vuelta al pasado. En coincidencia con otros autores, observa el mantenimiento del espíritu que podríamos calificar como liberal en políticas concretas, verbigracia en lo relacionado con los gremios como puntal de la sociedad corporativa y jerárquica. Abolidos durante la ocupación insurgente, los gremios fueron en principio restablecidos cuando Álvarez Thomas recuperó el control de la capital oaxaqueña. Durante los primeros meses e incluso años del régimen restablecido y libre de los modelos constitucionales anticorporativos, los artesanos agremiados se quejaron con persistencia de que el paréntesis insurgente había permitido que tejedores o zapateros fabricaran y vendieran sus productos sin las licencias gremiales y que dichas anomalías persistían. Para su sorpresa, el intendente Francisco Rendón no solo permitió a las mujeres fabricar y comerciar sus manufacturas, sino que ejecutó en 1817 el decreto liberal de 1813 que permitía el libre ejercicio de cualquier oficio. La misma tendencia política se mostró al año siguiente con las quejas de los fabricantes de cuerda en relación a las ventas de este mismo producto por parte de los indígenas, pero ahora en lugar de pedir su prohibición o sanción buscaron que se les liberara de algunas obligaciones gremiales, lo que les fue concedido.²⁸ Los exámenes gremiales fueron cayendo en desuso en pleno “sexenio absolutista” en un impulso claramente ilustrado y liberal.

En ese mismo sentido, Brian Hamnett refiere que algunos subdelegados nombrados con posterioridad a la reconquista fueron enviados con la expresa misión de recuperar la pro-

²⁷ *Ibidem*, p. 248.

²⁸ *Ibidem*, p. 246.

ducción agrícola, en particular de la grana cochinilla, pero que a falta de recursos comenzaron a habilitar contratos con comerciantes ingleses debido a la ruptura o ineficacia de los mecanismos antes proveídos por el sistema de repartimiento. La decadencia de la producción no pudo frenarse y la Corona se vio obligada a continuar una política relativamente liberalizadora, autorizando en 1819 el derecho de cultivar la grana en Yucatán y Guatemala, lo que terminó por perjudicar aún más a las regiones oaxaqueñas dedicadas a ello.²⁹

En suma, el laboratorio oaxaqueño muestra las complejidades, las ambivalencias y las muchas capas de distintas restauraciones que se imbricaron en un periodo muy breve. Una reconquista militar, constitucional a medias, restauradora a medias del antiguo orden, que pronto devino (o algunas autoridades así lo pretendieron) en restauración absolutista; operación imposible, no solo por anacrónica, sino por las rupturas y transformaciones provocadas por la ocupación insurgente y por el “contagio” constitucional. Para colmo, la guerra no concluyó con ningún cambio de régimen, aparente o real: regiones oaxaqueñas como las Mixtecas permanecieron bajo control insurgente hasta 1817 y aún después persistieron guerrillas, lo que pone en evidencia la dificultad de establecer cortes definitivos o etapas concluyentes en un proceso revolucionario que naturalmente trajo consigo permanencias y solapamientos, así como vaivenes e intermitencias en el control territorial. Ese continuo estado de guerra arraigó una determinada manera de afrontar y resolver los conflictos y de organizar el gobierno, la economía y la fiscalidad de los pueblos. Dificultades a la hora de pagar y aprovisionar a los distintos cuerpos armados suscitaron impagos, desertiones y pillaje por parte de los soldados, fenómenos que no fueron exclusivos de Oaxaca, sino que se presentaron en buena parte de la Nueva España. Conviene entonces analizar algunas de las problemáticas que generó la guerra en estos años y las medidas que al respecto tomó el gobierno virreinal.

Las políticas de la guerra

Aunque historiográficamente suele calificarse la gestión del virrey Apodaca como conciliatoria y pacificadora, ello puede deberse a la impronta decimonónica que buscó satanizar por todas las vías la figura de su antecesor, Calleja. Si bien hace falta mirar la cuestión con más detenimiento, hay elementos suficientes para pensar que, por una parte, el gobierno de Calleja como virrey fue muy distinto a su actuación como militar contrainsurgente y que, por otra parte, existió mucho más continuidad con Apodaca de lo que usualmente se admite. Tres aspectos que permiten evaluar la manera en que Apodaca asumió la guerra fueron compartidos por Calleja: la política de indultos, la militarización de las provincias y el reclutamiento miliciano. Los tres, por tanto, emblemáticos de los años de la Restauración que ahora nos ocupa.

²⁹ Brian R.HAMNETT: *Política y comercio en el sur de México, 1750-1821*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1976, pp. 204-204.

a) Indultos

Resulta muy significativo que los primeros indultos que publicó el entonces virrey Francisco Xavier Venegas en fechas tan tempranas como noviembre de 1810 para tratar de sofocar el masivo e inusitado levantamiento del Bajío hayan sido, en realidad, obras de Calleja, a quien Venegas había dado licencia de crear y comandar el Ejército de operaciones o del Centro como principal respuesta contrainsurgente.³⁰ En un lenguaje que habría de repetirse en los subsecuentes indultos, Calleja aducía moderación y benignidad paternal para restituir la paz y el buen orden. Así, ofrecía el perdón general a quienes habiendo tomado parte de la insurrección entregasen las armas y delatasen a los cabecillas. Meses más tarde las Cortes y la Regencia emitieron más indultos, aunque no destinados exclusivamente a los rebeldes americanos. En cambio, cuando Calleja se convirtió en virrey (y justamente con motivo del regreso de Fernando VII a su trono) publicó obro bando (22 de junio de 1814) concediendo el indulto a los insurgentes. De nueva cuenta ostentando, en sus propios términos, incomparable compasión, daba un plazo de 30 días para que los rebeldes se presentaran, entregaran armas y caballos y mostraran como fiador de su conducta a una persona de fidelidad reconocida. Al efecto, Calleja autorizaba a los comandantes generales y particulares a conceder los indultos interinamente, y entre tanto el gobierno virreinal expedía el decreto correspondiente. Los perdonados habrían de prestar juramento de fidelidad ante el comandante, el párroco y el justicia del pueblo. La medida cobijaba también a los reincidentes y desertores (a los que habría que someter a proceso de purificación), e incluso se extendía a los principales cabecillas de la rebelión con la condición de que salieran del reino.

Calleja dejó la Nueva España convencido de su asombrosa clemencia, o al menos así lo hizo constar en informes en los que buscó matizar la represión más evidente. El gobierno de Apodaca amplió considerablemente la política indulgente a partir de enero de 1817. En su bando de indulto subrayó los males acarreados por la revolución y exhortó a los independientes a someterse a la obediencia del rey, a quien colocaba como la fuente suprema de los anhelos de pacificación y piedad. Esta nueva oferta daba por «absolutamente indultados y con entero olvido de sus extravíos» a aquellos partidarios de la rebelión, de cualquier clase que hubiesen sido, con tal que se presentaran o delataran voluntariamente a sus jefes de provincia o cabecera dentro de los próximos 60 días y, entregando sus armas, juraran de inmediato y públicamente lealtad y vasallaje a Fernando VII.³¹

Las novedades más importantes consistían en dos ofertas concretas: aquellos que mostraran decidido arrepentimiento y amor al soberano podían, si querían, alistarse bajo sus banderas y contribuir así a la pacificación, al ser admitidos en la «clase de Realistas voluntarios»; la segunda propuesta era para quienes no tomando ese camino y no contando con medios para subsistir pudieran recibir tierras en propiedad y en proporción a sus familias. Se facultó a obis-

³⁰ Bando del virrey Venegas, México, 12 de noviembre de 1810, en: AGMM, *Ultramar*, c. 5363, exp. 5.

³¹ Bando del virrey Ruiz de Apodaca, México, 30 de enero de 1817, en: AGMM, *Ultramar*, c. 5363, exp. 5.

pos, comandantes generales y particulares, e incluso curas párrocos y oficiales del rey para dispensar este nuevo indulto. La conjugación de todos estos elementos podría explicar el rotundo éxito de la medida, si consideramos las cifras oficiales. Recordemos que Apodaca consignó en 1820 haber registrado casi 35 mil indultos, cifra que para 1821 elevaría a 41.500.³²

Hay muchísimo que estudiar sobre los indultos. Con independencia de la veracidad de las cifras oficiales, baste por ahora con señalar un aspecto relacionado con el destino y la eventual integración de los indultados a los cuerpos armados virreinales. En efecto, aunque muchos indultados eran labradores, artesanos y mineros que volvieron a sus quehaceres y en buena parte habrán aceptado el reparto de tierras, muchos otros (según reconoció el propio Apodaca y replicaron sus críticos) se habían acostumbrado ya al «partido de los rebeldes» y prefirieron servir en compañías y piquetes milicianos, exigiendo y disfrutando su paga proveniente de contribuciones extraordinarias. Estos indultados conservaron la graduación, el mando y (podríamos sugerir) la capacidad de controlar territorios, grupos u organizaciones. Además, enquistados en las fuerzas armadas virreinales pudieron haber trasladado al interior de estas las rencillas y las tensiones generadas en la guerra, haciendo todavía más difícil la subordinación militar y la observancia de la jerarquía oficial. Algunos de los dirigentes de la insurgencia que se indultaron en estos años fueron relativamente borrados de los altares del patriotismo historiográfico; no obstante, la incidencia política y militar de los cientos o miles de combatientes que cambiaron de banderas permanece todavía inexplorada y su masiva y anónima incrustación en las fuerzas armadas virreinales podría ser reveladora, por ejemplo, no solo del desenlace independentista de 1821, sino más aún de la construcción y del ejercicio de los liderazgos comunitarios.

b) Militarización (o militarismo de la estructura de gobierno)

Como es sabido, una sociedad en guerra no solo tiende a incorporar un número cada vez más creciente de hombres a las fuerzas armadas al grado de masificarlas, sino que incluso propende a marcializar sus instituciones y sus discursos. Los años de guerra en Nueva España propiciaron la subordinación de la estructura burocrática a la propiamente militar, y los comandantes terminaron por imponerse a los administradores del régimen borbónico. Pongamos algunos ejemplos concretos de militarización³³ de la Nueva España.

Para la segunda parte de la década revolucionaria, nueve de los 12 intendentes novohispanos eran militares. El dato no es tan relevante, puesto que esta era una tendencia echada a andar desde el reformismo, mas sí lo es que siete intendencias (los casos de Puebla, Veracruz, Mérida, Guadalajara, Zacatecas, Durango y Arizpe) tenían unificados el gobierno político y el mando militar. Al respecto vale la pena recordar que las intendencias americanas

³² Informe del conde del Venadito al secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar, México, 8 de enero de 1821, Archivo General de Indias (AGI), *México*, leg. 1680, p. 16-21.

³³ Para una interesante discusión sobre las acepciones y el uso de término véase Alejandro M. RABINOVICH: "La militarización del Río de la Plata, 1810-1820. Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 3:31 (2012)

en general y novohispanas en particular fueron concebidas como instrumentos fiscalizadores y sus facultades militares eran sumamente restringidas (aprovisionamiento, financiamiento). Con la guerra, los comandantes —con la venia del virrey en turno— fueron adueñándose de estos empleos para controlar las muchas facultades fiscales y financieras de la intendencia y canalizarlas a las labores militares. De paso, estos comandantes/intendentes eliminaban uno de tantos contrapesos políticos en el gobierno provincial y consolidaban de esta forma su propia autonomía. Este fue uno de los elementos que podrían explicar el surgimiento de aquellas «sátrapías militares», como calificó Archer³⁴ a los gobiernos regionales en manos de los militares entronizados por la guerra con la consigna de “pacificar” las provincias, es decir, con la intención de militarizarlas. En definitiva, la necesidad de dinámicas militarizadas de mando jerárquico y centralizado se apoderó de la estructura que proveían las intendencias.

Y aunque faltan más estudios al respecto, existen elementos para dar por buena la hipótesis de Juan Ortiz relativa a que lo que ocurrió en las intendencias también tuvo lugar en el nivel inferior de las subdelegaciones³⁵: en la medida en que para la segunda mitad de la década encontramos comandantes/intendentes también encontraremos comandantes/subdelegados que echaron a andar la misma lógica militarizante en el nivel local, justo donde se tenían que recaudar fondos para sostener a las muy mezcladas partidas de militares y milicianos llamados supuestamente a garantizar la paz, pero actuantes en términos de sus propios intereses locales y condicionantes de las tensiones y demandas de las villas y ciudades de sus respectivas jurisdicciones.

Además de los intendentes/comandantes, en la Nueva España se fueron creando comandancias generales para combatir a los rebeldes. Esos comandantes (que como ya vimos en muchas ocasiones eran al mismo tiempo intendentes y gobernadores) fueron construyendo su propia estructura defensiva, dotada de una jerarquía militar y miliciana que ellos mismos encabezaban. Ortiz señala 19 comandancias o divisiones para 1816; yo por mi parte encuentro 14 comandancias generales y 17 provinciales para 1820.³⁶ En la medida en que las comandancias se adueñaron del gobierno político, consolidaron su funcionamiento autónomo. Huelga señalar que en esos casos la dependencia o sumisión con el virrey quedó en entredicho. Naturalmente cada comandante se encontró en posibilidad de rentabilizar la revolución a través de su intervención en el sistema de convoyes, en la monopolización de productos y en el nombramiento de subordinados que, como ya se ve, no eran empleados únicamente militares, sino también políticos.

³⁴ Criston I. ARCHER: “The Politization of Army of New Spain during the War of Independence, 1810-1821”, en Jaime E. RODRÍGUEZ O. (ed.), *The Evolution of the Mexican Political System*, Wilmington, Scholarly Resources, 1993, pp. 17-45.

³⁵ Juan ORTIZ ESCAMILLA: *Guerra y Gobierno. Los pueblos y la independencia de México: 1808-1825*, 2ª edición corr. y aum., México, El Colegio de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2014, p. 139.

³⁶ Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ: *La trigarancia: fuerzas armadas en la consumación de la independencia. Nueva España, 1820-1821*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM-Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor, 2016, pp. 59-70.

c) *Reclutamiento (o militarización de la sociedad)*

La intrincada mezcolanza de corporaciones militares y milicianas que se fue construyendo para contener y reprimir a las muchas insurgencias, y que escapa por mucho a la simple categoría de “ejército realista”, se masificó por vías muy peculiares. Conocemos³⁷ el crecimiento de las fuerzas armadas de la Nueva España a partir del estallido revolucionario en 1810: los poco más de 30 mil elementos (sumando ejército regular y milicias de distintos tipos) que entonces lo componían se habían transformado en 40 mil al finalizar formalmente la guerra en 1821. Aunque estos cuerpos no aumentaron de manera tan abrupta, el incremento más notable se produjo en el universo nunca suficientemente contabilizado y menos aún problematizado de unos 40 a 44 mil milicianos. Es decir, Nueva España dispuso al final de su existencia política de un aproximado de 84 mil efectivos.³⁸

La evolución de ese multiforme universo miliciano es compleja y correspondiente al propio desarrollo histórico del conflicto. Si en un primer momento se permitió la erección de cuerpos de patriotas voluntarios de Fernando VII, justamente para mostrar la fidelidad americana, una vez que estalló la guerra civil dichos *voluntarios* dejaron de constreñirse a aquellos inoperantes cuerpos y, en cambio, surgieron numerosos impulsos milicianos dotados de distintas reglamentaciones e intencionalidades. El más célebre y en muchos sentidos definitorio fue el estructurado a partir de un peculiar *Reglamento político militar* que dictara en 1811 Calleja. Si tenemos dudas sobre la aplicación del “Plan Calleja” (como se le conoce historiográficamente) entre 1811 y 1813, cada vez hay mayores certezas sobre su generalizada aplicación desde que Calleja fue designado virrey. El proyecto estaba destinado a permitir que las divisiones de los ejércitos regulares se dedicaran a la destrucción de los contingentes más importantes de rebeldes, toda vez que cada ciudad, villa o cabecera de partido debía defenderse por su propia cuenta mediante la formación de un “cuerpo urbano de caballería o infantería”, compuesto por todos los vecinos honrados según su clase. Esos cuerpos urbanos, dirigidos por comandantes militares y jueces reales, serían armados y sostenidos con los fondos de arbitrios provisionales de las propias comunidades o, donde no los hubiere, con contribuciones forzosas equitativas y arregladas por una comisión nombrada por el cabildo local, disposición que habría dado vida a las llamadas “juntas patrióticas”, cuya existencia ha pasado prácticamente desapercibida para la historiografía, pero que habría fungido como el eje de la fiscalidad local que permitió la subsistencia de estos cuerpos milicianos. En pocas palabras, Calleja buscó involucrar a las comunidades en su propia defensa, militarizándolas. No sobra señalar que en 1815 (un poco antes de que fuera relevado como virrey) decretó que todos esos cuerpos que ya habían proliferado bajo los nombres de patriotas o voluntarios se llamaran forzosamente *realistas fieles* (urbanos o ru-

³⁷ José SEMPRÚN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: *El ejército realista en la independencia americana* Madrid, Mapfre, 1992, p. 77; Juan ORTIZ ESCAMILLA: *Guerra y Gobierno...*, pp. 97-101; Ernest SÁNCHEZ SANTIRÓ: op. cit., p. 138.

³⁸ Informe del conde del Venadito al secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar, México, 8 de enero de 1821, AGI, *México*, leg. 1680, s.f.

rales), orden que explica que a lo largo del gobierno de su sucesor —Ruiz de Apodaca— esos cuantiosísimos y dispersos cuerpos milicianos se conocieran sistemáticamente como *realistas*.³⁹

Hacen falta más investigaciones al respecto, pero baste con señalar que en todas las operaciones de importancia y, en suma, en el control territorial, fue decisiva la incorporación de estos realistas de los que muy poco sabemos. Tres casos concretos pueden ilustrar este fenómeno. La comandancia de Guanajuato —encargada de custodiar no solo la que fuera la región minera más importante del continente, sino también la cuna de la insurrección— llegó a integrar en 1816 a 3.500 realistas (dos mil de infantería, 1.100 de caballería y 400 de artillería) distribuidos en más de 13 villas y ciudades. Recientes y muy sugerentes estudios muestran que en esa región del Bajío podemos encontrar una tasa de militarización promedio de un 4.4% sobre la base de hombres reclutables.⁴⁰

Por su parte, la muy conflictiva Comandancia del Sur y rumbo de Acapulco, aquella que estaba destinada a combatir a una de las últimas y más significativas e inextinguibles insurgencias (la de Vicente Guerrero y otros caudillos), contabilizó entre 1814 y 1819 un aproximado de dos mil efectivos de tropa disponible, de los cuales los *realistas* eran más de la mitad. En efecto, el crecimiento miliciano en esta jurisdicción es por completo ilustrativo, ya que si en esta clase había tan solo 29 oficiales en 1814 cinco años más tarde (1819) se registraban 74. En correspondencia, la tropa miliciano en este periodo directamente se duplicó: de 700 elementos en 1814 a 1.400 en 1819.⁴¹ Un último ejemplo lo provee el escenario de la Nueva Galicia, es decir, la intendencia de Guadalajara, que lograra desde muy temprano una de las estructuras defensivas mejor organizadas debido a la disciplina impuesta por José de la Cruz. El control de De la Cruz se cimentó en una estructura territorial de seis secciones que en suma integraba elementos de muy diversos orígenes, pero que suponía en total un poco más de 2.600 hombres de línea y provinciales y la friolera de 9.300 fieles realistas.⁴² Por todo lo anterior no parece exagerado hablar de militarización de la sociedad novohispana en tiempos de la Restauración, si bien es cierto que hay todavía mucho por analizar en este proceso.

³⁹ Las implicaciones las he estudiado con mayor detenimiento en Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ: “Los realistas: historiografía, semántica y milicia”, *Historia Mexicana*, 263, LXVI:3 (2017), pp. 1077-1122.

⁴⁰ Conocemos todos estos datos gracias al reciente estudio de Joaquín Edgardo ESPINOSA AGUIRRE: *Defensa y militarización contrainsurgente en la comandancia de Guanajuato (1813-1816)*, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2018.

⁴¹ Véase Anaximandro PÉREZ ESPINOZA: *Contraingurgencia en el sur y rumbo de Acapulco (1814-1820)*, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2018.

⁴² Las fuerzas de línea provenían de los cuerpos de infantería provincial de Puebla, de Toluca y de Guadalajara; del mixto de Zacatecas, de la caballería provincial de Nueva Galicia y de los dragones de frontera de San Luis Colotlán. Por su parte los fieles realistas estaban organizados en 22 compañías, correspondientes en general a los partidos de la provincia. Archivo General de la Nación, México (AGN), *Operaciones de Guerra*, v. 148, f. 100-113.

Consideraciones finales

Las páginas anteriores dan muestra no solo de la complejidad de las diversas restauraciones por las que atravesó la revolucionada Nueva España, sino también de la dificultad de aislar un periodo tan problemático, cuando en realidad buena parte de los cambios y las rupturas son observables a lo largo de todo el proceso que hemos venido conociendo como disolución de la monarquía y establecimiento de los estados nacionales. No obstante la evidente arbitrariedad de construir etapas históricas en un proceso revolucionario, la identificación de la Restauración permite resaltar algunos fenómenos particularmente notorios, como por ejemplo la consolidación de una estructura territorial defensiva materializada en la unificación de mandos y en una red (mejor o peor tejida, según los casos regionales) de cuerpos armados mixtos de distintas clases, orígenes y reglamentaciones. Paradójicamente, aunque dicha estructura se erigió con la intención de sofocar la rebelión y, por tanto, pretendió fortalecer la centralidad del gobierno virreinal, terminó por generar territorialidades dotadas de un considerable margen de autonomía al interior de la Nueva España al revestir de autoridad política, militar e incluso fiscal a los comandantes generales.

Como confío en que haya quedado puesto en evidencia, esta etapa no es un puente irrelevante entre la insurgencia y la independencia formal que en 1821 cristalizó en el establecimiento del Imperio Mexicano como entidad independiente o, con otras perspectivas, un puente entre los dos periodos novohispanos de vigencia constitucional (1812-1814 y 1820-1821). La narrativa lineal del nacionalismo historiográfico, tan empeñado en hilvanar las luces de una guerra de liberación, pierde de vista las complejidades del proceso y las particularidades de esta etapa. Se trata de los años en que arraigó la cultura de guerra materializada en un peculiar modo de ejercer el poder, en una organización político-militar de la administración virreinal, en una red (dependiente pero también autónoma) de cuerpos armados comunitarios. Y si hubo olvido, indulto y conciliación también se perpetuó la represión, la violencia, la persecución y la muerte. Porque como quedó visto, en la Nueva España la Restauración supuso, en función del tiempo y el lugar, el selectivo constitucionalismo, la pretensión de la reimplantación absolutista (o de algunos de sus mecanismos regulatorios) o la recuperación militar del control territorial. O todo ello más o menos simultáneo a la par que caótico y prolongado.

Así como el régimen gaditano legó una cultura política en muchos sentidos indeleble, que permitió imaginar otro tipo de monarquía española sustentada en nuevos principios legitimadores (nación, pueblo, igualdad, soberanía), la tan deseada vuelta *absoluta* del fernandismo no pudo evitar la erradicación de todo aquello que se había pensado, discutido y ensayado, pues su sola enunciación resultó corrosiva del antiguo régimen. La imposibilidad de volver a un mundo de tributos, gremios y señoríos se hizo patente en la Nueva España para gobernantes y gobernados. No fue, entonces, únicamente una etapa de supresiones (que las hubo y de manera sistemática), sino también de continuidades, profundizaciones y dualidades. El peso de las ex-

perencias adquiridas y la marcha incontrolable e imprevisible de la revolución (armada, política, constitucional) hicieron materialmente inviable la vuelta al antiguo orden de cosas.

De igual modo, el mundo de las fuerzas armadas que pretendía funcionar de manera privilegiada, excluyente, estamental, hasta cierto punto señorial y en todo caso jerárquica, fue hondamente transformado por la revolución. Los años de guerra terminaron por disolver esos principios de organización tras la continua movilización y, más aun, la irregular masificación. Las disfuncionales e inexpertas milicias provinciales en manos de las elites criollas dieron paso a multitudes armadas y comunitarias muy problemáticamente engarzadas con la estructura militar del virreinato. Años estos en los que también se diluyó la insurgencia políticamente organizada, fenómeno que, como todos los de su naturaleza, repele las explicaciones monocausales. Sin embargo, la radicalización del independentismo armado que se pulverizó en guerrillas pertinaces estuvo de muchos modos relacionada con ese conjunto de fenómenos políticos y militares a los que hemos venido englobando con la categoría de Restauración. Dicha relación vincula de maneras muy diversas la realidad novohispana con las restauraciones de la América Meridional y de la Europa postnapoleónica, de suerte que estamos en condiciones de evaluar la semejanza tanto de las reacciones de las estructuras estatales y los mecanismos empleados para restablecer el control, cuanto las reacciones de las elusivas resistencias beligerantes.

Mucho queda por analizar en este periodo que de algún modo sigue siendo la *terra ignota* del proceso independentista. Este acercamiento solo buscaba señalar las hondas implicaciones de esta particular Restauración novohispana que desembocó en otra restauración: la del régimen constitucional en 1820, condicionante en todos sentidos del independentismo definitivo de 1821.⁴³ La estructura defensiva que dejó la guerra (regionalizada y militarizada), el tipo de liderazgos y de organizaciones comunitarias (con todo y su peso fiscal, político y social), las condiciones de la permanente movilización, las demandas no cumplidas, la erosión de la legitimidad metropolitana y virreinal por los constantes cambios de régimen, y las experiencias acumuladas, revolucionarias e imborrables, pueden explicar en conjunto el desplome de la Nueva España y el surgimiento del Imperio Mexicano en 1821. Muchos de esos elementos aparecieron o se arraigaron en los años de la Restauración. La trigarancia como movimiento que, encabezado por Agustín de Iturbide, capitalizó esa última transición expresó masivamente el “veletismo” propio de las restauraciones. Iturbide, coronel miliciano y uno de los más eficaces contrarrevolucionarios en los primeros años de la guerra, terminó por encauzar el separatismo definitorio junto con muchos otros de trayectorias semejantes. En 1823, cuando Fernando VII buscaba una nueva restauración absolutista con los Cien Mil Hijos de San Luis, caía en México el efímero reinado de Agustín I.

⁴³ Véase Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ: *La trigarancia...*

Estudios

Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III

Warlike capacity and nautical technology in the Nile valley from the Predynastic Period to the Third Dynasty

Augusto Gayubas

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET) – Universidad de Buenos Aires (UBA)

augustogayubas@yahoo.com.ar

Resumen: El presente trabajo parte de una consideración inicial: la movilidad es uno de los aspectos decisivos que configuran el componente tecnológico de la práctica bélica, entendida como una práctica social consistente en actos de violencia inscritos en redes de sentido, organizados socialmente y que involucran el empleo de cierta tecnología. En un contexto histórico como el del antiguo Egipto, el abordaje de la tecnología de movimiento supone considerar principalmente la construcción y uso de embarcaciones toda vez que el río Nilo era la vía privilegiada de comunicación y transporte.

El objetivo del presente trabajo es, pues, reflexionar sobre la relación entre tecnología náutica y capacidad bélica en el valle del Nilo durante los períodos Neolítico, Predinástico y comienzos de la época dinástica, atendiendo a las posibilidades de movilidad ofrecidas por el río Nilo y a su aprovechamiento mediante la elaboración y uso de embarcaciones por parte de las sociedades que habitaron el valle del Nilo a lo largo de los períodos analizados. Para ello, se propone una lectura de los testimonios arqueológicos, iconográficos y escritos disponibles, considerados en relación con una caracterización sociopolítica de las distintas situaciones histórico-sociales analizadas: por un lado, las sociedades no estatales representadas por las comunidades de aldea de los períodos Neolítico y Badariense (c. 5500-3900 a.C.) y las sociedades de jefatura del Alto Egipto de las fases Nagada I-IIIb (c. 3900-3500 a.C.); y por el otro, los contextos estatales inferidos en una serie de núcleos del Alto Egipto hacia la fase Nagada IIcd (c. 3500-3300 a.C.), en el proceso de expansión política a lo largo del valle y el delta del Nilo durante Nagada IIIab (c. 3300-3050 a.C.), y en el marco de la constitución y consolidación del Estado dinástico con sus límites meri-

dional en la primera catarata del Nilo y septentrional en el mar Mediterráneo durante las primeras tres dinastías (c. 3050-2600 a.C.).

Lo que nos permitirán argumentar los testimonios de la relación entre tecnología náutica y capacidad bélica es que el empleo de embarcaciones se debió asociar a los principios centrífugos de las guerras de ataque y retirada características de contextos no estatales, contribuyendo asimismo a la intensificación de contactos interregionales en el contexto de la emergencia de sociedades de jefatura. Por otro lado, el surgimiento de lo estatal debió conllevar la constitución de un “poder naval” vinculado inicialmente a la expansión política y, subsiguientemente, a las prácticas extractivas y a la dominación interna del Estado dinástico.

Palabras clave: capacidad bélica, tecnología náutica, organización social, valle del Nilo, Período Predinástico/Dinastías I-III

Abstract: The present article is based on an initial consideration: mobility, understood as a social practice consisting of acts of violence embedded in webs of meaning, socially organized and involving employment of a certain technology, is an important aspect of warfare. Given the historical importance of Nile River as a crucial means of transportation and communication in ancient Egypt, studying the technology associated to this type of transportation requires us to take into account the construction and use of boats.

Therefore, the aim of this article is to consider the relationship between nautical technology and warlike capacity in the Nile valley during the Neolithic and Predynastic stages and at the beginning of the dynastic period by discussing the conditions of Nile River and how its navigability benefited the societies that inhabited the valley. For this purpose, an analysis of the available archaeological, iconographic and written evidence will be carried out. Different historical and social situations will also be considered: on the one hand, non-state societies, that is, village communities of the Neolithic and Badarian periods (c. 5500-3900 BC) and Upper Egyptian chiefdoms of Nagada I-IIb (c. 3900-3500 BC); on the other hand, state societies inferred initially in Upper Egypt in Nagada IIcd (c. 3500-3300 BC) and subsequently via political expansion along Upper and Lower Egypt during Nagada IIIab (c. 3300-3050 BC), leading to the constitution and consolidation of the Pharaonic state during the first three dynasties, with its southern limit at the first cataract of the Nile and its northern limit at the Mediterranean Sea (c. 3050-2600 BC).

The evidence of the relationship between nautical technology and warlike capacity will allow us to argue that the use of boats in non-state contexts is associated with hit-and-run tactics characteristic of non-state warfare, as well as with the intensification of interregional contacts within the context of the emergence of chiefdom societies. On the other hand, the emergence of the state was related to the constitution of a “naval power” initially linked to political expansion and, subsequently, to the extractive practices and internal coercive domination of the Pharaonic state.

Keywords: warlike capacity, nautical technology, social organization, Nile Valley, Predynastic Period/First-Third Dynasties

Para citar este artículo: Augusto GAYUBAS: “Capacidad bélicas y tecnológica náutica en el valle del Nilo desde el periodo predinástico hasta la Dinastía III”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 127-149.

Recibido: 10/04/2018

Aprobado: 12/11/2018

Capacidad bélica y tecnología náutica en el valle del Nilo desde el período Predinástico hasta la Dinastía III

Augusto Gayubas

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET) – Universidad de Buenos Aires (UBA)

augustogayubas@yahoo.com.ar

I

La movilidad es un aspecto de particular importancia en lo que respecta a la historia de las sociedades antiguas. El estudio de la tecnología de movimiento ofrece potencial información sobre el alcance y la intensidad de contactos y comunicaciones, así como sobre las posibilidades de expansión y/o dominación de entidades sociopolíticas de diversa índole. Análisis como los de Michael Mann sobre los alcances y limitaciones de los ejércitos del Cercano Oriente antiguo y su relación con las formas de dominación estatal ofrecen un ilustrativo ejemplo acerca de lo relevante que puede resultar este aspecto, tanto en lo referente a la movilidad terrestre (contingentes humanos atravesando distancias a pie, a menudo empleando asnos como bestias de carga, o bien utilizando caballos domesticados) como en lo que atañe a la movilidad fluvial o marítima (mediante el empleo de embarcaciones de diverso tipo).¹

En el antiguo Egipto, el río Nilo ocupaba un lugar cuya centralidad no puede ser soslayada. Como sintetiza Robert Partridge,

«el río Nilo fluye hacia el norte desde el centro de África hasta Egipto. Seis cataratas interrumpen el flujo, pero desde la Primera Catarata en Aswan hasta el Mediterráneo no hay obstáculos naturales a lo largo de una distancia de unos mil doscientos kilómetros.»²

Ello explica el hecho de que el uso de embarcaciones «devino una de las características principales en la vida cotidiana» de las poblaciones que habitaron el antiguo Egipto.³ En tal sentido, un estudio sobre las capacidades bélicas en el valle del Nilo del período Predinástico

¹ Michael MANN: *The Sources of Social Power. Volume I: A history of power from the beginning to A.D. 1760*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1986, pp. 136-137; e íd.: *States, War and Capitalism. Studies in Political Sociology*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1992 [1988], pp. 22-23.

² Robert PARTRIDGE: "Transport in Ancient Egypt", en Alan B. LLOYD (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, p. 370. Véase Dilwyn JONES: *Boats (Egyptian Bookshelf)*, Austin, University of Texas Press, 1995, p. 9.

³ Robert PARTRIDGE: *Transport in Ancient Egypt*, Londres, The Rubicon Press, 1996, p. 3.

hasta la Dinastía III no puede prescindir de una consideración sobre la movilidad fluvial.⁴ El presente trabajo se concentrará, por lo tanto, en reflexionar acerca de la relación entre la capacidad bélica y la tecnología náutica en el valle del Nilo durante dichos períodos a partir de una consideración de los testimonios arqueológicos, iconográficos y escritos disponibles. Al mismo tiempo, se propondrá evaluar la vinculación entre ello y las diferentes formas de organización social características de los períodos analizados.

Las coordenadas espacio-temporales de este trabajo corresponden a las sociedades que habitaron el valle y el delta del Nilo en un marco cronológico que comprende desde los períodos Neolítico y Predinástico hasta la Dinastía III (c. 5500-2600 a.C.). Ello contempla una serie de situaciones histórico-sociales inferidas a partir del análisis de testimonios arqueológicos, iconográficos y –cuando los hay– escritos: las comunidades de aldea que habitaron regiones del delta y el valle del Nilo durante los períodos Neolítico y Badariense (c. 5500-3900 a.C.); las «sociedades de jefatura» inferidas en el Alto Egipto durante las fases Nagada I-IIIb (c. 3900-3500 a.C.); los núcleos estatales emergidos en el Alto Egipto hacia la fase Nagada IIcd (c. 3500-3300 a.C.) y la subsiguiente expansión de lo estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo durante Nagada IIIab (c. 3300-3050 a.C.); y finalmente la constitución y consolidación del Estado dinástico con sus límites meridional en la primera catarata del Nilo y septentrional en el mar Mediterráneo durante las primeras tres dinastías (c. 3050-2600 a.C.).⁵

⁴ Sobre la relación entre guerra y movilidad en perspectivas arqueológica e histórica, véase Yigael YADIN: *The Art of Warfare in Biblical Lands in the Light of Archaeological Discovery*, Nueva York, McGraw-Hill, 1963, pp. 4-5; R. Brian FERGUSON: “A Paradigm for the Study of War and Society”, en Kurt RAAFLAUB y Nathan ROSENSTEIN (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*, Washington, Center for Hellenic Studies, Trustees for Harvard University, 1999, pp. 411-412; Claus BOSSEN: “War as Practice, Power, and Processor: A Framework for the Analysis of War and Social Structural Change”, en Ton OTTO, Henrik THRANE y Helle VANDKILDE (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, Aarhus, Aarhus University Press, 2006, p. 93; Richard A. GABRIEL: *Soldiers’ Lives through History: The Ancient World*, Westport (Connecticut)-Londres, Greenwood Press, 2007, pp. 97-109; John KEEGAN: *Historia de la guerra*, Madrid, Turner, 2014 [1993], pp. 234-264, 405-424.

⁵ Véase Kathryn A. BARD: “The emergence of the Egyptian state (c. 3200–2686 BC)”, en Ian SHAW (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 61-88; Stan HENDRICKX y Pierre VERMEERSCH: “Prehistory. From the Palaeolithic to the Badarian Culture (c. 700,000-4000 BC)”, en Ian SHAW (ed.), op. cit., pp. 36-43; Béatrix MIDANT-REYNES: “The Naqada Period (c. 4000-3200 BC)”, en Ian SHAW (ed.), op. cit., pp. 44-60; David WENGROW: *La arqueología del Egipto arcaico. Transformaciones sociales en el noreste de África (10.000-2650 a.C.)*, Barcelona, Bellaterra, 2007 [2006]; Toby WILKINSON: “The Early Dynastic Period”, en Alan B. LLOYD (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, vol. 1, Malden-Oxford, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 48-62; Marcelo CAMPAGNO: “Late Fourth Millennium BCE”, en Wolfram GRAJETZKI y Willeke WENDRICH (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2013, <http://www.escholarship.org/uc/item/9988b193> (consultado por última vez el 12-03-2018); Stan HENDRICKX: “The emergence of the Egyptian state”, en Colin RENFREW y Paul BAHN (eds.), *The Cambridge World Prehistory*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 259-278; Stan HENDRICKX y Dirk HUYGE: “Neolithic and Predynastic Egypt”, en Colin RENFREW y Paul BAHN (eds.), op. cit., pp. 240-258; Alice STEVENSON: “The Egyptian Predynastic and state formation”, *Journal of Archaeological Research*, 24 (2016), pp. 421-468.

II

La guerra ha sido definida como

«un estado o período de hostilidad armada existente entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad.»⁶

Las «acciones» que son tenidas en cuenta en tal definición parecen compatibles con la idea de práctica bélica propuesta por el antropólogo Claus Bossen, esto es: una práctica social consistente en actos de violencia inscritos en redes de sentido, organizados socialmente y que involucran el empleo de cierta tecnología.⁷ Más precisamente, si bien la práctica bélica supone potencialmente la violencia, las «acciones prácticas de individuos y grupos» incluyen también prácticas en sí mismas no violentas pero asociadas de un modo u otro con la realidad o la posibilidad de la violencia, como puede ser «la fabricación de una herramienta de piedra [...] o la construcción de un fuerte».⁸ En este sentido, se ha sugerido que la práctica bélica involucra «acciones acumulativas».⁹ La construcción y el uso de embarcaciones con finalidad o utilidad militar constituyen, de este modo, uno de los elementos que configuran la práctica bélica. Se trata del aspecto de la tecnología asociada a la guerra o a la coerción que, en una situación como la que nos interesa analizar, conecta la capacidad bélica con la movilidad.

Los indicios del empleo de barcas en el Nilo se retrotraen al menos a los períodos Neolítico y Badariense, durante los cuales se han testimoniado modelos de embarcaciones en miniatura que probablemente evoquen el empleo de barcas realizadas con juncos de papiro, acaso vinculadas tanto a la pesca y al cruce de orillas como a la exploración, el transporte y la comunicación a escala local o regional.¹⁰ A partir de Nagada I y comienzos de Nagada II se cuenta con

⁶ Mervyn MEGGITT: *Blood is their Argument. Warfare among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*, Palo Alto, Mayfield, 1977, p. 10.

⁷ Claus BOSSEN: op. cit., pp. 91-93.

⁸ William O. ANGELBECK: "They Recognize No Superior Chief". Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past, Tesis doctoral inédita, The University of British Columbia, 2009, p. 23. Véase Timothy R. PAUKETAT: "Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm", *Anthropological Theory*, 1 (2001), pp. 73-98.

⁹ Elizabeth ARKUSH: "Warfare, Space, and Identity in the South-Central Andes: Constraints and Choices", en Axel E. NIELSEN y William H. WALKER (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*, Tucson, The University of Arizona Press, 2009, p. 217.

¹⁰ Steve VINSON: *Egyptian Boats and Ships*, Buckinghamshire, Shire Publications, 1994, p. 11; Robert PARTRIDGE: *Transport...*, op. cit., pp. 15-16; e Íd.: "Transport...", op. cit., p. 370. El hallazgo en el Sudán central de una piedra decorada con lo que parece ser el motivo de una embarcación, datada hacia el VII milenio a.C., así como la presencia de restos de peces de profundidad en sitios de uso temporario en el valle del Nilo egipcio y sudanés del período Epipaleolítico, han sido relacionados con la posibilidad de inferir un uso temprano de embarcaciones en el Nilo, si bien no se puede ser taxativo al respecto. Véase Wim VAN NEER: "Fishing along the prehistoric Nile", en Lech KRZYŻANIAK y Michał KOBUSIEWICZ

modelos e iconografía que sugieren la presencia de remos laterales que pudieron mejorar el alcance del transporte a lo largo del Nilo y requerir la existencia de una tripulación, es decir, de un grupo humano trasladándose en conjunto y de forma organizada.¹¹

El uso de barcas con remos (presumiblemente construidas con juncos de papiro) que se documenta iconográficamente a partir de la fase Nagada I coincide con el incremento de contactos interregionales testimoniado en el registro arqueológico, principalmente a partir de la distribución de bienes y motivos iconográficos. Ello permite vincular no sólo ambos fenómenos entre sí,¹² sino también con toda forma de movilidad fluvial que tuviera por fin o involucrara el empleo de la violencia entre comunidades o entidades políticas de jefatura. El análisis de otras líneas de evidencia, como los vestigios de armas, pautas defensivas, restos humanos con lesiones e iconografía alusiva a situaciones de violencia bélica o a la práctica de la cacería (actividad con un fuerte simbolismo bélico que en ocasiones aparece asociada también al empleo de embarcaciones), contribuye a inferir el aspecto a veces militar de los contactos sostenidos mediante el uso de la tecnología náutica.¹³

Hacia Nagada II se verifica una parcial estandarización de la imagen de la embarcación con remos laterales y uno o dos refugios o cabinas en la cubierta, presente sobre todo en la cerámica decorada de la fase Nagada IIcd, pero también en representaciones rupestres y en unos pocos modelos en miniatura.¹⁴ Contemporáneamente, se testimonia un trabajo refinado

(eds.), *Late Prehistory of the Nile Basin and the Sahara*, Poznań, Poznań Archaeological Museum, 1989, p. 53; Stan HENDRICKX y Pierre VERMEERSCH: op. cit., p. 35; Béatrix MIDANT-REYNES: *The Prehistory of Egypt. From the First Egyptians to the First Pharaohs*, Oxford, Blackwell Publishing, 2000 [1992], pp. 80, 92; Donatella USAI y Sandro SALVATORI: "The oldest representation of a Nile boat", *Antiquity Project Gallery* (2007), <http://www.antiquity.ac.uk/projgall/usai/> (consultado por última vez el 12-03-2018).

¹¹ Jacques VANDIER: *Manuel d'Archéologie Égyptienne. 1. Les époques de formation, vol. 1. La préhistoire; vol. 2. Les trois premières dynasties*, Paris, Editions A. et J. Picard, 1952, pp. 278-282, 409-413; Björn LANDSTRÖM: *Ships of the Pharaohs. 4000 Years of Egyptian Shipbuilding*, Londres, Allen & Unwin, 1970, pp. 12-13; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 11-12; Stan HENDRICKX: "L'iconographie de la chasse dans le contexte social prédynastique", *Archéo-Nil*, 20 (2010), pp. 110-113; Francis David LANKESTER: *Predynastic and Pharaonic Era Rock Art in Egypt's Central Eastern Desert: Distribution, Datation, Interpretation*, Tesis doctoral, Durham University, 2012, pp. 45-47; Augusto GAYUBAS: "Guerra y sociedad en el valle del Nilo durante los períodos Predinástico y Dinástico Temprano", *Anuario-Escuela de Historia/UNR*, 27 (2015), pp. 91-92.

¹² David WENGROW: *La arqueología...*, p. 50; Alan B. LLOYD: *Ancient Egypt. State and Society*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 44.

¹³ Augusto GAYUBAS: "Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico", en Marcelo CAMPAGNO (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Ediciones del Signo, 2006, pp. 51-73; e íd.: "Warfare and Social Change in Non-state Societies of the Predynastic Nile Valley", *Aula Orientalis. Revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo*, 33:1 (2015), pp. 43-49. Sobre la vinculación simbólica entre la guerra y la cacería durante el período Predinástico, véase Stan HENDRICKX: "Hunting and Social Complexity in Predynastic Egypt", *Koninklijke Academie voor Overzeese Wetenschappen, Mededelingen der Zittingen*, 57:2-4 (2011), pp. 237-263.

¹⁴ Jacques VANDIER: op. cit., pp. 329-356, 410; Björn LANDSTRÖM: op. cit., pp. 11-22; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 12-15; Gregory P. GILBERT: "Some Notes on Prehistoric Decorated Vessels with Boat Scenes", *Bulletin of the Australian Centre for Egyptology*, 10 (1999), pp. 19-37; Francis David LANKESTER: op. cit., pp. 47-48; Dorian VANHULLE: "Le Nil et au-delà. Le bateau et ses implications

de la madera (tanto local como importada) con herramientas de cobre, lo cual ha llevado a sugerir que en esta fase las barcas eran construidas con tablones, según un procedimiento que sería característico del período Dinástico Temprano.¹⁵ Algunas de tales embarcaciones (específicamente aquellas conocidas como *sickle-shaped*, es decir, con forma de hoz) han sido identificadas por Gregory Gilbert como «canoas de guerra» que, si bien no habrían tenido una función exclusivamente militar, habrían sido el medio privilegiado para conducir expediciones de diversa índole, incluyendo aquellas cuyos objetivos fueran bélicos, de control o dominación política o de respaldo armado a movilizaciones de extracción de recursos, exploración e intercambio.¹⁶ En efecto, el mayor número de remos representados en ellas, su presumible construcción con un material más resistente y duradero como la madera y el mayor tamaño (en relación con la fase anterior) inferido a partir de los elementos previamente mencionados, pero también de la presencia de refugios o cabinas y otros implementos en la cubierta, son elementos tenidos en cuenta por aquellos autores que afirman que se trataría de barcas más o menos estandarizadas con capacidad para una mayor tripulación y carga, y por tanto aptas para cubrir más veloz y eficientemente mayores distancias.¹⁷

Una serie de motivos iconográficos que destacan por su composición y por el soporte sobre el que se encuentran, presenta a su vez cierta asociación entre la tecnología naval, el ámbito bélico y ciertas figuras de prestigio o autoridad que parecen evocar a la realeza.

durant le 4e millénaire égyptien”, *Koregos. Revue et encyclopédie multimédia des arts, rapporticle*, 102 (2014), http://koregos.org/fr/dorian-vanhulle_le-nil-et-au-dela (consultado por última vez el 12-03-2018).

¹⁵ Émile MASSOULARD: *Préhistoire et Protohistoire d’Égypte*, París, Institut d’Ethnologie, 1949, pp. 210-211, 235; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, op. cit., pp. 11-15; Robert PARTRIDGE: *Transport...*, op. cit., 16; e Id.: “Transport...”, pp. 374-375; Cheryl WARD: “Boat-building and its social context in early Egypt: interpretations from the First Dynasty boat-grave cemetery at Abydos”, *Antiquity*, 80:307 (2006), pp. 119-121.

¹⁶ Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian Sea Power and the Origin of Maritime Forces*, Canberra, Sea Power Centre, 2008, pp. 8, 11-12. Véase Dorian VANHULLE: “Boat Symbolism in Predynastic and Early Dynastic Egypt: An Ethno-Archaeological Approach”, *Journal of Ancient Egyptian Interconnections*, 17 (2018), p. 179.

¹⁷ Vinson estima que las barcas de este período pudieron tener un tamaño de entre 15 y 17 metros de largo, basándose en la cantidad de remos representados y en el espacio estimado para su manipulación (Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 14-15). Similar sugerencia hace Gilbert, quien sin embargo añade que a lo largo del período Predinástico pudieron ser construidas embarcaciones de hasta 38 metros de longitud (Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 8). De todos modos, tal como reconoce Vinson, la primera evidencia concreta del tamaño de las barcas empleadas en el río Nilo proviene de los enterramientos de barcas de la Dinastía I hallados en cementerios de élite en Abidos, Saqqara, Helwan y Abu Rawash. Las estimaciones a partir del tamaño de las fosas y, allí donde fueron preservadas, de las tablas de madera arrojan una longitud de entre 14 y algo más de 17 metros (Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, op. cit., p. 18; Cheryl WARD: “Boat-building...”, pp. 122-125; Robert PARTRIDGE: “Transport...”, p. 375), es decir, «más o menos el mismo tamaño que sus predecesoras guerzeenses», según el cálculo previamente referido (Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, p. 20). En términos de peso, se ha estimado algo más de una tonelada para las barcas de la Dinastía I documentadas en Abidos, construidas con madera local (Cheryl WARD: “Boat-building...”, p. 125).

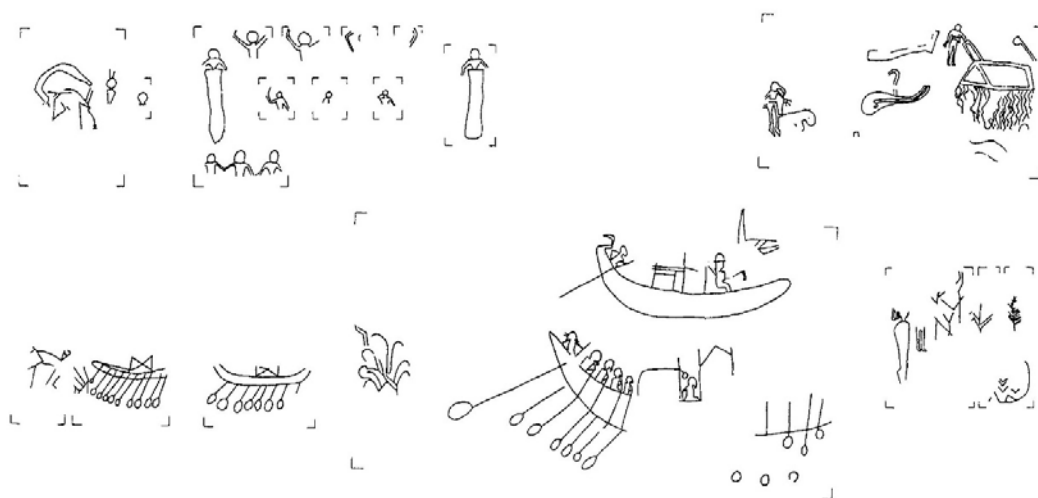


Fig. 1: Motivos del tejido de Gebelein (Bruce B. WILLIAMS y Thomas J. LOGAN: op. cit., fig. 15)

La composición del tejido de Gebelein, un lino pintado del cual sobreviven fragmentos, y que es habitualmente datado hacia la fase Nagada II, incluye el motivo de tres embarcaciones con remos (una de ellas con los remeros incluidos) y una cuarta con un timonel y una figura sentada sobre un trono, adornada con una especie de corona y, según algunas interpretaciones, sosteniendo entre las manos lo que parece ser un mayal (Fig. 1).¹⁸ Los fragmentos sobrevivientes de esta composición que parece conectar la navegación con una figura prestigiosa o regia, no contienen escenas asimilables al conflicto militar. No obstante, el conjunto guarda cierta similitud con la composición de la pintura mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Nagada IIc) (Fig. 2). En ésta, cinco barcas con forma de hoz (sin remos laterales) y una barca con proa elevada configuran una especie de procesión que convive con escenas de violencia: dos personajes armados con bastones, uno de ellos también con un escudo, luchan cuerpo a cuerpo en dos secuencias (o acaso se trate de dos enfrentamientos simultáneos), en una de las cuales uno de ellos aparece de cabeza, recordando la convención egipcia para indicar a un individuo muerto; un personaje destacado por su tamaño se dispone a golpear con un arma (quizás una maza) a otros personajes de menor tamaño, recordando la escena dinástica del rey sometiendo a enemigos que tiene antecedentes también hacia fines de la fase Nagada I; y el motivo del hombre dominando a dos animales salvajes parece evocar el concepto de contención del desorden por el cual serían destacadas las aptitudes cósmicas, políticas y militares del jefe o rey en tanto garante del orden.¹⁹ En ambas composiciones (tejido de Gebelein y Tumba 100) tienen lugar también esce-

¹⁸ Bruce B. WILLIAMS y Thomas J. LOGAN: "The Metropolitan Museum knife handle and aspects of Pharaonic imagery before Narmer", *Journal of Near Eastern Studies*, 46 (1987), pp. 255-256, fig. 15; Gregory P. GILBERT: *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, Oxford, Archaeopress, 2004, p. 86.

¹⁹ James Edward QUIBELL y Frederick W. GREEN: *Hierakonpolis. Part II*, Londres, Quaritch, 1902, pls. LXXV-LXXVIII; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 13-14; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes*

nas de danza y de cacería que han sido identificadas por algunos autores como parte de un ciclo iconográfico-ritual presidido por la procesión de barcas e integrado por los temas de la victoria militar y del sacrificio de un prisionero. Se trate o no, como se ha propuesto, de una forma arcaica y nilótica de la fiesta Sed, lo cierto es que estos testimonios iconográficos parecen constituir alguna clase de conmemoración de la realeza que integra la movilidad fluvial y (al menos en lo que respecta a la Tumba 100) los conceptos de dominio y violencia (evocaciones posibles de la función militar del rey).²⁰

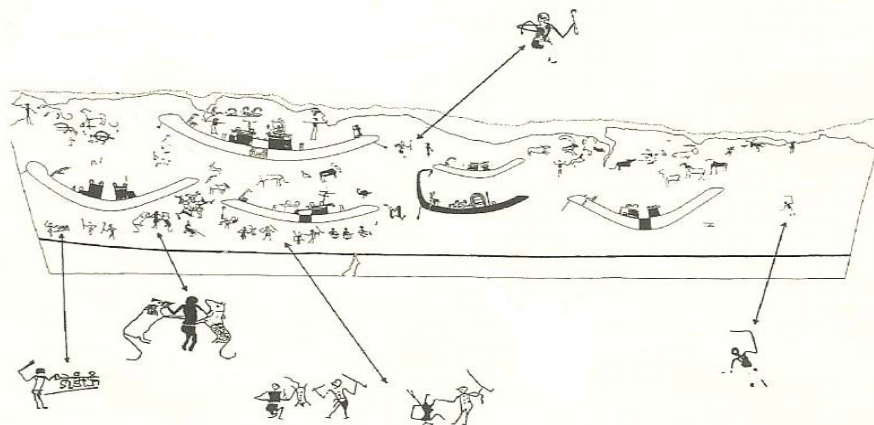


Fig. 2: Decoración mural de la Tumba 100 de Hieracópolis (Josep CERVELLÓ AUTUORI: “La aparición del Estado...”, p. 71).

Otros motivos de la fase Nagada II, pintados sobre recipientes cerámicos o grabados en inscripciones rupestres, presentan a hombres con plumas en la cabeza y armados con bastones, arcos o bumeranes dispuestos sobre embarcaciones. Si bien éstos ofrecen algunas dificultades que no permiten relacionar de un modo directo los ámbitos de la guerra, la tecnología naval y la

a los reyes-dioses. *Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Barcelona, Aula Ægyptiaca, 2002, pp. 173-174. Si bien se ha planteado la posibilidad de que la pintura mural de la Tumba 100 haya sido repintada y “modernizada” hacia Nagada III (Dirk HUYGE: “The Painted Tomb, rock art and the recycling of Predynastic Egyptian imagery”, *Archéo-Nil*, 24 (2014), pp. 93-102), algunas observaciones (como el hecho de que la disposición de los recipientes cerámicos de Nagada IIcd junto al muro decorado no parece haber sido alterada) ha conducido a señalar que tal interpretación “no es enteramente satisfactoria” (Laurel BESTOCK: *Violence and Power in Ancient Egypt: Image and Ideology before the New Kingdom*, Nueva York, Routledge, 2018, p. 38 n. 30).

²⁰ Bruce B. WILLIAMS y Thomas J. LOGAN: op. cit., p. 265; Krzysztof CIAŁOWICZ: “Le plus ancien témoignage de la tradition du heb-sed?”, *Folia Orientalia*, 33 (1997), pp. 39-48; Josep CERVELLÓ AUTUORI: “El rey ritualista. Reflexiones sobre la iconografía del festival de Sed egipcio desde el Predinástico tardío hasta fines del Reino Antiguo”, en Marcelo CAMPAGNO, Julián GALLEGRO y Carlos G. GARCÍA MAC GAW (comps.), *Política y religión en el Mediterráneo antiguo. Egipto, Grecia, Roma*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009, pp. 64-67; e Íd.: “La aparición del Estado y la época Tinita”, en José Miguel PARRA ORTIZ (coord.), *El antiguo Egipto. Sociedad, economía, política*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 73-74; Augusto GAYUBAS: “Warfare and socio-political”, p. 13. En tal clave interpretativa han sido considerados igualmente los motivos del mango de cuchillo del Metropolitan Museum y del incensario de Qustul de la fase Nagada IIIab, a los cuales nos referiremos más abajo.

realeza, no puede descartarse una interpretación en este sentido.²¹ Otro testimonio particularmente elocuente lo constituye el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak, datado hacia Nagada IIcd y cuya proveniencia es desconocida. Se trata de un mango de marfil decorado, en uno de cuyos lados se encuentra grabado el motivo (también presente en la decoración de la Tumba 100 de Hieracómpolis) de un hombre dominando a dos animales salvajes que parece evocar la idea ya referida de la contención del desorden, y en el lado opuesto un combate entablado entre individuos armados con mazas, palos y cuchillos, justo encima de dos hileras de embarcaciones (tres con forma de hoz y dos con casco rectangular) entre medio de las cuales yace un grupo de personajes derrotados.²² La conexión entre el enfrentamiento bélico y el ámbito fluvial parece indiscutible, motivo por el cual algunos investigadores han reconocido en ello los indicios de alguna forma de «conflicto naval» o de la implementación de la tecnología náutica con fines militares (aunque más no fuera para el transporte de contingentes humanos). Vinson señala al



Fig. 3: Motivos del mango de cuchillo de Dyebel el-Arak (Alan B. LLOYD: *Ancient Egypt...*, p. 41).

respecto que «quienquiera que haya ejecutado la imagen de Dyebel el-Arak estaba sin duda familiarizado con la noción de que las embarcaciones podían ser empleadas en la guerra».²³

También se documenta cierta vinculación entre la tecnología naval y la realeza en iconografía de la fase Nagada IIIab que permite inferir aspectos asociados a la dimensión bélica. Por ejemplo, el mango de cuchillo del Metropolitan Museum de Nueva York presenta en uno de sus lados una composición que incluye una barca con casco rectangular con un personaje sentado en ella, tocado con lo que parece ser la corona blanca del Alto Egipto, y tres embarcaciones con forma de hoz, en una de las cuales se halla un indivi-

²¹ Gregory P. GILBERT: "Some Notes...", pp. 19-37; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, p. 154; Stan HENDRICKX: "Checklist of predynastic 'Decorated' pottery with human figures", *Cahiers Caribéens d'Égyptologie*, 3:4 (2002), pp. 29-50.

²² Georges BÉNÉDITE: "Le couteau de Gebel el-Arak, étude sur un nouvel objet préhistorique acquis par le Musée du Louvre", *Monuments et mémoires de la Fondation Eugène Piot*, 22:1 (1916), pp. 1-34; Walter B. EMERY: *Archaic Egypt*, Harmondsworth, Penguin Books, 1961, p. 39.

²³ Steve VINSON: "Boats (Use of)", en Willeke WENDRICH (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, UCLA, 2013, <http://digital2.library.ucla.edu/viewItem.do?ark=21198/zz002gw1hs> (consultado por última vez el 12-03-2018), p. 4. Véase Michael A. HOFFMAN: *Egypt before the Pharaohs*, Nueva York, Barnes & Noble, 1979, p. 340; Ian SHAW: *Egyptian Warfare and Weapons*, Princes Risborough, Shire Publications, 1991, p. 59; Béatrix MIDANT-REYNES: *The Prehistory...*, p. 239; Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 12.

duo barbado, aparentemente arrodillado (Fig. 4a).²⁴ Una serie de grabados rupestres hallados en Nag el-Hamdulab, en la zona de Aswan, al oeste del Nilo, presenta escenas de procesiones de barcas en una de las cuales aparece un personaje tocado con la corona blanca del Alto Egipto y en otra lo que parece ser la representación de individuos armados con arcos y un prisionero (Figs. 4c-d).²⁵ Uno de los grabados rupestres de Dyebel Sheikh Suleiman, a la altura de la segunda catarata del Nilo en la Baja Nubia, está compuesto por un grupo de personajes derrotados y un prisionero atado de manos (posiblemente atravesado por un proyectil) representados junto a una embarcación, más allá de la cual se halla representado otro prisionero junto a un *serej* (signo que solía contener el nombre del rey), al parecer conmemorando la victoria militar de un monarca egipcio sobre enemigos nubios (Fig. 4b).²⁶

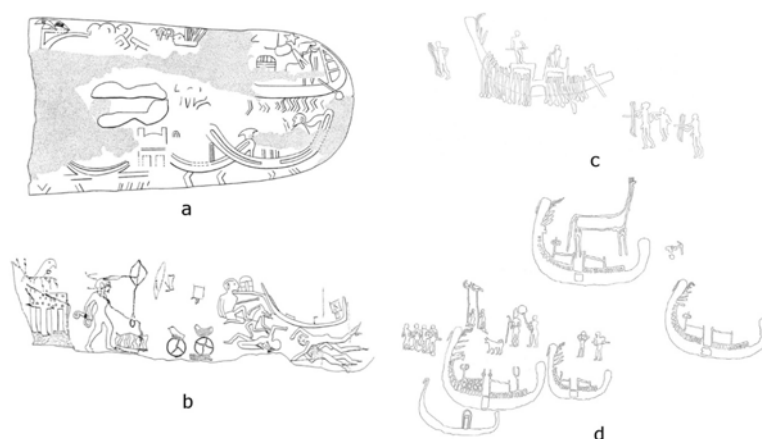


Fig. 4: a) Mango de cuchillo del Metropolitan Museum (Bruce B. WILLIAMS y Thomas J. LOGAN: op. cit., fig. 1); b) Grabado rupestre de Dyebel Sheikh Suleiman (William J. MURNANE; op. cit., p. 285; c) y d) Grabados rupestres de Nag el Hamdulab (Stan HENDRICKX, John Coleman DARNELL y Maria Carmela GATTO: op. cit., figs. 7, 11).

Lo significativo de la fase Nagada IIIab es que durante ella se documenta iconográficamente el empleo de velas. Un primer testimonio, datado entre fines de Nagada II y Nagada III, corresponde a una cerámica decorada que contiene el motivo de una barca con proa y popa

²⁴ Bruce B. WILLIAMS y Thomas J. LOGAN: op. cit., pp. 246-249. Como hemos señalado más arriba, esta composición ha sido también integrada en la interpretación de un ciclo iconográfico-ritual predinástico que conectaría la celebración de la realeza (en sus aspectos ritual y militar) con la procesión de barcas.

²⁵ Stan HENDRICKX, John Coleman DARNELL y Maria Carmela GATTO: "The earliest representations of royal power in Egypt: the rock drawings of Nag el-Hamdulab (Aswan)", *Antiquity*, 86:334 (2012), p. 1076, figs. 7, 11.

²⁶ William J. MURNANE: "The Gebel Sheikh Suleiman monument: Epigraphic remarks", *Journal of Near Eastern Studies*, 46 (1987), pp. 282-285. Algunos autores han propuesto datar esta inscripción hacia la Dinastía I. Al respecto, véase Claire SOMAGLINO y Pierre TALLET: "Une campagne en Nubie sous la Ire dynastie: la scène nagadienne du Gebel Sheikh Suleiman comme prototype et modèle", *Nehet. Revue numérique d'Égyptologie*, 1 (2014), pp. 1-46; e Íd.: "Gebel Sheikh Suleiman: a First Dynasty relief after all...", *Archéo-Nil*, 25 (2015), pp. 123-134.

elevadas y una vela rectangular.²⁷ Otro indicador proviene de la representación de tres embarcaciones similares a la del recipiente cerámico, una de ellas con una vela, grabadas en un incensario hallado en el cementerio L de Qustul correspondiente a la fase final del Grupo A de la Baja Nubia, contemporáneo de la fase Nagada IIIb. Significativamente, este incensario incluye el motivo de la corona blanca que representaría a la realeza del Alto Egipto y que parece adornar a un personaje situado en una de las embarcaciones (aunque el artefacto se encuentra dañado en dicha parte) y lo que parece ser un prisionero arrodillado y con las manos atadas por la espalda en la embarcación que contiene la vela (Fig. 5).²⁸

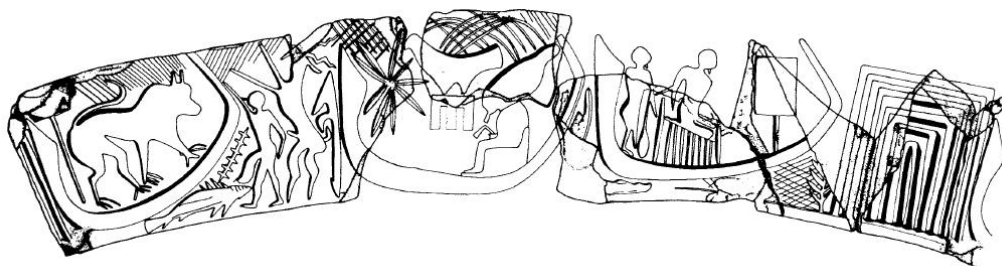


Fig. 5: Motivo reconstruido del incensario de la tumba L24 de Qustul (Bruce B. WILLIAMS: op. cit., pl. 34).

Ciertamente, en un período de expansión política, el testimonio del uso de velas es indicativo del aprovechamiento de los vientos del norte para un viaje más eficiente río arriba por el Nilo. Los cálculos náuticos arrojan una velocidad de entre un nudo (1,852 kilómetros por hora) y cuatro nudos (7,4 kilómetros por hora) para el tránsito por el Nilo durante la época dinástica, dependiendo del tipo de embarcación, la dirección del viaje y el nivel del río. De este modo, el viaje río abajo desde Elefantina hasta el Delta, aprovechando la corriente del río, debía tomar entre dos o tres semanas y dos meses, dependiendo en parte de la estación del año (durante la inundación la navegación sería más rápida que durante la estación seca). El tránsito río arriba, en cambio, habría sido más bien lento antes de la introducción de la vela.²⁹ Por otro lado, el

²⁷ Björn LANDSTRÖM: op. cit., p. 13; Robert PARTRIDGE: "Transport...", fig. 20.1b. Si bien este testimonio ha sido puesto en duda por autores que no lo consideran un artefacto predinástico genuino, diversos investigadores han apostado por su autenticidad. Véase, respectivamente, David WENGROW: "Predynastic art", en Willeke WENDRICH (ed.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, UCLA, 2009, <https://escholarship.org/uc/item/5gk265x0> (consultado por última vez el 12-03-2018), p. 2; Dirk HUYGE y John Coleman DARNELL: "Once more British Museum EA35324", *Göttinger Miszellen: Beiträge zur ägyptologischen Diskussion*, 225 (2010), pp. 71-74.

²⁸ Bruce B. WILLIAMS: *The A-Group Royal Cemetery at Qustul: Cemetery L*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 1986, pp. 138-145, pls. 34, 38; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 15-16; e íd.: "Boats...", p. 2.

²⁹ Fekri HASSAN: "The Gift of the Nile", en David P. SILVERMAN (ed.), *Ancient Egypt*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1997, p. 16; Robert B. PARTRIDGE: "Transport...", pp. 370-371; Heidi KÖPP-JUNK: "Travel", en Elizabeth FROOD y Willeke WENDRICH (eds.), *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles, University of California, 2013, p. 13, <https://escholarship.org/uc/item/3945t7f7>

empleo de barcas más allá de la primera catarata en el sur debió tener sus dificultades para las poblaciones que habitaban el Alto Egipto, sobre todo si sus barcas empleaban remos.³⁰ En cualquier caso, no sería aventurado pensar que el uso de velas fuera aprovechado en alguna medida para la navegación más allá de la primera catarata, al menos durante la estación de la inundación, en la cual este tramo del río sería más navegable (ello explicaría que uno de los primeros testimonios disponibles de este implemento náutico provenga de la Baja Nubia, sea que represente una tecnología de la élite local de Qustul o retome una característica de las élites del Alto Egipto). De todos modos, según sugieren representaciones posteriores de velas en barcas de los registros cerámico y rupestre, la vela se emplearía para navegar a lo largo del Nilo propiamente egipcio y, tal vez, en las costas marítimas.³¹

Tampoco puede descartarse que se dependiera de alguna clase de técnica de desmontado para sortear los rápidos de la primera catarata del Nilo, como se presume que debió hacerse con los componentes de embarcaciones que pudieron ser transportados desde el valle hasta la costa del mar Rojo por medio de los wadis del desierto, según un modelo que sería empleado durante la época dinástica.³² Quizás una política tal en momentos de expansión de las dinámicas estatales pudo gestionarse desde Elefantina, punto desde el cual se presume que en tiempos dinásticos se enviaba apoyo naval a expediciones dirigidas hacia el sur (incluso cuando existían puestos fronterizos más meridionales, como es el caso de los fuertes característicos del Reino Medio).³³ Alternativamente, puede considerarse la posibilidad de que se empleara alguna clase de pista deslizante como la que sería construida mucho tiempo después (durante el Reino Medio) en torno a Mirgissa con el objetivo de sortear el tramo menos navegable de la segunda catarata³⁴.

Hacia la Dinastía I aparecen los primeros enterramientos de barcas documentados en torno a tumbas de reyes e individuos de la élite. Si bien en la mayoría de ellos no se han preservado las embarcaciones, los restos que han subsistido (particularmente en Abidos y en Abu Rawash), sumados al tamaño de los enterramientos, han permitido estimar la composición y

(consultado por última vez el 24-10-2018); John P. COOPER: *The Medieval Nile. Route, Navigation, and Landscape in Islamic Egypt*, El Cairo-Nueva York, The American University in Cairo Press, 2014, pp. 160-161.

³⁰ David WENGROW: *La arqueología...*, pp. 32, 50; Sarah PARCAK: "The Physical Context of Ancient Egypt", en Alan B. LLOYD (ed.), op. cit., p. 6.

³¹ Steve VINSON: "Boats...", p. 2; Francis David LANKESTER: op. cit., pp. 48, 193-194.

³² Cheryl WARD: "Boat-building...", p. 126; e íd.: "Building pharaoh's ships: Cedar, incense and sailing the Great Green", *British Museum Studies in Ancient Egypt and Sudan*, 18 (2012), pp. 221-223; Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, pp. 2, 145 n. 91.

³³ Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, pp. 57-58.

³⁴ Pearce Paul CREASMAN y Noreen DOYLE: "Overland Boat Transportation During the Pharaonic Period: Archaeology and Iconography", *Journal of Ancient Egyptian Interconnections* 2:3 (2010), pp. 19-20. Escenas de embarcaciones siendo remolcadas han llamado la atención sobre lo que pudo ser una práctica náutica de propulsión o botadura, o bien un modo de sortear dificultades como las cataratas del Nilo (acaso mediante el uso de pistas deslizantes) o el acceso al mar Rojo a través de los wadis del desierto. Véase Björn LANDSTRÖM: op. cit., p. 16, fig. 44; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, p. 14, fig. 6; Francis David LANKESTER: op. cit., pp. 198-200, 214-215.

tamaño de estos medios de transporte: barcas de entre 14 y algo más de 17 metros de longitud (si bien los restos más antiguos, hallados en Abu Rawash, no superan los 6,54 metros de longitud), construidas mediante la unión de tablones de madera. Una de las técnicas de construcción debió consistir en una combinación de ensamblaje de caja y espiga y ligadura con cuerdas de lino y papiro, mientras que otra parece haber dependido solamente de las ligaduras. Esto último debió hacer viable que los tablones fueran desarmados y vueltos a ensamblar, por ejemplo para transportar las embarcaciones desde el valle hasta la costa del mar Rojo, o bien para sortear la primera catarata del Nilo.³⁵ El uso funerario de estas barcas de madera señala su utilidad ritual, pero una lectura comparada con los testimonios iconográficos y textuales contemporáneos y de períodos posteriores permite relacionar dicha tecnología con las capacidades navales del Estado, orientadas también al transporte, el intercambio (incluyendo la obtención de maderas más aptas para la construcción de embarcaciones grandes y resistentes, concretamente el cedro del Líbano, al cual se accedió probablemente por vía marítima desde el período Dinástico Temprano), la recolección de tributos y la actividad militar.³⁶

Sobre la actividad bélica, podemos señalar que algunos autores han interpretado la embarcación representada sobre las hileras de enemigos decapitados en el reverso de la Paleta de Nármer de comienzos de la Dinastía I como un indicio de la relación existente entre las actividades naval y militar.³⁷ Si bien no existe acuerdo sobre dicha lectura, la relación establecida entre ambas esferas parece razonable si se considera dicho artefacto como una conmemoración de la unificación, es decir, de la forma simbólica que adquirió la expansión política conducida a lo largo del recorrido del río Nilo. Por su parte, la Piedra de Palermo (compilación de anales reales compuesta en la Dinastía V) contiene una interesante referencia escrita que parece apuntar a un uso militar de las embarcaciones, concretamente un viaje en una barca atribuido al

³⁵ Zaki Yusef SAAD: *Royal Excavations at Helwan*, El Cairo, Institut Français d'Archéologie Orientale, 1951, p. 41; Walter B. EMERY: op. cit., p. 54; Björn LANDSTRÖM: op. cit., p. 25; Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, pp. 17-20; David O'CONNOR: "Boat Graves and Pyramid Origins. New Discoveries at Abydos, Egypt", *Expedition*, 33:3 (1991), pp. 5-15; Cheryl WARD: "Boat-building...", pp. 118-129; Yann TRISTANT et al.: «Barques sur le Nil...» Le mastaba M06 d'Abou Rawach et sa barque funéraire (I^{re} dynastie, règne de Den): découverte de la plus ancienne embarcation égyptienne actuellement conservée en Égypte", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 114:2 (2014), pp. 563-588. También han sido hallados restos de una embarcación de 17 metros de longitud en un enterramiento en Abusir, tentativamente asociados por los excavadores a una mastaba de fines de la Dinastía III.

³⁶ Steve VINSON: *Egyptian Boats...*, p. 20; Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 15; Dorian VANHULLE: "Le Nil...". Sobre las relaciones del Estado egipcio y el Líbano durante el período Dinástico Temprano, véase Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic Egypt*, Londres, Routledge, 1999, pp. 160-162; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, p. 216; David WENGROW: *La arqueología...*, pp. 183-186; Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 85.

³⁷ Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 31; Cheryl WARD: "Boat-building...", p. 127; Alan B. LLOYD: op. cit., p. 51. Otros autores ven en cambio una referencia religiosa (la barca solar) o de consagración («Horus el único en su barca»), entre otras interpretaciones posibles. Véase Béatrix MIDANT-REYNES: *Aux origines de l'Égypte. Du Néolithique à l'émergence de l'État*, París, Fayard, 2003, p. 357; David O'CONNOR: "The Narmer Palette: A New Interpretation", en Emily TEETER (ed.), *Before the Pyramids. The Origins of Egyptian Civilization*, Chicago, The Oriental Institute of the University of Chicago, 2011, p. 152.

reinado de Den, de la Dinastía I, que parece culminar en el ataque a una localidad no identificada. La entrada reza: «viajando río abajo en barca (a las ciudades de) Sah?-nisut (y) Wer-ka». La representación de un hombre atacando el determinativo de ciudad de la localidad de Wer-ka sugiere el sentido militar del viaje (Fig. 6).³⁸

Algunos títulos de funcionarios que parecen haber tenido una relación de cercanía o dependencia personal con el rey (identificados como «seguidor del rey» o «conocido del rey»), sugieren un control centralizado de la administración de ciertas embarcaciones y sus tripulaciones: Merka de la Dinastía I ostentó, entre otros, el título de «comandante del barco (o la flota) del rey», y Aaajty de la Dinastía III los títulos de «administrador de tripulaciones» y «comandante de (...) en la flota». ³⁹ No obstante, no parece documentarse una relación directa entre tales actividades y el ámbito de la guerra, si bien Merka se habría desempeñado también como «administrador del distrito del desierto», función posiblemente defensiva u ofensiva en una región de frontera, y Aaajty pudo haber cumplido funciones de supervisión o reclutamiento de contingentes humanos, según sugiere una de las interpretaciones posibles para el título de «grande de los diez (o de las decenas) del Alto Egipto». ⁴⁰ En cualquier caso, tales referencias advierten sobre la viabilidad de pensar que diversas escenas de guerra y dominación del período que no exhiben vinculación con embarcaciones pudieron evocar acciones no obstante asociadas al control estatal de estos medios de transporte, los cuales pudieron ser empleados menos para entablar conflictos navales que para trasladar grupos humanos de modo complementario o alternativo a modalidades de movimiento por vía terrestre. Es pertinente, en este sentido, la advertencia de Heidi Köpp-Junk respecto de que las biografías, inscripciones de expedición y otros documentos similares de la época dinástica no se centran en el viaje en sí mismo, siendo éste a menudo mencionado sólo al pasar, por lo cual resulta comprensible que la información escrita e iconográfica sobre las modalidades de viaje sea «más bien fragmentaria», más aún en una época temprana como la que nos ocupa. ⁴¹

En relación con la recolección de tributos, las inferencias merecen ser consideradas debido al hecho de que el empleo de la tecnología naval para el ejercicio o la amenaza de la violencia se pudo vincular tanto con la función militar como con la dimensión del control interno, aspecto particularmente importante en el contexto de una dominación centralizada sostenida a lo largo del Alto y el Bajo Egipto. Al respecto, la referencia en la Piedra de Palermo al año de «seguir a Horus» (*šms hr*) durante varios reinados de las primeras tres dinastías sugiere la existencia de «un viaje emprendido por el rey o sus funcionarios a intervalos regulares con el propósito de

³⁸ Toby WILKINSON: *Royal Annals of Ancient Egypt. The Palermo Stone and its Associated Fragments*, Londres, Routledge, 2000, p. 116.

³⁹ Wolfgang HELCK: *Untersuchungen zur Thinitenzeit*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1987, pp. 232, 251-252; Pierre-Marie CHEVEREAU: "Contribution à la prosopographie des cadres militaires de l'Ancien Empire et de la Première Période Intermédiaire. B – Titres nautiques", *Revue d'Égyptologie*, 40 (1989), pp. 21, 28.

⁴⁰ Wolfgang HELCK: op. cit., pp. 231, 249; Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, p. 143. Véase Henry G. FISCHER: "A Scribe of the Army in a Saqqara Mastaba of the Early Fifth Dynasty", *Journal of Near Eastern Studies*, 18:4 (1959), pp. 265-266.

⁴¹ Heidi KÖPP-JUNK: "Travel", pp. 1-2.

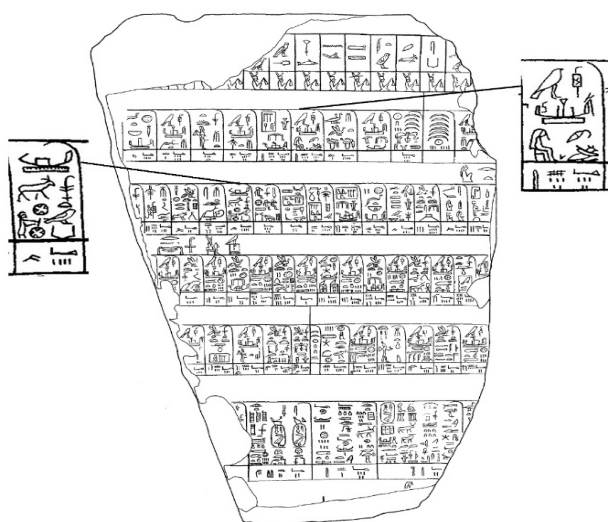


Fig. 6: Reproducción de la Piedra de Palermo con detalle de años de reinado de Dyer y Den (a partir de Toby WILKINSON: *Royal Annals...*, fig. 1).

va del Estado egipcio, toda vez que las aves-*rejit* simbolizan a los súbditos (Fig. 6).⁴⁵ Un testimonio temprano de este tipo de práctica lo constituyen los grabados de Nag el-Hamdulab a los cuales ya hemos hecho referencia, datados hacia Nagada IIIb. Estos no sólo contienen escenas asociadas a rituales regios en cuyo centro aparecen embarcaciones y, al menos en una de ellas, lo

recaudar impuestos».⁴² El carácter náutico del viaje es sugerido por el empleo de una embarcación como determinativo.⁴³ Por otro lado, según señala Wilkinson,

«el jeroglífico para *šms*, ‘seguir’, empleado en este contexto, representa un instrumento estrechamente asociado a la diosa Mafdet, y puede ser interpretado como el equipamiento de un ejecutor.»⁴⁴

Ello asociaría este tipo de acontecimiento a la capacidad de coerción de la élite estatal. Una referencia conjunta al año de «seguir a Horus» y a la presencia de «*rejit* decapitados muertos» en una entrada del reinado de Dyer de la Dinastía I en la Piedra de Palermo también parece vincular de algún modo las actividades tributaria y coerciti-

⁴² Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, p. 220. Véase Wolfgang HELCK: op. cit., p. 87; John BAINES: “Origins of Egyptian kingship”, en David O’CONNOR y David P. SILVERMAN (eds.), *Ancient Egyptian kingship*, Leiden, Brill, 1995, p. 126; Toby WILKINSON: *Royal Annals...*; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, pp. 244-245; Heidi KÖPP: “Reisen in prädynastischer Zeit und Frühzeit”, en Eva-Maria ENGEL, Vera MÜLLER y Ulrich HARTUNG (eds.), *Zeichen aus dem Sand. Streiflichter aus Ägyptens Geschichte zu Ehren von Günter Dreyer*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2008, p. 408; Eva-Maria ENGEL: “The Organisation of a Nascent State: Egypt until the Beginning of the 4th Dynasty”, en Juan Carlos MORENO GARCÍA (ed.), *Ancient Egyptian Administration*, Leiden-Boston, Brill, 2013, p. 27.

⁴³ Jac. J. JANSSEN: “The early state in ancient Egypt”, en Henry J. M. CLAESSEN y Peter SKALNÍK (eds.), *The Early State*, La Haya, Mouton, 1978, p. 221. Una serie de etiquetas de los reinados de Den, Semerjet y Qaa, de la Dinastía I, contienen similares referencias a la práctica de «seguir a Horus» con la correspondiente imagen de una embarcación (William Matthew Flinders PETRIE: *The Royal Tombs of the First Dynasty. 1900. Part I*, Londres, The Egypt Exploration Fund-Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.-Quaritch, 1900, pls. XII.1-2, XVII.26, XVII.29; Wolfgang HELCK: op. cit., pp. 162-164).

⁴⁴ Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, p. 220.

⁴⁵ Andrés DIEGO ESPINEL: *Etnicidad y territorio en el Egipto del Reino Antiguo*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2006, p. 188. Sobre la «capacidad de coerción» del Estado egipcio durante comienzos de la época dinástica véase Marcelo CAMPAGNO: “Coercion, creation, intervention: three capacities of the early Egyptian state”, en Elizabeth FROOD y Angela MCDONALD (eds.), *Decorum and experience. Essays in ancient culture for John Baines*, Oxford, Griffith Institute, 2013, pp. 214-219.

que parece ser la conmemoración de algún tipo de victoria militar o situación de dominación, sino que incluyen una inscripción jeroglífica que ha sido traducida como «seguimiento náutico», entendido como una forma temprana del ritual de «seguir a Horus» que vincularía la celebración territorial de la realeza con la recolección de tributos, y todo ello con la tecnología naval.⁴⁶ Esta forma de expresión de la «dominación regia sobre los humanos potencialmente caóticos»⁴⁷ conectaría pues el ámbito ritual, el transporte fluvial y el ejercicio de la violencia, desdibujando a su vez los límites entre las dimensiones externa e interna de la coerción estatal en un período de expansión política.

Por otro lado, podemos señalar que si las representaciones de embarcaciones en grabados rupestres del desierto oriental plantean la posibilidad de que este tipo de tecnología fuera usado en la costa del mar Rojo, se asocie ello o no a contingentes armados, se puede a la vez suponer la navegación en la costa del mar Mediterráneo a partir de los contactos entablados con el Líbano (fuente de madera de cedro que debió servir para construir algunas de las grandes embarcaciones utilizadas a su vez para la navegación marítima); esto último es sugerido por la existencia de inscripciones que hacen referencia a maderas, aceites y resinas originarios del Líbano en objetos egipcios de las primeras tres dinastías, así como por la presencia en Biblos de un recipiente de piedra que contiene el nombre del rey Jasejemuy de la Dinastía II.⁴⁸ En ambos mares, si bien la tecnología náutica presumiblemente empleada no debió estar asociada necesariamente a un dispositivo militar, el tipo de actividad a la que debió servir (orientada al intercambio y/o a la extracción de materias primas) pudo involucrar la existencia de alguna forma de respaldo armado.⁴⁹

⁴⁶ Stan HENDRICKX, John Coleman DARNELL y Maria Carmela GATTO: op. cit., pp. 1080-1081, fig. 11; John Coleman DARNELL: "The Early Hieroglyphic Annotation in the Nag el-Hamdulab Rock Art Tableaux, and the Following of Horus in the Northwest Hinterland of Aswan", *Archéo-Nil*, 25 (2015), pp. 19-43. Para una lectura distinta de la inscripción jeroglífica de Nag el-Hamdulab, véase Matthieu BEGON: "Aux origines de l'exploitation pharaonique des carrières d'assouan? Retour sur la lecture de l'inscription du bas-relief de Nag el-Hamdulab (NH 7, tableau 7a)", *Archéo-Nil*, 26 (2016), pp. 173-183, quien sin embargo reconoce, en un personaje sosteniendo lo que parece ser un cuenco sobre su cabeza, una práctica de tributación.

⁴⁷ Stan HENDRICKX, John Coleman DARNELL y Maria Carmela GATTO: op. cit., p. 1081.

⁴⁸ Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, pp. 92, 160-162; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, p. 216; Cheryl WARD: "Boat-building...", p. 126; e íd.: "Building pharaoh's ships...", p. 220; David WENGROW: *La arqueología...*, p. 185; Karin N. SOWADA: *Egypt in the Eastern Mediterranean during the Old Kingdom. An Archaeological Perspective*, Friburgo-Gotinga, Academic Press-Vandenhoeck & Ruprecht, 2009, pp. 37-38. De acuerdo con Kay Prag, «los vientos y las corrientes en el Mediterráneo sudoriental favorecerían a los egipcios en un viaje tal, especialmente durante los meses de verano» (Kay PRAG: "Byblos and Egypt in the fourth millennium BC", *Levant*, 18 (1986), pp. 59-60).

⁴⁹ Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 34.

III

Lo que permiten inferir los indicios considerados en el presente trabajo es que la tecnología náutica pudo ser empleada a lo largo de los períodos que nos ocupan para el transporte de grupos humanos en el marco de expediciones tanto de extracción, exploración o intercambio como de carácter bélico.⁵⁰ Considerados en relación con otros testimonios del ejercicio de la violencia y del empleo de tecnología orientada a la actividad militar (armamento, pautas o estructuras defensivas), así como a la luz de analogías etnográficas y comparaciones históricas, tales indicios ofrecen información de interés acerca de la relación entre la forma de practicar la guerra y los patrones de movilidad en los distintos períodos de análisis.

En lo que respecta a las sociedades no estatales de los períodos Neolítico y comienzos del Predinástico (Badariense-Nagada I-IIIb), la existencia de un armamento constituido tanto por armas para la ejecución o el combate cuerpo a cuerpo (mazas, hachas, cuchillos) como por proyectiles (lanzas, flechas), sumada a los indicios de heridas provocadas por dichas armas (restos humanos con lesiones) y a la presencia de criterios defensivos basados principalmente en las condiciones ventajosas del terreno (ubicación de áreas de residencia en lugares naturalmente defensivos) y en eventuales construcciones de fosos, palizadas o en algún caso murallas (según sugiere un modelo en miniatura de la fase Nagada I), permite señalar como compatibles estos escenarios con lo testimoniado etnográficamente en contextos sociales cuyas pautas de organización social presentan algún grado de afinidad que habilita la comparación.⁵¹

De este modo, siguiendo observaciones etnográficas y análisis interculturales correspondientes a sociedades no estatales de diversos contextos geográficos e históricos, no resulta aventurado reconocer como plausible la preponderancia de incursiones sorpresivas y emboscadas, acciones bélicas que pudieron ser más comunes o frecuentes que eventuales batallas, acaso más reguladas y menos letales.⁵² A estas prácticas en las que los grupos humanos coordinados colectivamente o con arreglo a alguna figura de liderazgo debieron emprender ataques seguidos de inmediatas retiradas (no por eso carentes de efectos destructivos) y/o combates orientados menos a la aniquilación del enemigo que a la demostración o medición de fuerzas, se debió añadir hacia al menos fines de la fase Nagada I, la captura y ejecución de prisioneros. Así lo sugieren los motivos en vasos cerámicos en los cuales ciertos personajes que parecen detentar alguna clase

⁵⁰ Michael A. HOFFMAN: op. cit., p. 342; William J. HAMBLIN: *Warfare in the Ancient Near East to 1600 BC. Holy Warriors at the Dawn of History*, Londres-Nueva York, Routledge, 2006, p. 326.

⁵¹ Augusto GAYUBAS: "Guerra y sociedad...", p. 93. Sobre los testimonios arqueológicos e iconográficos de armas y patrones defensivos, y sobre la evidencia osteológica e iconográfica de violencia bélica, véase Augusto GAYUBAS: "Warfare and Social Change...", pp. 45-47.

⁵² Gregory P. GILBERT: *Weapons...*, pp. 27-28; Augusto GAYUBAS: "Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal", en Marcelo CAMPAGNO (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 153-158. Véase, por ejemplo, Lawrence H. KEELEY: *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 65-67; Azar GAT: "The Pattern of Fighting in Simple, Small-Scale, Prestate Societies", *Journal of Anthropological Research*, 55:4 (1999), p. 566; Keith F. OTTERBEIN: "A History of Research on Warfare in Anthropology", *American Anthropologist*, New Series, 101:4 (1999), p. 800; John KEEGAN: op. cit., pp. 136-149.

de estatus o liderazgo blanden un arma (probablemente una maza) sobre la cabeza de personajes de menor tamaño, o bien sostienen a dichos personajes mediante lazos. Este tipo de imagen, que se documenta en una fase caracterizada por la presencia de indicios de jerarquización socio-política asimilables a la categoría de sociedades de jefatura, tiene una mayor presencia iconográfica en los contextos estatales posteriores. Así pues, una práctica que pudo responder a las exigencias de un jefe prestigioso (la búsqueda u obtención, a través de la guerra, de bienes y/o cautivos, de la cual existen testimonios históricos y etnográficos en otras situaciones histórico-sociales) pudo constituirse en uno de los atributos de la estatalidad y del ejercicio monopólico de la violencia, formalizado iconográficamente en la escena del sometimiento ritual del enemigo.⁵³

En contextos no estatales, pues, la relación entre tecnología náutica y guerra parece haber estado enmarcada en el principio centrífugo de las guerras de ataque y retirada que habrían caracterizado a las comunidades de aldea de los períodos Neolítico y Badariense. La práctica bélica operaría aquí como expresión extrema de un antagonismo inherente a la identificación de parentesco que regularía la trama social en el interior de tales comunidades.⁵⁴ Sin sustraerse a tal lógica de organización social, la guerra pudo a su vez contribuir a la conformación de entidades políticas ampliadas (sociedades de jefatura) mediante la estipulación de vínculos de alianza más o menos permanentes y la concentración difusa de las capacidades bélicas (líderes o jefes asociados al ámbito bélico que pudieron procurar, por ejemplo, la captura de prisioneros), todo ello en un contexto de intensificación de los contactos interregionales tanto pacíficos como conflictivos que debieron sostenerse en buena medida en las facilidades ofrecidas por la tecnología náutica (Nagada I-IIIb).⁵⁵

Por su parte, la guerra estatal cuyos indicadores corresponden a fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica se presenta como una guerra que habilita la conquista, que favorece la expansión y el control territorial tanto local como fronterizo y que posibilita la penetración más o menos regular en territorio periférico, así como el dominio político sobre población subordinada. En efecto, el movimiento expansivo que parece intrínseco a la forma estatal se verifica no sólo en los testimonios de repentina dispersión de cultura material y pautas de residencia, enterramiento y expresión simbólica (crecientemente formalizada) duran-

⁵³ Sobre los motivos en vasos cerámicos de Nagada Ic, véase Augusto GAYUBAS: "Warfare and socio-political...", pp. 8-14. Sobre similares motivos en las fases subsiguientes véase E. Christiana KÖHLER: "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en Edwin C. M. VAN DEN BRINK y Thomas E. LEVY (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*, Londres, Leicester University Press, 2002, pp. 499-513. Sobre los testimonios etnográficos e históricos de la búsqueda u obtención de cautivos de guerra por parte de jefes en contextos de jefatura véase Timothy K. EARLE: "Chieftdoms in Archaeological and Ethnohistorical Perspective", *Annual Review of Anthropology*, 16 (1987), p. 297; Elsa M. REDMOND: *Tribal and Chiefly Warfare in South America*, Ann Arbor, University of Michigan, 1994, pp. 25, 30, 39, 47, 51.

⁵⁴ Augusto GAYUBAS: "Pierre Clastres...", pp. 143-162. Sobre el parentesco como lógica de articulación social dominante en las comunidades no estatales del valle del Nilo véase Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, pp. 137-145.

⁵⁵ Augusto GAYUBAS: "Warfare and socio-political...", pp. 14-17.

te Nagada IIcd-IIIab, primero en el Alto Egipto y luego a lo largo del valle y el delta del Nilo, sino también en indicadores de tecnología y agresión vinculados con la actividad bélica.⁵⁶

En tal sentido, el aumento de indicios indirectos del uso de embarcaciones de cierta magnitud que facilitarían el traslado de grupos humanos y el acortamiento de distancias mediante el empleo de la madera como material para su construcción y la disposición de remos, así como también la utilización de velas para el aprovechamiento de los vientos a partir de fines de Nagada II o comienzos de Nagada III, coincide cronológicamente con similar incremento en los testimonios (arqueológicos y, sobre todo, iconográficos) de la construcción de fortificaciones y del ataque a recintos fortificados.⁵⁷ Tanto los requerimientos ofensivos como las necesidades defensivas debieron justificar la asignación de recursos (humanos y materiales) a tales obras de construcción y a la elaboración de tecnología con utilidad militar. De hecho, la seriedad del aspecto violento vinculado a tales dinámicas expansivas se constata no sólo en inscripciones iconográficas y en testimonios de armas y restos humanos con lesiones del período, sino también en indicios del abandono repentino de sitios y regiones que pueden interpretarse como debidos a alguna clase de agresión u hostigamiento sobre la población. Nos referimos, concretamente, al abandono del sitio de Maadi, en el vértice del delta (Nagada IIc); al reemplazo drástico de la cultura material del norte por aquella del sur en Tell el-Farkha y Tell el-Iswid, en el delta oriental (hacia fines de Nagada II y comienzos de Nagada III); y, algo más tarde, durante la Dinastía I, a la destrucción e interrupción en el uso del cementerio real de Qustul, en la Baja Nubia, y a la relativa desaparición del Grupo A del registro material de la región. A ello se añaden los indicios de la destrucción por fuego de un recinto presumiblemente administrativo en Tell el-Farkha, hacia fines de Nagada IIIa.⁵⁸

Pero la dinámica expansiva no parece haber cesado con la constitución del Estado dinástico, si bien parece haber asumido otra forma. Ciertamente, durante las primeras tres dinastías las embarcaciones tendrán un rol activo en el control interno y en el sostenimiento de la

⁵⁶ Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, pp. 164-169, 178-183, 187-198; e Íd.: "In the beginning was the War. Conflict and the emergence of the Egyptian State", en Stan HENDRICKX, Renée F. FRIEDMAN, Krzysztof M. CIAŁOWICZ y Marek CHŁODNICKI (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*, Krakow, 28th August – 1st September 2002, Lovaina, Peeters, 2004, pp. 689-703; Marcelo CAMPAGNO y Augusto GAYUBAS: "La guerra en los comienzos del antiguo Egipto: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres", *Cuadernos de Marte. Revista latinoamericana de sociología de la guerra*, 8 (2015), pp. 25-32.

⁵⁷ Augusto GAYUBAS: "Guerra y sociedad...", pp. 89-90.

⁵⁸ Ibídem, pp. 83-88. Véase Bruce B. WILLIAMS: op. cit., p. 183; Ibrahim RIZKANA y Jürgen SEEHER: *Maadi I. The Pottery of the Predynastic Settlement*, Maguncia, Philipp von Zabern, 1987, p. 78; Sava P. TUTUNDŽIĆ: "Relations between Late Predynastic Egypt and Palestine: Some Elements and Phenomena", en Pierre de MIROSCHEJLI (ed.), *L'urbanisation de la Palestine à l'âge du Bronze ancien. Bilan et perspectives des recherches actuelles*, Oxford, Tempvs Reparatum, 1989, p. 429; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, pp. 188-189; László TÖRÖK: *Between Two Worlds. The Frontier Region between Ancient Nubia and Egypt 3700 BC – AD 500*, Leiden-Boston, Brill, 2009, pp. 53-55; Krzysztof CIAŁOWICZ: "The Predynastic/Early Dynastic Period at Tell el-Farkha", en Emily TEETER (ed.), op. cit., pp. 55-57; Frédéric GUYOT: "The Predynastic Pottery from Tell el-Iswid (Nile Delta). Preliminary Report on the Lower Egyptian Culture Assemblage", *Bulletin de Liaison de la Céramique Égyptienne*, 25 (2015), p. 15.

dominación estatal a lo largo del valle y el delta del Nilo (piénsese, por ejemplo, en la práctica de «seguir a Horus»), y el establecimiento de un recinto fortificado en Elefantina, en el sur, hacia la Dinastía I pareciera cerrar una etapa expansiva mediante la defensa y demarcación del límite meridional del Estado. Sin embargo, las embarcaciones parecen haber sido utilizadas también para penetrar militarmente en la Baja Nubia (según sugieren testimonios arqueológicos e iconográficos de comienzos de la Dinastía I y de la Dinastía II), haciendo del recinto amurallado de Elefantina menos un puesto estratégicamente defensivo que una puerta de acceso al territorio más allá de la primera catarata.⁵⁹

Asimismo, el uso de caravanas de asnos, junto al empleo de embarcaciones realizadas con maderas resistentes como el cedro para la navegación marítima a lo largo de las costas del mar Rojo y el mar Mediterráneo, debió favorecer la obtención de recursos del sur de Palestina, el Sinaí y el Líbano mediante extracción, botín o intercambio allí donde no se estableció una dominación política sostenida. Los indicios iconográficos, arqueológicos y escritos de violencia vinculada con tales regiones (un asentamiento amurallado en Tel es-Sakan, en el sur de Palestina, datado entre Nagada IIIab y comienzos de la Dinastía I; inscripciones iconográficas y textuales en etiquetas y otros objetos, así como en el Sinaí y en la Piedra de Palermo, que refieren el ataque sobre poblaciones y la captura de prisioneros y recursos del sur de Palestina y del Sinaí durante fines del período Predinástico y comienzos de la época dinástica; existencia de armas en asentamientos con presencia egipcia en el sur de Palestina), sugieren el carácter en ocasiones coercitivo de dichas avanzadas.⁶⁰

En tal sentido, tal como advierte Gilbert, el «poder naval» debió no sólo sustentar en buena medida la expansión política que extendió la dominación centralizada a todo lo largo del valle y el delta del Nilo, sino que también debió ser «crítico para la estabilidad y existencia del Estado» a comienzos de la época dinástica, conservando un rol en la captura de tributos (según sugiere el ritual de «seguir a Horus») y en la dimensión expansiva del Estado dinástico una vez constituido, orientado menos a la conquista territorial que a la realización de expediciones con

⁵⁹ Marcelo CAMPAGNO y Augusto GAYUBAS: op. cit., pp. 36-37. La representación de prisioneros nubios en etiquetas de los reinados de Aha y Uadyi de la Dinastía I y en el fragmento de una estela del rey Jasejem de fines de la Dinastía II tiene su correlato arqueológico en el ya mencionado abandono abrupto del cementerio real de Qustul y en la casi total desaparición de indicios materiales del Grupo A de la Baja Nubia durante la Dinastía I, así como también en los presumibles indicios de presencia estatal egipcia en Naga Abu Shanak, entre la primera y la segunda cataratas del Nilo, y en Buhen, en torno a la segunda catarata, hacia la Dinastía II. Véase James Edward QUIBELL y Frederick W. GREEN: op. cit., pp. 47-48, pl. LVIII; Jacques VANDIER: op. cit., p. 834, pl. 558; Zbyněk ŽÁBA: *The Rock Inscriptions of Lower Nubia (Czechoslovak Concession)*, Praga, Charles University of Prague, 1974, pp. 30-31; Bruce B. WILLIAMS: op. cit., p. 183; Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, pp. 180-181; Günter DREYER et al.: "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 13./14./15. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo*, 59 (2003), pl. 18f. Sobre Buhen véase también David O'CONNOR: *The Old Kingdom Town at Buhen*, Londres, Egypt Exploration Society, 2014, quien rechaza, sin embargo, la idea de una presencia egipcia durante la Dinastía II.

⁶⁰ Toby A. H. WILKINSON: *Early Dynastic...*, op. cit., pp. 151-162; Marcelo CAMPAGNO: *De los jefes-parientes...*, pp. 218-219; Marcelo CAMPAGNO y Augusto GAYUBAS: op. cit., pp. 35-36 (con bibliografía).

finés –siquiera parcialmente– extractivos.⁶¹ Vale señalar que en esta época se documenta por primera vez, en la inscripción de un sello de fines de la Dinastía II, la referencia a un astillero (más concretamente a un «portador del sello del astillero»), mientras que la Piedra de Palermo sitúa en esta misma dinastía la construcción regia de una embarcación.⁶² La existencia de una infraestructura para la construcción centralizada de embarcaciones debió formar parte, pues, de las pautas de concentración económica y especialización productiva que parecen haber estado presentes en el valle desde el momento de emergencia de núcleos estatales y cuya consolidación e intensificación parece verificarse a partir de las primeras tres dinastías.

En suma, los testimonios considerados en el presente trabajo abonan la idea de que la tecnología náutica estuvo asociada al conflicto bélico desde al menos comienzos del período Predinástico, acaso en relación con algunas de las incursiones características de las comunidades aldeanas y, especialmente, con los conflictos que debieron tener lugar en el marco de las sociedades de jefatura de las fases Nagada I-IIab. Sin embargo, los indicios correspondientes a fines del período Predinástico (Nagada IIcd-IIIab) y comienzos de la época dinástica (Dinastías I-III) apuntan hacia la constitución de un «poder naval» vinculado a la expansión estatal, el respaldo armado de expediciones (por ejemplo, orientadas a la extracción de recursos) y la dominación interna, complementario de otras formas posibles de movilidad por vía terrestre. Así, un mismo tipo de tecnología que debió sufrir variaciones a lo largo del tiempo, pudo vincularse de distintos modos con el ámbito bélico. Por un lado, debió responder al principio centrífugo de las comunidades aldeanas reguladas por el parentesco y sustentar en gran medida los contactos pacíficos y conflictivos que debieron acompañar a la emergencia de entidades políticas de jefatura; por otro lado, pudo responder a los requerimientos expansivos y coercitivos de las entidades estatales emergidas en el Alto Egipto y que caracterizarían posteriormente al Estado egipcio.

⁶¹ Gregory P. GILBERT: *Ancient Egyptian...*, p. 43.

⁶² Toby WILKINSON: *Royal Annals...*, pp. 134-135; Silke ROTH: *Die Königsmütter des Alten Ägypten von der Frühzeit bis zum Ende der 12. Dynastie*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2001, pp. 59, 527, Abb. 20.

La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, s. XIX: una panorámica histórica e historiográfica

Military Influence on the Origins of Therapeutic Exercise. Spain and France, 19th Century: An Historic and Historiographical Overview

Rafael Fernández-Sirvent
Universidad de Alicante, España
rafael.fernandez@ua.es

Resumen: El Ejército siempre ha sido una institución de constante experimentación e innovación, un espacio embrionario de nuevas prácticas, algunas de las cuales se generalizaron también en la esfera civil y contribuyeron al progreso de la sociedad. Es el caso de la educación física y de la gimnástica, donde la estrecha colaboración entre militares, educadores y médicos europeos jugó un papel esencial en su afianzamiento como disciplina educativa y, en otra de sus vertientes, como rama especializada en el ámbito médico-sanitario. Desde una perspectiva interdisciplinar, este artículo pretende contribuir al conocimiento del proceso que vinculó los orígenes de la gimnasia moderna –de manera más perceptible en el ámbito militar– con las corrientes médico-higiénicas de la época. Para ello, se realizará una aproximación al objeto de estudio a través de una amplia selección de trabajos historiográficos españoles y franceses, sobre todo, así como de algunas fuentes hemerográficas, archivísticas y bibliográficas procedentes de fondos históricos custodiados en París y en instituciones españolas. Su novedoso enfoque comparativo e interdisciplinar permitirá bosquejar un mapa de continuidades o influencias teórico-prácticas recíprocas entre los dos países vecinos, que puede resumirse en la base castrense común de la que emergen las variantes gimnásticas con fines higiénico-terapéuticos y –aunque aquí no se trate– con fines educativos e instructivo-patrióticos.

Este artículo analiza cómo, sobre los fundamentos teóricos de la Ilustración y de la ciencia moderna, una nueva educación física, gimnástica y moral, cimentada sobre una sólida base fisiológica, anatómica e higiénica, comenzó a calar en las sociedades europeas de finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX. Principalmente, a través de diversas iniciativas gubernamentales, pero también gracias a una serie de iniciativas privadas, algunas de ellas aún poco conocidas. El estudio conjunto de los casos español y francés, en el marco europeo, intenta poner de

relieve el papel determinante que jugaron algunas personalidades militares en la progresiva generalización de la actividad física dirigida en el ámbito castrense y en la sociedad civil, así como en la transferencia de conocimiento sobre la materia en el espacio europeo.

Palabras clave: Gimnástica militar; Gimnasia médica o terapéutica; Francisco Amorós; Ilustración; siglo XIX.

Abstract: The Army has always been at the forefront of experimentation and innovation, a space to test out new practices, some of which have also permeated civil sphere and contributed to the progress of society. This is certainly true of physical education and exercise, where close collaboration between the military, educators and doctors in all Europe played an essential role in consolidating its status as an educational discipline, as well as a specialised branch in the health care and medical field. From an interdisciplinary perspective, the aim of this article is to shed light on the process linking the origin of modern gymnastics - more perceptibly so in the military sphere - to other contemporary medical and hygienic trends. To do so, the subject of the present study shall be approached chiefly through a wide selection of Spanish and French historiographical papers, in addition to newspaper and bibliographic archives from historical collections kept in Paris and various Spanish institutions. This innovative, comparative and interdisciplinary approach will allow us to draw a map of continuities or reciprocal theoretical-practical influences between these two neighbouring countries, resulting in a shared perspective over military exercise from which stem different kinds of exercise for hygienic, therapeutic, educational and even instructive or patriotic purposes, although the latter two will not be tackled here.

This article discusses how, on the basis of the theoretical foundations of the Enlightenment and modern science, a new physical, gymnastic and moral education, based on a thorough physiological, anatomical and hygienic background, began to permeate European societies in the late 18th and during the 19th centuries –mainly through a number of government but also private initiatives, which in some cases have remained unknown up to this day. By studying the Spanish and French cases together, the aim of the present study is to highlight the crucial role played by certain military figures in the progressive generalisation of guided physical activity in the military sphere and also in civil society, as well as in the transfer of knowledge on this subject within the European Union.

Keywords: Military Exercise; Medical or Therapeutic Exercise; Francisco Amorós; Enlightenment; 19th Century

Para citar este artículo: Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, S. XIX: Una panorámica histórica e historiográfica”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 150-169.

Recibido: 21/06/2017

Aprobado: 18/10/2017

La impronta militar en los orígenes de la gimnasia terapéutica. España y Francia, s. XIX: una panorámica histórica e historiográfica

Rafael Fernández-Sirvent
Universidad de Alicante, España
rafael.fernandez@ua.es

Introducción

A lo largo de la historia, el Ejército ha sido una institución de constante experimentación e innovación. Un espacio embrionario de nuevas prácticas, tecnologías y culturas o hábitos que con el tiempo han traspasado la barrera del restringido ámbito castrense para generalizarse y contribuir al progreso de la sociedad en su conjunto. En ocasiones, esa divisoria entre la esfera militar y la civil ha sido menor por erigirse puentes simultáneos entre ambos espacios. Es el caso de la educación física y de la gimnástica, donde la colaboración entre educadores, militares y médicos jugó un papel esencial en su consolidación como disciplina educativa y, en otra de sus vertientes, como rama especializada en el espacio médico-sanitario. Hubo muchos militares de formación ilustrada con vocación pedagógica y otros tantos médicos militares y civiles que concurrieron en diversos establecimientos europeos e hicieron posible, gracias a subvenciones gubernamentales o a iniciativas privadas, su popularización entre la sociedad castrense y, de forma sincrónica, entre las clases medias y altas –la institucionalización de la educación física escolar y del deporte de masas es un fenómeno complejo e intermitente, con notables diferencias regionales a nivel europeo, que se desarrollará más tarde, en los siglos XIX y XX–.¹

Sobre un sustrato teórico ilustrado y al compás de los últimos avances científicos y tendencias higienistas, una nueva educación física y gimnástica arraigó en las sociedades europeas del Diecinueve gracias a la determinación de algunas instituciones estatales, como los ministerios de la Guerra de diversos países, y de varios pioneros que, con esfuerzo y constancia, logra-

¹ Véase: Xavier PUJADAS: “L’aparició d’un nou concepte de lleure. De l’esport elitista a l’esport de masses (1890-1936)”, *Afers*, 49 (2004), pp. 641-656; Antonio S. ALMEIDA: *Historia social, educación y deporte. Lecturas sobre el origen del deporte contemporáneo*, Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2004; Xavier TORREBADELLA-FLIX: “La Educación Física Comparada en España (1806-1936)”, *Social and Education History*, 3-1 (2014), pp. 25-53; Ángel BAHAMONDE: “La escalada del deporte en España en los orígenes de la sociedad de masas, 1900-1936”, en Xavier PUJADAS (coord.): *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España (1870-2010)*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 89-123.

ron poner las bases para la futura profesionalización de la actividad física dirigida en sus distintas vertientes, en función de su finalidad.

Este proceso forma parte de un complejo entramado de subprocesos político-culturales convergentes derivados del pensamiento ilustrado y de las grandes revoluciones liberales, como son la modernización/regeneración de los ejércitos europeos y las políticas nacionalizadoras estatales.² El estudio de los casos español y francés, en el contexto europeo, pretende poner de manifiesto el papel crucial que en el Ochocientos jugaron un elenco de militares ilustrados en la progresiva generalización de la actividad física dirigida en la institución militar y en la sociedad civil. El enfoque comparativo permitirá observar las continuidades e influencias recíprocas habidas entre ambos países.

Para este cometido, consciente de los riesgos que conlleva el análisis “sin fronteras”, se soslayarán los usualmente rígidos compartimentos estancos académicos con la convicción de que se trata de una buena práctica científica para abordar temas que transitan diversas disciplinas. Con tal fin, esta aproximación al objeto de estudio se abordará a través de diversas fuentes primarias y de una amplia selección de trabajos historiográficos relacionados con la historia moderna y contemporánea, la historia de la educación, las ciencias del deporte, la historia de la ciencia y la historia de la medicina física o de la rehabilitación médica –origen de la fisioterapia–, sin desdeñar otras aportaciones científico-sociales. Un sintético punto de encuentro interdisciplinar con un denominador común: la esfera militar.

Este denominador común castrense no resulta aleatorio ni pretende ser encajado a la fuerza. Parte de la idea de que en Europa, durante los siglos XVIII y XIX, se produce un proceso de formación/transformación de una sociedad militar que nutrirá con sus valores y costumbres a la sociedad civil, sobre la que ejercerá una notable influencia. En España, y en otros países europeos, este proceso derivará en un acentuado pretorianismo, en el sentido de que las élites militares tuvieron un papel muy activo en la vida pública y en la dirección política del país, así como una notable presencia en los nuevos espacios de sociabilidad liberales.³ Las academias militares y los gimnasios fueron algunos de esos antiguos y nuevos lugares de sociabilidad. Además, la gimnasia moderna fue militar antes que escolar o higiénica, porque fue en el Ejército donde primero se difundió un tipo de educación del cuerpo metódica y disciplinada

² Véase: Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “Educación física e inicios del proceso nacionalizador en las monarquías española y francesa del siglo XIX. Una aproximación comparativa con el caso alemán”, *Historia Contemporánea*, 54 (2017), pp. 243-275; Íd.: *Las grandes revoluciones: independencia y libertad. Claves para una historia comparada*, Madrid, Paraninfo, 2018.

³ Muchos estudios desarrollan esta tesis desde distintos enfoques: Jean-Paul BERTAUD: “El soldado”, en Michel VOVELLE (ed.), *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 96; Fernando FERNÁNDEZ BASTERRECHE: *El Ejército español en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978. Carlos SECO: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984; José CEPEDA: *El ejército español en la política española (1787-1843). Conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España liberal*, Madrid, FUE, 1990; Manuel SANTIRSO: *España en la Europa liberal (1830-1870)*, Barcelona, Ariel, 2008; María ZOZAYA: *Identidades en juego. Formas de representación social del poder de la élite en un espacio de sociabilidad masculino, 1836-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

destinada a mejorar la fuerza, la resistencia y el coraje de los hombres como preparación para la vida y para la guerra. Así fue, por ejemplo, en España y Francia.⁴ Y no se trató de dos casos aislados en Europa, sino que fue la tónica general en la mayor parte de países.⁵

Como se hace notar en el título, el objeto específico de este artículo será la dimensión científico-médica e higiénica de la gimnasia, vinculada al ámbito militar, en un marco más amplio –que aquí será secundario– de generalización de la actividad física en las sociedades occidentales con distintos fines y utilidades (preparación para la guerra, ocio, educación, prevención de enfermedades o recuperación de la salud, etc.). Se incidirá para ello en dos aspectos generales concretos que hilarán el tema matriz: en los orígenes militares de la gimnástica moderna y, más en particular, en la imbricación de esa nueva educación física y gimnástica –civil y militar– con la tradición científico-médica europea en un contexto en el que las corrientes higienistas gozaron de gran predicamento. ¿Qué causas motivaron este acercamiento y con qué fines se buscó dicha asociación que daría lugar a una nueva disciplina con múltiples subespecialidades?

Por último, este trabajo cuestiona la extendida tesis de que la gimnasia sueca es la primera que puede considerarse científica, partiendo de la hipótesis de que, aun con los matices que se quiera, la gimnasia hispano-francesa promulgada por Francisco Amorós, de forma sincrónica a la sueca de Ling, puede tener la misma o parecida consideración. La mala propaganda consiguió que no fuera ni sea así a día de hoy. Estudios futuros arrojarán sin duda nueva luz sobre un asunto tan complejo y técnico que aquí tan solo vamos a tener la posibilidad de esbozar.

⁴ Marcel SPIVAK: *Les origines militaires de l'éducation physique en France (1774-1848)*, París, Ministère de la Défense – Service Historique de l'Armée de Terre du Château de Vincennes, 1972; las actas del coloquio que conmemoró en París el centenario de la restauración de los Juegos Olímpicos, en Ministère de la Défense – Commissariat aux sports militaires (ed.): *Une histoire culturelle du sport. De Joinville à l'Olympisme. Rôle des Armées dans le Mouvement Sportif Français*, París, Éditions Revue EP.S, 1994; Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Biografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2004; Antonio S. ALMEIDA: “La influencia militar en la incorporación de la educación física en Canarias”, Sevilla, Actas del X Congreso Internacional de Historia del Deporte, 2005, en <http://www.cafyd.com/HistDeporte/htm/presenta.htm> (consultado el 14-09-2017). Thierry ARNAL: *La révolution des mouvements. Gymnastique, morale et démocratie au temps d'Amoros (1818-1838)*, París, L'Harmattan, 2009 (sobre todo el capítulo 1: “L'institutionnalisation d'une éducation gymnastique”); Xavier TORREBADELLA-FLIX: “Antecedentes en la institucionalización de la gimnástica militar española (1800-1852)”, *Revista de Historia Militar*, 111 (2012), pp. 185-244; y del mismo autor: “La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/9 (2016), pp. 173-192.

⁵ Véase las actas de un congreso internacional celebrado en Roma en 1997: Ángela TEJA y Jan TOLLENEER: “Storia dello sport militare in Europa. Un tentativo di comparazione”, en Íd. e Íd. (eds.), *Lo sport in uniforme...*, pp. 7-10.

Entre la Ilustración y el Liberalismo: unas claves sobre los progresos científicos y educativos aplicados a la instrucción militar

Durante el Siglo de las Luces, muchos escritores resituaron al Hombre en el centro de su visión del mundo, con discursos que abundaban en su consideración como animal reflexivo, racional y civilizado. Se puso en cuestión la visión teocéntrica que, hasta entonces, había regido el orden del universo. El hombre de ciencia, el explorador, el artista, se revalorizará frente al teólogo. Una nueva fe en el progreso que debía sustentarse en las luces de la razón. Como decía Kant –uno de los filósofos más influyentes en la teorización de la pedagogía moderna, firme defensor de la parte física en la educación integral–, había llegado el momento de que el Hombre abandonara su “infancia mental”, en el sentido de que debía capacitarse para usar la propia razón e inteligencia sin la tutela de otra persona, para ampliar sus conocimientos y, así, poder contribuir al progreso de la Humanidad. El Hombre, reinsertado en el orden de la naturaleza como animal dotado de propiedades particulares, se abordará en su consistencia física, su anatomía y su fisiología, medios para analizar lo que constituye la unidad y la diversidad de la especie humana⁶.

La corriente cultural de la Ilustración conllevará un cambio de mentalidad que, sobre nuevos fundamentos ideológicos, científicos y morales, pondrá las bases para que pedagogos, médicos y militares entretejan la red sobre la que se sustentará la gimnástica moderna sobre una base educativa e higiénica. Una *gimnástica* que se dotará de una nueva semántica, entendida ahora como el conjunto de los ejercicios corporales aplicados y puestos al servicio de la educación o de la medicina⁷. Esta transición del clásico «arte» de la gimnástica –del tratado renacentista *De Arte Gymnastica*, de Mercurialis– a una nueva «ciencia» gimnástica comenzará en Europa en el siglo XVIII –en su vertiente teórica– y se plasmará de forma empírica, mediante diversas experiencias prácticas y con la publicación de numerosos tratados que irían sistematizando la nueva disciplina, a lo largo del siglo XIX.

La aportación de Rousseau resulta clave para entender este cambio. Su revolucionaria obra *Émile, ou De l'Éducation* (1762) es la piedra angular de la moderna educación física inspirada en la naturaleza. Sus ideas fueron una especie de contrapunto del mundo científico-médico de su época, ya que el pensamiento rousseauiano contrariaba las grandes directrices médicas del momento. Carlos Cornejo⁸ ha estudiado el universo ideológico de Rousseau en materia de educación física y destaca numerosas controversias en este sentido. Por ejemplo, Rousseau desconfiaba de los médicos y consideraba que la única parte útil de la medicina era la higiene, esto es, las buenas costumbres para conservar la salud y prevenir enfermedades. La medicina, pues,

⁶ Michel VOVELLE: op. cit., introducción, pp. 11-16.

⁷ Antonio ALMEIDA: *Higienismo, salud y educación física en Canarias (1850-1914)*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2006, p. 34.

⁸ Carlos CORNEJO: *Historia de la Educación Física. La Educación Física en Rousseau*, Madrid, Gymnos, 1999, pp. 82-100.

estaba lejos de su filosofía de vida y de su proyecto educativo, que no pretendía otra cosa que desarrollar al niño desde la más tierna edad un cuerpo robusto y un espíritu sano en contacto con la naturaleza, que le facilitara otro tipo de aprendizajes de tipo intelectual y moral. Para ello, era prioritario que el ejercicio corporal se integrase en la educación general. Ese fue el toque de atención que dio a los poderes públicos de su tiempo, porque para Rousseau una de las obligaciones del Estado debía ser velar por la salud de sus ciudadanos. Por eso realizó un planteamiento revolucionario al proponer que todos los colegios habrían de dotarse de un gimnasio, un espacio donde los niños pudiesen realizar ejercicios corporales. También se refirió a los ejercicios militares específicos, que incrementarían las cualidades físicas del soldado y su disciplina, una facultad indispensable en el Ejército.

El mismo año de publicación de *Émile* (1762), vio la luz el primer libro que en su título hace referencia a «educación física»: *Dissertation sur l'éducation physique des enfants depuis leur naissance jusqu'à l'âge de leur puberté*, de Ballexserd. Como se trasluce de su título, la expresión «educación física» aparece vinculada a la tradición médico-higiénica, una orientación en auge en los siglos XVIII y XIX, en consonancia con las políticas demográficas expansionistas de la época.⁹ De hecho, en el Diecinueve se utilizará una amplia gama de términos, algunos con semánticas análogas: educación física, gimnástica, gimnasia científica y gimnástica médica, higiénica y ortopédica, gimnasia sanitaria, gimnasia curativa o gimnasia racional, entre otros.¹⁰

La pedagogía rousseauiana de la libertad basada en el desarrollo natural de la persona tuvo una rápida difusión por círculos pedagógicos europeos, que serán el punto de partida de la progresiva expansión de la cultura física¹¹ entre la población. En 1774, Basedow fundó en la ciudad alemana de Dessau la primera escuela basada en la pedagogía naturalista, que ya contaba con un gimnasio anexo: la *Philanthropinum*. El influyente pedagogo Guthsmuhts fue alumno en Dessau y en 1780 publicaría una obra pedagógica referencial, muy leída y traducida en su época: *Gymnastik für Jugend (Gimnasia para la juventud)*. Las ideas de Gutsmuhts inspiraron en Europa la creación de algunos gimnasios privados e instituciones públicas, como es el caso de Dinamarca, donde Nachteggall regentó, ya en 1799, una institución privada de gimnasia; y lo más importante, como ministro danés de la Guerra, fundó en 1804 el Instituto Militar de Gimnasia de Copenhague. Un joven oficial sueco llamado a ser uno de los pioneros sistematizadores de la gimnasia moderna, Ling –fundador del método o modelo gimnástico sueco o nórdico–, se formó en Dinamarca con Nachteggall. En Suiza, otro de los pedagogos más influyentes en la historia de la educación, J.-H. Pestalozzi, fue el primero en introducir, como parte primordial de su sistema educativo intuitivo, la educación física diaria entre su alumnado de la

⁹ Antonio ALMEIDA: *Higienismo, salud y educación física...*, pp. 35-36.

¹⁰ Erwin MEHL: "Sobre la historia del concepto gimnástica", *Citius, Altius, Fortius*, t. IV, fasc. 2 (1959), pp. 184-193.

¹¹ Utilizo el anacronismo "cultura física", un término que no se generalizará hasta la segunda mitad del siglo XIX.

escuela de Yverdon.¹² El modelo educativo pestalozziano gozaría de gran proyección internacional en las sociedades latinas y latinoamericanas contemporáneas.¹³ Así fue como se introdujeron en la España de la “Ilustración tardía”¹⁴ las ideas de Pestalozzi, a través del Instituto Militar Pestalozziano de Madrid (1806-1808).

Por otra parte, en los siglos XVIII y XIX, las actividades científicas y técnicas sufrieron un desarrollo sustancial. El Ejército y la Armada fueron uno de los motores de dicho avance. Marineros, ingenieros y artilleros militares, fundamentalmente, poseyeron una buena formación científico-técnica en materias como las matemáticas, la geografía, la cartografía y la topografía, por lo que se convirtieron en los grandes auxiliares de la Corona para tareas tan cruciales, en un momento en que España poseía un vasto imperio ultramarino, como la ordenación del territorio. La institución militar contó con numerosas eminencias científicas –Jorge Juan, Zarzorro, Ciscar, Morla...– que hicieron carrera militar, por lo que el Ejército se instituyó en co-recepción de transmisión en la Monarquía española de los nuevos descubrimientos o prácticas europeas en materia científica y educativa, siendo una de las vías de acceso la actualización de las enseñanzas en las academias militares.¹⁵

Una característica común de la Ilustración europea fue la importancia concedida a la educación como herramienta de regeneración y progreso. Los espacios castrenses contaron con menos obstáculos para la innovación, si lo comparamos con el férreo control social y educativo que los religiosos ejercieron en la mayor parte de los establecimientos educativos, en cuyos planes de estudio no había cabida para la ciencia moderna.¹⁶ María Dolores Herrero¹⁷ habla de una “Ilustración militar” durante la segunda mitad del Setecientos, en referencia a la institu-

¹² S. DRAGENBERG y otros: “El Real Instituto Central de Gimnasia de Estocolmo”, *Citius, Altius, Fortius*, t. V, fasc. 3 (1963), pp. 262-263; Jacques ULMANN: *De la gymnastique aux sports modernes. Histoire des doctrines de l'éducation physique*, París, J. Vrin, 1982, pp. 214-232; José M. CLIMENT: *Historia de la rehabilitación médica. De la física terapéutica a la reeducación de inválidos*, Barcelona, Edika Med, 2001, pp. 48-49; Juan RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Historia del deporte*, Barcelona, INDE, 2003, pp. 178-190; José Luis SALVADOR: *El deporte en Occidente. Historia, cultura y política*, Madrid, Cátedra, 2004, pp. 287-295.

¹³ La obra colectiva más completa sobre el ideario y la proyección del método de Pestalozzi es: J. RUIZ BERRIO, A. MARTÍNEZ NAVARRO, J.A. GARCÍA FRAILE y T. RABAZAS (eds.): *La recepción de la pedagogía pestalozziana en las sociedades latinas*, Madrid, Endymion, 1998.

¹⁴ Teófanos EGIDO: *Carlos IV*, Madrid, Arlanza, 2001, pp. 229-230.

¹⁵ Horacio CAPEL: *Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Oikos-tau, 1982, p. 287; Íd., Joan-Eugeni SÁNCHEZ y Omar MONCADA: *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Barcelona-Madrid, Serbal-CSIC, 1988; María Dolores HERRERO: *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*, Segovia, Academia de Artillería de Segovia, 1990, y *Ciencia y milicia en el siglo XVIII. Tomás de Morla, artillero ilustrado*, Segovia, Patronato del Alcázar de Segovia, 1992; Emilio LA PARRA: *El Regente Gabriel Ciscar. Ciencia y revolución en la España romántica*, Madrid, Compañía Literaria, 1995.

¹⁶ Véase: Jean SARRAILH: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Fondo Económico, 1979; Francisco SÁNCHEZ BLANCO: *La Ilustración en España*, Madrid, Akal, 1997; Francisco AGUILAR: *La España del absolutismo ilustrado*, Madrid, España Calpe, 2005. Rafael CORONA: *De gimnasios, bailes, teatros y juegos de damas: hábitos físicos y espacios de recreo en la España Setecentista*, Universidad de Alicante, trabajo fin de máster, 2016.

¹⁷ María Dolores HERRERO: *Ciencia y milicia en el siglo XVIII...*, pp. 18-19.

cionalización de la enseñanza militar ilustrada a través de la protección por parte de la Corona de una serie de colegios y academias militares dispersos por la geografía española destinados a la formación de la oficialidad. Para Francisco Andújar,¹⁸ sin embargo, tampoco es menos cierto que, durante el siglo XVIII, hubo una relativa despreocupación por la instrucción teórica de los militares y una discriminación formativa de las armas de Infantería y Caballería. Esta fue motivada por las menores necesidades de conocimientos científico-técnicos para sus funciones, pero fundamentalmente porque, en lugar de instruirse en academias, recibían su formación en sus regimientos de destino, con lo que el nivel adquirido por los soldados al final de su instrucción dependía exclusivamente del talante y competencia del oficial encargado de la misma.

Algunos pensadores ilustrados españoles ya pusieron en el punto de mira la falta de modernización del Ejército español. Cabarrús abogaba por una profunda remodelación estructural del Ejército, realizó una crítica a la histórica preponderancia de la nobleza en las altas jerarquías castrenses y estableció la necesidad de crear un nuevo Ejército profesional permanente donde para la provisión de empleos y ascensos se sustituyesen los criterios estamentales por otros basados en las capacidades individuales –idea precursora de las políticas liberales decimonónicas–.¹⁹

Los antiguos planes de estudios militares fueron sometidos a revisión desde finales del Dieciocho. Surgieron militares con ideas nuevas, con ganas de acabar con la situación de ignorancia de la oficialidad y el descrédito de su profesión, mediante la introducción de los conocimientos científicos modernos en el arte castrense. Estos militares ilustrados se encargarían de elaborar los nuevos planes de estudios de las antiguas y de las incipientes academias militares, que acabarán por convertirse en vivero de la oficialidad y, a su vez, en hacedoras de elites científicas y administrativas de la Monarquía española.

En este contexto de revolución científica, cultural y educativa y de regeneración del Ejército, en la España de Carlos IV se puso en marcha un peculiar centro experimental cuyo objeto principal era difundir el método educativo pestalozziano en la capital del reino para luego irradiarlo en provincias y en las colonias. En 1806, se creó en Madrid el Real Instituto Militar Pestalozziano,²⁰ con una organización militar y administrado en su mayor parte por militares. Uno de sus patrocinadores, el generalísimo Godoy, pretendía convertir el Instituto en una escuela militar para formar desde la infancia a disciplinados oficiales de los cuerpos de Infantería y Caballería, así como en el principal semillero de los futuros administradores del Estado. Actuó,

¹⁸ Francisco ANDÚJAR: “La educación de los militares en la España del siglo XVIII”, *Chronica Nova*, 19 (1991), pp. 34-42.

¹⁹ Francisco ANDÚJAR: *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Granada, Universidad de Granada, 1991, pp. 418-419.

²⁰ Antonio VIÑAO: “Godoy y la educación en la España de su tiempo. El Instituto Militar Pestalozziano”, en M.A. MELÓN, E. LA PARRA y F.T. PÉREZ (eds.): *Manuel Godoy y su tiempo*, t. II, Badajoz, Editora Regional de Extremadura, 2003, pp. 85-110; Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “Elitismo cultural y político. El entorno del Instituto Pestalozziano de Madrid (1805-1808)”, en Armando ALBEROLA y Elisabel LARRIBA (eds.): *Las élites y la «Revolución de España» (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2010, pp. 67-87.

además, como escuela normal que acreditaba a los maestros para ejercer la pedagogía pestalozziana en los territorios del Imperio. Tras este ensayo pedagógico pestalozziano que otorgaba gran importancia a la enseñanza de la educación física, la anatomía, la fisiología y los preceptos higiénicos, entre otras materias, estuvo presente el influjo de uno de los futuros sistematizadores de la moderna educación física y gimnástica, el coronel Francisco Amorós, quien llegaría a ocupar la dirección del centro desde agosto de 1807 hasta su clausura (enero de 1808).

En otro orden de cosas, en la cultura occidental, la imbricación entre educación física e higienismo ocupó un lugar destacado desde finales del siglo XVIII y llegó a su culmen en el XIX. Partiendo de una larga tradición clásica grecolatina y humanista, los tratados sobre los buenos hábitos de higiene, recomendables para la conservación de la salud, empezaron a tener una notable difusión en el Siglo de las Luces y se convirtieron durante el Diecinueve en parte del discurso oficial e institucional vinculado con el desarrollo de los nuevos espacios públicos y hábitos saludables. Antonio Almeida²¹ considera el «higienismo» un concepto clave que acompañó a la «contemporaneidad». «Higiene» adquiere una nueva y más amplia semántica en el Diecinueve, como referencia al conjunto de los conocimientos y dispositivos favorecedores del mantenimiento de la salud. El higienismo fue una doctrina con notable predicamento en los círculos médicos europeos desde finales del Dieciocho, que caló en la nueva sociedad liberal preocupada por la mejora de la salubridad, de un modo preferente en los núcleos urbanos e industriales y en las grandes ciudades portuarias, pero también en hospitales, escuelas, zonas de acuartelamiento militar... De hecho, el higienismo se consolidará en Europa como una disciplina médico-social independiente.²² Y la gimnasia médica –con fines terapéuticos, ortopédicos, profilácticos o analépticos– no será sino una derivación de dicha corriente general del higienismo.²³ De ahí la interacción colaborativa que hubo en la época entre educadores, médicos y militares, consagrados muchos de estos últimos en su práctica diaria a ambas disciplinas. Tras la Primera Guerra Mundial, la medicalización de la cultura física recibiría un nuevo impulso, que acentuó la convergencia entre la medicina deportiva y la higiene industrial en torno a problemas como la rehabilitación de los inválidos de guerra mediante los métodos racionales de ejercitación corporal, sobre cuyas prácticas se consagrarían especialidades como la ortopedia, la mecanoterapia, la fisioterapia, la kinesiología y la traumatología.²⁴ Como veremos, el germen de la gimnasia militar y médica contemporáneas, en sus múltiples subespecialidades, se halla en el siglo XIX.

²¹ Una de las monografías más sugerentes sobre las corrientes higienistas decimonónicas europeas en: Antonio ALMEIDA: *Higienismo, salud y educación física en Canarias (1850-1914)*...

²² Rafael ALCAIDE: “La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social”, *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 50 (1999). <http://www.ub.edu/geocrit/sn-50.htm> (consultado el 12-09-2017).

²³ En este campo, ha aportado nueva luz: Miguel VICENTE-PEDRAZ y Xavier TORREBADELLA-FLIX: “El dispositivo gimnástico en el contexto de la medicina social decimonónica española. De las políticas higiénicas a los discursos fundacionales de la Educación Física”, *Asclepio*, 69:1 (2017). <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2017.04>

²⁴ Andrés HORACIO: “Cultura física, *performance* atlética e higiene de la nación. El surgimiento de la medicina deportiva en Argentina (1930-1940)”, *Historia Crítica*, 61 (2016), pp. 68-71.

Militares, médicos, educadores: vínculos y transferencias en el proceso de difusión de la gimnasia médica en Francia y España

Tras la guerra de la Independencia española, el que fuera director del Instituto Militar Pestalozziano de Madrid, Francisco Amorós, tuvo que exiliarse a París, donde acabaría solicitando la nacionalidad francesa.²⁵ En la década de 1820, Amorós era un personaje bastante conocido en París. Desde 1820, dirigía el primer gimnasio oficial subvencionado por el Gobierno francés: el *Gymnase normal militaire et civil* de París. Fruto de más de dos décadas de trabajo intelectual y empírico, Amorós publicó uno de los tratados más influyentes sobre educación física y gimnástica del Diecinueve: *Manuel d'éducation physique, gymnastique et morale* (1830), obra compuesta de dos voluminosos tomos y un atlas con dibujos. Dado su impacto, tuvo varias reediciones –algunas ampliadas– en los años treinta y cuarenta, y también existe una edición actual.²⁶ Desde su prólogo, Amorós deja patente la vital importancia de la gimnasia para las sociedades contemporáneas, al elevar a esta disciplina a la categoría de «ciencia»:

«La *gymnastique* est la science raisonnée de nos mouvemens (...). La bienfaisance et l'utilité commune sont le but principal de la gymnastique; (...) et la santé, le prolongement de la vie, l'amélioration de l'espèce humaine, l'augmentation de la force et de la richesse individuelle et publique, sont ses résultats positifs.»²⁷

Amorós muestra un amplio conocimiento de diversas materias científicas. Realiza una taxonomía de la gimnasia distinguiendo entre varias «gimnasias especiales», en función del colectivo al que se dirigiese y de sus fines: la gimnasia civil e industrial; la gimnasia militar, terrestre y marítima, la cual contiene además la parte médica de la higiene; la gimnasia médica, que subdivide en gimnasia higiénica o profiláctica, para conservar una salud robusta, gimnasia terapéutica, para el tratamiento de enfermedades, gimnasia analéptica para convalecientes y gimnasia ortosomática para la corrección de deformidades corporales.²⁸ El estudio biográfico de

<http://dx.doi.org/10.7440/histcrit61.2016.04> . La monografía más minuciosa sobre el caso español en el contexto europeo es: José M. CLIMENT: *Historia de la rehabilitación médica...*

²⁵ Para profundizar en la biografía de Amorós: Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna...*

²⁶ Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Repertorio bibliográfico inédito de la educación física y el deporte en España (1800-1939)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2011, p. 93.

²⁷ Francisco AMORÓS: *Manuel d'éducation physique, gymnastique et morale*, t. I, París, Imprimerie de Chapelet, 1830: «La gimnasia es la ciencia razonada de nuestros movimientos (...) El bien y la utilidad pública son el objeto principal de la gimnástica; (...) y la salud, la prolongación de la vida, la mejora de la especie humana el aumento de la fuerza y la riqueza individual y pública son sus resultados positivos». prólogo, p. I.

²⁸ Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física...*, pp. 236-251; y Thierry ARNAL: *La révolution des mouvements. Gymnastique, morale et démocratie au temps d'Amoros (1818-1838)*, préface de Georges Vigarello, París, L'Harmattan, 2009.

Fernández-Sirvent sobre Amorós demuestra, a partir del análisis de la biblioteca particular de este, su sólida formación en distintas disciplinas. Era un militar de formación ilustrada, con gran interés por la ciencia moderna y con una manifiesta vocación pedagógica.²⁹

Antes de la aparición del tratado de Amorós, sus cursos gimnásticos en París gozaron de notoriedad. Proliferaron noticias al respecto en la prensa francesa –de lo que también se hizo eco la prensa y los boletines médicos españoles–,³⁰ y de forma particular en la especializada en temas de la salud, como *Nouveau Journal de Médecine*, *Gazette de Santé* o *Gazette médicale des Hôpitaux*.³¹ Esto demuestra que, ya en el primer tercio del siglo XIX, un grupo de facultativos franceses mostró interés en la posible medicalización de la gimnasia. Incluso el oficial *Le Moniteur Universel* dio noticia en 1824 de la impartición de clases de ortopedia en el Gimnasio normal de París, destinadas a corregir las imperfecciones corporales.³²

Amorós mostró bastante interés y tenía ciertos conocimientos sobre fisiología, anatomía e higiene. Así lo corroboran el estudio de su biblioteca particular y los numerosos escritos de médicos ilustres que frecuentaron o colaboraron en las actividades formativas del gimnasio parisiense. También algunos escritos del propio Amorós en la prensa especializada. Como observa Almeida,³³ en esta época el acercamiento mutuo de tratadistas de gimnástica y médicos se mostró necesario y su resultado fue sumamente satisfactorio. Los nuevos teóricos de la gimnástica necesitaban vincular su disciplina a otra ya consolidada y rigurosa con el fin de validar sus métodos gimnásticos sobre los postulados de la ciencia moderna. Y muchos médicos, por su parte, necesitaban de estudios empíricos y de nuevos espacios para poner en práctica y divulgar sus trabajos higiénicos. La gimnasia médica, que contaba con una amplia tradición renacentista y barroca, en el siglo XIX intentará ser en cierto modo acaparada por un pequeño grupo de gimnastas empíricos³⁴, la mayor parte de los cuales procedían del mundo militar, pero siempre contando con la estrecha colaboración de los médicos, muchos de ellos alistados en el Ejército. El desarrollo de los conocimientos anatomofisiológicos y biomecánicos del cuerpo humano sería el que determinaría el carácter médico de las corrientes gimnásticas decimonónicas en ciernes.³⁵ Valga esta pequeña muestra de la citada colaboración.

Clément-Joseph Tissot, vicepresidente de la *Société de Médecine Pratique de Paris*, oficial de la *Légion d'Honneur* y autor de una de una importante obra sobre los múltiples benefi-

²⁹ Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física...*, p. 212.

³⁰ En *Décadas de medicina y cirugía*, primer periódico médico publicado en Madrid, se reprodujo un extracto de la memoria que escribió el doctor Bally para la *Société de Médecine de Paris*, donde daba cuenta de los beneficios correctivos y para la salud de la gimnástica. Cit. en Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Gimnástica y educación física en la sociedad española de la primera mitad del siglo XIX*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2013, p. 158.

³¹ 12-10-1820, 5-12-1821, 24-3-1835, respectivamente. Consultados en la Bibliothèque Nationale de France (Bibliothèque de l'Arsenal).

³² *Le Moniteur Universel*, 5-3-1824.

³³ Antonio ALMEIDA: *Higienismo...*, p. 41.

³⁴ José M. CLIMENT: op. cit., p. 54.

³⁵ Miguel VICENTE-PEDRAZ y Xavier TORREBADELLA-FLIX: op. cit., p. 2.

cios médicos del ejercicio corporal,³⁶ fue un firme defensor del método gimnástico amorosiano porque consideraba que se sustentaba sobre una sólida base fisiológica y anatómica.³⁷ Casimir Broussais (1803-1847), hijo del famoso médico del Imperio y precursor de la medicina moderna, François-Victor Broussais,³⁸ fue una de las personalidades del ámbito científico que más contribuyó a consolidar la fama del *Gymnase* parisiense de Amorós. Entre 1823 y 1826, Broussais y otros prestigiosos cirujanos militares como Verdier³⁹ y Louis-Jacques Bégin (1793-1859) impartieron clases teóricas de fisiología en el *Gymnase Normal Militaire et Civile*, propagaron por varios medios la higiene militar y promovieron la terapéutica gimnástico-médica en el ejército francés y en la esfera civil.⁴⁰ Bégin llegaría a ser nombrado inspector cirujano (1842) y presidente del *Conseil D'Hygiène et de Salubrité Publique* de París (1850).⁴¹ Charles Londe,⁴² (1795-1862), miembro desde 1835 de la Academia de Medicina en su sección de Higiene, también defendió los beneficios de la gimnasia amorosiana para la salud y en 1821 escribiría un libro de referencia de la gimnástica médica: *Gymnastique médicale ou l'exercice appliqué aux organes de l'homme d'après les lois de la physiologie, de l'hygiène et de la thérapeutique*.

Broussais veía múltiples aplicaciones terapéuticas de una gimnasia bien dirigida –entiéndase con base científica–: «1) Pour diriger et entretenir la santé; 2) Pour redresser les déviations de la colonne vertébrale; 3) Pour guérir quelques maladies (...)».⁴³ Por su parte, Bégin, discípulo de Broussais, precisaba que la gimnástica y la reeducación son indisolubles de

³⁶ Clément-Joseph TISSOT: *Traité de gymnastique médicale et chirurgicale, ou essai sur l'utilité du mouvement ou des différents exercices du corps et du repos dans la cure des maladies*, París, Imprimerie L. Jorry, 1781.

³⁷ Cit. en Vicente LÓPEZ TAMAYO: *Historique de la Gymnastique moderne. Introduction, portrait et biographie du Colonel Amoros*, París, Imprimerie Typographique Léopold Bouzin, 1882, pp. 25-28.

³⁸ François-Victor Broussais (1772-1838) procedía de una familia de médicos. En 1804, recién nombrado Inspector General del Servicio de Sanidad Militar, se alistó en el Ejército y desempeñó este cargo en muchas de las campañas de los ejércitos napoleónicos en Bélgica, Holanda, Austria, Bohemia, Italia y España. Véase: Jean-René AYMES: “Tres médicos franceses en las guerras de España (1793-1795 y 1808-1814): Percy, Larrey y Broussais”, en Alberto GIL NOVALES (ed.): *Ciencia e independencia política*, Madrid, Ediciones del Orto, 1996, pp. 289-293.

³⁹ Debe tratarse del doctor Jean-François Verdier-Heurtin, autor de: *Discours et Essai aphoristique sur l'allaitement et l'éducation physique des enfants*, 2 tomos, París, Imprimerie d'Égron, 1804.

⁴⁰ C. Broussais es autor de dos curiosas obras que evidencian las influencias mutuas y convergencias entre el método de educación física y moral de Amorós –con base fisiológica, anatómica y moral– y las corrientes médico-higienistas decimonónicas: *De la gymnastique, considérée comme moyen thérapeutique et hygiénique*, París, Imprimerie de Bourgogne et Martinet, 1827; *Hygiène morale, ou Application de la physiologie à la morale et à l'éducation*, París, Imprimerie de Bourgogne et Martinet, 1837.

⁴¹ Archives du Service Historique et Administrative de l'Armée de Terre, Château de Vincennes, París. Classement célébrités: dossier individuel de Louis-Jacques Bégin. Sobre la influencia de Bégin en el método amorosiano incide Marcel SPIVAK: *Les origines militaires...*, p. 84.

⁴² C. Londe, médico e higienista francés, en 1819 defendió su tesis doctoral sobre educación física con fines médicos: *De l'influence de l'exercice sur nos organes, et leurs fonctions dans l'état de santé*. Cit. en Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Gimnástica y educación física...*, p. 158.

⁴³ Casimir BROUSSAIS: *De la gymnastique...*, p. 1.

las reglas de higiene y hablaba de una «gymnastique militaire, rationnelle, fondée sur la physiologie, pratiquée avec persévérance, et généralisée pour la coopération de tout le monde».⁴⁴

Como es lógico, también surgieron numerosos imitadores y detractores del método gimnástico amorosiano, especialmente en el colectivo médico, donde otro sector, que acabaría siendo mayoritario, se alineó en defensa de la gimnasia científica sueca de P.H. Ling, otro militar que focalizó su vida a las aplicaciones terapéuticas del ejercicio corporal tras experimentar en su propia persona la recuperación de una lesión de guerra mediante la gimnasia. Ling estableció leyes y formuló una doctrina a partir de la observación y de la experimentación. Esta influencia sueca y también del emergente *sport* británico irían en aumento desde la segunda mitad del Diecinueve, incluso en la misma Francia,⁴⁵ en detrimento del sistema gimnástico amorosiano,⁴⁶ hasta tal punto que este quedó eclipsado. Resultado de ello, en la historia de la educación física y gimnástica se ha venido dando por válido que la gimnasia sueca decimonónica es la primera gimnasia científica⁴⁷ y, por ende, se considera a Ling el redescubridor de una gimnasia terapéutica de la que ya hay referencias en la Antigüedad y el Renacimiento.⁴⁸ Esta afirmación categórica es la que aquí ponemos en duda en base a varias evidencias significativas que desarrollaremos a continuación de forma sucinta con el fin de señalar e incentivar nuevas líneas de investigación en ese sentido.

En 1827, Amorós escribió una obra para rebatir con argumentaciones científicas – fisiológicas y anatómicas– las duras críticas que estaban manchando su institución y su método gimnástico: *Gymnase normal militaire, civil et orthopédique. Observations du colonel Amoros, directeur de cet établissement, sur l'ouvrage du Dr. Lachaise qui me critiqua, ayant pour titre: Précis physiologique sur les courbures de la colonne vertébrale*. Todos los alumnos del *Gymnase* tenían que cursar las lecciones teóricas de fisiología impartidas por Broussais y Bégin, donde se explicaban temáticas variadas relacionadas con la osteología, la anatomía o la sindesmología, entre otras.

Más significativo resulta el hecho de que cuando a Amorós le fueron denegadas las subvenciones gubernamentales para el *Gymnase normal militaire et civil*, en 1834 decidió abrir el primer gimnasio privado con fines terapéuticos de París –y que sepamos de toda Francia–: el *Gymnase civil et orthosomatique*. Atendiendo a la denominación que dio a su establecimiento, la utilidad terapéutica de lo que consideraba la ciencia gimnástica quedaba fuera de toda du-

⁴⁴ Cit. en Maurice CREN: “Bégin, fidèle d’Amoros et précurseur du sport”, en Ministère de la Défense – Commissariat aux sports militaires (ed.): *op. cit.*, p. 12. Una evolución general acerca de la relación entre militares y médicos en el ámbito de la gimnástica francesa en Gilbert ANDRIEU: “Amorós, los militares, los médicos y la Educación Física en Francia en el siglo XIX y comienzos del XX”, en Teresa M.^a GONZÁLEZ AJA y José Luis HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (comps.): *op. cit.*, pp. 147-174.

⁴⁵ El doctor Fernand LAGRANGE fue uno de los que más difamó la gimnasia amorosiana: *La médication par l'exercice*, París, Félix Alcan, 1894.

⁴⁶ Gilbert ANDRIEU: “La gimnasia amorosiana en Francia: 1818-1891”, en Teresa M.^a GONZÁLEZ AJA y José Luis HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (comps.): *op. cit.*, pp. 111 y 129.

⁴⁷ José M. CLIMENT: *Historia de la rehabilitación...*, p. 50.

⁴⁸ S. DRAKENBERG y otros: *op. cit.*, p. 292.

da.⁴⁹ Al nuevo gimnasio parisiense acudían, hombres y mujeres, niños y adultos, civiles y militares. Para lo bueno y para lo malo, Amorós y su gimnasia polivalente permanecían en el punto de mira de muchos médicos, que seguían de cerca las actividades del nuevo establecimiento, así como la variedad de tecnología gimnástica –máquinas, instrumentos, aparatos, etc.– que se construía y utilizaba con diversos fines médicos, militares o educativos. La esencia de esa primigenia tecnología gimnástica ha llegado prácticamente hasta nuestros días.⁵⁰ Un estudio minucioso de las actividades y del personal del *Gymnase civil et orthosomatique*, así como de su proyección en la prensa y en la literatura médica de la época y su memoria, resultaría sumamente útil y clarificador.

A finales de 1834, Amorós publicó un artículo en el *Diario de conocimientos médicos prácticos* –en realidad era una carta que remitió al redactor de la publicación, que fue extractada y comentada–, donde relataba un caso clínico de recuperación a través de la gimnasia terapéutica. Se trataba de una niña con una deformidad en la cavidad torácica que dificultaba su respiración y cuyo caso confió a Amorós el doctor Guillaume Dupuytren. El artículo finalizaba diciendo que «(...) es un ejemplo muy patente del influjo eficaz de la gimnástica bien dirigida en los casos de deformidades o vicios de conformación del sistema huesoso».⁵¹

A pesar de las críticas y de la retirada de las subvenciones gubernamentales a las actividades de Amorós, su labor y constancia en la consolidación de la gimnástica moderna sería reconocida en el ámbito científico. En 1835, el médico Pierre Flourens, en calidad de secretario de la *Académie Royale des Sciences*, notificó a Amorós que sus trabajos sobre educación física, gimnástica y moral habían sido galardonados –y recompensados con 3.000 francos– con el premio *Monthyon*, que se concedía a los inventores de artes útiles y saludables para el ser humano.⁵² Este hecho consagró los anhelos de Amorós de hacer converger el mundo del antiguo arte o práctica de la gimnasia con el de la ciencia moderna, para poner las bases de una nueva disciplina: la gimnasia médica o terapéutica. Esta pretensión de científicidad de la gimnástica amorosiana tuvo, en mi opinión, efectos positivos en el proceso de atracción de personalidades del mundo de la medicina hacia la gimnástica. Amorós proporcionó un corpus teórico a la educación física y gimnástica modernas y los médicos que colaboraron con él –militares en su mayoría– revistieron la práctica gimnástica del dispositivo científico que necesitaba para consolidarse como disciplina e iniciar un largo proceso de institucionalización.

⁴⁹ Francisco AMORÓS: *Circulaire aux médecins sur l'établissement du Gymnase civil et orthopédique*, París, 1835.

⁵⁰ Rosa BALLESTER y José M. CLIMENT: "Los vínculos entre tecnología y práctica especializada en rehabilitación: el modelo de la tecnología gimnástica en la España del siglo XIX", *Dynamis. Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam illustrandam*, 23 (2003), pp. 269-306.

⁵¹ En José M. CLIMENT: *La gimnástica médica en la España del siglo XIX. La formulación del concepto de rehabilitación en la obra de Sebastián Busqué Torró*, tesis doctoral, Universidad de Valencia, 1990, pp. 609-610.

⁵² Francisco AMORÓS: *Manuel d'éducation physique, gymnastique et morale*, tomo 1, París, Imprimerie de Chapelet, edición de 1848, contraportada.

En 1835, una comisión de médicos franceses pertenecientes a la *Société des Sciences Physiques, Chimiques et Arts Agricoles et Industriels de France* estudió el método de gimnasia correctora de Amorós y emitió un informe en el que, por unanimidad, se consideró que el inventor del método poseía los conocimientos y la experiencia necesarios para asociar la gimnasia a la ortopedia con excelentes y beneficiosos resultados para la salud pública. Como broche a su perseverante trabajo de propagador de la cultura física, la comisión médica decidió concederle una medalla de primera clase.⁵³

El legado de Amorós en el ámbito de la educación física en general y de la gimnasia médica o rehabilitadora en particular fue nada desdeñable. Aun a falta de un estudio exhaustivo sobre el particular, el mismo año de su muerte (1848) existían registrados en París once gimnasios con fines terapéuticos,⁵⁴ algunos regentados por antiguos alumnos, como Triat (1813-1881). También hay una figura poco estudiada de origen español y discípulo del conde de Villalobos –de quien luego hablaremos–, Vicente López Tamayo, que formó parte del círculo de gimnasia racional, fundó una sociedad gimnástica denominada *l'Amorosienne* (en Vincennes, París) y abrió un gimnasio médico en los Campos Elíseos a fines del Diecinueve, además de mantener vínculos con algunos gimnasios sevillanos.⁵⁵ Al igual que otros coetáneos, Tamayo consideraba que «de gymnase de M. Amoros pourrait donc être considéré comme un gymnase militaire et médical».⁵⁶ Tamayo es otro personaje que requiere de un estudio en profundidad, pues fue uno de los principales propagadores de la gimnasia amorosiana con finalidad médica tanto en Francia como en España, dado que su actividad profesional se desarrolló de forma intermitente entre París, Sevilla y Madrid. La reciente edición (2018) de *Notes sur la gymnastique (1843)*,⁵⁷ un manuscrito rescatado del sargento Jean-Joseph Barbier, discípulo de los cursos de gimnástica del coronel Amorós, ofrece otra pequeña muestra de la atención ofrecida en el método amorosiano a aspectos elementales de osteología y otras materias.

Un establecimiento militar que mantuvo durante tiempo las enseñanzas de la gimnástica amorosiana –de forma patente hasta al menos la reforma impulsada por Marey en 1887– fue la *École Normale Militaire de Gymnastique* de Joinville-le-Pont (1852-1939), que puede ser

⁵³ La conclusión del informe emitido por la comisión médica decía: «1. Que cet honorable gymnasiarque possède toutes les connaissances et toute l'expérience nécessaires pour diriger et associer utilement la gymnastique à l'orthopédie pour les malades qui lui fourniront les renseignements de leur médecin (...) 2. Que les établissements de M. Amoros réunissent tous les avantages possibles, tant pour fortifier tous les organes et toute l'économie animale, que pour corriger les déviations partielles de l'état normal du tronc et des membres, et en régulariser l'action, en fin, pour améliorer l'entière constitution physique, réduite à l'état cacochimique et délabrée (...)». En Julia de FONTENELLE: *Rapport fait à la Société des Sciences Physiques, Chimiques et Arts Agricoles et Industriels de France, sur l'établissement Gymnastique et Orthopédique de M. le Colonel Amoros*, París, Imprimerie Chez Just Rouvier et E. Le Bouvier, 1835.

⁵⁴ Dominique LEJEUNE: *Histoire du sport. XIXe-XXe siècles*, París, Éditions Christian, 2002, p. 26.

⁵⁵ E.S. LÓPEZ GÓMEZ: *Curso teórico-práctico de Educación Física*, Sevilla, Imprenta y Librería de Eulogio de las Heras, 1916.

⁵⁶ Vicente LÓPEZ TAMAYO: op. cit., pp. 20, 27 y 62.

⁵⁷ Jean-Joseph BARBIER (sergent): *Notes sur la gymnastique (1843)*, mis en contexte par Thierry ARNAL, Odile ROYNETTE y Georges VIGARELLO, Valenciennes, Collection Textes en Contexte, Presses Universitaires de Valenciennes, 2018.

considerada la institución que acabó de consolidar la gimnástica militar en Francia. Una gimnástica, además, con la base fisiológica a la que tanta importancia otorgaba Amorós en sus escritos y en la práctica cotidiana. Fueron dos discípulos directos de Amorós, los coroneles Napoleón Laisné y Charles d'Argy, quienes estuvieron al frente de la creación de esta academia militar.⁵⁸ Laisné—quien carece aún de la biografía histórica que merece— fue también uno de los principales impulsores de la gimnasia en algunos hospitales de París, donde esta se enseñó bajo su supervisión y se usó para combatir enfermedades y epidemias. Por su contribución a la salud pública, en 1848 sería nombrado director de gimnasia del *Hôpital des Enfants Malades*.⁵⁹ Igual de prolífico que su maestro Amorós, Laisné escribió varias obras donde explicaba la finalidad o utilidad higiénica del ejercicio. Destaco dos: *Applications de la gymnastique à la guérison de quelques maladies, avec des observations sur l'enseignement actuel de la gymnastique* (1865); *Histoire d'une vie entière, pratiquée avec dévouement désintéressé dans l'armée, dans l'instruction publique, dans l'instruction primaire, avec quarente années révolues de pratique dans les hôpitaux* (1895).

En muchas ciudades francesas se abrieron gimnasios militares, cuyo primer inspector general, desde 1829, fue Amorós. Montpellier fue una de esas ciudades y resulta probable que el prestigioso cirujano Jacques Delpech, profesor en la Facultad de Medicina de Montpellier, conociera a Amorós en algunas de sus visitas a la ciudad, ya que allí estableció una escuela para la corrección postural mediante las técnicas gimnásticas de niñas con escoliosis. Según Almeida, el médico grancanario Bartolomé Apolinario Macías realizó sus estudios en Montpellier, con el doctor Delpech entre otros, para luego establecer, primero en los Pirineos Orientales franceses, el *Institut Orthopédique et Hydrothérapique* de Pia (1881) y, más tarde, el Gimnasio Médico de Las Palmas, donde se utilizaron métodos y aparatos inventados por Amorós.⁶⁰

En 1845, las autoridades militares españolas enviaron a París al capitán de Ingenieros Aparici y Biedma, para estudiar los mecanismos de los ejercicios gimnásticos e introducirlos en España. Entre 1847 y 1856, se puso al frente del Gimnasio Central de Guadalajara, que él mismo impulsó. La labor de Aparici como propagador de la gimnástica en España, sobre todo en el Ejército, fue notable⁶¹. En 1852, tradujo al español el reglamento de instrucción gimnástica

⁵⁸ Sobre esta institución clave en la difusión de la gimnástica en el Ejército francés: Ministère de la Défense – Commissariat aux sports militaires (ed.): op. cit.; Gilbert ANDRIEU: “La gimnasia amorosiana...”, en Teresa M.^a GONZÁLEZ AJA y José Luis HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (comps.): op. cit., pp. 111-113; Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: “Memoria y olvido de Francisco Amorós y de su modelo educativo gimnástico y moral”, *Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, 6 (2007), pp. 24-51. <http://dx.doi.org/10.5232/ricyde2007.00603>

⁵⁹ Grégory QUIN: “Le mouvement peut-il guérir? Histoire de l'engagement des médecins français dans l'élaboration de l'éducation physique (1741-1888)”, *Genre & Histoire*, 8 (2011). <http://archive.wikiwix.com/cache/?url=http%3A%2F%2Fgenrehistoire.revues.org%2F1181> (consultado el 3-10-2017).

⁶⁰ Antonio ALMEIDA: *Higienismo...*, pp. 111-137.

⁶¹ Archivo General de Segovia. Sección 1^a, serie 1, Expedientes personales, leg. A-1925. José Aparici. Sobre este personaje: Miguel Ángel BETANCOR: “El amorosiano José M.^a Aparici i Biedma”, en Teresa M.^a GONZÁLEZ AJA y José Luis HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (comps.): pp. 79-107; Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física...*, p. 298; Xavier TORREBADELLA-FLIX:

entonces en vigor en el ejército francés.⁶² En 1846, la asignatura de gimnasia fue también introducida a los cadetes de la Academia del Alcázar de Segovia, donde se destinó para ello a un sargento de Artillería ayudado por dos cabos, los tres instruidos por el conde de Villalobos en el gimnasio madrileño de Serra.⁶³ También se creó la Escuela de Gimnástica Militar de Barcelona (1845).⁶⁴

El militar Francisco Aguilera y Becerril, conde de Villalobos, fue otro discípulo y en cierto modo continuador en España de la obra de Amorós. Algunos estudios recientes inciden en el interés del personaje, pero aún está por llegar la biografía histórica que merece, dada su trascendencia en el proceso de institucionalización de la educación física y la gimnástica en España. Al igual que Amorós, Aguilera consideraba a la gimnástica una disciplina científica.⁶⁵ Para referirse a esta inventó un neologismo: «gimnasología».⁶⁶ No obstante, Aguilera fue muy crítico con la obra de Amorós e intentó, de forma explícita, alejarse de aquella. El conde de Villalobos fue director de los Gimnasios Reales, preceptor de educación física del príncipe de Asturias –futuro Alfonso XII–, y auspició y colaboró en la creación de varios gimnasios privados en Madrid. El más famoso de ellos, el dirigido por el francés de tendencias amorosianas Alfonso Vignolles, contó con la colaboración del español afincado en París Vicente López Tamayo, quien se encargaría de dirigir la parte de la gimnasia médica, higiénica y ortopédica.⁶⁷ Aguilera demostró conocer los adelantos y las aplicaciones de la gimnasia higiénica y llegó a solicitar a la reina Isabel II la creación de un gimnasio normal para la formación de médicos especializados en gimnasia higiénica y terapéutica. Pese a que la propuesta contó con el apoyo de influyentes médicos, la iniciativa no fructificó, pues mientras en algunos países europeos las propiedades científicas de

“La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5/9 (2016), p. 177, <http://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/182> (consultado el 3-10-2017).

⁶² José María APARICI Y BIEDMA: *Instrucción para la enseñanza de la gimnástica en los cuerpos de tropas y establecimientos militares*, Madrid, Rivadeneira, 1852. También publicaría un *Atlas de gimnasia* (1849) y una traducción del francés –obra del coronel d’Argy– de una de las pocas obras sobre natación del momento: *Instrucción práctica para la enseñanza elemental de la natación en el ejército*.

⁶³ María Dolores HERRERO: *La enseñanza militar ilustrada...*, pp. 148-150. Sobre el Colegio de Humanidades de Francisco Serra y su Gimnasio Civil y Médico: Xavier TORREBADELLA-FLIX: “Del mito al olvido. El conde de Villalobos y la gimnástica en España (1841-1867)”, *Revista Observatorio del Deporte*, 3/2 (2017), pp. 83-85.

⁶⁴ Xavier TORREBADELLA-FLIX: *Repertorio bibliográfico...*, p. 55.

⁶⁵ Francisco AGUILERA (conde de Villalobos): *Ojeada sobre la gimnasia (sic), utilidades y ventajas que emanan de esta ciencia*, Madrid, Imprenta de Yenes, 1842, p. 7. Íd.: *Breve indicación de las máquinas, aparatos gimnásticos y médico-gimnásgrafos, inventados por el conde de Villalobos, director de los Gimnasios Reales*, Madrid, Imprenta de Alejandro Gómez de Fuentenebro, 1866.

⁶⁶ Ángel MAYORAL: “El conde de Villalobos, figura señera de la educación física española. Del empirismo a la fundamentación científica (2ª)”, *Athlos. Revista Internacional de Ciencias Sociales de la Actividad Física, el Juego y el Deporte*, 8 (2015), pp. 69-88 <http://museodeljuego.org/athlos-revista/athlos-no8/el-conde-de-villalobos-figura-senera-de-la-educacion-fisica-espanola-del-empirismo-a-la-fundamentacion-cientifica-2a/> (consultado por última vez: 3-10-2017); Xavier TORREBADELLA-FLIX: “Del mito al olvido. El conde de Villalobos...”, p. 98.

⁶⁷ Salvador LÓPEZ GÓMEZ: *Breve reseña histórica de la gimnasia en Europa*, Sevilla, Juan Moyano, 1881, p. 34. Cit. en Xavier TORREBADELLA-FLIX: “Del mito al olvido. El conde de Villalobos...”, p. 83.

la gimnástica eran difundidas en academias médicas y otras instituciones educativas e higiénicas, en España su impacto y consideración por parte de las autoridades fue casi inapreciable hacia mediados del siglo XIX.⁶⁸

Pero sin duda, quien tuvo el mérito de conseguir sintetizar, con mayor reconocimiento, las técnicas de la gimnástica y la ciencia médica con fines terapéuticos fue el médico militar Sebastián Busqué Torró,⁶⁹ quien conoció la gimnasia a través del madrileño Gimnasio Vignolles, donde quedó impactado por la ingeniosa máquina construida por este. Busqué fue el primer autor español que utilizó y difundió el término «rehabilitación» en la literatura médica, siendo esta, quizá, la mayor contribución española a la historia internacional de la rehabilitación.⁷⁰ Las diversas facetas de su vida militar, científica, periodística y gimnástica son indisociables, ya que a través de múltiples iniciativas contribuyó a consolidar en España la idea de que la gimnástica médica necesitaba de un plan de ejercicios corporales especiales para la rehabilitación de ciertas alteraciones funcionales y para la corrección de algunos vicios de conformación.⁷¹ En este sentido, su labor en el cuerpo de Sanidad Militar, tanto en varios regimientos como en el Hospital Militar de Madrid, fue sobresaliente y logró alcanzar el empleo de Médico Mayor. Sería condecorado, además, con la Cruz de Emulación Científica, por sus publicaciones sobre gimnástica rehabilitadora, y con la Cruz de Carlos III, por su activa participación en la atención de los heridos durante los acontecimientos del motín de los sargentos del cuartel de San Gil en Madrid (1866). El principal cometido de Sebastián Busqué como médico militar fue la valoración y, en su caso, rehabilitación de los soldados inválidos.

Conclusiones

En los siglos XVIII y XIX, el Ejército no quedó al margen de las Luces y, en particular, de los progresos en materia educativa y científica. Al contrario, gracias a un selecto grupo de personalidades militares de sólida formación –que podríamos catalogar como «militares ilustrados»– muchas ideas propuestas por teóricos como Rousseau fueron puestas en práctica en distintos proyectos europeos, entre finales del Setecientos y la primera mitad del Ochocientos. De ese modo, la gimnástica comenzó a implementarse y generalizarse, de forma gradual e intermitente, en la instrucción militar. Diversos estudios demuestran que la gimnástica más desarrollada, por contar con mayores medios, fue la militar, dado que los intentos de extender la educación física y gimnástica en el ámbito escolar contó con menos apoyos oficiales y, en consecuen-

⁶⁸ Miguel VICENTE-PEDRAZ y Xavier TORREBADELLA-FLIX: “El dispositivo gimnástico...”, p. 5. <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2017.04> ; Xavier TORREBADELLA-FLIX: “Del mito al olvido. El conde de Villalobos...”, p. 93.

⁶⁹ El estudio más completo sobre S. Busqué y Torró se debe al médico especialista en rehabilitación José M. CLIMENT: *Historia de la rehabilitación...*, capítulo 8, pp. 131-149. De sus investigaciones extraemos los datos biográficos proporcionados sobre Busqué.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 131.

⁷¹ Sebastián BUSQUÉ Y TORRÓ: *Gimnástica higiénica, médica y ortopédica o el ejercicio considerado como medio terapéutico*, Madrid, Imp. Manuel Galiano, 1865, p. 73.

cia, su institucionalización será más tardía si cabe. En pleno contexto de (re)construcción de los Estados-nación y debido a los intereses patriótico-nacionales de algunos gobiernos europeos, se destinaron algunos recursos –que en ningún caso fueron extraordinarios– para la incorporación de la práctica gimnástica a la instrucción militar como preparación física y moral para la guerra. Y a la postre, esta también resultaría útil a los fines higiénico-médicos tan en boga en el siglo XIX, tanto en la esfera pública como en la privada. Por ello, la gimnástica sería promovida desde instituciones públicas (hospitales, ordenanzas y academias militares, escuelas, etc.), pero también se comercializaría, como actividad de moda que llegó a convertirse entre las clases medias y altas, mediante la proliferación de gimnasios privados con todo tipo de fines, recreativos y terapéuticos sobre todo. Con los matices que se quiera, aquí podemos hallar el origen de la cultura física y de la gimnasia deportiva que hoy conocemos.⁷²

Factores muy diversos llevaron a que el antiguo arte gimnástico y la ciencia médica convergiesen y vieran nacer una nueva disciplina sanitaria fruto de la síntesis de ambas: la gimnasia médica o gimnasia científica, con sólida base anatómica y fisiológica, tronco común del que ramificarían en los siglos XIX y XX especialidades como la mecanoterapia, la ortopedia, la kinesiterapia, la medicina física o rehabilitadora y la fisioterapia. Un tipo de gimnasia –la médica– que, como hemos intentando defender aquí, se desarrolló de forma sincrónica en Francia y en Suecia, aunque finalmente el modelo nórdico acabara imponiéndose en casi toda Europa.

En el espacio europeo, algunos pioneros de la educación física moderna –«gimnasiarcas» o «gimnásosofos», como algunos se autodenominaban– entendieron que el hermanamiento e identificación de la gimnasia con la medicina moderna era el camino para validar y dar una sólida base científica al corpus empírico de los ejercicios corporales dirigidos a través de la observación, la experimentación y la formulación de ciertas leyes o doctrinas. Por su parte, una pléyade de médicos europeos pronto apercibió los múltiples beneficios que podrían obtenerse mediante una rutina racional de ejercicios planificados –una «gimnasia bien dirigida», se decía–, con o sin máquinas o aparatos, para paliar o corregir ciertas dolencias o deformaciones del cuerpo humano o, en el ámbito castrense, para la reeducación de inválidos. Hemos citado algunos ejemplos en Francia, Suecia y España, pero esa sería la tendencia general en el mundo occidental durante los siglos XIX y XX.

⁷² Gilbert ANDRIEU: *L'éducation physique au XXe siècle: une histoire des pratiques*, Joinville-le-Pont, Libraire du sport, 1990, pp. 14-15.

Representación de la lucha en el aire: los pilotos de la República en la guerra civil española

Representation of the battle in the air: republican pilots in the Spanish civil war

José Galán Ortega
josegalanortega@gmail.com

Resumen: Este artículo pretende aproximarse a una memoria colectiva específica, la de un grupo de aviadores republicanos españoles que escribieron sobre su experiencia en la guerra civil. Los trabajos sobre la memoria de la experiencia de guerra en España son muy escasos, y los centrados en un colectivo como el de los pilotos de combate, en este caso de caza, son testimoniales. A través de estas páginas se exploran las relaciones de esta memoria y sus portadores con los modos de articular y socializar el recuerdo para definir así identidades colectivas frente a marcos sociopolíticos concretos. Al mismo tiempo el texto busca aportar un ángulo de análisis propio dentro del debate sobre el mismo concepto de memoria colectiva, la necesidad de evitar abstracciones y singularizar los vectores que la articulan y la dificultad del tránsito entre la memoria individual y la colectiva, a la par que se trata de dilucidar el proceso por el que un grupo de excombatientes perciben y recuerdan la guerra civil en el aire.

Partiendo de la hipótesis de la existencia efectiva de una memoria colectiva o grupal, que luego se confirmará al ensamblar los planos de la escritura y los espacios de socialización donde esta se consolidará, se han examinado quince libros de memorias (un número suficiente para discernir aquella), boletines editados por las distintas asociaciones fundadas por los pilotos republicanos a lo largo del tiempo y fuentes orales involucradas en el mismo movimiento asociativo. Las conclusiones que se han obtenido tras el detallado análisis de estas fuentes nos llevan a una doble idea. En primer lugar, la constatación de la configuración de una memoria grupal que gira de forma nítida alrededor del eje de la experiencia de vuelo y de combate, concebida como un rito antropológico normalizado donde la belleza de la física aeronáutica y la mecánica, iluminadas desde la fuerza medida del relato, alimentan una identidad colectiva ajena a la derrota sufrida, pero también ensombrecen el acto de autodescubrimiento o la introspección psicológica. En segundo lugar y, en definitiva, la memoria grupal de estos pilotos republicanos españoles ofrece

un impresionante ejemplo de la importancia concedida al acto humano de contar y de escribir un relato colectivo cuya vibración y fuerza narrativa imite en lo posible la pasión por volar subyacente en textos que, paradójicamente, tratan de sublimar las emociones pasadas y presentes.

Palabras clave: guerra civil española, FARE, memoria colectiva, aviación de combate, Segunda República

Abstract: This article aims to approximate to the specific collective memory of a group of Spanish Republican aviators who wrote about their experience of the Spanish Civil War. There is scant scholarly work on the memory of these pilots' experiences of the war, and existing work tends to concentrate on the testimonials of the combat pilots. In this article, I explore this understudied memory thorough its cultural vectors with the express intention of showing how this memory was defined and socialised. I aim to contribute a new form of analysis which will avoid abstractions and define the difficult relationship between individual and collective memory. This article also aims to outline the particularities of how this group of aviators perceived and remembered their experiences of the Civil War.

Departing from the hypothesis of the effective existence of a collective or group memory, which is confirmed and consolidated by writings and the spaces of socialisation, I have examined fifteen memoirs, bulletins edited by distinct associations established by Republican pilots and oral sources from those involved in said associations. The evidence gathered from this study leads us to two conclusions. Firstly, we observe a group memory which is centered on the experience of flight and combat, conceived as a normalised anthropological ritual, whereby the beauty of physical and mechanical aeronautics, emphasised throughout their memoirs, bolster a collective memory distanced from defeat, which overshadows, over time, the acts of self-discovery and psychological introspection. Secondly, the group memory of these pilots exemplifies the importance of telling or writing a collective story whose vibration and narrative force reflect the passion for flying that permeates these texts. A rather ironic finding, considering that these texts purport to sublimate past and present emotions.

Keywords: Spanish Civil War, FARE, Collective memory, Combat aviation, Second Republic

Para citar este artículo: José GALÁN ORTEGA: "Representación de la lucha en el aire: los polotos de la República en la guerra civil española", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 170-190.

Recibido: 21/03/2018

Aprobado: 04/12/2018

Representación de la lucha en el aire: los pilotos de la República en la guerra civil española

José Galán Ortega
josegalanortega@gmail.com

Introducción

Este trabajo examina la memoria colectiva de un grupo de pilotos de caza republicanos que combatieron durante la guerra civil española. Los nombres de estos aviadores forman parte de la élite militar y la mística particular de las Fuerzas Aéreas de la República Española (en adelante, FARE). De hecho, los pilotos de guerra son figuras que despertan gran interés dentro y fuera del escenario bélico, ya sea por ostentar el sello de una élite profesional y militar vinculada estrechamente a la modernidad tecnológica más seductora o por las resonancias casi míticas de sus duelos individuales y colectivos. Así pues, su aura de casta guerrera trasciende su condición de militares entre cuyos deberes y misiones estaría la aniquilación de objetivos militares y civiles enemigos con un alto coste en vidas humanas, debido fundamentalmente al potencial destructivo desplegado.

Desde esta perspectiva, se propone como hipótesis de partida la aparición de una memoria grupal o, al menos, la elaboración colectiva de un cierto tipo de relato sobre la experiencia de guerra de los aviadores republicanos durante la guerra civil. En este sentido, se trataría de una memoria construida por los propios veteranos bajo los instrumentos de mediación proporcionados por formas de lenguaje y pensamiento comunes, marcadas por la experiencia “épica” de la derrota de una República abandonada por las democracias occidentales.¹ Dentro de esta memoria grupal, profesional y militar cada voz autobiográfica significaría un punto de vista diverso y cambiante respecto del relato colectivo –dependería del lugar ocupado por el actor en

¹ Un texto referencial para la historia de la memoria en Henry ROUSSO: *The Vichy syndrome. History and memory in France since 1944*, Harvard University Press, 1994, pp. 3. La función de los testigos como actores y creadores del acto de memoria en Svetlana ALEXIEVICH: *La guerra no tiene rostro de mujer*, Barcelona, Debate, 2015, pp. 18. Para aclarar conceptos generales Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: *Memorias de la política. Políticas de la memoria*, Madrid, Alianza, 2008; Pierre NORA: “Between memory and history: les lieux d’mémoire”, *Representations*, 26 (1989); Jay WINTER: *Remembering war: the Great War between memory and history in the twentieth century*, New Haven, Yale University Press, 2006; Alessandro PORTELLI: *The battle of Valle Giulia. Oral history and the art of dialogue*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1997 y Phillip DWYER: “Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la experiencia de guerra en el siglo XX”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4:7 (2015), pp. 108-132.

cada momento y por la relación de este con los marcos sociales—,² pero revelaría la identidad común reivindicada. Por lo tanto, este texto pretende contribuir al estudio de la memoria de los excombatientes de la guerra civil española, un enfoque que se ha empezado a emplear en España en tiempos muy recientes,³ pero también al debate establecido sobre la posibilidad o no de transferir los contenidos de la memoria individual a la colectiva. Aquí partiríamos de la premisa de que esta última no se constituiría como la mera yuxtaposición de las memorias individuales, sino que surgiría tras un proceso múltiple de interrelación de las mismas,⁴ argumento sustentado en la naturaleza poliédrica de la memoria individual, espejo de múltiples memorias específicas entrecruzadas (políticas, culturales, gremiales...). Así mismo convendría subrayar el paradójico rol representado por los *trabajos de la memoria* que, como afirma Josefina Cuesta, no solamente incluyen la textura del recuerdo, sino que también incorporan la lógica del silencio y del olvido.⁵

A la luz de este esquema conceptual, los relatos memorísticos analizados aquí no deberían leerse como reflejo preciso del pasado en sentido empírico, sino como piezas de un puzzle que revela ideologías culturalmente desarrolladas. Así pues, se contemplaría la secuencia en que los individuos ven, procesan y recuerdan los acontecimientos para representarlos más tarde como poderosos artefactos culturales.⁶ La proyección de este enfoque cultural no implica, sin embargo, la irrelevancia del contexto histórico abordado. La memoria no funcionaría como un archivo que preserva «datos y significados, sino como un procesador que los transforma y elabora de manera osmótica y proporciona nuevos datos y significados que incluyen los precedentes — aunque sea para negarlos o deshacerse de ellos».⁷ Sería, pues, un foco para iluminar formas de percibir y pensar la realidad o modos de codificarla en una narrativa liberada de la valoración crítica del recuerdo.⁸ Entre los contenidos de esta o estas memorias colectivas aparecerán los

² Maurice HALBWACHS: *La memoria colectiva*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 50. En apoyo de la teoría de la dimensión social de la memoria sustentada por Halbwachs, autor esencial para la sociología de la memoria —aunque se discuta su infravaloración de la memoria individual—, Ricoeur acepta la transformación del recuerdo revelado por cada sujeto en «un punto de vista sobre la memoria colectiva». Paul RICOEUR: *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Le Seuil, 2000, pp. 151.

³ Manuel del RÍO MARTÍN, *La memoria y los pilotos de la II República durante la guerra civil*, Tesis doctoral, Universidad de Alicante, 2015.

⁴ Anette WIEVIORKA: “Entre transparence et oubli”, en Thomash FERENCZI (ed.), *Devoir de mémoire, droit à l'oubli?*, Bruselas, Complexe, 2002, pp. 182; Robert FRANK: “La mémoire et l'histoire”, en Daniel WOLDMAN (dir), *La bouche de la vérité. La recherche historique et les sources orale*, Cahiers de l'HTTP, 21 (noviembre de 1992); Lorraine RYAN: “Memory, power and resistance: the anatomy of a tripartite relationship”, *Memory Studies*, 4:2 (2011), pp. 157 y, de la misma autora, *Memory and Spatiality in Post-Millennial Spanish narrative*, Farnham, Asghate, 2014, pp. 37-39.

⁵ Josefina CUESTA: *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 74.

⁶ Phillip DWYER: op. cit, pp. 113; David ALEGRE y Miguel ALONSO: “Los teatros de lo bélico: violencia, memoria, identidad y sociedad de masas”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2:4 (2013), pp. 5-11.

⁷ Alessandro PORTELLI: op. cit, pp. 44-45.

⁸ Wolf KANSTEINER: “Finding meaning in memory: A methodological critique of collective memory studies”, *History and theory* 41:2 (2002), pp. 185.

trazos de determinadas experiencias y culturas de guerra, filtradas tanto a través del lenguaje simbólico como del efecto real del tiempo sobre la reconstrucción de los recuerdos.

En este sentido, el concepto de “experiencia de guerra” se definiría, a modo de referencia, como una «construcción individual, condicionada por el trasfondo social y cultural de cada soldado, su bagaje de valores y la experiencia y socialización previas», mientras que las “culturas de guerra” abarcarían representaciones o percepciones sociales sobre el bando propio, el enemigo y el combate.⁹ En lo que respecta a este trabajo, los libros autobiográficos y los testimonios memorísticos analizados componen un collage donde las memorias individuales (esos puntos de vista oscilantes sobre una memoria compartida) moldean las percepciones bélicas, políticas y culturales de una élite tan exigida y mitologizada como la de los aviadores de la FA-RE.¹⁰ El número de relatos memorísticos analizado, quince en total, parece suficiente, dado el significativo papel desempeñado en el conflicto por los autores de estos testimonios, pues se trata de buena parte de los aviadores republicanos más distinguidos en combate. Hablamos de pilotos que recuerdan en distintos marcos temporales y contextos sociopolíticos y, en todos los casos, comparten la conciencia simbólica expresada en un sentido concreto de pertenencia a un grupo selecto de “guerreros del aire”.¹¹

El examen de sus libros de memorias nos acerca al espacio de tránsito entre la memoria individual y la colectiva, a los complejos vínculos e interrelaciones que definen esta última. Se trata de un proceso controvertido, indudablemente, pero lo cierto es que enlaza relatos múltiples marcados, homogeneizados también, por una lógica forjada en la profunda experiencia de la derrota. Esa «cultura social de la derrota» que ofreció a una parte de los vencidos «la identi-

⁹ Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2016, pp. 16-17.

¹⁰ “Trío de ases de la aviación republicana”, *Interviú* (22 de diciembre de 2006). <https://viajealasituacion.com/tag/manuel-montilla-montilla/>. Luis Dial [consultado por última vez el 8-2-2016].

¹¹ Antonio ARIAS: *Arde el cielo, memorias de un piloto de caza participante en la guerra de España (1936-1939) y en la gran guerra Patria de la URSS (1941-1945)*, s.l, editor A. Delgado, 1995; Juan BLASCO: *Un piloto español en la URSS*, Madrid, Editorial Antorcha, 1960; José María BRAVO Y Rafael de MADARIAGA: *El seis doble. Bravo y los Moscas en la Guerra Civil Española y en la II Guerra Mundial*, Madrid, Agudín, 2007; Andrés FIERRO: *¡Tarán! Avatares de un piloto de guerra de la República en dos guerras (1936-39 y 1941-45)*, Madrid, edición del autor, 2000; Andrés GARCÍA LACALLE: *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra española*, México, Oasis, 1973; Emilio HERRERA LINARES: *Memorias*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1986; Ignacio HIDALGO DE CISNEROS: *Cambio de rumbo*, Bucarest, s.n, 2 vol., 1961-64; Juan LARIO SÁNCHEZ: *Habla un aviador de la República*, Madrid, Editorial. Graf. Torroba, 1973; Juan MALUQUER: *La aviación de Cataluña en los primeros meses de la guerra civil*, Madrid, San Martín, 1980; Francisco MEROÑO: *En el cielo de España*, Moscú, Editorial Progreso, 1979; ID: *Le llamaban diablo rojo*, Madrid, Almena, 2004 ; e Id: *Así como fue: aviadores españoles en la URSS*, Madrid, Carrasco Ed., 2005; Manuel MONTILLA: *Héroes sin rostro*, México D.F, Costa Amic, 1980; Francisco PÉREZ MUR: *De la voltige aérienne à la guerre d'Espagne*, París, Editions France-Empire, 1978; Elixio RODRÍGUEZ: *Matádeo mañá*, Vigo, Xerais, 2008; Ángel SANZ COBOS: *Memorias de un chico de Vallecas piloto de caza de la República*, Albacete, QVA, 2011. Juan SAYOS ESTIVILL: *Un aviador de la república*, Barcelona, Nova Terra, 1970; Luis SIRVENT CERRILLO: *España "La guerra aérea". Los combates de un piloto de caza de la República*, Alcalá de Henares, L. Sirvent, 1993 y Francisco TARAZONA: *Yo fui piloto de caza rojo*, Madrid, Fermín Uriarte, 1968.

dad espiritual de defensores de las libertades republicanas» y se extendió desde el medio obrero (la identidad de los luchadores de clase) hacia el exilio y la clandestinidad tras la guerra civil.¹² La derrota (bélica, *política*, coyuntural) no implicó el sometimiento ante una realidad impuesta, una renuncia a unos ideales, más allá de la crítica explícita a estrategias o faccionalismos dentro del bando republicano, pero causó heridas que se intentan restañar a través de un acto de memoria colectivo, argumento de peso para embarcarse en la escritura autobiográfica. La influencia de un final concebido como inevitable ante la superioridad militar de un enemigo sostenido por las potencias fascistas ayuda, de hecho, a reforzar una identidad colectiva a través de la rememoración que también reestablece una suerte de justicia histórica. Este círculo se cierra con el tradicional vínculo de la camaradería militar como clave para trascender diferencias ideológicas cuando se ejerce el deber de memoria o se enfrenta el *síndrome de Estocolmo* (la narrativa autocrítica republicana, lastrada por la perspectiva del fracaso personal y colectivo), prevalente en la primera generación de los memorialistas políticos del exilio.¹³

Los relatos: estructura, motivaciones, contextos y espacios de socialización del recuerdo

Los autores de los relatos memorísticos analizados mantuvieron una compleja relación con su pasado personal y colectivo, como actores y testigos de un tiempo histórico que demanda periódicamente su reescritura y un compromiso social efectivo en la reelaboración de relatos plurales y alternativos. Son todos ellos pilotos de caza, la élite de la aviación militar, formados en cursos de tres a cinco meses de duración que se impartían en Kirovavad (Azerbaiján) –había excepciones notables como García Lacalle e Hidalgo de Cisneros, aviadores militares de preguerra– e integrados en escuadrillas de la FARE a partir de la segunda mitad de 1937. Estas circunstancias coadyuvaron a que la mayoría de estos pilotos recibiesen su bautismo de fuego en fechas bastante posteriores a la batalla del Jarama, considerado el momento crítico a partir del cual la FARE empezó a perder el control de los cielos. En este sentido, desarrollaron el grueso de su trayectoria bélica en paralelo al progresivo declive militar republicano, que reflejan como el núcleo de una experiencia especialmente traumática en sus relatos sobre los episodios vividos durante y tras la batalla del Ebro.

Los textos emanados de este proceso de indagación en la memoria individual y colectiva se caracterizan esencialmente por centrarse en la representación casi visual de la experiencia de vuelo y en la reivindicación del rol y la idiosincrasia del piloto de guerra republicano. Este esquema inicial se traduce en un estilo directo y asertivo que retrata la figura del aviador inmerso

¹² Walter BERNECKER: “Reconstrucción y franquismo: comparación de los efectos de las guerras civiles estadounidense y española”, en Peter WALDMANN y Fernando REINARES (eds.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 151.

¹³ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Tendencias y controversias de la historiografía española sobre la política en la Segunda República”, en Íd. y Álvaro RIVAGORDA (eds), *Luces y sombras del 14 de abril. La historiografía sobre la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017, pp. 132. Pablo SÁNCHEZ LEÓN y Jesús IZQUIERDO: *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI*, Madrid, Postmetrópolis, 2017, pp. 112-113.

en un universo muy específico, perfectamente reglado y habitado con toda naturalidad por una clase especial de individuos. Por eso mismo, se adentra en la mecánica y significación del combate aéreo, contemplado como un lenguaje que solo podría descifrarse tras un largo proceso de acumulación de experiencias ante un peligro constante, escondido incluso tras la maniobra de vuelo más simple. En referencia a los aviones que pilotaba en Getafe antes de la guerra, muy inferiores a los aparatos rusos pilotados durante el conflicto y por ello más propicios para remarcar las cualidades del piloto, Hidalgo de Cisneros ofrecía estas claves para perfilar el retrato del militar especialista por excelencia:

«La intervención del piloto era constante, guiándose por el aire que le daba, por el ruido del motor y por una sensibilidad o instinto difícil de explicar y que era lo que clasificaba a los pilotos en buenos, regulares y malos.»¹⁴

En estas coordenadas, se generaliza el relato en primera persona y se remarca la ausencia de una indagación coherente en la realidad anterior al rito técnico y bélico del vuelo, al tratarla sencillamente como un mero complemento de la vivencia extrema del combatiente. La gran mayoría de los pilotos estudiados priorizan la construcción de una narración veraz, aparentemente neutra en lo ideológico, cuya fidelidad a la verdad no será un punto a discernir en estas páginas. Sin embargo, la objetividad proclamada de inicio por la mayoría de los autores no impide la posterior revelación de su apoyo presente o pasado –la escritura se relaciona con cada contexto histórico– a la idea e instituciones republicanas, o la elaboración de nuevos significados para redefinir su papel de defensores activos de la legalidad republicana. Aunque se aleja claramente de las pautas establecidas en siglos precedentes para expresar el recuerdo de la experiencia bélica, la memoria colectiva de estos aviadores no pretende explorar en profundidad la vía de autodescubrimiento propia de la narrativa memorística de guerra en el siglo XX, sino fortalecer la cohesión de los pilotos en torno a la percepción del combate aéreo. En ese sentido, y como ya se ha dicho antes, evita relatos estructurados acerca de la trayectoria prebélica y los procesos psicológicos de transformación del civil en soldado y, por contra, incluye imágenes de lo acontecido tras la guerra civil, cuando sus vidas son ya las de combatientes acreditados. Biografías que atravesaron los campos de internamiento franceses o afrontaron la realidad impuesta por la dictadura franquista sobre exiliados que, en bastantes casos, lograron finalmente desarrollar carreras profesionales relevantes, sin que ello supusiera una merma del compromiso político-simbólico contraído en el conflicto. En todo caso, y al igual que las memorias autobiográficas de guerra escritas tanto en el siglo XIX como en el XX, el relato compartido analizado se centra más en lo que los seres humanos hicieron en la guerra que en lo que la guerra les hizo a ellos.¹⁵

¹⁴ Ignacio HIDALGO DE CISNEROS: op. cit, t. 1, pp. 99.

¹⁵ Philip DWYER: op. cit, pp. 115.

Pueden ser tan asépticos al escribir como Juan Sayós Estivil o Juan Maluquer, en su labor de historiadores-cronistas; tan analíticos como Andrés García Lacalle (también una excepción, pues confiesa enfrentarse a emociones intensas en el momento de la escritura); y tan proclives a la síntesis precisa de escenarios políticos y sociales como Ignacio Hidalgo de Cisneros, quien se atreve a explicar su progresiva y sorprendente transformación ideológica hacia las posiciones políticas del PCE. En algunos casos, los relatos se revolucionan, *entran en barrena* (en paralelo a la acción narrada o alejándose de ella abruptamente), perjudicando los fines testimoniales asumidos: Montilla y sus confesiones en materia sexual, que trascienden las narraciones inocentes de flirteos amorosos juveniles, expresión de una masculinidad reconfigurada en el recuerdo en relación al rol del héroe conquistador. En otros casos, ofrecen la prosa medida de un libro de entrevistas, un texto híbrido introducido por el periodista y aviador Rafael de Madañaga para plasmar los recuerdos de José María Bravo, narrados en primera persona. En este punto, resulta en principio paradójico que algunas voces acusen a Bravo de haber escrito el libro de Antonio Arias, otro de los pilotos considerados, polémica que ilumina —y no es la única— la dificultad para analizar en detalle los contextos y procesos de escritura o reelaboración de cada libro de memorias. Por tanto, esta circunstancia permitiría un mejor enfoque del modelo de memoria colectiva analizada en estas páginas.

De todos los testimonios examinados, el primero en aparecer fue el de Juan Blasco, publicado en 1960 en Madrid. Este texto revela, en especial, su traumática experiencia en la URSS y se adapta al discurso anticomunista impuesto por el régimen franquista, más allá de la percepción personal de un tiempo de penurias y represión. De entre los estudiados, es tal vez el autor más complaciente con la memoria dominante en el momento de la publicación, que en su caso aún no había incorporado el discurso de la equidistancia. No en vano, le dedica el libro «a la memoria de los españoles muertos en los campos de trabajo esclavo o como consecuencia de su estancia en ellos».¹⁶ En contraste con el testimonio de este autor —el único también en privilegiar la vida cotidiana sobre la experiencia de vuelo, apenas esbozada—, los otros aviadores formados en la escuela de Kirovabad (Azerbaiyán) o refugiados en la URSS tras la guerra evitaron por lo general la crítica descarnada del sistema comunista, que si aparece lo hace entre elogios sinceros al pueblo soviético. En este punto, el caso de Meroño resulta más complejo. La primera versión de sus memorias, editada en Moscú en 1979, enfatizaba su vinculación política y sentimental con la URSS y el PCE, línea seguida en libros posteriores. Sin embargo, en la postrera entrega de la saga se revela que los textos anteriores debieron adaptarse al contexto político de la escritura y a la memoria hegemónica en la URSS, bajo la amenaza de una hipotética “sentencia de muerte”. El hecho de que este último texto fuese completado por Dolores Meroño, tras el fallecimiento de su padre, complica algo más la valoración de este proceso de

¹⁶ Juan BLASCO: op. cit, pp. 8.

reconfiguración del recuerdo, donde el acto de memoria se asocia a una secuencia de determinantes políticos y personales cambiantes en el tiempo.¹⁷

Juan Lario publicó sus memorias a finales de la dictadura franquista, y para estructurar el texto establece un diálogo imaginario con un lector (“Juan Español”), arquetipo de aquella parte de la sociedad que no vivió la guerra civil. Su relato parece reflejar a priori rasgos de la memoria equidistante surgida durante la década de los sesenta, base del discurso de *reconciliación nacional* imperante en la Transición. Sin embargo, esta idea flaquea cuando este autor, junto a otros como por ejemplo Bravo, pro-soviético declarado, reafirma su apoyo a la causa republicana y ensalza la estrategia de resistencia del gobierno de Negrín, para contradecir así el espíritu de neutralidad compartido con el lector durante el texto. Esta dinámica adaptativa del recuerdo afecta tanto a los que publicaron desde el exilio y el trauma de la derrota, el destierro (Hidalgo de Cisneros, Emilio Herrera, García Lacalle, Tarazona) y el interior del país (Juan Lario, Sayos Estivil) durante la década de los sesenta y los primeros setenta del pasado siglo, como a los que lo hicieron, la gran mayoría ya en España, inmediatamente después de la muerte del dictador (Meroño, Montilla, Maluquer, Pérez Mur) o a partir de los años noventa del siglo XX (Sirvent, Elixio Rodríguez, Arias, Fierro, Bravo y Sanz Cobos). Aunque la cronología de las publicaciones de estos últimos coincida con el proceso de afianzamiento de la memoria histórica en España, los libros de memorias alumbrados no cambian sustancialmente la pauta de consenso marcada por sus antecesores como eje argumental básico, debido tanto a la especificidad del objetivo narrativo como al hecho de que muchos de estos relatos habrían madurado probablemente mucho antes de su publicación. Una aproximación a los escenarios cambiantes que atravesaron muchos de estos pilotos durante su trayectoria vital tras la guerra civil subraya la dificultad de calibrar la influencia de factores como el lugar, la cronología o el marco político en la escritura memorialista analizada. El hecho de que la mayoría de los aviadores/autores incluidos en este estudio regresasen a España a partir de mediados de los cincuenta (todos los exiliados en la URSS y la mayoría de los procedentes del exilio americano o europeo supervivientes), añadió un elemento más de incertidumbre o de presión psicológica - independientemente del momento político escogido para regresar- que debió ser compensado por el fortalecimiento de la identidad grupal militar interiorizada desde la época de combate.

Por lo tanto, podría afirmarse que los parámetros señalados (lugar, periodo o contexto político del relato de la experiencia de guerra) no resultan tan determinantes en la elaboración e intencionalidad de los textos como la conciencia arraigada de pertenencia a una casta o a una élite extremadamente selectiva, cuyo prestigio trascendería incluso, en el caso alemán, la huella sangrienta del nazismo en la memoria.¹⁸ Si a esto le añadimos la prosperidad económica o el apreciable desarrollo profesional alcanzado por bastantes de estos aviadores, identificamos una

¹⁷ La primera afirmación en Francisco MEROÑO: *En el cielo de España...*, pp. 56-65. La rectificación en íd: *Así como fue...*, pp. 20, 40 y 237.

¹⁸ Stefanie SHÜLER SPRINGORUM: “Flying and Killing. Military masculinity in German Pilot Literature, 1914-1939”, en Karen HAGEMANN y Stefanie SCHÜLER (eds.), *Home front. The military, war and gender in Twentieth Century Germany*, Oxford/ New York, Oxford University Press, 2002, pp. 224.

clase de condicionantes personales que podrían matizar, en su caso, el influjo político o intelectual de la derrota como eje casi ritual de una memoria específica. En cierto modo, su valor simbólico o aglutinante, muy adecuado para construir el mito colectivo del *héroe-perdedor* de una élite sacrificada, limitaría la transmisión en la escritura de emociones o pensamientos genuinos, esto es, contraindicados en determinadas coyunturas.

La gran mayoría de los aviadores proyectaron en sus textos, cada uno a su modo, la equidistancia y el espíritu de reconciliación emanados del pacto de silencio establecido en la Transición, estrategia que les permitía compensar la identidad de la derrota con un logro colectivo de carácter pragmático, convertidos o a punto de convertirse en ciudadanos de un país democrático y, al tiempo, en portadores de un irrenunciable rol simbólico republicano con que enfrentarse a un pasado muy presente.¹⁹ Esta hipótesis no quiere significar -debe recalcar este punto nuevamente- la afirmación de una renuncia implícita a principios ideológicos, por más que las definiciones políticas concretas aparezcan en general convenientemente fragmentadas o directamente difuminadas.

Sin obviar la complejidad inherente a cada momento o periodo de reflexión memorística y narrativa, se puede decir que la mayoría de los autores analizados no encuentran hueco para reflexionar -y rara vez se vierte algún sesgo pacifista definido- acerca del sentido de la guerra como hecho antropológico y tampoco profundizan en el sentido del propio conflicto civil, cuestión a veces difuminada a conciencia. Quizá esta ausencia de auto-indagación psicológica y ética no sea una prioridad colectiva en estos textos y se explique perfectamente por las contradicciones existentes entre la memoria conciliadora dominante en España desde el tardofranquismo -necesitada de reflexiones en torno a la culpabilidad colectiva y a la tragedia de la guerra "entre hermanos"-, pero también por la contención emocional *exigible* en los relatos memorísticos de guerra escritos por militares destacados o de alto rango, un tipo de héroe o antihéroe bien valorado socialmente. En definitiva, estaríamos ante una narrativa fría y aparentemente insensible al sufrimiento humano, reveladora de la pertenencia a una élite militar muy selecta que precisa del acto físico y cultural de la guerra para autoafirmarse.

A pesar de que la tendencia sea la apuntada, no se excluye la impugnación ocasional del hecho bélico, sobre todo cuando este se observa desde una óptica humanista. Ángel Sanz es probablemente el autor más explícito en este punto. Afirma su identidad de pacifista de izquierdas involucrado en la guerra por casualidad y nos recuerda en su libro cómo «los que saben de guerras son los profesionales, y se reconocen enseguida porque son generalmente los que vuelven vivos a casa». En esta misma línea, advierte del riesgo inherente a la defensa de ideales

¹⁹ En este sentido, destaca la escena en que Andrés Fierro, antiguo estudiante de la FUE, se reencuentra con un adversario falangista de sus tiempos universitarios, pasajero también del buque que le trae de vuelta a España. Se trata de un funcionario franquista encargado de supervisar una de las expediciones fletadas para repatriar a refugiados españoles de la URSS. En la entrevista mantenida, Fierro y su antiguo y la promesa de ayuda para establecerse en el país, propuesta que, en el momento de la escritura, afirma haber aceptado en aras de un olvido pragmático del pasado conflictivo. Andrés FIERRO: op. cit, pp. 12-14.

democráticos, percibido como superior al afrontado cuando se lucha en favor de «los intereses o las ideas de un individuo que es intolerante y dictador», en definitiva, de un «cerdo» como Franco.²⁰

Este relato colectivo se compensa a lo largo de diferentes momentos o periodos de reflexión y escritura, sin renunciar por ello a ciertas identidades primordiales (culturales e ideológicas) para justificar una experiencia compartida como pilotos de guerra republicanos. Eso sí, el equilibrio buscado se ve traicionado con cierta frecuencia por un lenguaje que filtra determinados significados a través del uso de herramientas narrativas como los diálogos, giros o expresiones coloquiales bastante frecuentes. Por tanto, los portadores de esta memoria coral (*memory carriers*) aparecen aquí reflejando en su escritura con cierto énfasis la escena de un grupo de jóvenes curtidos como soldados en las trincheras antes de convertirse en pilotos de combate. Se trata de un conjunto de voces que permite indagar en la percepción de una guerra civil, rodeada de una épica indudable, vivida por una de las élites guerreras “románticas” supervivientes, evocadora de la estética del duelo que remite a las formas de luchar anteriores a la era industrial.

Las razones que les movieron a escribir sobre sus vivencias contemplarían la necesidad psicológica, casi terapéutica, de reflexionar sobre su propia trayectoria vital y dotarla así de un sentido específico o alcanzar a través de su evocación la sensación de controlar o asumir las zonas de sombra que proyectaría su pasado.²¹ En este sentido, no debe olvidarse que estos hombres hicieron algo más que conocer y disfrutar la experiencia del vuelo, pues fueron ejecutores de acciones bélicas a menudo muy cruentas, por más que se enmarquen en un ideal caballeresco renovado.

Derivado de este proceso de auto-reflexión, sus testimonios apuntan en primer lugar, y por una lógica implícita a la proyección del recuerdo de este tipo de conflictos, hacia la autojustificación del papel jugado individual o colectivamente durante la guerra civil. Un papel que implicaba además el acto de matar y, por tanto, debía justificarse para poder asumir a través de la memoria la responsabilidad moral contraída.²² Así mismo, expresan desmentidos o confirmaciones –esto normalmente entre elogios– de las versiones aportadas por otros compañeros o por los autores pro-franquistas, reivindicaciones de la causa republicana, homenajes generalizados y conmovidos a los camaradas fallecidos, conmemoraciones de determinados eventos y, finalmente, un afán por legar a las generaciones futuras un relato objetivado o, en su caso, una narrativa sin tacha para los familiares directos. Andrés Fierro, por ejemplo, trata de preservar su honor personal ante su hijo adoptivo, refutando enérgicamente las calumnias vertidas contra él por varios compañeros y, por extensión, las versiones contradictorias que afectasen sensible-

²⁰ Ángel SANZ: op. cit, pp. 79, 89 y 92..

²¹ Paul THOMPSON: *La voz del pasado. Historia oral*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, pp. 180-181.

²² Joana BOURKE: *Sed de sangre: historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 15-16.

mente a pasajes de su relato, actitud compartida en especial por Arias y Tarazona y relacionada con determinadas querellas o rivalidades personales.²³

El deber testimonial ilumina una narrativa bien calibrada que se opone de forma progresiva al discurso de los propagandistas del franquismo y de algunos historiadores menos ideologizados. Aquí subyace la necesidad de memoria para compensar o revertir en sentido figurado la derrota republicana en la guerra civil —una derrota individual y colectiva—, que se convierte en una buena razón para escribir y recordar de un modo terapéutico, aun cuando el trauma *político* y el personal o humano no siempre corran paralelos.

Por otra parte, en los argumentos ofrecidos por buena parte de ellos para explicar las razones por las que decidieron convertirse en “caballeros del aire”,²⁴ figuras revestidas de un aura romántica innegable, no se subraya el vínculo civil y ciudadano con la noción de *pueblo en armas* ni con discursos políticos que trasciendan la defensa activa de la República. La decisión consciente de convertirse en pilotos se explica ocasionalmente en función de experiencias vividas en la niñez o adolescencia: Francisco Meroño, en principio uno de los más significados políticamente (en su última obra se desvelarían contradicciones importantes), afirmaba que sus deseos de convertirse en piloto se remontaban a su juventud, cuando con catorce años pagó 15 céntimos para ver la película francesa “Alas”, que como las novelas protagonizadas por Bill Barnes estimularían la imaginación de jóvenes de distintas épocas. Pero Meroño también manifestaba su aspiración legítima, aunque más prosaica, al ascenso social y a la integración en una élite social relacionada con el progreso técnico y su inevitable utilidad militar.²⁵

Un párrafo del libro de Ángel Sanz permite deducir por su elocuencia las razones que llevaron a tantos jóvenes a formarse como aviadores: «en el ejército de tierra te das cuenta [de] que puedes morir como un perro en todo momento [...] que nadie vendrá a darte las gracias por haber sacrificado tu vida».²⁶ Escapar de las penalidades experimentadas por el soldado de a pie se convirtió en una razón importante para enrolarse en las FARE, como se deduce de una intensa narración compartida y muchas veces descarnada de la experiencia previa de lucha en unidades de infantería: buena parte de ellos combatió duramente en las trincheras durante la batalla de Madrid. En línea con este argumento pragmático, Juan Lario resaltaba la imagen extendida de los privilegios propios de los pilotos de guerra como uno de los factores que le animó a ingresar en las FARE, aunque al comunicarle la decisión a su padre, antiguo trabajador del aeródromo de Getafe, este le advirtiese de que «los aviadores suelen vivir bien, pero poco tiempo».²⁷

Desde las trincheras situadas junto al cementerio de San Isidro, Sirvent presenció el debut de los *Moscas* (Polikarpov I-16, pilotados aún en su mayor parte por aviadores soviéticos)

²³ Andrés FIERRO: op. cit, pp. 4.

²⁴ La categoría de “Caballeros del aire” se aplicaría de forma genérica a todos los aviadores, independientemente de factores contextuales. Véase *Alas Gloriosas*, 8 (1980), pp. 1.

²⁵ Francisco MEROÑO: *Le llamaban diablo rojo...* op. cit, pp.13.

²⁶ Miguel Ángel SANZ: op. cit, pp. 46-52.

²⁷ Juan LARIO: op. cit, pp. 96.

sobre el cielo madrileño y, en consecuencia, el fin de la hegemonía de la aviación fascista en los combates aéreos sostenidos durante la Batalla de Madrid. Ocurrió en plena demostración de fuerza de los aparatos franquistas, momento en que, de forma súbita,

«aparecieron una docena de minúsculos cazas de color azul por su cara inferior, muy rápidos, que cayeron como rayos sobre los trimotores franquistas, incendiando uno a los pocos segundos de iniciar el combate [...]. Habían transcurrido muy pocos minutos cuando se había transformado la poderosa formación de trimotores en una desbandada, huyendo desordenadamente de la persecución de los monoplanos; que derribaron, envueltos en llamas, dos bombarderos más [...] La moral de los madrileños subió a las nubes con aquel primer acto de presencia de la aviación gubernamental. Al término del combate aéreo, nuestros Cazas dedicaron unos minutos a su exhibición acrobática ante el pueblo de Madrid, antes de retirarse a su base.»²⁸

El relato de este autor no expresa emociones, como es norma en los textos examinados, pero se deduce fácilmente que la estética seductora de heroicidad y dominio de los cielos exhibida por los cazas republicanos le estimularía a unirse a las fuerzas aéreas. En definitiva, y desde el foco selectivo del recuerdo (proyectado desde una neutralidad emocional evidente), la mayoría de pilotos republicanos considerados no revelarían una vocación aeronáutica previa para explicar por qué ingresaron en el Ejército del Aire, limitándose a relatar su particular “cambio de rumbo” en términos de mera contingencia.

Los espacios de socialización aportarían claves importantes para entender el proceso de elaboración de determinadas memorias colectivas. El texto de Juan Lario resulta esclarecedor en este aspecto, en especial por la invitación formulada al final de su libro:

«El autor quedará sumamente agradecido a las personas que lean este libro y cuya trayectoria biográfica durante la Guerra Civil española coincida con algunos aspectos de los relatos, para que sean interpretados más exactamente vistos desde diversas proyecciones personales, se dirijan por correo (o personalmente) a las señas aquí indicadas. Teniendo en cuenta que un hecho o serie de acontecimientos pueden ser expuestos de distinta manera, persiguiendo objetivos históricos veraces, se siente la necesidad de escuchar opiniones de personas que anduvieron la misma senda.»²⁹

Este mensaje, una invitación a un acto de memoria colectiva, se publicó en la época en que Ángel Sanz –luchador antifranquista y empresario entre Francia y España– empezaba a organizar reuniones y banquetes entre antiguos aviadores de las FARE.³⁰ Estos encuentros

²⁸ Luis SIRVENT: op. cit, pp. 74-75.

²⁹ Juan LARIO: op. cit (pág. sin. núm).

³⁰ A partir de los años 70, la Asociación de Aviadores de la República (ADAR) toma el relevo de las dos asociaciones de pilotos republicanos que se constituyeron en el exilio en la década de los cincuenta,

anticiparían la creación de ADAR³¹ –editora de *Alas Gloriosas/Alas plegadas e Ícaro*, y entidad a través de la cual Bravo y Lario extenderían su influencia sobre sus compañeros³², y más tarde, durante las décadas de los ochenta y noventa, la celebración de las tertulias organizadas por mecánicos y pilotos en el café Comercial (los jueves de cada semana) y en la cafetería Linz de Madrid, esta última frecuentada especialmente por los pilotos.³³

En este sentido, no sería arriesgado afirmar que la apertura de estos espacios de debate o modos de socialización del recuerdo contribuiría a articular un modelo de memoria colectiva (¿“espíritu de cuerpo”?) basada a su vez en una experiencia compartida, metáfora de vínculos de identidad y pertenencia mediados por una dialéctica constructiva.³⁴ Y el análisis de la aportación personal de cada aviador no revelaría, pues, un concepto de memoria colectiva reducido a la mera yuxtaposición de las memorias individuales contempladas, sino que en cada discurso individual confluirían y se interrelacionarían distintas memorias *privadas* o grupales, objeto de un proceso transversal de reconfiguración. La conexión de estos puntos de vista fluctuantes dentro de una memoria compartida, expresada en un *act of remembrance* específico, aparece cuando la metáfora o la abstracción aglutinadora se deconstruye y, en palabras de Jay Winter, «aquellos que hacen el esfuerzo de recordar colectivamente proyectan en esa tarea sus memorias privadas». En este proceso, vemos cómo los sujetos que recuerdan juntos utilizan lenguajes y gestos impregnados de memoria social para conectar los relatos del *homo psychologicus* (el hombre contemplado en su esfera íntima) con los del *homo sociologicus* (el hombre de la memoria socializada).³⁵

El fenómeno asociativo protagonizado por estos aviadores republicanos propiciaría «la homogeneización de las representaciones y la reducción de la diversidad de interpretaciones del pasado», función que, para Lavabre, define la memoria colectiva.³⁶ Y la representación de esta *memoria en acción*, vinculada a la fuerza intrínseca de la narración (como emulación quizá de la propia dinámica del vuelo), concerniría a un grupo que comparte una misma adscripción social

LAARE (Liga de Antiguos Aviadores de la República Española) y AARE (Asociación de Aviadores Republicanos Españoles), fundadas en Francia y México respectivamente.

³¹ Ángel SANZ: op. cit, pp. 228.

³² Véase la referencia interesada sobre el carisma de Bravo, los “grupos de estudio” constituidos por los pilotos exiliados en la URSS y la vertiente solidaria de ADAR en José María BRAVO y Rafael de MADARIAGA: op. cit, pp. 154-157.

³³ Los datos sobre la ubicación y composición de las tertulias celebradas en Madrid nos fueron remitidos por miembros de la propia ADAR.

³⁴ «Asombra y produce una gran alegría el ver cómo entre los hombres que un día formamos en las filas de la Aviación Republicana, existe todavía una fiel camaradería y una comunidad de ideas generales y criterios personales que mantienen en plenitud de acción lo que en términos castrenses, se podría denominar como “espíritu de cuerpo”», párrafo entresacado del editorial de *Alas Gloriosas*, 2 (mayo de 1979), p. 1.

³⁵ Jay WINTER y Enmanuel SIVAN: *War remembrance in twentieth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp.10.

³⁶ Marie Claire LAVABRE: “Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos”, en Francois GODICHEAU y Julio ARÓSTEGUI (eds.), *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Casa de Velázquez, 2006, pp. 31-55.

y cultural,³⁷ necesitado de una narrativa provista de sentido para justificar una derrota digna, reversible en el discurso narrativo y capaz de resolver controversias y zonas de sombra. Así pues, la memoria grupal de estos pilotos se nutriría de las vivencias compartidas hasta forjar un imaginario colectivo, a través de la interrelación física o textual –donde cada voz individual es reconocible–, que se opone a determinadas constantes asociadas al contexto histórico de la escritura.

Los contenidos de una memoria grupal

La memoria colectiva de los pilotos republicanos considerados cristaliza fundamentalmente al centrarse en las experiencias de vuelo y de guerra. En este proceso, los relatos memorísticos se empeñan en normalizar la guerra como una aventura colectiva más, pero protagonizada ahora por héroes de carne y hueso, camaradas en el sacrificio, y narrada en la forma más aséptica posible, porque ante todo se trata de recordar cómo y bajo qué códigos de acción opera un grupo selecto de militares especialistas. Lo esencial aquí es observar cómo los aviadores son abducidos por la magia del vuelo, las reglas del combate y el romance con sus aviones para emprender una lucha desigual, una aventura de corte clásico modernizada por el uso de la tecnología. El relato colectivo, dinámico y pretendidamente neutro de estos autores ilumina el mito de la ciencia y la técnica al servicio también de la guerra y encaja en los perfiles educativos de los pilotos analizados, tanto en el plano de la vivencia como en el de la rememoración: la mayoría había cursado ingenierías o enseñanzas técnicas donde prevalecían las matemáticas, la física o el dibujo.

Busquemos ahora las huellas del combate aéreo contemplado como un torneo medieval, mezcla de deporte y lucha entre caballeros o *héroes sin rostro*.³⁸ Pensemos, por ejemplo, en el reto a duelo lanzado por García Morato al piloto republicano García Lacalle:

«Alfredo Tourné me informó que el general Queipo de Llano había anunciado por la radio que García Morato me desafiaba a un combate sobre el Jarama. Le respondí que me parecía una simpleza puesto que no necesitaba desafiar a nadie, ya que todos los días me podía encontrar en el Jarama al frente de mi escuadrilla.»³⁹

Los episodios en que los pilotos arriesgan su vida continuamente se suceden sin solución de continuidad. La narrativa empleada excluye significativamente la reflexión nítida sobre los grandes conceptos, las *big words* (muerte, valentía, dolor...).⁴⁰ En su lugar, uno de los modos

³⁷ Paloma AGUILAR: op. cit, pp. 62-63.

³⁸ Por cierto, título de la obra de Manuel MONTILLA: op. cit.

³⁹ Andrés GARCÍA LACALLE: op. cit, pp. 195.

⁴⁰ Recuerdo, también olvido, de los *big words* desde perspectivas temporales diferentes en Samuel HYNES: *The soldiers tale: Bearing witness to a modern war* (ebook), Londres, Penguin Books, 1998. Yu-

de tratar realidades intensas e incómodas para el ritmo narrativo propuesto sin implicarse emocionalmente sería el recurso al humor, que sobrevuela todos los relatos de uno u otro modo. Buen ejemplo de ello es una escena en que los presos republicanos sustituyen el obligado “Arriba España” por la rima “Arriba Azaña”.⁴¹ Esa es la clave para expresar la experiencia grupal a los mandos de modernísimos pájaros de acero o, dicho con menos acento poético, para dibujar el retrato de una nueva y doble identidad (personal y colectiva), una auténtica *identidad en acto*, en palabras de Joel Candau.⁴²

Aunque no se escriban alegatos sobre el valor o el heroísmo cuando se narran acciones de combate propias o ajenas, los distintos autores estudiados afirman haber mantenido siempre una moral inquebrantable, incluso cuando percibían que todo estaba perdido o ignoraban la quimera de un nuevo *abrazo de Vergara*. En aras de consolidar una imagen grupal sólida, no se enfatizan los roces con los pilotos profesionales/militares de preguerra (con los mando, en abstracto, los problemas se *arreglan* desde la distancia), considerados más burócratas que aviadores de combate.⁴³ En paralelo, se detallan con toda naturalidad rivalidades personales y desacuerdos puntuales protagonizados por los compañeros de fatigas, la *hermandad* de los aviadores, relativos mayoritariamente a la mecánica pura del combate aéreo y proyectados en la escritura porque se conciben como *gajes del oficio* o evidencias históricas de la pertenencia a un clan muy definido.

Desde esta premisa, la crítica global a los políticos republicanos (el sello inexorable del exilio) y la denuncia de la traición internacional a la República subrayan esencialmente la desproporción entre la poderosa aviación franquista y la republicana, carente de aparatos, buenos aeródromos y pilotos preparados para cubrir un territorio inabarcable, aspectos en los que coinciden las memorias heterogéneas del exilio y la clandestinidad. Una crítica relacionada con una autopercepción de la propia superioridad moral y profesional o del aislamiento frente a las jerarquías del poder militar y político que, decodificada, refuerza una memoria colectiva que retrata a los pilotos republicanos como auténticos titanes, caracterizados por su resiliencia y espíritu de superación ante las situaciones más complejas.

Con el fin de reflejar el combate aéreo en toda su magnitud –*raquetas, picados, puntos*, una sucesión interminable de aterrizajes al límite– se repiten escenas narradas con un lenguaje casi visual, cinematográfico, de tanto vigor como discutible veracidad en bastantes ocasiones, pero aquí no se trata de dilucidar la objetividad de estos testimonios. Todos los elementos del relato se subordinan a la interpretación de la lógica natural del deber *militar* como clave para apagar el eco de la muerte y del sufrimiento propio o ajeno, sublimado con frecuencia en una estrategia inhibitoria. No aparece la reflexión antropológica o política sobre el combate o la propia guerra civil y tampoco se profundiza en ningún proceso de autodescubrimiento, hay que

val Noah HARARI: *Renaissance military memoirs: war, history and identity 1460-1600*, Nueva York, The Boydell Press, 2004.

⁴¹ J. MALUQUER: op. cit, pp. 357.

⁴² Joel CANDAU: *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2001, pp.15.

⁴³ José María BRAVO y Rafael de MADARIAGA: op. cit, pp.100.

insistir en ello para entender la focalización prevalente de secuencias puras de acción por parte de unos autores fascinados por su recreación. Otra cosa es cuando se trata de reforzar en la narrativa el vínculo interno del grupo, la camaradería dentro de la élite guerrera de los aviadores republicanos con sus códigos internos, que parecen excluir la expresión nítida de sentimientos o emociones.⁴⁴ Así, por ejemplo, con una frialdad reveladora de la importancia concedida en el recuerdo al acto ritual del pilotaje o a la madurez de las habilidades individuales o colectivas, por encima de sentimientos de culpa o compasión —se reconocen errores técnicos con mayor facilidad—, relata Francisco Tarazona su primera victoria en el frente del Norte, cerca de los Picos de Europa:

«Mi presunta víctima [...] Casi le corto su hélice con mi hélice. Siento una extraña emoción. ¡Todo un *Fiat* al alcance de mi máquina, de mis disparos! Con los nervios tensos, oprimo los gatillos, y una nueva sensación de poder y confianza me embarga, al ver las trazadoras clavarse en el cuerpo del *Fiat*: 1000 proyectiles por minuto. Trazadoras, anti-tanques, explosivas. ¡Todo para el intruso! El *Fiat*, herido, trata de escapar de la muerte con un medio tonel. Pero su motor está tocado [...] El bulto que veo saltar supongo que es el piloto, pero la poca altitud que lleva no le permitirá abrir su paracaídas. El final no puede ser otro: se estrella contra la tierra. Todo ha sucedido en el espacio de breves segundos. Siento una gran satisfacción porque se trata de mi primera victoria [...] Sin embar- go, al reconsiderar el lance me doy cuenta de que cometí varias torpezas sólo achacables a mi falta de experiencia y nerviosismo.»⁴⁵

Sin embargo, el hecho de que el objetivo de los diferentes tipos de duelos sostenidos fuese derribar al enemigo no eximía, en ocasiones, de la traducción en la escritura memorial —desde la perspectiva que décadas después daban la conciencia de la derrota y la necesidad de adecuar el relato a cada *presente*— de un sentimiento de respeto por los *compañeros pilotos* del otro bando, miembros del mismo club selecto pero separados por el azar de la guerra. Ellos también eran *caballeros* en combate, compadecidos por sus enemigos republicanos cuando eran derribados. En consecuencia, se afirma haber renunciado al ensañamiento con aparatos fascistas muy tocados (o con los pilotos de estos cuando saltaban en paracaídas) o se enfatiza oportunamente —la imagen del héroe generoso— el trato amable que se recuerda haber mantenido con los aviadores enemigos capturados tras ser derribados,⁴⁶ una postura honorable que los aviadores fran-

⁴⁴ El proceso de resignificación de la camaradería en Thomas KÜHNE: *The rise and fall of comradeship. Hitler's soldiers, male bonding and mass violence in the Twentieth Century*, Cambridge University Press, 2017. Un texto clásico para aproximarse a la evolución de la masculinidad y definir su relación con determinadas culturas políticas de la modernidad en George. L. MOSSE: *The image of man. The creation of modern masculinity*, Oxford/ New York, Oxford University Press, 1998.

⁴⁵ Francisco TARAZONA: op. cit, pp. 53-54.

⁴⁶ Los relatos intentan normalizar la convivencia ocasional con los pilotos enemigos capturados: italianos (infravalorados por el uso conservador de los Fiat), españoles (derribo y captura de Julio Salvador y Díaz-Benjumea) y alemanes (a alguno se le *ayudaría a acabar* con su lenta agonía).

quistas –según esta rememoración colectiva– no habrían adoptado respecto a los pilotos republicanos abatidos.

La comprensión relativa hacia los *iguales* –aunque pilotos rivales son percibidos como camaradas en la narrativa analizada–, comparable incluso a la mostrada hacia la infantería republicana, víctima tanto de la superioridad aérea fascista como de la impotencia asumida por las FARE (algunos pilotos se ofrecieron a volver a las trincheras como desagravio particular), contrasta con la dureza generalizada con que se trata al enemigo ajeno al gremio de la aviación. Para este último se reserva el uso visceral de términos coloquiales como “fascista” o “facha” en el discurso lingüístico compartido. Una dureza hacia el adversario no *cualificado* que en ocasiones roza la crueldad, que si llega lo hace desde un sentimiento de superioridad y orgullo:

«Da gusto ver los nuevos aviones. Se ven preciosos en vuelo y ahora tenemos cuatro ametralladoras. Los dedos me hormigean por el deseo de apretar el gatillo y empezar a disparar [...] Otra novedad. Cuando hagamos un servicio y no tengamos combate, nos daban permiso para bajar a ametrallar las trincheras enemigas, dejando arriba una patrulla de protección.»⁴⁷

La visión benevolente del piloto adversario se graduaría al preservarse la imagen del aviador español frente a la del italiano o alemán. Sin duda, a través de esta proyección patriótica los relatos se adaptarían mejor a la memoria equidistante imperante en el contexto histórico de la escritura o publicación de la mayoría de los relatos de memorias examinados aquí. Memoria de consenso que actuaría como pauta de readaptación o integración social de la experiencia vivida, pero sin llegar a apropiarse, ni en el plano ideológico ni en el de la pretendida objetividad narrativa, del relato de los aviadores republicanos considerados.

Una buena parte de los textos examinados refleja la cotidianeidad de las graves heridas sufridas durante los vuelos -el precio para ser admitido en el club de los elegidos-, la fatiga crónica experimentada o los periodos de convalecencia en sanatorios o casas de reposo como La Malvarrosa en Valencia, recordados como una insólita etapa de felicidad bajo los ataques de la aviación fascista. Pero el núcleo de este relato colectivo contiene fundamentalmente la experiencia humana y las sensaciones *puras* del vuelo, descritas con un énfasis especial. Se trata del *excitement of flying*, la emoción de volar rememorada por pilotos de caza británicos curtidos en la Segunda Guerra Mundial, entre escenas de una burbuja de soledad elevada sobre las miserias de la guerra en tierra, y convertidos con el tiempo, como los pilotos republicanos analizados aquí, en *flight lovers* más que en *war lovers*.⁴⁸ Esto ocurría al enamorarse literalmente de sus aviones -de su estética o su mecánica, de la física del vuelo-, con lo que este tipo peculiar de romanticismo no conllevaría una pasión central por la guerra y el terrible papel atribuido a la aviación en la guerra moderna.

⁴⁷ Manuel MONTILLA: op. cit, pp.115.

⁴⁸ Samuel HYNES: op. cit, posición. 1401

Los aviadores republicanos narran con discreción, ocultan sus emociones presentes y pasadas todo lo posible, pero desvelan sin pudor su romance particular con sus máquinas, *Chatos* o *Moscas*. Paradójicamente, todos ellos son pilotos de caza –no aparecen textos de pilotos observadores o de bombardeo, excepto el de Maluquer–, y como sus colegas de especialidad británicos escriben tratando de esquivar sentimientos y emociones (*private self*) que emborronen la descripción de su trabajo específico, de la pasión por volar o de la irresistible atracción del combate, tan fuerte que lo trasciende todo, incluido el compromiso militar.⁴⁹ El combate visto como un deporte especial, muy competitivo, las riñas entre ellos, por motivos técnicos o personales, se aprecian en narraciones que se interpelan frecuentemente, mezcla de mito, sangre y valor personal.⁵⁰ Recuerda Luis Sirvent:

«Ya en tierra, todos los pilotos hacían algún comentario o relato de los acontecimientos de la larga batalla sostenida con los alemanes ¡Con que emoción exponía cada uno los ataques de que había sido objeto y los peligros que había atravesado o sus ataques al Caza enemigo! Uno de los pilotos soviéticos de mi escuadrilla había derribado un *Messerschmitt*, salvándose el piloto alemán en paracaídas [...] Fierro se mostró eufórico narrando el modo como había sorteado el ataque de dos Cazas enemigos y su contraataque enviándoles varias ráfagas de ametralladoras. Yo me sentía pletórico de gozo, no cabía en mí de orgullo. Nuestro tema de conversación se hacía inagotable...»⁵¹

El carácter del piloto de guerra se forjaba en la pugna constante por la supervivencia, que parece concebirse como un mero requisito para volver a pilotar una vez más:

«Cada vuelo, cada combate, son una fuente de experiencia que alumbra la habilidad, aumenta un poco más la confianza del piloto en sí mismo [...] El deseo de volar crece a medida que pasa el tiempo. Las exigencias son infinitas en el manantial de la lucha por la vida y, el goce del retorno, que aunque siempre es corto y aburrido, se parece al despertar de un sueño de pesadilla, donde se confunde el pavor de la muerte con la alegría de la existencia. El volver a pisar tierra es como un beso de la novia que se creía perdida.»⁵²

⁴⁹ Ibid: posición. 1474.

⁵⁰ La dimensión histórica de las emociones, su engarce sociocultural, en Luisa DELGADO, Pura FERNÁNDEZ y Jo LAVANYI (eds.): *Engaging the emotions in spanish culture and history*, Vanderbilt University Press, 2016. El “lenguaje de la muerte” y sus barreras narrativas o la visión de la guerra como deporte –la competitividad como forma de sublimar el miedo a la muerte, olvidar el daño causado o probar la valía personal, independientemente de la tendencia política del piloto–, en Stefanie SCHÜLER SPRINGORUM: *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil Española, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2014, pp. 202-234.

⁵¹ Luis SIRVENT: op. cit, pp. 58.

⁵² Francisco MEROÑO: op. cit, pp. 124-125.

Otro elemento relacionado con la dinámica de aventura, casi *deportiva*, de la lucha en el aire se destila en la pulsión por acumular derribos, por convertirse en un “as” de la aviación, argumento inestable *per se*—por el problema de la verificación de derribos y de la atribución de cada hazaña a su exacto ejecutor—, más aún en la memoria, pero muy eficaz para construir una épica personal y colectiva. Épica que, si se basaba en criterios cuantitativos, no todos recordaban haber aceptado debido a su carácter deshumanizado. Desde una oportuna toma de conciencia, Francisco Tarazona describe cómo la impugró al recriminar a sus hombres que entendieran la guerra como un deporte y llegaran a reñir por apuntarse un derribo o, en un sentido más amplio, al rechazar la utilidad de los galones —que, no obstante, aceptó sin problemas en otras ocasiones—, fuente de tensiones y responsabilidades asfixiantes.⁵³ No obstante, algunos pilotos se convirtieron en mitos tanto en el tiempo real como en el flujo de la memoria, y no únicamente por las habilidades técnicas de su vuelo o la jerarquía militar ostentada. Se trata de una mitología especial en la que sus vectores principales, los relatos examinados, no profundizan en el debate —sugerido en algunos textos— sobre la naturaleza sangrienta de las victorias de los “ases” de la aviación, para algunos obtenidas mayoritariamente sobre víctimas propiciatorias, aviadores generalmente inexpertos.⁵⁴ En todo caso, la narración fluida de los vuelos nocturnos de Emilio Herrera —utilizó mapas impresos en Braille, en la oscuridad de su cabina, para no ser detectado por las baterías antiaéreas fascistas—, la odisea de García Lacalle, en octubre de 1936, único piloto disponible para defender Madrid —sus problemas de agotamiento, cardiacos y visuales provocan escenas casi surrealistas— o la desertión de Elixio Rodríguez constituyen episodios de una intensa fuerza visual.⁵⁵ Una energía que impregna estilísticamente la narrativa hasta hacerla vibrar por momentos sumergiendo al lector en su lógica particular y cerrada. A su vez, un lenguaje esquivo a las emociones en el doble plano temporal establecido (acción-narración del recuerdo) que, de ese modo, consigue transmitir eficazmente la gran pasión de volar y combatir, de ahí la gran paradoja latente en la voluntad global de sus protagonistas y autores, de personalidades y trayectorias muy diferentes entre sí. Todo ello para trazar la identidad del *héroe* imprevisto, colectivo y necesariamente útil en la guerra moderna, pero también para mostrar la fuerza intrínseca del acto narrativo.⁵⁶

Conclusiones

La memoria colectiva analizada ha revelado tanto los efectos tangibles de un proceso compartido de reconfiguración del recuerdo, como las sombras proyectadas por la hegemonía de la experiencia de vuelo y combate (marginación del plano de la transformación personal, de

⁵³ Francisco TARAZONA: op. cit, pp. 132 y 231.

⁵⁴ Joanna BOURKE: op. cit, pp. 72 y Robert L. O'CONNELL: *Of arms and men. A history of war, weapons and aggressions*, Nueva York, s.n, 1989, pp. 263

⁵⁵ Un buen ejemplo de ello en Antonio ARIAS: op. cit.

⁵⁶ Emilio HERRERA: op. cit, pp. 122; Elixio RODRÍGUEZ: op. cit, pp. 143-156; y Andrés GARCÍA LACALLE: op. cit, pp. 161-163.

la dimensión más humana), nexo transversal entre diversos niveles de concreción e intencionalidad en la narrativa colectiva generada. En estas coordenadas, los espacios de socialización y comunicación contruidos por este colectivo de pilotos (boletines, tertulias, reuniones públicas o privadas, entre otros) iluminan mejor las líneas vertebradoras de una memoria colectiva o grupal específica y de la narrativa memorística que finalmente se plasma.

La autopercepción de una élite *guerrera* distinguible de otras castas militares, aunque se compartan valores como la camaradería o el espíritu de sacrificio, enraíza en la identidad arquetípica del piloto de caza y en el acto mecánico, físico, del vuelo en combate, ejes tanto del recuerdo y su representación como de la dialéctica pasado-presente abordada. Este mapa conceptual señala la expresión contenida de emociones —que, paradójicamente, nos lleva de forma eficiente a la pasión por volar, combatir y, con el tiempo, narrar desde el recuerdo—, conceptos o *big words* en la dualidad temporal establecida entre el sujeto de memoria y la realidad recordada. Todo gira en torno a los significados de la guerra en el aire y a la mística de la aviación y los aeroplanos, que sin embargo se trata de normalizar por medio de un lenguaje aséptico y técnico, aunque vibrante en la narración de escenas impactantes. La experiencia de vuelo de combate en sí misma, su rememoración colectiva en donde se privilegia el acto de narrar y su fuerza descriptiva, cohesionan al grupo y le dotan de una identidad exclusiva, fortalecida y desplegada a partir de una escritura dinámica donde se suceden picados, toneles, ametrallamientos, derribos y aterrizajes forzosos sin solución de continuidad para determinar liderazgos y construir mitos. Hay espacio para recordar el periodo post-bélico, pero si lo hay es para trazar una línea de continuidad necesaria a través de los campos de concentración franceses y la lucha contra la dictadura franquista.

Bajo este enfoque auto-referencial, el grupo recuerda en el tiempo al establecer un diálogo interno fructífero que trata de compensar rivalidades y construir un relato mínimamente homogéneo pero abierto al debate con voces expertas del exterior, siempre con el fin de fortalecer su propia imagen entre sus miembros. Su memoria también abarca la esencia de su compromiso político con la causa republicana, aunque no lo subraya al acomodar la escritura memorística a contextos históricos diferentes pero surcados por la memoria equidistante dominante en España desde la década de los sesenta. Es por ello que el héroe colectivo imaginado, que adquiere el rol de los pilotos de combate, transforma la épica de la derrota en una narrativa para consolidar una identidad irrenunciable.

The Spanish Civil War through Italian military censorship

La Guerra Civil Española a través de la censura militar

Nicolò Da Lio
Università degli Studi di Padova
dalio.nicolo@gmail.com

Abstract: The Spanish Civil War was the most ideologically charged war that Italians fought in the decade of 1935-1945. This paper focuses on the censorship of the volunteers' correspondence coordinated by the Army. It aims to give some insight into the war experience of the Italian military, with particular regard to the archetypes and stereotypes used by soldiers and officers to transmit these experience to their friends and families in Italy. Censored letters may suggest the degree to which the fascist discourse of legitimisation was internalised by the volunteers, and whether it entered in conflict with the Army's own ways of legitimising an ideological intervention in a foreign civil war.

The main source of this paper is the reduced amount of transcribed letters preserved in a censorship folder held by the Italian Army's *Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito*. Censors either entirely transcribed representative letters or wrote summarised reports containing short and stereotyped judgements about the troops morale and fighting spirit. This source is thus very different from that of other cases of military censorship carried out during the Spanish Civil War, as well as from the censorship later organised by Italian authorities during the Second World War.

This article aims to offer further insight into the rare ego-writings written during the Spanish Civil War, analysing Italians' letters written in the Italian "decade of war" of 1935-1945 and thus coordinating these two intermingling frameworks. In this way, the similarities between military mentality and fascist (para-military) ideology, as well as their irreducible differences, will be highlighted. These differences shaped the way in which Italian political and military institutions dialogued and were reciprocally influenced by their respective cultures and agendas, whereas the politicisation of the Italian Royal Army was carried out thanks to the political war fought in Spain. Even if the Italian Army was not strictly fascist, it was responsible for fighting fascism's wars, in that it enforced fascism's as well as its own policies. Therefore, this article will argue that, as in other politicised armies, the borders separating fascist ideology and

military mentality were progressively blurred, and ultimately overshadowed by Mussolini's charisma.

Keywords: Italian Army, Spanish Civil War, Censorship, Fascism, War Experience.

Resumen: La Guerra Civil Española fue la guerra más ideologizada de todas en las que combatieron los italianos durante la década de 1935-1945. Este artículo se centra en la censura militar de la correspondencia de los voluntarios, con el objetivo de arrojar algo de luz a la experiencia bélica de los militares italianos, con particular interés en los arquetipos y estereotipos que soldados y oficiales usaron para transmitir dicha experiencia a sus familias y en Italia. Las cartas censuradas pueden sugerir el grado en el que el discurso fascista de legitimación fue interiorizado por los combatientes, y si entraba en conflicto con las propias vías castrenses de justificar la intervención, ideológica, en una guerra civil extranjera.

La principal fuente utilizada es el reducido número de cartas transcritas preservadas en un archivo de censura por el *Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito* del ejército italiano. Los censores o bien transcribieron las misivas relevantes o elaboraron informes resumidos que contenían juicios cortos y estereotipados sobre la moral de las tropas y su espíritu combativo. Esa fuente, por ende, es netamente diferente de otros casos de censura militar durante la Guerra Civil, así como de la posterior censura organizada durante la Segunda Guerra Mundial por las autoridades italianas.

El artículo busca profundizar en estos ego-documentos escritos durante la contienda, analizando las cartas que los italianos escribieron durante la “década de la guerra” italiana de 1935-1945, coordinando así estos dos marcos. En este sentido, se subrayarán las similitudes entre la mentalidad military y la ideología (paramilitary) fascista, así como sus diferencias irreconciliables. Estas diferencias modelaron el modo en que se estableció el diálogo entre la política italiana y las instituciones militares, estando recíprocamente influidas por sus respectivas culturas y agendas, al tiempo que la politización del Ejército Real Italiano fue llevada a cabo gracias a la guerra librada en España. Incluso si el ejército italiano no puede considerarse como estrictamente fascista, fue responsable de librar las guerras del fascismo, reforzando el propio fascismo y sus políticas. Por ende, el artículo sostendrá que, como en el caso de otros ejércitos politizados, las fronteras que separaban la ideología fascista y la mentalidad military fueron progresivamente desapareciendo, siendo en último término eclipsadas por el carisma de Mussolini.

Palabras clave: ejército italiano, Guerra Civil Española, censura, fascismo, experiencia bélica.

Para citar este artículo: Nicolò DA LIO: “The Spanish Civil War through Italian military censorship”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 191-213.

Recibido: 28/02/2018

Aprobado: 09/05/2018

The Spanish Civil War through Italian military censorship

Nicolò Da Lio
Università degli Studi di Padova
dalio.nicolo@gmail.com

On to fascism's war

War had a central role in defining fascism, its objectives, and the way in which Italians were to be educated in order for Italy to grasp the rank it should have conquered among the most powerful Western nations. The process of fascistisation of Italian society accelerated in the 1930s, when the global geopolitical scenario changed. Hitler's rise to German Chancellery and Presidency, Japan's attack against China and the consequent agglutination of fascist powers in the Anti-Comintern Pact led to the creation of the Axis. In this time frame, Italy was involved in what Mussolini defined a «first period» (“primo tempo”) of local wars, while Italy and Italians were to get ready for the «third period» (“terzo tempo”) in which all-out war would have destroyed the geopolitical equilibrium emerged at the Versailles peace conference of 1919.¹ In 1935 Italy began a decade of war in which the qualitative differences between each campaign can not deny their ultimate goal of creating a new Mediterranean Order parallel to the Nazi New Order of Europe.

The Spanish Civil War was fought in this political frame, but despite the huge geopolitical potential that a Francoist Spain would have had in the Mediterranean strategic equilibrium,² Italians fought a limited war, while both the Republic and the Rebels were fighting a civil war in which revolution and terror intermingled, with dire effects for the population living in the respective zones.³

Italy fought its wars according to the tenets of Fascist Warfare, with the ultimate goal of constructing a «fascist empire».⁴ Fascist warfare has been defined as a kind of warfare based on *guerra integrale* theories: a war fought to assert the racial superiority of the Italian forces by inflicting the maximum possible damage to the enemy, regardless of international laws.⁵ The Second Italo-Ethiopian war was the first major military test passed by Fascist Italy. Italy conquered Ethiopia and affirmed its renewed martial prowess just a few months before the

¹ Benito MUSSOLINI: *Opera Omnia*, vol. 29, Milan, La Fenice, 1972, p. 164, Mussolini spoke at a gathering in Verona the 26th of September 1938.

² John F. COVERDALE: *I fascisti italiani alla guerra di Spagna*, Rome, Laterza, 1975, pp. 145-147.

³ Stanley G. PAYNE: *The Spanish Civil War*, New York, Cambridge University Press, 2012.

⁴ Benito MUSSOLINI: *Opera Omnia*, vol. 27, Milan, La Fenice, 1972, p. 268.

⁵ Alan KRAMER: *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 329.

Military coup failed to topple the Second Spanish Republic. The war against Ethiopia was a modern war, for which Italian society was largely mobilised in order to fight a “European-like” Colonial war in which almost half a million Italian soldiers were involved.⁶

The Italian intervention in the Spanish Civil War was different. In comparison to the Italo-Ethiopian war, the effort put by Mussolini in the Spanish Civil War was much more limited. The fascist regime mustered about 78.000 men to fight in Spain between 1936 and 1939, and while the Italian expedition costed as much as a yearly Armed Forces budget⁷, the smaller number of men involved, as well as the blatant ideological nature of the conflict, effected the way in which the war was seen by the Italian public.

Nonetheless, considering the relatively small size of the opposing Republican and rebel armies of 1936,⁸ the 48.000 men sent during that winter were extremely influential on the field of battle. Therefore, external intervention was one of the reasons why the Spanish failed military coup could be transformed in a civil war lasting almost three years.⁹ The presence of a whole expeditionary corps was one of the most visible and politically binding forms of intervention, and one in which Italy chose to excel. Even when the opposing Spanish armies conscripted more than a million men, the war was still a relatively low-intensity conflict in which the quality of the Italian troops could still weight in in the military equilibrium.¹⁰ But did the Italians involved in the Spanish Civil War fight what Mussolini defined as «the fascist battle»?¹¹

The question is significant if one takes into consideration the composition of the *Corpo Truppe Volontarie*. The Italian forces sent in Spain were not only relatively small, but were extremely heterogeneous. While fascist *Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale* troops made up about 60% of the Italian troops sent up to the first months of 1937,¹² as the war dragged on, regular *Regio Esercito* troops became predominant.¹³ A disproportionally high percentage of volunteers was made up of southerners of older and unfit classes. On the other hand, it appears that volunteers from Lombardy and Emilia – two areas where the Fascist Party was particularly present – were well represented in Militia units.¹⁴ This data unsurprisingly suggests a higher degree of politicisation in Militia units than in regular Army units.

⁶ Nicola LABANCA: *Una guerra per l'impero. Memorie della campagna d'Etiopia. 1935-36*, Bologna, Il Mulino, 2005, pp. 16-42.

⁷ Brian SULLIVAN: “Fascist Italy’s Involvement in the Spanish Civil War” in *Journal of Military History*, 59 (1995).

⁸ Michael ALPERT: *El Ejército Popular de la República. 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 359-362.

⁹ Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Sandra SOUTO KUSTRÍN: “La guerra civil española: nuevas miradas, perspectivas y líneas de investigación”, *Contenciosa*, 7 (2017), p. 9.

¹⁰ Stanley G. PAYNE: op. cit., pp. 183-188, 234; Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, p. 299.

¹¹ Davide LAJOLO: *Bocche di donne e di fucili*, Osimo, Barulli, 1939, p. 232.

¹² John F. COVERDALE: op. cit., pp. 159-163.

¹³ Javier RODRIGO: op. cit., p. 278.

¹⁴ John F. COVERDALE: op. cit., pp. 169-171.

In light of these elements, both historians and contemporary observers argued that the main reasons to volunteer were social marginality and economic necessity:¹⁵ a conclusion confirmed by local studies,¹⁶ but that can not exclude a certain degree of politicisation among the volunteers. Often there were many different reasons to enlist, or «as many reasons as fighters»,¹⁷ and while not every and each man volunteered because of his political identity, the poor could indeed be fascists.

Censorship can provide us with more data about the volunteers, their self-perception and the way in which they saw their military and political role in the Spanish Civil War, especially if this quantitative analysis is compared to military justice statistics.

Censorship was organised according to two letters of the War Ministry that set up *Uffici provinciali di censura postale* within the territorial defence commands. The provincial censorship commissions, subordinated to the *Ministero dell'Interno* (Home office) were not organised until the summer of 1940. Censorship during the Spanish Civil War was concentrated in the Neapolitan *Ufficio concentramento posta militare* and censored by the local military censorship office, while air mail was processed in the *Ufficio concentramento posta aerea* based in Rome. Censorship was supposed to be comprehensive, but all the letters sent through non-military means could not be controlled.¹⁸

According to military trials statistical data, discipline worsened as the war dragged on. An analysis of the sentences pronounced by the CTV's Military Court shows that 30% of the men brought in front of a military court were condemned for desertion, 20% were punished for crimes against military authority like disobedience and insubordination, and 11% were accused of cowardice. All in all, crimes against discipline amounted to 60%. As a comparison, during the Great War 40% of judgements were against desertions, while insubordination and disobedience amounted to 8%¹⁹. During the Second World War desertions amounted for 28% of all

¹⁵ Alberto ROVIGHI, Filippo STEFANI: *La partecipazione italiana alla guerra civile spagnola (1936-1939)*, vol. I, tomo 1, *Dal luglio 1936 alla fine del 1937*, Rome, Stato Maggiore dell'Esercito – Ufficio Storico, 1992, pp. 166-173; Giulia MEDAS: *¿Quiénes fueron los voluntarios? Identità, motivazioni, linguaggi e vissuto quotidiano dei volontari italiani nella guerra civile spagnola*, PhD diss., Università degli studi di Cagliari and Universitat de València, 2014, pp. 82-87; Silvano BERNARDIS: *Fino a Madrid. Note di guerra*, Gorizia, Libreria G. Carducci, 1941, pp. 9-10.

¹⁶ Gabriele RANZATO, Camillo ZADRA, Davide ZENDRI: *"In Spagna per l'idea fascista". Legionari trentini nella guerra civile spagnola 1936-1939*, Trento, Museo Storico Italiano della Guerra, 2008, pp. 41-42.

¹⁷ Javier RODRIGO, op. cit., p. 223.

¹⁸ Archivio dell'Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito (AUSSME), F18, b. 35, f. 14, N. 5378/369, 23 febbraio 1937. In this respect, Italian censorship during the Spanish Civil War was different from contemporary Spanish censorship and Italian censorship of the Second World War, James MATTHEWS: *Voces de la Trincheras. Cartas de combatientes republicanos en la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, pp. 43-45; Mario AVAGLIANO, Marco PALMIERI: *Vincere e vinceremo! Gli italiani al fronte, 1940-1943*, Bologna, Il Mulino 2014; Íd. e Íd.: *L'Italia di Salò. 1943-1945*, Bologna, Il Mulino 2017.

¹⁹ Sergio DINI: "La giustizia militare italiana durante la guerra civile spagnola", *Italia Contemporanea*, 249 (2007), pp. 620-622. Dini's thesis that most misdemeanours were due to the volunteer character of CTV seems partially confirmed at least by a censored letter. A *capomanipolo* refused ordinary discipline, and

judgements, 44% were judgements against thefts and violent behaviour, 20% were judgments concerning crimes against military hierarchy, while the remaining judgements punished illicit surrender and disbanding.²⁰ Therefore, the legionnaires seemed to commit the same kind of crimes that would have been committed in later wars by Royal Army conscripts.

A report written by the Censorship Office in Naples, that sums up the situation in February 1937, recalls how a total of 11,504 letters, 40 cards and 55 insured letters were examined (from a total of 11,599). Of these, 15 were taken out of circulation and 2,708 were partially censored (respectively the 0.12% and 23.36% of total letters). It is also worth noting that the censorship service could not cover all the possible postal communications, as soldiers sought and easily found other postal services to avoid censorship,²¹ while the fact that many knew about the censorship service could have influenced the tone of the letters.²² As a comparison, between 1940 and 1943 Alessandria's military censorship stopped 0,3% of the letters, but 77% of that 0,3% was taken out of circulation as it involved an "immoral" correspondence between soldiers and their *madrine di guerra* (war godmother).²³ In 1942 Rome's censorship commission stopped 3,3% of the checked correspondence.²⁴ Military justice and censorship data suggest that, even in the first stages of the campaign, Italian legionnaires showed the same degree of frustration suffered by regular troops conscripted during the Second World War, despite the fact that legionnaires were supposedly volunteers driven by their fascist ideology.

Mail censorship had two distinct and contradictory objectives. It was supposed to impose the fascist regime's and the Army's own vision of the Spanish Civil War, and it was to inform both political and military leaders about the individual opinions expressed by volunteers and their correspondents about the war.

Censor officers informed opinions can help us understand why the volunteers chose to enlist to fight in Spain, and if there were any discrepancies between the different ways through which the legionnaires made sense of their war experience. In broader terms, epistolaries can help us understand if the reasons behind the initial drive to volunteer were the same that sustained morale and combat motivation,²⁵ and to what extent these reasons were political in nature.

Initial motivation showed by the score of volunteer mustered in Army and Militia barracks was a reason of concern for fascist authorities. Censorship reports describe with a measure of worry the «precarious economic conditions in which many volunteers have left the family»,

sought to take revenge on a Carabinieri captain who reproached him for his behaviour, AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Solinas Antonio a Salvatore Solinas, Zaragoza, 9 dicembre 1938.

²⁰ Giorgio ROCHAT: *Duecento sentenze nel bene e nel male. I tribunali militari nella Guerra 1940-43*, Udine, Gaspari, 2002, pp. 30, 35. See also Sergio DINI: *La bilancia e il moschetto. I Tribunali militari nella Seconda guerra mondiale*, Milan, Mursia, 2016.

²¹ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, "Carlo" ad Anna Maria Fedi, 20-3-1937.

²² AUSSME, F18, b. 35, f. 14, Relazione settimanale (dal 12 al 18 febbraio 1937), Doc.to A.

²³ Daniele BORIOLI, Roberto BOTTA: "Civili, militari e fascisti di fronte al conflitto negli atti della Commissione censura postale di Alessandria", in *Quaderno di storia contemporanea*, 17-18 (1995).

²⁴ Cesare AMÈ: *Guerra segreta in Italia 1940-1943*, Rome, Casini, 1954, p. 55.

²⁵ John A. LYNN: *The bayonets of the Republic. Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France. 1791-94*, Boulder CO, Westview Press, 1996, p. 55

while many veterans of the Ethiopian war were actively interested in knowing the salary offered to the volunteers for Spain.²⁶ Censored letters confirm the generally depressing tone of enlistment. A legionnaire defines his comrades as a «rag tag of unemployed»,²⁷ while in his diary another soldier recalls having been one of the few to enlist «for two or three months» out of a unit of six hundred men, because «there were few starving poor like me».²⁸ Civilian workers and military men coming from the newly conquered *Africa Orientale Italiana* were particularly interested in the «volunteer affair and about the treatment reserved to them especially in the field of pay», while volunteers' families were worried by the slow pace with which subsidies were paid.²⁹ Many chose to enlist hoping that the *federali* would have been committed to immediately finding a job for the family members of the departing volunteers.³⁰ Commanding officers found out that soldiers were particularly interested in their wages,³¹ or were «looking for a solution to their poor life».³² Some “volunteers” did not hesitate to desert once they found out their final destination,³³ confirming how some were enlisted in all but clear terms³⁴ by an institution coping with organisational difficulties.³⁵

Nonetheless, among this very same social group there were many who actively professed their fascist faith. Volunteers were sure of the rebels' final victory and «enthusiasm was strong».³⁶ As rumours surfaced that enlistment was soon to be closed, many aspiring legionnaires were disappointed, but, according to the censorship offices, those who were already in Spain

«are proud of having been called to assure the triumph of God and of Fascism, and express impatience to contact the enemy in order to let the valour of the Italian fighter shine.»³⁷

²⁶ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, Revisione corrispondenze, 3 marzo 1937-XV. O.M.S. is the acronym for *Operazione Militare Spagna*, Military Operation Spain.

²⁷ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, "Carlo" ad Anna Maria Fedi, 20-3-1937.

²⁸ Archivio Diaristico Nazionale (ADN), Caseri Giovanni, "Il mio diario".

²⁹ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, Revisione corrispondenze, 3 marzo 1937-XV.

³⁰ *Federali* were local Party representatives, AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Promemoria O.M.S. [transmitted the 15th of October 1937].

³¹ Davide LAJOLO: op. cit., p. 8.

³² Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 11.

³³ Some 70 men deserted as they arrived in Genoa, Archivio Centrale dello Stato (ACS), Segreteria Particolare del Duce (SPD), Carteggio Riservato (CR), b. 71, f. 463, N. 963, Genova 26 giugno 1938.

³⁴ The writer didn't want to go to Spain, unless forced to, AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Caringi Domenico a Caringi Luigi, 27 novembre 1936.

³⁵ A group of Black Shirts moving through Leghorn train station protested as they were left without pay and food, ACS, SPD, CR, b. 71, f. 463, Intercett.telef.n.0786, 22 gennaio 1937. Arriving in Castellammare di Stabia, some 1,200 Black Shirts didn't receive their equipment. Blankets were particularly needed, in *Ibidem*, Intercett.telef. n. 0775, 22 gennaio 1937.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, Relazione settimanale (dal 12 al 18 febbraio 1937), Doc.to A.

As we have seen, poverty seemed to play a significant role in driving both conscript soldiers and civilians to volunteer for Spain. Nonetheless, economic needs and political sympathies and goals were not mutually exclusive. For instance, a German-speaking legionnaire from the Italian Tirol volunteered because of his economic difficulties, but also to be finally included in the Italian community.³⁸ At least a Sardinian officer who had lived all his life in Argentina chose to fight in Spain out of his Italian heritage.³⁹ Others volunteers were former *irredenti*, Great War veterans of the Trentine Legion.⁴⁰

These urges are not easily ascribed just to an ideologically pure fascism, nonetheless they show a certain degree of internalisation of the most elementary nationalistic claims made by a regime that prided itself on having resurrected the Italian military spirit. Volunteering in a fascist war could be coherently perceived as a way to continue the traditional volunteering ethos with which Italian patriotism was imbued. The Garibaldi's red shirt was to be replaced by its latest incarnation: Mussolini's black shirt.⁴¹

Ideological motivation was present among many volunteers, but even those more committed to the fascist cause could hardly explain their choice to their kin.⁴² Even more interestingly, it seems that religion was far more efficient in motivating the volunteers than fascism, as it was easier to profess one's urge to defend Christianity against Bolshevism, rather than owing up to the desire to fight purely for "fascist spirit". Nonetheless, these legionnaires showed their determination to resist the pressure coming from their families, as parents, brothers and sisters voiced their concerns about any involvement in a war abroad. As one legionnaire wrote to his mother, volunteers didn't go to Spain to «have a holiday [but] they brought us here to fight and defend [...] the cause of our Lord Jesus and [...] the Christian faith».⁴³

Leaving the track of censored letters, some chose to fight despite an anti-fascist family tradition. Edgardo Sogno was driven to Spain because his anti-communist conservatism made him fear that «communism in Spain mean[s] Europe held in Stalin's pincer». A supposedly distant stance to the regime propaganda⁴⁴ but factually coherent with the rebels' discourse of

³⁸ Andrea DI MICHELE: *Un legionario con la macchina fotografica*, in *Legionari. Un sudtirolese alla guerra di Spagna. Ein Südtiroler im Spanischen Bürgerkrieg. (1936-1939)*, Rovereto (TN), Nicolodi, 2007, pp. 13-17.

³⁹ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 33.

⁴⁰ See Paolo Lorenzoni's Diary in Gabriele RANZATO, Camillo ZADRA, Davide ZENDRI: op. cit.

⁴¹ Francesco ODETTI DI MARCORENGO: *Trenta mesi nel Tercio*, Rome, M. Carra, 1940; John F. COVERDALE: op. cit., p. 149; Mario ISNENGI: "Usi politici di Garibaldi dall'interventismo al fascismo" in Filippo MAZZONIS (ed.), *Garibaldi condottiero. Storia, teoria, prassi*, Milan, Franco Angeli, 1982; Elena PALLA: *Garibaldi in camicia nera. Il mito dell'eroe dei due mondi nella Repubblica di Salò. 1943-1945*, Milan, Mursia, 2011.

⁴² AUSSME, L10, b. 31, f. 1, Relazione settimanale (dal 17 al 24 giugno 1938 XVI). A legionnaire recalled how he lied to his mother and his friends, pretending that he was forced to go to Spain, Silvio ASTOLFI: *Da Malaga a Guadalajara. Appunti di un legionario*, Bologna, Edizioni SIA, 1940, p. 7.

⁴³ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Augusteo Rossi a Carmela Pestilla, 28 agosto 1937.

⁴⁴ Edgardo SOGNO: "Per la Spagna, contro i comunisti", in Nino ISAIA and Edgardo SOGNO: *Due fronti. La grande polemica sulla guerra di Spagna*, Florence, Le Lettere, 2007 (1st ed. 1998), pp. 66-72.

legitimation.⁴⁵ Sogno was a drafted officer, and described his fellow career officers as more interested in the professional aspect of the war. Lieutenant Enrico Reisoli, the son of general Gustavo Reisoli, was «neither fascist nor anti-fascist, he was simply pro-government». Another officer, Renato Predome, was described as a «liberal temperament tending to anarchy».⁴⁶ Nonetheless, even the most “neutral” regular officers organised political seminars for their subordinates,⁴⁷ highlighting how a pro-government attitude inevitably meant actively promoting the soldiers’ fascistisation.

Opinions concerning the Italian intervention in the Spanish Civil War differed within the different Italian military institutions. As commanding officers were tasked to find volunteers within their units it became clear that, while the political objectives of the intervention were not criticised, the volunteering ethos asked by the regime and the method with which the volunteers would have been sent abroad were scorned by many regular army officers. Black shirt militiamen could hardly flee the Party’s pressure for enrolment⁴⁸, but regular soldiers and officers were often discouraged from volunteering. The commanding colonel of the 19th *Cavalleggeri Guide* Regiment, informing his drafted subordinates of the possibility of opting for a longer term in Spain, underlined that anyone who accepted «would have shown himself not as a good soldier but as a mercenary».⁴⁹ Captain Bernardis recalls a colonel lamenting that «too many are those who advise against» volunteering.⁵⁰ Lieutenant Renzo Lodoli recalls that as he enlisted, his major called for officers willing to fight for «the Idea without [Savoy’s] stars, without flag»⁵¹. With these short sentences, Lodoli and Bernardis managed to slip an open critique to the regular officers’ nonfascist conservatism into the very first pages of their triumphant memories of the Spanish war.

As demonstrated by the analysis of the Trentine volunteers, fascism was capable of a political acculturation among people of different social and cultural backgrounds,⁵² thus found sympathizers and volunteers even among people who did not identify with the regime. Nonetheless, many volunteers were firmly convinced of their choice, and could easily find supporters among fellow soldiers. A professional sergeant writing to his major in Italy used *captatio benevolentiae* with clearly fascist lemmas. If this habit does not necessarily prove a definite fascist ideology, it at least demonstrates how subordinates were persuaded that their superiors would have appreciated writings imbued with the regime’s own language. On the other hand the NCO described the volunteers around him as decisively willing to expel «Bolshevism in

⁴⁵ Javier RODRIGO: op. cit., p. 38.

⁴⁶ He would finally find an occasion to prove his military valour fighting in the royalist ranks of the *Corpo Italiano di Liberazione*, when between 1943 and 1945 the post-armistice Royal government mustered a co-belligerent force to fight alongside the Allies, Edgardo SOGNO: op. cit., pp. 81-82.

⁴⁷ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 208.

⁴⁸ *Ibidem.*, p. 40.

⁴⁹ ACS, SPD, CR, b. 71, f. Spagna, sf. 4, Torino, 24 dicembre 1936.

⁵⁰ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 11.

⁵¹ Renzo LODOLI: *Domani posso morire. Storie di arditi e fanti legionari*, Rome, Edizioni di “Roma Fascista”, 1939, p. 4

⁵² Gabriele RANZATO, Camillo ZADRA, Davide ZENDRI: op. cit., pp. 49-50.

Spain». ⁵³ Scaling up the ranks, and moving to a junior officer, these very words can easily be found again in the letters sent from lieutenant Devoto Nanni to his illustrious uncle, general Ubaldo Soddu. To Devoto the Spanish war was fought against «foul bolsheviks», «fiends» and «reptiles». Most of all, the war was an opportunity to reinforce his own spirit and body in a confrontation to affirm his political ideals. Battle was what he «dreamt of during the monotony of garrison life», and in war he found a challenge that «every young man of the new Italy should experience». ⁵⁴

The collection of letters of *capomanipolo* (Militia lieutenant) Giacomo Fiori is a useful example of the many motivations that could have led a party member of the Roman bourgeoisie to take up arms. ⁵⁵ Fiori thought he was defending Christian civilisation from the dominant materialism, either in its capitalistic or communist form. He figured himself as a champion of «justice», who was defending «Latin civilisation» and affirming «Divine will». When the defeat of Guadalajara damaged the image of fascist military might, he reassured himself and his wife that «Fascists and those of Mussolini are no cowards, but are the same fighters of Vittorio Veneto and the *squadristi* of the March on Rome». ⁵⁶

Lieutenant Salvatore Bruno expressed very similar considerations. Interestingly, his whole family championed Italian nationalism and civilising mission. Salvatore was a regular Army officer, his brother was an ascending figure within the Fascist Party, another relative was serving in Ethiopia and a fourth family member was a regular officer within the CTV. Fascism's imperialism seemed to have been adopted as a sort of family strategy by the whole Bruno family. Unsurprisingly, to Salvatore the Spanish Civil War was «a war of redemption» that would have ended with «the victory of universal fascism», to «set free and civilise» foreign peoples and to oppose the «barbarity of freemasonry and communism». ⁵⁷

It is clear that Fiori and Bruno fought an ideological war. Fiori in particular interpreted the Spanish Civil War with fascist eyes and described it with fascism's words, but his letters show his frustrated sense of isolation from Italian society, while he also criticises the disorganisation of the armed forces and the cowardice of some militiamen. ⁵⁸ These considerations, slipped through a sound ideological construction, show signs of material disillusion among the

⁵³ Letter by Giuseppe Reghenspurgher to Major Carlo Argan Chiesa, Fronte di Guadalaiara [sic] 10.4.37 XV, Gabriele RANZATO, Camillo ZADRA, Davide ZENDRI: op. cit., p. 82.

⁵⁴ ACS, SPD, CR, b. 71, f. Spagna, sf. 5-6, inserto E. Tenente Nanni al gen. Soddu, Roa de Luero, 31-3-37 XV.

⁵⁵ Paul CORNER: *Italia fascista. Politica e opinione popolare sotto la dittatura*, Rome, Carocci, 2015, p. 132.

⁵⁶ Giacomo FIORI: *Cuore di Legionario. Lettere di Giacomo Fiori caduto in Spagna*, Rome, Editore Vittorio Ferri, 1939, pp. 19-21, 47, 51.

⁵⁷ Giuseppe BRUNO: *Il legionario Bruno Salvatore. Raccolta di lettere scritte dal ten. Bruno Salvatore alla famiglia durante due anni di guerra vissuta in terra di Spagna e dove colpito da mitraglia nemica trovò morte eroica*, Messina, Tipografia ditta d'Amico, 1939, pp 25-35.

⁵⁸ Giacomo FIORI: op. cit., pp. 17, 51. About 300 men were missing the day in which Fiori's legion set sails to Spain. Fiori's opinions were relatively common, at least according to a censorship report, AUSSME, F18, b. 35, f. 1, Relazione settimanale (dal 2 al 18 febbraio 1937-XV).

Italian ranks. A distance hardly quantifiable, nonetheless confirmed also by lieutenant Devoto Nanni, who wrote to his uncle that he «will never bless enough this war that everyone else curses».⁵⁹ These opinions can be found even in legionnaires' memories edited between 1939 and 1943. Bernardis delusions as a professional officer led him to lament that he was among the very few who «wanted the war of faith, the war of enthusiasm, the war of volunteers».⁶⁰

Most legionnaires described and explained the shortcomings of the Italian military machine using fascist stereotypes. Commands were hampered by a «freemasonry clique».⁶¹ Only the politically sound *Frecce* units, made up of both Italian and Spanish personnel, fought with the sufficient «rage» that «held high the name of Italy».⁶² Officers were most commonly accused of venality, «glittered mediocrity» and «highest ambition», while their interest in the troops' welfare amounted to «empty words».⁶³ The quality of the officers and troops was deemed abysmal. One officer thought that his colleagues were

«good-for-nothing personnel from the technical and moral point of view. Spain is regurgitating with *imboscati* [shirkers] officers and offices created to hide people whose soul does not go beyond the small necessity of pay.»⁶⁴

These officers were accused of lacking fascist spirit and a self-sacrificing attitude. Corruption was well present and sometimes checked by censors, as exemplified when a Militia *capomanipolo* asked a counsellor of the future Italian Exposition “E42” the price of a promotion to *console* (Militia colonel), of a silver medal and of a tranquil rear area office. After all, he had already spent his money to buy a promotion that was still out of sight, so asked for a reparation.⁶⁵ Therefore, the Spanish Civil War could be the right terrain to press one's own political or professional ambitions. *Arrivismo* was so widespread that whom blatantly confessed his careerism to «build a political future» was at least respected for his sincerity.⁶⁶

⁵⁹ ACS, SPD, CR, b. 71, f. Spagna, sf. 5-6, insert E. Tenente Nanni al gen. Soddu, Roa de Luero, 31-3-37 XV.

⁶⁰ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 24.

⁶¹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15 Marino De Lieto ad Anna De Lieto, 2-8-37.

⁶² Note that *Frecce* were the only Italian troops employed in battle at the time, when they were deployed on the Bilbao front, AUSSME, F18, b. 35, f. 15 Marino De Lieto ad Anna De Lieto, 2-8-37. A *bandera* officer considered Royal Army units unwilling to fight, Lettera di Vincenzo Morelli all'on. Mario Muzzzarini, 17 marzo 1937. See also the letter of 20 marzo 1937. A frustration coherent to the one shown by Roatta about his officers and soldiers, Ta. 752/3238 C, Ismael SAZ, Javier TUSELL (eds.): *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la "Misión Militar Italiana en España" (15 diciembre 1936-31 marzo 1937)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 1982.

⁶³ AUSSME, F18, b. 35, f. 15 Maggiore Ratti a Maria Antonietta Ratti, Pina, 20 agosto 1938.

⁶⁴ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Lettera di Marino De Lieto ad Anna De Lieto, 2-8-37.

⁶⁵ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Santini Ferruccio al Comm. Guido Calderini, Torrijio del Campo, 22 agosto 1938.

⁶⁶ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 70.

It is hard to demonstrate any “political dichotomy” separating politicised and regular personnel, but the friction between two distinct ways of interpreting the role of military men within the Army of a fascist power is easily confirmed by the sharp censure that was imposed on even technical analyses sent by Militia officers to Party members concerning the Italian equipment. The Army censor considered these relatively neutral writings as «considerations» that «do not seem appropriate».⁶⁷ Fascist politicians were deemed alien to the Military institution, thus informed opinions expressed by Militia officers were censored because broke the traditional stern silence demanded to regular officers, whom were accustomed to discuss military business within the Army. But even to those lamenting the deficiencies of the Italian intervention in Spain, the issue was not fascism, but the lacking fascistisation of the Italian society as a whole and of its old institutions, especially the Royal Army, still imbued in its Piedemontese «don't move [on your own initiative]» attitude.⁶⁸ A Militia officer commenting on the poor quality of his replacements wondered if it was «possible that in Italy we still act in this way these days», but confirmed his «great faith [...] in the *Duce* [and] the creed in the ideal», finding anew the energy to cope with the «betrayal of the *Duce*, [and of] the Idea» at the hand of the remnants of old pre-fascist Italy.⁶⁹

Disillusion: violence, theft and greed

Fascism tried to build a war pedagogy that would have allowed the Italian people to conquer its position among the most powerful nations. In order to do so, Italians had to become the fascist “new men”, mingling political fury and military self-control. The stern and obedient military culture that permeated the Royal Army was considered insufficient in creating the new Italians, but the Royal Army was still the most important Italian military institution, tasked with the military education and training of all Italian male citizens. Because of this, a more politicised military education, thoroughly organised by fascist institutions, was to properly educate Italian youths before and after their service in the Royal Army.⁷⁰ Anyhow, the apparent aporia between military ethos and political ethos was reinforced by censorship officers whom persecuted any excess deviating too much from the aristocratic warrior archetype, while ignoring those deviations from military discipline that could be considered coherent with fascism’s own views on military ethos.

As we have seen, there were people who found their own realisation in war, but sometimes this war-driven exaltation went well beyond what should have been the warrior pedagogy proposed by fascism. A censor blocked a letter that described vividly not only the brutali-

⁶⁷ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Lettere censurate, 30 marzo 1937 – XV.

⁶⁸ In pedemontese, “*bongia ner*”, in this case intended as a proof of the Army's lack of initiative, AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Maggiore Ratti a Maria Antonietta Ratti, Pina, 20 agosto 1938.

⁶⁹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, 1° Seniore Calzolari Bruno, Fronte, 6-8-XVI.

⁷⁰ Giorgio ROCHAT: *Le guerre italiane. 1935-1943. Dall'impero d'Etiopia alla disfatta*, Turin, Einaudi, 2008, p. 192.

ty of war, but the violent excitement that gave way to forms of sadism. Satisfied with the «butchering we have done» when shooting a village at point blank range, an artilleryman recalled how:

now seeing the dead to me is like seeing a carcass or a dog and moreover after they die I shoot them with my pistol because the rage I have, in this way I have fun and I get distracted, I pass close to them and if one is wounded I help him to die well. All the dead remain naked because where our infantrymen pass they take everything from them leaving them naked. One here gets marked a bright lad if he takes care of himself by stealing every single cent off the dead. Think what an ugly death these sods suffer here. I live tranquil and happy [I] always sing and laugh because in these moments I don't even think of you dear and I only care to look for my own.⁷¹

General Mario Roatta's frustrated comments about his soldiers lacking the hatred necessary to fight an ideological enemy are contradicted by this letter. To some volunteers ordinary social norms no longer represented an obstacle. Some legionnaires thought that the new warlike mood, imbued with fascist warfare, allowed them to pride themselves on such a degree of violence.⁷²

On the other hand, descriptions of thefts did not attract the censor's attention. As the letters followed their ordinary circulation, censorship officers limited themselves to informing the parent unit of the writers' acts as a means to suggest disciplinary action.⁷³ Only the letters that described pillaging were taken out of circulation, because such vivid representations of the Italians' own violent attitudes were deemed damaging to the war's image at home. Coherently, the censor stopped a letter because its author described how he built up a relationship with a number of prisoners, driven by a form of piety hardly acceptable for a war-like people.⁷⁴ On the contrary, anybody who described beatings of the unenthusiastic population did not face disciplinary consequences, nor did anyone who wrote satisfied descriptions of hungry women forced

⁷¹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Guido Lamporelli a Felicetta Lamporelli, Fronte di Santander, 22-8-1937. Bernardis allusively described similar scenes in his memoirs, Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 124.

⁷² Nonetheless, some volunteers were horrified by the violent behaviour of their comrades, see ACS, Ministero dell'Interno (MI), Direzione Generale Pubblica Sicurezza (DGPS), Divisione Affari Generali Riservati (DAGR), Categorie Annuali (CA) 1936, b. 16, f. Notizie sul conto dei volontari, Lettera di Andrea Hofer 1 aprile 1937, in Edoardo MASTORILLI: "L'intervento dell'Italia fascista nella guerra civile spagnola e la questione della violenza", paper for the 20th edition of the *Workshop Nazionale Dottorandi Sissco 2016*, p. 3.

⁷³ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Costa Orlando a Costa Bettina, Vitoria, 9 settembre 1937; *ibid*, Antonio a Valenti Caterina, Los Santos de Mainona, 22 agosto 1937; *Ibidem*, Augusteo Rossi a Carmela Pestilla, 28 agosto 1937; *Ibidem*, Landosi Gabriele a Landosi Luisa, Brivisca, 12 settembre 1937; *Ibidem*, Lettere revisionate, 1/4259, 29 settembre 1937-XV.

⁷⁴ AUSSME, F18, b. 35, f. 15 Catenacci Luigi a Ardigò Luigina, 11 settembre 1937.

into prostitution.⁷⁵ Therefore, even regular officers were «exalted» at the idea of repeating in Spain the deeds of the *squadristi* of old,⁷⁶ while hunger prostitution was flaunted to exhibit Italian manliness.⁷⁷

Volunteers of all social strata seemed to identify as champions of fascism-imbued manliness as well as *brava gente* (good-hearted), as highlighted by many a legionnaire's memoir.⁷⁸ But as time went by, violence against the civil population or against Spanish rebel soldiers was not limited to ordinary frictions between civilians, military branches or foreigners.⁷⁹ Some legionnaires deliberately attacked civilians or Franco's soldiers as a way to be sent home.⁸⁰ These letters were censored because the authors described violent acts that were not committed to discipline a politically mild population—such behaviour was not condemned—, but were the last resorts of exhausted troops who sought repatriation.

While censors chose to control the way in which the Military Operation Spain was described by legionnaires, they explicitly defined the “fascist” and “military” warrior model. The “Fascist new man” was not supposed to act sadistically against its enemies or political opponents, but nonetheless was eager to act violently in order to affirm a political hierarchy in which fascism was the apex of European values, Christianity and Modernity. As Bernardis recalled when he was told that Franco's troops shot war prisoners, «I am horrified. I, I will never do that, I swear. And I mean it».⁸¹ The matter of dissent was not political violence against antifascists or afascists, but the supposed legitimate limit within which political violence was committed.

⁷⁵ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Parizzi Giuseppe a Sogliani Ruio, Haro, 8 settembre 1932 [1937]. Nonetheless, Roatta condemned the prisoners' beatings carried out by Italian troops and officers, F7, b. 1, Contegno verso i prigionieri, 17 marzo 1937.

⁷⁶ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 17.

⁷⁷ Davide LAJOLO: op. cit., p. 108.

⁷⁸ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 215; Davide LAJOLO: op. cit., pp. 61, 74, 108.

⁷⁹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Corrispondenza per O.M.S., probably autumn of 1937. A legionnaire denounced in 1938 the rising frequency with which Italians and Spaniards squabbled in rear areas (Rodrigo 2016, 253).

⁸⁰ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Ugo Podestà a Carlo Alberto Biggini, Saragozza, 9 maggio 1938. Sometimes disciplinary reasons were sufficient to repatriate the most uncontrollable legionnaires. The procedure with which undesired legionnaires were repatriated was quite slow, and more so for militiamen, *Ibidem*, F7, Elementi indesiderabili, 2 marzo 1937. One of many examples in ACS, MI, DGPS, DAGR, 1939, b. 38a, f. Rimpatrio per motivi vari, Volontari rimpatriati dalla Spagna, 10 gennaio 1938. Some 600 of these undisciplined soldiers, who lacked «fascist spirit» were mustered in a battalion set up to furnish them a military and fascist «re-education». The first batch of these former legionnaires was found in possession of republican propaganda material, *Ibidem*, Servizi riservati politici, 19 aprile 1937. Hospital ship Helouan's listed among its passengers a number of soldiers repatriated for disciplinary reasons: 7 officers out of 14, 1 NCO out of 29 while another 1 was repatriated for “various reasons”, 7 soldiers repatriated for disciplinary reasons and 2 for “various reasons” out of 492, 1 driver repatriated for “moral reasons” and 6 for “various reasons” out of 9, *Ibidem*, N. 1372-7.8, 1 luglio 1937.

⁸¹ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 28.

Fatigue and dissent

The distance between fascist rhetoric and the soldiers' experience became broader as the war dragged on much longer than expected. It is evident that the initial motivation for enlistment was no longer capable of sustaining the troops' morale, as many asked to be sent back home because of health or family issues.⁸² Giacomo Fiori, facing disillusion with the slow progress of the war, hoped for a rapid victory, not so much out of his fascist faith, but because «the sooner our quest ends the sooner we will return to our homes, to our loved ones».⁸³

The criteria with which people were repatriated were barely understood by the troops in the field,⁸⁴ and this had a deleterious effect on the morale of even the most motivated fighters, especially as large batches of volunteers were sent back to Italy in the autumn of 1938.⁸⁵ As there were «daily protests by people who want to go home»,⁸⁶ an infantryman recalled how in his company 34 out of 104 men went missing, while «our superiors can no longer stop this avalanche of the poor disillusioned» trying to desert their units every day, nor can «Carabinieri in service on the railways stop them, [nor] send them back to their units».⁸⁷ While many commanders chose to press on every single repatriation request they received,⁸⁸ soldiers recalled how speeches by the officers were met with anger, especially when superiors tried to compare the Great War to the Spanish Civil War: legionnaires easily rebuffed that «the [Great] war was fought at the frontiers of the Motherland and for the Motherland, and that every soldier had his normal leave or maybe two in a year. So the present matter is different».⁸⁹ Such a statement underlines how volunteers were more than aware of the ideological nature of a war fought not for the country's immediate interests, but for fascism. To the legionnaires, such a difference – in itself, proof of a degree of distance from fascism's own objectives – meant that they had to be treated differently than conscripted soldiers. Because of this, an officer lamented that the «dishonest bluff» of promising repatriation had to stop, but he was «sure that Mussolini doesn't know our true conditions», nor he did know of the «dishonest freemasonry in the commands».⁹⁰ «Mussolinism» – a blind faith in Mussolini's political acumen and charisma – was the natural reaction also for a medical officer who reported how «General De Francisci [sic] was whistled by his soldiers», exasperated as the promised return home was delayed again despite the general's promises.⁹¹

⁸² AUSSME, L10, b. 31, f. 1, Relazione settimanale (dal 17 al 24 giugno 1938 XVI); see also Relazione settimanale (dal 1 al 8 luglio 1938 XVI).

⁸³ Giacomo FIORI: op. cit., pp. 37-42.

⁸⁴ Alberto ROVIGHI, Filippo STEFANI: op. cit., pp. 275-276.

⁸⁵ Giorgio ROCHAT: op. cit., p. 119.

⁸⁶ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Adriano X a Ugo Perugi, Miranda de Ebro, 13 novembre 1938.

⁸⁷ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Oscar Cesare a Famiglia Giovanni Pascoli, Miranda sull'Ebro, 16-10-38.

⁸⁸ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 51.

⁸⁹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15 Servizio postale. Lettere censurate, Ministero dell'Interno. Direzione Generale della P.S., Divisione Affari Generali e Riservati. Sezione seconda, n° 442/18913, 15 settembre 1938

⁹⁰ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Lettera alla contessa Anna Antinori Bontombine, 14 giugno 1938.

⁹¹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Conigioni Riccardo a Cappello Alfio, Zona di Luco, 1 agosto 1938.

While mussolinism was probably among the most important unifying factors in the mix of Militia and regular Army units that made up the *Corpo Truppe Volontarie*, brawls between the two arms were frequent. The commander of *23 Marzo* Militia Division threatened to dismiss all the Army officers, preferring the more politicised Militia officers. Regular officers were «ferocious and indignant» at the outburst of «this exhibitionist buffoon», nonetheless captain Valentini preferred to stay silent because «Army and Militia, in unfairness, dishonesty and *camorra*... engage in a noble race, and no one can tell who's winning».⁹²

Reciprocal diffidence between the two institutions was not limited to the higher echelons, but invested also the lower ranks. The turning point was the battle of Guadalajara, seen by the professional officers as proof of the Militia's inadequacy as a military instrument.⁹³ Diffidence turned to open criticism of the military qualities of fascism. As well as direct insults to the black shirts from captain Ronzoni, according to whom «it is easier to cure syphilis than militia», one can spot more “political” opinions. Captain Giuseppe Martini not only ridiculed militiamen beaten by a «thousand rag taggers», but did not hesitate to state his indifference to the regime's politics, reminding to the militiamen that «reds» were fighting for «their ideal» as much as fascists were fighting for their own political agenda, thus suggesting that the two ideologies were equal in the eyes of a man who swore allegiance only to his country and valued only military prowess. Others, like major Presutti, underlined their sense of pride in the Army saluting militarily when responding to fascist salutes, and reminding his subordinates the differences between Army and Militia.⁹⁴

On their part, soldiers were exasperated because the war took much longer than the few months they expected. While it was impossible to ease the legionnaires' stress allowing them to return with «the family [...] to find again the ardour, enthusiasm and dash of the very first days»,⁹⁵ many hoped that the quick pace of the Ethiopian war could be replicated with two more Army corps and «a “Graziani” [or a] “Badoglio”», but such bold decisions could be made only if the *Duce* was informed «of the hard reality of things here».⁹⁶

⁹² AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Valentini di Laviano alla contessa Anna Antinori Bontombine, Teruel, 3 settembre 1938.

⁹³ The report was presented by the Militia's chief of staff, General Russo, to Mussolini in January 4th 1937, ACS, SPD, CR, b. 71, f. Spagna, sf. 4, insert F., Siviglia, Reclamo, Promemoria, 3 gennaio 1937.

⁹⁴ ACS, SPD, CR, b. 71, f. Spagna, sf. 4, insert F., Esposto al Generale Russo, Siviglia, 4 ottobre 1937. The tendency of avoiding fascist salutes was the subject of a note written by Roatta, AUSSME, F7, b. 1, Circolare Permanente n° 2, 4 marzo 1937.

⁹⁵ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Maggiore Ratti a Maria Antonietta Ratti, Pina, 20 agosto 1938. The same day, General Berti met Franco to discuss the proposals made by Mussolini concerning the CTV. In July Berti complained to Mussolini about the abysmal morale of the Italian troops in Spain, and later in September Mussolini chose to reduce the weight of the Italian troops in Spain after having temporarily considered their repatriation.

⁹⁶ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Conigliani Riccardo a Cappello Alfio, Zona di Luco, 1 agosto 1938. In the summer of 1938, the CTV was divided between the Ebro and Levant fronts, while National divisions asked for single Italian units to ease the pressure of Republican attacks, and later used Italian armour, artillery and air force during their counter-attack on the Ebro.

Many men thought that their enlistment would have lasted only a few months, thus thought that they deserved a rapid repatriation as this time expired, despite the fact that the war was long to be won. Superior commands often encouraged the volunteers to hope that the sought-after return home would have come after one last brief operation. The prolonged discomfort suffered by the legionnaires, who were disillusioned by these many broken promises, was the object of a report to Mussolini, especially when the Militia in Italy was mobilised and many volunteers' families began a bureaucratic quest to have their kin back home.⁹⁷ As noted by some officers, often the heat of battle was sufficient to quell the militiamen's animosity,⁹⁸ nonetheless legionnaires felt isolated as they perceived that no one at home cared about the war.⁹⁹

Another proof of the fascistisation of the troops can be found in the way in which CTVs officers and soldiers perceived the Spanish political equilibrium. Although Italians went to Spain to defend Europe from Bolshevism, they were also exporting fascism, but to many Italian troops the Nationalist side seemed too conservative to fully appreciate all the advantages of a true fascist revolution. Some officers thought Mussolini would have surely cured the Spaniards of their inability to understand the new European political reality, instead of allowing them to indulge «in the same state as before».¹⁰⁰ After all, it was Franco's army that was «impotent and unable to do anything good and quick as we did on the Santander and Tortosa fronts». Spanish propaganda was accused of overestimating the defeat of Guadalajara in order to «obfuscate and destroy» Italian military prowess, while the legionnaires claimed that it was the CTV that played a major role in the rebels' advances,¹⁰¹ or saved the day regularly.¹⁰² As time went by, «Latin fraternity» became «a bit cheap», as Italian officers, exasperated by the fact that Italians were «considered as Moroccans and treated worse», reproached their Spanish colleagues recalling:

«everything that has been conquered as territory: from Malaga to Bilbao; from Santander to Tortosa, was [conquered] by us and only us. All that was lost: from Belchite to Brunete; from Teruel to Ebro; was [lost] because of their sloth, because of their recklessness and, maybe, because of their betrayal.»¹⁰³

⁹⁷ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Corrispondenza per O.M.S., undated but probably autumn of 1937.

⁹⁸ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Franco Bonaccorso a Giacomo Suardo, 20 settembre 1938.

⁹⁹ AUSSME, F18, b. 35, f. 14, "Carlo" ad Anna Maria Fedi, 20-3-1937. See also Davide LAJOLO: op. cit., p. 149.

¹⁰⁰ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Giannini Giulio a Giannini Domenico, Fronte dell'Ebro, 22 settembre 1938.

¹⁰¹ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Ugo Podestà a Carlo Alberto Biggini, Saragozza, 9 maggio 1938.

¹⁰² AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Franco Bonaccorso a Giacomo Suardo, 20 settembre 1938.

¹⁰³ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Valentini di Laviano a Anna Antinori Bontombine, Teruel 6 settembre 1938. Judgements that were shared in at least an edited diary, among descriptions of squabbles with some Spaniards, Silvano BERNARDIS: op. cit., pp. 25-29.

While humble Spaniards were seen as capable of «radical decisions and stern», the leaders were deemed «another thing». Pervaded by a «a spirit of independence that no one is challenging», and out of jealousy, the very friendship between Italy and Spain seemed at risk, especially after Franco made a «declaration of neutrality» in the event of a European war. To major Ratti both the Spanish people and the leaders who rebelled against the Second Republic seemed incapable of any broad political vision, while Italians found themselves in a situation that had no way out. Only Germany and, again, Great Britain would have gained any advantage. The situation was even harder because of the «absence of any will of the people», who lived detached in «arab-like fatalism» after «centuries [...] of banditry and rebellion». ¹⁰⁴ The only ones who gained any advantages out of the war were the Germans, while the Italians' economic future in Spain seemed worse even if compared with what have been achieved by the United Kingdom. Unless the *Duce* decided to intervene directly, of course. ¹⁰⁵ As another officer recalled, while Italians shed blood, the Germans furnished «aspirin», meaning that they took over the whole Spanish market while comfortably seated in the best places. ¹⁰⁶ Such harsh were extended to the Spanish people as a whole, and found their way in post-war memoirs. ¹⁰⁷ The war was not considered a legitimate effort only in the light of a political crusade to implant fascism in a fellow “Latin” country, it was also judged according to more traditional and “neutral” geopolitical considerations. Nonetheless, many officers shared the most disillusioned opinions of their political leaders. ¹⁰⁸

Conclusion

The sources analysed in this paper suggest that among those who volunteered to fight in the Spanish Civil War, there was a certain degree of distance from Fascist propaganda and from the Armed Forces. Nonetheless among the censored letters there is only a single one that shows signs of detachment from fascism itself, ¹⁰⁹ but no broader political opposition to fascism, nor any attempt to share one's doubts with loved ones. Protests concerned mostly the slowness of the war, the lack of leave, the disorganisation of the military machine. Despite all the difficulties, most volunteers found in their faith in Mussolini a way to sublimate their waning faith in fascist institutions, all the while accusing the “old Italy” of having survived within fascism and, in fact, of having betrayed both the regime and the Motherland. Is otherwise interesting to highlight that the changes occurred in CTV's commands, even after the battle of Guadalajara, seem to have been completely ignored in the legionnaires' letters. On the other hand, the

¹⁰⁴ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Maggiore Ratti a Maria Antonietta Ratti, Pina, 20 agosto 1938.

¹⁰⁵ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Mario a Musso Salvatore, S. Sebastiano, 22 ottobre 1938.

¹⁰⁶ AUSSME, F18, b. 35, f. 15, Maggiore Ratti a Maria Antonietta Ratti, Pina, 20 agosto 1938.

¹⁰⁷ Silvano BERNARDIS: op. cit., p. 31.

¹⁰⁸ Javier RODRIGO: op. cit., pp. 181-191, 269.

¹⁰⁹ ACS, MI, DGPS, DAGR, 1939, b. 38a, f. 1°-M, Proposta di rimpatrio per indegnità della C.N. Cani Giuseppe.

only higher echelons' names mentioned in censored letters come from a Militia background, and were usually criticised for their lacking military ethos. Not that regular officers were praised for their professionalism either, as Army officers were generally seen as relics of liberal Italy or despised as alleged freemasons. Lastly, even battle was hardly a topic discussed with the family at home: with the exclusion of the graphic description of a fire in a village, there are no other mentions of actual engagements in censored letters.

Drawing some conclusions, it is possible to say that even for those few who detached themselves from the most politically connoted behaviour we can at best suggest a form of "loyal reluctance" to carry on a war that, unlike the war in Ethiopia, proved to be long, hard and not directly connected to Italian interests. Only in a single case a legionnaire fraternised with some prisoners, and it is possible to interpret his actions as a form of "resistance".¹¹⁰ On the contrary, all those who could hardly explain their fascist ideals to their family gave a chance to the censorship service to accomplish its informative mission, as trench journals began to describe the *legionari's* experience precisely as a unique choice that could be understood only by those catechised in fascism.¹¹¹

Part of the behaviour described in these pages seems to point to the direction taken by historiography, according to which the very absence of any political alternative to fascism in the thirties allowed the regime to survive, while many Italians sought to identify with institutions or cultures outside fascism but within the borders of a broader patriotic socialisation.¹¹² Nonetheless, the Spanish Civil War was another step in the process of fascistisation of Italian society. A step that was relatively limited only because few Italians were directly involved in the war.

Censored letters confirm a relative dissonance between fascism's political goals and the Royal Army's institutional goals. The most coherent political analyses can be found in officers' letters. Some of these men chose to fight in the Military Operation Spain because of their political ideals, as exemplified by Marino de Lieto's frustration in finding out that his comrades' fas-

¹¹⁰ I borrow the concepts of resistance (*resistenz*) and of loyal reluctance (*loyale Widerwilligkeit*), that comprise a wide pattern of unaligned and conflicting behaviour within the exceptional nature of the Nazi dictatorship, Martin BROZAT: "Resistenz und Widerstand. Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts", in Martin BROZAT, Elke FRÖLICH, Falk WIESEMANN (eds.): *Bayern in der NS-Zeit*, vol. IV, *Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt*, München, R. Oldenbourg, 1981, pp. 691-709; Klaus Michael MALLMANN, Gerhard PAUL: "Resistenz oder loyale Widerwilligkeit? Anmerkungen zu einem umstrittenen Begriff", *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 2 (1993), pp. 99-116. A synthesis in Christoph KLEßMANN: "Resistenza e renitenza durante il nazionalsocialismo. Un dibattito storiografico", in Lutz KLINKHAMMER, Claudio NATOLI, Leonardo RAPONE (eds.): *Dittature, opposizioni, resistenze. Italia fascista, Germania nazionalsocialista, Spagna franchista: storiografie a confronto*, Milan, Unicopli, 2005, pp. 69-83. See also Enzo COLLOTTI: *Fascismo, fascismi*, Florence, Sansoni editore, 1989, p. 53; Paul CORNER: op. cit., p. 185-186.

¹¹¹ See as an example Formisano G., "La fede del legionario", in *Il Legionario*, 354, 28 giugno 1938, a. II, in Paola CORTI, Alejandro PIZARRÓSO QUINTÉRO: *Giornali contro. "Il Legionario" e "Il Garibaldino". La propaganda degli italiani nella guerra di Spagna*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1993, pp. 108, 185.

¹¹² Simona COLARIZI: *L'opinione degli italiani sotto il regime 1929-1943*, Rome-Bari, Laterza, 2009 (1st ed. 1991), p. 240.

cist faith was lacking. But while Marino de Lieto would eventually join the *Repubblica Sociale Italiana* after Mussolini's demise and Italian surrender of 1943, to many other career officers the Spanish Civil War was no more than one of the many wars Italy fought at the time. Major Presutti and captain Martini, whom expressed their frustration with the Militia's lacking military spirit, demonstrate how within the Army the professional and "apolitical" military ethos was still strong, and was probably stronger than any "political-warrior" ethos encouraged by fascism. Officers like major Presutti and captain Martini saw in the Spanish Civil War an occasion to accelerate their careers, as well as an opportunity to test their own "technical" capabilities as war technocrats tasked to fight a political war whose broader goals they did not understand. Presutti and Martini in fact acted much in the same way as most of their colleagues reacted to the regimes' boasted propaganda advocating an imminent global war between fascism and anti-fascisms.¹¹³ Presutti and Martini were not the only officers who perceived themselves as apolitical military professionals. Much like Edgardo Sogno's comrades, Giacomo Zanussi (Roatta's deputy chief of staff) and Giuseppe Pièche (commander of the *Carabinieri* assigned to CTV) would have had a role in the co-belligerent Italian Royal Army of 1943 and 1945. These officers were imbued with a military ethos tracing its origins in 19th century bourgeoisie good mannerism, according to which elegance and gentlemanly manners were to control any violent excess¹¹⁴. This ethos represented the "old Italy" despised by the most politicised volunteers independently of their social strata, as violent excesses were to lay the foundations of the fascist new man, but political violence could be considered legitimate by regular army officers if it seemed to fall within the behavioural borders set by military ethos, as exemplified by captain Silvano Bernardis' experience.

The regime's inability to mobilise Italian society and the economy during the Second World War had dire consequences for the population, and led to Mussolini's downfall and ultimately to a civil war. Nonetheless, those who took part in the Spanish Civil War could not foresee such an outcome. While fascism was probably the most prominent initial motivation to volunteer to fight in the Spanish Civil War, as the war continued mussolinism became the only reason strong enough to sustain the Italian troops' morale. Censorship factually shows how the Spanish Civil War was a step in the process of fascistisation of a conservative and anticommunist political space that sought a solution to the crisis of liberalism, while some of those who took up arms regularly prided themselves on the violence they were exercising and suffering. It could also be argued that, as much as Italian citizens distinguished between their loyalty to the Italian institutions and that towards the Motherland,¹¹⁵ fascist volunteers fighting in the Span-

¹¹³ AUSSME, H3, b.82, f. 3, Promemoria [march 1930].

¹¹⁴ Davide RODOGNO: *Il nuovo ordine mediterraneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa. 1940-1943*, Turin, Bollati Boringhieri, 2003, p. 191; Fortunato MINNITI: "Gli ufficiali di carriera dell'esercito nella crisi del regime", in Angelo VENTURA (ed.): *Sulla crisi del regime fascista. 1938-1943. La società italiana dal "consenso" alla Resistenza*, Venice, Marsilio, 1996; Lorenzo BENADUSI: *Ufficiale e gentiluomo. Virtù civili e valori militari in Italia. 1896-1918*, Milan, Feltrinelli 2015.

¹¹⁵ Giorgio FIACCA: "Viva la patria, abbasso lo Stato! Le molteplici appartenenze delle classi dirigenti", *Passato e Presente*, 43 (1998).

ish Civil War could differentiate between their loyalty towards the “fascist” institutions and Fascisms as a broader political notion. As we have seen, the latter was hardly discussed, but legionnaires’ loyalty towards the State or Party institutions depended on the amount of sacrifices they were asked for. It is also evident that small but vocal groups within the legionnaires found hard to use the “fascist” adjective to define a less ideological notion of Motherland, and preferred to identify themselves in what their more politicised colleagues would have called “old Italy”. Nonetheless, these “old Italians” eagerly fought Fascism’s war without protesting, as did those fascists who were less than enthusiasts at the prospect of fighting for Franco’s perceived conservatism.

All in all, most volunteers fell into a vicious cycle of fascistisation and brutalisation because of their unique war experience, as the reasons to fight or the consequences of war were not shared by the rest of the Italian population. Detached from Italian society, the volunteers could do little but stick with their faith in fascism and Mussolini. Both fascists and military men could find a common wisdom opposing progressive politics,¹¹⁶ as well as any vestiges of “old Italy”. In this process a central position was taken not by fascist officers, but by those reluctant or disillusioned men who, despite all the limitations of the Italian war machine and their disappointment towards its institutions, found in mussolinism an anchor for their drifting political sympathies. Ultimately, Mussolini himself, man, dictator and almost demigod, became the reason why they were killing and dying.

¹¹⁶ Amedeo OSTI GUERRAZZI: *Noi non sappiamo odiare. L'esercito italiano tra fascismo e democrazia*, Turin, UTET 2010, p. 63. See also Francisco J. LEIRA CASTIÑERA: *La consolidación social del franquismo. La influencia de la guerra en los “soldados de Franco”*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións de la Universidade de Santiago de Compostela, 2013, pp. 125-127

Traducciones

“Generosas Amazonas acudieron a la brecha”: mujeres sitiadas, agencia y sujeción durante las Guerras de Religión en Francia *

Brian Sandberg

Northern Illinois University

Traducido por Antonio Escobar Tortosa

No debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate¹

Género, sujeción y violencia

La violencia y la sujeción han emergido recientemente como dos de los puntos principales de mayor importancia para los estudios de género.² La consideración del género a través de múltiples posiciones de sujeto da pie a un replanteamiento de la cosificación y la victimización, lo cual nos puede llevar a enfatizar, de manera un tanto paradójica, la asociación entre feminidad y “vulnerabilidad”, colocando a las mujeres en una posición de víctimas mudas de la violencia con agencia limitada. Diversos estudios poscoloniales que emplean y extienden las teorías sobre la sujeción de Judith Butler han desarrollado nuevas perspectivas útiles sobre los cuerpos generizados y las culturas de la violencia que revalorizan a la mujer en cuanto que sujeto.³ Por ejemplo, el análisis de Veena Das sobre género y violencia durante la partición de la India cuestiona si, en los procesos de formación de posiciones de sujeto sesgadas por género, las mujeres verdaderamente tienen una agencia significativa, o bien se encuentran meramente sometidas por estos mismos procesos. Das atribuye a las mujeres una agencia con-

* Publicado originalmente como Brian SANDBERG: “‘Generous Amazons Came to the Breach’: Besieged Women, Agency and Subjectivity during the French Wars of Religion”, *Gender & History*, 16:3 (2004), pp. 654-688. Nota del traductor: respecto al concepto de *sujeción*, “subjectivity” en el original inglés, que aparecerá en sucesivas ocasiones a lo largo del texto, conviene apuntar una breve deficiencia. La noción de *sujeción* alude al devenir del sujeto en su relación con el poder, enfatizando su continua formación y su subordinación respecto a este, entendido a su vez como un fenómeno exterior al sujeto. Véase Judith BUTLER: *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2010.

¹ “Memoire ou journal du siege de Montpellier”. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folio 184-87.

² Arthur KLEINMAN, Veena DAS y Margaret LOCK (eds.): *Social Suffering*, Berkeley, University of California Press, 1997. Veena DAS, Arthur KLEINMAN, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.): *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000. Veena DAS, Arthur KLEINMAN, Margaret LOCK, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.): *Remaking a World: Violence, Social Suffering, and Recovery*, Berkeley, University of California Press, 2001.

³ Judith BUTLER: *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of ‘Sex’*, Nueva York, Routledge, 1993. Íd.: *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

siderable, constatando su capacidad de negociación a lo largo de un continuo proceso de sujeción, que ella considera como «una agencia compleja compuesta por posiciones de sujeto divididas y fracturadas».⁴ Sin embargo, Das ve en ello un margen de maniobra limitado, reconociendo que los regímenes de cosificación operan de diversas formas y que las experiencias de las víctimas pueden variar ampliamente dependiendo de la manera como se concrete la violencia.

Si la violencia es un “acto performativo”, es importante considerar las intersecciones de las mujeres con la violencia, no solo la violencia ejercida contra las mujeres.⁵ La participación de las mujeres en actos de violencia performativos supone un reto para los estudios de género, pues deben abordar simultáneamente un amplio espectro de violencia, lo cual hace que muchos análisis sobre género y violencia se centren en el hundimiento de los estados, las fracturas sociales y las transformaciones políticas como períodos de cambio claves en los discursos generizados.⁶ Las ambigüedades de la violencia en contextos de violencia civil que difuminan las distinciones entre lo “público” y lo “privado” convierten la sujeción de género en algo aún más complejo. Las Guerras de Religión en Francia de 1562–1629 produjeron precisamente este contexto de difuminación y sujeción fragmentada. Las ambigüedades extremas de la violencia y los desórdenes sociales durante las guerras de religión alteraron significativamente, aunque de manera transitoria, las relaciones normativas de género con respecto a la violencia. Las mujeres francesas que sufrieron los asedios durante las Guerras de Religión nos brindan por tanto un excelente caso para examinar tanto las limitaciones como las posibilidades a las que las mujeres hicieron frente en un período de notable perturbación y relaciones de género en continuo cambio.

Experiencias de la violencia según el género durante las Guerras de Religión en Francia

El estudio ya clásico de Lyndal Roper, *The Holy Household*, argumenta enérgicamente que «las relaciones de género... lejos de verse afectadas de manera tangencial por la Reforma, se encontraban en el núcleo de la Reforma misma».⁷ Las concepciones y los discursos de

⁴ Veena DAS: “The Act of Witnessing: Violence, Poisonous Knowledge, and Subjectivity”, en Íd., Arthur KLEINMAN, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.), op. cit., pp. 221–22.

⁵ Sobre “violencia contra las mujeres”, véase Marc BOONE, Therese DE HEMPTINNE y Walter PREVENIER: “Gender and Early Emancipation in the Low Countries in the Late Middle Ages and Early Modern Period”, en Jessica MUNNS y Penny RICHARDS (eds.), *Gender, Power and Privilege in Early Modern Europe*, Londres, Longman, 2003, pp. 27–31.

⁶ Linda GRANT DE PAUW: *Battle Cries and Lullabies: Women in War from Prehistory to the Present*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000. David E. JONES: *Women Warriors: A History*, Londres, Brassey’s, 1997. Anne LAURENCE: “Women’s Work and the English Civil War”, *History Today*, 42 (1992), pp. 20–26. Helen SOLTERER: “Figures of Female Militancy in Medieval France”, *Journal of Women in Culture and Society*, 16 (1991), pp. 522–49. Megan MCLAUGHLIN: “The Woman Warrior: Gender, Warfare and Society in Medieval Europe”, *Women’s Studies*, 17 (1990), pp. 193–209. Rudolf M. DEKKER and Lotte C. VAN DE POL: *The Tradition of Female Transvestism in Early Modern Europe*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1989. Barton C. HACKER: “Women and Military Institutions in Early Modern Europe: A Reconnaissance”, *Journal of Women in Culture and Society*, 6 (1981), pp. 643–71.

⁷ Lyndal ROPER: *The Holy Household: Women and Morals in Reformation Augsburg*, Oxford, Clarendon Press, 1989, pp. 1–5, 56, 185–94.

género experimentaron profundos cambios durante el siglo XVI y principios del XVII, y las mujeres europeas participaron en todos los principales movimientos de reforma religiosa. Desde comienzos del siglo XVI en adelante, las mujeres francesas tomaron parte en las nuevas prácticas religiosas y en los esfuerzos para difundir las ideas reformistas. A mediados del siglo XVI, algunas mujeres de la nobleza francesa como Margarita de Navarra promovieron actividades en torno a la Reforma que incorporaban cada vez más elementos de la teología calvinista. Los programas de la reforma calvinista solo se volvieron más expansivos tras el estallido de las Guerras de Religión en Francia en 1562. Juana de Albret dirigió esta reforma en Navarra y prestó ayuda a los calvinistas franceses, conocidos también por el nombre de “hugonotes”. Carlota de Borbón, una prominente noble católica, proporcionó apoyo a los hugonotes antes de convertirse finalmente ella misma en 1572.⁸ Entretanto, muchas mujeres católicas abrazaron la religiosidad de la Contrarreforma, ofrecieron apoyo económico a las abadías y ayudaron a fundar nuevas órdenes religiosas.⁹ Las mujeres francesas de las zonas urbanas se involucraron íntimamente en la promoción de diversas actividades religiosas y en la oposición a la “herejía” en sus propias comunidades. Todas estas actividades religiosas adquieren ahora un significado adicional puesto que los historiadores franceses han reinterpretado las Guerras de Religión en su país, dibujando un panorama de conflictos fundamentalmente relacionados con las creencias y las prácticas religiosas.¹⁰

Estudios históricos recientes sobre la reforma religiosa y la violencia en la Francia de los siglos XVI y XVII no solo nos muestran que las mujeres participaron activamente en las actividades religiosas de la Reforma y la Contrarreforma, sino que su intervención en las reformas y protestas religiosas propició que se vieran envueltas en la violencia cotidiana de la confrontación religiosa. Las mujeres se ponían ellas mismas en riesgo al prestar abiertamente asistencia al clero y a otros creyentes, como cuando algunas brindaron ayuda a correligionarios suyos encarcelados en la ciudad de Troyes.¹¹ Otras mujeres se unieron a cofradías militantes, procesiones reli-

⁸ Sobre Juana de Albret, véase S. Amanda EURICH: *The Economics of Power: The Private Finances of the House of Foix-Navarre-Albret during the Religious Wars*. Kirksville, Sixteenth Century Journal Publishers, 1994, pp. 90–94. Charmarie BLAISDELL: “Religion, Gender, and Class: Nuns and Authority in Early Modern France”, en Michael WOLFE (ed.), *Changing Identities in Early Modern France*, Durham, Duke University Press, 1997, pp. 155.

⁹ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold? Parisian Women, The Holy League, and the Roots of Catholic Renewal”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 169–90. Elizabeth RAPLEY: *The Devotes: Women and Church in Seventeenth-Century France*, Buffalo, McGill-Queen’s University Press, 1993. R. PO-CHIA HSIA: *The World of Catholic Renewal, 1540–1770*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, capítulo 2

¹⁰ Mack P. HOLT: “Putting Religion back into the Wars of Religion”, *French Historical Studies*, 18 (1993), pp. 58–93. Henry HELLER: “Putting History back into the Religious Wars: A Reply to Mack P. Holt”, *French Historical Studies*, 19 (1996), pp. 853–61. Denis CROUZET: *Les guerriers de Dieu*, 2 vols., Seyssel, Champ Vallon, 1990

¹¹ Penny ROBERTS: *A City in Conflict: Troyes during the French Wars of Religion*, Manchester, Manchester University Press, 1996, pp. 83–84. No obstante, Roberts nunca va más allá de una mención incidental de los roles de las mujeres en las actividades bélicas. Jill Raitt diserta brevemente sobre la propiedad de que las mujeres prestaran asistencia a sus correligionarios en las guerras de religión; Jill RAITT: *The Colloquy of Montbelliard: Religion and Politics in the Sixteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1993, pp. 139–40.

giosas y multitudes para apoyar su fe y protestar contra los desmanes que percibían en sus comunidades. Un gran número se unió a la Compañía del Santo Sacramento en Ruan, por citar un ejemplo.¹² Debido a su compromiso con las causas religiosas, las mujeres francesas experimentaron violencia física y psicológica de manera habitual mientras duraron las Guerras de Religión. James R. Farr ilustra este tipo de violencia relatando un incidente en Dijon en el que «una mujer protestante recibió una patada *par derrière* y a quienes la acompañaban les fueron arrojadas piedras y basura... esto último, sin duda, como un gesto simbólico de profanación».¹³ El brillante texto de Natalie Zemon Davis en torno a los “ritos de violencia” (*The Rites of Violence*) durante las Guerras de Religión en Francia revela la agencia de las mujeres y adolescentes de las ciudades en actos de violencia religiosa.¹⁴ No obstante, es preciso observar cómo la violencia religiosa y los conflictos bélicos redefinieron las experiencias y posibilidades de las mujeres. El trabajo de Kristen Neuschel sobre las aristócratas francesas en las Guerras de Religión proporciona un intrigante modelo que le sirve para desarrollar diferentes percepciones relativas a las conexiones rituales entre hermanos y hermanas y al significado de la violencia, centrándose para ello en los papeles que el género desempeñó en estas pugnas.¹⁵ A pesar del surgimiento de un debate sobre las diferentes formas en que las mujeres francesas se involucraron en el conflicto durante las Guerras de Religión, incluso la excelente y reciente investigación de Mack P. Holt sobre este asunto solo es capaz de dedicar unas pocas páginas a problemáticas de mujeres y de género debido a la escasa bibliografía histórica sobre este asunto.¹⁶ Únicamente unos pocos trabajos han respondido a la petición de Lyndal Roper de situar el género en el centro del análisis de los estudios sobre la Reforma protestante.

Un artículo reciente de la historiadora S. Annette Finley-Croswhite busca precisamente “generizar” las Guerras de religión en Francia. Finley-Croswhite demuestra el temor del gobierno municipal de Dijon a las “mujeres peligrosas” durante la crisis de la Liga Católica a finales de las décadas de 1580 y 1590, cuando las mujeres de la élite urbana de Dijon que se oponían a la Liga actuaron en defensa de sus hogares y de los intereses de sus familias. Sin embargo, esta exploración de las “formas de agencia femenina” no logra en último término revelar muchas dimensiones de la participación de las mujeres francesas en las Guerras de Religión. El enfoque de este estudio sobre los roles de las mujeres en la gestión del hogar, el intercambio de información y, en última instancia, la influencia política, limita en último término nuestra visión a áreas de actividad que usualmente se asociaban a los roles sociales de las mujeres de la élite durante la

¹² Philip BENEDICT: *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 86.

¹³ James R. FARR: *Hands of Honor: Artisans and their World in Dijon, 1550–1650*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, pp. 227–28

¹⁴ Natalie ZEMON DAVIS: “*The Rites of Violence*”, *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays by Natalie Zemon Davis*, Stanford, Stanford University Press, 1975, pp. 152–87

¹⁵ Kristen B. NEUSCHEL: “Noblewomen and War in Sixteenth-Century France”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 124–44.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 124–44. Elaine VIENNOT: “Les femmes dans les “troubles” du XVIe siècle”, *Clio: Histoire, femmes et sociétés*, 5 (1997), pp. 79–96. Mack P. HOLT: *The French Wars of Religion, 1562–1629*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 208–210.

Edad Moderna. Si bien Finley-Croswhite señala acertadamente que «debemos reconocer que la participación de las mujeres ha sido una parte muy real de la historia de las guerras de religión», su descripción de la participación de las mujeres en conflictos religiosos contempla meramente cómo los contextos de expresión de la agencia femenina “normal” propia de las mujeres de la élite cambiaron durante la guerra.¹⁷

Lo que falta en este análisis es una confrontación directa con la violencia como categoría de análisis y un marco crítico para comprender las intersecciones de género y violencia. Las guerras de religión produjeron una situación caótica caracterizada por una autoridad fragmentada, inestabilidad política, jurisdicciones superpuestas e inseguridad crónica que hicieron que el “estado” monárquico pareciera extremadamente frágil. El concepto mismo de cuerpo político y el estatus de la autoridad patriarcal parecían estar bajo constante amenaza. Los poderosos aristócratas encargados de los preparativos para la guerra confiaron en concepciones del honor marcadas por el género y en vínculos clientelares masculinos para formar ejércitos, con o sin aprobación real.¹⁸ Los discursos de la época sobre el conflicto civil retrataban el desorden como algo femenino y describían una rebelión sexualizada. Se consideraba que las mujeres eran ingobernables, y las viudas y las mujeres solteras parecían especialmente peligrosas.¹⁹ Los discursos sobre la rebelión involucraron pues a todas las mujeres en las causas y los procesos del conflicto civil, con independencia de sus acciones individuales. Las mujeres se vieron envueltas en una serie de conflictos donde las fronteras entre los roles militares y civiles se encontraron particularmente difuminadas.²⁰ Al mismo tiempo, las teorías medievales de guerra justa y los ideales caballerescos continuaron ofreciendo cierta protección limitada a mujeres, niños y otros no combatientes.

No obstante, las mujeres francesas disfrutaron de roles sociales ampliados durante las Guerras de Religión.²¹ Se convirtieron en administradoras de sus hogares durante los conflictos, reconstruyendo o adaptando las relaciones de parentesco y mecenazgo. Cuando sus esposos abandonaban el hogar para combatir, a menudo desempeñaban un papel esencial en la gestión de las finanzas familiares, las rentas de las tierras, contratos y otros asuntos.²² Las mujeres de la nobleza francesa en particular realizaban importantes funciones de gestión en el ámbito domés-

¹⁷ S. Annette FINLEY-CROSWHITE: “Engendering the Wars of Religion: Female Agency during the Catholic League in Dijon”, *French Historical Studies*, 20 (1997), pp. 127–54

¹⁸ Brian SANDBERG: “Bonds of Nobility and the Culture of Revolt: Provincial Nobles and Civil Conflict in Early Modern France, 1610–1635”. Tesis doctoral, Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, 2001.

¹⁹ Los estudios clásicos sobre tales asociaciones son los artículos de Natalie Zemon Davis ‘The Reasons of Misrule’ y ‘Women on Top’, ambos publicados en su *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays by Natalie Zemon Davis*, pp. 97-151.

²⁰ Barton C. HACKER: op. cit., p. 646. John A. LYNN: *Giant of the Grand Siecle: The French Army, 1610–1715*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 191–93, 337–46. Geoffrey PARKER: *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567–1659: The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries’ Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 86–87.

²¹ Mack P. HOLT: *The French Wars of Religion...*, pp. 208–210

²² Durante el sitio de Sainte-Foy en 1569, las mujeres hugonotes se encargaron de enviar dinero a sus esposos que luchaban en la distancia. Blaise de Monluc, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 85.

tico. Muchas aristócratas estaban acostumbradas a celebrar contratos matrimoniales, dirigir peticiones a las autoridades, controlar los bienes de la dote, administrar herencias y supervisar la educación.²³ Si algún miembro de la familia era capturado, las mujeres se habrían visto en la necesidad de negociar su liberación. Cuando el *château* de Claude de Gabriac fue ocupado tras el arresto y destierro de su esposo, ella trató de hacer que le fuera retirada la guarnición, alegando que no tenía «otra casa en la que reunir y acoger a su familia».²⁴ La mayor visibilidad y autoridad que las mujeres ejercieron dentro de los hogares también las hizo vulnerables. El hogar francés de la Edad Moderna fue siempre un espacio disputado, tal como se muestra en diversas representaciones de enfrentamientos entre maridos y esposas por asuntos cotidianos. Sin embargo, estas tensiones domésticas cotidianas parecen haberse visto exacerbadas por conflictos religiosos más amplios.²⁵ Las caóticas circunstancias del conflicto religioso podrían haber limitado la agencia de mujeres que normalmente tenían mayor independencia, como las viudas, ya que sus precarias posiciones sociales se volvieron más vulnerables. Si bien las mujeres casadas llevaban mucho tiempo actuando como administradoras domésticas temporales, en especial mientras sus esposos combatían en guerras en el extranjero, las guerras de religión les otorgaron una autoridad excepcional durante extensos períodos de tiempo debido a las extremas alteraciones sociales y a la naturaleza prolongada del conflicto civil.²⁶

Desde el estallido inicial de las Guerras de Religión las mujeres francesas actuaron como espías, informantes, negociadoras y agentes políticos. Las reinas viudas Catalina y María de Médici lideraron complejos gobiernos de regencia en representación de sus jóvenes herederos. La *comtesse* de Roze y la *princesse* de Conde se encargaron de negociar treguas en la década de 1560.²⁷ Varias mujeres de la nobleza, como las poderosas duquesas de la familia Guise, encabezaron ceremonias políticas, patrocinaron campañas panfletarias y participaron en movimientos

²³ Penny ROBERTS: “Huguenot Petitioning during the Wars of Religion”, en Raymond A. MENTZER y Andrew SPICER (eds.), *Society and Culture in the Huguenot World, 1559–1685*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 73–74. Robert J. KALAS: “Marriage, Clientage, Office Holding, and the Advancement of the Early Modern French Nobility: The Noailles Family of Limousin”, *Sixteenth Century Journal*, 27 (1996), pp. 365–83. Íd.: “The Noble Widow’s Place in the Patriarchal Household: The Life and Career of Jeanne de Gontault”, *Sixteenth Century Journal*, 24 (1993), pp. 519–39. Sharon KETTERING: “The Patronage Power of Early Modern French Noblewomen”, *The Historical Journal*, 32 (1989), pp. 817–42.

²⁴ Adrienne DURAND-TULLOU: *Le loup du Causse. La légende d’un compagnon de Rohan (1594–1638)*, París, Payot & Rivages, 1994, p. 216.

²⁵ Numerosos estudios sobre relaciones de género revelan disputas domésticas en la Edad Moderna en Francia u otras zonas de Europa. Elaine VIENNOT: op. cit., pp. 91–92. Natalie ZEMON DAVIS: *Fiction in the Archives: Pardon Tales and their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987, capítulo 3. Keith MOXEY: *Peasants, Warriors, and Wives: Popular Imagery in the Reformation*, Chicago, Chicago University Press, 1989. Natalie ZEMON DAVIS: “Women on Top”, *Society and Culture...*, pp. 134–35.

²⁶ Véase Ruth KLEINMAN: “Social Dynamics at the French Court: The Household of Anne of Austria”, *French Historical Studies*, 16 (1990), pp. 517–35.

²⁷ Nancy L. ROELKER: “The Appeal of Calvinism to French Noblewomen in the Sixteenth Century”, *Journal of Interdisciplinary History*, 2 (1972), p. 402.

religiosos.²⁸ Las mujeres francesas que no pertenecían a la nobleza desempeñaban con frecuencia papeles similares en sus propias comunidades y redes postales, negociando acuerdos pragmáticos localizados sobre asuntos religiosos y políticos importantes para sus comunidades.

La guerra a menudo ponía a los civiles en el camino de los ejércitos, que saqueaban rutinariamente pueblos y ciudades a lo largo de las rutas por las que marchaban. Los soldados aterrorizaban a todos los civiles, pero sometían a las mujeres a formas específicas de violencia y humillación por motivos de género, con la violación como ejemplo más evidente. Aunque los ejércitos presentaban serias amenazas para los civiles, mujeres campesinas y de las zonas urbanas, desesperadas o emprendedoras, se unían a menudo a ellos como parte del séquito de las tropas y como refugiadas.²⁹ Entre ellas se incluían las esposas de los soldados, lavanderas, vendedoras ambulantes y prostitutas.³⁰ Otras mujeres francesas respondieron a los peligros de los ejércitos o guarniciones armadas emprendiendo la huida, convertidas en refugiadas religiosas. Por ejemplo, numerosos residentes católicos de la comunidad multiconfesional de Montpellier huyeron durante la guerra civil de 1621–1622, cuando los protestantes dominaron y fortificaron la ciudad.³¹

Muchas mujeres tuvieron que soportar arrestos y confinamiento en cárceles, donde podían ser retenidas como rehenes en espera de que sus familias o comunidades pagaran finalmente su rescate. Por ejemplo, cuando las mujeres católicas de la élite urbana intentaron huir con sus familias del sitio de París en 1590, muchas de ellas fueron encarceladas y retenidas como rehenes a cambio de un rescate por el ejército sitiador.³² Estos encarcelamientos podían incluir humillaciones tales como violencia psicológica y privaciones diversas, así como la tortura judicial. La violencia judicial relacionada con las campañas militares y los castigos impuestos a los

²⁸ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 171–173. Elaine VIENNOT: op. cit., pp. 86–88, 91–92. Stuart CARROLL: *Noble Power during the French Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

²⁹ Barton C. HACKER: op. cit., pp. 643–671. André CORVISIER y Jean JACQUART (eds.): *Les malheurs de la guerre. I: De la guerre à l'ancienne a la guerre réglée*, París, Éditions du CTHS, 1996. George FORTY: *They Also Served: A Pictorial Anthology of Camp Followers through the Ages*, Londres, Tonbridge, 1979. Myron P. GUTMAN: *War and Rural Life in the Early Modern Low Countries*, Princeton, Princeton University Press, 1980. Herbert LANGER: *The Thirty Years' War*, tr. C. S. V. Salt, Nueva York, Dorset Press, 1990.

³⁰ Los ejércitos de las Guerras de religión en Francia no controlaban eficazmente las poblaciones que conformaban sus séquitos, pero unos pocos intentos ineficaces de implementar regulaciones y penas para impedir delitos y comportamientos inmorales incluyeron artículos que prohibían la presencia de prostitutas. *Anon Certaine Articles or Ordinances made by the French Kinge and the Duke d'Espemon to be Observed by the French Soldyers in the Army, for the Better Government of Them*, Ámsterdam, George Veseler, 1621.

³¹ André DELORT: *Mémoires inédits d'André Delort sur la ville de Montpellier au XVIIe siècle (1621–1693)*, Marsella, Laffitte Reprints, 1980, p. 6.

³² *Journal du siège de Paris*, ed. Alfred Franklin, 1876: Reimpresión, Ginebra, Slatkine-Megariotis Reprints, 1977, pp. 190–92.

“rebeldes” tras las capitulaciones de las ciudades en el sur de Francia parecen haber sido más generalizados en este periodo que los procesos por brujería.³³

Durante las Guerras de Religión en Francia, muchas mujeres se vieron involucradas en episodios de violencia tumultuaria y matanzas religiosas. La violencia tumultuaria tenía generalmente características diferenciadas por género. Las mujeres participaban regularmente en ciertos tipos de acción colectiva en la Francia de la Edad Moderna, especialmente en disturbios del pan y protestas religiosas.³⁴ Las mujeres protestantes tomaron parte en actos colectivos de violencia iconoclasta, mientras que las católicas acudían a procesiones religiosas en zonas urbanas.³⁵ Igualmente, podían verse arrastradas contra su voluntad por las acciones de la multitud. Las multitudes podían dirigir su violencia hacia las mujeres, como hizo una muchedumbre católica en París en 1571 al quemar las pertenencias de un hogar protestante para «castigar a la señora de la casa» por haber convencido supuestamente a las autoridades para que quitasen una cruz de un emplazamiento muy disputado, percibido simultáneamente como escenificación de una victoria confesional por los católicos y como lugar de persecución por los protestantes.³⁶ La historiadora Barbara Diefendorf relata un espantoso incidente que ocurrió durante la matanza del día de San Bartolomé en París en 1572, cuando una muchedumbre católica encontró a Françoise Baillet, una hugonote parisina, escondida en el sótano de un vecino:

«Entonces la agarraron y la arrastraron del pelo por varias calles, y al descubrir las pulseras de oro que llevaba en los brazos, sin tener la paciencia de desabrocharlas, le cortaron las muñecas. Empalada en una varilla metálica de asar carne, fue arrastrada por las calles durante varias horas antes de que su cuerpo fuera arrojado al río. Las dos manos permanecieron en la calle durante varios días... y fueron mordisqueadas por los perros.»³⁷

Diefendorf sostiene que los relatos protestantes de la matanza «en particular enfatizaron el trato abusivo dispensado a mujeres y niños», y señala que «las muertes de mujeres hugonotes son descritas por lo común con más detalle que las de los hombres, en especial si las mujeres eran jóvenes y hermosas, o si estaban embarazadas».³⁸ Por supuesto, se trata de narraciones muy sesgadas que utilizan el martirio o el heroísmo de las mujeres para simbolizar la legitimidad de una causa religiosa. Ninguna de las fuentes aquí citadas puede proporcionar un acceso

³³ Brian P. LEVACK: *The Witch-Hunt in Early Modern Europe*, 2ª edición, Harlow, Longman, 1995, pp. 114–120; Robin BRIGGS: *Witches and Neighbours: The Social and Cultural Context of European Witchcraft*, Harmondsworth, Penguin Books, 1996, pp. 192–93, 308–9

³⁴ William BEIK: *Urban Protest in Seventeenth-Century France: The Culture of Retribution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 36–37, capítulo 6.

³⁵ Natalie ZEMON DAVIS: “The Rites of Violence”, pp. 182–84.

³⁶ Barbara B. DIEFENDORF: *Beneath the Cross: Catholics and Huguenots in Sixteenth-Century Paris*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 84–92.

³⁷ *Ibidem*, p. 100.

³⁸ *Ibidem*, p. 102.

directo a las experiencias históricas de las mujeres; no obstante, sí que sugieren las potencialidades de las posiciones de sujeto sesgadas por el género en un período de gran agitación social. Mientras que las hugonotes atrapadas en las matanzas del día de San Bartolomé en París y por toda Francia habrían de ser consideradas víctimas, algunas protestantes desempeñaron también papeles más activos durante las masacres. Mujeres como Charlotte d'Arboleste organizaron pasmosas fugas, mientras que otras protestantes fueron capaces de proteger a sus maridos, hijos, parientes y amigos.³⁹ Hay incluso indicios de que algunas mujeres católicas estuvieron dispuestas a arriesgar sus vidas dando refugio a protestantes que huían de las muchedumbres católicas.⁴⁰ Los relatos de violencia durante las guerras de religión muestran qué pensaban sus contemporáneos sobre las intersecciones de las mujeres con la violencia y empleaban la violencia por motivos de género de manera retórica y simbólica.

Mujeres sitiadas durante las Guerras de Religión en Francia

Aunque las matanzas han tendido a dominar las interpretaciones de la violencia durante las Guerras de Religión en Francia, los asedios crearon espacios diferenciados de relaciones intensificadas y prolongadas con la violencia que son, sin duda, igualmente importantes para entender los distintos significados de la violencia en función del género.⁴¹ Miles de mujeres francesas sufrieron asedios durante las Guerras de Religión cuando sus comunidades fueron rodeadas y sometidas a los horrores de la guerra urbana de la Edad Moderna.⁴² Los ejércitos católicos y protestantes llevaron a cabo numerosos asedios formales y prolongados en los principales pueblos y ciudades, incluyendo París, Orleans, Ruan, Montpellier y La Rochelle. Cientos de otras comunidades, ya fueran grandes ciudades como Lyon, pequeñas ciudades aisladas como Privas o aristocráticos *châteaux* como Montlaur experimentaron asedios breves, asaltos, bloqueos y alteraciones por parte de las fuerzas militares que las rodeaban. Todas estas operaciones de asedio colocaron a las poblaciones asediadas, tanto mujeres como hombres, en inmediata

³⁹ *Ibidem*, pp. 104, 168.

⁴⁰ Diefendorf, cuando analiza el tema de la 'asistencia desinteresada', relata la historia de una 'sirvienta', presumiblemente católica, que protegió a la protestante Madame Jean durante la matanza. *Ibidem*, p. 104.

⁴¹ Diane GERVAIS and Serge LUSIGNAN: “L'état de siège et l'inversion sexuelle des rôles: Les exemples de Jeanne Hachette et de Madeleine de Verchères”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *Situazioni d'Assedio/Cities Under Siege/États de Siège*, Montalcino, Clio-Polis, 2002, pp. 377–84. Isidro DUBERT y María DEL CARMEN SAAVEDRA: “Women and Siege: The Construction and Utilization of a Legend (1589–1910)”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 359–68. Juliette PARNELL-SMITH: “Des voix oubliées par l'histoire: Mémoires et récits des femmes pendant le siège de Paris et la Commune”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 255–63. Carolyn J. EICHNER: “‘We Must Shoot the Priests’: Revolutionary Women and Anti-Clericalism in the Paris Commune of 1871”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 265–72.

⁴² Michael WOLFE: “Writing the City Under Attack During the French Wars of Religion”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 197–203. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: *Histoire militaire des femmes*, París, Duparcq, 1873, p. 176. Barton C. HACKER: *op. cit.*, pp. 643–71.

proximidad a formas extremas de violencia.⁴³ Las lealtades cívicas, religiosas y políticas se volvieron extremadamente complejas y confusas en este contexto. Los habitantes eran dominados primero por un grupo político-religioso y luego por otro, a medida que las ciudades eran tomadas y recuperadas por ejércitos compuestos por diversos grupos de fuerzas armadas católicas y protestantes durante las guerras civiles.

Las mujeres en todos los niveles de las sociedades urbanas –incluyendo las de familias nobles, comerciantes, artesanas, trabajadoras y pobres– experimentaron la violencia de los asedios, al igual que las campesinas que buscaron refugio en ciudades amuralladas. Las afiliaciones religiosas de las mujeres durante los asedios variaban a lo largo de todo el espectro religioso francés: ultras católicas, católicas moderadas, inconformistas, protestantes moderadas y calvinistas militantes podían ser sometidas a asedio. Entre las mujeres católicas había monjas de órdenes consolidadas desde hacía mucho tiempo, como las benedictinas, así como otras recién enroladas en las nuevas órdenes religiosas de la Contrarreforma. Las laicas católicas se adhirieron a diversas formas de piedad y actividad visionaria, algunas de las cuales bordeaban la heterodoxia. La mayoría de las mujeres protestantes sitiadas eran calvinistas, pero algunas probablemente fueran luteranas, pertenecientes a otras confesiones protestantes o disidentes heterodoxas. Existía gran disparidad entre la mayoría católica que constituía aproximadamente el 90 por ciento de la población francesa y la minoría protestante, que alcanzaba quizás el 10 por ciento. Este extremo desequilibrio poblacional y la creciente actitud defensiva de la “causa” hugonote durante los primeros años del siglo XVII explican la presencia de muchos más ejemplos de mujeres protestantes bajo asedio en el presente análisis. Nancy L. Roelker sostiene que, después de la década de 1570, «el revés de fortuna del colectivo protestante, ahora poco más que una facción militar cuya influencia se limitaba a regiones previamente caracterizadas por una fuerte presencia hugonote, dejaba poco margen para la iniciativa femenina». Si bien Roelker tiene razón al enfatizar el menguante poder de la minoría hugonote en Francia durante las postrimerías de las Guerras de Religión, la presente investigación sugiere que las mujeres protestantes y sus homólogas católicas siguieron desempeñando importantes papeles en la violencia religiosa durante las guerras civiles.⁴⁴ Para comprender mejor las relaciones entre género,

⁴³ Jean-Paul DESAIVE: “Les sièges pendant les guerres civiles in Bourgogne (fin du XVIe siècle): un double témoignage”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., pp. 299–306. John CHILDS: *Warfare in the Seventeenth Century*, Londres, Cassell & Co, 2001, pp. 141–49. Thomas F. ARNOLD: *Renaissance at War*, Londres, Cassell & Co, 2001, págs. 24–34. James B. WOOD: *The King’s Army: Warfare, Soldiers, and Society during the Wars of Religion in France, 1562–1576*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, capítulo 10. Geoffrey PARKER: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500–1800*, 2ª edición, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, capítulo 1. John A. LYNN: “The trace italienne and the Growth of Armies: The French Case”, en Clifford J. ROGERS (ed.), *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Boulder, Westview Press, 1995, capítulo 7. Simon PEPPER y Nicholas ADAMS: *Firearms and Fortifications: Military Architecture and Siege Warfare in Sixteenth-Century Siena*, Chicago, University of Chicago Press, 1986. Christopher DUFFY: *The Fortress in the Early Modern World, 1494–1660*, 1979; reimpr., Nueva York, Barnes & Noble, 1996, pp. 93–100, capítulo 5.

⁴⁴ Nancy R. ROELKER: op. cit., p.403.

sujeción y violencia, en el resto de este artículo nos centraremos en las experiencias y el estatus de las mujeres durante los asedios en la “media luna hugonote” que se extendía desde la ciudad de La Rochelle a lo largo del sur de Francia hasta la antigua provincia de Dauphiné (“Delfinado”), concretamente en las provincias de Guyenne y Languedoc, donde protestantes y católicos a menudo convivían en comunidades mixtas o en ciudades muy próximas entre sí.⁴⁵

Los relatos de asedios representan fuentes aún por explorar para la historia de género; fuentes estas, por lo demás, fundamentales para el presente análisis de las mujeres en contextos de sitio. Las crónicas de los asedios se pueden encontrar en folletos impresos que hicieron circular noticias, políticas, argumentos político-religiosos y textos literarios por toda Francia. Tal como ha demostrado Michael Wolfe, «los relatos impresos sobre los asedios que tuvieron lugar durante las Guerras de Religión en Francia nos ofrecen una rica fuente para reconstruir la realidad, así como la percepción de la guerra durante la Edad Moderna».⁴⁶ Estos folletos no solo informaban sobre los detalles de los asedios, sino que también presentaban perspectivas generalizadas sobre la involucración femenina en la violencia, centrándose a menudo en la “vulnerabilidad” de las mujeres en su descripción de las atrocidades que se cometían. Los discursos de la época sobre violencia, cuerpos, revueltas y religión que surgieron en esta literatura panfletaria se concretaron en las difíciles decisiones que debieron afrontar las mujeres cuando participaron activamente en la violencia civil. Estas narraciones, que fueron publicadas durante e inmediatamente después de los asedios, establecían patrones de género confirmados y elaborados en relatos posteriores. Varios diarios y memorias manuscritos del siglo XVI y principios del siglo XVII, en ocasiones publicados con posterioridad, ofrecen información respecto a las condiciones que sufrieron las mujeres en los asedios de ciudades del sur de Francia como Montauban, Montpellier, Negrepelisse, Pamiers y Privas. Estas narraciones manuscritas, generalmente elaboradas por participantes en las guerras de religión, retratan el heroísmo, el valor y el sacrificio de las mujeres en relatos ejemplares con el propósito de inspirar a sus correligionarios. La correspondencia manuscrita entre aristócratas y miembros de la familia real durante las guerras de religión ofrece abundantes detalles de los asedios, incluida la participación de las mujeres. Las narraciones de sitios en las cartas a menudo describen enfermedades, muertes y atrocidades con mayor inmediatez que otras fuentes. Los estudios locales y las historias sociales redactados mucho después de las guerras de religión nos permiten contextualizar las relaciones de género y los patrones de violencia que afectaban a las mujeres en la sociedad francesa. Todas estas fuentes presentan serios problemas interpretativos, ya que la mayoría de los autores eran combatientes masculinos en pleno conflicto religioso. Las dificultades para acceder a las voces de las mujeres envueltas en estos asedios hacen que sea imposible explorar la “experiencia sentida interior-

⁴⁵ Brian SANDBERG: op. cit.

⁴⁶ Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., p. 201. Para una introducción sobre la producción y distribución de folletos a principios del siglo XVII en Francia, véase Jeffrey K. SAWYER: *Printed Poison: Pamphlet Propaganda, Faction Politics, and the Public Sphere in Early Seventeenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1990, capítulo 3.

mente”, tan importante en el estudio sobre la subjetividad de Veena Das.⁴⁷ Podemos, no obstante, discernir las posiciones de sujeto que los hombres de la época se vieron forzados a reconocer. Los relatos de asedios eran presentados como testimonios históricos en apoyo de causas político-religiosas, y tales declaraciones de veracidad requerían una descripción plausible y detallada de los acontecimientos. La inclusión por parte de sus autores de las acciones de las mujeres en los asedios demuestra su importancia para las distintas causas durante las guerras de religión. Las narraciones de folletos y relatos manuscritos establecen un marco de excepcionalidad de género en situaciones de asedio, pero al hacerlo facilitan el acceso a la experiencia histórica de las mujeres, si bien con un alto grado de intermediación.

A pesar de las dificultades para interpretar este fragmentario conjunto de evidencias, surgen nuevas perspectivas sobre género y agencia. Numerosas crónicas sugieren que la participación de las mujeres en las operaciones de asedio desafió los estereotipos de género de la época, amenazó las normas sociales y abrió nuevas posibilidades culturales potenciales para estas mujeres. La violencia se convirtió en parte de su vida cotidiana durante los asedios, permitiéndoles el uso de múltiples “tácticas de distracción” para subvertir y evadirse de sus roles sociales normativos.⁴⁸ Actuaron en apoyo de sus correligionarios participando en los conflictos como curanderas, encargándose de los suministros e incluso como combatientes. Las experiencias de las mujeres durante los asedios en el sur de Francia revelan la dinámica de las relaciones de género durante las Guerras de Religión, mostrándonos cómo estas elaboraron y negociaron posiciones de sujeto como víctimas, testigos, defensoras, trabajadoras y combatientes.

Víctimas

Las mujeres francesas a menudo eran víctimas de violencia doméstica y del dominio patriarcal durante los asedios, aun cuando las frecuentes ausencias de sus maridos durante las Guerras de Religión podrían haber debilitado en cierta medida la autoridad patriarcal de muchos hombres. Las actitudes patriarcales produjeron formas extremas de cosificación de las mujeres durante las Guerras de Religión, y los nobles y soldados franceses a menudo consideraron a las mujeres como premios o posesiones durante la guerra.⁴⁹ Estas solían encontrarse aisla-

⁴⁷ Veena Das y Arthur Kleinman proporcionan aquí una de las definiciones disponibles más precisas de sujeción. Veena DAS y Arthur KLEINMAN: “Introduction” en *Íd., Íd., Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.), op. cit., Berkeley, University of California Press, 2000.*

⁴⁸ Incluso la lectura puede interpretarse como entrar en terreno vedado según la formulación de Certeau. Michel DE CERTEAU: *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire, edición revisada*, París, Gallimard, 1990, pp. Xxxv–liii, 43–49, capítulo 12. La teoría de la sujeción que Certeau critica está mejor explicada en Michel FOUCAULT: “The Subject and Power”, en Hubert L. DREYFUS y Paul RABINOW (eds.), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, 2ª edición, Chicago, University of Chicago Press, 1983, pp. 208–226.

⁴⁹ Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 377, f° 171–172. Simon DU CROS: *Histoire de la vie de Henry dernier duc de Montmorency. Contenant tout ce qu'il a fait de plus remarquable depuis sa naissance jusques a sa mort*, París, Antoine Sommaille & Augustin Courbe, 1643, p. 23. Samuel MOURS: *Le*

das cuando se veían separadas de sus esposos, sus familias y su círculo más próximo. Soportaron la escasez de alimentos al tiempo que organizaban sus hogares para cubrir las necesidades básicas de las personas a su cargo. Si las ciudades bajo asedio recibían refuerzos, algunas mujeres habrían debido abrir sus puertas para hospedar a los soldados que habían acudido a “protegerlas”, pero que en cambio drenaban los recursos de los hogares y ponían en riesgo la honra de estas mujeres.

Fuera de los muros del hogar, la artillería de asedio mataba indiscriminadamente tanto a defensores como a civiles. Los diarios de asedios de la época registran con frecuencia las muertes de mujeres en sus descripciones de actividades cotidianas.⁵⁰ Cuando no estaban esquivando balas de cañón, hacían frente a las sospechas de sus propios conciudadanos y magistrados. Las autoridades municipales de las ciudades amenazadas o bajo asedio arrestaban a veces a mujeres sospechosas y las retenían como rehenes hasta que se pudieran negociar acuerdos de paz.⁵¹ Durante el sitio de Montauban en 1621, se rumoreaba que una mujer atravesaba las líneas de asedio al encuentro del ejército sitiador, «llevando diariamente comida y medicinas al enemigo e informando sobre todo cuanto acontecía en la ciudad». Según una crónica,

«Esto enfureció en gran medida a parte del pueblo llano, que sin apariencia alguna de juicio la apresó. Fue conducida a través de la ciudad y arrojada desde el puente inferior al río Tarn, lo cual dio tal pavor a todas las otras mujeres de la ciudad que no osaron cruzar los fosos de la ciudad por miedo a levantar sospechas.»⁵²

Aunque desconocemos el género de los integrantes de esta muchedumbre, sus acciones pretendían intimidar a todas las mujeres de Montauban. La elección por parte de la multitud de arrojar a la mujer al río sugiere un deseo colectivo de limpiar la contaminación de la ciudad utilizando el agua como agente ritual de purificación. Durante las matanzas religiosas en el transcurso de las Guerras de religión en Francia, los cadáveres o partes de los cuerpos de hombres y mujeres fueron a menudo arrojados a los ríos para purificar las comunidades.⁵³

En las etapas finales de los asedios, las mujeres tenían con frecuencia pocas esperanzas de escapar a la violencia. Una de las opciones a su disposición era huir de la ciudad, muchas veces al amparo de la noche. Las mujeres y los niños protestantes huyeron de Pamiers cuando

Protestantisme en Vivarais y en Velay des origines a nos jours, Valence, Imprimeries Reunies, 1949, pp. 159–166.

⁵⁰ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 22, 57–58. Jacques DE SAINT-BLANCARD: *Journal du siège du Mas-d'Azil en 1625 écrit par J. de Saint-Blancard, défenseur de la place, contre le maréchal de Themines*, ed. C. Barrière-Flavy, Foix, Veuve Pomies, 1894, pp. 14-15.

⁵¹ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 179–85; Claude DEVIC y J. VAISSETE: *Histoire generale de Languedoc*, vol. 11, Toulouse, Privat, 1872–1905, p. 595.

⁵² 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 34.

⁵³ Por ejemplo, Roberts describe a la esposa de un bordador en Troyes a la que mataron en 1572 y luego fue arrojada desde un puente al río. Penny ROBERTS: *A City in Conflict*, p. 148.

la artillería de los sitiadores católicos abrió brecha en las murallas.⁵⁴ A medida que el sitio de Privas encabezado por el propio monarca de Francia, Luis XIII de Borbón, progresaba rápidamente en 1629, muchos ciudadanos huyeron al bosque en un intento desesperado de escapar. Las tropas reales capturaron a muchos de ellos, incluidas algunas mujeres que, al menos según el propio Luis XIII, no sufrieron ningún daño.⁵⁵ Al término del asedio de Saint-Sever, la ciudad ardió: «Cuando llegó la noche las llamas aún se elevaban, y aquello era una imagen horrible de ver. Varios hombres, mujeres y niños fueron reducidos a cenizas: el resto hizo un agujero en la muralla, y gracias a la cobertura de caminos hundidos y lugares que resultaban inaccesibles para la caballería se salvaron esa misma noche huyendo a través de las montañas». ⁵⁶ Las mujeres que permanecían en las ciudades a punto de ser tomadas se arriesgaban a perderlo todo.

Si las defensas de una ciudad caían, la “ley del asedio” de la Edad Moderna podía ser brutal, en especial para las mujeres. Todo el mundo entendía que cualquier ciudad que se defendiera una vez se le ordenaba rendirse quedaba a merced de sus atacantes. «De acuerdo con las leyes de la guerra», explica Geoffrey Parker, «una ciudad que rechazaba una demanda de rendición de alguien que la reclamaba por derecho suponía un insulto a su autoridad que el honor le obligaba a vengar; y cuanto más tiempo aguantara, peor sería el castigo». ⁵⁷ En mitad del conflicto civil, los habitantes de las ciudades que de modo desafiante se negaban a rendirse una vez su ejército había abierto brecha en las murallas atentaban contra el concepto masculino de honor de cualquier comandante perteneciente a la aristocracia. Quizá debido a que las mujeres francesas estuvieron tan asociadas con la defensa urbana durante las Guerras de Religión, rara vez eran tratadas como civiles inocentes por los ejércitos atacantes.

Los soldados victoriosos a menudo sometían a las mujeres de las ciudades vencidas a una brutal violencia sexual. Estos a veces incluso consideraban a las comunidades como premios, viendo la violación y el saqueo como parte de su merecida recompensa por la captura de las ciudades. Cuando los protestantes tomaron el control de Pamiers, «violaron a las hijas de los católicos y persiguieron a las esposas e hijos pequeños de los refugiados católicos con piedras y porras». ⁵⁸ Los soldados en ocasiones tomaban parte en atrocidades masivas que combinaban violencia sexual y matanzas colectivas. Una vez que las tropas católicas superaron las defensas de la ciudad de Bonail, «los pasaron a todos por la espada... nunca antes se vieron tantas ejecuciones en tan poco tiempo», registraba un folleto. ⁵⁹ Cuando los residentes de Negrepelisse cerraron sus puertas y rechazaron la entrada del rey en 1622, el ejército real asedió la ciudad y abrió

⁵⁴ Bibliothèque Nationale de France, Dupuy 100, folios 298–301.

⁵⁵ Luis XIII a María de Médici. Campamento de Privas, 28 de mayo de 1629. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 3829, folio 7–8.

⁵⁶ La prise des villes de la Caune et Saint Sever en la comte de Castres par Monseigneur le Prince ensemble la trahison du sieur de Linas gentilhomme rebelle des montagnes de Castres, gouverneur dudit Saint Sever. Et le nombre de ceux qui ont été pendus et tuez. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 6

⁵⁷ Geoffrey PARKER: “Early Modern Europe”, en Michael HOWARD, George J. ANDREPOULOS y Mark R. SHULMAN (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, p. 48; Philip BENEDICT: op. cit., pp. 99–102.

⁵⁸ Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 377, folios 829–30.

⁵⁹ La Prise par force de la ville de Bonail en Languedoc. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 5.

brecha en sus murallas. Cuando las tropas reales se lanzaron al asalto a través de esta brecha, irrumpieron en Negrepelisse y la saquearon e incendiaron, matando a unos 800 residentes. Según una fuente, «todas las mujeres y muchachas jóvenes fueron violadas y masacradas». ⁶⁰ Otra narración describe a mujeres que saltaban al río con sus hijos en brazos para escapar de la carnicería. ⁶¹ Fuera quien fuese el responsable último de esta orgía de violencia, los comandantes del ejército ciertamente completaron la destrucción de Negrepelisse mandando ahorcar a toda la guarnición del *château* de la ciudad cuando esta finalmente capituló. Otras comunidades del sur de Francia sufrieron una violencia masiva de tintes similares, y la ciudad de Privas fue totalmente destruida en 1629. Estas atrocidades extremas parecen haber ido más allá de una aplicación normal de la "ley del asedio" propia de los conflictos en la Edad Moderna. Las animosidades religiosas y la inestabilidad política se combinaron en este período para traspasar los límites convencionales de la violencia excesiva y producir las acciones de guerra más brutales. Difícilmente puede sorprender que los temas de *El rapto de las sabinas* y *la Matanza de los Inocentes*, con sus representaciones de soldados violando brutalmente a mujeres y masacrando niños, fueran tan populares en las producciones artísticas y literarias de este período. ⁶²

La vulnerabilidad de las mujeres ante la violencia ejemplarizante de los ejércitos sitiadores es un frecuente tropo representativo de la Edad Moderna, a menudo empleado por autoridades municipales partidarias de la capitulación con la esperanza de ver atenuado el castigo que impondrían los sitiadores. ⁶³ Cuando un destacamento real rodeó Alès poco después de la destrucción de Privas en 1629, el temor a sufrir las consecuencias de una defensa fallida facilitó la rendición de la ciudad. Los ciudadanos no querían que su ciudad fuera saqueada y expoliada, o «ver a sus esposas e hijas violadas frente a ellos». ⁶⁴

Sin lugar a dudas, las mujeres francesas sufrieron terriblemente durante las Guerras de Religión. Tal como observa S. Annette Finley-Crowwhite, «las pinturas y los grabados en madera de las matanzas urbanas del siglo XVI realizados entonces muestran cadáveres de mujeres

⁶⁰ *Relation veritable et journaliere de tout ce qui s'est passé en France & Pays Estrangers. Depuis le depart du roy de sa ville Capitale de Paris, jusqu'a present*, París Joseph Bouillierot, 1622. Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 378, folios 150–69.

⁶¹ *Recit veritable de tout ce qui s'est passe en l'armee du roy depuis le 28 may jusques au 24 juin, ou se voit la prise de Negrepelisse, bruslement d'icelle, & chastiment des rebelles...*, Lyon, Claude Armand, 1622, pp. 9–10.

⁶² Esta interpretación apoya la afirmación de Geoffrey Parker de que la desconfesionalización en la segunda mitad del siglo XVII contribuyó a reducir las atrocidades en los conflictos europeos y a aumentar las restricciones sobre la violencia armada convencional. Geoffrey PARKER: “Early Modern Europe”, p. 54. Para consultar representaciones de los temas de la “Matanza de los Inocentes” y “El rapto de las sabinas” en este período, véase Peter Paul Rubens, *The Massacre of the Innocents* (c. 1609–1611), recientemente vendido en Sotheby's, Londres; Peter Paul RUBENS: *The Massacre of the Innocents (1621)*, Alte Pinacotek, Munich; Nicolas POUSSIN: *La Massacre des Innocents (c. 1625)*, Musée Conde, Chantilly; Íd.: *L'Enlèvement des Sabines* (c. 1630), Louvre, París.

⁶³ Harangue faite au Roy, par messieurs de Montpellier. BM Montpellier 30239, folio 1. Inquietudes similares en el asedio de Sancerre pueden verse en Jean DE LÉRY: *Histoire mémorable de la ville de Sancerre, contenant les entreprises, sieges, approches, bateries, assaux et autres efforts des assiegans*, Ginebra, 1574, pp. 201–202

⁶⁴ Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18972, folios 36–38.

arrojados a ríos y desparramados en calles, callejones y sobre las aceras de las plazas públicas». Sin embargo, su opinión en cuanto a que «en términos de la interpretación histórica de las mujeres en contextos de guerra, esta imagen de víctimas indefensas es todo cuanto realmente parece que sabemos» pasa por alto la labor pionera de las historiadoras Natalie Zemon Davis y Barbara Diefendorf, entre otros.⁶⁵ Si bien las mujeres atrapadas en asedios fueron claramente víctimas de la guerra, rara vez estuvieron “indefensas”. Cualesquiera que fueran las limitaciones que el estatus de víctimas imponía a estas mujeres, ello no les impedía desarrollar otras posiciones de sujeto.

Testigos

Las mujeres se convirtieron en testigos íntimos de la violencia durante los asedios. Para muchas francesas, los asedios de las Guerras de Religión constituían horriblos pero a la vez increíbles espectáculos. El estruendo de la artillería de asedio, el zumbido de los proyectiles y las fuertes explosiones de las minas de pólvora crearon nuevos paisajes sonoros. Los campamentos repletos de tiendas de campaña, armaduras relucientes y coloridos estandartes conformaban un impresionante panorama. Si los morteros se disparaban de noche, el cielo quedaba iluminado por breves pero espectaculares explosiones similares a fuegos artificiales. Algunas aristócratas de la corte real acompañaron al ejército de Luis XIII para contemplar el sitio de Montauban en 1621.⁶⁶ Cuando un ejército católico asedió la ciudad de Le Pouzin, «las mujeres de Valence y las que vivían en el campo vinieron a las orillas del Ródano para disfrutar de este asedio». Contemplar el sitio también implicaba riesgos para estas mujeres, como descubrieron cuando un hombre que pasaba por su lado «fue gravemente herido muy cerca de ellas por un disparo de mosquete en la cabeza».⁶⁷ Tras haber experimentado la emoción inicial de este espectáculo, las mujeres de Valence pudieron regresar a sus hogares, pero puede imaginarse que cualquier glamour que el asedio pudiese haber ofrecido a las mujeres atrapadas en el sitio de Le Pouzin no tardaría en desvanecerse.

En marcado contraste con la pasividad del estatus validador como espectadoras que las mujeres ostentaban en la idealizada literatura caballeresca de la Edad Media, donde las integrantes de la nobleza eran representadas contemplando justas y torneos, su testimonio durante las Guerras de Religión representaba un acto público y político.⁶⁸ Las mujeres atrapadas en los asedios fueron testigos de viscerales y perturbadoras formas de violencia. El análisis de Veena Das sobre estas en cuanto que testigos de la violencia resulta de utilidad en este punto. Das se

⁶⁵ S. Annette FINLEY-CROSWHITE: op. cit., p. 129.

⁶⁶ François BASSOMPIERRE: “Memoires du Marechal de Bassompierre”, en Joseph François MICHAUD y Jean J. F. POUJOLAT (eds.), *Nouvelle collection des Memoires pour the histoire de France*, 2ª serie, vol. 6, París, Firmin Didot, 1837, pp. 170–71.

⁶⁷ *Les commentaires du soldat du Vivarais*, 1908, Reimpresión, Valence, La Bouquinerie, 1991, p. 164.

⁶⁸ Penny Richards refuta la noción de las mujeres como espectadoras durante las Guerras de Religión en Francia. Penny RICHARDS: “The Guise Women: Politics, War and Peace”, en Jessica MUNNS e Íd. (eds.), *Gender, Power, and Privilege in Early Modern Europe*, Londres, Longman, 2003, p. 169.

centra en la imagen del ojo femenino «no como el órgano que ve, sino como el órgano que llora» para comprender sus respuestas ante la violencia que observaban.⁶⁹ Durante las Guerras de Religión, las mujeres francesas involucradas en contextos de asedio se vieron obligadas a observar de cerca la violencia y tratar de comprender horrores casi inimaginables, lo que nos llevaría a considerar cómo lloraban.

Estas mujeres fueron testigos a diario de las privaciones y de la desagradable violencia de las operaciones de asedio. Las explosiones de minas y granadas de mano desmembraban cuerpos. Los proyectiles disparados por los morteros explotaban en mitad de las comunidades sitiadas, hiriendo con metralla a los residentes y provocando incendios en los edificios. Las balas de mosquete de gran calibre y los disparos de artillería aplastaban los huesos de soldados y no combatientes por igual cuando los sitiadores se aproximaban a las ciudades.⁷⁰ Si un asedio duraba lo suficiente, la escasez de alimentos garantizaba que las casas y los improvisados hospitales estuvieran llenos no solo de heridos, sino también de residentes que habrían enfermado por la desnutrición y el hambre.⁷¹ Cuando la ciudad de La Rochelle finalmente se rindió en 1628, «las calles y las casas estaban infectadas con gran número de cadáveres sin enterrar ni sepultar, pues al término de este asedio, [los habitantes] recordaban más a esqueletos que a hombres vivos». ⁷² A veces, las mujeres parecen haberse atrincherado en sus hogares durante los asedios en un intento de bloquear el paso a los horrores y la violencia. Sin embargo, presenciar la violencia se convirtió en parte de sus obligaciones cotidianas al tiempo que trataban de proteger a sus familias y pertenencias.

Este dar testimonio también podría interpretarse en términos religiosos. Tratando de encontrar algún sentido en los horrores de la guerra de asedio, las mujeres consultaban al clero y buscaban orientación espiritual. Tanto las protestantes como las católicas participaban en los servicios religiosos y en los rituales de sus iglesias.⁷³ Una adinerada parisina llamada Barbe Acarie también parece haber entendido este testimonio en términos religiosos. Acarie «fue una feriente participante en las numerosas procesiones religiosas auspiciadas por la Liga», y «experi-

⁶⁹ Veena DAS: “The Act of Witnessing...”, p. 208.

⁷⁰ Sobre la guerra de asedio, las armas y las heridas durante el período de las Guerras de Religión en Francia, véase: Thomas F. ARNOLD: *Renaissance at War*, Londres, Cassell & Co, 2001, pp. 24–34; James B. WOOD: op. cit., pp. 113–118, 199; y Richard A. GABRIEL y Karen S. METX: *A History of Military Medicine*, vol. 2, Nueva York, Greenwood Press, 1992, capítulos 2 y 3.

⁷¹ Si bien pueden citarse muchos relatos de privaciones durante los asedios de las Guerras de religión en Francia, la hambruna relatada por Pierre de L'Estoile en el asedio de París en 1590 resulta representativa: «La mayoría de la gente comenzó a comer pan hecho de gatos y de salvado, y aun así estaba racionado... La carne de caballo también era tan cara que la gente pequeña no podía comprarla; tenían que cazar perros y comerlos, y hierbas crudas sin pan, lo cual era una cosa fea y lamentable de contemplar». Pierre de L'Estoile citado en Julien COUDY (ed.): *The Huguenot Wars*, Filadelfia, Chilton, 1969, pp. 344–45. Jean DE LÉRY: *Histoire memorable de la ville de Sancerre, contenant les entreprises, sieges, approches, bateries, assaux et autres efforts des assiegans*, Ginebra, 1574, pp. 158–160.

⁷² Louis DE PONTIS: *Memoires*, 1676, Édition critique, ed. Andree Villard, París, Honore Champion, 2000, pp. 330–31.

⁷³ Pierre DE L'ESTOILE: *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile*, tr. Nancy Lyman Roelker, Cambridge, Harvard University Press, 1958, p. 189.

mentó (o, al menos, recordó) los cinco meses en los que la ciudad de París permaneció en poder del ejército de Enrique IV como un período de exaltación espiritual». ⁷⁴ Las mujeres protestantes fueron testigos de los asedios a través de una forma diferente de religiosidad que se centraba en la promoción de la pureza moral, la eliminación de la idolatría, la lectura de la Biblia y la entonación de salmos. ⁷⁵ Las mujeres de ambas confesiones que contemplaron la destrucción, la hambruna y la muerte durante los asedios podían fácilmente adoptar las imágenes apocalípticas de los “cuatro jinetes” para explicar sus experiencias. La religiosidad milenaria de ambas confesiones inspiró la poderosa convicción de que las señales de la ira de Dios presagiaban la Segunda Venida de Cristo y el Juicio Final. ⁷⁶ La contemplación de la violencia en apariencia apocalíptica de los asedios podría haber contribuido a la popularidad de ciertas formas de religiosidad que enfatizaban las profecías y experiencias visionarias.

Las mujeres que sobrevivieron a los sitios relataron sus angustiosas experiencias y dieron testimonio del estado en que quedaron sus comunidades. Huyeron de las ciudades convertidas en refugiadas, llevando noticias y testimonios al mundo exterior. No obstante, huir a través de las líneas de circunvalación de los ejércitos sitiadores solo era una opción realista para las mujeres adineradas. La esposa y los hijos de Pierre de l'Estoile huyeron de la París sitiada cuando las reservas de alimentos estuvieron peligrosamente cerca de agotarse en 1590, pero de l'Estoile anotó que «esto fue muy costoso, pero no obstante necesario, a causa de la gran hambruna». ⁷⁷ Huir en calidad de refugiado a menudo exigía evitar a los guardias de la ciudad y a los soldados de las guarniciones, y luego un peligroso cruce a través de los campamentos del ejército sitiador, incluso si se tenía un pasaporte y dinero para sobornos. En 1575, «algunos ricos habitantes de Montpellier» huyeron de sus hogares y «buscaron refugio» en la cercana Aigues-Mortes, solo para convertirse en prisioneros cuando la ciudad fue capturada. ⁷⁸ Irónicamente, las mujeres encarnaban el recuerdo de los asedios, y a pesar de ello con frecuencia sus voces aparecen enmudecidas o silenciadas en las narraciones de los mismos. ⁷⁹

Cuando el asedio era levantado tras una exitosa labor de defensa, una repentina sensación de alivio se propagaba entre los defensores, y las mujeres se habrían visto arrastradas por la euforia en las celebraciones de la victoria de su comunidad. La emoción ante el abrupto final de un asedio también habría brindado muchas oportunidades a las mujeres; algunas de ellas incluso se beneficiaron del conflicto. Cuando el ejército real que había mantenido bajo asedio Montauban en 1621 finalmente abandonó el sitio y se retiró, «Todos aquellos que estaban en la ciu-

⁷⁴ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, pp. 174-75.

⁷⁵ Natalie ZEMON DAVIS: “City Women and Religious Change”, en *Society and Culture...*, pp. 86-93. Nancy L. ROELKER: op. cit., pp. 403-13. Raymond A. MENTZER JR.: *Blood & Belief: Family Survival and Confessional Identity among the Provincial Huguenot Nobility*, West Lafayette, Purdue University Press, 1994, pp. 100-103.

⁷⁶ Andrew CUNNINGHAM and Ole PETER GRELL: *The Four Horsemen of the Apocalypse: Religion, War, Famine and Death in Reformation Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

⁷⁷ Pierre DE L'ESTOILE: op. cit., p. 192.

⁷⁸ Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., p. 604.

⁷⁹ Catherine RANDALL: “Shouting down Abraham: How Sixteenth Century Huguenot Women Found their Voice”, *Renaissance Quarterly*, 50 (1997), pp. 432-38.

dad se enteraron de la retirada y acudieron corriendo en grupos (jóvenes y viejos, hombres y mujeres, sin distinción de sexo) para tomar parte en el saqueo. Incluso los enfermos fueron lo bastante fuertes y robustos para tomar su parte». ⁸⁰ Aquellos que lograban apoderarse de los bienes abandonados por los soldados podían obtener ganancias revendiéndolos. Una vez concluidos los asedios, las mujeres debían redefinir sus posiciones de sujeto y adaptarse a la transformación del estatus temporal que ostentaron mientras duró el estado de sitio de acuerdo con otras definiciones de sus roles. Los asedios dejaban a veces tan castigadas y dañadas a las comunidades que la reconstrucción era una labor de generaciones, pero el tiempo que precisaron las mujeres que presenciaron los asedios para su recuperación es algo que desconocemos.

Defensoras

Las mujeres no solo fueron testigos de la violencia de los asedios, sino que participaron activamente en la defensa de sus comunidades. «No debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate», registraba un diario en aquel entonces, «algunas con vino para refrescar a los soldados y consolar a los heridos, otras con piedras y aun otras con armas». ⁸¹ Las narraciones de asedios de los siglos XVI y XVII describían repetidamente a las mujeres como *genereuses*, empleando discursos sobre generosidad y nobleza para explicar las relaciones de las mujeres con la violencia. Los contemporáneos de estas mujeres usaron *genereuse* para referirse a cualidades como la “valentía” y la “caballerosidad”, entonces típicamente asociadas a la nobleza. Se pensaba que la generosidad y la magnanimidad eran cualidades adquiridas al nacer, pero el concepto también hacía referencia a ciertas acciones y a una noción de valentía específicamente masculinas. En algunos contextos, no obstante, esta generosidad podía traducirse como productividad y fertilidad sexual femenina. Al elogiar a las mujeres por sus generosas acciones durante los asedios, estas narraciones desdibujaron las concepciones de género: las mujeres descritas podían ser vistas simultáneamente como guerreras viriles y como cuidadoras femeninas. ⁸² La concepción de las mujeres como defensoras les otorgó un lugar legítimo en la práctica de la guerra y aportó cierta confusión respecto a los roles socialmente aceptables para ellas. Natalie Zemon Davis sostiene que «si la ira de una mujer estallaba en forma de violencia, podía ser aprobada socialmente en el caso excepcional de que se encontrase defendiendo a sus hijos o su religión, como durante una revuelta del grano o en un alzamiento religioso, o a su pueblo, como Judith y Juana de Arco, pero el derramamiento de sangre más propiamente dicho solía reservarse para los hombres». ⁸³ Las narraciones de asedios

⁸⁰ 'Tableau du siege de Montauban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 65–66.

⁸¹ 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–187.

⁸² Esta confusión sobre categorías de género es todavía más interesante dados los vínculos entre *genereux / euse*, *genre* y *generer*. Alain REY (ed.): *Dictionnaire historique de la langue française*, 2ª edición, París, Dictionnaires Le Robert, 1995, pp. 879–82. *Le dictionnaire du français*, ed. Mireille Maurin, París, Hachette, 1992, pp. 724–25.

⁸³ Natalie ZEMON DAVIS: *Fiction in the Archives...*, p. 81.

del momento construyeron por tanto un ideal respecto a los roles de las mujeres en tanto que “generosas” defensoras, especialmente importante dado que la defensa frente a los asedios proporcionó uno de los pocos canales socialmente aceptables para que las mujeres se involucraran en acciones violentas.

Los relatos de asedios de la Edad Moderna podrían basarse en una larga tradición literaria que asociaba a las mujeres con labores defensivas. Las descripciones de mujeres defensoras durante las Guerras de Religión francesas se basaron en ejemplos de la literatura clásica, como cuando en los folletos se las comparaba con Minerva, la diosa armada.⁸⁴ La escritora tardomedieval Christine de Pizan proporcionó un modelo para las discusiones sobre mujeres sitiadas en las Guerras de Religión, elogiando la virtuosa ayuda que prestaron las mujeres romanas en la defensa de Roma frente a Aníbal.⁸⁵ A pesar del recurso a imágenes clásicas y tradiciones literarias establecidas, las representaciones de mujeres defensoras durante las Guerras de religión en Francia incorporaron una serie de elementos nuevos y distintos. Las inquietudes propias de la religiosidad de la Reforma, las exigencias del acalorado debate religioso vigente en la época y las circunstancias derivadas de las divisiones religiosas en Francia otorgaron nuevos usos a las imágenes de Amazonas. Por ejemplo, una narración elevaba a las católicas a la categoría de Amazonas por su piedad cristiana frente al gobierno protestante de su ciudad.⁸⁶ Las imágenes renacentistas populares en Francia durante las Guerras de Religión retrataban a las mujeres asediadas como virtuosas y las asociaban con la virtud clásica de la Valentía, que se representaba como una fémina armada con características masculinas.⁸⁷

Los relatos de asedios de las guerras de religión también colocaron a las mujeres dentro de narrativas más amplias sobre participación femenina en actos de guerra. Un folleto recordaba que:

«Durante la antigüedad hubo mujeres ilustres que fueron muy estimadas por su generosa valentía, ya fuera en ejercicios militares o en otras ocupaciones... Estaban las mujeres persas equipadas como *gendarmes* que seguían a sus esposos a la guerra, que luchaban valientemente con ellos y mostraban su coraje, y no temían a la muerte,

⁸⁴ *Immortalité du carrousel de Monseigneur d'Espemon, duc et pair de France, colonel de l'infanterie française, gouverneur & lieutenant general pour le roy en Guyenne: Avec le trophée de ses victoires*, París, Carroy, 1627. Bibliothèque Nationale de France, YE 16473, folio 32. Christine DE PIZAN: *The Book of Deeds of Arms and of Chivalry*, tr. Sumner Willard, University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, p. 13, nota 13.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 223, nota 109.

⁸⁶ André DELORT: *op. cit.*, p. 6. Véase también: Peter Paul RUBENS: *The Battle of the Amazons (c. 1618)*, Bayerische Staatsgemäldesammlungen, Múnich.

⁸⁷ Marina WARNER: *Joan of Arc: The Image of Female Heroism*, Berkeley, University of California Press, 1981, p. 231. Cesare RIPA: *Iconologia*, ed. Piero Buscaroli, Milán, Tascabili degli Editori Associati, 1992, pp. 142–144. Cesare RIPA y Jean BAUDOIN: *Iconologie*, París, Mathieu Guillemot, 1644. François DE BILLON: *Le fort inexpugnable du sexe féminin, construit par Francoys de Billon secretaire*, París Ian Al'yet, 1555.

queriendo por encima de cualquier otra cosa que se les permitiera ser despedazadas con sus esposos, antes que quedar a merced del enemigo.»⁸⁸

Estas mujeres persas vienen seguidas por las mujeres germanas «vestidas con ropas de hombre, equipadas como *gendarmes* y montadas en caballos barbados, que seguían al ejército con viril coraje», por las que se unieron al ejército del emperador Conrado III de Alemania para combatir en Tierra Santa, y por una multitud de guerreras históricas y de la época.⁸⁹

También se reivindicó una herencia específicamente francesa mediante folletos que elogiaban a las mujeres francas y francesas de la Edad Media que supuestamente habían defendido sus *châteaux* o ciudades fortificadas durante diversos asedios. A finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, los escritores y artistas franceses retrataban a Juana de Arco como una amazona.⁹⁰ En el sur de Francia, la leyenda de la Dama de Carcas, que supuestamente defendió la ciudad de Carcassonne contra los francos en el siglo VIII, habría adquirido popularidad ya durante la Edad Moderna.⁹¹ Según un folleto de 1621 titulado *L'Exercice militaire fait par les femmes de la ville de La Rochelle* ("Ejercicio militar hecho por las mujeres de la ciudad de La Rochelle"), «durante nuestras pasadas guerras, Francia ha visto sus ciudades furiosamente asaltadas y valientemente defendidas por mujeres que, con armas en las manos, han hecho grandes esfuerzos y protagonizado magníficas hazañas».⁹²

Los relatos de asedios actualizaron estas historias en respuesta a los cambios radicales en la tecnología artillera, las técnicas de fortificación, el tamaño de los ejércitos, el reclutamiento de mercenarios y las motivaciones religiosas que habían alterado sustancialmente las prácticas de la guerra de asedio.⁹³ Los discursos sobre la defensa durante los asedios ahora incorporaban regularmente discusiones sobre bastiones, artillería, fuego de mosquetería, soldados indisciplinados y coerción religiosa. El desarrollo paralelo de la guerra de Flandes (1566–1609) dio pie

⁸⁸ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁸⁹ *Ibidem*.

⁹⁰ Marina WARNER: op. cit., pp. 211-14. Charity CANNON WILLARD: "Early Images of the Female Warrior: Minerva, the Amazons, Joan of Arc", *Minerva: Quarterly Report on Women and the Military*, 6: 3 (1988), pp. 1–11. Sobre Deruet, véase Andre CHASTEL: *French Art: The Ancien Regime, 1620–1775*, tr. Deke Dusinberre, París y Nueva York, Flammarion, 1996, p. 101.

⁹¹ Caroline-Stephanie-Felicite DU CREST GENLIS: *Les Chevaliers du cygne ou la cour de Charlemagne*, París, Maradan, 1811.

⁹² *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁹³ Bert S. HALL: *Weapons and Warfare in Renaissance Europe: Gunpowder, Technology, and Tactics*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997. Geoffrey PARKER: "Early Modern Europe", p. 48. *Id.*: *The Military Revolution...*; Clifford J. ROGERS (ed.): op. cit.. David ELTIS: *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe*, Nueva York, Tauris Academic Studies, 1995. Jeremy BLACK: *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550–1800*, Atlantic Highlands, Humanities Press International, 1991. Michael ROBERTS: "The Military Revolution, 1560–1660", en Clifford J. ROGERS (ed.), op. cit., capítulo 1.

asimismo a nuevas comparaciones. A las mujeres francesas en el asedio de La Rochelle en 1628 se las comparó con las holandesas que lucharon en el sitio de Ostende de 1601-1604.⁹⁴ Estas mujeres podían por tanto recurrir a sus contemporáneas en busca de modelos arquetípicos de defensoras femeninas enfrentadas a circunstancias similares a las suyas.

Françoise de Cezelly ejemplificó en muchos sentidos a la defensora francesa en los asedios de las Guerras de Religión. Françoise, una mujer de la nobleza originaria de Montpellier, era la esposa del gobernador de Leucate y desempeñó un papel clave en la defensa de esa ciudad en 1590. Aunque en gran medida tenemos que confiar en narraciones escritas con posterioridad, el papel casi legendario de Cezelly como defensora se basó en crónicas manuscritas de la época.⁹⁵ Tropas españolas y de la Liga Católica capturaron a su esposo y luego marcharon hacia Leucate, «persuadidas de que, teniendo al gobernador en sus manos, este lugar abriría sus puertas de inmediato». Por el contrario, Françoise de Cezelly organizó las defensas de la ciudad y se preparó para el asedio. Françoise, supuestamente, «reunió a la guarnición y a los habitantes y se situó a la cabeza de los sitiados con una pica en las manos». Después de varios asaltos fallidos, el ejército español y el de la Liga Católica abandonaron el sitio y se retiraron. Enrique IV, lleno de “admiración”, recompensó a Cezelly por sus esfuerzos nombrándola gobernadora de Leucate, disponiendo que pudiera transferir el título a su hijo más adelante.⁹⁶

Françoise de Cezelly respondió a los ideales de las mujeres defensoras y al mismo tiempo se vio incorporada a las narraciones que transmitían esos ideales.⁹⁷ Cuando los sitiadores amenazaron con ahorcar a su marido si Leucate no se rendía, a Françoise se la describe «conmovida, sin por ello flaquear». Si bien es sensible y femenina en su tierna demostración emocional, su resolución de defender la ciudad no se debilita en absoluto, como demostraría su presunta respuesta a los sitiadores: «“Poseo abundantes propiedades”, contestó, con los ojos empapados en lágrimas. “Las pongo a disposición vuestra como pago por su rescate, pero no compraría nada por indigna cobardía [salvo] una vida que mi esposo se avergonzaría de vivir”». Cuando los

⁹⁴ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁹⁵ El nombre de Françoise Cezelly aparece a menudo como Constance de Cezeli o Constance de Cezelli. La crónica regional de Languedoc escrita en el siglo XVIII hizo uso de extensas fuentes manuscritas para narrar lo ocurrido en Languedoc durante las guerras de religión. Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., pp. 805–6. Hasta ahora nos ha sido imposible consultar otras dos crónicas de Cezelly: Gaston VIDAL: “Nouvelle lumieres sur les Barri, Cezelli et le drame de Leucate”, *Bulletin de l'Academie des sciences et lettres de Montpellier*, nouvelle serie 1 (1970–1971), pp. 81–98; M. DE LIMAIRAC: *Le royalisme ou memoires de Du Barri de Saint-Aunez et de Constance de Cezelli sa femme*, París, Valade, 1770. Véase también Guy RANCOULE: “Ginestas et Mirepeisset: Le village et la vie quotienne aux 16eme et 17eme siecles”, disponible en <http://www.ginestas.fr>.

⁹⁶ Esta problemática fuente es una nota biográfica escrita mucho después de los eventos descritos, probablemente a finales del siglo XVII o principios del XVIII. Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87. El hijo de Cezelly reclamó más tarde la restitución de las pertenencias confiscadas a su padre. François RAVAISSON (ed.): *Archives de la Bastille. II: Regne de Louis XIV (1659-1661)*, París, A. Durand & Pedone-Lauriel, 1868, p. 337.

⁹⁷ Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87.

sitiadores cumplieron su amenaza y mataron a su esposo, algunos miembros de la guarnición de Leucate quisieron cobrar venganza matando a un noble partidario de la Liga Católica al que habían hecho prisionero. Pero «esta mujer, tan generosa como valiente, se opuso» a este sangriento plan. Este elogioso relato describe a Françoise como una “heroína” y afirma que «fue inmortalizada por un coraje por encima [del] de su sexo». ⁹⁸

Esta identificación de la defensa como un papel adecuado para las mujeres francesas permitió a estas desempeñar roles de género ambiguos y excepcionales durante los asedios desde el momento en que las fuerzas enemigas comenzaban a amenazar sus ciudades. Las mujeres asumieron claramente roles de apoyo, ayudando a los soldados en la defensa de las ciudades de diversas maneras. Un relato coetáneo del asedio de Montpellier en 1562 elogia «la diligencia de las mujeres de Montpellier de todas las haciendas, ya fueran artesanas, comerciantes, burguesas o *damoiselles*, [que] acudían al campamento llevando pan, vino y agua fresca para sus esposos o para los soldados». ⁹⁹ Los hombres hugonotes que defendían Mas-Saintes-Puelles «fueron muy bien secundados por las mujeres», y juntos rechazaron dos asaltos protagonizados por un ejército católico, de acuerdo con una crónica regional estrechamente basada en manuscritos de la época a pesar de haber sido escrita mucho después. Los defensores lograron ganar tiempo suficiente para que un destacamento de apoyo protestante reforzara la guarnición de la ciudad, y el comandante del ejército católico, el duque de Joyeuse, finalmente tuvo que abandonar sus esfuerzos y levantar el sitio. ¹⁰⁰ Las mujeres de la élite en particular podían ejercer un liderazgo religioso informal dentro de las comunidades asediadas. La aristócrata hugonote Catherine de Parthenay trabajó para «avivar la llama de la resistencia» en el sitio de La Rochelle en 1628. ¹⁰¹ Las mujeres desempeñaron un activo papel en la defensa reforzando la moral de los residentes y de los soldados defensores incluso en mitad del combate. Durante el asedio de la ciudad de Bonail en Languedoc, «hasta las mujeres aparecieron en medio de los soldados, alentando a sus esposos». ¹⁰² Las mujeres sitiadas inspiraron a los defensores de sus ciudades alentando a sus vecinos y a los soldados para que lucharan burlándose de los sitiadores.

La protección de familias y pertenencias se convirtió en una responsabilidad esencialmente femenina durante los asedios de las Guerras de Religión en Francia. Los relatos de asedios utilizaron modelos literarios, históricos y contemporáneos de defensoras femeninas para retratar a las mujeres como protectoras de sus hogares. Las mujeres católicas que permanecieron en la ciudad de Montpellier, dominada por los protestantes, lo hicieron para defender sus

⁹⁸ Se ha modernizado la puntuación de esta fuente para facilitar su lectura. Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87.

⁹⁹ Crónicas y documentos citados en Jean Baumel: *Montpellier au cours des XVIe et XVIIe siècles. Les guerres de religion (1510–1685)*, Montpellier, Editions Causse, 1976, p. 117. Arlette JOUANNA: “De la ville marchande a la capitale administrative (XVIe siècle)”, en Gerard CHOLVY (ed.), *Histoire de Montpellier*, 2ª edición, Toulouse, Privat, 2001, p. 150.

¹⁰⁰ Las obras de finales del siglo diecisiete y el siglo dieciocho se adhirieron a menudo a otros relatos iniciales en sus representaciones de mujeres sitiadas. Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., p. 746

¹⁰¹ Nancy L. ROELKER: op. cit., p. 403.

¹⁰² La Prise par force de la ville de Bonail en Languedoc. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 5.

hogares tras la huida de sus esposos en 1621. Estas mujeres permanecieron refugiadas en sus residencias durante el asedio católico de la ciudad en 1622.¹⁰³ Los discursos de la época asociaban la gestión del hogar con la defensa de las ciudades sitiadas, admitiendo así la participación de las mujeres en el conflicto como una extensión de sus posiciones domésticas y de sus roles como madres. Los *châteaux* fueron blancos frecuentes de violencia civil durante las Guerras de Religión, y las mujeres de la nobleza llevaban mucho tiempo desempeñando un importante papel en la defensa de sus *châteaux* familiares.¹⁰⁴ Los *châteaux* protestantes en el sur de Francia eran blancos especialmente atractivos para las tropas católicas, ya que las familias de la nobleza calvinista a menudo servían como lugares de culto y refugio para los protestantes que vivían en las zonas circundantes. No obstante, la vulnerabilidad de estos *châteaux* y su importancia para la celebración de prácticas religiosas convirtió a las mujeres pertenecientes a la nobleza hugonote en protectoras claves del credo calvinista durante las Guerras de Religión.¹⁰⁵

Si bien los asedios a lo largo de la Edad Moderna podían producir actos desesperados por parte de los defensores, las motivaciones religiosas detrás de la violencia y las severas divisiones sociales de las Guerras de Religión fomentaron el martirio y la defensa hasta la muerte como un adecuado comportamiento de la mujer durante los asedios.¹⁰⁶ El significado mismo de la defensa en este período incorporaba el compromiso religioso de los combatientes, la dedicación a la causa y la creencia en la intervención divina en el devenir de la guerra. Tanto los católicos como los protestantes creían que la herejía debía ser combatida de algún modo y que los humanos actuaban como ejecutores de los designios de Dios.¹⁰⁷ Las mujeres hugonotes que ayudaron en la defensa de Montpellier en 1563 se sentían «resueltas y seguras de las promesas de Dios, que cuida y protege a sus hijos». El relato describe a estas mujeres defensoras como “seguras” de contarse en el “número” de los hijos de Dios, aparentemente haciendo alusión a la noción calvinista de los “elegidos”. La salvación, sugiere esta fuente, sería la recompensa por su sacrificio. «De haberse topado con sus enemigos... los habrían combatido arrojando piedras y dejándose matar antes que rendirse».¹⁰⁸ Los discursos sobre la defensa durante los asedios contemplaban la participación de las mujeres en conflictos religiosos como una extensión de la defensa del hogar, pero los roles ampliados y los sacrificios que las mujeres sitiadas eran entonces exhortadas a asumir crearon oportunidades para que estas se involucraran en otros aspectos de la defensa lejos del hogar.

¹⁰³ André DELORT: op. cit., pp. 1-15.

¹⁰⁴ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 163, 166. Agrippa d'Aubigne citado en *Ibidem*, pp. 173-74.

¹⁰⁵ Una damoiselle, Claude Vincent, solicitó con éxito que se oficiaran servicios religiosos de la Reforma en sus haciendas en 1571. Penny ROBERTS: “Huguenot Petitioning...”, p. 74.

¹⁰⁶ Charles H. PARKER: “French Calvinists as the Children of Israel: An Old Testament Self-Consciousness in Jean Crespin’s *Histoire des Martyrs before the Wars of Religion*”, *Sixteenth Century Journal*, 24 (1993), pp. 227-48.

¹⁰⁷ Denis CROUZET: *Les guerriers de Dieu*, 2 vols., Seyssel, Champ Vallon, 1990, vol. 1, capítulos 3-4.

¹⁰⁸ Crónicas y documentos citados en Jean BAUMEL: op. cit., p. 117.

Trabajadoras en tiempo de guerra

Si los conceptos de defensa tomaron en consideración las posibilidades de participación de las mujeres en la violencia, el trabajo femenino definió las tareas cotidianas de estas durante los sitios. A medida que la perspectiva de un asedio se hacía cada vez más inminente, los magistrados urbanos incrementaban sus esfuerzos para construir, reparar y ampliar las fortificaciones.¹⁰⁹ Las mujeres a menudo proporcionaron el trabajo necesario para estas actividades de construcción, realizando incluso extenuantes trabajos manuales. La construcción de fortificaciones apresuradas exigía a los ciudadanos cavar trincheras, mover tierra de un lugar a otro, cargar piedras y levantar muros de contención. Los materiales debían encontrarse y ser transportados a puntos débiles donde proseguían las labores de construcción. Las mujeres proporcionaban con frecuencia la mano de obra necesaria para estas actividades, realizando incluso trabajos manuales pesados sin los cuales, probablemente, pocas defensas de las ciudades podrían haber resistido un sitio. Las mujeres francesas realizaban el extenuante trabajo manual necesario para construir, ampliar y reparar las fortificaciones durante los asedios.¹¹⁰ A pesar de esta valiosa contribución a la defensa urbana, su trabajo no siempre era valorado por la sociedad patriarcal. Las mujeres que trabajaron junto a los hombres en la construcción de fortificaciones en la ciudad de Montauban en 1586 recibieron solo la mitad de la paga de los hombres; una diferencia salarial nada infrecuente entre hombres y mujeres.¹¹¹

Los magistrados de las ciudades y los comandantes militares a veces organizaban el trabajo de las mujeres creando ordenanzas «para que trabajaran en las fortificaciones de la ciudad». En La Rochelle, entre 1627 y 1628, las mujeres estaban supuestamente «organizadas en veintiún compañías», y cada compañía estaba subdividida en escuadrones. Los escuadrones de cada compañía trabajaban por turnos, de manera que un contingente distinto de 250 mujeres trabajaba cada vez en las fortificaciones. «Algunas llevaban cestas llenas de tierra a los terraplenes de la ciudad, otras cavaban y hacían fosos muy profundos al pie de las murallas». Estas trabajadoras estaban dirigidas por hombres que debían «hacerlas trabajar y dirigir las fortificaciones, y mostrarles cuanto era necesario hacer». El trabajo que hicieron las mujeres para fortificar las defensas de la ciudad liberó a los hombres para que realizaran las tareas de guardia. Las mujeres «merced a su gran vigilancia y esfuerzo repusieron un contrafuerte que se había hundido en las entrañas de la tierra», trabajaron en condiciones muy difíciles, cavando trincheras incluso en las marismas.¹¹² Las fortificaciones en un sector de las defensas de Montauban ape-

¹⁰⁹ Michael WOLFE: “Walled Towns during the French Wars of Religion”, en James D. TRACY (ed.), *City Walls: The Urban Enceinte in Global Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 317–48, capítulo 11.

¹¹⁰ Para saber más sobre la construcción de fortificaciones, véase Michael WOLFE: “Walled Towns ...”, pp. 328–37.

¹¹¹ Las mujeres recibían dos sous al día, los hombres recibían cuatro. Helene GUICHARNAUD: *Montauban au XVIIe, 1560-1685. Urbanisme et architecture*, París, Picard, 1991, p. 26

¹¹² *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faittes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present,*

nas habían sido trazadas en el momento en que las fuerzas enemigas comenzaron a aproximarse a la ciudad en 1621, de modo que uno de los oficiales militares que supervisaban las defensas «hizo que las mujeres que entonces allí se encontraban trabajaran, corriendo por la ciudad, buscando barricadas y barriles para completar la *come* ["revellín"] y los baluartes [del hornabeque] [y]... en menos de dos horas la *come* fue completada, rodeada toda ella de barricadas junto con el baluarte».¹¹³ Los magistrados de la ciudad debían sopesar sus opciones defensivas y considerar cuidadosamente la posición de las mujeres tras las murallas. Los magistrados de Nîmes enviaron a «las mujeres y a todas las bocas inútiles» lejos de la ciudad cuando un ejército enemigo se aproximó. Para un observador de la época, esto era una «señal infalible de que están preparados para soportar un asedio, o si no es para poder negociar mejor su capitulación».¹¹⁴ Las relaciones de los magistrados con las mujeres eran, por supuesto, mucho más complicadas de lo que sugiere esta crónica. Las mujeres entendían que su labor beneficiaba a sus comunidades, por lo que muchas de ellas optaron por quedarse y soportar asedios incluso cuando los magistrados preferían que se fueran. Un relato del asedio de Montauban en 1621 elogiaba a «aquellos que han defendido su religión, su libertad, sus pertenencias, su honor y sus vidas, así como las de sus mujeres e hijos, su tierra natal y... todas las iglesias de este reino contra la saña de quienes durante largo tiempo han planeado su destrucción». Este autor elogia específicamente la contribución de las mujeres en la exitosa defensa de Montauban, y agradece a «todos aquellos que han luchado con dignidad por la causa de Cristo, además de a las valerosas Amazonas que tan provechosa y valientemente han servido en este asedio».¹¹⁵ Claramente, la labor de las mujeres contribuyó significativamente a la defensa de las ciudades y demostró que difícilmente constituían “bocas inútiles”.

La labor de estas no cesaba una vez que los sitiadores habían rodeado la ciudad y emplazado artillería de asedio para castigar las murallas. Durante el sitio de Montauban, las mujeres trabajaban durante la noche reparando las fortificaciones que habían sido derribadas por el bombardeo a lo largo del día «sin dejarse estorbar por los sitiadores, que dieron dos alarmas y dispararon varias andanadas contra el hornabeque. Nada de ello perturbó su trabajo».¹¹⁶ En el sitio de Mas-d'Azil en 1625, las mujeres trabajaron con los hombres durante la noche para reparar las fortificaciones de la ciudad. Después de castigar intensamente la ciudad durante el día, los sitiadores católicos disparaban algunos proyectiles durante la noche para asustar a los ciudadanos que se afanaban en apuntalar las murallas. Por ejemplo, los sitiadores disparaban 187 andanadas durante el día y luego otros siete proyectiles esa noche. Pero, según el noble protes-

París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739. Véase también Peter MERVAVLT: *The Last Famous Siege of the City of Rochel together with the Edict of Nantes*, Londres, John Wickins, 1680.

¹¹³ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 20-21.

¹¹⁴ Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18972, folios 28-29. Sobre la noción de “bocas inútiles”, véase Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOIX (eds.), op. cit., p. 201

¹¹⁵ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 1.

¹¹⁶ *Ibidem*, folios 42-44.

tante que comandaba la defensa de la ciudad, «hombres y mujeres trabajaron con gran coraje» y completaron las reparaciones, y solo una persona resultó herida: una mujer que «perdió su pierna por un disparo de cañón».¹¹⁷ Las mujeres trabajaban a menudo bajo el fuego enemigo y eran heridas con frecuencia. Otro día del mismo sitio de Mas-d'Azil tres soldados resultaron heridos, un sargento que era «un soldado muy valiente» fue abatido y «a una mujer le fue arrancada una pierna por una bala de cañón» mientras trabajaba arrancando piedras del pavimento para reforzar las fortificaciones.¹¹⁸ Este relato es particularmente interesante en la medida que su autor contempla a la vez los sacrificios de “valientes” soldados y mujeres, valorando sus servicios de manera similar.

Las mujeres realizaron otras labores esenciales durante los asedios, a pesar de los extraordinarios peligros que entrañaban incluso las actividades cotidianas. Tanto la obtención de alimentos y agua como la cocina y el lavado de la ropa ganaron en dificultad. Durante el sitio de Montauban en 1621, «doscientas mujeres que iban a lavar ropa y utensilios» se vieron bajo el fuego de las armas de asedio católicas que disparaban sobre uno de los puentes de la ciudad. Las mujeres protestantes que fueron «estorbadas por estos disparos de cañón» enviaron a un tamborero para que rogase al comandante católico en esa zona del asedio «que no perturbara su lavado». Estas lograron un alto el fuego momentáneo para negociar con el oficial católico Bassompierre, quien les aseguró que ya había ordenado a sus artilleros que no dispararan sobre el puente. Más tarde afirmó que él había «siempre luchado de manera justa con las mujeres».¹¹⁹ El suministro de alimentos se volvía crucial cuando los asedios se prolongaban y los ejércitos sitiadores trataban de someter mediante el hambre a los habitantes de las ciudades para que se rindieran. El pastor protestante Jean de Léry elogió a varias mujeres residentes en Sancerre por su caridad al proporcionar leche a las personas hambrientas en la ciudad sitiada.¹²⁰

Las mujeres ampliaron sus roles ordinarios como curanderas para desempeñar otras tareas de apoyo vitales durante los asedios, brindando ayuda y consuelo a los soldados que defendían las fortificaciones urbanas. Los soldados necesitaban a menudo comida, bebida y atención médica, y las mujeres respondieron a estas necesidades.¹²¹ Según Barbara Diefendorf, Barbe Acarie «fue una de las primeras en ofrecerse como voluntaria para ayudar. Se dice que acudía diariamente al cercano hospital de Saint-Gervais para llevar a los pacientes nutritivos caldos y ungüentos curativos que ella misma preparaba. También ayudaba a limpiarles las heridas y a cambiarles los vendajes».¹²² Incluso si Daniel Hickey está en lo cierto al afirmar que las monjas católicas no pudieron trabajar en hospitales y organizaciones benéficas “mundanas” hasta los programas misioneros de San Vicente de Paúl de principios del siglo XVII, las mujeres

¹¹⁷ Jacques DE SAINT-BLANCARD: op. cit., pp. 16-17

¹¹⁸ *Ibidem*, pp. 26-27.

¹¹⁹ Bassompierre afirmó que él «avoit toujours fait bonne guerre aux femmes» [“siempre había hecho buena guerra a las mujeres”]. François DE BASSOMPIERRE: op. cit., p. 167.

¹²⁰ Jean DE LÉRY: op. cit., pp.153-55. Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 170-71.

¹²¹ 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184-87. 'Tableau du siege de Montauban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 56.

¹²² Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, pp. 174-76.

católicas piadosas ya actuaban como cuidadoras de enfermos en contextos urbanos durante asedios y crisis.¹²³ Las ampliaciones de los roles de cuidadoras disponibles para las mujeres sitiadas indican la mayor importancia de su extraordinaria labor durante los asedios. Si los sitios permitieron a las mujeres realizar labores más allá de los roles normativos de género entonces aceptables, las mujeres sitiadas que en efecto tomaron las armas como combatientes deben ser entendidas como casos verdaderamente excepcionales.

Combatientes

La sociedad francesa en este período limitaba el ejercicio de la violencia por parte de las mujeres y raras veces aprobaba su alistamiento en los ejércitos. La noción de mujeres combatientes chocó con los últimos vestigios de los ideales caballerescos en la cultura de la nobleza francesa y entró en conflicto con los códigos renacentistas respecto al oficio de soldado y la masculinidad armada.¹²⁴ No obstante, la literatura medieval había imaginado en ocasiones a las mujeres como combatientes: Juana de Arco, Juliana de Guesclin o Jeanne Laisné (apodada “Juana Hacha”) proporcionaron ejemplos inspiradores para féminas de carácter combativo en las Guerras de religión en Francia.¹²⁵ Algunas mujeres de la nobleza podrían haber tomado las armas para unirse a incursiones ofensivas en territorio enemigo, las cuales fueron una práctica común en las regiones multiconfesionales del sur de Francia durante este período.¹²⁶ Es probable que algunas francesas pudieran hacerse pasar por hombres vistiéndose con ropas masculinas y alistándose en ejércitos de campaña durante las Guerras de Religión, aunque este autor no tiene conocimiento de ningún caso documentado.¹²⁷ Fue sobre todo en situación de asedio cuando las mujeres de las Guerras de Religión pudieron tomar las armas y participar en el combate.

¹²³ Daniel HICKEY: *Local Hospitals in Ancien Regime France: Rationalization, Resistance, Renewal, 1530–1789*, Montreal & Kingston, McGill-Queen’s University Press, 1997, pp. 137–41.

¹²⁴ R. Claire SNYDER: *Citizen-Soldiers and Manly Warriors: Military Service and Gender in the Civic Republican Tradition*, Lanham, Rowman & Littlefield, 1999

¹²⁵ Sarah WESTPHAL-WIHL: “The Ladies’ Tournament: Marriage, Sex, and Honor in Thirteenth-Century Germany”, en Judith M. BENNETT, Elizabeth A. CLARK, Jean F. O’BARR, B. Anne VILEN e Íd. (eds.), *Sisters and Workers in the Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1989; Helen SOLTERER: “Figures of Female Militancy in Medieval France”, *Journal of Women in Culture and Society*, 16 (1991), pp. 522–49; Megan MCLAUGHLIN: “The Woman Warrior: Gender, Warfare and Society in Medieval Europe”, *Women’s Studies*, 17 (1990), pp. 193–209. Algunas mujeres francesas de la Edad Media también participaron en combates ofensivos. Aristócratas francesas como Leonor de Aquitania o Juana de Flandes habían combatido en las cruzadas o en batalla. Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages*, tr. Michael Jones, Oxford, Blackwell, 1984, pp.241–42.

¹²⁶ Alexandrine de Chateaugay puede servir como ejemplo de mujer que participó en incursiones ofensivas en 1604. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., p. 181.

¹²⁷ No obstante, existen algunos ejemplos documentados de mujeres soldado travestidas como hombres en la segunda mitad del siglo XVII. Christine de Meyrak y Geneviève Prémoy se travistieron y prestaron servicio como soldados durante el reinado de Luis XIV. Rudolf M. DEKKER y Lotte C. VAN DE POL: op. cit., pp. 93–96. Véase también: John A. LYNN: *Giant of the Grand Siecle...*

Los asedios, pues, constituyeron oportunidades únicas para que las mujeres desempeñaran roles más amplios en la violencia y el conflicto civil. Durante un ataque en el sitio de Montauban en 1621, «las mujeres demostraron su habitual coraje, habiéndose apresurado al oír la alarma, armadas para entrar al foso. Varias de ellas se encaramaron a las banquetas de tiro y desde ahí combatieron». Una sirvienta agarró «una granada y se la arrojó a los sitiadores, diciendo que les regalaba un *pain de munition* [la ración estándar de pan], pero finalmente fue muerta en combate por una bala de mosquete». Otra mujer luchó en este mismo combate y «cortó siete u ocho picas de los enemigos con su guadaña». ¹²⁸ Las armas cobraron mayor importancia para las mujeres durante los asedios, y las fuentes escritas a menudo se centraban en imágenes de mujeres armadas. Las mujeres que defendieron Sancerre fueron descritas empuñando alabardas y otras armas de asta. ¹²⁹ En el sitio de La Rochelle en 1573, las protestantes participaron en la defensa de la ciudad, y «das [mujeres] más viriles y robustas portaron armas». ¹³⁰

Las representaciones de mujeres armadas en los relatos de asedios subrayaban la excepcionalidad de género de sus roles de combate. No sorprende que las que portaban armas a menudo fueran representadas con características masculinas. Algunos relatos de asedios mencionan específicamente a mujeres usando armas de fuego de uso militar, entrenando y participando en incursiones nocturnas, transgresiones claras de los roles de género incluso en el contexto de la guerra defensiva. ¹³¹ Un folleto protestante que refería el sitio de Montpellier en 1622 describía un “gran número” de mujeres participando en la lucha. Cuando «dos o tres avanzaron hacia las trincheras de los enemigos»,

«una llamada Mourete... realizó una acción digna de una amazona, pues habiéndole salido al encuentro un hombre armado con coraza y casco, ella lo mató con una espada que tenía y se apartó del combate solo cuando dos heridas en la cabeza y el muslo la forzaron a retirarse. Otra muchacha mató a un soldado enemigo con su propia daga. Y ocurre de este modo que el celo religioso y el deseo de preservar su libertad de conciencia... hace a las mujeres despreciar con bravura la muerte.» ¹³²

Las mujeres en ciudades bajo asedio participaron en la defensa de las brechas de las murallas, precisamente los puntos donde los sitiadores lanzaban sus asaltos más intensos. Las pro-

¹²⁸ Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 40–42. Aquí, escogimos traducir ‘coridors’ como ‘banquetas de tiro’.

¹²⁹ Jean DE LÉRY: op. cit., p. 60.

¹³⁰ Pierre de Bourdeille, *Seigneur Brantome*, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 84.

¹³¹ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739. ‘Tableau du siege de Montaulban’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 33, 34, 61–62.

¹³² ‘Memoire ou journal du siege de Montpellier’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–187. Jean BAUMEL: op. cit., pp. 189–90.

testantes participaron en la defensa de La Rochelle durante el sitio de 1573 lanzando piedras a los atacantes católicos, arrojando bombas incendiarias sobre ellos y golpeando a los pocos que alcanzaban la brecha.¹³³ Cuando se abrió brecha en las fortificaciones de Sommieres en 1578, «un grupo de mujeres “de la más baja condición” vestidas con ropas de hombre, tocadas con sombreros con plumas de papel, defendieron valientemente una sección de las murallas que les había asignado el capitán de la milicia, rechazando un asalto católico y a soldados bien curtidos en batallas».¹³⁴ Durante un asalto masivo en Montauban en 1621, «generosas Amazonas acudieron a la brecha abierta en los muros para contener el asalto con sus picas o para reparar la brecha con su esfuerzo».¹³⁵ Mujeres armadas y viriles obtuvieron honores mediante su “generosa” participación en el combate.

Las mujeres peleaban a veces en combates cuerpo a cuerpo, tratando de sostener las improvisadas barricadas que formaban la última línea de defensa tras las secciones derrumbadas de las fortificaciones. Durante un asalto a las fortificaciones de Montauban en 1621, las mujeres de la ciudad «corrieron de inmediato hacia el asalto con guadañas, dirigiéndose directamente al baluarte y escalándolo para impedir el ascenso del enemigo. Arrojaron innumerables piedras que estorbaron grandemente su avance». Una mujer que era jardinera «defendió en los fosos durante el combate, luchando contra sus enemigos, y habiendo tomado la espada de un *gendarme*, lo mató». En medio de sus esfuerzos por rechazar a los atacantes, esta mujer acabó muerta «para gran lamento de todos». Otras dos mujeres, que estaban «armadas con guadañas, atacaron a otro *gendarme*, agarrando una la punta de su pica y la otra usando su guadaña para cortar la mano con que la sostenía». Este relato elogiaba a estas féminas, diciendo que «el coraje de las mujeres... es extraordinario».¹³⁶ En el sitio de Montpellier, un año después, las mujeres protestantes ayudaron a rechazar un gran asalto católico. «Una granada hirió a doce muchachas», registró un relato, y entonces «una joven muchacha de quince o dieciséis años vio a uno de los enemigos, que estaba escalando el revellín, y agarró una pica y se la clavó. Las otras lo remataron, y los enemigos tuvieron más de 120 muertos y heridos».¹³⁷

Un sentimiento de desesperación probablemente motivara a las mujeres que escogían combatir en la defensa de las brechas, pues sin duda estaban al tanto de las violaciones, los saqueos y los asesinatos que se producirían si los atacantes irrumpían en la ciudad. No obstante, los relatos de asedios enfatizaban con frecuencia el heroísmo más que la desesperación de las mujeres sitiadas durante el combate, admitiendo tal vez que podrían haber tratado de esconderse o huir en lugar de convertirse en combatientes.¹³⁸ Un relato sobre las mujeres protestan-

¹³³ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., p. 171; James B. WOOD: op. cit., p. 259; Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., p. 201.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 201.

¹³⁵ ‘Tableau du siege de Montauban’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 42-44

¹³⁶ *Ibidem*, folios 31-32.

¹³⁷ ‘Memoire ou journal du siege de Montpellier’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 182-83.

¹³⁸ En las etapas finales de los asedios de Pamiers y Privas, varias mujeres emprendieron la huida durante la noche, tratando de escapar a través de las líneas de circunvalación. Bibliothèque Nationale de France,

tes de la ciudad de Mas-d'Azil, que desempeñaron un papel crucial rechazando el gran asalto final sobre la ciudad en 1625, enfatiza nociones masculinas del deber: «Las mujeres acudieron a la brecha, cumpliendo con el deber de todo buen soldado en medio del asalto». Una joven llamada Philippe Gave combatió en la brecha y casi murió cuando las balas de mosquete pasaron a través de su cabello y le rasgaron las ropas.¹³⁹ Alrededor de sesenta defensores, hombres y mujeres, fallecieron durante este asalto, pero el exitoso rechazo del mismo convenció a Themines, el comandante del ejército católico, de levantar el sitio de Mas-d'Azil. Una vez que las frustradas tropas católicas abandonaron el lugar, Saint-Blancard, el comandante de los defensores, elogió a las mujeres que lo ayudaron a defender con éxito la ciudad.

Conclusión

Incluso cuando el ejército sitiador finalmente renunciaba a sus ataques, como hizo el ejército católico en Mas-d'Azil, los exhaustos residentes de las ciudades debían comenzar a reconstruir las murallas y los edificios dañados. Los ejércitos sitiadores que obligaron a comunidades como Montpellier a capitular generalmente dejaban guarniciones, reorganizaban los asuntos religiosos e instalaban nuevas autoridades políticas. Las ciudades como Negrepelisse, que cayeron ante los asedios, podían ser destruidas casi por completo por los soldados, que saqueaban, destruían y quemaban todo cuanto encontraban a su paso. Con independencia del destino final de las ciudades asediadas, pues, la violencia sufrida durante los asedios hacía añicos las vidas de muchos residentes y tenía el potencial de transformar comunidades enteras.

Las mujeres debieron hacer frente sin duda a dificultades adicionales para recuperarse y poner sus vidas de nuevo en orden tras los asedios. Los antropólogos sostienen que estas a menudo experimentan una grave desorientación tras haber presenciado traumáticas escenas de violencia social, lo que les dificulta reconstruir sus vidas cotidianas.¹⁴⁰ Estas observaciones apuntan a la desorientación que las mujeres envueltas en las guerras de religión debieron sentir tras la conclusión de los asedios, cuando sus comunidades restringieron las dimensiones de su sujeción y las forzaron a retornar a los roles “femeninos” más restringidos que normalmente habían ejercido. En palabras de Gaspard de Tavannes, uno de los comandantes militares durante las guerras de religión:

«las mujeres deberían ser mujeres, no capitanes: si la enfermedad de sus esposos o la minoría de edad de sus hijos las obliga a entrar en combate, es tolerable una o dos veces si resulta necesario; es más apropiado para ellas mezclarse en los asuntos de una *bonne ville* [ciudad] próxima a los

Dupuy 100, folios 298–301. Luis XIII a María de Médici. Campamento de Privas, 28 de mayo de 1629. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 3829, folios 7–8.

¹³⁹ Jacques DE SAINT-BLANCARD: op. cit., p. 29.

¹⁴⁰ Veena DAS y Arthur KLEINMAN: “Introduction”, pp. 8, 12.

ejércitos que entrar en ellos, donde son heridas por sus enemigos y ridiculizadas por sus amigos.»¹⁴¹

No obstante, las mujeres sitiadas de las Guerras de Religión en Francia son clave para entender las dinámicas más amplias de género y violencia y las formas como han participado activamente en los conflictos militares (en especial en aquellos casos de violencia civil donde el estatus del cuerpo político se ponía en duda). Sus experiencias sugieren tanto las posibilidades como los peligros de la participación en la violencia religiosa y el conflicto civil durante la Edad Moderna. Los relatos sobre la participación de las mujeres en los asedios exponen las complejas dimensiones de la sujeción, tan fundamentales para los estudios actuales sobre género y violencia. El análisis de las “generosas Amazonas” que acudieron a la brecha revela cómo múltiples y contradictorias representaciones de las mujeres y la guerra coexistieron durante este período. Los relatos de asedios de la época demuestran que la guerra estaba lejos de ser exclusivamente una actividad masculina, y que las relaciones de las mujeres con esta no estaban definidas meramente por su vulnerabilidad. Las mujeres en ciudades bajo asedio ejercían la agencia negociando continuamente sus posiciones de sujeto dentro de las comunidades asediadas. Las Guerras de Religión parecen haber representado un período de transición en la historia de las relaciones de las mujeres con los conflictos bélicos, pues las pertenecientes al bando de los sitiados sufrieron, pero al mismo tiempo vieron fortalecida su posición gracias a su inventiva participación en la vida cotidiana durante los asedios.

Aunque los sitios representaron períodos efímeros y transitorios en las vidas de las mujeres, redefinieron las relaciones de género respecto a la violencia y tuvieron profundos significados para las que sobrevivieron a ellos. La bibliografía histórica posterior a menudo ha omitido la presencia de mujeres en la guerra, exaltando en cambio las identificaciones masculinas con el conflicto, pero algunas obras de los siglos XVI y XVII contemplaron al menos la posibilidad de que pudieran haber tomado parte en la violencia organizada. Los autores de relatos de asedios reconocieron su capacidad para adoptar posiciones de sujeto como víctimas, testigos, defensoras, trabajadoras y combatientes. Cuando los relatos de asedios insistieron en que «no debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate», dieron forma a las nociones contemporáneas de defensa: un ideal de la guerra como esfera de actividad masculina, pero sugiriendo al mismo tiempo que podrían aportar una legítima contribución a la guerra defensiva.¹⁴² Las mujeres pudieron identificarse con sus roles en tiempo de guerra como sitiadas mucho después de que los asedios en los que se vieron involucradas hubieron concluido. Una de las 3hugonotes que defendieron La Rochelle en 1573 clara-

¹⁴¹ Jean DE SAULX: *Memoires de Gaspard de Saultx, Seigneur de Tavannes, en Michaud & Poujoulat (eds.), Nouvelle collection des memoires pour servir a l'histoire de France depuis de le XIIIe siecle jusqu'à la fin du XVIIIe*, vol. 8, Paris, Adolphe Everat, 1838, p. 337. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 181–82.

¹⁴² 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–87.

mente daba gran importancia al arma que había usado durante el asedio. La guardó «tan cuidadosamente como una reliquia sagrada de la que no se desprendería, ni aceptaría grandes sumas de dinero por renunciar a ella, de tanto como la apreciaba». ¹⁴³ La generosidad de estas mujeres no podía ser ocultada por la sociedad mientras poseyeran símbolos así de poderosos.

Notas

El Instituto Universitario Europeo proporcionó un ambiente intelectual gratificante para trabajar en este artículo durante el año académico 2002-2003. Me gustaría agradecer a Pernille Arenfeldt, Shani D'Cruze, Michael Wolfe y a un lector independiente por sus excelentes comentarios sobre los anteriores borradores de este artículo. En octubre de 2001, una versión preliminar de este texto fue presentada en la Sixteenth Century Studies Conference en Denver (Colorado).

¹⁴³ Pierre de Bourdeille, *Seigneur Brantome*, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 84.

Ensayo bibliográfico

Revista Universitaria de Historia Militar

Volumen 7, número 15

Año 2018, pp. 249-240

ISSN: 2254-6111

Problemas de conciencia. La neutralidad sueca en la Segunda Guerra Mundial a través de la historiografía y la literatura

Problems of Conscience. Swedish Neutrality in the Second World War through Historiography and Literature

Miguel Cabo

Universidade de Santiago de Compostela

Resumen: Suecia fue uno de los pocos países europeos neutrales durante la Segunda Guerra Mundial. Este hecho reforzó su status moral en las décadas de posguerra como superpotencia humanitaria y el epítome del Estado del bienestar. Solamente en los años noventa comenzó la historiografía a poner en cuestión esta visión complaciente, señalando aspectos como las exportaciones de hierro a Alemania, los sentimientos pro-alemanes entre considerables grupos sociales o las concesiones militares al Ejército alemán en momentos clave. No obstante, estos temas polémicos ya habían sido afrontados por varios escritores en las décadas anteriores, lo cual suscita el tema de las relaciones entre literatura e historia.

Palabras clave: Suecia, Segunda Guerra Mundial, Neutralidad, Nazismo, Literatura.

Abstract: Sweden was one of the few neutral European countries during the Second World War. This fact reinforced its moral status in postwar decades as a humanitarian superpower and the epitome of the Welfare state. Only in the 1990s began historiography to put into question this complacent view, pointing at aspects such as the iron exports to Germany, the pro-German feelings among significant social groups or the military concessions to the German Army in key-moments. However, these contentious issues had been already dealt with by sev-

eral writers in previous decades, which raises the issue of the relationships between literature and history.

Keywords: Sweden, Second World War, Neutrality, Nazism, Literature.

Para citar este artículo: Miguel CABO: “Problemas de conciencia. La neutralidad sueca en la Segunda Guerra Mundial a través de la historiografía y la literatura”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 249-240.

Recibido: 27/09/2018

Aprobado: 07/11/2018

Problemas de conciencia. La neutralidad sueca en la Segunda Guerra Mundial a través de la historiografía y la literatura

Miguel Cabo

Universidade de Santiago de Compostela

Introducción: la literatura como avanzadilla

Los historiadores solemos contemplar a los escritores con una mezcla de recelo y envidia. Por un lado torcemos el gesto ante las libertades que se puede tomar un novelista o un dramaturgo, simplificando cuestiones complejas en aras de la amenidad y la claridad argumental o aventurándose a fantasear con los pensamientos y diálogos de personajes históricos que un historiador profesional solamente plasmaría en tinta si rastrease su correspondencia o algún documento escrito que le permitiese sembrar su relato con las preceptivas notas a pie de página. Por el otro, envidiamos su libertad para manejar a su antojo la realidad del pasado pertrechado simplemente con unas lecturas más o menos profundas y el poder de la imaginación, esa bestia que los historiadores mantenemos amarrada y a la que solamente concedemos esporádicos paseos por confines cuidadosamente delimitados para no caer en el descrédito ante nuestros colegas. La libertad creativa permite también acceder sin restricciones al ámbito de la intimidad, de las emociones de cada individuo, en el cual el historiador apenas se atreve a penetrar por las convenciones del oficio. Pero aquella propiedad que sin duda más deseáramos arrebatarnos es la capacidad para llegar a las masas de lectores, puesto que la indiscutible realidad es que con carácter general la visión de la historia del público en general es moldeada en mucha mayor medida por las artes audiovisuales y la literatura que por la historiografía académica o los contenidos transmitidos durante la etapa escolar.¹

Libres de las restricciones que imponen las convenciones del oficio a los historiadores, los escritores adelantan con frecuencia interpretaciones o sacan a la luz dimensiones incómodas del pasado mucho antes de que la historiografía se ocupe de ello. La libertad creativa ampara la presentación de peripecias individuales, muchas veces moldeadas a partir de la memoria familiar o popular, sin tener que respaldarlas con fuentes y esfuerzos cuantificadores como requieren las convenciones historiográficas. A ello hay que sumarle la vocación de conciencia moral de sus

¹ Una aproximación reciente a la relación, no siempre exenta de desencuentros, entre una y otra en el dossier *Historia y literatura* (ed. Jordi CANAL), *Ayer*, 97 (2015).

países con la que muchos escritores identifican su rol, con lo cual se sienten especialmente atraídos por los episodios más polémicos o perturbadores de su historia.

La Segunda Guerra Mundial es un campo que puede ilustrar esta tesis. Aunque el caso galo sea el paradigmático a partir del borrón y cuenta nueva impuesto por De Gaulle que exoneraba a la inmensa mayoría de los franceses de cualquier culpa o responsabilidad, en casi todos los países europeos los aspectos incómodos de la guerra y –en su caso– la ocupación fueron ocultados bajo mitos simplistas. La historiografía tardó mucho en poder desmontarlos, con carácter general hasta los años sesenta y setenta (de hecho el 68 tuvo mucho de cuestionamiento de la versión del pasado elaborada a la medida de la generación de los padres). Sin ser exhaustivos, la Resistencia constituyó el mito fundador de la primera República italiana. La visión heroica de la misma pervivió impoluta durante tres décadas para la historiografía y como *lugar de memoria* oficial, pero en cambio una novela de 1947 ya adelantó muchos de sus dilemas morales, insuficiencias y contradicciones. Me refiero a *Il sentiero dei nidi di ragni* [*El sendero de los nidos de araña*] de Italo Calvino. En ella el protagonista es un chico huérfano que entra en una banda de partisanos con la pistola que ha robado al amante alemán de su hermana prostituta. La impresión que deja al lector el relato es deprimente, plagado de mezquinas motivaciones personales, luchas entre facciones y comportamientos moralmente cuestionables (traiciones, robos...) sin apenas trazas de los supuestos ideales antifascistas. Algo parecido sucede en el caso holandés con *De tranen der acacia's* [*Las lágrimas de las acacias*] de Willem Frederik Hermans, novela publicada en 1949 (pero ya antes en 1946 en una revista) en la que el protagonista es un resistente torpe (le detienen por dejarse olvidada una maleta con explosivos y un uniforme alemán) con cuya mujer se acuesta mientras está preso otro de sus camaradas (tras la liberación ella hará lo propio con soldados aliados) y las acciones del grupo son una mezcla de incompetencia y duplicidad moral que pone en entredicho el relato heroico del período 1940-45.

Podrían encadenarse los ejemplos pero aquí nos centraremos en un país peculiar, puesto que fue uno de los pocos que se mantuvo al margen, en términos estrictos, del conflicto: Suecia. Aparentemente su caso no tiene nada que ver con los de aquellos países que debieron gestionar el recuerdo bien de períodos dictatoriales bien de ocupaciones, con los dolorosos dilemas éticos a los que dieron origen.² De hecho también es único dentro de los países nórdicos, que tantas semejanzas ofrecen en otros aspectos. Dinamarca y Noruega fueron ocupadas (aunque la primera prácticamente sin resistencia y manteniendo una situación de quasi-normalidad institucional hasta 1943 y de colaboración económica), Islandia se convirtió en retaguardia aliada en la batalla del Atlántico y Finlandia fue un aliado del III Reich hasta los últimos compases de la guerra cuando cambió de bando.³ Primeramente presentaremos las líneas generales de la interpretación de consenso entre el final del conflicto y finales de los años ochenta y a continuación su

² No me resisto a dejar de recomendar a este respecto el desasosegante Rab BENNET: *Under the Shadow of the Swastika: the moral dilemmas of resistance and collaboration in Hitler's Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002.

³ Una visión conjunta en Henrik STENIUS, Mirja Österberg y Johan ÖSTLING (eds.): *Nordic Narratives of the Second World War*, Lund, Nordic Academic Press, 2011.

cuestionamiento y el papel que en la revisión del pasado en el país nórdico ha jugado la literatura. Lógicamente está fuera de lugar un listado exhaustivo pero ofreceremos una muestra representativa de novelas, seleccionadas entre las de mayor impacto social y ventas.⁴

El predominio de la interpretación del “realismo de los pequeños Estados”

La superación de la Gran Depresión había supuesto en Suecia la colocación de las bases del modelo nórdico del Estado del bienestar, basado en un amplio consenso social y político y en un concepto clave: el *Folkhemmet* (*hogar del pueblo*), que garantizaría que nadie sería dejado al margen.⁵ Políticamente la maniobra clave fue el pacto entre el partido agrario y la socialdemocracia, en detrimento fundamentalmente de los conservadores. La jefatura de gobierno recaerá en el líder socialdemócrata Per Albin Hansson (1885-1946) que la ejercerá (con una interrupción de unos meses en el verano de 1936) entre 1932 y 1946.

Al final del conflicto los suecos tenían motivos para la autocomplacencia, empezando por el logro de haberse mantenido al margen de la conflagración pese a estar rodeados de países beligerantes y de las presiones de ambos bandos. Las fisuras internas no habían superado límites irreparables, como simbolizaba el hecho de que durante la guerra se hubiese formado un amplísimo gobierno de coalición del que solamente habían quedado excluidos los comunistas. No habría sido además una neutralidad simplemente beneficiosa en el sentido de ahorrar sufrimientos a los propios habitantes sino que también se podía poner la luz sobre acciones emprendidas para aminorar las penalidades de terceros. Por ejemplo, cuando la connivencia con la administración danesa permitió el traslado a Suecia de la mayor parte de la comunidad judía de ese país, unas ocho mil personas, en 1943, cuando ya estaban en marcha los planes para su deportación. Los esfuerzos humanitarios desplegados por Suecia (que acogió en total a unos 150.000 refugiados durante la guerra de los cuales una gran parte eran judíos) quedaron simbolizados en dos figuras de trágico final, Raoul Wallenberg (1912-¿1947?) y el Conde Folke Bernadotte (1895-1948). Wallenberg realizó una labor comparable a la del diplomático español Sanz Briz en Budapest, amparando con documentos a miles de judíos. Arrestado por las tropas soviéticas acusado de espionaje desapareció sin que hasta hoy en día se hayan aclarado del todo las circunstancias de su muerte. Bernadotte, por su parte, fue un diplomático y dirigente de la Cruz Roja sueca que organizó intercambios de prisioneros y también consiguió la liberación de numerosos presos de campos alemanes. En 1948 fue nombrado mediador de la ONU en el conflicto de Palestina y ese mismo año fue asesinado por un grupo terrorista israelí.

⁴ Se ha trabajado con la versión original de las novelas. Cuando exista traducción al español se hará referencia a la misma, pero en pocos casos será así ya que la fiebre reciente por las novelas policíacas nórdicas no se ha extendido apenas fuera del género. En su caso se indicará también la existencia de traducciones a inglés o francés. Las traducciones en las citas son responsabilidad exclusiva del autor.

⁵ Un magnífico panorama de la historia de Suecia y Noruega durante el siglo XX en lengua inglesa es el ofrecido por Francis SEJERSTED: *The Age of Social Democracy*, Princeton UP, 2011.

En las décadas siguientes a la guerra se impone sin apenas contestación, excepto en sectores marginales como los cercanos al muy minoritario partido comunista o los ultranacionalistas de extrema derecha el concepto del “realismo de los pequeños Estados”. Sin capacidad para influir en el tablero internacional y rodeado de fuerzas amenazantes (Alemania pero también la Unión Soviética que era el enemigo tradicional y cuya imagen se había visto deteriorada ulteriormente por su agresión a Finlandia en la *guerra de invierno*), Suecia maniobró para mantenerse al margen del conflicto y garantizar la cohesión nacional y el abastecimiento de la población, haciendo las concesiones inevitables a uno u otro bando en un difícil equilibrio diplomático.

Las investigaciones académicas dedicadas al período de la guerra en Suecia se atuvieron a este patrón interpretativo y en términos generales sus aportaciones fueron básicamente empíricas. Ocasionalmente algún episodio puntual reanimaba el interés de la opinión pública por el período, como sucedió con la revelación de que una de las componentes del exitoso grupo AB-BA (Frida) era fruto de la relación entre una noruega y un sargento alemán, por lo cual ante el ostracismo y las dificultades económicas una vez terminada la guerra la familia había emigrado a Suecia en 1947. Cuando el grupo había ya alcanzado la notoriedad mundial el antiguo soldado se dio a conocer en la prensa, cuando a la cantante le habían asegurado que había fallecido durante el conflicto.⁶ Periódicamente resurgía también la polémica en torno a Zarah Leander (1907-1981), cantante sueca que había sido una de las estrellas de la UFA, asumiendo en cierto modo el vacío dejado por Marlene Dietrich, y que había desarrollado hasta 1943 su carrera tanto musical como cinematográfica bajo la protección del régimen nazi. Algo semejante sucedía con el impacto de recreaciones cinematográficas o televisivas como la serie *Holocausto* que obligaban a cuestionarse si la trama tenía alguna aplicación directa a Suecia, en particular por la restrictiva política de acogida de refugiados durante los años treinta.

Las convulsiones de 1968 con la contracultura, los nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo...) en Suecia no pusieron en cuestión el pasado reciente del país, a diferencia de la faceta revisionista hacia las generaciones anteriores que adoptó en países como Alemania, Italia o en las vecinas Noruega y Dinamarca, donde el mito de la resistencia casi unánime frente al invasor fue sometido a una dura crítica.⁷ El cuestionamiento tranquilizador paradigma del realismo de las pequeñas potencias en la historiografía no dio inicio hasta una fecha tan tardía como 1991, de la mano de una periodista, no historiadora profesional, Maria Pia Böethius, que publicó un libro titulado *Heder och samvete* [*Honor y conciencia*] en cuyo prefacio ya se hacía toda una declaración de intenciones: “El papel de Suecia en la Segunda Guerra Mundial no fue glorioso”. Más allá de sus virtudes y carencias, el libro desencadenó un debate público sobre la conducta del gobierno de unión nacional de Per Albin Hansson y de la propia sociedad sueca y

⁶ Aunque ya suponga salirse del marco de este trabajo, se puede mencionar una reciente novela autobiográfica danesa que recrea la infancia del fruto de una de estas uniones, aunque en este caso atípica puesto que la alemana es la madre; Knud ROMER: *Den som blinker er bange for døden* [*Quien parpadea teme a la muerte*], 2006. Hay versión española en Editorial Minúscula.

⁷ Bo Stråth: “Nordic Foundation Myths after 1945”, en Henrik STENIUS et al. (eds.): op. cit., p. 158.

a partir de ese momento la historiografía comenzó a enfrentarse a temas polémicos que cuestionaban la superioridad moral del país escandinavo, que se concibe a sí mismo como “superpotencia humanitaria”. A pesar de su limitado peso demográfico y económico, Suecia se considera llamada a ejercer una influencia mayor de la que le correspondería merced a los valores que encarna: estado del bienestar, apoyo decidido a iniciativas internacionales y generosa política de acogida de refugiados (en su tiempo de dictaduras latinoamericanas y del bloque del este, hoy en día de países africanos o asiáticos en guerra). Ese rol de referencia ética durante la guerra fría había sido reforzado por la imagen de una trayectoria impoluta durante los años cuarenta cuando la Humanidad había alcanzado sus cotas más bajas.

No parece casual que el mito de la neutralidad impoluta comience a ser discutido a principios de los años noventa, cuando se producen dos fenómenos interrelacionados. El primero sería el comienzo del declive de la Socialdemocracia, el partido que más que se había identificado con el estado del bienestar y que había recibido una media de votos por encima del 45% desde los años treinta, lo que le había permitido gobernar ininterrumpidamente desde 1932 salvo un paréntesis en 1976-82 en el que ocupó el poder una coalición de centro-derecha. El verdadero punto de inflexión son las elecciones de 1991 cuando desciende por primera vez de la cota del 40% del voto popular y el Partido Moderado asume la presidencia en la persona de Carl Bildt y además con un programa de recortes. El segundo elemento es la crisis del Estado del bienestar, por un lado por su viabilidad económica (por los gastos sociales y por los efectos en la competitividad de las empresas) pero también por la crítica a los efectos en la personalidad de los ciudadanos de un entorno en el cual el Estado parece hacerse cargo de las responsabilidades despojando al individuo de su autonomía personal.⁸ En 1997 gracias a informaciones periodísticas también sale a la luz un “esqueleto en el armario” del pasado sueco, el reverso tenebroso de una sociedad aparentemente idílica: las esterilizaciones forzadas llevadas a cabo por el Estado entre 1935 y 1975 de elementos *indeseables* según criterios eugenésicos (no raciales), escándalo que se salda con una comisión gubernamental que ofrece disculpas e indemnizaciones.

Las limitaciones de espacio no permiten más que una telegráfica enumeración de los aspectos polémicos de la neutralidad sueca que había señalado Bøethius y desde entonces han venido siendo investigados por los historiadores profesionales.⁹

⁸ Aunque se trate de un escritor danés, cabe mencionar aquí la novela de 1973 de Henrik STANGERUP *Manden der ville vaere skyldig* [*El hombre que quería ser culpable*, versión española en Tusquets, 1991], una distopía ambientada en un futuro cercano en el cual el Estado benevolente ha anulado la autonomía de los individuos hasta despojarles de la propia esencia del ser humano, la autonomía para tomar sus propias decisiones y asumir sus consecuencias.

⁹ Una visión de conjunto reciente en inglés en John GILMOUR: *Sweden, the Swastika and Stalin. The Swedish Experience in the Second World War*, Edinburgh UP, 2010. Sin eludir las decisiones más controvertidas, Gilmour presenta un balance en términos generales bastante positivo, al igual que Kent ZETTERBERG: “The Case of Sweden”, en John GILMOUR y Jill STEPHENSON (eds.), *Hitler's Scandinavian Legacy*, Londres, Bloomsbury, pp. 101-128.

- La existencia en la sociedad sueca de amplias simpatías por la Alemania nazi, en parte por los vínculos culturales preexistentes a todos los niveles y en parte por coincidencias ideológicas. En particular la desconfianza hacia la URSS (reencarnación de la tradicional amenaza rusa), que se agudizó ante su agresión a Finlandia, alimentaba dichas tendencias, especialmente arraigadas en el Ejército. No obstante cabe precisar que desde el punto de vista de la cultura de masas (literatura, cine...) el dominio anglosajón ya se había impuesto años antes y por supuesto se acentuaría tras 1945 debido a la estigmatización de todo lo alemán.¹⁰
- La cesión de derechos de tránsito de tropas y pertrechos por territorio sueco en distintos momentos para reforzar las posiciones alemanas en Noruega y Finlandia por una ruta mucho más segura que las marítimas.
- Ante las quejas alemanas, aunque la censura había sido abolida un siglo antes el gobierno sueco presionó a los medios más críticos con el III Reich para que moderasen su línea editorial y no diesen pábulo por ejemplo a las informaciones sobre el exterminio de los judíos en la Europa ocupada.
- El gobierno sueco no reconoció al gobierno noruego en el exilio sino que consideró legítimas a las autoridades colaboracionistas de Oslo, con las que mantuvo por tanto relaciones normales a todos los niveles.
- La aportación más decisiva para el esfuerzo de guerra alemán fue el comercio de minerales y materias primas, en particular el vital hierro sueco. Entre 1940 y 1944 el comercio con Alemania pasó de suponer el 70% al 80% del total sueco, ante la falta de mercados alternativos.¹¹

Obviamente los anteriores son los aspectos más discutibles, no un panorama equilibrado que debería incluir la estabilidad política (las opciones de extrema derecha siguieron siendo electoralmente marginales), las acciones humanitarias y un largo etcétera.

La Segunda Guerra Mundial: miradas desde la literatura

Un repaso de la novelística sueca, incluso sin ser exhaustivo, revela que los aspectos más cuestionables de la neutralidad sueca de los que la historiografía sólo comienza a ocuparse a partir de los años noventa ya habían sido tratados de forma literaria mucho antes. Obviamente sin cumplir los requisitos del oficio de historiador, lo cual deja siempre abierta la cuestión de la representatividad de los argumentos.

¹⁰ Johan ÖSTLING: *Nazismens sensmoral: Svenska erfarenheter i andra världskrigets efterdyning* [La moral del nazismo: Experiencias suecas en las secuelas de la Segunda Guerra Mundial], Lund, Bokförlagets Atlantis, 2008.

¹¹ Kent ZETTERBERG: op. cit., p. 116; sobre la colaboración económica, Martin FRITZ et al.: *En (o)moralisk handel? Sveriges ekonomiska relationer med Nazityskland* [¿Un comercio (in)moral? Las relaciones económicas de Suecia con la Alemania Nazi], *Forum för levande historia*, 2:2006.

Se trata de novelas desconocidas para el lector hispano-hablante por no haber sido traducidas al castellano.¹² Ello da pie a recordar que la literatura sueca va más allá de sus exitosos libros infantiles (Selma Lagerlöf, Astrid Lindgren) o el reciente boom de la omnipresente novela negra. En este último puede haber influido una pizca de *Schadenfreude*, el placer de descubrir que tras la fachada impecable de las sociedades nórdicas también se pueden esconder sórdidas tramas, que por cierto también pueden acabar conectándose con ese pasado del que ahora nos ocupamos. Por ejemplo en la exitosa saga *Millenium* se hace mención al filonazismo de alguno de los miembros de la familia Wanger tanto en el momento en que se desarrolla la trilogía como en el pasado (el Richard Wanger que moriría luchando como voluntario en Finlandia en 1940). Otra autora de superventas, Camilla Läckberg, en *Las huellas imborrables* parte de las repercusiones de la relación con un militar alemán que se hace pasar por resistente noruego de una muchacha sueca que se queda embarazada.¹³ Esta tendencia constituye una novedad puesto que hasta tiempos recientes la novela negra no había incorporado las implicaciones de la Segunda Guerra Mundial a sus argumentos.¹⁴

Cronológicamente y por jerarquía se debe comenzar con Per Olov Enquist, considerado el principal escritor sueco vivo, y una de sus novelas documentales de base histórica, *Legionärrerna* [*Los legionarios*], aparecida en 1968.¹⁵ Con un estilo a medio camino entre la ficción y la historia en el que intercala entrevistas a protagonistas, noticias de prensa o documentos de archivo, Enquist reconstruye minuciosamente una página incómoda de la inmediata postguerra en la que no era posible rehuir la toma de decisiones. Durante las últimas semanas de la guerra van llegando a las costas suecas en embarcaciones de fortuna miles de personas procedentes de países los bálticos, tradicionalmente muy ligados además a Escandinavia. Los civiles son autorizados a establecer su residencia si lo desean pero la URSS reclama la deportación del grupo (ciento cuarenta y seis, en su mayor parte letones) que había servido en el Ejército alemán. Teniendo en cuenta que las autoridades soviéticas los consideraban criminales de guerra, no sin fundamento en algunos casos, y traidores ya que eran ciudadanos soviéticos en virtud de la ocupación de los tres países en 1940, su entrega parecía equivaler a una sentencia de muerte. Durante medio año gobierno y opinión pública debaten sobre la decisión que deben tomar mientras los militares bálticos aguardan internados, y en el fragor de la polémica salen a la luz (sobre todo en medios cercanos al partido comunista) acusaciones sobre las simpatías con Ale-

¹² De los autores que serán mencionados en este trabajo únicamente de Per Olov Enquist hay disponibles traducciones al castellano, aunque no la que será objeto de nuestra atención. Destino y Nórdica cuentan en su catálogo con sus memorias *Otra vida* y con varias novelas, alguna de ellas de trasfondo histórico como *La visita del médico de cámara* (ambientada en la Corte real a finales del siglo XVIII) o *La partida de los músicos* (sobre los inicios del movimiento obrero en el norte del país).

¹³ De hecho el título original de esta novela de 2007 es *Tyskungen*, traducible como *El niño alemán*.

¹⁴ Mitzi M. BRUNSDALE: *Encyclopedia of Nordic Crime Fiction*, Jefferson, McFarland, 2016, p. 376.

¹⁵ Manejo la edición de 1996 en Norstedts Förlag. Ya en el prólogo el autor advierte que más que “novela” la voluminosa obra (422 páginas en esta edición de bolsillo) cabría más bien definirla como “reportaje”. El propio Enquist colaboró en el guión de la versión cinematográfica, estrenada en 1970 con el título *Una tragedia báltica*.

mania extendidas en el Ejército, la derecha o parte del Partido Campesino.¹⁶ Finalmente los *legionarios*, junto con más de dos mil soldados alemanes, son entregados en enero de 1946 a los soviéticos a pesar de su resistencia desesperada (suicidios, mutilaciones, huelgas de hambre...). Enquist visita los países bálticos en los años sesenta para entrevistarse con los supervivientes y descubre que su suerte fue menos trágica de lo previsto, puesto que una treintena de condenas a muerte o a prisión prolongada y el resto a períodos breves de encarcelamiento, aunque la reinserción a la vida civil quedaría marcada por su pasado.

Cronológicamente la segunda novela a las que se hará referencia es *Ondskan* [*Maldad*], tampoco traducida al español (sí al francés y al inglés) y un verdadero best-seller cuya adaptación al cine en 2003 sería además candidata al Oscar como mejor película de habla no inglesa. Su autor es Jan Guillou, más conocido por sus novelas policíacas pero que en este libro de 1981 novela sus experiencias autobiográficas, en concreto sus años en un internado privado a mediados de los años cincuenta que al lector hispanohablante le traerá inmediatamente a la memoria *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa. Fundamentalmente es una novela sobre el acoso escolar y la transición a la vida adulta, lo que en alemán se denominaría una *Bildungsroman* o novela de formación. El protagonista, Erik, es expulsado de varios colegios por mal comportamiento y su última oportunidad para terminar el bachillerato es un internado privado. Aunque gire en torno a otros temas (el *bullying*, el maltrato doméstico, la afirmación de la propia personalidad en la adolescencia frente a las presiones grupales), los valores imperantes en el colegio de clase alta muestran evidentes paralelismos con las ideologías derrotadas pocos años antes. Las jerarquías impuestas, el clasismo, la glorificación de la violencia o el aplastamiento de la voluntad individual ilustran la pervivencia de inercias en la sociedad sueca que plantaban batalla al avance del *consenso socialdemócrata*. Sólo ocasionalmente se explicitan los vínculos con el filonazismo, como cuando el profesor de historia explica las diferencias físicas entre germanos y semitas tomando como ejemplo al protagonista y a su mejor amigo, Pierre, hijo de un financiero judío.¹⁷

Muy poco posterior es otra novela también de gran acogida popular y de nuevo llevada al cine pero mucho más tarde, en 2011. Se trata de *Simon och de ekarna* [*Simón y los ecos*], publicada en 1985 por Marianne Fredriksson. Una familia de clase trabajadora adopta al hijo que una campesina ha tenido tras una relación fugaz con un músico judío alemán (que perderá la vida posteriormente en el Holocausto). Posteriormente entablan una estrecha relación con un acaudalado librero judío alemán y su hijo, que han tenido que emigrar tras la llegada al poder de Hitler, de hecho los familiares que optan por permanecer en Alemania son exterminados a excepción de una sobrina que acogen tras la guerra pero gravemente afectada psicológicamente por su paso por un campo de exterminio. La novela muestra el antisemitismo existente en sectores de la sociedad sueca (al que parecen inmunes los ambientes obreros socialdemócrata-

¹⁶ Con respecto a este último, Yngve MOHLIN: "Konflikten land-stad och aktiv rasbiologi. Två viktiga faktorer i mellankrigstidens bondeaktivism" ["El conflicto campo-ciudad y la biología racial activa. Dos factores importantes en el activismo campesino de Entreguerras"], *Statsvetenskaplig tidskrift* 92:2 (1989), pp. 89-100.

¹⁷ Jan GUILLOU: *Ondskan*, Estocolmo, Nordstedt Förlag, 1981, pp. 72-74.

tas pero que sufrirá el hijo del librero, Isak, durante el servicio militar a manos de uno de los oficiales) y la psicosis desatada tras la ocupación de Noruega por el temor a una invasión.

En los últimos tiempos se ha incrementado el interés por el período y se han seguido explorando nuevas dimensiones de los efectos de la guerra. En 2012 se publica *Förrådare* [*Traidores*], de Ola Larsmo, que se abre con un acontecimiento real, una asamblea celebrada en la universidad de Uppsala en febrero de 1939 en la que la mayoría de los participantes rechaza condenar la política antisemita nazi y protesta por la generosidad del gobierno en el reconocimiento de los títulos académicos de los refugiados. El protagonista participa en ella defendiendo las posiciones minoritarias y llama la atención de los servicios de inteligencia que le ofrecen entrar en los mismos, justo antes del inicio de la guerra. Una de sus primeras misiones será participar en la identificación de los refugiados que llegan de Noruega tras la invasión alemana. En una trama de espionaje que recuerda las novelas de John Le Carré, tentativa de asesinato incluida, termina por descubrir que alguien en lo alto de la jerarquía está filtrando sus informes a los alemanes y que se está devolviendo a Noruega sistemáticamente a comunistas y judíos alemanes y noruegos que luego son encarcelados o ejecutados. La novela también hace referencia a las redes de espionaje de ambos bandos en Suecia y a las acciones de sabotaje de agentes británicos de los envíos de hierro a Alemania.

Del mismo año es la novela de Göran Rosenberg *Ett kort uppehåll på vägen från Auschwitz* [*Una corta parada en el camino desde Auschwitz*, ha sido traducido al inglés], que constituye una aportación a la *literatura del Holocausto* desde una localización inesperada. El autor reconstruye la vida de su padre, judío polaco superviviente del Holocausto debido fundamentalmente a que le trasladan a una fábrica de interés estratégico en el norte de Alemania. En 1947 gracias a un programa de acogida del gobierno sueco se instala en Södertälje, cerca de Estocolmo, donde encuentra trabajo en la fábrica de camiones Scania y se casa con otra superviviente que ya conocía del ghetto de Lodz. Pese a formar una familia, ganar un buen sueldo, acceder a la ciudadanía sueca y ser acogido en un entorno seguro y próspero no consigue ahuyentar los fantasmas del pasado. La crisis final se desencadena por un incidente en la fábrica (una pelea a causa de los comentarios antisemitas de un compañero de trabajo) y porque no consigue que un médico certifique que los sufrimientos durante la guerra le han dejado daños permanentes, requisito imprescindible para obtener una indemnización de la RFA. El padre del autor termina con su vida en 1960, dejando un último mensaje a su mujer: “No puedo vivir entre gente normal”. Uno de tantos suicidios tardíos sobre los que tanto reflexionó Primo Levi. En la línea de la novela mencionada de Enquist, Rosenberg imita métodos de los historiadores, reproduciendo cartas y documentos y entrevistándose con conocidos de su padre para intentar encontrar respuestas a lo sucedido.

Conclusión

Las distintas implicaciones de la guerra para Suecia se siguen conociendo cada vez con más detalle, por ejemplo el alistamiento voluntario (trasladándose para ello a Dinamarca, Noruega o la propia Alemania) de algunos cientos de ciudadanos suecos en las *Waffen SS*.¹⁸ A día de hoy, tras el paradigma *realista* de posguerra y el *moral* posterior se ha llegado a un punto de equilibrio.¹⁹ Varios autores han señalado que la crítica a la postura de Suecia durante la guerra podría deberse a que era examinada bajo el prisma de una visión del mundo cosmopolita e idealista, mientras en los años cuarenta Suecia era un país en el que predominaba una ética comunitaria en la que la prioridad era la salvaguarda de los propios intereses y la cohesión nacional.²⁰ A diferencia de lo sucedido en los países beligerantes, el revisionismo no sobrepasó ciertos límites y el paradigma del “realismo de los pequeños países” no ha sido demolido sino modificado. De hecho cuando en 2005 se conmemoró el quincuagésimo aniversario del final de la guerra el tono de los actos oficiales y las declaraciones del primer ministro socialdemócrata Göran Persson mostraron la vitalidad de la interpretación tradicional, de acuerdo con la cual como afirmó el jefe de gobierno los suecos podían estar orgullosos de su papel en el conflicto.²¹

Los años de la guerra siguen manteniendo su atractivo como materia literaria. El citado Jan Guillou ha publicado recientemente la cuarta novela de su ciclo *Det stora århundret* [*El gran siglo*], ambientada en 1939-45 y titulada *Att inte vilja se* [*No querer ver*].²² La serie recrea la historia del país a través de una familia de empresarios, los Lauritzen, con conexiones familiares y económicas en Alemania. Durante la guerra, los dilemas de Suecia se reflejan en los de los Lauritzen, con uno de los hijos enrolado en las SS en la Noruega ocupada, una hija en la resistencia noruega y otro oficial de la Marina sueca. Sin tanto dramatismo pero mayor veracidad, la publicación en 2015 de los diarios inéditos de los años de la guerra de Astrid Lindgren (1907-2002), la creadora del personaje infantil Pipi Calzaslargas, ha servido para permitir a los suecos asomarse a los sentimientos de una ciudadana entonces anónima (Lindgren tenía entonces 32 años y era un ama de casa perfectamente desconocida).²³ Día a día el lector asiste a su ansiedad por una posible involucración en la guerra, la incredulidad (pronto sustituida por la indignación) ante lo que se va conociendo de la suerte de los judíos (comenzando por la deportación de

¹⁸ Claus Bundgård CHRISTENSEN, Niels Bo POULSEN y Peter Scharff SMITH: “Germanic volunteers from Northern Europe”, en Jochen BÖHLER y Robert GERWARTH, *The Waffen-SS: A European History*, Oxford UP, 2016, pp. 42-75.

¹⁹ La obra de referencia más reciente en este sentido muestra una diversidad de puntos de vista en las diferentes colaboraciones y no un paradigma claro; Klas ÅMARK: *Att bo granne med Ondskan: Sveriges förhållande till nazismen, Nazityskland och Förintelsen* [*Vivir junto al Mal: la relación de Suecia con el nazismo, la Alemania nazi y el Holocausto*], Albert Bonniers Förlag, 2016, 2ª ed. ampliada (orig. 2011).

²⁰ John GILMOUR: *Sweden...*, p. 276; Francis SEJERSTED: op. cit., p. 464.

²¹ Johan ÖSTLING: op. cit., p. 141.

²² Estocolmo, Pocketförlaget, 2014. El título se refiere a la incapacidad o resistencia de algunos personajes para asumir que la Alemania cuya cultura admiraban abanderaba ahora una causa injustificable.

²³ Astrid LINDGREN: *Krigsdagböcker* [*Diarios de guerra*], Estocolmo, Salikon, 2015.

los noruegos de la que se tiene conocimiento directo), las dificultades para abastecerse de determinados alimentos o el sentimiento de impotencia e indefensión ante acontecimientos sobre los que no se tiene apenas control alguno. Podría decirse que son a escala individual emociones parecidas a las que experimentó el país en su conjunto, neutral pero de ningún modo al margen de una guerra de dimensiones inéditas cuyas implicaciones también terminaron por alcanzarle.

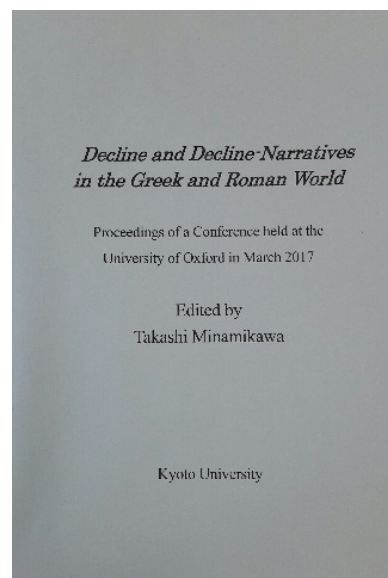
Reseñas

Takashi MINAMIKAWA (ed.): *Decline and Decline-Narratives in the Greek and Roman World*, Kyoto, Kyoto University, 2017, 129 pp., ISBN: 978-4-9901929-3-8.

Carlos Heredia Chimeno
JSPSFellow (Kyoto Prefectural University)

El *declive* como puerta a la reflexión

Takashi Minamikawa, *Professor* de Historia Europea de la Universidad de Kioto, edita un volumen dedicado al declive y a las narrativas del declive en el mundo clásico, recogiendo las contribuciones realizadas en un congreso internacional que tuvo lugar en el Wolfson Collage, Oxford, los días 20 y 21 de marzo del año 2017, de cuyo título bebe la presente obra. El espíritu de la problemática abordada queda manifestado en el prólogo (pp. xiii-xv), pues el propio Minamikawa explica cómo él mismo ha podido observar, a lo largo de las décadas, cambios cruciales en el paradigma interpretativo en relación con períodos tan relevantes como el del fin del mundo romano. De hecho, las perspectivas vinculadas al declive han dado pasado a argumentos conectados con el concepto de transformación (p. xiii).



Pero la problemática del declive esconde, en realidad, las dificultades con las que se encuentra cualquier investigador del pasado. Así, el trabajo científico se topa con fuentes primarias que interpretan su presente mediante códigos positivos o negativos, de éxito o de declive, que a su vez influyen a las generaciones venideras y a la trascendencia de las experiencias contadas, todo ello bajo el paraguas de auténticas narrativas parcializadas. Un hecho que puede acabar calando en el investigador que, aunque logre superar la subjetividad de sus fuentes, no deja de estar condicionado por su presente, que también puede ser interpretado bajo parámetros de declive, lo que indudablemente afecta al resultado científico. Por tanto, el objeto de estudio del trabajo editado por Minamikawa es cuanto menos complejo, mostrándose necesario en cuanto permite reflexionar sobre los condicionantes existentes a la hora de interpretar el pasado histórico.

De este modo, y para abordar la problemática, la obra se divide en tres grandes bloques. En un primer momento, se estudia la interpretación que del pasado se realiza en nuestro presente, precisamente abordando una problemática historiográfica clave: ¿Es el declive que transmiten nuestras fuentes verídico? ¿O es solo una perspectiva? ¿Hasta qué punto el presente afecta directamente a nuestra interpretación del pasado? Para responder a estas cuestiones, Asako Kurihara, profesora de la Universidad de Osaka, se fija en tres grandes planteamientos (pp. 3-6). El primero, que los condicionantes previos del historiador afectan a su investigación, como *creerse* el éxito de Pericles o la decadencia del siglo IV a.C. El segundo, que las narrativas del declive son una amalgama de percepciones contemporáneas a los hechos y visiones historiográficas posteriores. Y, finalmente, Kurihara subraya necesidad de aceptar la imposibilidad de separar

estas perspectivas de la época de la que son fruto (p. 3). Por tanto, se abordan una serie de reflexiones que dan pie a las tres contribuciones del primer bloque: una revisión del declive griego en el siglo XXI, por Takeo Hasegawa, de la Universidad de Kamakura (pp. 7-18); un análisis de las actitudes del declive en época helenística, por Aneurin Ellis-Evans, de la Universidad de Oxford (pp. 19-28); y finalmente un estudio de las técnicas literarias en relación con el declive romano, por Richard Flower, de la Universidad de Exeter (pp. 29-38). Como colofón, se añaden los comentarios finales de Bryan Ward-Perkins (p. 39), que llega a conclusiones muy sugerentes: el declive del mundo griego y romano tiene paralelismos claros, pero también diferencias, en cuanto el primero supone el fin de su hegemonía cultural, no ocurriendo así con el segundo, pues el fin del Imperio trae consigo una mayor concienciación de pertenecer a la idea de Roma. Ciertamente, tal y como Ward-Perkins subraya, en estas perspectivas de declive se esconde una fascinación por el ocaso de grandes formas de organización humana (p. 39).

En un segundo momento, la obra de Minamikawa se centra en la construcción de las narrativas del declive en la propia Antigüedad. Así, en la introducción al bloque (pp. 43-44), Takuji Abe, profesor de la Universidad de la Prefectura de Kioto, subraya la naturaleza de unos constructos que se refieren a todas aquellas perspectivas que explican el pasado en base a lo negativo y a lo decadente, generándose que el relato histórico quede distorsionado, existiendo una inconsistencia entre lo imaginado y lo real (p. 43). El análisis de dichas narrativas del declive se solventa con tres aportaciones. La primera, de Kota Hishimoto, investigador de la *Japan Society for the Promotion of Science*, en la que se analiza el declive que hay detrás del éxito de Roma, como ocurre con la *koiné* aquea (pp. 45-60); la segunda, abordando la ausencia de declive en el discurso tardo-romano, realizado por Masahiro Nishimura, profesor de la Universidad de Ryukoku (pp. 61-68); y la tercera, de Mischa Meier, profesora de la Universidad de Tübingen, que se acerca a dos ejemplos concretos de declive propios de la Antigüedad tardía (69-80). Finalmente, los comentarios parten de Katherine Clarke (pp. 81-84), que pueden resumirse en sus ilustrativas palabras: “historiography and history may move in different directions, with the reality being very different from its literary representation” (p. 81).

Por último, el tercer bloque trata con estudios comparativos, con el fin de reflexionar acerca del declive. De este modo, introducida por Takashi Fujii, de la Universidad Kwansai Gakuin (pp. 87-88), la problemática centra su atención en tres contribuciones más: el análisis del seguimiento republicano y monárquico en relación con la caída de Roma, de John Weisweiler, profesor de la Universidad de Maryland (pp. 89-104); una comparativa entre el fin de Roma y del Imperio Chino, por Fuminori Inoue, de la Universidad de Waseda (pp. 105-114); y un novedoso acercamiento a la narrativa arqueológica y cómo ésta puede llegar a describir el colapso de sociedades complejas, realizada por Greg Woolf, de la Universidad de Londres (pp. 115-124). Finalmente, el colofón del tercer bloque parte de Charlotte Roueché, del King’s College de Londres, que advierte del uso instrumental del pasado y de la necesidad de reflexionar sobre las problemáticas planteadas (pp. 125-129).

Por tanto, la obra editada por Takashi Minamikawa trata con problemáticas inherentes en el estudio del pasado, de la que la reflexión se hace totalmente necesaria, y que se muestran útil para cualquier investigador, incluso aunque no esté familiarizado con el estudio de la Antigüedad. De este modo, la escuela nipona demuestra su potencial y va más allá de simples datos históricos, problemáticas concretas o debates terminológicos. El equipo reunido por Minamikawa aborda grandes temas en torno a los cuales la reflexión y la filosofía de la historia se

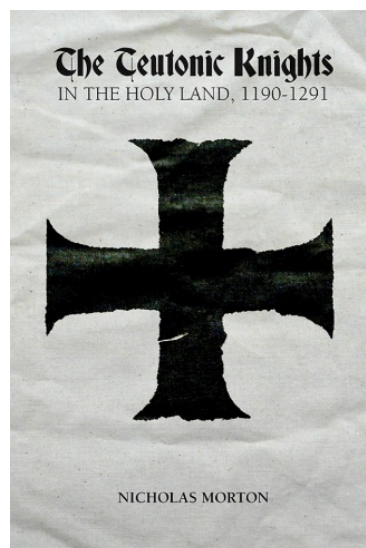
hacen totalmente necesarios, permitiendo con sus ideas ampliar el espectro de estudios y aproximaciones posibles. *Decline and Decline-Narratives in the Greek and Roman World* es un estimulante ejercicio intelectual que abre muchísimas puertas en el estudio del pasado, desde trabajos historiográficos de fuentes primarias y secundarias, hasta aproximaciones arqueológicas o de comparativa histórica. Se trata de una completa reflexión que permite su adaptación a mundos tan dispares como el económico, el político, el social e incluso el militar. De hecho, el debate en relación con el declive es inherente y necesario para abrir nuevas perspectivas en mundos como el de la Historia Militar. La escuela nipona permite, con obras como la expuesta, continuar con desarrollos interpretativos como los que vieron nacer la propia *Revista de Historia Militar* (RUHM).

Nicholas MORTON: *The Teutonic Knights in the Holy Land, 1190-1291*, Woodbridge, Boydell, 2017, 242 pp., ISBN: 9781783271818

Daniel González Palma
Universidad Autónoma de Barcelona

Formación y Desarrollo de los Caballeros Teutónicos en Tierra Santa

La figura de los caballeros pertenecientes a las Órdenes Militares de Tierra Santa es un elemento crucial en el análisis de la historia de las Cruzadas a causa del perfil político que ocuparon en los estados latinos de Oriente, la normalización de un modelo social de defensa encuadrado en un marco territorial-espiritual y como baluartes de una identidad legitimadora adscrita a un principio religioso único. *The Teutonic Knights in the Holy Land, 1190-1291*, es una obra compuesta de diez capítulos donde se examina la formación y el desarrollo de los caballeros que formaron los cuadros de la Orden Teutónica en Tierra Santa. Una obra que pretende demostrar las características definitorias de la identidad de la Orden a través del rol que desempeñaron en las empresas y oportunidades que encontraron en la defensa de la Cristiandad en Oriente. Se asiste a



una cronología interesante que nos ofrecerá las primeras respuestas cristianas tras el desastre de Hattin y la pérdida de Jerusalén a manos de Saladino en 1187, avanzando sobre un irregular siglo XIII que jugará con el carácter y vigor de los caballeros sobre los intereses de Roma y del emperador, terminando con la apertura a la cristianización eslava en el Este Mediterráneo a manos de la Orden Teutónica.

La Orden Teutónica nació en el año 1190 por la necesidad de dotar a las guarniciones cristianas de más efectivos en las fronteras amenazadas. Aunque el consenso académico no ve relación entre la fundación de la Orden y el hospicio germano que había en Jerusalén en 1118, la pre-institución fundacional que dio origen a la Orden Teutónica fue un pequeño hospital fundado por cruzados de Bremen y Lübeck tras la caída de Jerusalén a manos de Saladino. No obstante, los caballeros teutónicos quedaban encuadrados bajo la autoridad del Papa como las demás Órdenes siéndoles otorgada la misma norma, y asimismo, siendo utilizada para salvaguardar la frontera del Sacro Imperio Romano Germánico, por tanto la fundación de la Orden marca un papel importante de amplio espectro militar desde los primeros años de su fundación. Es durante la 5ª Cruzada (1216-1223) donde los caballeros teutónicos tuvieron un papel muy activo una vez consolidada la estructura de la Orden y la militarización de la misma. La narración tradicional y las referencias que aporta el autor sitúan a los caballeros teutónicos en el asalto al Monte Taber, participando en el desembarco de Egipto y teniendo un papel estelar en el sitio de Damietta entre 1218-1219. Figuras importantes tratadas en la obra cómo Herman von Salza, trabajaron arduamente en la homogenización del cuadro interno y la imagen externa de la Orden, inclusive con algunas sombras que dañaron la reputación de la Orden, para situar a los

caballeros teutónicos al mando de la política de conquista cristiana en Tierra Santa. El apoyo constante del Papa y del emperador del Sacro Imperio a la Orden les permitió libertades y privilegios permitiéndoles conseguir un importante grado de autonomía en los estados que gestionaban, y ello, junto a la rápida intervención que realizaban en las zonas del Este Mediterráneo para llevar a cabo la cristianización y el sofoco de resistencias locales, despertó constantemente la discordia entre ellos y el resto de Órdenes Militares. Uno de los elementos más importantes a destacar de los caballeros de dicha Orden, no es solo la participación militar en las expediciones cristianas sino el gran papel que desarrollaron en la diplomacia con musulmanes y el resto de estados fragmentados a manos de los cristianos. Las tensiones entre las diferentes Órdenes Militares no solo tuvieron mucho que ver con el amplio marco de autonomía de la Orden Teutónica, sino con la ausencia de coordinación y complicidad de los estados latinos con los intereses de sus propios vecinos cristianos.

Los primeros reveses a la Orden procedieron de la extraña pareja que desde su fundación les había otorgado una importante retahíla de libertades. La excomunión del emperador germano por Gregorio IX dificultó la proyección de los caballeros teutónicos y claramente afectó a los planes organizativos de la expedición del emperador Federico II. El conflicto de intereses estaría servido. En la coyuntura de 1227-1239, la Orden destaca en una empresa con objetivos claros donde el autor aporta diferentes perspectivas de los protagonistas: tras los pequeños éxitos de la 5ª Cruzada la Orden se centra en preservar sus relaciones con Roma y el emperador y en la propia salvación de la Orden en Tierra Santa. Unos años donde la Orden pretendió normalizar sus días tras las alteraciones entre sus principales valedores. Sin embargo, la crisis que rodeó el entorno de los caballeros teutónicos causó en los años siguientes nuevos retos que abordarían con diversa intensidad: los constantes ataques de los Rus sobre Livonia, el mantenimiento de sus intereses con sus principales valedores y un cambio de la política tras la llegada del nuevo gran maestre Conrado von Thüringen. La llegada de Conrado al plano mayor de la institución va a marcar la línea política de la Orden. Si en su fundación la Orden había mantenido una buena relación con el gran patronato germano, la inclusión de varios barones germanos tanto en las filas como en los puestos intermedios de la Orden estableció que la institución tuviese una definición político pro-imperial. Además, durante el mandato de Conrado comenzó el verdadero test que calibraría el potencial militar de la Orden en la defensa de la Cristiandad. Las expediciones del reino de Jerusalén y del reino de Antioquía coincidieron en la frontera del este con las revueltas de Livonia y la invasión de las hordas de mongoles en territorio húngaro. Otro gran revés para los caballeros teutónicos fue la estrepitosa derrota de la Forbie y las consecutivas derrotas de Luis IX de Francia. Este decaimiento de la Orden se explica por la división de sus filas tanto en el este europeo como en Tierra Santa. Este doble intento que se manifestó en una ofensiva en territorio báltico y junto al rey de Francia en Tierra Santa es considerado como uno de los peores desastres de las Cruzadas. En estos años tan convulsos para las Órdenes Militares un tercer protagonista va eclipsar el tradicional enfrentamiento entre los estados cristianos y árabes llegando a reconsiderar y reorganizar toda la política de reyes y califas de Tierra Santa. La presencia mongol en el Este Mediterráneo permitió que tanto cristianos como árabes llegaran a diferentes treguas para confrontarse con el nuevo enemigo, consiguiendo la Orden Teutónica, recobrar su vigor tras los pasados desastres militares y concentrar su misión bélico-espiritual en los territorios de Prusia-Livonia. En 1290, con la llegada del Papa Nicolás encontramos una presencia teutónica mucho más numerosa y fija en los países del este de la Cristian-

dad con mayores refuerzos que partían de zonas germanas para reforzar las huestes de Tierra Santa. Con el desplome inminente de los estados cristianos, o más bien de sus principales plazas, Roma comenzó a orquestar la política nuclear de las Órdenes Militares suprimiendo los preladados de Antioquía y Acre y retirando el espacio influenciador de los agentes imperiales en la Orden. Un último golpe de Roma al imperio sobre las inminentes cenizas que cubrirían las antiguas posesiones cristianas favoreciendo el retorno a la política y convocatoria única del papado sobre Tierra Santa.

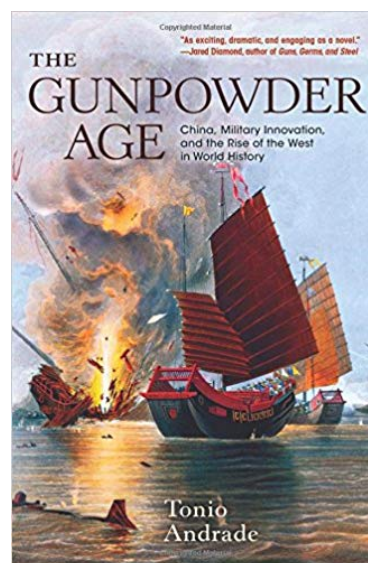
En conclusión, *The Teutonic Knights in the Holy Land, 1190-1291*, obra de Nicholas Morton es un trabajo incisivo e importante sobre una de las Órdenes Militares menos trabajadas hasta ahora. Resulta muy destacable el enfoque que el autor le ha dado al análisis incidiendo en el rol de la estructura y de la identidad de la institución, el papel desempeñado en las expediciones y las diferentes perspectivas que rodearon a los caballeros teutónicos en Tierra Santa. Además ha incluido y profundizado en dos biografías muy importantes relacionadas con la dirección de la Orden como son Herman von Salza, dándole un papel central, y Conrado von Thüringen. A través de ellos y de su política el autor extrapola el sentido ideológico que marcó a la Orden en la defensa de la Cristiandad tanto en Tierra Santa como en el este de Europa.

Tonio ANDRADE: *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, Princeton, Princeton University Press, 2016, 432 pp., ISBN: 978-0-691-17814-1.

José Francisco Vera Pizaña
Universidad Nacional Autónoma de México

La divergencia militar entre China y Occidente

En su más reciente obra, *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, el historiador Tonio Andrade continúa la tendencia moderna que ha seguido algunos académicos en su intento por justificar la teoría de la Revolución Militar a partir de la extrapolación de sus postulados hacia otras regiones fuera de Occidente. En este sentido, las recientes investigaciones han intentado demostrar que la Revolución Militar —si es que existió— tuvo sus orígenes o, al menos algunas de sus características más importantes, fuera de Europa. Aspectos como el adiestramiento generalizado de las tropas, el uso de armas de pólvora, la táctica de contramarcha y el fuego de volea, así como el Estado fuerte que impulsa estos cambios, pareciera encontrar sus primeras manifestaciones en Asia, específicamente en China, así como en Corea, Japón y el imperio otomano.



Además, la pregunta historiográfica que ha motivado a los historiadores occidentalistas desde la escuela de Geoffrey Parker, “¿cómo Occidente logró posicionarse como la fuerza militar más importante del mundo?” deja de tener el peso historiográfico que tenía hacía más de diez años y se modifica en función de problemáticas más externas: “por qué otros Estados militares no lo lograron imponerse a Occidente”. Así pues, Tonio Andrade sigue esta última línea y nos lleva a través de la historia de China, sus conflictos dentro de sus fronteras y fuera de ellas, primero contra sus vecinos asiáticos y eventualmente contra los europeos. Esta larga historia de China nos demuestra que el predominio Occidental es, en realidad, muy reciente si lo comparamos con la historia independiente y entrelazada de ambas culturas.

A lo largo de los dieciocho capítulos que contiene el libro, el autor hace un recorrido de la historia tecnológico-militar de China, desde el descubrimiento de la pólvora en el siglo XI, hasta la decadencia del imperio y sus intentos de reformas militares a finales del XIX. Los primeros cuatro capítulos que integran la primera parte “Chinese beginnings”, Tonio Andrade centran su análisis en la dinastía Song (960-1279) y la describe como una de las más adelantadas de su tiempo —en comparación con Europa— tanto en el plano urbano como en el militar, pero que se vio inmersa en una crisis cuando los mongoles comenzaron a invadir sus tierras. Ello implicó un dinamismo en la im-

plementación de nuevas formas de hacer la guerra, el desarrollo y adopción de nuevas armas y tácticas para luchar contra sus enemigos —en las que se destaca el uso de la pólvora (cuya primera mención data de 1044)— y la generalización de las armas de fuego, tanto para la guerra en tierra como en mar. Estos desarrollos le permitieron a la dinastía Ming aplastar las revueltas en sus provincias, iniciando una nueva tendencia en el desarrollo de armas de fuego que durará hasta bien entrada la Modernidad del siglo XVI: la artillería antipersonal.

La segunda parte del libro “Europe gets the gun” (compuesta de cinco capítulos), da cuenta de la adopción y el desarrollo de las armas de fuego en Europa desde principios del siglo XIV. La primera referencia escrita que se conserva sobre armas de fuego en Europa aparece en un decreto florentino de 1326, pero la primera representación pictórica se encuentra en el tratado de Walter de Milemete, *De nobilitatibus, sapientiis et prudentiis regum* (también de 1326). En este libro, el arma se asemeja a una pequeña vasija de metal acostada sobre una meza, de cuya boca se dispara lo que parece ser una flecha. Su primer uso en batalla —hasta donde se tienen registros— fue en Crécy en 1346, cuando el rey inglés Eduardo III derrotó al rey francés Felipe VI. Aquí se marca una gran diferencia entre el uso de las armas de fuego entre Europa y China: los europeos no invirtieron en armas de fuego para su uso en batalla, por lo que Crécy se vuelve un evento paradójico en la historia militar occidental; al contrario, China sí se preocupó por el empleo de armas pequeñas en los campos de batalla. Por otro lado, Europa comenzó a destacar a lo largo del siglo XV por la construcción de grandes armas de fuego destinadas para la guerra de sitio, algo en lo que China no se concentró. ¿Por qué se produjo esta divergencia? Andrade sugiere que la respuesta está muy alejada de la idea de que “China era un imperio unificado y por ello no construía murallas”; más bien, las murallas chinas, al ser más gruesas, eran mucho más eficaces para resistir los bombardeos. Así pues, a finales del siglo XV ocurrió lo que Andrade llama “la primera gran divergencia”, pues China, al entrar en un periodo de paz relativa y Europa, al iniciar su proceso de expansión por Asia —y de guerra continua en el continente—, los occidentales terminaron por desarrollar armas de fuego mucho más eficaces para la guerra con las cuales llegaron a enfrentarse a China a partir del siglo XV.

En la tercera parte de su libro, “An age of parity” (compuesto de seis apartados), el autor continúa su estudio de la interacción militar entre China y Occidente. Sugiere que el prejuicio del confucionismo como antagonista del desarrollo tecnológico y militar está, por demás, equivocado. En cambio, demuestra que muchos estrategas, fieles practicantes de la religión, nunca fueron reacios a la práctica militar y, de hecho, buscaron aprender de los occidentales para desarrollar estrategias para enfrentarlos con mayor eficiencia. Este eclecticismo les permitió a los chinos combinar ambas tecnologías para crear armas que representaban las mejores cualidades de los dos mundos. Aquí el autor da su visión de la moderna tendencia historiográfica de la Revolución Militar, pues concluye que los chinos fueron los primeros en adoptar el fuego de volea como una forma de aprovechar las armas de fuego de mano en el campo de batalla. Pero esto no puede considerarse una innovación del siglo XVI —como sí lo fue para los europeos, que comenzaron a usarlo desde 1522—, sino como parte de una tradición antiquísima que podría rastrearse al periodo de 475-221 a.C. En este sentido, para los chinos no fue una novedad el uso del fuego de volea, pues lo único que hicieron fue sustituir a los arqueros y ballesteros (desde el siglo XIV) por soldados con mosquetes.

Pero China no fue la única comunidad en desarrollar esta forma de lucha. Tonio Andrade sugiere que el uso de mosquetes y el fuego de volea fueron elementos bien aceptados en otras regiones del este asiático desde finales del siglo XV, como Japón y Corea. Pronto comenzaron a adoptar las armas de fuego —primeros arcabuces y después mosquetes que llegaban a comprarle a los portugueses—, desarrollaron el fuego de volea y comenzaron a usar la contramarcha en sus batallas, aunque con diferencias en la proporción de arqueros y lanceros, así como en la forma en que realizaban los movimientos.

Otro elemento del que se preocupa el autor son los enfrentamientos directos entre China y los occidentales desde el siglo XVII, especialmente los holandeses asentados en Taiwán y los cosacos desde la frontera coreana. Lo interesante es que todos manejaban los mismos elementos de la Revolución Militar: un adiestramiento constante, disciplina, fuego de volea y contramarcha, pero en territorio asiático, terminaron por darle la ventaja a los chinos y sus aliados. Pero China no solo se impuso a los occidentales en tierra, también lo hizo en mar —aunque fue un proceso mucho más complicado que en tierra—, adoptando y mejorando los sistemas de armamentos europeos —cañones de avancarga— y desarrollando navíos dedicados específicamente a neutralizar los europeos. Ello prueba, una vez más, la capacidad de los chinos para observar, adoptar, experimentar y desarrollar sus propios sistemas de armamentos y tácticas para neutralizar a los occidentales. A pesar de todo, concluye el autor, queda un factor característico de la Revolución Militar que logró darle una ventaja relativa a los europeos: los nuevos diseños de fortalezas de bastión o “traza italiana”. Si bien al final la gran mayoría de las fortalezas terminaron por ser conquistadas por los chinos, el costo fue muy duro y en ningún momento se debió a que fueron tomados por asalto o bombardeo, sino por hambre o a la fuerte presión de los sitiadores. Finalmente, más allá de todos estos desarrollos técnicos, la gran ventaja que poseían los chinos —sugiere Tonio Andrade— era la logística, pues los europeos nunca pudieron competir con la capacidad de movilizar recursos y hombres por parte de China.

La última parte del libro, “The great military divergence”, busca explicar la pérdida de poderío chino que a mediados del siglo XIX y cómo los ingleses lograron derrotarlos durante las Guerras del Opio. Al respecto, la explicación clásica de que Inglaterra era un país industrializado en comparación de China no termina por responder la pregunta; más bien, el autor sugiere que el desarrollo de la ciencia experimental europea del siglo XVIII tuvo un papel de gran importancia en este conflicto. Tampoco descarta el largo periodo de paz que trajo consigo la nueva dinastía china desde 1760 hasta 1839. Como las fronteras permanecieron relativamente tranquilas y las amenazas externas se mostraron incapaces de imponerse al gobierno chino, no sería erróneo pensar que se llegó a un equilibrio en la potencia de fuego del armamento; por lo tanto, ya no era posible que las armas alteraran drásticamente el desarrollo de los conflictos, por lo que ya no era necesario incentivar el desarrollo de estas. Al mismo tiempo, parece ser que la paz generalizada se tradujo en una degeneración en el adiestramiento y la disciplina general de las tropas chinas, las cuales no tuvieron oportunidad contra las tropas inglesas.

Tras la derrota de la primera Guerra del Opio, China no se encerró en su mundo ni se mostró reacio a rechazar todo lo occidental. Al contrario, se buscó modernizar al ejército, pero como explica

el autor, fracasaron en implementar las reformas necesarias, no tanto por el confucionismo o la debilidad del emperador, sino por los grupos de poder que temían la pérdida de sus privilegios y no vieron en la derrota contra Inglaterra un motivo suficiente para modificar al ejército. Finalmente, tras su derrota en la guerra sino-japonesa (1894-5), los chinos se dieron cuenta de que no podían cerrarse a la nueva realidad de la guerra moderna. Finalmente se vieron obligados a instaurar reformas de modernización en el ejército, en los arsenales y en las técnicas de combate. El libro termina cuando comienzan a generalizarse compuestos químicos mucho más potentes y discretos que la pólvora. Termina la historia de este compuesto químico, pero su legado perdura hasta nuestros días.

Mención aparte merece el análisis que hace Tonio Andrade sobre de la teoría de la Revolución Militar. El historiador toma como modelo interpretativo —aunque no exclusivo— del historiador británico Geoffrey Parker: factores como el adiestramiento, las armas de fuego, las armadas integradas con artillería y el uso de fortalezas de bastión, impulsaron la expansión de Occidente desde el siglo XVI. Sin embargo, lo que Andrade considera una de las grandes cualidades de la teoría, esto es, su flexibilidad para adaptarse temporal y espacialmente a distintos estudios de casos es, en realidad, uno de sus puntos débiles. Puesto que la teoría se ha “estirado” para alcanzar distintos periodos que bien podrían ser considerados como revolucionarios por los estudiosos del tema — Edad Media, el Renacimiento y la Modernidad—, lo único que muestra es su imposibilidad de establecer un periodo verdaderamente revolucionario. En este sentido, si existen muchas revoluciones militares para explicar los distintos cambios en la forma de hacer la guerra, entonces la idea misma de una “revolución” se vuelve poco útil como una forma de explicar los procesos históricos.

Ahora bien, una de las grandes aportaciones del trabajo de Tonio Andrade es que alcanza a develar algunos de los mitos más arraigados en las explicaciones occidentalistas sobre la historia de China. Su desarrollo militar no puede reducirse al aspecto religioso del confucionismo, ni tampoco a la idealización de que China era un pueblo unificado y pacífico; tampoco se puede reducir a la explicación heroica de la resistencia china ante el embate de los mongoles. Como sugiere el autor, la historia de China es mucho más compleja de lo que hemos creído. En ella prevalece la competencia para crear armas y modelos militares más eficientes; así como la innovación, la adopción y la transformación de la tecnología interna y externa. La religión o el idealismo no detuvieron la modernidad china, al contrario, impulsaron las ventajas y transformaciones con las que lograron defenderse de la expansión europea; y lo hicieron tan eficientemente, que permanecieron como un estado fuerte e independiente durante cuatro siglos.

Finalmente, valdría la pena concentrarse la postura del autor respecto a la divergencia entre China y Occidente de mediados del siglo XIX. De nuevo, la respuesta no se encuentra un elemento a veces obviado o poco estudiado por los especialistas: la diferencia entre la ciencia europea y la china. En efecto, parece ser que la ciencia experimental que surgió en el siglo XVIII, les permitió a los europeos desarrollar armas mucho más precisas gracias a los experimentos con balística, que utilizaban pólvora cada vez más fina y potente, y que era bien manejada por militares profesionales que se habían educado en escuelas en las que aprendían modelos matemáticos que podían ser usados en batalla. Si en los enfrentamientos entre China y Europa anteriores al siglo XVIII, China podía co-

piar y adoptar la táctica y tecnología Occidental, para la guerra contra Inglaterra en 1839, la divergencia fue tan abrupta que no pudieron hacerles frente a los invasores.

The Gunpowder Age no tiene desperdicio, especialmente para los que recién se adentran en los estudios militares asiáticos. También es un libro recomendable para conocer la historia de la pólvora más allá del proceso occidental, con lo cual uno comprende lo poco que sabía sobre la historia de dicho compuesto químico. Aun así hay que tener cuidado con las cuestiones sobre la Revolución Militar y preguntarnos ¿realmente podemos medir una Revolución Militar?

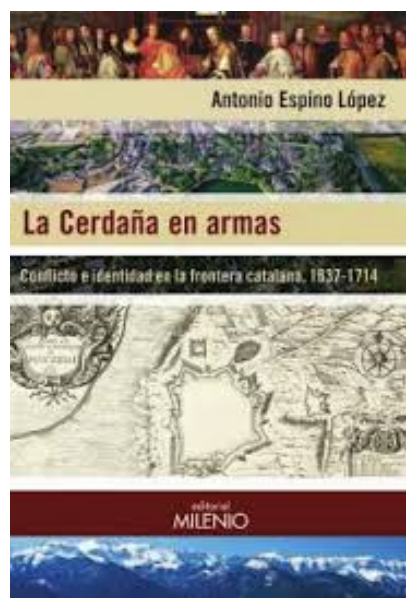
Antonio ESPINO LÓPEZ: *La Cerdaña en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*, Lleida, Editorial Milenio, 2017, 399 pp., ISBN: 9788497437806.

Miguel J. Deyá Bauzá
Universitat de les Illes Balears

El precio de ser frontera en la Edad Moderna

A pesar del subtítulo, la mayor parte de este nuevo libro del Dr. Espino se dedica más al conflicto en sí que a sus consecuencias en la identidad colectiva de la población que padeció un intermitente estado de guerra durante casi ochenta años, si bien es verdad que las conclusiones del libro enlazan estos dos elementos contenidos en el subtítulo: conflicto e identidad.

Nos encontramos ante un estudio que aparentemente se consagra a una comarca, la Cerdaña. Sin embargo, va más allá. En primer lugar, por el papel preeminente de esa comarca en el enfrentamiento entre la Monarquía Hispánica y la gala en el siglo XVII y la peculiar situación de dicha zona tras el Tratado de los Pirineos. Espino nos demuestra que para conocer las relaciones entre las dos monarquías a lo largo de esa centuria son indispensables las referencias a la comarca en cuestión. Además, el autor desde el principio de la obra nos pone sobre aviso de que intentará ligar la situación de la Cerdaña con la evolución bélica en otras zonas donde las dos potencias también se enfrentaban, caso de los Países Bajos e incluso Sicilia durante la revuelta de Mesina, si bien es ese un objetivo que –dada su dificultad– se consigue sólo de forma intermitente en la obra, pero sí en los momentos clave de las relaciones hispano-galas, como es el caso de los momentos posteriores a la entrega de Puigcerdá a los franceses de 1678. En todo caso lo que si se alcanza es que el lector, a partir del caso concreto de la Cerdaña, se haga una idea muy fiel de la situación general de la frontera catalana a lo largo del siglo XVII. Efectivamente, a lo largo de la obra son numerosas, y sobre todo acertadas, las referencias al Ampurdán, el Rosellón y a ciudades más alejadas de la frontera, pero vinculadas a ella en la estrategia defensiva tanto de la Corona como de las instituciones catalanas: Gerona, Roses, Figueres, Olot, Berga, Vich... De hecho, la obra deja clara la estrategia francesa de jugar con la invasión de la península por la Cerdaña o el Ampurdán en un dualismo del que eran conscientes los altos jefes militares de la Monarquía Hispánica que en ocasiones primaron la defensa del Ampurdán por el miedo a la facilidad con que desde allí podía el enemigo dominar la costa norte catalana e incluso llegar a Barcelona. Las referencias a la postura de la Generalitat ante el conflicto, escasas pero muy oportunas, las referencias a las tropas levantadas por la Generalitat para la defensa de frontera, sus peticiones a Corona... nos permiten conocer el conflicto mucho más allá de su vertiente meramente local y comarcal. Es verdad que esa relación entre la Cerdaña y otras zonas del Principado, también de frontera o del traspais, hubieran quedado mucho más



claras con algún mapa, aunque sólo fuera similares a los insertos en la aportación del propio Espino en la obra colectiva *La Guerra de Successió dia a dia* (Ed. Sapiens, vol. I, pp. 23 i 28).

En muchas ocasiones la obra se nos presenta como un auténtico diario de operaciones, lo que tiene la ventaja de aportarnos mucha información, aunque exige una lectura atenta y lenta. Fruto de este enfoque es el tratamiento de temas que en ocasiones se olvidan en los estudios dedicados a la guerra: la importancia de los caminos, las difíciles relaciones entre tropas reales y las reclutadas por el país o las constituidas por los ciudadanos en armas convertidos en soldados no profesionales. El lector un poco atento podrá ilustrarse sobre la importancia de algunos aspectos logísticos como la necesidad de fundir las piezas de artillería para la defensa de Puigcerdá en la propia villa, debido a las dificultades de transporte, auténtico hándicap per la Monarquía Hispánica o la necesidad de ocupar diversas zonas con la exclusiva finalidad de proveerse de forraje para las caballerías. A pesar de la riqueza de detalles de orden logístico que pueden deducirse de lo expuesto por el autor, existen otros que no aparecen o lo hacen en escasa medida, como el suministro y mantenimiento de pólvora, problema no menor en muchos territorios europeos y en concreto en toda la Monarquía Hispánica como reconoce el propio autor (pág. 165), aunque sin adentrarse en las peculiaridades de ese problema en la zona objeto de su estudio. El tema de los alojamientos es primordial, como ya sabemos, tanto para la operatividad de los ejércitos como por lo que respecta a las relaciones entre la población civil y los miliares y entre las autoridades municipales y regnícolas y las reales y/o militares. Espino integra este importante tema para la historia de Cataluña con una objetividad, mesura y rigor que no siempre se ha tenido en una cuestión de esta importancia para explicar el alzamiento de 1640 y otras protestas catalanas del siglo XVII. Documenta el autor la construcción de cuarteles en Puigcerdá, en 1663, pagado por la villa, y en 1668 más por necesidad que por otra cosa, pues el número a casas no podía albergar a la numerosa tropa que se pretendía enviar a la localidad. Una prueba, a nuestro juicio, de capacidad española para amoldarse, aunque sólo fuera parcialmente, a las nuevas necesidades, en una zona y coyuntura concreta, pues ya sabemos que el tema del acuartelamiento de topas en lugar de alojamientos fue recurrentemente rechazado por instituciones reales y la propia Corona. La problemática de las desertiones, tanto en el ejército hispánico como en el galo, también aparece. Por el contrario, las referencias a redes de confidentes de uno y otro bando infiltrados en territorio enemigo son escasas, aunque obviamente el rastro documental de estas redes es limitado. También extraña la ausencia de referencias al contrabando. Sí se apunta la existencia de canjes de prisioneros, un aspecto recogido esporádicamente en la obra y que abre una vía de investigación de gran interés para entender en toda su dimensión la naturaleza de la frontera en la intrahistoria de las localidades situadas a su alrededor.

Con todo, uno de los análisis más acertados que se recogen en el libro es el de analizar la distinta situación francesa y la hispánica no sólo desde la capacidad o no de construir grandes estructuras defensivas, donde los franceses tuvieron ventaja atendiendo a su mejor situación económica, sino a la capacidad de enviar y mantener un ejército importante para guarnecer y defender aquellas fortalezas. Un aspecto que puede parecer de pura lógica pero que muy a menudo se olvida.

Aparecen bien analizados otros aspectos de la frontera como el hecho de que en algunos momentos la frontera catalana era no solo política, sino también religiosa, atendiendo a la importancia de los hugonotes en el territorio francés, si bien es evidente que este aspecto es mucho

más importante para la segunda mitad del siglo XVI que no para el período que se propone analizar Espino

Las dificultades, a ojos de la Corona, para levantar hombres para el somatén y la pervivencia de algunas prácticas medievales nos hacen pensar –aunque el autor no lo afirme claramente– que desde la perspectiva de la Corona se estaba dando, quizás desde hacía tiempo, una fosilización del sistema de defensa del Principado por fuerzas regnícolas, si bien el propio libro no presenta ejemplos más que evidentes del compromiso de las instituciones catalanas con el refuerzo de las defensas de la frontera (caso de la recuperación de Salses en 1640). Lo mismo se puede afirmar de los esfuerzos hechos por esas mismas instituciones a la hora de financiar la fortificación de las tierras de frontera después de la firma de Tratado de los Pirineos.

La crisis económica de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII es una idea transversal a toda la obra que, por otra parte, deja intuir como en el reinado de Carlos II uno de los puntos fuertes para mantener aspectos esenciales del *status quo* nacido en 1659 fue el temor de potencias europeas a un mayor poder francés, lo que explica su relativo apoyo a una Monarquía Hispánica que no era ya, ni de lejos, un peligro para nadie. De cualquier forma, la obra recoge la capacidad de reacción de la Monarquía Hispánica en momentos concretos como las campañas de 1667-68 o las de 1673-74 cuando los españoles ocuparon la Cerdaña gala. De cualquier modo, la obra deja claro como entonces, al igual que ahora, la guerra se gana con dinero. Tras la recuperación española de Puigcerdá (1678), no se inicia la reconstrucción de sus murallas hasta el inicio de la Guerra de los Nueve Años, en 1689, frente al afán constructivo de los franceses del Rosellón. Obviamente ello era no sólo un peligro, como indica el autor, para Puigcerdá y la comarca, también para Aragón y la propia Barcelona, donde el enemigo podría llegar con facilidad una vez tomada aquella plaza tal y como recogió la Generalitat en diversas ocasiones y reproduce fielmente el autor.

La obra no pretende reconstruir la vida cotidiana de los pueblos de la frontera, aspecto que en todo caso sería objeto de otro trabajo, pero sí recoge datos curiosos y que pueden extrañarnos desde la perspectiva de hoy, como es por ejemplo que en los tres dominios de Puigcerdá: el español, el francés iniciado en 1678 y de nuevo el español tras la paz de Nimega, los cónsules de Puigcerdá fueran los mismos. En todo caso la obra deja claro el interés de una y otra potencia por la zona, su situación estratégica obligaba a una y otra a una auténtica labor de rapiña para proveerse de todos los recursos posibles: forraje, dinero, hombres, lugares para el alojamiento de tropas... lo que se liga con el declive demográfico que nos presenta el autor en diversas ocasiones.

En las conclusiones del libro, el autor nos presenta el concepto de contraidentidad desde una perspectiva sumamente interesante. La Cerdaña bajo dominio hispánico, sus ciudades, sus villas y sus habitantes habían forjado unos comportamientos y lazos basados en la contraposición a la otra Cerdaña y al tratamiento que las autoridades francesas les habían dispensado cuando ocuparon momentáneamente la parte española. Un comportamiento francés que sería uno de los elementos importantes en la formación de un antigalicismo durante la Guerra de Sucesión incluso más allá de la frontera española trazada en 1659, temiéndose por parte de las autoridades francesas, como recoge el autor, un levantamiento proaustriacista en el Rosellón conjugado con una ofensiva filipista desde la Cerdaña y el Ampurdán (1705). En definitiva, un libro que bajo la apariencia de un estudio comarcal y/o de caso va mucho más allá tanto en lo

concerniente a la historia de la guerra como a la historia de la frontera como concepto historiográfico.

Renaud MORIEUX: *The Channel: England, France and the Construction of a Maritime Border in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, 402 pp., ISBN: 978-1-108-44184-1.

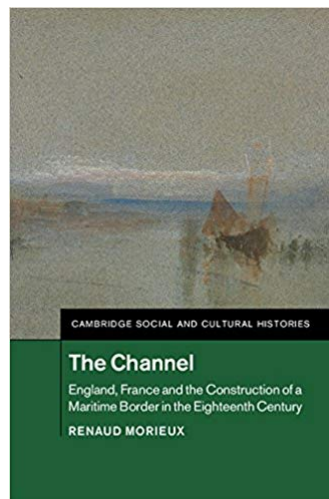
Aitor Díaz Paredes
Universidad de Navarra

Definiendo espacios: La solidificación de una frontera líquida

Si bien peca de reduccionista, no deja de ser válida la idea asentada de una Segunda Guerra de los Cien Años. Esta actualización del conflicto entre las dos grandes potencias europeas separadas por el Canal de la Mancha, que comienza con la expulsión de Jacobo II de los reinos británicos en 1688 y finaliza con la derrota total de Napoleón en 1815, encaja, muy oportunamente, con ese largo siglo XVIII, telón de fondo ante el cual Renaud Morieux plantea este estudio. Durante esa centuria, dos concepciones de la política, dos modelos de Estado y dos proyectos de Imperio, dramáticamente opuestos, fagocitarán las relaciones internacionales europeas, tanto en su dimensión metropolitana como transoceánica.

La treintena de kilómetros que separan Dover de Calais, comprenden cien años de competición política, económica, militar, cultural y tecnológica, permiten hacer historia *sobre* y *en* el canal, y sirven de espejo en el cual ambos gigantes se miden, se comparan, y se ven en la tesitura de convivir. Un ejercicio por lo tanto de historia comparada, pero que logra exponer las diferentes capas de interacción entre no sólo los gobiernos de ambas potencias, sino de los habitantes de estas, cuyas vidas, a ambas orillas del estrecho que les separa, se ven inevitablemente entrelazadas, sin poder escapar a los grandes procesos que se desencadenan a su alrededor.

Es así, subrayando lo insuficiente para la correcta comprensión de la realidad histórica de esa “retórica esencialista” perpetuada a lo largo del siglo XVIII por la cual británicos y franceses se encuentran irremediabilmente enfrentados, como da comienzo Morieux su estudio sobre el canal. En su comentario introductorio, el autor repasa la construcción del discurso nacional inglés en torno a la frontera marítima, partiendo de su insularidad como explicación de la excepcionalidad propia, lo cual vendría a chocar con una interpretación totalmente diferente en el lado francés, cuyo discurso carecería de las connotaciones existenciales planteadas por la historiografía anglosajona. Una divergencia discursiva, la de dos potencias, una marítima, otra continental, que interactúan durante sus respectivos procesos de “territorialización”, y que se proyectaría hasta la actualidad, oportunamente traída a colación por el autor, en plena salida británica de la Unión Europea. Así pues, justificada la cuestión objeto de estudio por la vigencia del tema, la originalidad del hilo conductor y los diferentes estratos en los que el autor profundiza para obtener un cuadro completo quedan dibujados en la introducción del libro.



La primera parte del libro sirve como biografía del canal que separa Gran Bretaña del continente europeo. Resulta original y sorprendente el detenimiento del profesor Morieux en desarrollar una historia del sentido mismo del estrecho. Para ello, se basa en las interpretaciones tanto de la Biblia como de los autores clásicos que se realizan durante la Edad Moderna. Asimismo, también se parte de la evolución del lenguaje y de la toponimia para establecer las coordenadas mentales que subyacen en las diferentes denominaciones que recibe a lo largo de la historia. Una solución refrescante ante el problema necesario de la contextualización del hecho geográfico y las situaciones y procesos que este desencadena. Tienen cabida aquí desde las frágiles e incipientes teorías en torno a los yacimientos arqueológicos en los que se descubren restos de animales prehistóricos, prueba de una primigenia unión entre las islas y el continente, pasando por la interpretación providencialista marcada por un fuerte determinismo geográfico de la condición insular, a la representación misma de la frontera a lo largo de los siglos XVII y XVIII y la relación entre la plasmación de ésta en la cartografía y la configuración del Estado Moderno.

La parte central de la obra, una vez enmarcado el espacio, aborda la definición de esa frontera marítima en la práctica, siempre con la connotación bélica de fondo. En el caso francés, con una clara política defensiva marcada a partir de la racionalización de las defensas tanto costeras como interiores de Francia emprendida por Vauban y continuada hasta las Guerras Napoleónicas, sentenciada la frontera como una cuestión militar. Pese a la obviedad del canal como frontera natural, la política a seguir no contó en Reino Unido con el mismo consenso que en Francia, dividida entre una apuesta total por el control de los mares, y una mayor implicación en el devenir de los acontecimientos en el continente europeo.

Esa definición de la frontera a lo largo de la concatenación de conflictos entre ambas potencias afectaba de forma dramática, y he aquí uno de los grandes valores de este estudio, a la población civil de ambos lados del estrecho, a esos “frontaliers” y “borderers”, habitantes de una frontera tan obvia como escurridiza, convertidos en integrantes de las milicias, huéspedes de tropas profesionales destinadas en sus localidades, corsarios, comerciantes, contrabandistas, artesanos y pescadores, estrechamente ligados entre sí y desapasionados defensores de un aparato estatal cada vez más sofisticado y preocupado en combatir el contrabando e imponer *su* frontera sobre el otro.

La construcción de una teoría política para sustentar la supremacía en el estrecho resultaba necesaria, en especial para los británicos, chocando con la obra de Hugo Grocio, ya a comienzos del siglo XVII, conceptualizado el mar «no como zona neutral, sino como parte del territorio de la Corona, frontera fiscal, económica y política» (p. 183). La autoridad para reclamar la posesión de la frontera marítima con franceses, y también neerlandeses, según se desarrollaba el siglo XVII, y plenamente a lo largo del siglo XVIII, era fundamental para revestir de legitimidad las acciones contra los intereses pesqueros y comerciales británicos, así como las incautaciones y confiscaciones de bienes de contrabando o botines de guerra, y el perfeccionamiento del sistema aduanero. Irónico resulta constatar que el poder del uno sobre la cuestión fronteriza no es sino el reconocimiento involuntario de la amenaza del otro, pese a la teoría británica de la soberanía de los mares.

Por último, Morieux dedica la tercera parte del libro a la cotidianidad en la transgresión de dicha frontera. Unos capítulos donde reside el gran activo de su investigación, descendiendo a la realidad de una frontera dinámica, donde los diferentes actores interactúan y en ocasiones colaboran independientemente de las disputas entre las autoridades británicas y francesas, en

un momento en el cual «las afiliaciones nacionales aún no estaban claramente definidas» (p. 314). Ante la imposibilidad de controlar completamente el tránsito de personas y mercancías, el autor aporta numerosos y detallados ejemplos en los que las comunidades locales defienden sus intereses, encajen o no en la estatalización de la frontera, proceso que corre paralelo, amén de a la afirmación del Estado, a las convulsiones políticas que vive Francia en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Tanto es así, que, en ocasiones, se descubre la rivalidad entre regiones como Bretaña y Normandía, revelando un plano de comunidad paralelo al de la construcción de la nación francesa. Igualmente, los contrabandistas podían contar con la connivencia de las autoridades portuarias, defendiendo el autor que «el modelo centro-periferia está, sin lugar a duda, mejor adaptado a la hora de explicar cómo los lazos que unen las comunidades marítimas fueron formados en torno a este tipo de intercambios» (p. 251).

Tal y como afirma Morieux, las actividades de los pescadores franceses e ingleses, tanto legales como ilegales, se encontraban estrechamente entrelazadas, hasta el punto de tener lugar con o sin políticas mercantilistas, leyes parlamentarias, embargos comerciales o guerras, pero, al mismo tiempo, dichos pescadores podían actuar como, por ejemplo, espías en los puertos del enemigo o sujetos de debate del bienintencionado y torpe humanismo ilustrado, el cual les representa como «una versión europea del buen salvaje» (p. 236). Son los pescadores y los contrabandistas, pero también los hugonotes que huyen de la política religiosa de Luis XIV, los burgueses de Dunquerque, los habitantes de Jersey o Guernesey, quienes dan vida al canal de la Mancha durante el siglo XVIII, mientras Reino Unido y Francia se asientan como las dos grandes potencias del tránsito de la Edad Moderna a la Edad Contemporánea.

Esa hidra de la que hablaba Víctor Hugo desde su exilio en las islas del canal, ese ser indivisible, cuyo oleaje no podía ser dividido y delimitado por fronteras artificiales (p. 325), es retratado por Morieux en toda su complejidad, desde el golpe de Estado orangista de 1688 hasta las derrotas de Trafalgar y Waterloo. Se trata, en definitiva, de una obra de especial interés, con un planteamiento ambicioso y diferente. Morieux disecciona los distintos planos en los que se mueven los agentes que hacen del canal un punto de encuentro y choque, y lo hace tocando temas tan dispares como la etimología o los servicios de mensajería. Tal vez sea en su virtud donde se encuentre su punto más débil, compartimentando tal vez demasiado las partes, insistiendo el propio autor precisamente en la interconexión de estas. No obstante, cierta falta de cadencia no ensombrece una obra muy meritoria, que hace de la arbitraria geografía protagonista absoluto del curso de la historia y demuestra la enorme trascendencia de *la Manche* tanto para las élites políticas como para los agentes locales en el proceso de construcción del Estado —y la frontera.

Antonio PEIRÓ ARROYO: *El golpe de Estado del general Palafox*, Zaragoza, Prensas universitarias de Zaragoza, 2017, 248 pp. ISBN: 978-84-16935-86-4.

Hervé Siou
Sciences Po Paris

Deconstruyendo a Palafox

¿Tendrá razón Antonio Peiró Arroyo? No siempre es fácil, incluso para un historiador confirmado, ir en contra de las ideas asentadas por la historiografía y consideradas como realidades históricas. Al instinto de no considerar como hechos comprobados los relatos que aparecen en las fuentes y que la historiografía ha tomado como suyos, debemos la erudita investigación del aragonés en torno a la toma del poder de Palafox en los días previos a los sitios de Zaragoza y su posterior actuación durante los mismos. La tesis es asestada con claridad desde la misma introducción del corto libro y reivindicada con fuerza en el título de la obra: al margen de Fernando VII, «Palafox organizó una conspiración con el objeto de hacerse con el poder» (pp. 17-18)



Antes de entrar en la valoración de esta propuesta, contextualicemos esta publicación. Abarcando un amplio espectro cronológico que transcurre desde la historia moderna hasta la historia más contemporánea, el autor ha dedicado investigaciones a temas muy diferentes, casi todas centradas en el territorio aragonés. *El golpe de Estado del general Palafox* puede considerarse sobre todo como la continuación de dos de sus libros, cuyas fechas de publicación casi encuadran la carrera del historiador. El primero, publicado en 1985, fue consagrado a *Las Cortes aragonesas*. Aunque el enfoque sea muy diferente, *El golpe de Estado* se puede leer como una actualización de esta investigación pionera, sobre todo en el capítulo que trata de la convocatoria de estas cortes. El segundo trabajo, publicado en 2016, trata de los labradores, unos actores importantes de los sitios de Zaragoza. Con esta tercera publicación pues, Antonio Peiró completa su análisis del momento crucial de la sublevación zaragozana contra los franceses en 1808.

Además de tomar sentido en la trayectoria personal del autor, la publicación también se inserta en el marco más amplio de una renovación historiográfica que ha tratado de deconstruir algunos de los grandes mitos de la guerra de la Independencia. Se desarrolló en torno al bicentenario de la misma y se benefició en particular de las aportaciones de la historia cultural. Llevó, entre otras cosas, a un mayor conocimiento de los mecanismos de construcción del relato nacionalista que consideraba que el sublevamiento de 1808 había sido unánime y espontáneo.¹ Al centrar su investigación en el momento del acceso al poder de Palafox, Antonio Peiró sigue en esta línea de investigación y se sitúa en un punto clave para proceder a la deconstrucción de tres mitos entrelazados: el del sublevamiento popular, el de la defensa heroica de los sitios de Zaragoza

¹ Véase el balance historiográfico siguiente: Pedro Rújula, « A vueltas con la guerra de la Independencia. Una visión historiográfica del bicentenario », *Hispania. Revista Española de Historia*, 235 (2010), p. 461-492.

za y el de la propia figura idealizada de Palafox. En esta encrucijada, trata de distinguir lo que es el producto de una construcción cultural posterior de lo que realmente pasó.

El libro se inscribe en un movimiento de progresiva salida de lo que Francisco Javier Maestrojuán Catalán llegó a llamar un «agujero negro histórico», es decir la atracción historiográfica que ejercieron los sitios de Zaragoza durante mucho tiempo.² Interesándose al periodo anterior a los mismos, el libro de Antonio Peiró Arroyo viene a reequilibrar y a completar una historiografía que, abundante en cuanto al periodo de los combates, ya se había ido enriqueciendo en aportaciones estimulantes en cuanto al período posterior.³ Aun así, el tema no es totalmente novedoso puesto que el personaje histórico de Palafox ha dado lugar a varias publicaciones en las últimas décadas.⁴ Sin embargo, según Antonio Peiró, a pesar de la relevancia mítica de Palafox en el relato nacional español o justamente por esa misma razón, la sombra de su leyenda se ha ido alargando en el tiempo y ha impedido que los historiadores se fijen en algunos aspectos y momentos de su trayectoria, así como en algunas contradicciones que acarrearán las fuentes. Por lo tanto, es a partir de un minucioso recorrido por las mismas que el autor se propone indagar nuevamente en el personaje histórico de Palafox. Subrayemos, antes de entrar en más detalles de la obra que el aparato crítico que acompaña este estudio convierte el libro en una fuente informativa más allá del tema en el que se centra. Aparte de los índices onomástico y toponímico, de las fuentes y de la cronología que facilitan y completan la lectura del mismo, tanto la bibliografía, muy completa, como, sobre todo, el apéndice biográfico de una cuarentena de páginas, seguramente sean muy útiles para todas las investigaciones que se quieran acercar en el período.

Según cuenta Palafox en sus memorias, fue enviado a Aragón por Fernando VII para formar una regencia dirigida por el tío del rey, el infante don Antonio del cual se tenía que encargar antes de llegar a Bayona. Finalmente se va a Zaragoza sin el infante y después de hacerle una visita al capitán general de Aragón Guillelmi para presentarle su proyecto y constatar que la máxima autoridad militar no está dispuesta a ayudarle a sublevar Aragón, se retira en su casa de La Alfranca, cerca de la capital aragonesa. Allí es donde, aclamándole, los labradores le hubieran venido a buscar para liderar el sublevamiento contra los franceses. Ese es el relato fundacional que Antonio Peiró Arroyo pretende cuestionar al tratarse, según él, de una «mentira aceptada» (p. 11) Esto es porque el relato de Palafox presenta una contradicción: si efectivamente su intención era sublevar Aragón, no parece que se hubiera preocupado mucho del asunto una vez retirado en La Alfranca. Además, poniendo de lado las memorias escritas por Palafox, las dos principales fuentes utilizadas por los historiadores que han venido confirmando este relato fundacional, el diario de Faustino Casamayor y la historia de los sitios de Agustín Alcaide Ibieca, ambas escritas tiempo después de los acontecimientos, presentan sesgos marcados que

² Francisco Javier MAESTROJUÁN CATALÁN: *Ciudad de vasallos, nación de héroes. Zaragoza 1809-1814*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Excma. Diputación de Zaragoza, 2003, p. 19.

³ Véase entre otros: Pedro RÚJULA (coord.): *Aragón y la ocupación francesa*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza / Ibercaja, 2013. El mismo autor también se interesó en el periodo anterior a los sitios. Ver Íd.: "Lucha por el poder y resistencia en la Zaragoza de 1808", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 83 (2008), p. 29-44.

⁴ José DE PALAFOX: *Memorias*, Zaragoza, Ayuntamiento, 1994. [Prólogo de Herminio Lafoz Rabaza]; Íd.: *Memorias*, Zaragoza, Comuniter, 2007; Íd.: *Autobiografía*, Salamanca, Ediciones Espuela de Plata, 2008 [Edición de Manuel Moreno Alonso]. También: Herminio LAFOZ RABAZA: *José de Palafox y su tiempo*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Cultura y Educación, 1992; Íd.: *El general Palafox. Héroe de la guerra de la independencia*, Zaragoza, Delsan Libros, 2006.

hacen dudosas algunas de sus afirmaciones: Casamayor por su vínculo directo con Palafox y Alcaide Ibieca por su interpretación absolutista. De allí la hipótesis según la cual Palafox vino a Aragón con intenciones bien diferentes a las de cumplir con las órdenes del rey.

El primer capítulo del libro repasa rápidamente la juventud de Palafox e incide en las intrigas de Corte de las que fue partícipe. Antonio Peiró trata aquí de establecer el perfil conspirador del joven guardia de corps que teje entonces una potente red de apoyos que luego le será muy útil. El segundo, más extenso, se centra en su toma del poder en Aragón. La contradicción de las fuentes en cuanto a la fecha de su llegada a Zaragoza después de los acontecimientos de Bayona hace sospechar de las razones que le llevaron finalmente a retirarse a La Alfranca. Este retiro podría resultar, según el historiador, del desencuentro con Guillelmi y de la amenaza del mismo de que si no se unía al él, habría de salir de la ciudad o ser arrestado. Palafox, escondido en La Alfranca, habría estado tramando una sublevación gracias al apoyo de una junta de notables compuesta a la vez de élites ilustradas del Antiguo Régimen y de sectores más populares, cuyo origen se enmarcaba en la política conspiracionista antigodoísta que bien había conocido en su etapa madrileña.

El 24 de mayo, al llegar la noticia según la cual Fernando VII había renunciado a la corona, se produce el sublevamiento zaragozano: la muchedumbre se dirige hacia la casa del capitán general Guillelmi con la idea de pedir armas pero, ante su negación, le arrestan y encarcelan mientras requisan fusiles y piezas de artillería. Con la encarcelación de Guillelmi, se produce un vacío de poder y es cuando se empieza a buscar a un sustituto. Entre el propio Palafox o bien Jorge Ibort, un comerciante que con otros zaragozanos ya había estado pensando en las medidas para levantar la ciudad, no parece muy claro quién tomó la iniciativa de ir a buscar al noble refugiado. En todo caso, en los tres días que siguen, los poderes del Real Acuerdo de la Audiencia, del ayuntamiento y del capitán general interino de Aragón se doblegan ante la presión de la movilización popular que aclama a Palafox y le acaban cediendo su poder. Esto no transcurre sin generar cierto malestar y Antonio Peiró desvela la oposición en el Cabildo y en la Real Audiencia a la toma del poder de Palafox. A partir del manifiesto del 27 de mayo que llama al sublevamiento de Aragón, Palafox, maniobrando hábilmente, ya ha conseguido colocar a gente de confianza en los puestos estratégicos, haciendo uso de esta forma del entramado de fidelidades que había construido anteriormente.

En el capítulo siguiente, Antonio Peiró subraya que nada en la actuación de Palafox deja constancia de que su voluntad de sublevar Aragón fuera a favor de Fernando VII. Ni los bandos, ni la convocatoria de las cortes de Aragón ni los manifiestos hacen referencias directas al rey. Si no hay prueba que señalen la voluntad de encabezar un levantamiento a favor del rey, sí existen índices de que lo quiso hacer por su cuenta. Lo que sugiere su actuación en los primeros días, así como la colaboración de personas cercanas a Murat, es que su objetivo probable era el de «hacerse fuerte y [...] disponer de una capacidad de negociación que le permitiese poner el Reino de Aragón bajo su control, [...] bajo la supervisión francesa» (p. 70) Antonio Peiró recuerda que entre mayo y junio de 1808, Napoleón aún no tenía un plan totalmente definido en cuanto a la península y lo que le importaba sobre todo era el control del territorio al norte del Ebro. Por tanto, la actitud de Palafox tenía sentido, sobre todo si se toma en cuenta la influencia que pudo ejercer la política que llevó a cabo su tío Francesco Melzi d'Eril en Italia. Antonio Peiró Arroyo reconstruye minuciosamente la relación entre Palafox y su tío, recordando que este último vino a Zaragoza antes de la guerra y que tuvo un papel central en su liberación de

Vincennes en 1813. Toda esta reconstrucción del universo político y mental de Palafox parece confluir hacia la idea de que pensaba crear una provincia satélite del imperio napoleónico bajo su control y con supervisión francesa, a la manera de lo que se había hecho en Italia.

Los capítulos siguientes se proponen demostrar la manera con la que Palafox asentó su poder personal. Esto es gracias a la convocatoria de las Cortes aragonesas, a la censura de las correspondencias, el control y la manipulación de la prensa, así como por el nombramiento de representantes aragoneses fieles en la junta central suprema y la represión interna contra posibles competidores. A pesar de algunos análisis muy interesantes como el que detalla la celebración de las cortes y viene completar el trabajo que el autor publicó en 1985, el libro pierde aquí parcialmente de vista el objetivo inicialmente planteado al dejar pendientes algunas preguntas importantes: ¿la represión interna tiene que ver directamente con el proyecto secreto de Palafox? ¿Pueden leerse las salidas de Palafox a la luz de este mismo proyecto? ¿Estableció Palafox contactos con los franceses para intentar la implementación de su idea? ¿Qué es lo que no le permitió llevar a cabo su proyecto? ¿Por qué cambió finalmente de idea?

A partir del capítulo consagrado a las cortes aragonesas, el libro parece orientarse hacia una deconstrucción en toda regla de la leyenda de Palafox. Sólo así se entiende el encaje de algunos apartados como el que trata del malestar social generado por sus actuaciones. Cierto es que la represión interna, la censura y el control de la prensa participan de un asentamiento del poder del caudillo, pero el autor no explica si es la forma utilizada por Palafox para perseguir su proyecto secreto. No aclara muy bien lo que releva de lógicas militares, lo que tiene que ver con una lucha interna por el poder y lo que sería el plan de golpe de Estado, término que, por cierto, carece de definición. La falta de indagación en los factores que pudieron llevar Palafox a tomar sus decisiones acerca a veces el libro a la corriente crítica o leyenda negra que siempre acompañó a Palafox y que no sólo encuentra sus raíces en los escritos franceses. Y si no es así, por lo menos se nota cierto malestar del autor acerca de la heroización de Palafox.⁵

Puede que Antonio Peiró Arroyo tenga razón y que el objetivo realmente perseguido por Palafox no fuera el de ponerse al servicio del monarca sino de aprovecharse de la profunda crisis de la monarquía provocada por la llegada de los franceses para hacerse con el poder bajo una supervisión francesa. Sin embargo, no queda totalmente demostrada la hipótesis y plantea muchas preguntas que carecen de respuestas. Lo que sí queda claro es que Palafox llevó a cabo una política personalista y autoritaria que no se corresponde con el mito patriótico. También que la opción de crear un Estado propio bajo tutela francesa no estaba descabellada y pudo rondarle por la cabeza. Sin embargo, por aquel entonces la incertidumbre estaba generalizada y la actuación de Palafox no es la única que revele un cierto «grado de indefinición» (p. 166) Los acontecimientos excepcionales que vivió el país hicieron evolucionar los posicionamientos políticos de los diferentes actores. En el fondo, puede que una de las principales aportaciones del libro, además del resquebrajar de una figura cuyo monolitismo patriótico fue erigido en mito, resida justamente en el demostrar la gran incerteza en la que tenían que actuar y tomar decisiones los actores políticos del momento.

⁵ Algunas frases lo dejan claro (p. 12): «[...] Palafox ha aparecido ante la posterioridad como un héroe cuando, como poco, es necesario poner en tela de juicio su capacidad militar».

Nicasio LANDA: *Muertos y heridos y otros textos*, selección y estudio introductorio de Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga, Pamplona, Pamiela, 2016, 334pp., ISBN: 978-84-7681-936-4.

Josep Escrig Rosa
Universitat de València

Humanizar la guerra: Nicasio Landa y la Segunda Guerra Carlista

La contienda que tuvo lugar entre 1872 y 1876 se convirtió desde muy pronto en un polo de atracción para escritores como Miguel de Unamuno o Ramón M^a del Valle-Inclán. Desde el épico enfrentamiento entre liberales y carlistas del sitio de Bilbao (1874) que el primero recreó en *Paz en la Guerra* (1897), hasta las calamidades narradas por el segundo en las tres novelas que componen su ciclo carlista –*Los cruzados de la causa* (1908), *El resplandor de la hoguera* (1909) y *Gerifaltes de antaño* (1909)–, lo cierto es que los devastadores efectos de la guerra en el frente norte no pasaron desapercibidos para nadie. Pero no sólo fue tratada esta contienda desde el recuerdo y la ficción. También hubo textos coetáneos destinados a dar a conocer el conflicto a una opinión pública hambrienta de conocimientos y noticias en un contexto de cambio político y transformación social como fue el del Sexenio democrático. Uno de esos testimonios fue *Muertos y heridos*, escrito durante los primeros meses por el médico militar y fundador de la Cruz Roja en España, Nicasio Landa (1830-1891), y publicado a finales de 1875, cuando todavía estaba activo el conflicto. Sin embargo, lo cierto es que el paso del tiempo dejó caer en el olvido tanto al texto como a su autor. Ha sido el interés de los investigadores Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga sobre el humanitarismo, la sanidad militar y la medicina de guerra en el ochocientos europeo lo que les ha llevado recientemente a rescatar una figura señera como la de Landa. *Muertos y heridos* se reedita así ahora como pieza central de una antología más amplia sobre el médico militar, ofreciendo al lector un panorama amplio y complejo –pero bien trabado– de su singular trayectoria. Todo ello dentro de una edición rigurosamente trabajada en la que las múltiples referencias facilitan la comprensión del texto y guían la lectura.

Nicasio Landa, proveniente de una familia de tradición liberal navarra, cursó sus estudios de medicina en la Universidad de Madrid donde se doctoró en 1856, el mismo año en el que entraría a formar parte del Cuerpo de Sanidad Militar. Su firme compromiso con la idea ilustrada de progreso, perfectamente conciliable y complementaria con sus arraigadas creencias religiosas, le convirtió en uno de los principales divulgadores de los avances científicos y técnicos de la época: «la ciencia necesita de publicidad», escribiría en 1862 en la presentación de la “Sección científica” de la *Revista Española*. Según Landa, el mundo académico debía llegar a un público más amplio mediante una eficaz difusión de las investigaciones. Todos los estudios necesitaban salir a la luz, «darse a conocer» ante la «muchedumbre», ya fueran a propósito del pauperismo y



la cuestión social o sobre los adelantos en las industrias militares y de transporte. A su juicio igual de importante resultaba un debate sobre los asuntos políticos del día que uno relativo a cualquier descubrimiento científico. Por pequeño que fuera este, la sociedad tenía derecho a conocerlo.

La vocación cosmopolita que se hallaba detrás de estos planteamientos unida a su conocimiento de los principales idiomas europeos explica en buena medida su activa colaboración en las reuniones y congresos que se estaban celebrando en el continente sobre los problemas sanitarios y médicos en los ejércitos y en la guerra. Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga señalan acertadamente que su participación en la Conferencia Internacional de Ginebra en 1863, como comisionado por el Ministerio de Guerra, marcó un punto de inflexión en su trayectoria. Tal y como escribió Landa en el primer número de la *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera* (1864), recogido en *Muertos y Heridos y otros textos*, el ánimo que llevó a la convocatoria de dicho encuentro estuvo directamente relacionado con los horrores de la guerra y la agonía de los heridos en el campo de batalla que describió Henry Dunant (1828-1910), miembro convocante de la Conferencia, en *Un souvenir de Solferino* (1862), a propósito de la batalla de homónimo nombre. Si bien inicialmente la Conferencia sólo contempló garantizar la inmunidad a los socorristas, fue Landa quien propuso extender la neutralidad a los soldados heridos, tal y como finalmente quedó fijado en la Convención de Ginebra. De esta forma se referiría el médico navarro a dicho acuerdo en un artículo titulado “La Caridad en la guerra” (1865): «Así pues, si es verdad que la guerra aumenta en nuestro siglo, también lo es que se humaniza. No es ya el ciego furor quien la preside, sino la razón serena».

A partir de este momento, Landa se convertiría en un firme defensor de los valores humanitarios de la Cruz Roja y en su principal impulsor en el ámbito nacional, como se demostraría a raíz del estallido de una nueva guerra carlista en 1872. Pero como puede comprobarse de la mano de Landa en *Muertos y Heridos*, aplicar los principios de la Convención de Ginebra no resultó tarea sencilla en el contexto de violencia del frente norte. Sin menospreciar la importancia que tuvo la Cruz Roja en la organización de los servicios sanitarios militares, resulta especialmente destacable cómo la organización fue capaz de convertirse en un puente de comunicación eficaz entre liberales y carlistas. Un cauce que Landa trató de cuidar con esmero para asegurar el mantenimiento de la neutralidad de los heridos –de cualquier signo político– en su traslado por las ambulancias desde el campo de batalla a los hospitales. De hecho, en misiva a la presidenta del comité de señoras de la asociación en mayo de 1874, entonces la duquesa de Medinacelli, aseguró que «para nosotros la sangre borra el color de la escarapela». Con estas palabras certeras Landa respondía a una doble acusación: por un lado, a la vertida por los carlistas más radicales en periódicos como *El Cuartel Real*, la cual no solo tachaba a la Cruz Roja de sociedad masónica, sino que llegó a llamarla “la cruz del diablo”; por otro, a la de aquellos liberales que afirmaron que la asociación estaba destinando los fondos al cuidado exclusivo de los heridos carlistas.

En *Muertos y Heridos* el médico navarro abordó de manera muy interesante el surgimiento de una asociación con las mismas finalidades que la Cruz Roja en el bando de don Carlos: La Caridad, bajo la presidencia de Margarita de Borbón, mujer del pretendiente. Sus símbolos identitarios eran una boina morada –en lugar de las gorras blancas con cruz roja– y un emblema compuesto por un Corazón Sagrado en medio de una Cruz de Malta y las alusiones al carácter católico de la asociación. Landa, según su testimonio, trató de evitar esta “escisión” y

parece que nunca cerró del todo la puerta a una futura integración, a pesar de los manifiestos desencuentros que se dieron entre ambas organizaciones. Pero la tensión desde el punto de vista humanitario llegó para Landa a su clímax cuando uno de los militares carlistas declaró prisioneros en invierno de 1873 a un grupo de treinta enfermos liberales, aduciendo que eran leves. A pesar de que los “fueros de la humanidad” que abanderaba la Cruz Roja habían quedado en entredicho, las gestiones del médico navarro consiguieron finalmente la libertad para los heridos y que la Real Junta Gubernativa Carlista de Navarra, entonces en Elizondo, atendiera las reclamaciones sobre el incidente.

Pero esta constante defensa del universalismo de la causa humanitaria que encontramos en Landa, cuya expresión última fue su “Proyecto de Convención Sanitaria Internacional” (1888), estuvo acompañada a lo largo de su vida por un profundo amor patriótico hacia su tierra natal. En la antología que publican Guillermo Sánchez y Jon Arrizabalaga encontramos dos textos significativos al respecto. El primero se refiere al relato *Una visión en la niebla: los guerreros euskaldunacs* (1870), en el que Landa rastrea las esencias históricas del pueblo navarro a través de sus principales héroes. El segundo es el discurso que el médico navarro pronunció en 1887 ante la regente María Cristina cuando se le entregó la medalla de la Asociación Euskara de Navarra. Disertación en la que no perdió la oportunidad de reivindicar a la regente un aumento de las ayudas para salvaguardar la cultura y la lengua euskalduna. Por tanto, es en este cruce de identidades –no contradictorias– donde debemos situar la trayectoria del médico Nicasio Landa: un hombre que contribuyó al nacimiento y desarrollo de la Cruz Roja en el ámbito internacional, a la reforma del sistema militar español y a la defensa de las tradiciones regionales. El conjunto de trabajos recogidos en *Muertos y heridos y otros textos* – algunos de los cuales hemos reseñado– no solo ofrece un acercamiento a su persona y obra, sino que permite examinar la Segunda Guerra Carlista a partir de un enfoque novedoso. Aquel de quien recorrió los campos de batalla buscando supervivientes y bregó día a día con las fuerzas en conflicto para que la guerra, dentro de su desgarradora crueldad, ganara un poco de humanismo manteniendo el principio de neutralidad en los heridos y sus asistentes.

Jaroslav SUCHOPLES y Stephanie JAMES (eds.): *Re-visiting World War I. Interpretations and Perspectives of the Great Conflict*, Frankfurt am Main, Peter Lang GmbH, Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2016, 544 pp., ISBN: 9783631674550

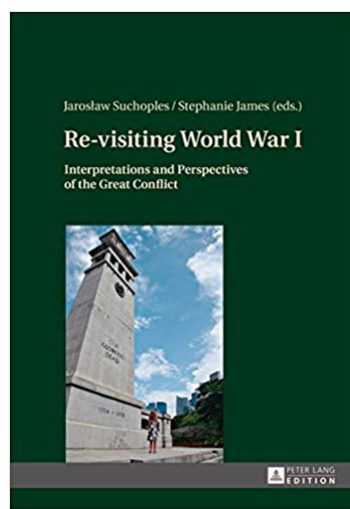
Alejandro Andreassi Cieri
Universitat Autònoma de Barcelona

Un viaje por paisajes inexplorados de la Gran Guerra

El centenario del estallido, desarrollo y fin de la Gran Guerra ha generado una enorme cantidad de publicaciones que abarcan desde los resultados de investigaciones recientes, la ensayística o los textos de divulgación. La biblioteca de la UAB registra más de 50.000 títulos publicados entre 2014 y este año, tanto en lo que se refiere a libros, artículos en revistas académicas y en periódicos. En el caso de la obra que aquí reseñada nos encontramos con un trabajo colectivo donde cada autor, desde su área de investigación, trata aspectos particulares de la contienda, con una característica principal, su multidimensionalidad ya que los temas tratados no se limitan a los directamente vinculados a la experiencia bélica, sino que alcanzan el ámbito de lo cultural e incluso la reflexión historiográfica, y siempre con

el propósito tácito de evaluar la continuidad de su impacto en nuestro tiempo. A pesar de la heterogeneidad de temas y estilos existe un hilo conductor tanto en las motivaciones como en las conclusiones de los textos reunidos en este libro: mostrar que la guerra, que tuvo su escenario principal en Europa tuvo una repercusión universal de la que deriva su influencia duradera en los acontecimientos mundiales posteriores que llega hasta nuestros días.

Stephanie James¹ aborda en el primer capítulo el examen de las tensiones y conflictos en Australia entre la mayoría británica y las minorías irlandesa y alemana durante la Primera Guerra Mundial (pp. 29-61). La creciente rivalidad germano-británica tanto en términos industriales y comerciales como coloniales sembrará las semillas de una desconfianza que estallará con fuerza a partir de 1914, con represalias contra los miembros de la colectividad alemana evidenciando el calado de los prejuicios anti-alemanes. El rechazo de la minoría irlandesa por la mayoría británica tiene que ver con prejuicios clasistas: identificar un grupo social con la pobreza, una actitud de clasismo racial ya exhibida en el Reino Unido. Sin embargo, tampoco quedaron exentos de las tensiones vinculadas con la política imperial, ya que la comunidad irlandesa en Australia se opuso a la guerra en el Sudán así como tampoco tuvieron acuerdos con la mayoría británica en el caso de la guerra de los Boers. Además, la cuestión de la Home Rule no estuvo ausente en la génesis de la hostilidad de la mayoría británica a la comunidad irlandesa. Ambos grupos son señalados progresivamente por la mayoría británica como grupos “alógenos” a la



¹ “The Empire for the British. ‘No Foreigners Need Apply’. German and Irish-Australian Encounters with ‘British Fair Play’ during the Great War”, pp. 29-61.

sociedad australiana y en consecuencia al Imperio Británico, y acusados de deslealtad. Lo que contribuyó a desmentir el talante liberal y tolerante atribuido a la cultura británica.

Frank Dhont² nos habla del significado de la guerra para Japón. Para este país su intervención en el conflicto completó el proceso de su modernización y le permitió postularse para ocupar un lugar entre las grandes potencias, así como la de ganar nuevos territorios que le incorporaban a la carrera colonial. Pero aduce también que este reconocimiento no fue suficiente para desempeñar un papel significativo las negociaciones de paz de Versalles.

Frederik Rettig³ escribe sobre el reclutamiento por Francia de casi cien mil soldados y trabajadores indochinos y las consecuencias que dicho reclutamiento tuvo para los procesos de lucha anticolonial y la independencia del Vietnam. La aportación de combatientes y trabajadores a la metrópoli fue considerada por los participantes en la lucha anticolonial como el derecho ganado a hablar de igual a igual con el Estado francés.

Noraini Md. Yusof⁴ escribe sobre el impacto de la memoria de la Gran Guerra en la literatura malaya, demostrando como un escritor creativo puede abordar una revisión del conflicto utilizando recursos literarios.

Mohd. Safar Hsim⁵ nos habla de la insurrección de los cipayos en Singapur en 1915 y luego explica las diversas medidas de censura y control de prensa que la administración colonial británica implantó, consecuencia de esa insurrección; medidas que se extienden hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial pero ya dirigidas a otras amenazas al imperio. Este capítulo tal vez es el más representativo del criterio, para mí erróneo, con que se ha considerado el impacto de la Gran Guerra en este libro. El capítulo en sí es meritorio tanto por la temática novedosa que introduce, así como en la utilización de fuentes primarias como apoyo del despliegue de los acontecimientos que analiza. Pero la Primera Guerra Mundial en este capítulo acaba por ser tan sólo un acontecimiento puntual dentro de una temática que tiene que ver más con los esfuerzos británicos en rechazar las amenazas que acechan sus posesiones de Extremo Oriente que con el conflicto mundial. La descripción de la insurrección que inicia el relato y preside el título del capítulo, que el autor vincula tanto a la actividad sediciosa de prisioneros alemanes, antiguos combatientes de la flota alemana del Asia Oriental, como a la fe musulmana que profesan los soldados indios sublevados, cuando en el mismo texto sugiere que podría haberse tratado de sijis; revela en todo caso que en realidad los hechos que analiza tienen más que ver con la creciente contestación de los indios al dominio británico que con la guerra misma, la que solo tiene el papel en este caso de catalizador del multiforme sentimiento o autonomista o independentista que está surgiendo en el Raj. No olvidemos que mucho antes de 1914 ya está constituido el Congreso Nacional Indio.

Esmaeil Zeiny⁶ escribe sobre una consecuencia relativamente desconocida del conflicto mundial, cual son las calamidades experimentadas por el pueblo persa durante el conflicto a pesar de su neutralidad al inicio del mismo, ya que se transformó en campo de batalla para los ejércitos turcos, rusos y británicos.

² "Aspiring Modernity Japan's Role in World War I", pp. 63-84.

³ "The Politics and Consequences of Mobilising Overseas Service. Vietnamese Workers and Soldiers during and after World War I, 1915-2015", pp. 85-114.

⁴ "Connecting Historical Dots. World War I and British Malaya", pp. 115-128

⁵ "Singapore's Sepoy Mutiny and the Beginning of Press Control in Malaya", pp. 129-148.

⁶ "From Neutrality to Its Infringement. Holomine Persia during World War I", pp. 149-165.

Helena P. Evans⁷, investiga las relaciones entre las poblaciones nativas y los miembros de los ejércitos de las potencias implicadas en la guerra, relaciones que muchas veces fueron la fuente de trágicos conflictos. Una de causas de esa conflictividad reside, según la autora, en las grandes diferencias en las culturas de ambos grupos que conducían a tensiones repetidas. Revela la actitud racista de los británicos respecto a las poblaciones nativas.

Arnd Bauerkämper⁸ reflexiona sobre el lugar de la Primera Guerra Mundial en la historia europea del siglo XX, especialmente en las culturas de memoria de los principales estados europeos. Destaca que el acento de las conmemoraciones pasó de la exaltación de los soldados muertos en combate como héroes, como sinónimo de la exaltación nacional, habitual en el período de entreguerras, a colocar el énfasis en el sufrimiento de las víctimas inocentes, especialmente cuando después de 1945, el horror del genocidio realizado por el nazismo desacreditó el acento nacional de las conmemoraciones, especialmente en Alemania, lo que constituye, según este autor, una suerte de “memoria negativa”.

Alessandro Salvador⁹ escribe sobre la experiencia de los prisioneros de guerra austríacos de lengua italiana en la Rusia revolucionaria, nuevamente enrolados por Italia para intervenir en Siberia en la ofensiva contrarrevolucionaria junto a los ejércitos blancos, como condición de la adquisición de la nacionalidad italiana. A pesar de esta participación fueron considerados, por su prolongada estancia en Rusia, como “ciudadanos bajo sospecha”, pasibles de haber sido ganados por las ideas revolucionarias, especialmente con la llegada del fascismo al poder.

Mika Suonpää¹⁰ hace referencia a las representaciones de Macedonia en el período 1912-1918 realizadas por Punch. Esa imagen difundida por Punch es considerada por el autor como una expresión de estereotipos colonialistas que establecían jerarquías raciales y culturales, habituales en los medios británicos.

Ismar Dedović y Tea Sindbæk Andersen¹¹ analizan la narrativa conmemorativa yugoslava y serbia sobre la Primera Guerra Mundial, prevaleció durante todo el período de vigencia del Estado yugoslavo, tanto durante la fase monárquica como durante el período socialista, aunque en este último período la conmemoración de 1914 fue superada por la de la lucha resistencia partisana contra la invasión nazi. Esa memoria de la Gran Guerra destacó la intervención serbia señalándola como una lucha defensiva frente a la agresión de las Potencias Centrales.

Alexander Mionskowski¹² se centra en las figuras de Hermann Bahr y Hugo Hofmannstahl para analizar la estrategia austríaca para influir en la opinión pública alemana para conformar la dimensión cultural de ambas naciones aliadas, a partir del ideal de “nación cultural” (*Kulturnation*) para significar una comunidad nacional en cierto sentido prepolítica basada en la lengua y la tradición, incluidas creencias y valores compartidos. Esa estrategia, saludada por liberales alemanes como Friedrich Naumann, Alfred y Max Weber, acabó fracasando al producirse la instauración de una dictadura militar bajo la égida de Hindenburg y Ludendorff.

⁷ “From Noble to Nefarious. Changing Perceptions of the Arab Peoples as a Result of British Encounters in Egypt, Mesopotamia, and Palestine, 1914-1918”, pp. 167-186

⁸ “World War I in Twentieth-Century European History”, pp. 187-206.

⁹ “Italian Speaking Austrian POW’s in Russia and the Italian Involvement in the Siberian Intervention, 1918-1920”, pp. 207-245.

¹⁰ “Images of Macedonia in Punch, 1912-1918”, pp. 225-245.

¹¹ “To battle, go forth all heroes’. World War I Memory as a Narrative Template in Yugoslavia and Serbia”, pp. 247-270.

¹² “Authorities at War. The Public Opinion in Germany as a Major Concern of Austrian Poets between 1914 and 1916”, pp. 271-293.

La *Weltanschauung* expresada por ambos poetas, propia de un romanticismo orgánico - evocador de mitos de unidad y comunitarismo- conectaría más tarde con las ideas racistas de la Liga Pan Germánica y con la biopolítica nazi.

Tomas Sniegon¹³ se refiere al significado de la Primera Guerra Mundial para la cultura de la República Checa y de Eslovaquia postcomunistas. Concluye que en el último medio siglo ambas culturas ignoraron completamente el conflicto, ya que no tuvo el mismo significado que tuvo para los países europeos occidentales y tampoco el impacto que tuvo para ambos países el segundo conflicto mundial con la destrucción de sus elites nacionales y de sus estructuras estatales.

Marek Kornat¹⁴ nos habla del lugar de 1914 en la perspectiva europea. Examina el concepto de guerra civil europea y de segunda guerra de los treinta años utilizados por numerosos historiadores actuales, y revisa la etimología de ambos conceptos. Analiza luego los acontecimientos del periodo de entreguerras a la luz del Tratado de Versalles, negando la visión mecanicista y determinista que ve en dicho tratado la raíz ineludible de la catástrofe de 1939-1945, ya que considera que la responsabilidad en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial es de Hitler y el nazismo. En este punto agrega que la responsabilidad es compartida con Stalin (p. 323 y 332-333).¹⁵ Creo que esta última afirmación banaliza la agresividad militarista del fascismo alemán y diluye su exclusiva responsabilidad en el estallido de la guerra. Kornat recurre, para afirmar esa corresponsabilidad a la cuestionable teoría del totalitarismo, al menos en la variante más utilizada por la ideología conservadora propia de la Guerra Fría.¹⁶ Finaliza rechazando el concepto de “guerra civil europea” ya que considera que propone un enfoque determinista para explicar las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y el desencadenamiento de

¹³ “World War I and Its Meanings in Czech and Slovak Societies”, pp. 295-314.

¹⁴ “Europe’s ‘Seminal Catastrophe’ or the ‘Great Turning Point in the History of Mankind’? deliberations on the Centennial of the Outbreak of the Great War from Polish Perspectives”, pp. 315-334.

¹⁵ En la página 333 Kornat cita un párrafo del Diario de Georgi Dimitrov, del 7/9/1939 donde Stalin afirma: «—The annihilation of that state under current conditions would mean one fewer bourgeois fascist state to contend with! —What would be the harm if as a result of the rout of Poland we were to extend the socialist system onto new territories and populations?», para fundamentar la corresponsabilidad de la URSS con el nazismo en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, pero no cita otro párrafo del mismo día y pocas líneas más abajo que desmiente esa preferencia por el acuerdo con la Alemania nazi, donde Stalin afirma que habría preferido llegar a acuerdos con Francia y Gran Bretaña antes que con Alemania, pero da a entender que la actitud del gobierno inglés y francés lo habían imposibilitado: «We preferred agreements with the so-called democratic countries and therefore conducted negotiations. —But the English and the French wanted us for farmhands [v ba-trakakh] and at no cost!», ver Georgi DIMITROV: *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, Annals of Communism Series, New Haven, Yale University Press. Edición de Kindle, p 116.

¹⁶ Lo condenable del estalinismo fue su política interna —colectivización forzosa, eliminación física de los cuadros del PCr(b), represión generalizada y gulag— pero no su política exterior. Lo que no puede atribuirse a su régimen, ni al soviético en general, es la intención de perseguir una política de guerra y conquista. Este aspecto, junto al genocidio planificado, es lo que diferencia —además de los principios ideológicos— al estalinismo del nazismo en particular y del fascismo en general, estas últimas dictaduras que viven para y por la guerra de agresión y la expansión imperialista como *primum movens* de su razón de ser. Otros autores sostienen y documentan que la intención del gobierno soviético fue llegar a una alianza militar con Gran Bretaña y Francia, pero a la reticencia de estos se agregó el rechazo rotundo de Polonia, intención que se mantuvo hasta escasas 48 horas antes de firmar el pacto de no agresión con los nazis, y éste como último recurso para evitar un ataque inminente y ganar tiempo para frenar un ataque futuro. En ese sentido se expresa, por ejemplo, Geoffrey ROBERTS: “The Soviet Decision for a Pact with Nazi Germany”, *Soviet Studies* 44:1 (1992), pp. 57-78; Íd.: *Stalin’s Wars: From World War to Cold War, 1939-1953*, New Haven, Yale University Press, 2008.

la Segunda Guerra Mundial, mediante la acción de fuerzas impersonales y factores exclusivamente estructurales, dejando de lado las acciones de los diferentes líderes políticos.

Aleksei I. Miller¹⁷ analiza el impacto de 1914 en la confrontación entre el nacionalismo ruso y el ucraniano en la frontera occidental del imperio ruso. El nacionalismo ruso predominaba en vísperas del conflicto y analiza los factores que contribuyeron a favorecer las otras identidades nacionales. Acaba planteando un conjunto de interrogantes que se resumen en la necesidad de determinar quien jugó un papel crucial en la lucha entre los proyectos del nacionalismo ucraniano o el pan-ruso, si el movimiento nacionalista local o la confrontación entre los imperios durante 1914-18.

Jaroslav Schupoles¹⁸ analiza la situación de Finlandia que declara su independencia en diciembre de 1917 a la que sigue una violenta guerra civil y la intervención de Alemania que convertirá a Finlandia en un protectorado alemán y en un enemigo virtual de la Entente. Como consecuencia de ello, la derrota de Alemania en 1918 provocará el aislamiento internacional de Finlandia, tanto a nivel político como económico, que resolverá virando hacia una postura prooccidental. Ese reconocimiento internacional se verá favorecido por la intervención finlandesa en la guerra civil rusa en el bando contrarrevolucionario.

Jan Asmussen¹⁹ escribe sobre la isla de Heligoland durante la Gran Guerra. Heligoland se incorporó al imperio alemán en 1890, a cambio del reconocimiento de la soberanía británica sobre Uganda, Kenia y Zanzíbar..

Raimond Selke²⁰ analiza la obra de George Grosz en el Berlín de postguerra y centra su análisis en dos de sus obras más importantes: *El eclipse de sol* y *Los pilares de la sociedad*. Su obra fue incluida por el nazismo en el llamado “arte degenerado” y Grosz declarado enemigo del Reich. Para Selke ambas obras, dos obras maestras, son básicamente una sátira corrosiva del liderazgo empresarial y político de la Alemania de la República de Weimar, donde ilustra la corrupción promovida por los capitanes de industria, así como uno de los principales líderes políticos de la época. En *El eclipse del sol* aparece como figura central Paul von Hindenburg, presidente de la república quien permitiría el acceso de Hitler a la cancillería en 1933. En *Los pilares de la sociedad* están representados los sectores dominantes en la sociedad alemana: los empresarios industriales, los sacerdotes, los políticos de derechas, los militares; y en primer plano un periodista que representa a Alfred Hugenberg quien como dirigente del DNVP establecería una firme alianza con los nazis a partir de 1929.

Eberhard Demm²¹ trata en su aportación de la función de la censura y la propaganda en la Primera Guerra Mundial y en el adoctrinamiento de masas hasta la actualidad. Define a ambas como los instrumentos principales del adoctrinamiento, la primera suprimiendo información considerada perjudicial para los intereses de estado y la segunda para manipular la opinión pública. Considera que la libertad de prensa fue suprimida con el inicio de la guerra y se estableció una férrea censura en todos los países beligerantes excepto Italia. Explica luego como se organizaron la propaganda y la censura, y como se llevaron a cabo. Por último, el autor

¹⁷ “World War I and Identity Construction in Eastern Europe. The Competition between All-Russian and Ukrainian Nationalisms”, pp. 335-352.

¹⁸ “In the Peripheries of Europe, on the Outskirts of Petrograd. World War I and Finland”, pp. 353-384.

¹⁹ “Heligoland during the Great War. A Major Theatre of War That Never Was”, pp. 385-420.

²⁰ “‘Painted History’. The Art of George Grosz in post- World War I Berlin”, pp. 421-438.

²¹ “Censorship and Propaganda in World War I and Their Impact on Mass Indoctrination until Today”, pp. 439-476.

muestra como se utilizaron después de 1918 hasta la actualidad, no sólo en regímenes autoritarios, sino también en algunas democracias parlamentarias.

Jacques Yves Mouton²² reflexiona sobre el impacto de la Gran Guerra en la sociedad y en la literatura bretona. Considera que la sociedad bretona antes de 1914 era bastante homogénea, profundamente católica y principalmente rural. En la Bretaña occidental el bretón era la lengua habitual tanto a nivel social como laboral, pero la guerra alteró esta situación.

Jan M. Piskorski²³ se pregunta que significó la guerra para Europa. En un aspecto significó el inicio de su decadencia, pero este autor considera que al mismo tiempo resultó un reforzamiento de la misma en tanto la guerra provocó la disolución de las cárceles de naciones representadas por los imperios austrohúngaro, ruso y otomano desaparecieron dando lugar a numerosos pueblos que reivindicaban su autodeterminación.

Paul Cornelius²⁴ plantea las relaciones entre la noción de frontera, esencial en la cultura popular y en la autoestima de la sociedad norteamericana y su intervención en la Primera Guerra Mundial. El autor considera que los EE.UU estaban experimentando los grandes cambios y transformaciones aceleradas que experimentaba la vieja Europa y que preceden a la guerra, la cual será un acelerador de esas tendencias presentes antes de 1914. La nueva cultura que surge en el último tercio del siglo XIX, con las revoluciones científico tecnológicas, los avances en la biología que parecen anunciar una nueva era en la que todos los problemas sociales se verán resuelto del mismo modo en que la ciencia avanza y que tendrán como corolario la biologización de las estructuras sociales y de la acción política con la nueva síntesis que ofrece el socialdarwinismo que pretende legitimar el dominio colonial así como el desplazamiento de la frontera de Norteamérica hacia el Oeste, devenido mito, y que anuncia el definitivo triunfo del hombre blanco. Sin embargo, aunque el autor hace un tratamiento muy interesante del tema, no logra demostrar la relación que tiene con la Gran Guerra.

Oliver Janz²⁵, en el capítulo titulado “The Long War” (pp. 531-544), repasa lo que considera una “larga guerra” (531-544), al considerar que la Primera Guerra Mundial no acabó en 1918 sino que se prolongó en una serie de conflictos, especialmente en el este europeo que fueron consecuencia, a su vez, de las modificaciones territoriales y políticas acaecidas en la postguerra inmediata, siendo un acontecimiento decisivo para esta larga guerra el asedio a la joven Revolución rusa por los ejércitos blancos auxiliados por las potencias participantes en la guerra.

Como valoración general considero que los temas tratados son indudablemente interesantes y por supuesto tratan cuestiones poco conocidas entre nosotros, por lo que posee el indudable mérito de acercarnos a una historiografía no habitual en nuestro medio. Así mismo es importante la consideración de la “Gran Guerra como un catalizador de la modernidad” empleada por algunos autores como Alexander Mionskowski, ya que introduce un elemento muy significativo en la reconsideración de las cronologías históricas, concretamente al debate sobre el “corto” o “largo” siglo XX (p. 293) Sin embargo, ello no impide echar en falta una mayor unidad temática en la obra, o al menos la selección de temas centrales significativos que agruparan los trabajos singulares en áreas temáticas afines. Este libro presenta dos problemas. El primero es el relativo al título del libro que parece ofrecer al lector una nueva interpretación de cues-

²² “The Trauma of World War I upon Breton Society and Its Impact in Breton-Speaking Literature”, pp. 477-496.

²³ “Suicide or Comeback? Europe from 1914 to 2014”, pp. 497-508.

²⁴ “World War I and the Ethos of the American Frontier”, pp. 509-530.

²⁵ “The Long War”, pp. 531-544.

tiones ya tratadas en obras anteriores sobre la Primera Guerra Mundial, y por lo tanto, una invitación a una nueva y legítima exégesis de temas ya tratados, sobre la Gran Guerra. Pero en este caso el título del libro no se corresponde con su contenido, pues una reinterpretación o una revisión de la Gran Guerra exigiría una nueva lectura de los temas centrales, que han generado tantas publicaciones sobre la misma. Por ejemplo, desde la cuestión irresuelta de la responsabilidad en el desencadenamiento de la guerra hasta los aspectos económicos, sociales y políticos en que la contienda incide, pasando por sus causas y consecuencias. La re-visión prometida se queda en un conjunto de cuestiones más o menos novedosas, pero muchas de ellas marginales para aportar o abrir nuevas vías de interpretación sobre 1914-1918. El segundo problema se deriva del primero. Al tratarse de una miscelánea al menos podrían haberse agrupado los diferentes capítulos bajo apartados que los relacionaran, lo que probablemente habría exigido una mayor coordinación de los editores con los autores. Otra alternativa podría haber consistido en proponer la reflexión sobre unos pocos ejes temáticos en los que las aportaciones hubiesen permitido un análisis de historia comparada, por ejemplo, los casos de las potencias de menor relevancia en el conflicto, tratadas de modo similar al caso japonés que se presenta en el libro, ya que habría sido de interés analizar las motivaciones de los diferentes países balcánicos o de Portugal, o de países miembros del Imperio Británico para intervenir en el mismo, así como las consecuencias geopolíticas de tales decisiones.

Adriana CASES SOLA: *El género de la violencia. Mujeres y violencias en España (1923-1936)*, Málaga, UMA Editorial, 2016, 305 pp., ISBN: 978849747

Víctor José Ortega Muñoz
Universidad de Málaga

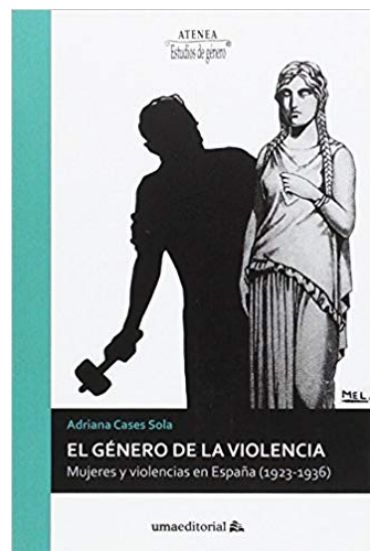
Violencia y género en los albores del siglo XX

El campo de estudio de la violencia en sus múltiples dimensiones presenta un gran potencial histórico e historiográfico, como muestra el libro de Adriana Cases Sola, Doctora en Historia por la Universidad de Alicante, que obtuvo el accésit en la XXVI edición del Premio Internacional Victoria Kent otorgado por la Universidad de Málaga. La autora, en páginas que pueden considerarse pioneras, analiza, desde una perspectiva histórica y en un tiempo convulso en el que se fraguaron en España la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, un asunto que no ha entrado en el debate público hasta tiempos recientes: la violencia de género, sus significados, y también sus interpretaciones políticas, socioculturales y jurídicas. Lo ha hecho a partir de una imprescindible base teórica en la que plantea el estudio de la violencia, sus definiciones,

tipologías, factores desencadenantes y posibles medidas para erradicarla. En este sentido, Cases Sola aborda en el primer capítulo los debates conceptuales y el examen de las dificultades que plantea el análisis de esta problemática, mostrando los avances de la historiografía española sobre la violencia política y social y proponiendo la adopción de una perspectiva de género que permita obtener visiones más ricas y complejas sobre estas realidades históricas contribuyendo a redefinir discursos y experiencias que han sido considerados históricamente neutrales pero que, en realidad, revelan aspectos parciales que son fruto de una elaboración epistemológica y unas prácticas de vida masculinas, burguesas y occidentales.

Precisamente, una de las aportaciones de esta obra consiste en asociar la violencia de género, en la que, por su carácter vertical, las mujeres aparecen ubicadas casi siempre en situación de inferioridad física, jurídica y social, con la violencia política, entendiéndola que ésta se activa cuando fallan, una tras otra, las estrategias de dominación que las féminas deben interiorizar como propias. Así, en el debate sobre la conveniencia o no de utilizar el concepto violencia de género la autora argumenta tanto la falta de precisión como el reduccionismo del término, elementos que excluyen de su ámbito numerosos casos que claramente se encuadrarían en él. Desde esta óptica, la transgresión de los modelos de género establecidos se considera un desafío al orden patriarcal y suele acarrear imprevisibles consecuencias sociales y políticas.

El contexto histórico, objeto de estudio del segundo capítulo, permite al público lector una mayor comprensión de los hechos que se examinarán en otros apartados. El primer tercio del siglo XX constituye, sin duda, una época de cambios que pueden rastrearse a lo largo de las novedades políticas, sociales y legislativas de la Dictadura de Primo de Rivera y, muy especialmente, de la Segunda República. En ese marco de referencia resulta fundamental el estudio de



los diferentes modelos de género, destacando entre ellos, en primer lugar, por su trascendencia y larga trayectoria histórica, el arquetipo femenino del “ángel del hogar”, que en su formulación básica delimita la consabida dualidad de esferas: el espacio público para los hombres y el privado para las mujeres, sin que tenga en cuenta esta formulación las interacciones que se producen entre una y otra esfera. Una división artificial pero conveniente para mantener el *status quo*, que se justifica en las diferencias naturales de ambos sexos y sobre las que se construyen significados, interpretaciones y relaciones de poder desiguales que suelen perjudicar frecuentemente a las mujeres. En este sentido, la historia de género muestra que la masculinidad y la feminidad se definen y experimentan de manera diferente y cambiante, en función de factores históricos, socioculturales, en los que inciden y se mezclan clases sociales, etnias, castas, ideologías y culturas políticas, entre otros factores.

No en vano el ideal decimonónico de feminidad se fue extendiendo entre las clases trabajadoras mediante un lento proceso de asimilación, a pesar de la tradicional participación de las obreras en el espacio público, desempeñando trabajos escasamente remunerados pero que les proporcionaban cierta autonomía personal y económica. Por ello se elaboraría un armazón teórico y legislativo tratando de restringir la esfera de actuación de las trabajadoras al hogar y enalteciendo la maternidad. No faltaron estudios que ensalzaban esta experiencia como el principal valor de las mujeres y otros escritos donde se les recomendaba qué trabajos realizar o cómo adquirir los conocimientos necesarios para ser una “buena madre”. Es preciso recordar, por otra parte, que el peso del honor familiar recaía casi exclusivamente en las mujeres, a las que se exigía castidad en la soltería y fidelidad absoluta en el matrimonio. El modelo de “ama de casa” se consideraba idóneo, en justa correspondencia con el ideal de masculinidad que enaltecía la figura del “ganador de pan”, cuyo rol como sustentador de la familia iba a permitir a la esposa dedicarse por entero al cuidado de la casa y los hijos, sobre todo en las clases medias y obreras.

Ahora bien, el estallido del conflicto bélico mundial favoreció la aparición de un nuevo arquetipo: “la mujer moderna”. La marcha de los hombres al frente potenció el trabajo femenino en fábricas, talleres, oficinas y en las “nuevas profesiones”, demostrando la falacia de un discurso que había minusvalorado y recluido a las mujeres en el ámbito doméstico. Aunque muy pronto el nuevo ideal de feminidad fue criticado desde variados frentes, el discurso patriarcal de las diferencias naturales entre los sexos se modificó siendo utilizado por las propias mujeres para introducirse en el ámbito político. Los denominados “valores femeninos”, por ejemplo, la creencia de que las mujeres disponían de mayor capacidad moral que los hombres o eran más competentes que ellos para dirimir los asuntos sociales, contribuyeron a extender la idea de que la entrada de las féminas en política supondría un soplo de aire fresco. Esta creencia permitió el acceso de las primeras concejalas a los Ayuntamientos en la Dictadura de Primo de Rivera.

Adriana Cases Sola no obvia en su investigación el estudio de la masculinidad, ofreciendo así una panorámica completa e ineludible de las relaciones sociales de género en el periodo estudiado. Sin duda hombres y mujeres se veían impelidos a adoptar los modelos de género hegemónicos. Cualquier desviación servía para tacharlos a ellos de poco viriles y a ellas de escasamente femeninas, con los estigmas sociales consecuentes. La autora examina el ideal de “caballero galante”, caracterizado, entre otros rasgos, por la fuerza, el honor y el valor, y se centra después en la descripción del “nuevo hombre”, arquetipo que el socialismo intentó difundir tras la Gran Guerra, promoviendo una masculinidad más pacífica y basada en la solidaridad, el rechazo del nacionalismo y la igualdad entre los sexos. Revisa también la figura del “donjuán” o seductor,

un tipo de varón que dispone de una completa libertad sexual pero exige la sumisión de las mujeres a las que seduce. Este modelo de masculinidad no gozaba en los años veinte de un aprecio social y judicial homogéneo, pero el tipo de virilidad que simboliza, entendida en términos de dominación masculina/sumisión femenina, solía pesar a favor de los varones cuando eran procesados por cometer acciones violentas.

En el tercer capítulo, Adriana Cases Sola entra de lleno en la exposición de la violencia de género durante la Dictadura de Primo de Rivera, régimen que pretendió llevar a cabo una regeneración moral de la sociedad y la ciudadanía. Por esta razón desde diversos ámbitos del poder se potenciaron las políticas de control social y se dictaron medidas punitivas que evitaran determinados comportamientos. Legislativamente se procedió a la reforma del Código Penal y se introdujeron leyes protectoras y paternalistas. Además, la Iglesia reforzó sus intervenciones en el espacio privado, allí donde no alcanzaban a hacerlo las autoridades civiles. Por otra parte, la oposición de algunos sectores sociales a aceptar los cambios socioculturales que se estaban produciendo, y más específicamente los de género, explicaría la violencia hacia las mujeres como reacción ante los avances que éstas habían conseguido o pretendían conseguir, avances que ponían en riesgo las posiciones de privilegio masculinas. Cases Sola despliega un abanico de noticias y datos para describir la situación. Los celos, la infidelidad femenina, o la mera sospecha de que ésta se hubiera producido, se consideraban atenuantes tanto en los juicios legales como morales. Analiza también las transgresiones femeninas y cómo se invierten los papeles cuando las mujeres pasan a convertirse en agresoras. Por regla general, en estos casos existe un largo historial de malos tratos masculinos. No obstante, a pesar de la sensibilidad mostrada a las agresoras que previamente habían vivido situaciones de violencia a manos de los hombres, predominaron los alegatos a favor de las víctimas masculinas y se difundieron algunos discursos que consideraban los golpes e insultos entre los sexos como un hecho social consustancial a la clase obrera, algo que no debía considerarse atenuante del delito.

El estudio de la violencia de género durante la Segunda República ocupa el cuarto capítulo del libro. En él, la autora destaca el establecimiento de la igualdad jurídica y política entre hombres y mujeres en la Constitución de 1931, así como el desarrollo de la ley de divorcio, la despenalización del adulterio y el sufragio universal, entre otras medidas modernizadoras. No obstante, queda patente que los cambios socioculturales y la transformación de las mentalidades requieren tiempo para afirmarse y ocasionan fricciones y formidables resistencias que pueden propiciar en ciertos casos la violencia de género. El conflicto surge cuando las ideas de emancipación femenina chocan frontalmente con el deseo de preservar el *status quo* por parte del hombre. Estos desequilibrios derivan con frecuencia en el uso de la violencia y en la práctica de actos criminales interpretados repetidamente como “pasionales”; denominación que enmascara unas relaciones de dominio por parte del agresor puestas en tela de juicio a veces por las mujeres. En este sentido, algunos hombres abandonados conminan infructuosamente a sus parejas a que regresen, recurriendo a la fuerza física en caso de no conseguirlo. Legislativamente se aprecia una tendencia a disminuir las resoluciones absolutorias, debido tanto a un cambio de mentalidad por parte de la sociedad española como a la progresiva presencia de mujeres en los jurados para estos delitos, o bien a la existencia de ambos motivos. Los hombres que sufren la violencia de las mujeres son generalmente maltratadores. En la casuística desplegada resalta un ejemplo de masculinidades enfrentadas, basado en el acoso sexual de un hombre a la pareja de otro. Pese a que los cónyuges se vieron obligados a cambiar de domicilio por el continuo hostigamiento del acosa-

dor, el desenlace violento fue inevitable, llamando la atención la ausencia de denuncia o petición de ayuda de la víctima debido al estigma social y daño al honor que acarrea el hecho de hacer públicas estas cuestiones.

El quinto y último capítulo plantea una cuestión de gran interés: las mujeres como agentes de la violencia. En general, se parte de la consideración de que los agresores han sido históricamente varones jóvenes. Este hecho podría llevarnos a una explicación determinista, que, sin embargo, no responde a la pregunta de por qué hay hombres que nunca recurren a la violencia y mujeres que sí lo hacen. Los factores psicobiológicos necesitan complementarse con otros como la familia, la educación, la cultura y la política. Si los estereotipos normativos de género establecen las líneas de comportamiento que deben seguir hombres y mujeres, las prácticas violentas se ligarán, en consecuencia, con la masculinidad mientras a las mujeres se les atribuirá una actitud pacífica y el rol de víctimas. Por ello, cuando transgreden dichas convenciones son tildadas de poco femeninas o de locas. Este paradigma explica la violencia femenina en función de tres grandes razones: las que se relacionan con la maternidad, con una sexualidad desmedida o con un trastorno mental.

Pero la documentación contradice estas creencias y aporta diversos elementos de análisis. Otras violencias convenientemente invisibilizadas aluden a la participación femenina en guerras, guerrillas y acciones terroristas. Estas intervenciones han sido interpretadas como anomalías basadas en el aparente carácter irracional y pasional de estos conflictos, básicamente motines y revueltas, aun cuando el protagonismo de las mujeres en ellos obedece a uno de los mandatos de su rol de género: la necesidad de abastecer a la familia y proteger a la descendencia. Así lo han señalado el pensamiento feminista y la historia de las mujeres, mostrando el carácter político de estas protestas femeninas que alcanzan de lleno el ámbito de lo privado. También, por citar otro ejemplo, algunas jóvenes militantes de los movimientos anarquistas intervendrán en acciones violentas que alcanzarán gran notoriedad por lo poco habitual del hecho.

Adriana Cases Sola ha escrito un libro denso, rico en matices, bien fundamentado teóricamente y documentado en archivos y hemerotecas, un libro que abre caminos y cuya lectura resulta imprescindible para entender la relación entre mujeres y violencias en el primer tercio del siglo XX en España.

Jelena BATINIĆ: *Women and Yugoslav Partisans. A History of World War II Resistance*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, 287 pp., ISBN: 9781107091078.

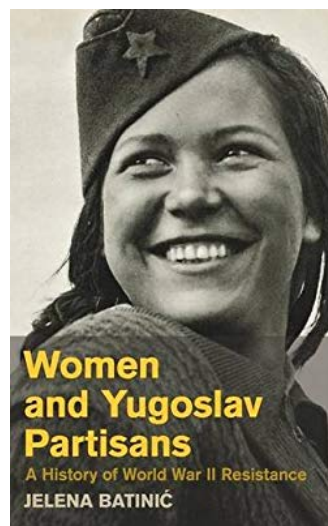
Mariona Rovira Masplà
Universitat Autònoma de Barcelona

Guerra y género: una aportación crítica al estudio del movimiento partisano en Yugoslavia

Uno de los hechos más destacables de la Segunda Guerra Mundial fue la participación en masa de mujeres como combatientes antifascistas en Yugoslavia. Se calcula que de aproximadamente 800.000 efectivos partisanos, 100.000 fueron mujeres. ¿Por qué el Ejército Popular de Liberación y Destacamentos Partisanos de Yugoslavia se decidió a reclutar mujeres? ¿Qué hizo que estas, la mayoría de ellas campesinas de zonas tradicionales, decidieran tomar las armas? ¿Cómo fue la relación dentro del movimiento partisano entre ambos sexos? Estas son algunas de las preguntas que la historiadora Jelena Batinić intenta responder en esta monografía. La autora analiza la evolución histórica del movimiento partisano y la memoria de este en la posguerra, desde la alteración de las normas de género a causa del contexto bélico, hasta la revolución y el establecimiento de un régimen comunista que afirmaría haber resuelto la cuestión femenina y acabado con el período de desigualdad entre hombres y mujeres.

La monografía se inserta dentro de las nuevas corrientes historiográficas militar y de género que analizan los distintos roles que tuvieron las mujeres y los hombres a lo largo de la historia de la guerra. Los intereses de investigación de la autora incluyen guerra y sociedad, la Europa del Este, la Segunda Guerra Mundial y la historia de género. A partir del estudio crítico de las fuentes primarias procedentes del Partido Comunista de Yugoslavia (PCY), el Ejército de Liberación Nacional o el Frente Antifascista de Mujeres, conservados en el Archivo Militar y el Archivo de Yugoslavia en Belgrado, la autora ha confeccionado la monografía ofreciendo un análisis complejo, con sus pros y contras, dejando de lado el maniqueísmo del relato oficial de los protagonistas de la ya desaparecida Yugoslavia. Del mismo modo, la autora examina las representaciones de las partisanas en el cine o la literatura para conocer cómo evolucionó su percepción desde la inmediata posguerra hasta la actualidad.

El estudio presenta el modelo yugoslavo durante la Segunda Guerra Mundial en el que la mujer tuvo un relevante y activo papel en la contienda como partisana. La alteración de las normas tradicionales de género fue una de las consecuencias que acarreó la situación que vivió Yugoslavia a partir de abril de 1941: fue ocupada por parte del Eje para ser a continuación desmembrada y repartida entre la coalición, sus aliados y el nuevo Estado Independiente de Croacia (NDH). La respuesta de una parte de la población fue la resistencia activa contra el invasor, pero también se produjo una violencia interétnica, una guerra civil entre partisanos y chetniks, liderados por Draža Mihailović, y una revolución social. Esta situación de excepcionalidad, inherente de los contextos bélicos, produjo la irrupción de la mujer en el espacio público,



modificando de este modo unos códigos de género totalmente definidos e inamovibles hasta el momento.

La monografía se divide en cinco capítulos temáticos que analizan la participación de las mujeres en la resistencia antifascista yugoslava desde diferentes perspectivas, ofreciendo así un completo análisis del caso. En primer lugar, se presentan los mecanismos y la retórica que los líderes comunistas utilizaron para movilizar de manera efectiva a las mujeres y justificar su participación en el movimiento partisano. Hay que tener en cuenta que la sociedad yugoslava era mayoritariamente rural y patriarcal y la transgresión de los roles asociados a cada género podía conllevar el rechazo de la población y la retirada de apoyo a los partisanos. Una de las herramientas empleadas fue la utilización de figuras del folclore balcánico. Un claro ejemplo serían las heroínas de las leyendas balcánicas que fueron utilizadas no solo para atraer la población femenina al movimiento sino también para legitimar la figura de la partisana ante los ojos de la población. Se trataba pues de una combinación de la visión tradicional de la mujer con una de revolucionaria. Sin embargo, tal y como señala Batinić, en múltiples ocasiones, esta nueva mujer que había irrumpido en el espacio público y en la guerra, un ámbito considerado tradicionalmente masculino, era desacreditada no solo por los enemigos sino también por sus compañeros partisanos.

Pese a esto, el discurso y la estrategia oficiales impulsados para movilizar las mujeres por parte de los comunistas parecía no tener relación alguna con la práctica. Tal y como se ha afirmado anteriormente, además de utilizar un discurso de igualdad, se invocó la cultura de los Balcanes para obtener una mayor aceptación entre la población yugoslava. Cabe señalar que el reclutamiento de mujeres obedecía a las necesidades de la guerra, sobre todo al mantenimiento de la retaguardia, y no al hecho de hacer efectiva la promesa de igualdad entre ambos sexos planteada por los comunistas. El apoyo de estas era esencial para el esfuerzo de guerra y para obtener la victoria. Según expone Batinić, el análisis del discurso que combinaba rasgos patrióticos y del imaginario heroico con conceptos y medidas revolucionarias, deja entrever las múltiples contradicciones de este: a la imagen de la mujer heroica de los poemas épicos tradicionales se le contraponía la mujer que se unía a las unidades como soldado, rompiendo así con los roles establecidos hasta el momento.

En la práctica, pero, se produjo una extensión de las tareas tradicionales asociadas a cada sexo en la retaguardia. Se consideraba que las partisanas asumían un rol masculino que no era propio ni natural de su sexo y se intentaba con vehemencia apartarlas del frente. Su participación en la guerra como soldados se trataba de un hecho excepcional y puntual que volvería a su situación original una vez completada su misión. La participación de mujeres en combate ha obedecido, en general, a los contextos de guerra irregular e insurgencia, ya que es inusual encontrarlas entre las filas de los ejércitos regulares. Aunque estas eran percibidas con virtudes masculinas, no se les otorgaban cargos de alto rango, sino que realizaban actividades relacionadas con su sexo como, por ejemplo, la colada o eran destinadas a realizar tareas médicas.

A continuación, la autora se centra en examinar el Frente Antifascista de Mujeres, una organización creada en diciembre de 1941 en Croacia y, un año después, extendida al resto de Yugoslavia, cuya finalidad era movilizar las mujeres, pero también transformarlas en sujetos políticos y asegurar su integración en un sistema igualitario como sería el futuro estado socialista. Pese a que se trataba de un organismo indispensable para la organización de la retaguardia, las costumbres y las divisiones sexuales del trabajo se trasladaron a la estructura de los partisa-

nos: las mujeres daban apoyo a la guerrilla tejiendo calcetines, jerséis, curando a los heridos y proporcionando comida y cobijo a las familias de los partisanos y los huérfanos. Las reivindicaciones feministas eran percibidas por parte del PCY como reivindicaciones burguesas. Existía pues una contradicción en el proyecto de emancipación de la mujer comunista. Aunque el Frente Antifascista de Mujeres organizaba numerosos programas culturales y educativos para las mujeres y organizaba una parte de la retaguardia, sus compañeros comunistas no respetaban en muchas ocasiones su tarea ya que la consideraban menos importante para el esfuerzo de guerra y con marcadas desviaciones feministas, hecho que comportó una reorganización y la puesta bajo estricta tutela del partido.

Después del análisis del Frente Antifascista de Mujeres, la autora se centra en las prácticas diarias y, particularmente, en los problemas de integración de las mujeres en el movimiento partisano. De nuevo, se ponen de manifiesto las discrepancias entre el discurso y la práctica. La percepción del combate como un universal masculino hizo que desde el principio la posición del PCY respecto a la participación de mujeres en la guerrilla armada fuese ambigua. Sin embargo, a partir de febrero de 1942, Tito permitiría su participación armada. Tal y como demuestra la autora, su integración en las diferentes unidades de partisanos tuvo que afrontar varios problemas. Su inexperiencia militar se intentaba solventar con un entrenamiento mínimo para que no muriesen en combate o fueran heridas. Por esta razón, la mayor parte de ellas eran destinadas a los servicios médicos, principalmente a los hospitales de partisanos en la retaguardia, pero también a los servicios médicos dentro de las unidades de partisanos. Las mujeres no solo eran discriminadas por ser consideradas inferiores por parte de sus congéneres, sino que además el servicio médico era infravalorado y víctima de burlas, ya que su tarea era considerada secundaria. Las burlas no iban solo dirigidas a las mujeres sino también a los hombres no combatientes que trabajaban en los servicios médicos. Aunque el partido defendiera una participación igualitaria en las diferentes tareas, la autora muestra como las conductas tradicionales seguían reproduciéndose y prevalecía la creencia de la inmutabilidad de unas tareas vinculadas a cada género y consideradas naturales. Se creía que estos hombres, juntamente con aquellos que realizasen tareas consideradas no adecuadas para su sexo, perdían su masculinidad. Estos eran sistemáticamente humillados al considerar que habían sufrido una feminización. De la misma forma que pasaba con las actividades que realizaban las mujeres, los roles asociados al género masculino estaban claramente delimitados y quienes no los reprodujesen serían considerados víctimas de una feminización.

En cuarto lugar, la autora examina las formas de comportamiento, los valores sexuales y las nociones de privacidad en el movimiento. La propaganda enemiga era utilizada para desacreditar la participación de las mujeres como sujetos políticos en el movimiento partisano. En la práctica, el PCY estableció un estricto código de conducta y comportamiento sexual. Aunque este código iba destinado a ambos sexos, en la práctica, las políticas acababan centrándose en las mujeres ya que eran consideradas un elemento desestabilizador para las unidades. La propaganda enemiga se centraba en la “depravación sexual” de las partisanas y hacía referencia a ellas como «prostitutas». Sin embargo, las relaciones entre partisanos no estaban permitidas, aunque la realidad fuera otra. Uno de los hechos más destacados por la autora son los embarazos. Se intentaba evitar que las partisanas quedaran embarazadas ya que no había espacio para la maternidad dentro las filas partisanas. Por ese motivo, muchas de ellas abortaban, práctica que se legalizó durante el periodo de guerra. La propaganda difundida por los órganos comunis-

tas defendía el sacrificio de la vida privada de mujeres y hombres, incluyendo la renuncia a su sexualidad, para contribuir óptimamente al esfuerzo de guerra. Sin embargo, los hechos eran muchos más complejos.

En el quinto capítulo, la autora analiza las consecuencias en el mundo de posguerra a través del estudio de la memoria de los momentos inmediatos al fin de la contienda y cómo, en la actualidad, las partisanas ocupan una posición de olvido, con una progresiva sexualización de su figura. Las mujeres experimentaron una mejora de su condición después de la guerra. El analfabetismo de una gran mayoría se vio reducido, de la misma forma que algunas comenzaron a acceder a la universidad. Sin embargo, el repartimiento tradicional de tareas según el sexo del sujeto seguía produciéndose: las mujeres no solo tenían que ocuparse de las tareas domésticas, sino que este esquema se trasladaba al trabajo, produciéndose así una doble división sexual. A nivel laboral, en general, no ocuparían altos cargos y seguirían ocupando puestos secundarios o considerados femeninos.

En este mismo capítulo, la autora analiza a través del cine y la literatura como evolucionó la figura de la partisana desde la posguerra hasta la actualidad: se pasó de la figura oficial heroica y alegórica, no solo de la liberación nacional sino también como mito fundacional de la Yugoslavia comunista, hacia una mujer con un carácter marcadamente sexual cada vez más alejada y opuesta a la original.

Finalmente, la autora hace una síntesis de las conclusiones obtenidas en cada uno de los capítulos. En estas también lleva a cabo una analogía con otros casos parecidos respecto al proceso revolucionario, la oposición al ocupante enemigo y las políticas de género, concretamente con la China revolucionaria, el Ejército Popular de Liberación Nacional (ELAS) y el Movimiento de Liberación Nacional en Albania. Afirma que, aunque se creyese que las mujeres eran más adecuadas para ocupar posiciones tradicionales, el caso yugoslavo fue uno de los que fue más allá al emplearlas en roles no convencionales. Sin embargo, estas fueron el objetivo principal no solo de la propaganda enemiga sino también de las políticas disciplinarias del partido. La misoginia que se desencadenó dejaba entrever cómo de arraigados estaban los valores de género tradicionales en la sociedad yugoslava.

Así pues, Jelena Batinić nos presenta una historia actualizada, matizada y rigurosa de las mujeres en la resistencia antifascista yugoslava, dejando de lado la literatura partidista que ha ignorado su importancia o las ha presentado de manera distorsionada respecto a la realidad. El uso de documentación primaria sobre las decisiones del partido por parte de la autora ha puesto de relieve las escisiones de los líderes partisanos sobre la ideología de género y también de las actividades de posguerra de las organizaciones femeninas. Para atraer a las mujeres y legitimar su participación en la batalla, el PCY utilizó el imaginario heroico del folklore de los Balcanes combinándolo con un lenguaje revolucionario que dejaba entrever una futura libertad y emancipación para ellas. El levantamiento de las masas campesinas y su politización fue la respuesta a la fractura de la vida diaria producida por la ocupación extranjera. Los comunistas yugoslavos invocaron y adoptaron tradiciones a su agenda para facilitar la movilización en masa de las mujeres, que eran movilizadas cuando había problemas por bajas masculinas y eran retiradas durante o después de la guerra cuando el conflicto ya se había resuelto. Su reclutamiento obedecía pues a las necesidades del momento y no al intento de cumplir sus reivindicaciones sociales y políticas. Así se confirmó cuando en el último año de guerra, la transformación de las guerrillas partisanas en un ejército regular se aceleró. Paralelamente, se procedió a la retirada de las parti-

sanas del frente que ya había empezado en verano de 1943 cuando fueron retiradas del combate para ser enviadas a los servicios sanitarios o secciones administrativas. Además, la división sexual del trabajo se trasladó a las unidades de partisanos donde el sector femenino seguía ejerciendo las tareas asociadas tradicionalmente a su género. Esta circunstancia se repite en las resistencias antifascistas donde las mujeres han sido incluidas como efectivos para hacer la guerra. Es por ese motivo que una parte de la historiografía que se dedica al estudio de la guerra y el género cree que la tesis sobre la guerra como un punto de inflexión y una experiencia liberadora para las mujeres tiene que ser matizada. Pese a esto, tal y como expone la autora, la mayoría de veteranas recuerdan con nostalgia y como una experiencia liberadora aquellos momentos en los que actuaban como agentes históricos y sujetos políticos.

Valerie DEACON: *The Extreme Right in the French Resistance. Members of the Cagoule and Corvignolles in the Second World War*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 240 pp., ISBN: 9780807163627

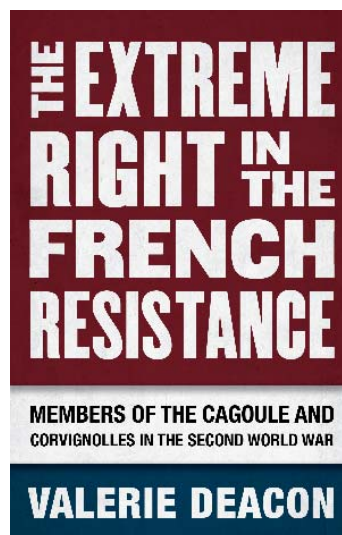
Joan Pubill Brugués
Universitat Autònoma de Barcelona

Desbancando un mito. Contrarrevolucionarios resistentes en la Francia ocupada

La bibliografía sobre la *Résistance* es tan abundante como los misterios que la rodean. Desde la *Libération* de Francia en mayo de 1945 proliferaron los relatos sobre la vida de sus protagonistas y su relación con los poderes fácticos *vichystes*, con las fuerzas ocupantes y con los agentes colaboradores. Desde muy temprano, antes incluso de “reconquistar” su patria, los *résistants* sabían de la importancia de plasmar una narrativa, tanto en lo que concierne a una dimensión personal -que les permitiera justificar su toma de decisiones, hacer públicas sus vicisitudes o, por qué no, correr un tupido velo a vivencias pasadas-, como en un plano nacional, dando sentido a sus experiencias insertándolas en la persecución de un bien común mayor.

La memoria, tan delicada como frágil, es lo que Valerie Deacon estremece en las páginas de *The Extreme Right in the French Resistance* (2016). Doctora en Historia por la Universidad de Nueva York y profesora visitante en la Universidad de Nueva York de Shanghái, Deacon presenta en su libro un aspecto poco conocido del cosmos resistente: la participación de ultraderechistas en el movimiento resistente. La obra de Deacon que aquí se reseña formó parte de su investigación doctoral. En 2015, publicó “Fitting in to French Resistance: Georges Loustaunau-Lacau and Marie-Madeleine Fourcade at the intersection of politics and gender” en el prestigioso *Journal of Contemporary History* (50:2 (2015), pp. 259-273), donde analizó las trayectorias del general líder del grupo anticomunista *Corvignolles* y de la que fue la encargada de la red resistente *Alliance* después de la detención de Loustaunau-Lacau en 1941 desde un interesante punto de vista del género y de las identidades políticas. La obra que aquí se reseña fue secundada en 2017 por otro artículo que apareció en *Contemporary French Civilization* (42:1 (2017) y que ahondaba en la misma perspectiva: “From ‘femme d’officier, mère de famille’ to ‘grand dame de la Résistance’: Marie-Madeleine Fourcade during the Second World War”.

Desde hace ya décadas, la historiografía ha dejado de ser monolítica, ha abandonado las dualidades y las explicaciones unidireccionales, como si la llegada del color en los medios televisivos hubiera irrumpido en el pensamiento académico analítico, las investigaciones han revelado la variedad de matices y tonos que existen en las sinergias históricas. Prueba de ello fue la obra *La collaboration... À gauche aussi* de Rémy Handourtzel y Cyril Buffet, publicada en una



fecha tan lejana como 1989.¹ En el prefacio de ésta, el gran historiador de las derechas francesas –y también *résistant*– René Rémond, se preguntó si era legítimo hablar de “izquierdistas” por el sólo hecho de que esos hombres hubieran empezado su carrera política en un partido que se identificaba a la izquierda del arco ideológico. Con esta reflexión tan oportuna como necesaria, ponía de manifiesto que, cuando se analizan los individuos como agentes históricos, deben considerarse en su forma holística, es decir, evaluarlos desde sus trayectorias. Sin embargo, la cuestión resulta ser incluso más complicada. Los periplos vitales se entienden cuando se confrontan permanentemente con su contexto; son las bifurcaciones, la toma de decisiones, los rechazos lo que lleva, a la larga, a definir una trayectoria que permita ubicar a un sujeto a un lado a otro de la trinchera. Más sibilamente, Rémond también lo señaló al notar que la derrota humillante de 1940 hizo estallar en pedazos la solidaridad de clase y de partido. Por esta razón, para comprender cómo un individuo se insiere en una cultura política, parece inexcusable evaluar tanto su bagaje y valores políticos como los circunstancias a las que tiene que hacer frente.

Con esto en mente, la autora pretende poner de relieve cómo personajes que en los años 1930s se situaban en el campo anticomunista, antisemita o antirepublicano pudieron engrosar las filas de la resistencia. *The Extreme Right in the French Resistance* demuestra que aseveraciones como las de Georges Fournier que plantean una relación causal entre la cultura republicana y la *Résistance*² no sobreviven a una lectura atenta y profunda de los hechos. A las interpretaciones tradicionales, y por ende generalistas, que continúan apuntalando una visión de la resistencia idealizada, pura o monocromática, Deacon opone un relato enriquecedor a partir de la participación en redes clandestinas resistentes de *cagouards* como Gabriel Jeantet o Marcel Duclos y de eminentes ultraderechistas como el ya citado general Georges Loustaunau-Lacau o el coronel Georges Groussard. Tras una introducción donde se hace un breve recorrido en los puntos aún oscuros de la historiografía francesa sobre la resistencia y donde explica la importancia de atenerse a la biografía de los sujetos cuando se intenta una aproximación a una ideología o a una cultura política, la autora propone cuatro capítulos donde se explican la trayectoria de preguerra de los dos grupos de extrema-derecha algunos miembros de los cuales pasarían a engrosar las filas de la resistencia.

Por un lado, la *Organisation Secrète d'Action Révolutionnaire* (OSAR) –o CSAR, como pasó a llamarse tras una errata entre la O de *Organisation* y la C de *Comité*, grupo terrorista que fundó Eugen Deloncle en 1937. Los orígenes de la organización se encuentran en la escisión que protagonizó la 17 sección de los *Camelots du roi* de AF tras el descontento que generó entre sus filas la inacción de la liga monárquica durante los revuelos antiparlamentarios del 6 de febrero de 1934. Pese a que Maurice Pujo bautizó el grupo sarcásticamente como *La Cagoule* (*La Capucha*), existían muchos puntos de contacto entre ambas formaciones, sobre todo en lo que respecta a planteamientos ideológicos, siendo el anticomunismo, el antiparlamentarismo, el antirevolucionarismo y el antirepublicanismo los ejes axiales de su conducta. Por el otro lado, la red *Les Corvignolles*, fundadas por Loustaunau-Lacau en 1936 para combatir cualquier influjo comunista en el seno del ejército. Emparejada por los contemporáneos con *La Cagoule*, el dispositivo militar, a diferencia del grupo terrorista, no pretendía derrocar el régimen republicano,

¹ Rémy HANDOURTZEL y Cyril BUFFET : *La collaboration... À gauche aussi*, Paris, Librairie Académique Perrin, 1989.

² Georges FOURNIER: “Contestations collectives, résistances et Résistance: quelles continuités?”, en Jean-Marie GUILLON y Pierre LABORIE (eds.), *Mémoire et histoire: La Résistance*, Toulouse, Éditions Privat, 1995.

sino resarcir los elementos nocivos de la política a través de un ejecutivo más autoritario y de una reducción (incluso supresión) de las instituciones parlamentarias.

A la pregunta inevitable de qué es lo que empujó unos repudiados terroristas como Gabriel Jeantet y Marcel Duclos y unos militares como Georges Groussard o Georges Loustaunau-Lacau a enrolarse en las filas de la resistencia o, para ser más exactos, cuál es la argamasa que permitió a un elenco tan dispar coexistir en un medio que a priori no les era propicio, sino más bien hostil, Valerie Deacon ofrece una respuesta simple en tanto que coherente. Si en 1986 el historiador suizo Philippe Burrin habló con más o menos fortuna de un “campo magnético” que provocó la atracción de individuos con trayectorias tan dispares como las del socialista Marcel Déat, el comunista Jacques Doriot y el republicano Gaston Bergery hacia el fascismo,³ la autora ofrece una hipótesis de trabajo que, menos abstracta y politológica, tiene en cuenta tanto la dimensión ideológica como los canales de sociabilidad.

Primeramente, el ingrediente de este mínimo común múltiple sería un antigermanismo exacerbado que en los *cagouards* se explicaría por el nacionalismo integral heredado del maurrassismo de *Action française*, mientras que en el caso de Groussard y Loustaunau-Lacau haría parte de un patriotismo militar agudo y sentido. El rechazo superlativo hacia el invasor nazi provocó que, cuando el régimen de Vichy, hábitat donde los ultraderechistas podrían sentirse cómodos tanto por principios como por praxis gubernativa, empezó una colaboración más cerrada en abril de 1942 de la mano de François Laval, se sintieran incómodos con el cariz de la situación. En segundo lugar, la capacidad de adaptación a la situación de preguerra. Explícito en la naturaleza ilegal de *La Cagaoule*, ya que cuyo fin de derrocar la Tercera República y hacerse con el poder mediante la inculpación de sus actos terroristas a la izquierda les hacía vivir en las sombras, Loustaunau-Lacau y Georges Groussard, como miembros de una red que también operaban desde la penumbra, tampoco tuvieron mayores dificultades en desenvolverse en la clandestinidad. Por lo tanto, el clima de secretismo y sacrificio personal que suponía vivir en el anonimato no era ajeno a todos esos individuos habituados a la intriga y al complot.

Con su investigación, Valerie Deacon puso otro ladrillo en el afianzamiento de una historiografía de las *résistances* que supere las narrativas y los discursos sobre Londres, Charles de Gaulle y Jean Moulin. Parece inevitable ahondar en el filón abierto por la historiadora estadounidense, cuyo *The Extreme Right in the French Resistance* es -y debe ser- un trampolín para catapultar futuras aproximaciones a la cuestión del papel de ultraderechistas en el movimiento de la resistencia. Sólo así, con una voluntad continuista para conocer con más detalle los agentes y sus motivaciones, razones y roles se podrá juzgar la obra en su justa medida: no como una mera anécdota que engrosa el ya repleto saco de relatos sobre la resistencia, sino como una investigación pionera de una línea de trabajo cuyas fuentes pueden explotarse aún sobremanera.

³ Philippe BURRIN: *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Begery, 1933-1945*, París, Seuil, 1986.

Joan Antón MELLÓN (ed.): *Islamismo yihadista. Radicalización y contraradicalización*, Madrid, Tirant Lo Blanch, 2015, 263 pp., ISBN: 9788490860588.

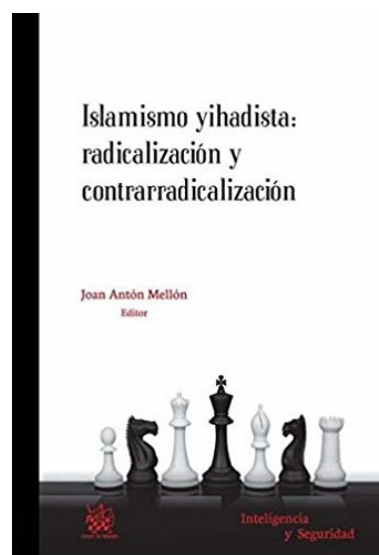
Alfredo Crespo Alcázar
Universidad Antonio de Nebrija

Diagnóstico del terrorismo islamista

Uno de los principales temas que copa la atención de la comunidad científica como objeto de estudio es el terrorismo yihadista. Los atentados del 11-S en Nueva York han resultado fundamentales a la hora de explicar esta orientación, de tal manera que el fenómeno en cuestión se analiza desde diferentes disciplinas académicas, consecuencia de su carácter complejo pero también de su capacidad para evolucionar y modificar sus diversas estrategias liberticidas, dotándolas de mayor eficacia. Por tanto, como advierte en el prólogo el Doctor Joan Antón Mellón «dejos amilanarse, la sociedad debe tomar conciencia del riesgo y la amenaza vital para su seguridad.» (p.13) Este carácter interdisciplinar que exige abordar el terrorismo yihadista lo hallamos en la obra coordinada por el Profesor Antón Mellón, en la que comparecen autores procedentes de la psicología, el derecho, la inteligencia o la historia. Desde sus respectivos campos de trabajo, diseccionan los diferentes componentes y manifestaciones del aquél. El resultado es un libro coherente, dividido en nueve capítulos que forman un todo ordenado, respetuoso con el método científico.

Si se hace una comparación entre los dos principales grupos terroristas del siglo XXI, Al Qaeda y Daesh, vemos como éste último ha empleado técnicas novedosas, por ejemplo las redes sociales y las nuevas tecnologías de la comunicación, para difundir su mensaje vinculado en la mayoría de las ocasiones a la comisión de atentados, reclutar nuevos miembros y, en definitiva, demostrar su poderío a la opinión pública global. No obstante, su fortaleza se ha visto socavada como consecuencia de los éxitos de las operaciones militares lideradas bien por la Coalición Internacional, bien por Rusia en su apoyo al régimen de Bashar Al-Assad debido a la importancia geoestratégica que para Moscú tiene Siria, su principal aliado en el Mediterráneo.

Sin embargo, a pesar de que el Daesh ha visto reducido su potencial (y también su capacidad de atracción) esto no significa necesariamente que como amenaza haya desaparecido por completo, entre otras razones porque quienes combatían en nombre del Califato bien se han reubicado en otros escenarios geográficos conflictivos (Cáucaso, Mindanao, Xinjiang...), bien han retornado radicalizados a sus países de origen con finalidades tan diversas como cometer atentados o reclutar a nuevos miembros a través de una labor de proselitismo que se ve facilitada por su actividad previa en terreno. En íntima relación con esta idea, la experiencia demuestra que el peligro yihadista debe cuantificarse no sólo por el número de atentados y de víctimas re-



sultantes de los mismos sino por también por los intangibles que genera en forma de debilitamiento moral “del enemigo”, cuestión en la que incide el Profesor Manuel Torres Soriano.

Asimismo, el terrorismo yihadista lleva asociados otros conceptos que deben ser estudiados. En este sentido, en los últimos tiempos ha cobrado protagonismo el de “radicalización”. Sin embargo, a la hora de explicarlo se ha incurrido en muchas ocasiones en el reduccionismo, priorizando en exclusiva los factores socio-políticos como generadores de la radicalización. Al respecto, el Doctor Luis de la Corte subraya lo siguiente: «considerando de forma conjunta los profundos problemas políticos, económicos y sociales que aquejan a la mayoría de los países islámicos, la multiplicidad de conflictos violentos que implican a naciones y colectivos musulmanes y las difíciles condiciones en las que viven ciertos sectores de sus diásporas repartidas por todo el planeta, y dada también la insistencia con que la propaganda yihadista señala y denuncia esas tres circunstancias, cabría preguntarse: ¿por qué la radicalización no constituye de hecho una tendencia mucho más extendida en el mundo musulmán?» (p. 57)

Asimismo tampoco puede establecerse un perfil único de quien lleva a cabo un proceso de radicalización. Hay pautas generales sobre las que sí hay consenso, por ejemplo a la hora de calificar ese proceso como gradual y señalar como inicio del mismo la familiarización tanto con el discurso (del odio) como con la imagen que del mundo promueve el yihadismo, presentando las muertes (asesinatos) de civiles (tanto occidentales como de países musulmanes) como instrumentos al servicio de la autoprotección y de una legítima venganza (p.117). En palabras del Doctor Torres Soriano «asociar la política de Estados Unidos a la agresión contra los estratos más indefensos de toda sociedad contribuye a reforzar la demonización del enemigo y a espolear los ánimos de aquellos que se sienten llamados a poner fin a tanta injusticia» (p. 113)

El disenso aparece en lo relativo a cuándo se produce el final de la radicalización puesto que ni todos los individuos la culminan, ni la velocidad ni la duración de las fases de ese proceso gradual son las mismas para quienes lo llevan a cabo. No obstante, puede establecerse un listado amplio de causas que provocan la radicalización y que en esta obra se detallan de manera precisa: desde el desarraigo de aquellos que llegan sin familia procedentes de países musulmanes a las sociedades abiertas europeas, hasta el rol desempeñado por lugares muy concretos, como prisiones o locutorios. Igualmente, unos lazos familiares sólidos o vivir en sociedades plurales reducirían pero no eliminarían las posibilidades de radicalización.

Cabe destacar la interesante comparación que establecen Torrens y Mellón entre fascismo e islamismo yihadista, señalando sus semejanzas y sus diferencias. Para ello comparan los textos de sus principales referentes doctrinales (Bin Laden, Sayyid Qutb, el Mulá Mohammad Omar y Aymán al Zawahiri por un lado, y por otro lado, Hitler, Mussolini, Primo de Rivera y Corneliu Zelea Codreanu). Todos ellos comparten que las sociedades en las que se desempeñan se hallan en plena decadencia, frente a la cual las ideas que ellos enarbolan «representan el renacimiento y la palingenesia de un pasado idealizado». Sin embargo «el islamismo yihadista global no puede clasificarse como un nacionalismo clásico, adscrito a un Estado nacional con un territorio limitado, pues se trata de un nacionalismo religioso relativo a todo el mundo, es decir, aspira a un Estado nacional de ámbito planetario, al Estado islámico mundial» (p. 153)

Además, ambas son ideologías imperialistas que defienden el sometimiento de los pueblos inferiores, contrarias a las libertades democráticas y emplean la “violencia redentora” para lograr la limpieza interna (p. 151). No obstante, «el imperialismo de ambas ideologías conllevar-

ía, en el supuesto de su coexistencia, y en última instancia, a una hipotética lucha entre ambos proyectos ideológicos y políticos, el islamista yihadista y el fascista clásico, pues aún disponiendo de similitudes y afinidades, dichos proyectos son incompatibles entre sí, en último término» (p. 176)

Por su parte, el salafismo yihadista propone una visión maniquea del mundo, desprovista de cualquier autocritica cabe apuntar, basada en una metanarrativa que orienta el odio hacia determinados actores (ya sean colectivos concretos de personas o de una forma más amplia, países) a los cuales previamente estigmatiza bajo la genérica acusación de conspirar contra el Islam y provocar su decadencia. El resultado es una dialéctica perversa que enfrenta a «infieles enemigos del Islam» vs «defensores de la yihad global» (p. 77). La primera categoría se caracteriza por su amplitud y hasta cierto punto también por su carácter heterogéneo pues incluye al denominado “enemigo lejano” (americanos, cristianos de los países occidentales, rusos...) y al “enemigo cercano”, esto es, los gobiernos de países musulmanes que bajo la óptica del salafismo se han desviado del Islam puro, convirtiéndose en apóstatas. En consecuencia, como subraya Xavier Torrens «la ideología política islamista tiene la concepción que sigue: el asesinato es percibido como si de solidaridad se tratara; arrasarlo poblados es visto como si fuera parejo a la construcción de la paz; preparar atentados terroristas es sentido como ser mejores musulmanes; reducir a polvo un edificio es vislumbrado como ser un aguerrido y buen musulmán; acribillar a tiros a sangre fría a civiles es considerado como estar imbuidos de un sentido religioso auténtico. El terrorista yihadista es visto como héroe y mártir, defensor de las víctimas frente a los agravios comparativos» (p. 80)

Frente a esta metanarrativa, la respuesta por parte de los poderes públicos en forma de contranarrativa debe contrarrestar los efectos nocivos de aquella. A pesar de los esfuerzos desplegados, en forma por ejemplo de abundancia de planes nacionales contra la radicalización, no puede decirse que los resultados sean completamente satisfactorios. En este sentido, en la obra encontramos un análisis pormenorizado de algunos de ellos (Noruega, Reino Unido, Holanda, Dinamarca, Estados Unidos o Canadá) señalando sus aspectos positivos pero también sus déficits. Cada Estado es responsable de la estrategia contra la radicalización que proponga, subraya Elisenda Carbonell, por lo que aquella vendrá determinada por la particular historia del país en relación con el terrorismo. Consecuentemente, en este punto surgen los problemas derivados de la ausencia de consenso sobre lo que debe entenderse por radicalización o incluso por violencia política, extremismo y terrorismo. Elisenda Carbonell pone un ejemplo que corrobora esta afirmación: si para Dinamarca el extremismo es una opción política, para Noruega es un medio para alcanzar un fin pero sin objetivos políticos.

En conclusión, nos encontramos ante una obra necesaria para entender en qué consiste el terrorismo yihadista y poder combatirlo con las herramientas que ofrecen los Estados de Derecho. La complejidad del objeto de estudio es evidente pero fraccionarlo en diferentes partes facilita la comprensión, además de ilustrar sobre los múltiples aspectos que lo integran. Los autores parten de la teoría para llegar al terreno de las posibles soluciones, sin presentarlas a modo de recetas balsámicas de inmediata eficacia, conscientes de que terrorismo yihadista, violencia política o radicalización forman parte del paisaje de nuestras democracias, exigiendo su expulsión tiempo y unidad. Esto debería implicar, a su vez, que la sociedad considere la seguridad un

bien al que otorgar las mismas credenciales de trascendencia y necesidad que confiere a otras políticas públicas, como las relativas a educación, sanidad o bienestar social.